

CONN IGGULDEN

BEST SELLER INTERNACIONAL N°1



EL IMPERIO DE PLATA

LA HISTORIA ÉPICA DEL GRAN CONQUISTADOR
GENGIS KHAN



Lectulandia

El Gran Khan ha muerto, pero su leyenda y su legado siguen vivos. Los ejércitos se han reunido y se disponen a comprobar cuál de los hijos de Gengis posee la fuerza necesaria para ser kan. El imperio mongol ha estado en paz durante dos años, pero el superviviente se enfrentará al formidable poder de su antiguo enemigo, la dinastía china de los Song.

El gran líder Tsubodai ha penetrado en Occidente: a través de Rusia ha llegado hasta Hungría. Los caballeros templarios han sido derrotados y no hay rey o ejército que pueda impedir que llegue a Francia. Sin embargo, a punto de obtener su mayor triunfo, cuando sus exploradores más adelantados alcanzan ya las montañas del norte de Italia, debe tomar una decisión que cambiará para siempre el curso de la historia.

Lectulandia

Conn Iggulden

El imperio de plata

Conquistador - IV

ePub r1.2

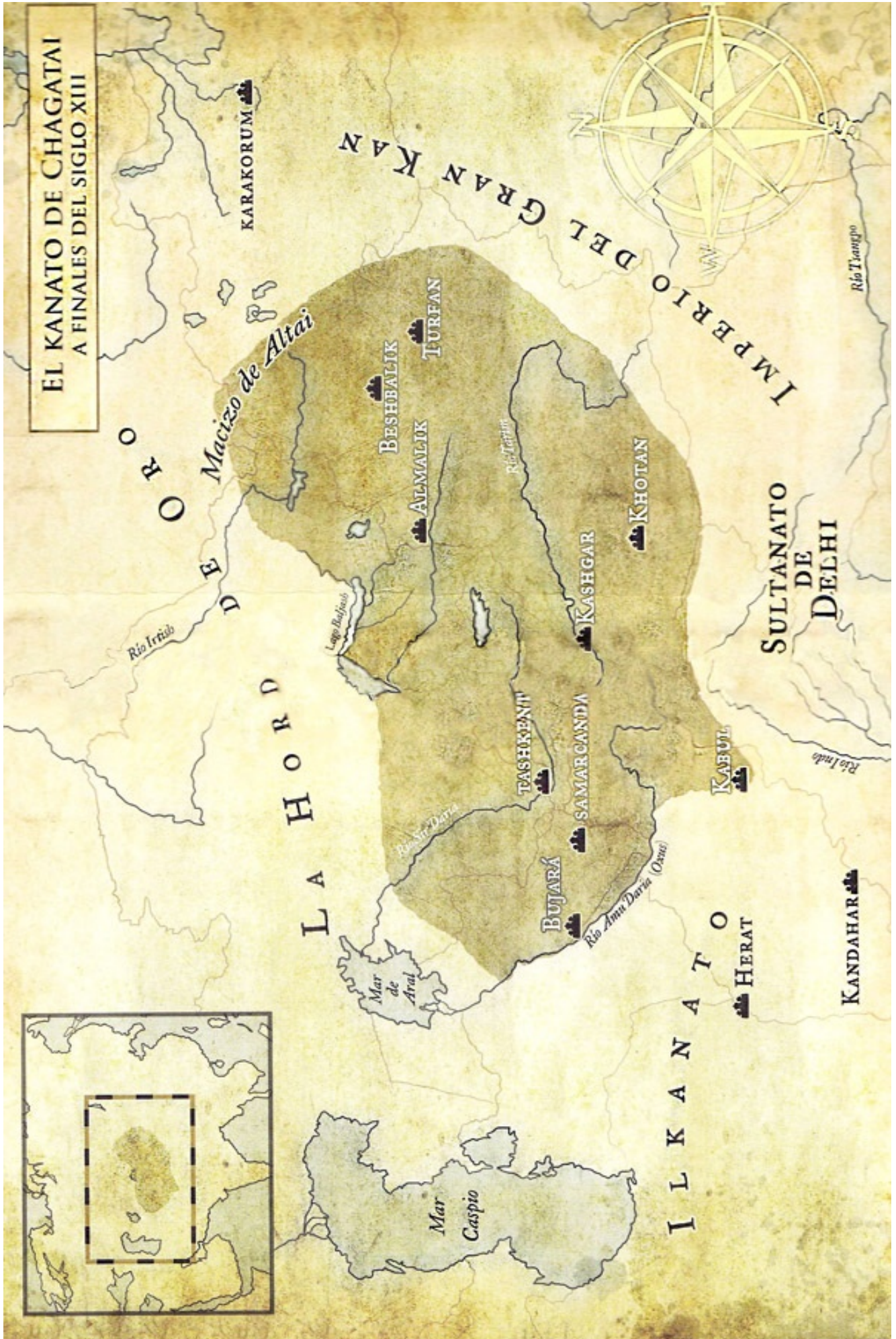
Maki 16.11.14

Título original: *Empire of Silver*
Conn Iggulden, 2010
Traducción: Teresa Martín Lorenzo

Editor digital: Maki
Fuente/scan: maperusa
Revisión y corrección de erratas: simio y asunsao
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Katie Espiner.



PRÓLOGO

Con esfuerzo, fue atravesando el paisaje de gers que, como conchas sucias a orillas de algún antiguo mar, se extendían innumerables ante él. Por todas partes le rodeaba la pobreza: se desprendía del fieltro ya amarillento y de los parches de las tiendas, reparadas miles de veces a lo largo de generaciones. Cuando estaba ya cerca de su hogar, varios cabritillos y ovejas esqueléticas echaron a correr balando y se le metieron entre las piernas. Batu tropezó y soltó una maldición cuando se le derramó un poco del agua que cargaba en los pesados cubos. Percibió el punzante olor a orina que flotaba en el aire, un hedor que no estaba presente en la brisa que soplaba cerca del río. Batu frunció el ceño al pensar en el día que había pasado excavando una letrina para su madre. Cuando le enseñó los resultados de su esfuerzo, se había sentido entusiasmado como un niño, pero ella simplemente se había encogido de hombros y había dicho que era una mujer muy mayor para alejarse tanto por la noche cuando tenía allí mismo todo el suelo que quisiera.

Tenía treinta y seis años, y la enfermedad y los años se habían cebado con ella. Los dientes de su mandíbula inferior estaban podridos y caminaba como una mujer que la doblara en edad, encorvada y renqueante. Sin embargo, seguía conservando la suficiente fuerza para darle una bofetada en las raras ocasiones en que mencionaba a su padre. La última vez había sido justo esa mañana, antes de emprender la caminata hacia el río.

A la puerta de la tienda, Batu depositó los cubos en el suelo y se frotó las doloridas manos, aguzando el oído. En el interior, oyó a su madre tarareando una vieja canción de su juventud y sonrió. Su ira se habría evaporado tan rápido como siempre.

No le tenía miedo. El último año, su estatura y su fuerza habían crecido lo suficiente como para permitirle parar todos los golpes de su madre, pero no lo hacía. Los soportaba sin comprender su amargura. Sabía que podía sujetarle las manos, pero no quería verla llorar o, aún peor, ver cómo, mediante súplicas o mediante el trueque, conseguía un odre de airag para aliviar su pena. Odiaba esos días en los que ella se emborrachaba para olvidar. En esos momentos, le decía que tenía la cara de su padre y que no podía soportar mirarle. Muchos de esos días la había lavado él mismo, apoyando los senos caídos de su madre contra su propio pecho y poniéndose los brazos sin fuerza alrededor del cuello para frotar la roñosa piel con un trapo empapado en agua. Había jurado innumerables veces que nunca probaría el airag. El ejemplo de su padre hacía que incluso el olor del licor le revolviere el estómago. Cuando su aroma dulzón se combinaba con el vómito, el sudor y la orina, no podía evitar que le dieran arcadas.

Batu alzó la vista cuando oyó a los caballos, agradeciendo cualquier excusa que le mantuviera fuera de la casa un rato más. El grupo de jinetes era pequeño para ser un tumán, apenas contaba con veinte hombres. Para un muchacho que había crecido en

la periferia del campamento, se trataba de una imagen gloriosa en una mañana así, una visión llegada de un mundo diferente.

Los guerreros cabalgaban con las espaldas rectas y, desde la distancia, parecían irradiar fuerza y autoridad. Batu los envidiaba a la vez que ansiaba ser uno de ellos. Como cualquier otro chico de las gers, sabía que su armadura roja y negra significaba que pertenecían a la propia guardia de Ogedai, los guerreros de élite de los tumanes. Las historias de sus batallas se cantaban o recitaban los días de fiesta, así como los relatos más sombríos de traición y violencia. Batu se estremeció al pensarlo. Su padre aparecía en algunos de ellos, lo que generaba miradas de soslayo hacia su madre y su hijo bastardo.

Batu carraspeó y escupió en el suelo, a sus pies. Todavía se acordaba de cuando la tienda de su madre estaba confeccionada con el mejor fieltro blanco y los regalos llegaban casi a diario. Suponía que en el pasado había sido hermosa, y que la piel que ahora estaba arrugada y áspera había resplandecido de juventud. Aquellos días habían sido distintos, antes de que su padre hubiera traicionado al khan y le hubieran matado por ello como a un cordero en la nieve. Jochi. Volvió a escupir al pensar en esa palabra, ese nombre. Batu pensó que si su padre se hubiera doblegado a la voluntad del gran khan él mismo podría haber sido uno de aquellos guerreros vestidos de rojo y negro que cabalgaban erguidos entre las mugrientas ger. Tal y como se habían desarrollado los hechos, le habían olvidado y su madre lloraba cada vez que Batu hablaba de unirse a un tumán.

Casi todos los jóvenes de su edad ya eran parte de uno, excepto aquellos que tenían lesiones o defectos de nacimiento. Su amigo Zan era uno de ellos, un chico mitad mongol mitad Chin que había nacido con un ojo blanco y ciego. Ningún tuerto podría ser jamás arquero y los guerreros le habían rechazado entre risas y patadas, diciéndole que se ocupara de sus rebaños. Esa noche, Batu había bebido airag por primera vez con él y había estado enfermo durante dos días. Los encargados del reclutamiento tampoco se habían dirigido a él, no con la sangre de un traidor corriendo por sus venas. Batu los había visto buscando mozos fuertes, pero cuando sus miradas se posaron en él, se encogieron de hombros y dieron media vuelta. Era tan alto y fuerte como lo había sido su padre, pero los guerreros no le querían.

Estupefacto, Batu se dio cuenta de que aquel día los jinetes no pasaban de largo. Se quedó observándolos: se habían detenido a hablar con uno de los vecinos de su madre. Cuando el anciano señaló hacia Batu, el muchacho, asombrado, se quedó sin respiración. Los jinetes se dirigieron hacia él al trote mientras él permanecía clavado en el sitio, observando cómo se acercaban. No sabía qué hacer con las manos y las cruzó dos veces sobre su pecho antes de dejarlas caer sin más. Oyó que su madre le preguntaba algo desde el interior de la ger, pero no contestó. No podía. Había visto al hombre que cabalgaba a la cabeza del grupo.

En las tiendas pobres no había ningún tipo de imágenes, aunque uno o dos cuadros Chin habían llegado a los hogares de las familias más ricas. Pero Batu había

visto una vez al hermano de su padre. Años atrás, en un día de fiesta, se había aproximado con sigilo a los guerreros y había inspeccionado sus rostros buscando el del gran khan. En aquel momento, Ogedai y Jochi estaban con Gengis y el tiempo no había borrado ese vívido recuerdo, uno de los más agridulces de todos sus años de infancia. Había alcanzado a ver fugazmente una imagen de la vida que podría haber llevado, si su padre no hubiera tirado todo por la borda por una nimia disputa que Batu ni siquiera comprendía.

Ogedai cabalgaba con la cabeza descubierta, vestido con una armadura lacada en negro que relucía bajo el sol. Llevaba el cabello al estilo Chin, recogido en una pesada maroma que descendía desde un moño situado en la cabeza afeitada. Batu absorbió cada pequeño detalle de aquel hombre. La voz quejumbrosa de su madre volvió a llamarle desde el interior sin obtener respuesta. Batu vio que el hijo del gran khan le estaba mirando directamente y le hablaba, pero se sentía tan cohibido que fue incapaz de pronunciar palabra. Desde tan cerca, Batu notó el brillo de los ojos amarillos de Ogedai y, abrumado, se dio cuenta de que estaba mirando fijamente a su tío carnal.

—¿Es retrasado? —preguntó uno de los guerreros. Batu cerró la boca al instante —. Mi señor Ogedai te está hablando, chico. ¿Estás sordo?

Batu notó un gran calor en la cara. Rojo como una amapola, negó con la cabeza, repentinamente irritado por el hecho de que unos hombres como ellos hubieran venido a la ger de su madre. ¿Qué pensarían de los parches de las paredes, del olor, de las moscas que revoloteaban por doquier? Se sintió humillado y su malestar rápidamente se convirtió en rabia. Aun así, no contestó. Hombres como aquellos habían sido los que mataron a su padre, decía su madre. La vida de un hijo andrajoso significaría muy poco para ellos.

—¿Es que no tienes voz? —dijo Ogedai. Por alguna razón, estaba sonriendo, y Batu respondió torciendo la boca.

—Sí que tengo —contestó. Vio que uno de los guerreros se agachaba hacia él, pero no esperaba que le pegaran y dio un paso atrás, tambaleándose, cuando un guante de malla le golpeó la nuca.

—Sí tengo, mi señor —dijo el guerrero en tono calmado.

Batu se encogió de hombros mientras se enderezaba. Le ardía la oreja, pero había sufrido cosas peores.

—Tengo voz, mi señor —dijo, esforzándose por grabar el rostro del guerrero en su memoria.

Ogedai se puso a hablar de él como si no estuviera allí.

—Entonces no era solo una leyenda. Veo a mi hermano en sus rasgos y ya es tan alto como mi padre. ¿Qué edad tienes, chico?

Batu se quedó muy quieto, tratando de serenarse. Parte de él se había preguntado siempre si su madre no habría exagerado la posición de su padre. Escuchar esa confirmación pronunciada de forma tan natural era más de lo que podía asimilar.

—Quince años —respondió. Vio que el guerrero volvía a inclinarse hacia él y se apresuró a añadir «mi señor». El guerrero se echó hacia atrás en la silla y asintió complacido.

Ogedai frunció el ceño.

—Eres mayor para empezar a entrenar. El entrenamiento debe comenzar a los siete u ocho años de edad como muy tarde, si quieres llegar a ser bueno con el arco. —Notó la confusión de Batu y Ogedai sonrió al ver que era capaz de tener ese efecto sobre él—. Aun así, te estaré observando. Dirígete al general Jebe mañana. Su campamento está situado a ciento sesenta kilómetros al norte, cerca de un pueblo junto a un acantilado. ¿Podrás encontrarlo?

—No tengo caballo, mi señor —dijo Batu.

Ogedai lanzó una mirada al guerrero que le había golpeado y este levantó los ojos al cielo antes de desmontar. Le pasó las riendas a Batu.

—¿Sabes montar, al menos? —preguntó el guerrero.

Batu se había quedado impresionado por el gesto y palmeó el musculoso pescuezo del caballo. Nunca había tocado un animal tan magnífico.

—Sí. Sí, sé montar.

—Bien. Esta yegua no es tu caballo, ¿entendido? Te llevará a tu puesto, pero una vez allí cogerás algún viejo jamelgo y me la devolverás.

—No sé cómo te llamas —dijo Batu.

—Alkhun, chaval. Pregunta a cualquiera en Karakorum y verás como todos saben quién soy.

—¿La ciudad? —preguntó Batu. Había oído hablar de esa masa de piedra que se iba elevando poco a poco del suelo gracias al trabajo de millones de obreros, pero hasta entonces no había creído que existiera realmente.

—Más un campamento que una ciudad por el momento, aunque eso está cambiando —confirmó Alkhun—. Puedes enviar el caballo a través de los jinetes de las estaciones de posta, pero diles que lo traten con cuidado. Si encuentro marcas de latigazos en él, te arrancaré la piel del culo. Ah, y bienvenido al ejército, chico. Mi señor Ogedai tiene planes para ti. No le decepciones.

PRIMERA PARTE
AÑO MCCXXX

I

Un remolino de polvo de mármol se elevó en el aire, reluciendo bajo el sol del atardecer. Mientras guiaba a su caballo por la vía principal e iba absorbiendo cada imagen y cada sonido que brotaba a su alrededor, Ogedai sintió que su corazón rebosaba de satisfacción. De la cacofonía de los martillazos y las órdenes que se vociferaban aquí y allá se desprendía una sensación de urgencia. Los tumanes mongoles se habían reunido en el exterior de la ciudad. Sus generales y su pueblo habían sido convocados allí para que pudieran admirar el fruto de dos años de intenso trabajo: una ciudad que se alzaba en el desierto junto al río Orkhon, domesticado y doblegado según la voluntad del khan.

Ogedai frenó un momento su montura para observar a un grupo de hombres que estaban descargando un carromato. Nerviosos bajo su mirada, los trabajadores continuaron con su tarea, utilizando cuerdas, poleas y la pura fuerza de los números para trasladar los bloques de mármol blanco a trineos bajos que podían ser arrastrados hasta el interior de los talleres. Los lechosos bloques presentaban un delicado veteado de azul claro que agradó a Ogedai. Era el propietario de la cantera ubicada a cientos de kilómetros al este, de la que procedían las piedras, solo una de las miles de compras que había realizado a lo largo de los últimos años.

Sin duda había despilfarrado una fortuna, gastando oro y plata como si no valieran nada. Sonrió al pensarlo, preguntándose qué habría opinado su padre de la blanca ciudad que se elevaba en aquel territorio en medio de la nada. Gengis había despreciado los hormigueros de los humanos, pero lo que tenía ante sí no eran las antiguas piedras y las calles abarrotadas de un enemigo. Aquel era un lugar nuevo y pertenecía a la nación.

Nunca había existido una fortuna como la que él había heredado, amasada a partir de las riquezas tomadas de China y Corasmia, pero que el khan nunca había llegado a gastar. Solo con el tributo de Yenking, Ogedai podría haber cubierto con mármol blanco cada uno de los nuevos hogares, e incluso con jade si hubiera querido. Había erigido un monumento en honor de su padre en las estepas, así como un lugar desde el que él mismo podría ser khan. Había construido un palacio con una torre que se levantaba por encima de la ciudad como una espada blanca, para que todos los hombres vieran lo lejos que había llegado una nación que surgió de un grupo de tiendas y rebaños.

Para obtener su oro, un millón de hombres se habían presentado dispuestos a trabajar. Provenientes de zonas tan lejanas como las tierras Chin o las ciudades de Samarcanda, Bujará y Kabul, habían atravesado llanuras y desiertos portando consigo solo unos cuantos animales y herramientas. Albañiles y carpinteros de Koryo habían emprendido la marcha hacia allá, atraídos por los rumores de que se estaba construyendo una ciudad nueva sobre un río de monedas. Los búlgaros trajeron sus reservas de raras arcillas, carbón y maderas nobles en grandes caravanas procedentes

de sus bosques. La ciudad se llenó de comerciantes, albañiles, alfareros, vendedores de comida, ladrones y sinvergüenzas. Intuyendo la posibilidad de obtener beneficio, los granjeros viajaron en sus carros durante días, todos unidos por la esperanza de hacerse con un buen puñado de monedas. Ogedai les daba oro y plata extraídos de la tierra, fundidos y modelados. A cambio, ellos le daban una ciudad, y no le parecía que estuviera haciendo mal negocio. Por el momento, esos eran los variopintos habitantes de su ciudad, hombres y mujeres que hablaban cien lenguas distintas y cocinaban miles de platos y condimentos diferentes. A algunos se les permitiría quedarse, pero no era para ellos para quienes estaba construyéndola.

Ogedai vio a un grupo de tintoreros con las manos teñidas de verde apretarse contra el muro e inclinar con respeto sus rojos turbantes a su paso. Sus guardias iban despejando el camino delante de él, de modo que el hijo de Gengis podía avanzar casi como si estuviera cabalgando en un sueño. Había creado ese lugar a partir del campamento de gers que había conocido su padre. Lo había hecho real, en piedra.

Todavía seguía maravillándose al pensarlo. No había pagado para que las mujeres viajaran con sus empleados, pero habían llegado acompañando a sus maridos y padres. Durante un tiempo, se había preguntado cómo establecería los negocios que toda ciudad necesitaba para prosperar, pero los comerciantes habían abordado a su canciller, ofreciendo caballos y más plata para arrendar nuevas propiedades. La ciudad era más que una mera colección de casas. Poseía ya una vitalidad propia, que escapaba a su control.

Aunque no del todo. Una irregularidad de los planos había creado un área de pequeñas callejuelas al sur de la ciudad. Las bandas de delincuentes habían empezado a florecer allí hasta que Ogedai fue informado de su existencia. Había ordenado que se demolicieran ochocientos edificios y que se rediseñara y reconstruyera toda la zona. Su propia guardia había supervisado los ahorcamientos.

Las calles se quedaban en silencio cuando las atravesaba: tanto los obreros como sus patrones inclinaban la cabeza al ver al hombre que poseía el poder de darles o quitarles vida, muerte y oro a todos ellos. Ogedai inspiró profundamente el polvoriento aire, deleitándose con su sabor en la lengua y con la idea de que estaba, de manera literal, aspirando su creación. Frente a él se erguían las torres de su palacio, coronadas por una cúpula recubierta de un pan de oro más delgado que el papel de sus escribas. Verla le infundía nuevos ánimos, como si hubieran logrado atrapar la luz del sol en su ciudad.

La calle se ensanchó y creció ante él, con sus alcantarillas de piedra bien pulidas. Esa sección llevaba meses terminada y las bulliciosas multitudes de obreros quedaron atrás. Mientras se adentraba en ella al trote, Ogedai no pudo evitar echar una mirada a las murallas que tanto habían confundido a sus arquitectos y albañiles Chin. Incluso desde el bajo punto de vista de la silla de montar, había momentos en los que podía ver las verdes llanuras por encima de ellas. Los muros de Yenking no habían salvado a la ciudad del fuego o el asedio, lo sabía. Sus muros eran los guerreros del khan, las

tribus que habían obligado a un emperador Chin a postrarse de hinojos ante él, las que habían arrasado las ciudades del sah.

Ogedai ya amaba su creación, desde la vasta extensión de la zona de entrenamiento central hasta los tejados rojos, las alcantarillas pavimentadas, los templos y las iglesias y mezquitas y mercados y los millares de hogares, la mayoría todavía vacíos y esperando a llenarse de vida. En todas las esquinas, el viento de las llanuras hacía ondear tiras de tela azul: un tributo al padre cielo, que se alzaba sobre todos ellos. Al sur, las verdes estribaciones y montañas se perdían en la lejanía y el aire soplaba cálido y cargado de polvo mientras Ogedai se deleitaba recorriendo Karakorum.

El crepúsculo estaba declinando en una suave penumbra cuando Ogedai le entregó las riendas a su sirviente y subió a grandes zancadas los escalones de su palacio. Antes de entrar, se volvió una vez más para contemplar la ciudad que luchaba por nacer. A su nariz llegó el aroma a tierra recién removida y, por encima, el olor a la fritura de sus obreros flotando en el aire del atardecer. No había hecho planes para los rebaños de ganado que se amontonaban en corrales al otro lado de los muros, o para los chillones pollos que se vendían en todas las esquinas. Pensó en el mercado de lana que había surgido en la puerta occidental. No debería haber esperado que el comercio parara simplemente porque la ciudad no estuviera terminada. Había elegido un punto en una antigua ruta de mercaderes para que se estableciera y cobrara vida... y la vida había empezado a afluir aunque calles enteras, barrios enteros seguían siendo solo pilas de madera, tejas y piedras.

Mientras contemplaba el sol del ocaso, sonrió al ver las fogatas que salpicaban las llanuras alrededor de la ciudad. Su pueblo esperaba allí, por él. Sus ejércitos comerían ricos platos de cordero, goteando grasa acumulada gracias a la hierba estival. Ver los fuegos le recordó su propia hambre y, al atravesar una puerta de piedra tan magnífica como las de las ciudades Chin, se pasó la lengua por los labios.

Al entrar en la sala llena de ecos a la que daba paso la puerta, se detuvo un momento a admirar su gesto más excesivo. Un árbol de plata maciza se erguía con gracilidad hasta el techo abovedado, cuyo centro estaba abierto al cielo como la ger de cualquier pastor. Los orfebres habían tardado casi un año en hacer el vaciado y pulirlo, pero la obra cumplía su propósito. Todo el que entraba en su palacio lo vería y se sentiría sobrecogido por la riqueza que representaba. Algunos descubrirían en él un emblema del pueblo de plata, las tribus mongolas que se habían convertido en una nación. Los más sabios comprenderían que a los mongoles les importaba tan poco la plata que la fundían para hacer una estatua.

Ogedai dejó que su mano resbalara por el tronco del árbol, sintiendo el frío del metal en sus dedos. Las ramas que formaban la copa se extendían hacia lo alto en una parodia de la vida, reluciendo como un abedul blanco a la luz de la luna. Ogedai asintió para sí. Estiró la espalda mientras, a su alrededor, esclavos y sirvientes encendían más y más lámparas que arrojaron sombras negras e hicieron que en el

exterior el atardecer, de repente, se oscureciera.

Oyó pasos veloces y vio a su criado, Baras'aghur, acercándose hacia él. El rostro de Ogedai se crispó al notar su expresión concentrada y el fardo de papeles que llevaba bajo el brazo.

—Cuando haya comido, Baras. Ha sido un día muy largo.

—Muy bien, mi señor, pero tienes una visita: tu tío. ¿Debo decirle que espere hasta que hayas satisfecho tu apetito?

Ogedai se detuvo en el gesto de desabrocharse el cinturón de la espada. Sus tres tíos habían llegado a las llanuras que rodeaban Karakorum obedeciendo sus órdenes y habían reunido a sus tumanes en inmensos campamentos. Les había prohibido penetrar en la ciudad y se preguntó quién le habría desobedecido. Sospechaba que se trataba de Khasar, que veía las órdenes y las leyes como herramientas para otros hombres más que para él.

—¿Quién es, Baras? —preguntó Ogedai en voz baja.

—El señor Temuge, amo. Tengo a varios sirvientes atendiéndole, pero lleva esperando mucho tiempo.

Baras'aghur hizo un gesto para indicar el largo recorrido del sol por el cielo y Ogedai apretó los labios irritado. El hermano de su padre conocía muy bien los matices de las normas de hospitalidad. El mero hecho de llegar cuando Ogedai no estaba allí para recibirle hacía que su sobrino estuviera obligado con él. Ogedai dio por supuesto que lo había hecho de manera deliberada: un hombre como Temuge era demasiado sutil para no comprender la leve ventaja que, de ese modo, se había arrogado. Sin embargo, había dado la orden de que los generales y príncipes se quedaran en las llanuras.

Ogedai suspiró. Durante dos años, había preparado Karakorum para que se convirtiera en la joya del imperio. Se había mantenido en un espléndido aislamiento y había manejado los hilos para que fuera así, para que sus enemigos y sus amigos estuvieran siempre en la inopia. Desde el principio había sabido que aquello no podía durar siempre. Se armó de valor mientras caminaba tras Baras'aghur hacia la primera y más suntuosa de sus salas de audiencia.

—Haz que me traigan vino inmediatamente, Baras. Y comida... Algo sencillo, como lo que los guerreros están comiendo en la llanura.

—Como desees, mi señor —dijo su sirviente sin prestar atención, con la mente puesta en la reunión que estaba por llegar.

Los pasos de ambos hombres resonaban con fuerza en las silenciosas estancias y cada pisada llegaba a sus oídos dos veces por efecto del eco. Ogedai no miró las escenas pintadas con cuya belleza solía deleitarse. Baras'aghur y él caminaban bajo las mejores obras de los artistas islámicos que había contratado, pero solo al final Ogedai alzó la vista hacia un derroche de color, sonriendo para sí ante la imagen de Gengis liderando una carga en el paso de la Boca del Tejón. El artista había pedido una fortuna por un año de trabajo, pero Ogedai había doblado sus honorarios cuando

había visto el resultado. Su padre seguía viviendo en aquellos muros, como también en su memoria. En las tribus que conocía no existía el arte de la pintura y ese tipo de cosas seguía dejándole sin aliento y lleno de admiración. No obstante, sabiendo que Temuge le estaba esperando, apenas hizo una inclinación de cabeza frente a la imagen de su padre antes de entrar en la siguiente sala.

Los años no habían tratado bien al hermano de su padre. Años atrás, Temuge había estado tan gordo como un cordero festivo, pero luego perdió peso con mucha rapidez y ahora tenía una papada que le caía del cuello formando varios pliegues y haciéndole parecer mucho mayor de lo que era. Ogedai miró a su tío con frialdad mientras se levantaba de una silla tapizada en seda para saludarle. Tuvo que hacer un esfuerzo para ser cortés con el hombre que representaba el final de su tiempo de retiro. No se hacía ilusiones. La nación le aguardaba con impaciencia y Temuge solo era el primero que abría una brecha en sus defensas.

—Tienes buen aspecto, Ogedai —apreció Temuge.

Se adelantó como si fuera a abrazar a su sobrino y Ogedai luchó para contener un espasmo de irritación. Se volvió hacia Baras'aghur, dejando que su tío bajara los brazos fuera de su campo de visión.

—Vino y comida, Baras'aghur. ¿Te vas a quedar ahí, mirándome fijamente como un borrego?

—Mi señor —contestó Baras'aghur, haciendo una reverencia al instante—. Ordenaré que envíen un escriba para que tome notas del encuentro.

Se marchó a la carrera y ambos oyeron el repiqueteo de sus sandalias perdiéndose en la distancia. Temuge frunció ligeramente el ceño.

—No es una visita formal, Ogedai. No hacen falta ni escritas ni actas.

—¿Entonces estás aquí como mi tío? ¿No porque las tribus te hayan elegido para dirigirte a mí? ¿No porque mi sabio tío es el único hombre en el que todas las facciones confían para hablar conmigo?

El tono y la exactitud de los comentarios hicieron que Temuge se sonrojara. Tenía que asumir que Ogedai contaba con tantos espías en los grandes campamentos como él mismo. Esa era una de las cosas que la nación había aprendido de los Chin. Intentó averiguar cuál era el estado de ánimo de su sobrino, pero no era tarea fácil. Ogedai ni siquiera le había ofrecido un té salado. Temuge tragó saliva mientras se esforzaba en interpretar el nivel de censura e irritación del joven.

—Sabes que los ejércitos no hablan de otra cosa, Ogedai. —Temuge respiró hondo para calmar sus nervios.

Bajo la pálida mirada de Ogedai, no podía librarse de la sensación de estar informando a una especie de eco de Gengis. El cuerpo de su sobrino era menos nervudo que el del gran khan, pero había en él una frialdad que hacía que Temuge se sintiera incómodo. Perlas de sudor brotaron de su frente.

—Durante dos años, has hecho caso omiso del imperio de tu padre —comenzó Temuge.

—¿Eso es lo que crees que he hecho? —le interrumpió Ogedai.

Temuge le miró fijamente.

—¿Y qué otra cosa podría pensar? Has dejado a las familias y a los tumanes en las estepas y luego has construido una ciudad mientras ellos arreaban a sus ovejas. ¡Durante dos años, Ogedai! —Su voz bajó hasta ser casi un susurro—. Algunos dicen que el dolor por la pérdida de tu padre te ha hecho perder la razón.

Ogedai sonrió con amargura para sí. La sola mención de su padre le dolía como si le arrancaran la costra de una herida. Conocía todos y cada uno de los rumores. Él mismo había iniciado algunos de ellos, para mantener a sus enemigos en continua tensión. Sin embargo, era el heredero elegido por Gengis, el primer khan de la nación. Los guerreros prácticamente habían hecho un dios de su padre y Ogedai estaba seguro de que no tenía nada que temer de los simples cotilleos de los campamentos. Sus parientes eran harina de otro costal.

La puerta se abrió de par en par y en el umbral aparecieron Baras'aghur y una docena de sirvientes Chin. En breves instantes, habían rodeado a los dos hombres, colocando copas de bronce y bandejas de comida sobre un impoluto mantel blanco. Ogedai le indicó con un gesto a su tío que se sentara con las piernas cruzadas en el suelo de baldosas, notando con interés cómo le crujían las rodillas avejentadas y una mueca de dolor se dibujaba en su rostro. Baras'aghur despidió a los criados y, a continuación, sirvió té a Temuge, que, aliviado, aceptó la copa con la mano derecha y dio un sorbo con tanta formalidad como lo habría hecho en cualquier ger de las llanuras. Ogedai observó con avidez el gorgoteo del vino en su propia copa. La vació con premura y volvió a levantarla antes de que Baras'aghur pudiera retirarse.

Ogedai vio cómo la mirada de su tío se posaba disimuladamente en el escriba que Baras'aghur había llamado, que se mantenía en actitud respetuosa pegado al muro de la sala. Sabía que Temuge comprendía el poder de la palabra escrita mejor que nadie. Había sido él quien recopiló las historias sobre Gengis y la fundación de la nación. Ogedai poseía uno de los primeros volúmenes, copiado con esmero y encuadernado en resistente piel de cabra. Era una de sus más preciadas posesiones. Y, sin embargo, había veces en que un hombre prefería que sus palabras se perdieran en el aire.

—Deseamos hablar en privado, Baras —dijo Ogedai—. Deja la jarra, pero llévate a tu escriba contigo.

Su criado estaba demasiado bien adiestrado para vacilar y en un abrir y cerrar de ojos ambos hombres estuvieron solos de nuevo. Ogedai apuró su copa y eructó.

—¿Por qué has venido a verme esta noche, tío? Dentro de un mes, podrás entrar en Karakorum libremente junto a miles de miembros de nuestro pueblo para celebrar un banquete y un festival del que se hablará durante años.

Temuge estudió al hombre, muchos años menor que él, que tenía ante sí. Su rostro, carente de arrugas, tenía sin embargo un aspecto cansado y adusto. Ogedai había elegido cargar con un extraño peso él solo al construir esa ciudad. Temuge sabía que había solo un puñado de hombres en los campamentos a quienes les

importara Karakorum más que una moneda de bronce. Para los generales mongoles que habían convivido con Gengis, no era más que un colosal engruimiento de mármol blanco y diseño Chin. Temuge deseó poder decirle al joven cuánto amaba su creación sin que su elogio pareciera mera adulación. Pero realmente le gustaba. Era la ciudad que él mismo había soñado construir una vez, un lugar con amplias calles y patios e incluso una biblioteca, con miles de pulcros estantes de roble aguardando vacíos los tesoros que algún día acogerían.

—No eres ningún tonto, Ogedai —aseguró Temuge—. Tu padre no te eligió a ti en vez de a tus hermanos por simple casualidad. —Ogedai alzó la vista de repente y Temuge hizo un gesto de asentimiento hacia él—. A veces me pregunto si no serás un estratega como el general Tsubodai. Durante dos años, la nación ha permanecido sin líder, sin camino, pero no ha estallado ninguna guerra civil, ni ningún enfrentamiento entre príncipes.

—Tal vez vieran a mi tumán cabalgar entre ellos, a mis escribas y a mis espías —respondió Ogedai con suavidad—. Siempre ha habido hombres vestidos de rojo y negro vigilándolos para identificar a cualquier posible traidor.

Temuge resopló.

—No ha sido el miedo sino la confusión lo que los ha retenido. Eran incapaces de comprender qué te proponías, por eso no hacían nada. Eres el heredero de tu padre, pero no los has convocado para prestar juramento de lealtad ante ti. Nadie lo entiende, así que esperan y observan. Todavía están esperando a ver cuál es tu siguiente paso.

Temuge notó que las comisuras de los labios de Ogedai temblaban como si una sonrisa estuviera luchando por aflorar. Deseó saber qué estaba pensando su sobrino pero, con esta nueva generación, ¿quién podía saber cómo discurrían sus pensamientos?

—Has erigido una ciudad en las llanuras, Ogedai. Los ejércitos se han reunido como ordenaste, pero ahora están aquí y muchos de los guerreros ven este glorioso lugar por primera vez. ¿Esperas que hincen sin más la rodilla ante ti y te juren lealtad? ¿Porque eres el hijo de tu padre? Tiene otros hijos vivos, Ogedai. ¿Te has parado siquiera a pensar en ellos?

Ogedai sonrió a su tío, divertido por la manera en la que parecía intentar averiguar sus secretos clavando en él la mirada. Había uno que nunca adivinaría, por muy atentamente que le observará. Sintió cómo el vino se extendía con calidez por su interior, aliviando su dolor como una caricia.

—Si esa fuera mi intención, tío, conseguir dos años de paz para mí mismo y construir una ciudad, bueno, entonces, lo he conseguido, ¿no? Puede que eso fuera todo lo que quería.

Temuge extendió las manos hacia él.

—No confías en mí —protestó, y una nota de auténtico dolor resonó en su voz.

—Tanto como confío en cualquier otro —dijo Ogedai, riéndose entre dientes.

—Una respuesta inteligente —añadió Temuge con frialdad.

—Bueno, eres un hombre inteligente. Es lo que te mereces —soltó Ogedai con impaciencia. Cuando se inclinó hacia delante, toda la ligereza de sus maneras había desaparecido. Imperceptiblemente, su tío se echó para atrás—. Cuando llegue la luna nueva —continuó Ogedai—, haré que todos los oficiales y príncipes por sangre de la nación me juren fidelidad como khan. No tengo por qué explicarme, tío. Doblarán la rodilla ante mí. No porque soy el hijo de mi padre, sino porque soy el heredero que eligió mi padre y el líder de la nación.

Se contuvo, como si hubiera estado a punto de decir demasiado, y Temuge vio cómo una cortina se cerraba sobre sus emociones. Aquí tenía a un hijo de Gengis que había aprendido temprano a adoptar la expresión impasible del guerrero.

—No me has dicho por qué has venido esta noche a verme, tío —prosiguió Ogedai.

Temuge suspiró, sabiendo que su ocasión se había evaporado.

—He venido para asegurarme de que comprendes el peligro que corres, Ogedai.

—Me estás asustando —dijo Ogedai sin sonreír.

Temuge se sonrojó.

—No te estoy amenazando.

—¿De dónde puede surgir ese terrible peligro entonces, en esta ciudad de ciudades?

—Te burlas de mí, a pesar de que he viajado hasta aquí para ayudarte y para admirar tu construcción.

—Es hermosa, ¿verdad? —preguntó Ogedai.

—Es maravillosa —respondió Temuge, con una honestidad tan transparente que Ogedai lanzó una mirada más atenta a su tío.

—La verdad —dijo Ogedai— es que he estado considerando la necesidad de tener a un hombre aquí para supervisar mi biblioteca, alguien que recopilara pergaminos de los más distintos rincones del mundo hasta que todos los hombres sabios conocieran el nombre de Karakorum. Puede que sea un sueño estúpido.

Temuge vaciló. La idea le seducía enormemente, pero no sabía si podía confiar en su sobrino.

—¿Sigues burlándote de mí? —preguntó con suavidad.

Ogedai se encogió de hombros.

—Solo cuando resoplas como una oveja vieja con tus advertencias. Me pregunto si me recomendarás que vigile para que no envenenen mi comida. —Vio que la cara de Temuge, de nuevo ofendido, se llenaba de pintas rojas y sonrió—. Es una oferta real. Cualquier otro hombre de las tribus sabe arrear a las ovejas y las cabras. Pero creo que solo tú sabes arrear a los eruditos. Harás que Karakorum sea famosa. Quiero que sea conocida en todos los confines de la Tierra.

—Si tanto valoras mi ingenio, Ogedai —contestó Temuge—, me escucharás, al menos esta vez.

—Habla pues, tío, si crees que debes hacerlo —dijo Ogedai con un suspiro.

—Durante dos años, el mundo ha esperado por ti. Nadie se ha atrevido a mover un solo soldado temiendo convertirse en el primero de tus castigos ejemplares. Incluso los Chin y los Sung se han quedado quietos. Se han comportado como el ciervo que huele a un tigre en algún lugar en las inmediaciones. Esa situación ha terminado. Has reunido a los ejércitos de la nación y, dentro de un mes a partir de hoy, si sigues con vida, serás khan.

—¿Si sigo con vida? —preguntó Ogedai.

—¿Dónde están ahora tus guardias, Ogedai? Los has hecho regresar y nadie siente su mirada recelosa atravesando los campamentos. ¿Creías que sería fácil? Si te cayeras de un tejado esta noche y te abrieras la cabeza contra la piedra, ¿quién sería khan cuando saliera la luna nueva?

—Mi hermano Chagatai tiene más derecho al título que ningún otro —dijo Ogedai en tono despreocupado—. A menos que a mi hijo Guyuk se le permita conservar la vida. También Tolui desciende del linaje de mi padre. Tiene hijos que han crecido y se han hecho muy fuertes: Mongke y Kublai, Arik-Boke y Hulegu. Con el tiempo, todos ellos podrían llegar a ser khanes. —Sonrió, divertido por algo que Temuge no podía saber—. La semilla de Gengis es resistente, al parecer. Todos tenemos hijos, pero seguimos buscando el consejo de Tsubodai. Aquel que tenga a su lado al imbatible general de mi padre liderará al ejército, ¿no crees? Sin él, estallaría la guerra civil. ¿Son todos esos los que tienen poder? No he mencionado a mi abuela. Ya ha perdido los dientes y la vista, pero todavía puede ser temible si se la provoca.

Temuge lo miró fijamente.

—Espero que tus acciones no sean tan despreocupadas como tus palabras. Dobra al menos tu guardia personal, Ogedai.

Ogedai asintió. No se molestó en mencionar que, tras las ornamentadas paredes, se escondían hombres vigilantes. Dos ballestas apuntaban al pecho de Temuge en ese mismo momento. Bastaría un gesto concreto de la mano de Ogedai para que le arrancaran la vida a su tío.

—Te he escuchado. Consideraré lo que me has dicho. Quizá no debas asumir tu papel en la biblioteca y la universidad hasta que la nueva luna haya salido y se haya marchado. Si no sobrevivo, es posible que a mi sucesor no le interese Karakorum tanto como a mí. —Vio que su reflexión tenía un efecto en su tío y supo que al menos uno de los hombres de poder trabajaría para que se mantuviera vivo. Todas las personas tenían un precio, pero casi nunca era en oro—. Ahora debo dormir, tío —dijo Ogedai—. Cada día está lleno de nuevos planes y labores. —Se detuvo a mitad del gesto de levantarse y continuó—: Te diré algo. No he estado sordo ni ciego durante estos últimos años. La nación de mi padre ha dejado de conquistar durante un tiempo, ¿y qué si ha sido así? La nación ha estado alimentándose de leche y sangre, lista para salir al mundo con fuerzas renovadas. Y yo he construido mi ciudad. No temas por mí, tío. Sé todo cuanto necesito saber de los generales y sus lealtades.

Se puso en pie con la agilidad de la juventud, mientras que su tío se veía obligado a aceptar su mano extendida para ayudarlo y se levantaba con un doloroso chasquido de las rodillas.

—Creo que tu padre estaría orgulloso de ti, Ogedai —dijo Temuge.

Para su sorpresa, Ogedai se rio entre dientes.

—Lo dudo. He recogido al bastardo de Jochi y lo he convertido en un príncipe y un oficial minghaan. Volveré a ascender a Batu, para honrar la memoria de mi hermano. Gengis nunca me perdonaría eso —sonrió al pensarlo—. Y a él no le hubiera gustado mi Karakorum, de eso estoy seguro.

Llamó a Baras'aghur para que acompañara a Temuge hasta la salida de la oscura ciudad, de vuelta al sofocante aire de traición y sospechas que se respiraba en los campamentos.

Ogedai tomó la jarra y la copa y llenó el cáliz una vez más mientras se dirigía al balcón de piedra para contemplar las calles iluminadas por la luz de la luna. Soplaba una leve brisa que refrescó su piel mientras permanecía allí con los ojos cerrados. Sintió un dolor agudo en el pecho y se agarró el brazo al notar cómo se propagaba. Notó que le empapaba un sudor frío a la vez que la sangre empezaba a bombear en sus venas a una velocidad aterradora, que fue incrementándose hasta que se mareó. A ciegas, alargó las manos y se apoyó en el antepecho de piedra, respirando lenta y profundamente hasta que la debilidad desapareció y su corazón volvió a latir con lentitud. Una gran presión se liberó de su cabeza y los fogonazos disminuyeron hasta convertirse en meros puntos, sombras que solo él podía ver. Levantó la mirada hacia las frías estrellas, con expresión amarga. Bajo sus pies, otra cámara había sido creada con las enormes piedras. En ocasiones, cuando los dolores le atormentaban con una fuerza que le dejaba temblando y debilitado, había llegado a pensar que ni siquiera la acabaría. Pero lo había hecho. Su tumba estaba lista y aún seguía con vida. Copa a copa terminó la jarra, hasta que sus embotados sentidos empezaron a transmitirle un mundo suave y ondulante.

—¿Cuánto tiempo me queda? —susurró para sí arrastrando las palabras—. ¿Días o años? —Imaginó que hablaba con el espíritu de su padre y balanceó la copa mientras hablaba, derramando parte del vino—. Estaba en paz, padre. En paz, cuando pensé que mi hora había llegado. ¿Qué me importaban tus generales y sus... mezquinas luchas? Sin embargo, mi ciudad ha sido construida y mi nación ha venido, y todavía sigo aquí. ¿Qué hago ahora?

Se quedó en silencio en la oscuridad esperando una respuesta, pero no recibió ninguna.

II

Tumbado boca arriba junto al río, Tolui acarició distraídamente el cabello húmedo de su esposa mientras observaba cómo sus cuatro hijos chapoteaban entre chillidos en las aguas del Orkhon. El sol calentaba sus cuerpos tendidos y solo la presencia de sus guardias en las proximidades impedía que pudieran relajarse por completo. Tolui hizo una mueca al pensarlo. Era imposible estar en paz en el campamento, con todos los hombres preguntándose si era partidario de Chagatai o de Ogedai o de los generales... o quizá un informador de cualquiera de ellos. En ocasiones, deseó que sus dos hermanos mayores arreglaran las cosas en algún lugar tranquilo, para que él pudiera disfrutar de estar vivo en un día así, con una bella mujer entre sus brazos y cuatro hijos sanos rogándole que les permitiera nadar en la catarata. Se lo había prohibido una vez, pero había visto que Kublai había vuelto a retar a Mongke y ambos se estaban acercando más y más a la orilla, desde donde un camino de cabras llevaba al nacimiento del rugiente río. Tolui observó con los ojos entrecerrados a los dos chicos, que lanzaron una mirada culpable a sus padres confiando en que estuvieran dormidos bajo el cálido sol. Arik-Boke y Hulegu estaban en el ajo, por supuesto, y sus huesudos cuerpecillos casi temblaban de la emoción.

—¿Los estás viendo? —murmuró Sorhatani.

Tolui sonrió.

—Me siento tentado de dejarles probar. Nadan como nutrias, los dos.

La natación seguía siendo una habilidad nueva para tribus que habían crecido en llanuras de hierba. Para un pueblo que aprendía a montar antes de saber hablar, los ríos eran la fuente de vida para sus rebaños o un obstáculo cuando se desbordaban e inundaban las tierras. Hacía muy poco tiempo que también se habían convertido en una fuente de placer para los niños de la tribu.

—No serás tú quien tenga que aliviar el dolor de sus heridas cuando se arranquen la piel de la espalda —dijo Sorhatani, recostándose con actitud distendida sobre Tolui — o se rompan los huesos. Pero no dijo nada cuando Mongke, desnudo y reluciente, salió de repente corriendo por el camino. Kublai lanzó una última mirada fugaz a sus padres y, al ver que ninguno de los dos se movía, echó a correr también.

Tolui y Sorhatani se incorporaron en cuanto los chicos hubieron desaparecido. Intercambiaron una mirada cómplice de diversión al ver a Arik-Boke y Hulegu alargar el cuello para vigilar la parte alta de la catarata.

—No sé quién es peor, si Mongke o Kublai —dijo Sorhatani, arrancando una hierba y masticando el extremo del tallo.

Tolui se rio entre dientes y ambos dijeron a la vez «Kublai».

—Mongke me recuerda a mi padre —dijo Tolui con cierta nostalgia—. No tiene miedo de nada.

Sorhatani soltó un suave bufido.

—Entonces te acordarás de lo que dijo una vez tu padre cuando tuvo que elegir

entre dos hombres para liderar a mil.

—Estaba allí, mujer —contestó Tolui, adivinando a qué se refería—. Dijo que Ussutai no le tenía miedo a nada y no tenía hambre ni sed. Y por eso no era apropiado para el mando.

—Tu padre era sabio. Un hombre necesita un poco de miedo, Tolui, aunque solo sea para poder enorgullecerse de vencerlo.

Un aullido salvaje hizo que ambos levantaran la vista justo cuando Mongke se lanzaba sin estilo alguno, chillando excitado mientras caía hasta zambullirse en la poza que había a los pies de la catarata. La cascada medía apenas algo más de tres metros, pero para un niño de once años la impresión tenía que ser terrorífica. Tolui se relajó y se rio al ver a su hijo mayor reaparecer en la superficie, resoplando y jadeando, enseñando unos dientes muy blancos en su bronceada cara. Arik-Boke y Hulegu le vitorearon con sus agudas voces y volvieron a alzar la vista esperando el salto de su otro hermano.

Kublai apareció de espaldas, hecho un revoltijo de miembros y corriendo tan deprisa que salió del torrente de agua y cayó por el aire. Tolui hizo una mueca al oír el sonido de su cuerpo al chocar, en plano, contra el río, transmitido con claridad por el agua. Se quedó mirando la superficie un momento mientras los otros tres niños volvían la cabeza hacia él y gritaban y se señalaban unos a otros. Sorhatani sintió cómo se tensaban los brazos de su marido, que se preparaba para saltar, pero entonces Kublai reapareció, gritando. Tenía todo el cuerpo enrojecido por un costado y salió del agua cojeando, pero sus padres vieron que jadeaba lleno de júbilo.

—Voy a tener que darles una tunda para que aprendan un poco de sensatez —dijo Tolui.

—Voy a vestirles y luego te los mando —respondió su esposa encogiéndose de hombros.

Tolui asintió, dándose cuenta solo a medias de que había esperado a que ella le diera su aprobación para castigar a los niños. Sorhatani le sonrió mientras se alejaba, pensando que su marido era un buen hombre. Tal vez no fuera el más fuerte de los hermanos, ni el más implacable, pero en todo lo demás era el mejor de los hijos de Gengis.

Mientras recogía la ropa que sus hijos habían dejado desperdigada por todos los arbustos de los alrededores, se acordó del único hombre al que había temido en su vida. Guardaba con aprecio en su memoria el momento en que Gengis la había mirado como a una mujer, más que solo como la esposa de uno de sus hijos. Había sido en la orilla de un lago, a miles de kilómetros de allí, en otro país. Había notado cómo los ojos del khan se encendían ante su juventud y su belleza, solo durante un instante. Entonces, aterrorizada y con un respeto reverencial, ella le había sonreído.

—Sí, ese era un hombre de verdad —murmuró para sí, meneando la cabeza con una sonrisa.

De pie sobre la base de madera del carro, Khasar esperaba reclinado sobre el fieltro blanco de la ger del khan. Era el doble de ancha y la mitad de alta que los hogares de su pueblo, y Gengis la había utilizado para reunirse con sus generales. Ogedai nunca había reclamado esa enorme construcción, tan pesada que eran necesarios seis bueyes para tirar del carro. Tras la muerte del gran khan, había permanecido vacía durante meses antes de que Khasar se la apropiara. Por el momento, nadie se había atrevido a disputarle su derecho a hacerla suya.

Khasar olió la carne de marmota frita que Kachiun había traído para la comida.

—Comamos fuera. Hace un día demasiado bueno para meternos ahí y comer en la penumbra —dijo.

Además de la humeante bandeja, Kachiun llevaba un odre rebosante de airag que le lanzó a su hermano.

—¿Dónde están los demás? —preguntó, colocando la bandeja en el borde del carro y sentándose con las piernas colgando.

Khasar se encogió de hombros.

—Jebe dijo que vendría. Le he mandado un mensajero a Jelme y a Tsubodai. Que vengan o no vengan es cosa suya.

Kachiun resopló irritado. Debería haberse ocupado de los mensajes él mismo, para asegurarse de que su hermano no se olvidaba o empleaba palabras inapropiadas. No tenía ningún sentido reprender al hombre que estaba metiendo los dedos en el montón de carne humeante. Khasar nunca cambiaría y eso era a la vez exasperante y tranquilizador.

—Casi ha acabado esa ciudad suya —dijo Khasar, con la boca llena—. Tiene un aspecto raro, con esos muros tan bajos. Podría saltarlos con mi caballo.

—Creo que por eso los ha hecho así —contestó Kachiun. Cogió un bolsillo de pan ácimo de otra olla, agitando la mano para retirar el vapor mientras lo llenaba de carne. En el rostro de Khasar se dibujó una expresión de perplejidad y Kachiun suspiró—. Nosotros somos los muros, hermano. Quiere que el pueblo vea que no tiene que esconderse detrás de las piedras como los Chin. ¿Entiendes? Los tumanes de nuestro ejército son las murallas.

—Muy agudo —dijo Khasar—, pero con el tiempo acabaré construyendo unos muros, ya verás. Dale un año o dos y estará añadiendo piedras. Las ciudades hacen que tengas miedo.

Kachiun miró con fijeza a su hermano, preguntándose si lo que había dicho no sería una gran verdad. Khasar captó su repentino interés y sonrió de oreja a oreja.

—Ya lo has visto. Si un hombre tiene oro, vive temiendo que venga alguien a quitárselo, así que construye una muralla alrededor de su fortuna. Así todo el mundo sabe dónde está el oro y vienen y se lo llevan. Así es como funcionan las cosas, hermano. Los tontos y el oro van juntos.

—Nunca sé si piensas como un niño o como un sabio —dijo Kachiun, mientras llenaba otro bolsillo de pan y se lo metía en la boca.

Khasar intentó decir «un sabio» mientras masticaba un enorme bocado y se atragantó, obligando a Kachiun a darle unas palmadas en la espalda para ayudarlo. Hacía muchos años que eran amigos.

Khasar se enjugó las lágrimas de los ojos, respiró hondo y tomó un trago de airag del hinchado odre.

—Necesitará los muros cuando llegue la luna nueva, yo diría.

Automáticamente, Kachiun miró a izquierda y a derecha para comprobar que no había nadie que pudiera oírles. Estaban rodeados de una vacía extensión de hierba, en la que solo se veían dos ponis pastando. Más lejos, los guerreros seguían entrenándose bajo el sol, preparándose para la gran competición que Ogedai había prometido. Los luchadores y arqueros vencedores, e incluso los que ganaran las carreras pedestres por las llanuras, recibirían caballos grises y armaduras como premio. Miraran donde miraran, había hombres entrenándose en grupo, pero ninguno de ellos estaba demasiado cerca. Kachiun se relajó.

—¿Has oído algo?

—Nada, pero solo un tonto esperaría que el juramento de lealtad no sufriera ningún contratiempo. Ogedai no es ningún tonto y tampoco es un cobarde. Se enfrentó a mí cuando iba corriendo como un salvaje buscando a... —vaciló y su mirada se tornó fría y distante durante un instante—... cuando Gengis murió. —Bebió otro trago del potente licor—. Si hubiera organizado el juramento de inmediato, ni un solo hombre de las tribus se habría atrevido a alzar una mano contra él, pero ¿ahora?

Kachiun asintió con gravedad.

—Ahora Chagatai se ha fortalecido y la mitad de la nación se pregunta por qué no va a ser él el khan.

—Habrá derramamiento de sangre, hermano. Sea como sea —prosiguió Khasar—, espero que Ogedai sepa cuándo mostrarse tolerante y cuándo cortar pescuezos.

—Nos tiene a nosotros —dijo Kachiun—. Por eso quería que nos reuniéramos aquí, para hablar de nuestros planes para conseguir que llegue sano y salvo a ocupar el cargo de khan.

—A mí no me ha llamado para pedirme consejo desde su ciudad blanca, Kachiun, ¿y a ti? No sabes si confía en nosotros más que en cualquier otro. ¿Por qué iba a hacerlo? Tú mismo podrías ser khan si quisieras. Fuiste el heredero de Gengis mientras sus hijos crecían. —Khasar notó la irritación de su hermano. Por todo el campamento había gente comentando eso mismo y ambos hermanos estaban hartos de oírlo, pero Khasar simplemente se encogió de hombros—. Mejor tú que Chagatai, de todos modos. ¿Le has visto por ahí, corriendo con sus vasallos? Tan joven, tan... viril.

Se apoyó en el borde del carro y escupió deliberadamente en el suelo. Kachiun sonrió.

—¿Es envidia eso que noto, hermano?

—De él no, aunque es verdad que a veces echo de menos ser joven. Ahora no hay un solo día en que no me duela algo. Viejas heridas, viejas rodillas, aquella vez que fuiste incapaz de evitar que me clavaran una lanza en el hombro... Todo me duele.

—Es mejor que la alternativa —dijo Kachiun.

Khasar resopló.

Se volvieron a mirar a Jebe, que se estaba acercando a ellos con Tsubodai. Los dos generales de Gengis estaban en la flor de la vida y Kachiun y Khasar intercambiaron por un instante una mirada cómplice cargada de ironía al verles caminar por la hierba estival con amplias y seguras zancadas.

—Hay té en la tetera y carne en la olla —anunció Khasar sin ceremonias mientras subían los escalones hasta la ger del khan—. Estábamos hablando de cómo conseguir que Ogedai siga con vida el tiempo suficiente para llegar a hacerse con las colas blancas.

El símbolo de las tribus unificadas seguía ondeando sobre su cabeza, un estandarte formado por colas de caballo que había exhibido una gran profusión de colores como representación de las distintas tribus hasta que Gengis las había decolorado y las había unido. Nadie había osado retirar de allí ese símbolo de poder, del mismo modo que nadie había cuestionado el uso del carro por parte de Khasar.

Tsubodai se sentó en el borde del carro, con los pies colgando, y atacó la carne y el pan. Era consciente de que tanto Kachiun como Khasar estaban esperando que diera su opinión. No le agradó tanta atención y se dispuso a comer despacio, mojándose la garganta con un trago de airag.

En el silencio, Jebe se reclinó contra la pared de fieltro y observó la ciudad a lo lejos: una blanca forma brumosa en el cálido aire. Distinguió la cúpula dorada del palacio de Ogedai y le dio la impresión de que era un ojo amarillo que vigilaba el exterior de la ciudad.

—Se han acercado a tantearme —dijo Jebe. Tsubodai dejó de masticar y Khasar apoyó en el suelo el odre de airag del que estaba a punto de beber. Jebe se encogió de hombros—. Sabíamos que abordarían a alguno de nosotros, antes o después. No le conocía y no llevaba marcas de su rango.

—¿Enviado por Chagatai? —preguntó Kachiun.

—¿Y quién si no? —dijo Jebe asintiendo con la cabeza—. Pero no se mencionó ningún nombre. No confían en mí. Fue solo un empujoncito, para ver hacia qué lado saltaba.

Tsubodai hizo una mueca.

—Pues has saltado hacia aquí, a la vista de todas las tribus. Está claro que ahora mismo te están vigilando.

—¿Y si es así qué? —replicó Jebe, molesto—. Siempre fui leal a Gengis. ¿Acaso he exigido que se me conozca por mi nombre de nacimiento, Zurgadai? Llevo el nombre que Gengis me dio y soy leal al hijo que nombró su heredero. ¿Qué me importa quién me vea hablando con sus generales?

Tsubodai suspiró y dejó a un lado el último pedazo de carne de su plato.

—Sabemos quién es más probable que perturbe el desarrollo de la ceremonia de juramento. No sabemos cómo lo hará, o cuántos hombres le respaldarán. Si hubieras venido a hablar conmigo, Jebe, te habría dicho que te mostraras de acuerdo con todo lo que dijeran y que te informaras de sus planes.

—¿Quién quiere arrastrarse sigilosamente en la oscuridad, Tsubodai? —dijo Khasar, en tono despectivo. Miró a su hermano, buscando su apoyo, pero Kachiun meneó la cabeza.

—Tsubodai tiene razón, hermano. No se trata solo de mostrar que apoyamos a Ogedai y a todos los hombres sensatos que nos siguen. Ojalá se tratara de eso. Nunca había habido un khan de la nación antes de Gengis, así que no hay leyes que dicten cómo debe legar su poder.

—El khan hace las leyes —contestó Khasar—. No vi que nadie se quejara cuando hizo que todos juráramos que aceptábamos a Ogedai como heredero. Incluso Chagatai se arrodilló y juró.

—Porque su elección era postrarse ante él o morir —dijo Tsubodai—. Ahora Gengis no está y los hombres del círculo de Chagatai le están susurrando cosas al oído. Le están diciendo que la única razón por la que no fue él el heredero fue su pelea con su hermano, Jochi, pero Jochi está muerto.

Se detuvo un instante, recordando la sangre que había derramado en la nieve. Su rostro se mantuvo perfectamente inexpresivo y los demás no fueron capaces de adivinar sus pensamientos.

—No hay tradiciones que nos digan cómo debemos actuar —continuó Tsubodai con cansancio—. Sí, Gengis eligió a su heredero, pero su mente estaba ofuscada por la rabia que sentía hacia Jochi. Solo unos cuantos años antes había mostrado su preferencia por Chagatai frente a sus hermanos. La nación no habla de otra cosa. A veces creo que Chagatai podría presentar su reivindicación *abiertamente* y convertirse en khan. Podría llegar hasta el mismo Ogedai con una espada y, como mínimo, la mitad del ejército no le detendría.

—La otra mitad le haría pedazos —dijo Khasar.

—Y en menos que canta un gallo, habría estallado una guerra civil que dividiría en dos la nación. Todo lo que Gengis ha construido, toda nuestra fuerza se desperdiciaría en una lucha interna. Y entonces, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que los Chin se levantaran contra nosotros, o los árabes? Si ese es nuestro futuro, prefiero ver a Chagatai aferrando el estandarte de las colas de caballo hoy mismo. —Tsubodai alzó la mano cuando los otros generales empezaron a protestar—. No vayáis a pensar que este es el discurso de un traidor. ¿No he demostrado que seguía el camino que dictaba Gengis incluso cuando todo dentro de mí gritaba que se equivocaba? No traicionaré su memoria. Veré a Ogedai erigirse en khan, os doy mi palabra.

Una vez más, recordó al joven que creyó en su promesa de que estaría a salvo durante el viaje. Tsubodai sabía que su palabra, de la que antes nadie había dudado,

ya no valía nada. Era una herida antigua, pero algunos días sangraba como si acabara de recibir el corte.

—Me habías preocupado —dijo Khasar.

Tsubodai no sonrió. Era más joven que los dos hermanos, pero ambos aguardaron pacientemente a que hablara. Era el gran general, el hábil maestro que podía planear un ataque en cualquier terreno y, de un modo u otro, lograr la victoria. Con Tsubodai, sabían que Ogedai tenía una oportunidad. Kachiun frunció el ceño al pensarlo.

—Deberías pensar en tu propia seguridad también, Tsubodai. No queremos perderte: eres demasiado valioso.

Tsubodai suspiró.

—Que tenga que escuchar esas palabras desde la ger de mi khan... Sí, tendré cuidado. Soy un obstáculo para alguien a quien todos tememos. Debéis asegurarnos de que vuestros guardias son hombres a los que confiaríais la vida, que no pueden ser sobornados o amenazados sin que os informen. Si la esposa y los hijos de un hombre desaparecen, ¿seguiréis confiando en que vele vuestro sueño?

—Es una idea horrible —dijo Jebe, con una mueca—. ¿Realmente crees que estamos en ese punto? En un día así, me cuesta creer que pueda haber cuchillos acechando en cada sombra.

—Si Ogedai se convierte en khan —prosiguió Tsubodai—, podría hacer que mataran a Chagatai, o simplemente gobernar bien o mal durante cuarenta años. Chagatai no esperará, Jebe. Ordenará que muera simulando un accidente, o intentará hacerse con el poder por la fuerza. No lo veo esperando sentado mientras el destino de su vida y sus ambiciones es decidido por otros. Ese no es el Chagatai que conozco.

De algún modo, el sol parecía menos brillante después de sus frías palabras.

—¿Dónde está Jelme? —preguntó Jebe—. Me dijo que vendría.

Tsubodai se frotó la nuca, haciéndola crujir. Llevaba muchas semanas durmiendo mal, aunque no lo mencionaría ante ellos.

—Jelme es leal; no os preocupéis por él —murmuró. Algunos rostros arrugaron el ceño.

—¿Leal a cuál de los hijos de Gengis? —preguntó Jebe—. No hay una salida clara, y si no encontramos una, la nación podría quedar partida en dos.

—Entonces deberíamos matar a Chagatai —concluyó Khasar. Los otros se quedaron inmóviles y los miró esbozando una ancha sonrisa—. Soy demasiado viejo para medir mis palabras —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué tendríamos que aceptar que esto suceda a su manera? ¿Por qué debería inspeccionar a mis guardias personales para comprobar que ninguno se ha vuelto contra mí? Podríamos acabar con todo esto hoy y Ogedai sería khan al llegar la luna nueva sin que hubiera amenaza de guerra. —Vio sus frías expresiones y volvió a escupir—. No agacharé la cabeza ante vuestra desaprobación, así que no esperéis que lo haga. Si preferís guardaros las espaldas durante un mes y trazar planes secretos e inteligentes, es cosa vuestra. Yo podría atajar todo esto y ponerle fin. ¿Qué creéis que diría Gengis si fuera

uno de nosotros, si estuviera aquí? Entraría sin un titubeo y le cortaría el cuello a Chagatai.

—Podría ser —admitió Tsubodai, que sabía mejor que la mayoría lo despiadado que había sido el khan—. Si Chagatai fuera un idiota, estaría de acuerdo contigo. Si pudiéramos contar con la sorpresa, sí, podría funcionar. Te pediría que lo probaras, pero te matarían. En vez de eso, te lo aseguro: Chagatai está listo para responder ante una acción así. Cualquier grupo de hombres armados que se acerca a su tumán es recibido por armas en ristre y guerreros preparados para cargar. Está planeando un asesinato cada día que pasa, así que también lo teme.

—Entre todos nosotros, comandamos a suficientes hombres como para llegar hasta él —dijo Khasar, aunque con menos confianza.

—Tal vez. Si solo reaccionaran sus diez mil, podríamos alcanzarle, pero creo que la cosa ya ha ido más lejos. Sea cual sea el juego al que Ogedai ha estado jugando, le ha dado a su hermano dos años para susurrar y hacer promesas. Sin la figura de un khan, todos nosotros nos hemos visto obligados a gobernar las tierras que nos rodeaban, a actuar como si nosotros fuéramos la única voz que contara. He descubierto que me gustaba. ¿No sentisteis lo mismo? —Tsubodai recorrió con la mirada a los presentes y meneó la cabeza—. La nación está deshaciéndose en tribus de tumanes, unidos no por vínculos de sangre sino por los generales que los lideran. No, no atacaremos a Chagatai. Mi objetivo es evitar la guerra civil, no ser la chispa que la haga estallar.

El entusiasmo de la expresión del rostro de Khasar había ido decreciendo a medida que Tsubodai hablaba hasta convertirse en irritación.

—Entonces volvemos al principio: mantener a Ogedai con vida —dijo.

—Más que eso —contestó Tsubodai—. Volvemos a tener que mantener suficiente parte de la nación intacta para que tenga algo que gobernar cuando sea khan. Espero que no creyeras que tendría la respuesta en un día, Khasar. Podríamos ganar y ver a Ogedai con las colas de caballo, pero también presenciar cómo Chagatai se lleva a la mitad del ejército y a la mitad de la nación. ¿Cuánto tiempo pasaría entonces antes de que dos khanes y sus ejércitos se enfrentaran el uno al otro en el campo de batalla?

—Lo has dejado muy claro, Tsubodai —dijo Kachiun—, pero no podemos quedarnos sentados sin más y esperar a que se produzca el desastre.

—No —replicó Tsubodai—. Muy bien, sé lo suficiente como para confiar en vosotros. Jelme no está aquí porque está reunido con dos de los generales que podrían ser leales a Chagatai. Sabré más cuando haya intercambiado unos mensajes con él. Ya no puedo volver a encontrarme con él... y sí, Khasar, es ese tipo de juego secreto que desprecias. Las apuestas están demasiado altas como para dar un solo paso en falso.

—Puede que tengas razón —admitió Khasar, pensativo.

Tsubodai clavó la mirada en él.

—También necesitaré que me des tu palabra, Khasar —dijo.

—¿Sobre qué?

—Tu palabra de que no vas a actuar por tu cuenta. Es verdad que Chagatai sale a cabalgar todos los días, aunque nunca se aleja demasiado de sus guerreros. Hay una pequeña oportunidad de que pudieras situar a unos arqueros para derribarle desde una posición oculta, pero si fracasaras, arruinarías todo aquello que tu hermano se esforzó en crear, todo aquello por lo que tantas personas a las que amaste entregaron su vida. Toda la nación ardería en llamas, Khasar.

Khasar se quedó boquiabierto mirando al general que parecía estar leyéndole el pensamiento. Todos habían visto la culpabilidad en su rostro antes de que pudiera obligarse a adoptar la expresión impasible del guerrero mongol. Sin darle tiempo a responder, Tsubodai volvió a hablar.

—Dame tu palabra, Khasar. Ambos queremos lo mismo, pero no puedo hacer planes sin contar contigo, sin saber qué vas a hacer.

—La tienes —dijo Khasar en tono grave.

Tsubodai asintió como si fuera un punto menor en la discusión general.

—Os mantendré informados a todos. No podemos reunirnos a menudo con tantos espías en el campamento, así que enviaré a mensajeros de confianza. No escribáis nada y no volváis a pronunciar el nombre de Chagatai, no después de hoy. Llamadle la Lanza Rota si tenéis que hablar de él. No dudéis de que encontraremos una salida.

Tsubodai se puso en pie con un movimiento suave y flexible y agradeció a Khasar su hospitalidad.

—Ahora tengo que irme para saber qué le han prometido a Jelme a cambio de su apoyo. —Hizo una inclinación de cabeza y descendió ágilmente los escalones, haciendo que Khasar y Kachiun se sintieran viejos solo con verlo.

—Da gracias por una cosa —dijo Kachiun en voz baja, observando al general alejándose—. Si él quisiera ser khan, la situación sería todavía más difícil.

III

Desde la parte inferior, en sombra, Ogedai observaba cómo la rampa ascendía hacia la luz y el aire. El gran óvalo estaba por fin terminado. Un intenso olor a madera, pintura y barniz inundaba el aire a su alrededor e imaginó sin esfuerzo a los atletas de su pueblo saliendo por la rampa bajo los estruendosos vítores de treinta mil hombres y mujeres. Ogedai lo visionó todo en su mente y se dio cuenta de que se encontraba mejor de lo que se había sentido durante días. El sanador Chin había hablado mucho de los peligros del polvo de digital, pero Ogedai solo sabía que aliviaba el dolor constante de su pecho. Dos días antes, un dolor agudo le había postrado de hinojos en sus apartamentos privados. Su rostro se crispó al recordar la presión que había sentido, la sensación de estar atrapado en un lugar pequeño, incapaz de meter aire en los pulmones. Una pizca de ese polvo oscuro mezclado con vino tinto le había producido un gran alivio, como si hubieran cortado las cuerdas invisibles que le oprimían el pecho. La muerte caminaba a su lado, no tenía ninguna duda, pero todavía se encontraba a dos pasos por detrás de él.

Los albañiles estaban abandonando el gran estadio a millares, aunque Ogedai apenas miraba el río de caras exhaustas que pasaba por su lado. Sabía que habían trabajado toda la noche para satisfacer sus deseos, y eso era exactamente lo que esperaba de ellos. Se preguntó cómo se habrían sentido cuando el emperador de los Chin se arrodilló ante su padre. Si Gengis hubiera sido obligado a humillarse de ese modo, Ogedai dudaba de que hubiera estado tan calmado, tan resignado. Gengis le había dicho que los Chin no tenían concepto de nación. La élite gobernante hablaba de imperios y emperadores, pero los campesinos no podían alzar la cabeza lo suficiente como para ver tan lejos y, en vez de eso, se movían por lealtades menores a las ciudades y a los hombres locales. Ogedai asintió para sí. No hacía tanto tiempo que las tribus de su pueblo habían hecho lo mismo. Su padre los había conducido a una nueva era y muchos de ellos todavía no comprendían la amplitud de su visión.

La mayoría de los que pasaban junto a él miraban fijamente al suelo, temerosos de atraer su atención. El corazón de Ogedai empezó a latir más deprisa al notar una reacción diferente en algunos de los que se aproximaban. Sintió la necesidad de salir a la luz desde las sombras y tuvo que contener su urgente impulso. El pecho empezó a dolerle, pero no le invadió la terrible fatiga que solía acosarle por mucho que durmiera. No, sus sentidos estaban muy despiertos. Podía oler y oír todo a su alrededor, desde la comida aderezada con ajo de los trabajadores hasta sus voces en susurros.

El mundo pareció tensarse y luego estallar, dejándole casi aturdido. Frente a él, algunos hombres clavaban en él la mirada para luego desviarla deliberadamente, y esa reacción los identificaba como una bandera izada. Ogedai no distinguió ninguna señal, pero casi como un solo hombre sacaron un puñal de debajo de su ropa: hojas cortas, del tipo de las que los carpinteros utilizaban para recortar maderos. La

multitud empezó a arremolinarse a medida que más y más gente se iba dando cuenta de lo que estaba pasando. Se oyeron varios gritos ásperos, pero Ogedai permaneció muy quieto en el centro de la creciente tormenta. No despegó la mirada de los ojos de los atacantes más próximos mientras se abría paso a empujones entre los demás con la espada en ristre. Ogedai vio al hombre aproximarse. Lentamente, extendió los brazos, y luego los abrió aún más, de modo que la muchedumbre, en su huida, golpeaba sus manos extendidas. El atacante gritó algo, un sonido salvaje que se perdió en el clamor. Cuando el hombre recibió un golpe desde un costado, Ogedai enseñó los dientes y vio cómo su cuerpo se desmoronaba ante el guardia con coraza que le había herido.

Mientras su guardia arrollaba y mataba a los hombres reunidos en aquel sombrío túnel, Ogedai bajó las manos poco a poco y observó la escena con frialdad. Dejaron a dos de ellos con vida, como había ordenado, tras golpearles con la empuñadura de la espada hasta convertir sus rostros en máscaras tumefactas. Los demás fueron sacrificados como cabras.

En un abrir y cerrar de ojos, su primer oficial estaba ante él, con el pecho palpitante y la pálida cara salpicada de inmundicia.

—Señor, ¿estás bien? —preguntó, la viva imagen de la confusión.

Ogedai retiró la vista de los soldados que seguían machacando la carne muerta de aquellos hombres que se habían atrevido a atacar a su amo.

—¿Por qué no habría de estarlo, Huran? No me han herido. Has cumplido con tu trabajo.

Huran inclinó la cabeza y estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse, pero no pudo hacerlo.

—Mi señor, esto no era necesario. Llevamos siguiendo a estos hombres dos días. Yo mismo he registrado su alojamiento y no ha habido un solo instante en que no los tuviera vigilados mientras estaban en Karakorum. Podríamos haberlos eliminado sin que hubieras corrido ningún tipo de riesgo.

Era evidente que estaba haciendo un esfuerzo para encontrar las palabras apropiadas, pero hacía mucho que Ogedai no se sentía tan ligero y tan fuerte. Cuando respondió, lo hizo con afabilidad.

—Di lo que tengas que decir, Huran. No me ofenderás. —Le había liberado de la necesidad de medir sus palabras y enseguida notó cómo la tensión y la rigidez desaparecían.

—Vivo, trabajo, para protegerte, señor —dijo Huran—. El día que mueras, yo moriré, lo he jurado. Pero no puedo protegerte si estás... si estás enamorado de la muerte, señor, si deseas morir... —Bajo la fría mirada de Ogedai, Huran pronunció las últimas palabras como un balbuceo y se quedó en silencio.

—Olvida tus temores, Huran. Me has servido desde que era un niño. Entonces me arriesgaba, ¿no? Como cualquier otro chico que cree que vivirá para siempre...

Huran asintió.

—Sí, pero entonces no habrías abierto los brazos de par en par con un asesino corriendo hacia ti. Lo vi, señor, pero no pude comprenderlo.

Ogedai sonrió, como si instruyera a un niño. Puede que fuera por su proximidad a la eternidad en aquellos momentos, pero se sentía casi exaltado.

—No quiero morir, te lo prometo, Huran. Pero no tengo miedo a la muerte, en absoluto. Abrí los brazos porque, en ese momento, no me importaba si moría o no. ¿Puedes entenderlo?

—No, señor —contestó Huran.

Ogedai suspiró, arrugando la nariz al percibir el olor a sangre y excrementos del túnel.

—Flota un olor hediondo en este aire —dijo—. Sal conmigo.

Caminó junto a los montones de cadáveres. Muchos, simples obreros que intentaban salir de la oscuridad, habían muerto por accidente en la refriega. Pensó que ordenaría que enviaran dinero a las familias.

Huran se mantuvo a su lado mientras la luz iba intensificándose y la mirada de Ogedai recorría el estadio concluido. Su humor mejoró aún más al ver los asientos en gradas, miles y miles de bancos que se perdían en la distancia. Tras el derramamiento de sangre de la entrada, se había vaciado a una velocidad pasmosa, y Ogedai pudo oír el trino de un ave a lo lejos, claro y melodioso. Se sintió tentado de dar un grito a través de aquel enorme espacio para ver si el eco le devolvía su voz. Treinta mil miembros de su pueblo podrían sentarse y ver carreras y luchas y tiro con arco. Sería glorioso.

Notó que le picaba la cara en un punto y se rascó: alzó ante sus ojos un dedo enrojecido. Era la sangre de otro.

—Aquí, Huran, en este sitio, me convertiré en khan. Aceptaré el juramento de mi pueblo.

Huran asintió con rígida formalidad y Ogedai le sonrió, sabiendo que su lealtad era absoluta. Sin embargo, no mencionó que su corazón estaba afectado por una debilidad que podía matarle en cualquier momento. Ni tampoco le contó a Huran que todas las mañanas se despertaba aliviado al comprobar que había sobrevivido a la noche para ver un nuevo amanecer, ni que se mantenía despierto cada vez más tarde por las noches temiendo que aquel día fuera el último. El vino y el polvo de digital le habían proporcionado alivio, pero sabía que cada día, cada *aliento* que inspiraba, era una bendición. ¿Cómo podía temer a un asesino cuando la sombra de la muerte se cernía perpetuamente sobre él? Era divertido y se rio entre dientes hasta que volvió a sentir el dolor en el pecho. Consideró ponerse un pellizco de polvo bajo la lengua. Huran no se atrevería a preguntarle nada al respecto.

—Quedan tres días hasta la luna nueva, Huran. Me has mantenido vivo hasta ahora, ¿no? ¿Cuántos ataques has frustrado?

—Siete, señor —dijo Huran en voz baja.

Ogedai le miró de repente.

—Solo sé de cinco, incluyendo el de hoy. ¿De dónde te salen a ti siete?

—El hombre que había apostado en las cocinas evitó un envenenamiento esta mañana, señor, y he hecho que mataran a tres guerreros de tu hermano en una reyerta.

—¿No estabas seguro de que estuvieran aquí para matarme?

—No, señor, no estaba seguro —admitió Huran. Había dejado a uno de ellos vivo y había estado intentando hacerle confesar durante parte de la mañana, pero no había obtenido nada más que gritos e insultos a cambio de sus desvelos.

—Te has precipitado, Huran —dijo Ogedai, pero sin arrepentimiento en la voz—. Hemos tomado medidas para prever ese tipo de ataques. Alguien prueba mi comida antes que yo, mis criados son elegidos uno por uno. Mi ciudad está sitiada por un enorme número de espías y guerreros que fingen ser simples pintores y carpinteros. Sin embargo, he abierto Karakorum y la gente sigue entrando en masa. Hay tres señores Chin en mi propio palacio y dos monjes cristianos que han hecho un voto de pobreza, así que duermen entre la paja de mis establos reales. La ceremonia de juramento será... un momento interesante, Huran. —Suspiró al ver la adusta preocupación del soldado—. Si todo lo que hemos hecho no es suficiente, entonces quizá mi destino no sea sobrevivir. Al padre cielo le gusta jugar, Huran. Quizá me pierdas, pese a todos tus esfuerzos.

—No mientras yo viva, señor. Te llamaré khan.

Huran habló con tanta seguridad que Ogedai sonrió y le palmeó el hombro.

—Entonces escóltame de vuelta al palacio. Tengo que retornar a mis deberes después de esta pequeña distracción. Creo que he hecho esperar demasiado tiempo a Orlok Tsubodai.

Tsubodai había dejado su armadura en una de las habitaciones que le habían asignado en el palacio. Todos los guerreros de las tribus sabían que, en una ocasión, Gengis se había acercado sin armas a un enemigo y, a continuación, había utilizado una de las escamas metálicas para degollarle. En vez de la coraza, Tsubodai vestía una ligera túnica sobre unos leotardos y se había calzado unas sandalias. Habían dejado las prendas dispuestas para él en su estancia, limpias y nuevas, confeccionadas con los mejores materiales. ¡Qué lujo había en esas habitaciones! Ogedai había tomado algo prestado de cada una de las culturas que habían conocido durante sus conquistas. A Tsubodai aquel lujo le hacía sentirse incómodo, aunque no habría sabido explicar el motivo de su incomodidad. Peores eran la prisa y el ajetreo que reinaba en los pasillos del palacio, atestados de personas que se dirigían abstraídas a cumplir con recados o trabajos que no comprendía. No se había dado cuenta de que la ceremonia del juramento implicaría a tantos. Había guardias en cada esquina y alcoba, pero, ante tantos rostros desconocidos, Tsubodai no podía deshacerse ni por un momento de la sensación de que debía estar alerta. Prefería los espacios abiertos.

La mitad del día había transcurrido cuando agarró por el brazo a un criado que

pasaba corriendo por su lado, haciéndole lanzar un grito de sorpresa. Al parecer, a Ogedai le había retenido un asunto en la ciudad, pero sabía que Tsubodai estaba esperando.

Tsubodai no podía marcharse sin ofender al hijo de Gengis, así que entró en una silenciosa sala de audiencias y continuó aguardando, luchando contra su creciente impaciencia, más difícil de disimular a medida que pasaban las horas.

La estancia estaba vacía, aunque Tsubodai sintió que varios ojos sigilosos le vigilaban cuando caminó hacia la ventana y contempló la nueva ciudad y, más allá, los tumanes situados en las estepas. El sol se estaba poniendo y dibujaba largas líneas de oro y sombra en el terreno y las calles que se extendían a los pies del palacio. Ogedai había elegido bien la ubicación de la ciudad, con las montañas al sur y un ancho y caudaloso río a poca distancia. Tsubodai había cabalgado a lo largo del canal que Ogedai había construido para llevar el agua a la ciudad. Era asombroso, hasta que pensabas que un millón de personas habían trabajado allí durante casi dos años. Todo era posible si poseías suficiente oro y plata. Tsubodai se preguntó si Ogedai sobreviviría para disfrutarlo.

Había perdido la noción del tiempo cuando oyó voces que se aproximaban. Tsubodai observó con atención cómo los guardias de Ogedai entraban y tomaban posiciones. Notó sus miradas registrándole y después fijándose en él tras identificarle como la única amenaza posible de la sala. Ogedai llegó el último, con la cara más hinchada y pálida de lo que Tsubodai recordaba. Era difícil no recordar a Gengis en aquellos ojos ambarinos y Tsubodai se inclinó en una profunda reverencia ante él.

Ogedai le imitó y, a continuación, tomó asiento en un banco de madera junto a la ventana. La dorada madera estaba pulida y dejó que sus manos se deleitaran con su suave tacto mientras dirigía su mirada hacia fuera, hacia Karakorum. Cerró un instante los ojos cuando el sol poniente lanzó un último rayo de oro hacia la elevada estancia.

No sentía ningún afecto por Tsubodai, por mucho que lo necesitara. Si el general hubiera rechazado la más brutal orden de Gengis, su hermano mayor, Jochi, llevaría mucho tiempo siendo el khan. Si Tsubodai hubiera detenido su mano, si hubiera desobedecido siquiera una vez, no se encontrarían ante esa crisis de liderazgo que amenazaba con destruirlos a todos.

—Gracias por esperar. Espero que mis sirvientes te hayan agasajado debidamente —dijo por fin.

Tsubodai frunció el ceño ante sus palabras. Había contado con ese intercambio de cortesías rituales propias de las gers, pero el rostro de Ogedai reflejaba claramente su cansancio.

—Por supuesto, señor. Necesito muy poco.

Se detuvo al oír unos pasos al otro lado de las puertas de la sala y Ogedai se puso en pie mientras entraban más guardias, seguidos por Tolui y su esposa Sorhatani.

—Te doy la bienvenida a mi hogar, hermano —saludó Ogedai—, pero no

esperaba la asistencia de tu hermosa esposa. —Se volvió hacia ella con delicadeza—. ¿Tus hijos están bien?

—Sí, mi señor. Solo he traído a Mongke y a Kublai. No tengo ninguna duda de que en este mismo momento están causándoles algún problema a tus hombres.

Ogedai frunció levemente el ceño. Le había pedido a Tolui que se alojara en el palacio por su propia seguridad. Sabía al menos de dos conspiraciones que planeaban acabar con la vida de su hermano menor, pero había previsto informarle en privado. Lanzó una breve mirada a Tolui y vio cómo sus ojos se encontraban con los suyos un segundo para luego retirarse. No era fácil disuadir de nada a Sorhatani.

—¿Y tus otros hijos? ¿No están contigo? —preguntó Ogedai a su hermano.

—Los he enviado a pasar un tiempo con un primo. Se va al oeste a pescar durante unos meses. Se perderán la ceremonia del juramento, pero ya haré que arreglen eso cuando vuelvan.

—Ah —dijo Ogedai, comprendiendo. Dos de sus hijos sobrevivirían, pasara lo que pasara. Se preguntó si había sido Sorhatani quien había incluido ese cambio en su orden de que toda la familia se presentara en palacio. Quizá tuviera razón siendo desconfiada en tiempos tan sombríos—. No me cabe ninguna duda de que el general Tsubodai estará deseando informarnos y advertirnos sobre la gravedad de la situación, hermano —prosiguió Ogedai—. Puedes regresar a tus habitaciones, Sorhatani. Gracias por tomarte un momento para venir a visitarme.

Negarse a marchar era imposible y la joven hizo una rígida reverencia. Ogedai notó la furiosa mirada que le lanzaba a Tolui mientras se volvía para salir. Las puertas se abrieron de nuevo y los tres hombres se quedaron solos, con una hilera de ocho guardias junto a la pared.

Ogedai señaló una mesa con un gesto y se sentaron, todos ellos con más recelo de lo que nunca habrían creído posible. Perdiendo la paciencia de repente, Ogedai reunió frente a sí tres copas que entrechocaron con un tintineo, y las fue llenando y empujando hacia sus invitados. Alargaron la mano para cogerlas al mismo tiempo, sabiendo que si vacilaban sería como si temieran ser envenenados. Ogedai no les dio demasiada ocasión para titubear, vaciando su propia copa en tres rápidos tragos.

—En vosotros dos confío —dijo sin rodeos, tras chuparse los labios—. Tolui, he abortado un intento de asesinato contra ti, o contra tus hijos. —Tolui entornó los ojos durante una fracción de segundo, poniéndose tenso—. Mis espías han oído que se fraguaba otro, pero no sé quién lo organizaba y se me acaba el tiempo. Puedo enfrentarme con los que buscan mi muerte, pero debo pedirte que permanezcas en el palacio. Si no, no puedo protegerte, hasta que sea el khan.

—¿Tan mal están las cosas, entonces? —preguntó Tolui, asombrado. Sabía que había una gran agitación en el campamento, pero oír hablar de ataques tan directos le había impresionado. Deseó que Sorhatani estuviera allí, escuchando. De todos modos tendría que repetírselo todo más tarde.

Ogedai se volvió hacia Tsubodai. El general llevaba puestas unas prendas muy

sencillas, pero irradiaba autoridad. Ogedai se preguntó por un momento si se trataba de mera reputación. Era difícil no mirar a Tsubodai con respeto y admiración si sabías los logros que había acumulado a lo largo de su vida. El ejército le debía su éxito a él tanto como a Gengis. Sin embargo, a Ogedai le costaba no mirarle con odio. Pero apartó ese sentimiento en su interior, como había hecho durante más de dos años. Seguía necesítandole.

—Eres leal, Tsubodai —dijo con suavidad—, al menos a la voluntad de mi padre. Gracias a ti, soy informado sobre ese «Lanza Rota» todos los días. —Vaciló, haciendo un esfuerzo para calmarse. Parte de él quería dejar a Tsubodai fuera de Karakorum, en las llanuras, ignorar al estratega que su padre había valorado más que a ningún otro hombre. Pero solo un necio despreciaría un talento así. Ni siquiera ahora, después de que le abordara abiertamente al respecto, había confirmado que fuera él la fuente de los mensajeros que se presentaban en el palacio a informar, aunque Ogedai estaba casi seguro de que no se equivocaba.

—Soy un vasallo, señor —contestó Tsubodai—. Di mi juramento de serle leal como heredero. Y mi lealtad sigue siendo firme.

Por un instante, la ira de Ogedai ofuscó su mente, embargándole como una blanca espuma. Ese que estaba allí sentado, hablando de su juramento, era el hombre que había degollado a Jochi en la nieve. Ogedai respiró hondo. Tsubodai era demasiado valioso como para desperdiciarlo. Tenía que conseguir dominarlo, pillarle desprevenido.

—Mi hermano Jochi creyó en tus promesas, ¿no es verdad? —dijo en voz baja. Complacido, observó cómo el rostro del general se quedaba pálido.

Tsubodai recordaba todos y cada uno de los detalles de su encuentro con Jochi en las nevadas regiones del norte. El hijo de Gengis había entregado su vida a cambio de la de sus hombres y sus familias. Jochi sabía que iba a morir, pero había confiado en tener la oportunidad de hablar una última vez con su padre. Tsubodai era demasiado hombre para discutir los posibles beneficios o perjuicios de su misión. Había sentido que le traicionaba entonces y aún seguía sintiendo lo mismo. Asintió, y habló con voz entrecortada.

—Le maté, señor. Estuvo mal y tengo que vivir con ello.

—¿Rompiste tu palabra, Tsubodai? —continuó presionando Ogedai, inclinándose sobre la mesa.

Su copa cayó con un sonido metálico y Tsubodai alargó la mano y la enderezó. No asumiría ni un ápice menos de la culpa que le correspondía; no podía.

—Sí —contestó Tsubodai, con los ojos centelleantes de ira o vergüenza.

—¡Entonces redime tu honor! —rugió Ogedai, golpeando la mesa con los puños.

Las tres copas cayeron con estrépito, derramando una roja ola de vino sobre la mesa. Los guardias sacaron las espadas y Tsubodai se puso en pie de un salto, pensando que iban a atacarle. Se encontró de pie, mirando a Ogedai todavía sentado. El general se arrodilló tan rápido como se había levantado.

Ogedai nunca había llegado a saber hasta qué punto la muerte de su hermano había trastornado a Tsubodai. El general y su padre habían mantenido el asunto entre ellos. Ver la hondura de su dolor era una revelación y necesitaba tiempo para pensar qué significaba. Habló por instinto, utilizando las propias cadenas de Tsubodai para apresarle.

—Redime tu palabra, general, manteniendo vivo a otro hijo de Gengis el tiempo suficiente como para que sea jurado khan. El espíritu de mi hermano no querría ver a su familia rota y abandonada. El espíritu de mi padre tampoco. Haz lo que te digo, Tsubodai, y encuentra la paz. Después de eso, no me importa lo que suceda, pero estarás entre los primeros que presten juramento. Eso sería lo apropiado.

Ogedai sintió el dolor en el pecho y notó cómo un sudor ácido brotaba en sus axilas y frente. Una gran sensación de letargo se extendió por sus hombros a medida que el corazón latía más y más despacio, mareándole y provocando en él un profundo agotamiento. Llevaba semanas sin dormir bien y el temor constante a la muerte le estaba reduciendo a una mera sombra de sí mismo, del que solo perduraba su voluntad. Su súbito estallido de cólera había conmocionado a los presentes, pero había ocasiones en las que apenas era capaz de controlar su temperamento. Había vivido bajo una pesada carga demasiado tiempo y, a veces, sencillamente, no podía mantener la calma. Llegaría a ser khan, aunque solo fuera por un día. Habló arrastrando las palabras y tanto Tsubodai como Tolui le miraron con expresión preocupada.

—Quedaos esta noche aquí, los dos —dijo Ogedai—. No hay lugar más seguro en las llanuras, o en la ciudad.

Tolui, que ya estaba instalado en sus habitaciones, asintió de inmediato. Tsubodai titubeó, incapaz de comprender al hijo de Gengis o lo que le impulsaba. A pesar de estar rodeado por una gran hueste, percibía una sutil tristeza en Ogedai, una íntima soledad.

Tsubodai sabía que podía ser más útil en las llanuras. Cualquier amenaza real provendría de allí, del tumán de Chagatai. No obstante, inclinó la cabeza ante el hombre que sería khan al anochecer del día siguiente.

Ogedai se frotó los ojos un momento, sintiendo cómo el aturdimiento se despejaba. No podía decirles que esperaba que Chagatai fuera khan después de él. Solo los espíritus sabían cuánto tiempo le quedaba de vida, pero había construido su ciudad. Había dejado su huella en las estepas y sería khan.

Ogedai se despertó en la oscuridad. La noche era calurosa y estaba sudando, así que se dio la vuelta en la cama, sintiendo cómo su esposa se agitaba a su lado. Estaba a punto de caer nuevamente en el sueño cuando oyó el golpeteo de unos pasos que corrían a lo lejos. Instantáneamente alerta, levantó la cabeza y escuchó hasta que empezó a dolerle el cuello. ¿Quién podría estar corriendo por el palacio a esas

horas...? ¿Algún criado? Volvió a cerrar los ojos y, en ese momento, oyó un sordo golpe en la puerta de entrada a sus estancias. Ogedai juró en voz baja y sacudió suavemente a su mujer tomándola del hombro.

—Vístete, Torogene. Está pasando algo. —En los últimos días, Huran había adoptado el hábito de dormir a la puerta de sus habitaciones, con la espalda apoyada en la madera desde el exterior. El oficial sabía muy bien que no debía molestar a su amo sin una buena razón.

El golpe sonó una vez más mientras Ogedai se ceñía un cinturón sobre su *deel*. Cerró la doble puerta dejando dentro a su mujer y cruzó la habitación más próxima al pasillo, caminando descalzo junto a las mesas y sofás Chin. No había luna sobre la ciudad y las habitaciones estaban a oscuras. Era fácil imaginarse a mercenarios agazapados en cada sombra y Ogedai tomó una espada que pendía en la pared. En silencio, le quitó la funda y escuchó junto a la puerta.

En algún lugar lejano, oyó un grito distante y retrocedió dando un respingo.

—¿Huran? —dijo.

A través de la gruesa madera de roble, percibió el alivio en la voz de su vasallo.

—Mi señor, puedes abrir la puerta sin peligro —respondió Huran.

Ogedai retiró un pesado cerrojo y levantó una barra de hierro que anclaba la puerta a la pared de piedra. En el estado de nerviosismo en el que se encontraba, no se había dado cuenta de que no entraba nada de luz del pasillo a través de las rendijas. Estaba más oscuro que sus estancias, en las que la pálida luz de las estrellas entraba a través de las ventanas.

Huran pasó con rapidez junto a Ogedai y se puso a inspeccionar la habitación. Detrás de él, Tolui hizo entrar a Sorhatani y a sus dos hijos mayores, envueltos en prendas ligeras sobre la ropa de dormir.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó entre dientes Ogedai, encubriendo con ira su creciente pánico.

—Los guardias que vigilaban nuestra puerta se han marchado —dijo Tolui en tono grave—. Si no los hubiera oído alejarse, no sé lo que podría haber pasado.

Ogedai apretó los dedos que rodeaban la espada, reconfortándose al sentir su peso. Se giró al notar un hilo de luz proveniente de la entrada a su alcoba y la silueta de su esposa se dibujó contra la luz de una lámpara.

—Quédate ahí, Torogene, yo me ocupo de esto —le dijo. Para su irritación, su mujer salió de todos modos, ciñéndose el camisón.

—Fui al cuarto de guardia más próximo —continuó Tolui. Lanzó una mirada a sus hijos, que le observaban boquiabiertos por la excitación— y estaban todos muertos, hermano.

Huran hizo una mueca mientras espiaba los pasillos a oscuras.

—Odio tener que encerrarnos, mi señor, pero esta es la puerta más resistente del palacio. Aquí pasaréis a salvo la noche.

Ogedai se debatía entre la indignación y la cautela. Conocía todas y cada una de

las piedras que componían el vasto edificio que los rodeaba. Había visto cómo cortaban, pulían y encajaban en su sitio cada una de ellas. Sin embargo, todos sus corredores, todo su poder e influencia quedarían reducidos a unas cuantas habitaciones cuando esa puerta se cerrara.

—Mantenla abierta todo el tiempo que puedas —dijo. Tenía que haber otros soldados de guardia de camino, ¿no? ¿Cómo no había detectado una tentativa así?

En algún lugar en las inmediaciones, oyeron más pasos a la carrera, cuyos ecos resonaban en todas direcciones. Hurán apoyó el hombro en la puerta. Del negro pasillo, surgió de improviso una figura y Hurán le asestó un golpe con su espada, gruñendo al notar cómo la hoja rebotaba en las escamas de una armadura.

—Aleja la espada, Hurán —exclamó una voz y alguien se deslizó en el interior de la estancia.

En la penumbra, Ogedai suspiró aliviado.

—¡Tsubodai! ¿Qué está ocurriendo ahí fuera?

El general guardó silencio. Dejó caer su espada al suelo de piedra y ayudó a Hurán a candar la puerta con la pesada barra antes de recoger su acero de nuevo.

—Los pasillos están llenos de hombres; están revisando todas las habitaciones —informó—. Si no fuera por el hecho de que nunca antes habían entrado en tu palacio, ya estarían aquí.

—¿Cómo conseguiste llegar hasta aquí? —exigió saber Hurán.

Tsubodai frunció el ceño ante un amargo recuerdo.

—Algunos de ellos me reconocieron, pero los guerreros comunes todavía no habían recibido la orden de matarme. Creen que formo parte del complot.

Los hombros de Ogedai se hundieron cuando miró al pequeño grupo que se había refugiado en sus habitaciones.

—¿Dónde está mi hijo Guyuk? —preguntó—. ¿Y mis hijas?

—No los he visto, señor, pero es muy probable que estén a salvo. Tú eres el objetivo esta noche, nadie más —contestó Tsubodai negando con la cabeza.

El rostro de Tolui se crispó al comprender. Se volvió hacia su esposa.

—Entonces te he traído a ti y a mis hijos al lugar más peligroso del palacio.

Sorhatani alargó la mano y acarició su mejilla.

—No hay ningún lugar seguro esta noche —dijo con suavidad.

Todos ellos podían oír que las voces y los pasos se iban aproximando. En el exterior de la ciudad, los tumanes de la nación seguían durmiendo, ajenos a la amenaza.

IV

Kachiun atravesó con su poni la extensión de hierba pisoteada que ocupaba el campamento, escuchando los sonidos de la nación a su alrededor. A pesar de que la noche estaba en calma, no cabalgaba solo. Treinta de sus vasallos le acompañaban, alerta ante la posibilidad de un ataque. Ya nadie se desplazaba solo en los campamentos, no con la luna nueva a punto de elevarse sobre ellos. En cada intersección de caminos chisporroteaban varias lámparas y antorchas alimentadas con grasa de cordero revelando a oscuros grupos de guerreros que alzaron la vista hacia él cuando pasó por su lado.

Le costaba creer que se hubiera llegado a ese nivel de desconfianza y tensión en los campamentos. Había sido abordado por los guardias hasta en tres puntos distintos mientras se dirigía a la tienda de Khasar. En la brisa nocturna, dos lámparas arrojaban temblorosas sombras amarillas a sus pies y, mientras Khasar salía de su ger y aparecía en lo alto del carro, Kachiun vislumbró unos cuantos arcos tendidos y apuntando hacia él.

—Tenemos que hablar, hermano —dijo.

Khasar se estiró, gruñendo.

—¿Esta noche?

—Sí, esta noche —repitió Kachiun con brusquedad.

No quería decir nada más con tantos oídos atentos en las proximidades. Por una vez, Khasar captó su estado de ánimo y asintió sin discutir. Kachiun observó a su hermano, que emitió un suave silbido. Varios hombres provistos de armadura completa brotaron de la oscuridad con la mano en la empuñadura de la espada. Pasaron junto a Kachiun ignorándole y se aproximaron a su general, reuniéndose junto a sus pies y levantando la vista hacia él en espera de órdenes.

Khasar se acuclilló y les habló en murmullos.

Kachiun dominó su impaciencia hasta que los hombres hicieron una breve inclinación de cabeza y se retiraron. Uno de ellos regresó con la actual montura de Khasar, un macho castrado de color casi negro que relinchó y coceó mientras le ensillaban.

—Trae a tus vasallos, hermano —le ordenó Kachiun.

Khasar escudriñó su rostro en la tenue luz y vio la tensión de su expresión. Se encogió de hombros y llamó con un gesto a los oficiales, que no estaban lejos. Otros cuarenta guerreros llegaron al trote a su lado, despiertos hacía tiempo al notar la presencia de hombres armados cerca de su amo. Al parecer, incluso Khasar había decidido no arriesgarse en las noches previas a la esperada luna nueva.

Todavía quedaban varias horas para que amaneciera, pero con el campamento en ese estado, el movimiento de tantos hombres fue despertando a todos por donde pasaron. A su alrededor empezaron a oírse voces y, en algún lugar, un niño se echó a llorar. Con expresión adusta y sin hablar, Kachiun llevó a su montura al trote y junto

a su hermano pusieron rumbo a Karakorum.

Esa noche las antorchas envolvían las puertas en una tenue luz dorada. Los muros no eran más que pálidas sombras grises en la oscuridad, pero la puerta occidental, de hierro y roble, relucía claramente cerrada. Khasar frunció el ceño, echándose hacia delante en la silla y entrecerrando los ojos para ver mejor.

—Nunca la había visto cerrada —dijo por encima de su hombro. Y, sin pensar, hincó los talones en su caballo y aceleró el paso. Los guerreros que cabalgaban a su alrededor le imitaron con tanta fluidez que podría haber sido una maniobra en el campo de batalla. Los ruidos y las voces del campamento fueron acallados por el estruendo de los cascos, el resollar de los caballos, el tintineo del metal y los arreos. La puerta occidental de Karakorum fue creciendo ante ellos. Khasar distinguió delante de ella varias filas de hombres mirando hacia fuera, como si le desafiaran.

—Esto es por lo que te he despertado —explicó Kachiun.

Ambos hombres eran los hermanos del gran khan, los tíos del siguiente. Eran generales de autoridad probada, todos y cada uno de los guerreros que luchaban por la nación conocían sus nombres. Cuando alcanzaron la puerta, una especie de sacudida fue recorriendo la fila de hombres apostados hasta perderse en la oscuridad. Los vasallos se detuvieron en torno a sus amos, con la mano en el puño de la espada. A ambos lados, los hombres estaban tan tensos como las cuerdas de sus arcos. Kachiun y Khasar intercambiaron una breve mirada, luego desmontaron.

Hacía mucho que el ir y venir a través de la puerta había eliminado la hierba y el terreno estaba lleno de polvo. Ambos hermanos sintieron la hosca mirada de los hombres que tenían delante. Ninguno llevaba marcas de rango, ni banderas o estandartes que los identificaran. Para Kachiun y Khasar, fue como encontrarse con los jinetes de las tribus de su juventud, que vivían de las razias, sin ninguna alianza con la nación.

—Me conocéis —rugió Khasar de repente por encima de sus cabezas—. ¿Quién se atreve a interponerse en mi camino?

Los hombres más próximos a él dieron un respingo ante una voz que podía atravesar un campo de batalla, pero no respondieron ni se movieron.

—No veo ningún distintivo de tumán o minghaan alguno en vuestras filas. No veo banderas, sino solo despreciables vagabundos sin amo. —Hizo una pausa y los fulminó con la mirada—. Soy el general Khasar Borjigin, de los Lobos, de la *nación* del gran khan. Esta noche responderéis ante mí.

Algunos hombres se removieron nerviosos bajo la luz de las antorchas, pero no retrocedieron bajo su mirada. Khasar calculó que los hombres que habían sido enviados a defender la entrada eran más de trescientos y sin duda un contingente igual guardaba los otros cuatro muros que circundaban Karakorum. Los vasallos que gruñían a sus espaldas estaban en inferioridad numérica, pero eran los mejores espadachines y arqueros que Kachiun y él podían pedir. Una sola palabra de cualquiera de los dos hermanos bastaría para que se lanzaran al ataque.

Khasar miró a Kachiun una vez más, controlando su cólera ante la muda insolencia de los guerreros que les cerraban el paso. Su mano se posó en la empuñadura de su espada en un gesto inconfundible. Kachiun sostuvo su mirada un instante y, en ambos bandos, los guerreros se pusieron tensos, preparándose para el derramamiento de sangre. Con un movimiento casi imperceptible, Kachiun meneó la cabeza a izquierda y derecha. Khasar arrugó el ceño, enseñando los dientes durante un momento con expresión frustrada. Se echó hacia delante y, echándole el aliento a la cara al guerrero más próximo de la barrera, dijo:

—No sois más que vagabundos sin tribu ni marcas de rango o de sangre —bramó Khasar—. No abandonéis vuestros puestos cuando me vaya porque volveré y entraré en la ciudad cabalgando sobre vuestros cadáveres.

El sudor cubrió la cara del soldado, que parpadeó mientras soportaba la ronca voz de Khasar pegada a su oreja.

El general se incorporó y Kachiun y él se alejaron del foco de luz y su promesa de muerte. En cuanto dejaron atrás la puerta, Kachiun arrimó su montura a su hermano y le dio unas palmadas en el hombro.

—Tiene que ser la Lanza Rota. Ogedai está en la ciudad y hay alguien que no quiere que vengamos en su ayuda esta noche.

Khasar asintió, notando todavía el fuerte batir de su corazón. Hacía muchos años que no había visto una muestra de rebelión así entre los guerreros de su pueblo. Estaba furioso, rojo de ira.

—Mis diez mil responderán al insulto —respondió con brusquedad—. ¿Dónde está Tsubodai?

—No le he visto desde que salió para ver a Ogedai esta mañana —contestó Kachiun.

—Tú eres el oficial de más rango. Envía unos corredores a su tumán y al de Jebe. Con ellos o sin ellos, voy a entrar en esa ciudad, Kachiun.

Los hermanos y sus vasallos se separaron, tomando distintos caminos para regresar con cuarenta mil hombres a las puertas de Karakorum.

Durante un tiempo, los sonidos al otro lado de la puerta disminuyeron hasta casi desaparecer. Con cuidado de no hacer ruido, Tsubodai y Tolui levantaron en vilo un pesado sofá, gruñendo por el esfuerzo. Fue necesaria la fuerza de ambos hombres para empujarlo hasta la entrada.

—¿Hay alguna otra forma de entrar aquí? —murmuró Tsubodai.

Ogedai negó con la cabeza y luego vaciló.

—En mi alcoba hay ventanas, pero dan a un simple muro.

Tsubodai maldijo entre dientes. La primera regla de una batalla era elegir el terreno. La segunda era conocerlo. Ambas ventajas le habían sido arrebatadas. Recorrió con la vista al sombrío grupo que le rodeaba, juzgando su estado de ánimo.

Mongke y Kublai tenían los ojos abiertos como platos y estaban encantados de participar en una aventura. Ninguno de ellos era consciente del peligro que corrían. Sorhatani le sostuvo firmemente la mirada. Bajo esa mirada silenciosa, Tsubodai se sacó un largo cuchillo de la bota y se lo puso en las manos.

—Un muro no los detendrá esta noche —le dijo a Ogedai, apoyando el oído contra la puerta.

Guardaron silencio mientras se esforzaba en oír algo y, de repente, dieron un respingo ante un estrépito que hizo que Tsubodai diera un salto hacia atrás. Un fino hilo de polvo de escayola cayó del techo y, al verlo, el rostro de Ogedai se crispó.

—Ese pasillo es estrecho —musitó, casi para sí mismo—. No tienen espacio suficiente para tomar carrera.

—Eso está bien. ¿Hay algún arma aquí? —preguntó Tsubodai.

Ogedai asintió. Era el hijo de su padre.

—Te las enseñaré —le dijo, haciéndole señas para que le siguiera.

Tsubodai se volvió hacia Huran y vio que se había situado junto a la puerta, dispuesto a la lucha. Se oyó otro golpe y, en el exterior, resonaron unas voces airadas.

—Encended una lámpara —ordenó Tsubodai—. No tenemos por qué estar a oscuras.

Sorhatani se hizo cargo de la tarea mientras Tsubodai se dirigía a grandes zancadas hacia las habitaciones interiores. Saludó con una reverencia formal a la esposa de Ogedai, Torogene, que había perdido su aspecto soñoliento y se estaba mesando los cabellos con agua de la palangana que empleaban para lavarse por las mañanas.

Tsubodai constató complacido que ni ella ni Sorhatani se habían dejado llevar por el pánico.

—Por aquí —dijo Ogedai unos pasos por delante de él.

Tsubodai entró en la alcoba y asintió con gesto apreciativo. A la luz de una pequeña lámpara que había quedado encendida, vio la espada con cabeza de lobo de Gengis colgada de la pared sobre la cama. En la pared de enfrente, relucía un arco en el que cada capa de cuerno, tendón animal y madera de abedul había sido pulido hasta proporcionarle un color brillante e intenso.

—¿Tienes flechas para el arco? —inquirió Tsubodai, abriendo con los pulgares los ganchos que lo sujetaban y sopesándolo. Ogedai sonrió ante la obvia satisfacción del general.

—No es un elemento decorativo, general. Por supuesto que tengo flechas —respondió. Extrajo de un arcón un carcaj de treinta flechas, cada una de las cuales era la obra maestra de un experto artesano y todavía estaba cubierta por una reluciente capa de aceite. Se lo lanzó a Tsubodai.

Afuera, el estruendo continuó. Fuera quien fuera, había mandado traer martillos para la tarea y ahora incluso el suelo temblaba con cada golpe. Tsubodai cruzó la habitación en dirección a las altas ventanas abiertas en el muro exterior. Como las de

la habitación que daba hacia fuera, tenían rejas de hierro. De forma espontánea, Tsubodai se puso a pensar cómo entraría él, si estuviera atacando las estancias. Aunque eran bastante sólidas, no habían sido diseñadas para resistir a un enemigo con determinación. Se suponía que ese enemigo nunca se acercaría lo suficiente, ni tendría tiempo para destrozar las rejas a martillazos antes de que los guardias de Ogedai lo redujeran a pedazos.

—Cubre la lámpara un momento —indicó Tsubodai—. No quiero ser visible para un arquero apostado fuera. —Arrastró un arcón de madera hasta la ventana y se acuclilló sobre él, luego se puso en pie de repente, para agacharse tan rápido como se había levantado.

—No hay nadie a la vista, señor, pero el muro que da al patio de ahí abajo tiene apenas la altura de dos hombres. Vendrán por aquí, si lo descubren.

—Pero antes intentarán entrar por la puerta —dijo Ogedai, en tono sombrío.

Tsubodai asintió.

—Tal vez puedas decirle a tu esposa que se quede aquí y que nos avise si oye algo. —Tsubodai estaba intentando deferir a la autoridad de Ogedai, pero su impaciencia brotaba con cada nuevo golpe del pasillo.

—Muy bien, general.

Ogedai vaciló: el miedo y la ira se mezclaban y crecían en su interior. No había construido su ciudad para tener que morir rogando a gritos por su vida. Había vivido con la muerte durante tanto tiempo que fue casi un *shock* sentir un deseo tan poderoso de vivir, de vengarse. No se atrevió a preguntarle a Tsubodai si podrían defender las habitaciones. Podía leer la respuesta en sus ojos.

—Es extraño que estés presente en la muerte de otro de los hijos de Gengis, ¿no crees? —dijo.

Tsubodai se puso rígido. Se volvió y Ogedai vio que no había ni sombra de debilidad en su negra mirada.

—Mis pecados han sido muchos, señor —contestó Tsubodai—. Pero este no es el momento de hablar de antiguos crímenes. Si sobrevivimos, podrás preguntarme lo que necesites saber.

Ogedai empezó a responder, lleno de resentimiento, pero un nuevo sonido hizo que ambos se giraran como un rayo y echaran a correr. Una de las bisagras de hierro había cedido y la madera de la puerta se había astillado: se abrió un panel. La luz de la habitación se filtró hacia la oscuridad del corredor, iluminando unos rostros sudorosos. En la puerta, Huran los atravesó con su hoja, y al menos uno de ellos cayó con un grito de dolor.

Las estrellas habían completado parte de su recorrido celeste cuando Khasar enardeció a su tumán. Cabalgó hasta la cabeza vestido con armadura completa, manteniendo la espada desenvainada apuntando hacia abajo junto a su muslo

derecho. A sus espaldas, en formación, había diez grupos de mil hombres, cada uno de ellos con su respectivo oficial minghaan. Cada millar contaba con sus jaguns de cien hombres, liderados por oficiales que portaban una placa de plata. Incluso ellos tenían su estructura: diez grupos de diez con equipamiento para levantar una ger y comida y herramientas para sobrevivir y luchar. Gengis y Tsubodai habían creado el sistema, y Khasar no pensó en él ni un instante cuando dio una sola orden a su quiriltai, su intendente. El tumán de diez mil había formado en la llanura: los hombres salieron corriendo hacia sus caballos en lo que parecía un gran caos antes de que las filas se unieran y estuvieran listos. Frente a ellos estaba Karakorum.

Los escoltas de Khasar informaron de que había otros tumanes en marcha a su alrededor. Nadie de la nación dormía ahora. Todos, incluso el niño más pequeño, sabían que esa era la tan temida noche de la crisis.

Khasar ordenó a sus tambores que tocaran un ritmo de guerra: docenas de muchachos desarmados montados en camellos cuya sola tarea era inspirar temor en el enemigo con el estrépito ensordecedor de sus naccara. Oyó cómo les respondían adelante y a la izquierda, a medida que otros tumanes empezaron a hacer resonar su propia advertencia y desafío. Khasar tragó saliva, buscando a los hombres de Kachiun frente a él. Tenía la sensación de que los acontecimientos estaban escapando a su control, pero no había alternativa. Su camino había quedado marcado cuando los hombres de la puerta habían osado ignorar la orden de un general de la nación. Sabía que eran hombres de Chagatai, pero el arrogante príncipe les había enviado a cumplir su misión sin los distintivos de su unidad, como mercenarios en la noche. Khasar no podía pasar por alto una amenaza así a su autoridad: a todos los niveles de autoridad que representaba, incluido el tamborcillo más joven que se balanceaba sobre la joroba de una bestia sudorosa. No se atrevió a pensar en su sobrino Ogedai atrapado en su propia ciudad. Solo podía reaccionar y abrirse paso a la fuerza, confiando en que todavía hubiera alguien con vida a quien salvar.

Kachiun se unió a él, con el tumán de Jebe, los Pieles de Oso, y los diez mil de Tsubodai. Khasar respiró aliviado al ver sus estandartes desplegándose en la oscuridad: un océano de caballos y banderas. Los guerreros de Tsubodai sabían que su general estaba en la ciudad. No habían cuestionado la autoridad de Kachiun para comandarles en su lugar.

Como una montaña que se desmorona con lentitud, la vasta formación de cuatro tumanes se aproximó a la entrada occidental de Karakorum. Khasar y Kachiun avanzaron con sus monturas, ocultando su impaciencia. No había necesidad de que se produjera un derramamiento de sangre, a pesar de todo.

Los hombres de la puerta permanecieron quietos, con las armas enfundadas. Fueran cuales fueran sus órdenes, sabían que desenvainar una espada equivalía a dar la venia a la destrucción instantánea. Ningún hombre quería ser el primero.

La escena se mantuvo inmóvil, alterada solo por el resoplar de los caballos y el ondear de las banderas. Entonces, de la oscuridad surgió un nuevo grupo de hombres:

los portaestandartes iluminaban su avance con llameantes antorchas, de modo que, en un instante, todos los presentes supieron que Chagatai había llegado.

Kachiun podría haber ordenado a Khasar que bloqueara al hijo de Gengis y haber avanzado con sus propios tumanes para obtener acceso a la ciudad. Sintió que el peso de la decisión descansaba sobre él y el tiempo pasó lentamente mientras su pulso se aceleraba. No era un hombre propenso a las vacilaciones, pero no estaba en guerra. Ese no era el desierto de Corasmia o las murallas de una ciudad Chin. Dejó que el momento pasara y, al instante, trató de aferrarlo desesperadamente, y estuvo a punto de abalanzarse y perder la vida cuando ya era demasiado tarde.

Chagatai cabalgaba como un khan, con sus vasallos rodeándole en formación de cuadrado. Algunos de los hombres de la puerta cayeron al suelo despatarrados, empujados por los caballos, pero Chagatai no se volvió. Su mirada estaba clavada con firmeza en los dos generales de más edad, los hermanos de su padre, los únicos hombres que importaban en el campamento esa noche. Él y su caballo estaban protegidos por sendas corazas y el aire era lo suficientemente frío para que Kachiun viera las nubes de vaho brotando tanto del hombre como del animal. Chagatai llevaba un casco de hierro adornado con un penacho de crin de caballo que se agitaba en el aire mientras avanzaba. Ya no era el muchacho que habían conocido y ambos hombres se pusieron tensos bajo su fija mirada.

Khasar dejó salir un sonido sibilante entre los dientes, comunicándole así a su hermano la ira que le embargaba. Sabían que Chagatai estaba allí para impedirles entrar en Karakorum. Todavía no estaban seguros de hasta dónde estaba dispuesto a llegar para mantenerlos fuera de la ciudad.

—Es tarde para salir a entrenar a tus hombres, Chagatai —exclamó Khasar, con voz potente.

Los separaban menos de cincuenta pasos, la distancia más pequeña a la que le habían permitido estar de él en un mes. Khasar sintió unos ardientes deseos de coger su arco, aunque lo más probable era que la armadura salvara la vida de su blanco y el resultado fuera un derramamiento de sangre a una escala nunca vista desde la destrucción de los Xi Xia. El príncipe se encogió de hombros desde lo alto de su caballo, sonriendo con fría confianza.

—No estoy entrenando, tío. Me he presentado aquí para ver quién amenaza la paz del campamento en la oscuridad y descubro que se trata de mis propios tíos, que están desplazando ejércitos enteros durante la noche. ¿Cómo debo entender eso, eh? —Se echó a reír y, a su alrededor, los hombres sonrieron enseñando los dientes, pero sin que sus manos se alejaran ni por un momento de los arcos, espadas y lanzas de los que iban bien provistos.

—Ten cuidado, Chagatai —dijo Khasar.

La expresión del príncipe se endureció al oír sus palabras.

—No, tío. No tendré cuidado mientras haya ejércitos atravesando mis tierras. Vuelve a tu ger, a tus esposas y a tus hijos. Diles a tus hombres que regresen a las

suyas. No tienes nada que hacer aquí esta noche.

Khasar tomó aire para rugir una orden y Kachiun gritó antes de que mandara atacar a los tumanes.

—¡No tienes autoridad sobre nosotros, Chagatai! Tus hombres están en inferioridad numérica, pero no es necesario que se derrame sangre. Entraremos en la ciudad esta noche, ¡ahora! Hazte a un lado y no habrá enfrentamiento entre nosotros.

El caballo de Chagatai percibió la exaltación de las emociones de su jinete y este tuvo que hacerle dar una vuelta sobre sí mismo para mantenerse en posición, cortándole la boca con las riendas. Los hermanos leyeron el triunfo en su cara y, en su fuero interno, perdieron las esperanzas de que Ogedai consiguiera salir con vida de la ciudad.

—Me juzgas mal, tío —gritó Chagatai, asegurándose de que le oyera el mayor número de oídos posible—. ¡Sois vosotros los que estáis intentando entrar a la fuerza en Karakorum! Por lo que yo sé, estáis planeando perpetrar un sangriento asesinato en la ciudad, dar un golpe de Estado, con la cabeza de mi hermano como premio. He venido hasta aquí para impedir la entrada, para mantener la paz. —Adoptó un aire despectivo ante sus rostros sorprendidos y aguardó con expresión salvaje a que empezaran a volar las flechas.

Kachiun oyó movimiento a su derecha y se giró bruscamente en la silla para ver que amplias filas de hombres se ponían en posición a su alrededor, con los oficiales iluminados por antorchas. No podía calcular las cifras bajo la luz de las estrellas, pero se le cayó el alma a los pies al ver los estandartes de los hombres leales a Chagatai. Ambos bandos se fulminaron con la mirada, aproximadamente iguales, pero Chagatai había hecho suficiente con sus palabras y lo sabía. Kachiun y Khasar no podían iniciar una guerra civil a la sombra de los muros de Karakorum. Kachiun miró hacia el este buscando los primeros signos del alba, pero el cielo estaba negro y Ogedai estaba solo.

—¡A gáchate, Huran! —exclamó Tsubodai.

Colocó una flecha en la cuerda mientras corría. Huran se tiró al suelo despejando el hueco de la puerta y Tsubodai envió la saeta silbando a través del agujero hacia la oscuridad del otro lado. Mientras tensaba y lanzaba de nuevo, su disparo se vio recompensado por un grito entrecortado. La distancia no superaba los diez pasos. Cualquier guerrero de las tribus habría logrado introducir el proyectil por el hueco, incluso bajo presión. Tan pronto como Tsubodai disparó la segunda flecha, se dejó caer sobre una rodilla y se retiró rodando. Antes de que su cuerpo se hubiera detenido, un proyectil penetró zumbando en la estancia, tan veloz que era casi invisible. Se clavó con un sonoro impacto en el espacio que había ocupado Tsubodai y quedó temblando en el suelo de madera.

Huran había tomado posiciones: con la espalda contra la puerta, giró la cabeza hacia el agujero. Al poco una mano penetró por el hueco y sus dedos empezaron a palpar buscando el cerrojo. Huran le asestó un golpe horizontal con la espada, cercenando la carne y los huesos, con tanta fuerza que la hoja estuvo a punto de quedar atascada en la madera. La mano y parte del antebrazo cayeron al suelo y un aullido espantoso resonó en la habitación durante un momento. Luego cesó: quizá los otros guerreros se lo hubieran llevado aparte para atenderle o bien le hubieran matado ellos mismos.

Cuando las miradas de Tsubodai y Huran se encontraron, el general reconoció su destreza con un asentimiento de cabeza. Independientemente del rango, ambos eran los guerreros más hábiles que había en la habitación, capaces de mantener la calma y pensar, a pesar del penetrante olor de la sangre.

Tsubodai se volvió hacia Ogedai.

—Necesitamos una segunda posición, señor.

El hombre que sería khan había desenfundado la espada con cabeza de lobo de su padre, pero respiraba entrecortadamente y su rostro estaba más pálido de lo que Tsubodai lo hubiera visto jamás. Tsubodai frunció el ceño para sí cuando Ogedai no contestó. Habló más alto, utilizando su voz para sacar al joven del trance.

—Si la puerta cede, nos arrollarán, Ogedai. ¿Lo comprendes? Necesitamos otra posición, una línea de retirada. Huran y yo nos quedaremos junto a esta puerta, pero tú debes llevarte a los niños y las mujeres a las habitaciones de dentro y bloquear la puerta lo mejor que puedas.

Ogedai volvió la cabeza con lentitud, separando con esfuerzo la vista del oscuro agujero que parecía vomitar el odio de los que se agolpaban tras la puerta.

—¿Esperas que me cobije de nuevo en mi madriguera para ganar unos cuantos instantes más de vida? ¿Mientras mis propios hijos son perseguidos en algún lugar ahí fuera? Preferiría morir aquí, de pie y frente a mis enemigos.

Tsubodai pudo ver que lo decía en serio, pero Ogedai recorrió con la vista el trío

formado por Sorhatani y sus dos hijos. Durante un momento, su hermano menor Tolui y él se miraron fijamente.

Ogedai languideció ante los ojos de su familia.

—Muy bien, Tsubodai, pero luego volveré aquí. Tolui, trae a tu mujer y a tus hijos y ayúdame a bloquear la puerta interior.

—Llévate el arco —dijo Tsubodai, quitándose la aljaba de los hombros y arrojándosela a Ogedai.

Las cinco figuras retrocedieron con cuidado, conscientes en todo momento de que no debían ponerse en la línea de visión del arquero del pasillo exterior. Sabían que había uno aguardando en la oscuridad y sabían de la paciencia de su pueblo, empleada para cazar marmotas en las estepas. El campo de visión del arquero formaba un cono que atravesaba la estancia exterior por el centro.

Sin previo aviso, Ogedai cruzó el espacio como un rayo y Sorhatani le imitó rodando, levantándose suavemente al otro lado, como una bailarina. Nadie disparó mientras alcanzaban una posición segura y se volvían hacia los demás.

Tolui estaba aún al otro lado. Se había refugiado bajo una pesada viga con sus hijos y su tensa expresión revelaba cuánto temía por ellos.

—Yo iré en último lugar, ¿entendido, chicos? —les dijo.

Mongke asintió de inmediato, pero Kublai negó con la cabeza.

—Eres el más grande y el más lento —dijo, con voz temblorosa—. Deja que yo sea el último.

Tolui consideró sus palabras. Si el arquero estaba esperando con una flecha en la cuerda y el arco semitendido, podría disparar en un parpadeo, casi sin apuntar. Cualquiera de los presentes habría apostado por el arquero antes que por ellos. Los golpes contra la puerta habían cesado, como si los hombres del exterior estuvieran esperando. Puede que así fuera. Por el rabillo del ojo, vio a la mujer de Ogedai, Torogene, haciéndole señas.

El espacio que tenía que atravesar era de poco más de un metro, pero se había convertido en un abismo. Tolui respiró lenta y hondamente, calmándose y pensando en su padre. Gengis le había hablado de la respiración, de cómo los hombres la aguantaban cuando estaban asustados, o tomaban aire bruscamente antes de lanzarse al ataque. Era una señal que había que estudiar en el enemigo. En uno mismo, era una herramienta para controlar el miedo. Volvió a inspirar con lentitud y los latidos se suavizaron ligeramente en su pecho. Tolui sonrió ante el nervioso desafío de Kublai.

—Haz lo que te dicen, chico. Soy más rápido de lo que crees. —Apoyó una mano en el hombro de cada uno de sus hijos y susurró—. Id juntos. ¿Listos? ¡Ahora!

Los dos chicos atravesaron a toda velocidad ese espacio de aspecto inocente. Una flecha entró por el hueco, casi rozando la espalda de Kublai, que cayó despatarrado y fue recogido por Sorhatani, que le arrastró hacia sí y le abrazó con una mezcla de alivio y desesperación. Se volvió con sus hijos hacia Tolui, que los saludó con una inclinación de cabeza, la frente perlada por el sudor. Se había casado con una mujer

de una belleza abrumadora y, cuando la miró, esbozó una sonrisa al ver su expresión feroz, la de una loba con sus cachorros. Era evidente que el arquero estaba preparado y que habían tenido suerte. Se maldijo por no haberse lanzado inmediatamente después de ellos, antes de que pudiera colocar otra flecha. Había perdido ese momento y quizá, en consecuencia, su vida. Buscó a su alrededor con la mirada algún tipo de escudo una mesa o incluso una tela gruesa para hacer que el guerrero fallara. El pasillo continuaba en silencio: los atacantes dejaban trabajar a su arquero. Tolui volvió a tomar aire con lentitud, preparando sus músculos para cruzar el hueco de un salto, horrorizado al imaginar que la flecha le atravesaba, derribándole delante de su familia.

—¡Tsubodai! —gritó Sorhatani.

El general se volvió hacia ella, captando su mirada implorante y comprendiendo. No tenía nada con lo que bloquear el agujero durante el tiempo que necesitaban. Su mirada se posó en la única lámpara. Odiaba la idea de dejar la habitación a oscuras otra vez, pero no había nada más. La levantó y la arrojó a través del hueco desde un lado de la puerta. Tolui había aprovechado el golpe para reunirse al otro lado sano y salvo con su familia y Tsubodai oyó cómo una flecha se clavaba en la propia puerta. Habían frustrado el disparo. Kublai empezó a celebrar la acción a gritos y Mongke se unió a él.

Durante unos instantes, la habitación siguió iluminada por el aceite que ardía al otro lado, pero enseguida apagaron las llamas y la oscuridad retornó, una oscuridad mucho más profunda que antes. Todavía no había ni rastro del amanecer. Los furiosos golpes se reanudaron y empezaron a saltar algunas astillas mientras la puerta gruñía en sus goznes.

Tolui trabajó con rapidez en la entrada de la estancia interior.

Esa puerta carecía de la resistencia de la que daba al pasillo. No retrasaría a los atacantes más de unos momentos, de modo que Tolui decidió romper las delicadas bisagras para sacarla y empezar a construir una barricada para bloquear el paso. Mientras trabajaba, agarró a sus hijos del cuello en un rápido gesto de afecto y luego los mandó ir corriendo a la alcoba de Ogedai a recoger cualquier cosa que pudieran cargar. Vio que Torogene les murmuraba unas palabras y los niños se relajaron bajo sus instrucciones. Ambos chicos estaban habituados a las órdenes de su madre y Torogene era una mujer alta, de aspecto maternal y maneras enérgicas.

Había otra pequeña lámpara en el dormitorio. Torogene se la pasó a Sorhatani, que la situó de forma que parte de su luz iluminara a Tsubodai. La lámpara creó sombras enormes en las habitaciones, grandes figuras oscuras que saltaban y danzaban, haciendo que todos ellos parecieran niños.

Trabajaban serios y concentrados. Tsubodai y Huran sabían que apenas tendrían unos momentos para retirarse cuando la puerta cayera. El sofá que habían apoyado contra ella no sería más que un estorbo para los atacantes cuando entraran en tropel en las habitaciones. A sus espaldas, Sorhatani y Tolui levantaban su barricada sin

hablar, temblando por el miedo y la falta de sueño. Los niños les llevaron paneles de madera, ropas de cama, incluso un pesado pedestal que tuvieron que arrastrar y que dejó una honda cicatriz en el suelo. No resistiría ante hombres decididos. Incluso el joven Kublai lo entendía y lo veía en las sombrías expresiones de sus padres. Cuando su pobre montón de escombros estuvo en pie, se situaron detrás con Ogedai y Torogene, jadeando y esperando.

Sorhatani apoyó una mano en el hombro de Kublai, sosteniendo el largo cuchillo de Tsubodai en la otra. Deseó desesperadamente que hubiera más luz, aterrorizada ante la perspectiva de ser asesinada en la penumbra, rodeada de cuerpos que luchaban ensangrentados. No podía siquiera considerar la idea de perder a Kublai y Mongke. Era como si estuviera asomada al borde de un alto precipicio y mirarlos a ellos hubiera significado avanzar y caer. Oyó las largas y lentas inspiraciones de Tolui y lo imitó, respirando por la nariz. Notó que la ayudaba un poco a tranquilizarse, cuando, de repente, la puerta exterior crujió y una enorme grieta se abrió a todo lo largo en uno de los paneles: del pasillo llegaron gruñidos y gritos de satisfacción.

Tanto Tsubodai como Huran vigilaban con cautela al arquero del otro lado. Tenían que calcular el momento en que los martillazos contra la madera, que estaba astillándose a toda velocidad, obstruían la visión del enemigo en su escondite, y entonces lanzaban un espadazo contra los rostros que aguardaban en la oscuridad. Los atacantes presionaban, sabiendo que estaban cerca de conseguir entrar por fin. Más de uno se desplomó hacia atrás con un grito, herido por la hoja de sus espadas, que mordían como un colmillo para luego retirarse antes de que el arquero pudiera ver a través de sus propios hombres. Alguno de los de fuera estaba agonizando ruidosamente y Huran, agotado, jadeaba. Admiró la entereza del general de hielo que luchaba a su lado. A juzgar por las emociones que traslucía su rostro, Tsubodai podría estar en un mero entrenamiento.

Y, sin embargo, no era posible defender la puerta. Ambos se pusieron tensos cuando uno de los paneles inferiores se hizo mil pedazos. La mitad de la puerta se sostenía en pie, llena de grietas y sin solidez alguna. Varios hombres en cuclillas metieron la cabeza y forcejearon con el cerrojo y tanto Huran como Tsubodai mantuvieron la posición, hundiendo sus hojas en las nuca expuestas. La sangre los salpicó a ambos, que se negaban a retroceder, aunque el arquero se había movido y disparó una flecha que hizo que Huran se desplomara girando, sin aliento.

Sabía que le había roto las costillas. Cada vez que respiraba sentía un dolor insoportable, como si sus pulmones se inflaran contra un fragmento de vidrio, pero no podía ni siquiera mirarse la herida para comprobar si su armadura le había salvado. Había hombres dándole patadas a la pesada barra de hierro que candaba la puerta, soltando los pernos que la sujetaban a la pared. Cuando finalmente cedieran, los dos guerreros serían tragados por la oleada enemiga.

Huran respiraba con roncosp jadeos mientras continuaba golpeando, buscando cuellos y brazos desnudos al otro lado del agujero. Veía espadas que se abalanzaban

contra él y sentía porrazos en hombros y piernas. Notaba el amargo sabor a hierro en la boca, cada nueva inspiración le abrasaba y sus brazos se iban moviendo más y más despacio en cada golpe.

Entonces se cayó y pensó que probablemente habría resbalado en la sangre de alguien. Desde el suelo vio que la barra de hierro saltaba de sus goznes. De algún modo la habitación pareció más clara, como si el amanecer hubiera llegado al fin. Huran emitió un grito ahogado cuando alguien pisoteó su mano extendida, rompiéndole algunos huesos, pero el dolor fue fugaz. Estaba muerto antes de que Tsubodai, acorralado, se girara hacia los hombres que entraban rugiendo en la habitación con la energía salvaje de una fiera liberada, deseosos de cumplir su misión.

La situación de «tablas» a la que se había llegado en las puertas se había convertido en el triunfo de Chagatai. El hijo de Gengis había disfrutado enormemente al ver las expresiones de sus tíos cuando Jelme trasladó todo un tumán hasta su lado. El tumán de Tolui, cuyos hombres bullían inquietos desde que sabían que su señor y su familia estaban atrapados en la ciudad y quizá ya muertos, le había imitado por el otro costado.

Uno a uno, todos los generales de la nación habían llevado sus hombres hasta las murallas de la ciudad, y los ejércitos se extendían inmensos en la oscuridad. Más de cien mil guerreros aguardaban, listos para luchar si era necesario pero, mientras sus comandantes se miraban fríamente entre sí, no latía en su pecho el ánimo encendido de la batalla.

El hijo de Jochi, Batu, se había puesto del lado de Kachiun y de Khasar. Apenas había cumplido los diecisiete años, pero sus mil hombres le siguieron sin vacilar y avanzó con la cabeza alta. Era un príncipe de la nación a pesar de su juventud y del destino de su padre. Ogedai se había ocupado de que así fuera, ascendiéndole como Gengis nunca habría hecho. Aun así, Batu había elegido alinearse contra el hombre más poderoso de las tribus. Kachiun envió a un corredor hasta él para agradecerle el gesto. En ausencia de Tsubodai, la mente de Kachiun estaba moviéndose más deprisa de lo que su apacible expresión dejaba traslucir. Se dijo que Jelme seguía siendo fiel a Ogedai, aunque Chagatai le había aceptado. No era una baza despreciable contar con aproximadamente un sexto del ejército del enemigo dispuesto a volverse contra él en un momento crucial. Sin embargo, los bandos estaban demasiado igualados. Kachiun tuvo una visión del ejército mongol luchando contra sí mismo hasta que solo quedaran cientos de hombres vivos, luego docenas y luego solo uno o dos. ¿Qué pasaría entonces con el gran sueño que Gengis les había entregado? Él, al menos, nunca habría tolerado ese desperdicio de vidas y energía... no entre los de su propio pueblo.

Los primeros rayos del amanecer aparecieron por el este, envolviendo la tierra en

un tenue gris antes de que el sol se elevara sobre el horizonte. La luz se extendió sobre las huestes congregadas junto a Karakorum, iluminando los rostros de los generales y sus hombres, haciendo superfluas las antorchas. Ni siquiera entonces hubo ningún movimiento entre ellos y Chagatai siguió sentado en su caballo, charlando con sus vasallos, riéndose a carcajadas mientras se deleitaba en la llegada del nuevo día y todo lo que traería consigo.

Cuando la primera línea de oro surgió en el este, el lugarteniente de Chagatai le dio unas palmadas en la espalda y los hombres que le rodeaban lo vitorearon. Pronto, los tumanes que estaban a su lado los imitaron, mientras los que estaban con Khasar y Kachiun guardaban un sombrío y pensativo silencio. No hacía falta ser tan listo como Tsubodai para interpretar el placer de Chagatai. Kachiun observó con los ojos entornados cómo los hombres de Chagatai empezaban a desmontar para poder arrodillarse ante él como khan. Frunció la boca, sintiendo una furia creciente en su interior. Tenía que detenerlos, antes de que se contagiara como una ola por todos los tumanes y Chagatai fuera nombrado khan en una avalancha de juramentos, antes de que se supiera siquiera cuál había sido el destino de Ogedai.

Kachiun hizo avanzar a su montura, levantando una mano hacia sus hombres, que le hubieran seguido. Khasar también se adelantó, y ambos cabalgaron solos a través de las filas de hombres en dirección a Chagatai.

Su sobrino estaba preparado desde el primer paso que dieron hacia él, como lo había estado toda la noche. Chagatai desenfundó su espada en un gesto inconfundible de amenaza, pero siguió sonriendo mientras hacía señas a sus hombres para que los dejaran pasar. El sol naciente iluminó a los ejércitos de guerreros. Sus armaduras resplandecieron como un mar de peces de hierro, cubiertos de escamas, y peligrosos.

—Hoy es un nuevo día, Chagatai —dijo Kachiun—. Veré a tu hermano Ogedai ahora. Abre la ciudad.

Chagatai miró una vez más hacia el amanecer y asintió para sí.

—He cumplido con mi deber, tío. He protegido su ciudad de aquellos que podrían haber causado disturbios en el interior la víspera del juramento. Vamos, cabalga conmigo hacia el palacio de mi hermano. Tengo que asegurarme de que está a salvo. —Mientras pronunciaba las últimas palabras, su boca esbozó una ancha sonrisa y Kachiun tuvo que retirar la vista para no verla. Observó que las puertas empezaban a abrirse dejándoles vía franca hacia las calles vacías de Karakorum.

Tsubodai ya no era ningún muchacho, pero contaba con la protección de la armadura completa y había sido soldado durante más años de los que la mayoría de los atacantes había vivido. Cuando entraron, en un maremágnum de miembros y espadas, retrocedió como una flecha, alejándose seis pasos de la puerta. Sin previo aviso, giró y atacó, atravesando la garganta del hombre más próximo. Dos más reaccionaron bajando sus aceros en ristre y golpearon con furia su coraza, dejando marcas

brillantes en el deslustrado metal. La mente de Tsubodai estaba perfectamente clara y se movía más deprisa que su cuerpo. Había esperado retirarse de inmediato, pero aquellos golpes precipitados le revelaron el cansancio y desesperación de sus rivales. Volvió a atacar, girando su acero para realizar el corte al retirar la espada y abrió un tajo en la frente de un hombre que quedó cegado por un chorro de sangre. Fue un error. Dos hombres agarraron el brazo derecho de Tsubodai. Otro empezó a propinarle patadas en las piernas hasta que estas fallaron y el general cayó con gran estrépito.

En el suelo, Tsubodai entró en un frenesí de violencia. Arremetió en todas direcciones, empleando su armadura como arma y moviéndose sin cesar para que golpearle fuera más difícil. Las placas metálicas de sus piernas abrieron una herida en el muslo de un hombre, al que oyó aullar mientras más y más guerreros entraban en la habitación, más de los que el lugar podía contener. Tsubodai se debatió con desesperación, sabiendo que le habían derrotado y que Ogedai había perdido. Chagatai sería khan. Percibió el sabor de su propia sangre al fondo de la garganta, tan amarga como su rabia.

En la barricada, Ogedai y Tolui esperaban hombro con hombro. Sorhatani apuntaba con el arco, incapaz de disparar mientras Tsubodai siguiera con vida. Cuando cayó, disparó dos flechas que pasaron entre su marido y su hermano. Sus brazos no eran en absoluto lo suficientemente fuertes para tensar el arco por completo, pero una de las flechas frenó la carrera de un hombre, mientras la otra rebotaba en el techo. Ogedai se puso delante de ella mientras se esforzaba por colocar la tercera con dedos temblorosos. La vista al otro lado de la barricada estaba bloqueada por un amasijo de manos y espadas y caras ensangrentadas. Al principio no entendió qué estaba pasando. Se estremeció al oír el rugido de un nuevo grupo de hombres entrando en la habitación exterior. Algunos de los que estaban luchando con Ogedai y Tolui se giraron distraídos por el ruido y, a continuación, algo tiró de ellos hacia atrás. Sorhatani vio la punta de una espada aparecer por la garganta del hombre que tenía ante sí, como si de su boca hubiera brotado una larga y sangrienta lengua. Cayó con una sacudida y, de pronto, su visión quedó despejada.

Ogedai y Tolui jadeaban como perros al sol. En la otra estancia, un grupo de hombres armados estaban eliminando a los atacantes con golpes rápidos y eficientes.

Jebe se erguía en el centro y, al principio, hizo caso omiso de los supervivientes, incluso de Ogedai. Había visto a Tsubodai tendido en el suelo y se había arrodillado a su lado mientras el general se esforzaba por ponerse de rodillas. Tsubodai sacudió la cabeza: aturdido y con un tajo profundo, pero vivo.

Jebe se puso en pie y saludó a Ogedai con su espada.

—Me complace verte bien, mi señor —dijo, sonriendo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —espetó Ogedai, todavía lleno de ira y miedo.

—Tus tíos me enviaron, señor, con cuarenta vasallos. Hemos tenido que matar a muchos hombres para llegar hasta ti.

Tolui, encantado, dio unas palmadas en la espalda de su hermano antes de dar media vuelta y abrazar a Sorhatani. Kublai y Mongke se dieron puñetazos en el hombro e iniciaron una pelea de broma que acabó con Kublai atrapado por la llave de cabeza de Mongke.

—¿Tsubodai? ¿General? —llamó Ogedai.

Observó cómo la mirada turbia de Tsubodai se iba aclarando. Un guerrero alargó la mano para ayudar al general a levantarse y Tsubodai la alejó con un golpe, irritado y todavía impresionado por la cercanía de la muerte a los pies de los atacantes. Cuando Tsubodai se puso en pie, Jebe se volvió hacia él, dándole un informe de la situación.

—La Lanza Rota cerró las puertas de la ciudad. Todos los tumanes están fuera, en las llanuras. Todavía es posible que estalle la guerra.

—Entonces, ¿cómo has entrado tú en mi ciudad? —exigió saber Ogedai. Buscó a Huran con la mirada y recordó con una punzada de dolor al hombre que había entregado su vida por él junto a la primera puerta.

—Escalamos las murallas, mi señor —dijo Jebe—. El general Kachiun nos lo ordenó antes de cabalgar hacia las puertas y tratar de abrirse paso a la fuerza. —Notó la mirada sorprendida de Ogedai y se encogió de hombros—. No son tan altas, mi señor.

Había luz en las habitaciones, notó de pronto Ogedai. El amanecer había llegado a Karakorum y el día prometía ser espléndido. Con un sobresalto, recordó que era el día de la ceremonia de juramento. Parpadeó, intentando poner sus pensamientos en algún tipo de orden, encontrar algún tipo de opción viable después de una noche así. El mero hecho de que tuviera un «después» era más de lo que había esperado en los últimos momentos. Se sentía aturdido, abrumado por acontecimientos que escapaban a su control.

En el pasillo, se oyeron unos pasos a la carrera. Un mensajero llegó a toda velocidad, frenando de repente con un patinazo, impresionado por los montones de carne muerta y la colección de espadas dirigidas hacia él. En la habitación flotaba un hediondo olor a tripas abiertas y orina, espeso y asfixiante en aquel espacio cerrado.

—Infórmanos —ordenó Jebe, reconociendo al explorador.

El joven controló sus nervios.

—Las puertas vuelven a estar abiertas, general. No he dejado de correr ni un instante, pero hay una fuerza armada de camino hacia aquí.

—Por supuesto que la hay —dijo la grave voz de Tsubodai sobresaltando a todos los presentes. Todos se volvieron hacia él y Ogedai sintió una oleada de alivio por tenerle allí—. Todos los que estaban anoche fuera de los muros entrarán aquí a ver quién sobrevive. —Entonces, se giró hacia Ogedai—. Mi señor, tenemos muy poco tiempo. Debes estar limpio y con ropas nuevas cuando te vean. Esta habitación debe ser sellada. Al menos por hoy.

Ogedai asintió agradecido y Tsubodai repartió con rapidez unas cuantas órdenes.

Jebe fue el primero en salir, designando a seis guerreros como guardia del hombre que sería khan. Ogedai y Torogene fueron los siguientes, con Tolui y su familia pegados a ellos. Mientras recorrían con premura un largo pasillo, Ogedai vio que la mano de Tolui se posaba una y otra vez sobre su mujer y sus hijos mientras avanzaba, incapaz de creer todavía que todos siguieran con vida.

—Los niños, Ogedai —dijo Torogene.

La miró un instante y vio que su rostro estaba pálido y demacrado por la preocupación. Le rodeó los hombros con un brazo y ambos se consolaron mutuamente. Mirando por encima de la cabeza de su esposa, Ogedai se percató de que no había nadie entre ellos que conociera bien el palacio. ¿Dónde estaba su criado, Baras'aghur? Se dirigió a Jebe, el que estaba más cerca de él:

—General, debo saber si mi hijo Guyuk ha sobrevivido a esta noche. Y mis hijas. Haz que uno de tus hombres vaya a sus aposentos... que pregunten a un sirviente. Tráeme las noticias tan rápido como puedas. Y busca a mi canciller, Yao Shu... y a Baras'aghur. Que se pongan en marcha. Comprueba quién sigue aún con vida.

—Como deseas, mi señor —dijo Jebe enseguida, con una inclinación de cabeza. Ogedai estaba tan agitado que parecía casi frenético, pero resultaba difícil interpretar su estado de ánimo. Era algo más que la excitación que viene después de la batalla, cuando la vida discurre con más fuerza por las venas.

Ogedai apretó la marcha, y su esposa y los guardias tuvieron que esforzarse para no quedarse atrás. En algún punto más adelante, oyó unos pasos que marchaban y se alejó del sonido desviándose como un rayo por otro corredor. Necesitaba ropa limpia y lavarse la sangre y la suciedad del cuerpo. Necesitaba tiempo para pensar.

A medida que se aproximaban al palacio de Ogedai, Kachiun fue palideciendo y le invadió una sensación de frío. Parecía haber cadáveres por todas partes, con charcos de sangre oscura manchando las pulidas alcantarillas. No todos exhibían las marcas de la guardia del tumán de Ogedai. Otros llevaban túnicas negras o armaduras frotadas con hollín, apagadas y grasientas a la luz del alba. La noche había sido sangrienta y Kachiun temía lo que iba a encontrarse en el propio palacio.

Chagatai cabalgaba con gesto despreocupado, meneando la cabeza ante tal destrucción hasta hacer que Khasar se planteara cortarle el cuello y borrar esa expresión de su cara. La presencia de tres de los vasallos de Chagatai impidió que su mano aferrara el puño de su espada. Los tres hombres no miraban a los muertos, sino que vigilaban atentamente a los dos hombres que montaban junto a su señor, el hombre que sería khan antes del final del día.

Las calles estaban en silencio. Si algún trabajador había salido de su hogar después de los estrépitos y gritos de la noche, la visión de tantos cadáveres le habría hecho regresar corriendo a su casa y atrancar todas las puertas. Los seis jinetes alcanzaron las escaleras que llevaban a las puertas del palacio. Había muertos

despatarrados sobre el pálido mármol, su sangre haciendo dibujos junto a las vetas de la piedra.

Chagatai no desmontó, sino que instó a su poni a que subiera los escalones, chasqueando la lengua mientras el animal pisaba con precaución entre los cuerpos. La puerta principal que daba al primer patio estaba abierta y no había nadie que cuestionara su derecho a entrar. Los cuervos se llamaban entre sí y ya había halcones y buitres sobrevolando el lugar, atraídos por el aroma a muerte que flotaba en la brisa. Kachiun y Khasar se miraron mientras pasaban bajo la franja de sombra y entraban en el patio, sospechando lo peor. El árbol de plata relució en el amanecer, hermoso y sin vida.

Los generales sabían leer los signos de la muerte. No se había producido una batalla clara, en la que filas de hombres hubieran sido derribados a la vez, sino que había cadáveres desperdigados sin orden, matados por detrás o heridos por flechas que no llegaron a ver jamás. Casi podían sentir la sorpresa de los guerreros cuando unos hombres vestidos de sombras aparecieron y empezaron a matar, abriéndose paso entre ellos sin que nadie tuviera ocasión de organizar una defensa. En el silencio, cuando por fin desmontó, Chagatai estaba embelesado. Percibió el ánimo asustadizo de su poni, inquieto por el olor de la sangre y se preocupó de atar firmemente las riendas a un poste.

—Empiezo a temer por mi hermano —dijo Chagatai.

Khasar se puso tenso y uno de los vasallos alzó una mano hacia él, recordándole su presencia. El hombre sonreía de oreja a oreja, disfrutando del teatro de su señor.

—No temas nada —sentenció una voz, sobresaltándolos a todos.

Chagatai se giró como un rayo, sacando la espada de su funda con un solo movimiento. Sus vasallos le imitaron al instante, listos para repeler cualquier ataque.

Tsubodai los miraba desde debajo de un arco esculpido en piedra caliza. No llevaba armadura y la brisa matutina no había secado las manchas de sudor de su túnica de seda. Llevaba una tira de tela atada a su antebrazo izquierdo y Chagatai vio una sombra de sangre filtrándose por el jirón blanco. La cara de Tsubodai traslucía fatiga pero también fuerza y, cuando sus ojos se encontraron con los del responsable de la muerte y la destrucción que los rodeaba, su mirada era terrible.

Chagatai abrió la boca para exigir algún tipo de explicación, pero Tsubodai continuó.

—Mi señor Ogedai te está esperando en la sala de audiencias. Te da la bienvenida a su casa y garantiza tu seguridad. —Pronunció estas últimas palabras como si se le atragantaran en la garganta.

Chagatai retiró la vista de la ira que irradiaba el general. Sus hombros se hundieron durante un instante, al comprender que había sido derrotado. Lo había apostado todo a una sola noche. No alzó la vista cuando, por encima de sus cabezas, se oyó el ligero golpeteo de botas contra la piedra que anunciaba la llegada de los arqueros. Se mordió el labio inferior y asintió para sí. Aun en esas circunstancias, era

el hijo de su padre. Se enderezó y envainó la espada con un cuidado ritual. Su rostro no mostró ni rastro de conmoción o decepción al sonreír con ironía a Tsubodai.

—Gracias a los espíritus ha sobrevivido —dijo Chagatai—. Llévame ante él, general.

VI

Los vasallos de Chagatai permanecieron en el patio. Habrían luchado si se lo hubiera pedido. En vez de eso, palmeó a uno de ellos en el hombro y negó con la cabeza antes de adentrarse con grandes zancadas en el claustro siguiendo a Tsubodai. Chagatai no miró atrás mientras sus hombres eran rodeados por guerreros de Ogedai, reducidos a golpes y arrojados al suelo. Cuando uno de ellos gritó, Chagatai apretó la mandíbula, decepcionado al ver que era incapaz de morir en silencio por el honor de su amo.

Khasar y Kachiun los siguieron sin hablar. Observaron cómo Chagatai le pisaba los talones a Tsubodai, sin que ninguno de ambos se mirara entre sí. En la cámara de audiencias, al ver que había guardias por todas partes, Chagatai se encogió de hombros sin más y entregó su espada.

La puerta estaba hecha de cobre pulido y relucía roja y dorada bajo la luz de la mañana. Chagatai estaba a punto de entrar cuando el oficial de la guardia le dio un golpecito en la armadura y dio un paso atrás, quedándose a la espera. Chagatai hizo una mueca, pero se despojó de sus largas piezas escamadas de torso y muslo, así como de sus pesados guantes y protectores de brazos. Poco después llevaba solo su jubón, sus calzas y sus botas. Otro hombre podría haber perdido prestancia al tener que deshacerse de su coraza, pero Chagatai había estado entrenándose para el festival durante muchos meses, luchando, corriendo y disparando cientos de flechas a diario. Su condición física era magnífica e hizo que la mayoría de los que le rodeaban parecieran más bajos y más débiles de lo que eran.

No así Tsubodai. Ninguno de los guardias osaba aproximarse a ese hombre que lo observaba todo, desafiando en silencio a Chagatai a que se atreviera a protestar. Aunque Tsubodai se mantenía inmóvil, la suya era la inmovilidad de una serpiente, o de un árbol joven que, habiendo sido doblado, aguarda para enderezarse de nuevo de un salto.

Por fin, Chagatai se volvió hacia el oficial de la guardia con una ceja enarcada. Soportó que lo cachearan, pero no llevaba ningún arma escondida y la puerta se abrió de par en par. Entró solo. Cuando se cerró tras él, oyó a Khasar empezar a discutir cuando le impidieron pasar. Chagatai se sintió complacido al ver que Tsubodai y sus tíos no serían testigos. Había apostado y había perdido, pero no había en ello ninguna vergüenza, ninguna humillación. Ogedai había reunido a los hombres que le eran leales a su alrededor, exactamente igual que había hecho él. Los generales de su hermano habían demostrado tener más recursos que los suyos. Como la noche anterior, uno de los hermanos sería khan, ¿y el otro? Chagatai sonrió de repente al distinguir a Ogedai al fondo de la sala, sentado en un trono de piedra blanca con elegantes incrustaciones de oro. Resultaba una imagen impresionante, tal y como se pretendía.

Cuando estuvo más cerca, Chagatai vio que Ogedai tenía el cabello mojado y lo

llevaba suelto, cayendo como una cortina negra sobre sus hombros. Una marca púrpura en la mejilla era la única prueba visible de la noche pasada. A pesar de la grandiosidad del trono, su hermano vestía un sencillo deel gris sobre calzas y túnica, sin más adorno que cualquier pastor de las estepas.

—Me alegro de ver que estás bien, hermano —dijo Chagatai.

El cuerpo de Ogedai se tensó mientras contemplaba a Chagatai aproximarse al trono con soltura. Sus pasos resonaron en la amplia estancia.

—Vamos a dejarnos de juegos —contestó—. He sobrevivido a tus ataques. Hoy, cuando se ponga el sol, seré khan.

Chagatai asintió, todavía sonriendo.

—Sin juegos, de acuerdo, pero ¿sabes qué?, lo más raro es que estoy diciendo la verdad. Parte de mí estaba horrorizado ante la idea de encontrarte muerto. Ridículo, ¿verdad? —Se rio entre dientes, divertido por la complejidad de sus propios sentimientos. La familia era algo extraño—. Con todo, hice lo que consideré que era lo mejor. No me arrepiento ni pienso disculparme. Creo que padre habría apreciado los riesgos que he corrido. —Inclinó la cabeza—. Me perdonarás si no te felicito por tu triunfo.

Ogedai se relajó sutilmente. Había pasado años pensando que Chagatai era un idiota arrogante; Ogedai se había perdido el momento en que se había convertido en un hombre habituado a la responsabilidad y al poder. Cuando Chagatai llegó hasta él, los guardias de Ogedai avanzaron unos pasos y le ordenaron que se arrodillara, pero su hermano hizo caso omiso de ellos y continuó de pie, recorriendo la estancia con la vista con expresión de interés. Era un espacio enorme para un guerrero más acostumbrado a las gers de las llanuras. La luz matutina entraba a raudales a través de la ventana que daba a la ciudad.

Uno de los guardias se giró hacia Ogedai para pedir su permiso y Chagatai esbozó una pequeña sonrisa. Con cualquier otro prisionero, el guerrero le habría derribado de un golpe, o incluso le habría cortado el tendón de la corva para hacerle arrodillarse. La vacilación reafirmó el poder de Chagatai justo cuando intentaban humillarle.

Ogedai experimentó algo próximo a la admiración ante el despreocupado valor de su hermano. No, realmente era admiración, aun después de una noche como la anterior. La sombra de Gengis se cernía sobre ambos y tal vez siempre lo haría. Ni ellos ni Tolui podrían igualar nunca los logros de su padre. Desde todos los puntos de vista, eran hombres inferiores a él y lo habían sido desde el momento en que nacieron. Y, sin embargo, habían tenido que vivir y crecer y convertirse en hombres, hábiles en sus oficios. Habían tenido que prosperar bajo esa sombra... o dejar que los asfixiara.

Nadie comprendía la vida de Ogedai como Chagatai, ni siquiera el hermano de ambos, Tolui. Se preguntó de nuevo si estaba tomando la decisión adecuada, pero también en eso tenía que ser fuerte. Se dijo que un hombre podía desperdiciar su vida con preocupaciones... algo que, por desgracia, sabía perfectamente. En ocasiones, era

necesario simplemente elegir y encogerse de hombros pasase lo que pasase, sabiendo que no podías haber hecho más con las tabas que te habían tocado.

Ogedai se enfrentó a su hermano y deseó una última vez saber cuánto tiempo le quedaba de vida. Todo dependía de eso. Su hijo no poseía la implacable voluntad de heredar el imperio. Si Ogedai moría ese mismo día, Guyuk no continuaría el linaje de su padre, el linaje de Gengis. La nación pasaría al hombre que tenía delante. Ogedai se esforzó en calmarse, pese a que su corazón batía y golpeteaba en su pecho, propagando un dolor constante, hasta convertirse en un filo agitándose entre sus costillas. No había dormido y sabía que se arriesgaba a sufrir un colapso al tratar con Chagatai aquella mañana. Había bebido una jarra de vino tinto para tranquilizar sus nervios y tomado una pizca de polvo de digital. Todavía sentía la amargura en su lengua y la cabeza le dolía como si se la estuvieran aplastando poco a poco.

Por cuanto sabía, podría gobernar como khan durante unos pocos días antes de que su corazón fallara y estallara en su pecho. Si ese era su destino y matara a Chagatai, a su muerte estallaría una guerra civil que destrozaría la nación. Lo que es más, Chagatai era el heredero que Gengis habría elegido si su hermano Jochi nunca hubiera nacido. Ogedai sintió que le picaba el pelo mojado y se rascó sin darse cuenta. Los guardias seguían mirándole esperando órdenes, pero no permitiría que obligaran a Chagatai a arrodillarse a golpes, no ese día, aunque parte de él ansiaba verlo.

—Estás a salvo aquí, hermano —dijo—. He dado mi palabra.

—Y nunca faltas a tu palabra —murmuró Chagatai, de forma casi automática.

Ambos recordaban las creencias de su padre y las honraban. La sombra del gran khan los cubría como una capa. Los recuerdos compartidos hicieron que Chagatai levantara la vista con el ceno fruncido, súbitamente desorientado. Había esperado que le dieran muerte, pero el ánimo de Ogedai parecía inquieto más que triunfante o siquiera vengativo. Le observó con interés mientras se volvía hacia el oficial de la guardia.

—Vacía la sala. Lo que tengo que decir es solo para mi hermano.

El soldado se puso en movimiento, pero Ogedai le detuvo alzando la mano.

—No, haz que venga Orlok Tsubodai también.

En unos momentos, los guardias que se alineaban junto a las paredes estaban saliendo por las grandes puertas de cobre. Tsubodai acudió a su llamada. En el exterior, todavía se oía la voz de Khasar discutiendo con los oficiales antes de que la puerta se cerrara, dejando a los tres hombres solos en el espacio poblado de ecos.

Ogedai se levantó del trono y descendió hasta situarse al nivel de Chagatai. Cruzó la estancia hacia una pequeña mesa y se sirvió un tazón de airag de una jarra, bebiendo un largo trago y torciendo el gesto al notar el escozor de las úlceras de su boca.

Chagatai volvió un momento la vista hacia Tsubodai para descubrir que el general le miraba con hostilidad, como a un enemigo. Le guiñó el ojo y retiró la vista.

Ogedai tomó una lenta bocanada de aire y, cuando habló, su voz tembló por el esfuerzo de contar por fin lo que había mantenido tanto tiempo en secreto.

—Soy el heredero de mi padre, Chagatai. No tú, ni Tolui, ni Kachiun, ni el hijo de Jochi, ni ninguno de los generales. Cuando el sol se ponga hoy, aceptaré el juramento de la nación. —Hizo una pausa, pero ni Chagatai ni Tsubodai le interrumpieron mientras el silencio se prolongaba. Ogedai miró al exterior a través de la alta ventana, disfrutando de la vista de la ciudad, a pesar de que, tras una noche así, permanecía callada y asustada—. Hay un mundo fuera del que nosotros conocemos —dijo con suavidad—, con culturas y razas y ejércitos que nunca han oído hablar de nosotros. Sí, y ciudades más grandes que Yenking y Karakorum. Para sobrevivir, para crecer, debemos mantenernos fuertes. Debemos conquistar nuevas tierras, para que nuestro ejército siempre esté alimentado y siempre esté en marcha. Detenerse es morir, Chagatai.

—Lo sé —contestó Chagatai—. No soy ningún tonto.

Ogedai sonrió con cansancio.

—No. Si fueras tonto, te habría hecho matar en el patio junto con tus vasallos.

—Entonces, ¿por qué sigo con vida? —preguntó Chagatai.

Trató de mantener su tono despreocupado, pero aquella era una pregunta que había estado ardiendo en su interior desde el mismo momento en que vio a Tsubodai en el patio del palacio.

—Porque puede que yo no viva suficiente para ver a la nación crecer, Chagatai —dijo Ogedai por fin—. Porque mi corazón es débil y podría morir en cualquier momento.

Los dos hombres que tenía enfrente le miraron atónitos, como paralizados. Ogedai no podía soportar esperar sus preguntas. Casi con alivio, continuó, y las palabras fluyeron de su boca.

—Me mantengo con vida gracias a la ayuda de unos amargos polvos Chin, pero no tengo modo de saber cuánto tiempo me queda. Solo quería ver la ciudad terminada y ser khan. Aquí estoy, todavía con vida, aunque vivo en perpetuo dolor.

—¿Por qué no me lo has hecho saber antes? —inquirió Chagatai lentamente, anonadado por las implicaciones. Conocía la respuesta antes de que Ogedai contestara y asintió mientras su hermano hablaba.

—¿Me habrías dado dos años para construir una ciudad, un mausoleo? No, te habrías opuesto en cuanto te hubieras enterado. Así, he podido erigir Karakorum y seré khan. Creo que padre habría apreciado los riesgos que he corrido yo, hermano.

Chagatai meneó la cabeza al ver cómo las piezas que había ido encajando empezaban a desmoronarse.

—Entonces, ¿por qué...? —empezó a decir.

—Has dicho que no eras ningún tonto, Chagatai. Piénsalo despacio, como he hecho yo un centenar de veces. Soy el heredero de mi padre, pero tengo un corazón débil y podría caer en cualquier momento. ¿Quién lideraría la nación entonces?

—Yo —dijo Chagatai con suavidad.

Era una verdad dura que el hijo de Ogedai no viviría para heredar, pero ninguno de los dos retiró la mirada. Chagatai empezó a comprender en parte lo que Ogedai había pasado durante los años transcurridos desde la muerte de su padre.

—¿Cuánto hace que sabes que tienes esa debilidad? —preguntó.

Ogedai se encogió de hombros.

—He sentido punzadas desde que puedo recordar, pero han empeorado en estos últimos años. Recientemente he sentido... dolores más serios. Sin los polvos Chin, no creo que me quedara demasiado tiempo.

—Espera —dijo Chagatai, arrugando el ceño—. ¿Dices que estoy a salvo? ¿Me dejaras marchar con esta información? No lo entiendo.

El que respondió fue Tsubodai y él también miraba fijamente a Ogedai como si le viera por primera vez.

—Si murieras, Chagatai, si te dieran muerte como mereces por los ataques de anoche, ¿quién mantendría a la nación unida cuando el khan muera? —El rostro de Tsubodai se torció en una mueca de furia—. Parece que serás recompensado por tus fracasos, mi señor.

—Ese es el motivo por el que tú también tenías que oír esto, Tsubodai —dijo Ogedai—. Debes dejar a un lado tu ira. Mi hermano será khan después de mí y tú serás su primer general. También él es hijo de Gengis, sangre de la sangre del hombre a quien juraste servir.

Chagatai estaba haciendo grandes esfuerzos para asimilar lo que había oído.

—Entonces, ¿esperas que aguarde, que me quede callado y tranquilo mientras espero a que te mueras? ¿Cómo sé que esto no es algún tipo de artimaña, algo inventado por Tsubodai?

—Porque podría matarte ahora —espetó Ogedai, que estaba empezando a irritarse visiblemente—. Todavía podría, Chagatai. ¿Por qué si no te ofrecería tu vida, después de esta noche? Hablo desde una posición de fuerza, hermano, no de fracaso. Así es como deberías juzgar mis palabras.

A regañadientes, Chagatai asintió. Necesitaba tiempo para pensar y sabía que no le iban a dar ese lujo.

—He prometido cosas a los que me han apoyado —dijo—. No puedo simplemente vivir la vida de un pastor mientras espero. Sería una muerte en vida, indigna de un guerrero. —Se detuvo un momento, pensando con rapidez—. A menos que me nombres tu heredero, públicamente. Así tendré el respeto de mis generales.

—No voy a hacer eso —replicó Ogedai de inmediato—. Si muero en los próximos meses, serás khan tanto si te nombro heredero como si no. Si vivo más tiempo, no le negaré esa oportunidad a mi hijo. Tendrás que medirte con él, como él contigo.

—Entonces, ¿no me estás ofreciendo nada! —exclamó Chagatai, subiendo la voz hasta que fue casi un grito—. ¿Qué tipo de trato es este, basado en promesas vacías?

¿Por qué me lo has dicho siquiera? Si mueres pronto, sí, seré khan, pero no pasaré mi vida esperando a un mensajero que tal vez no llegue nunca. Ningún hombre lo haría.

—Después de los ataques de anoche, tenía que decírtelo. Si lo dejara pasar, si te mandara de regreso con tu tumán sin más, solo habrías visto debilidad en mi actitud. Y entonces ¿cuánto tiempo pasaría antes de que tú o algún otro desafiara mi poder? Pero no te estoy dejando sin nada, Chagatai. Muy al contrario. Mi tarea es expandir las tierras que hemos conquistado, hacer que la nación pueda prosperar y crecer. A nuestro hermano Tolui le daré nuestra tierra nativa, aunque mantendré para mí la ciudad de Karakorum. —Respiró hondo, viendo cómo la esperanza y la codicia se encendían en los ojos de su hermano—. Tú tendrás Corasmia como centro de tus tierras, con las ciudades de Samarcanda, Bujará y Kabul. Te daré un khanato de más de tres mil kilómetros de ancho, desde el río Amu Daria hasta el macizo de Altai. Tú y tus descendientes gobernaréis allí, aunque me pagarás tributo a mí y a los míos.

—Mi señor... —comenzó a decir Tsubodai, horrorizado.

Chagatai soltó una risita despectiva.

—Déjale hablar, general. Esta es una cuestión de familia, no te atañe.

Ogedai negó con la cabeza.

—Llevo planeando esto casi dos años, Tsubodai. Mi reto es dejar a un lado la furia que siento por los ataques contra mi familia y tomar las decisiones apropiadas, aún ahora.

Levantó la cabeza y fijó la mirada en Chagatai: su hermano percibió el torbellino de emociones que giraba en su interior.

—Mi hijo y mis hijas han sobrevivido, Chagatai. ¿Lo sabías? Si tus guerreros los hubieran matado, en este mismo momento estaría contemplando cómo te asaban a fuego lento y escuchando tus alaridos. Hay algunas cosas que no toleraré ni aun en nombre del imperio de mi padre, de su visión. —Hizo una pausa, pero Chagatai no dijo nada. Ogedai asintió, satisfecho de que por fin hubiera comprendido—. Tienes una posición de fuerza, hermano —prosiguió Ogedai—. Tienes generales que te son leales, mientras que yo tengo un vasto imperio que debe ser administrado y controlado por hombres capaces. Después de hoy, seré el gur-khan, el líder de las naciones. Aceptaré tu juramento de lealtad y honraré el mío ante ti y tus descendientes. Los Chin nos enseñaron cómo gobernar varios territorios a la vez, Chagatai, con un sistema de tributos enviados a la capital.

—¿No has olvidado lo que le pasó a esa capital? —preguntó Chagatai.

Los ojos de Ogedai destellaron peligrosamente.

—No, no lo he olvidado, hermano. No pienses que llegará el día en que entrarás con tus ejércitos en Karakorum. La sangre de nuestro padre corre en mis venas tanto como en las tuyas. Si alguna vez te acercas a mí con una espada en la mano, será contra el khan y la nación responderá. Entonces te destruiré a ti y a tus esposas e hijos, tus criados y tus seguidores. No olvides, Chagatai, que he sobrevivido a esta noche. La suerte de nuestro padre es mía. Su espíritu vela por mí. Sin embargo, te

estoy ofreciendo el imperio más grande que existe aparte de las tierras de los Chin.

—Donde me pudriré —dijo Chagatai—. ¿Harás que me encierre en un precioso palacio, rodeado de mujeres y oro... —buscó en su mente algo apropiadamente horrible—... sillas y coronas?

Ogedai esbozó una pequeña sonrisa al ver el horror de su hermano ante tal perspectiva.

—No —dijo—. Formarás un ejército en mi nombre allí, uno al que pueda recurrir en caso de necesidad. Un ejército del Oeste, como Tolui creará un ejército del centro y yo reuniré el ejército del Este. El mundo ha crecido demasiado para que la nación tenga un solo ejército, hermano mío. Cabalgarás hacia donde yo te diga que cabalgues, conquistarás donde yo te diga que conquistes. El mundo es tuyo, si puedes dejar a un lado la parte vil de tu carácter, que te pide que lo gobiernes todo. Eso no lo puedes tener. Ahora dame una respuesta y tu juramento. Sé que no faltas nunca a tu palabra, hermano, y la aceptaré. O si no, puedo matarte ahora mismo.

Chagatai asintió, abrumado por el repentino cambio de su estado de ánimo: de un aturdimiento fatalista a la emoción de nuevas esperanzas y nuevas sospechas.

—¿Qué tipo de juramento aceptarás? —preguntó finalmente, y Ogedai supo que había ganado. Alargó la espada con cabeza de lobo de Gengis.

—Jura poniendo la mano en esta espada. Jura por el espíritu y el honor de nuestro padre que nunca levantarás la mano con ira contra mí. Que me aceptarás como gur-khan y que serás un vasallo leal como khan de tus propias tierras y pueblos. Lo demás es voluntad del padre cielo, pero sobre eso, puedes prestar un juramento que respetaré. Habrá muchos más hoy, Chagatai. Sé tú el primero.

La nación sabía que Chagatai había tratado de hacerse con el estandarte de las colas de caballo lanzando a sus hombres contra la ciudad de Karakorum. Cuando Ogedai y sus oficiales cabalgaron alrededor de la ciudad esa mañana en una exhibición de fuerza, comprendieron que la tentativa había fracasado. Sin embargo, por algún motivo, Chagatai también cabalgaba con orgullo cuando se reunió con su tumán a las afueras de la ciudad. Ordenó a sus vasallos que retiraran los cadáveres y los llevaran lejos de Karakorum, fuera de la vista. Poco después, en las calles solo quedaban unas marcas herrumbrosas: los muertos habían quedado tan ocultos como los planes y estrategias de los grandes de la nación. Los guerreros se encogieron de hombros y continuaron preparándose para el festival y los magníficos juegos que comenzarían ese día.

Para Kachiun y Khasar, era suficiente por el momento que Ogedai hubiera sobrevivido. Los juegos seguirían adelante y habría tiempo para pensar en el futuro una vez que fuera nombrado khan. Los tumanes que se habían desafiado mutuamente la noche anterior mandaron equipos de arqueros al muro de tiro habilitado en el exterior de Karakorum. Para aquellos hombres, las batallas de los príncipes eran un

mundo distinto. Se alegraron al saber que sus propios generales habían sobrevivido; y más aún de que los juegos no se hubieran cancelado.

Decenas de miles se habían congregado para asistir al primer evento del día. Nadie quería perderse las primeras rondas, sobre todo porque la final solo sería vista por treinta mil personas, en el centro de la ciudad. Temuge había organizado el sistema de vales de papel que permitirían el acceso a ese recinto. Habían estado pasando de manos a cambio de caballos y oro durante días antes del inicio de los juegos. Mientras Ogedai luchaba por su vida, las mujeres, los niños y los ancianos aguardaban tranquilamente en la oscuridad para poder admirar las grandes habilidades de su pueblo. Incluso el juego de tronos había ocupado un lugar secundario ante ese deseo.

El muro del tiro con arco se elevaba por encima de la puerta este de Karakorum, resplandeciente bajo el sol naciente. Había sido construido a lo largo de los días previos al festival, una enorme construcción de madera y hierro que podía albergar más de cien pequeños escudos, cada uno de ellos de un tamaño no superior a la cabeza de un hombre. A su alrededor, mil fogones de hierro, donde se cocinaba un festín para los espectadores, llenaban el aire de humo. Un penetrante olor a cordero frito y chalotas inundaba el campamento y el hecho de saber que habían estado tan cerca de la guerra civil la noche anterior no disminuía su apetito ni apagaba las risas mientras los luchadores practicaban llaves con sus amigos sobre la hierba seca. Era un buen día, el sol brillaba con fuerza sobre sus espaldas y la nación se preparaba para celebrar la elevación de un nuevo khan.

VII

Khasar esperaba su turno junto a nueve de los mejores arqueros de su tumán. Tuvo que hacer un esfuerzo para hallar la calma que necesitaba y empezó a tomar largas y lentas bocanadas de aire mientras examinaba, sosteniéndola en alto, cada una de las cuatro flechas que le habían entregado. En teoría, eran todas idénticas, fabricadas por el mejor artesano de las tribus. Aun así, Khasar había rechazado las primeras tres que le habían dado. En parte era una cuestión de nervios, pero no había dormido y sabía que el día sería duro a medida que el cansancio fuera haciendo mella. Ya estaba sudando más de lo habitual y su cuerpo protestaba, dolorido. Su único consuelo era que también los demás arqueros habían permanecido toda la noche despiertos. Sin embargo, los rostros de los jóvenes observaban, radiantes y risueños, la gris palidez de los hombres de más edad. Para ellos, era un día con un gran potencial, una oportunidad mejor de lo que habrían esperado de obtener reconocimiento y alguna de las preciadas medallas de oro, plata y bronce de Temuge, todas ellas estampadas con la efigie de Ogedai. Mientras aguardaba, Khasar se preguntó qué habría hecho Chagatai si su plan hubiera tenido éxito. Sin duda, los pesados discos habrían sido retirados con sigilo y se habrían perdido. Khasar sacudió la cabeza para despejar su mente. No, conociendo a Chagatai, los habría utilizado de todos modos. Era un hombre a quien no le preocupaban menudencias así. En eso, al menos, era el verdadero hijo de su padre.

El festival duraría tres días, aunque Ogedai sería jurado khan al anoecer del primero. Khasar ya había visto a Temuge sudando la gota gorda para intentar organizar los eventos de modo que todos los que estaban cualificados para competir pudieran hacerlo. Temuge se había quejado a Khasar sobre las dificultades de su tarea, diciendo algo sobre unos arqueros que también participaban en las carreras de caballos, y corredores que también luchaban. Khasar le había alejado con un gesto de la mano antes de tener que escuchar todos los tediosos detalles. Suponía que era necesario que hubiera alguien que lo organizara todo, pero no le parecía que ese fuera trabajo de un guerrero. Era apropiado para su erudito hermano, que manejaba el arco apenas un poco mejor que un niño.

—El tumán Piel de Oso, un paso adelante —llamó el juez.

Khasar levantó la vista de sus pensamientos para observar la competición. Jebe era un arquero de gran talento. Su propio nombre significaba «flecha» y se lo habían otorgado después de un disparo que derribó al caballo de Gengis. Se decía que sus hombres estarían en la final. Khasar notó que Jebe no parecía afectado por los esfuerzos de la noche, aunque había luchado hasta el amanecer para salvar a Ogedai. Khasar sintió una punzada de envidia, recordando la época en la que él también podía cabalgar toda la noche y seguir luchando el resto del día sin descanso o alimento más allá de un trago de airag, sangre y leche. Con todo, sabía que no había desperdiciado los buenos tiempos. Junto a Gengis, había conquistado naciones y obligado a un

emperador Chin a arrodillarse. Nunca se había sentido más orgulloso en toda su vida, pero le habría gustado disfrutar de unos cuantos años más de fuerza despreocupada, sin el doloroso chasquido de su cadera al cabalgar, o el pinchazo en la rodilla, o incluso los pequeños bultos que tenía bajo el hombro, recuerdo del lugar donde la punta de una lanza chocó y se rompió años atrás. Se frotó la cicatriz distraído, mientras Jebe y sus nueve hombres se situaban en la marca, a cien pasos del muro de tiro. Desde esa distancia, los blancos parecían diminutos.

Jebe se rio por algo y palmeó a uno de sus hombres en la espalda. Khasar observó cómo el general se inclinaba y recreaba varias veces con lentitud el gesto de tirar con el arco, calentando los hombros. En torno al grupo se habían congregado miles de guerreros, mujeres y niños expectantes, cada vez más quietos y callados mientras el equipo aguardaba a que se calmara la brisa.

El viento disminuyó hasta casi desaparecer y el calor del sol pareció intensificarse sobre la piel de Khasar. El muro había sido ubicado de tal modo que los arqueros arrojaban largas sombras en el suelo, pero la luz no les molestaba en los ojos y arruinaba su puntería. Era Temuge el que se había preocupado de esos pequeños detalles.

—Listos —dijo Jebe, sin girar la cabeza.

Sus hombres estaban dispuestos a ambos lados de su general, una flecha en la cuerda y tres en el suelo frente a sus pies. No se otorgaban puntos por estilo, solo por precisión, pero Khasar sabía que Jebe haría un disparo tan suave y sedoso como pudiera, por orgullo.

—¡Empezad! —gritó el juez.

Khasar observó atentamente cómo los guerreros del tumán soltaban aire y disparaban todos al mismo tiempo justo antes de volver a inspirar. Diez flechas ascendieron en el aire, diez manchas que se curvaron ligeramente antes de clavarse con un golpe sordo en su blanco respectivo del muro. Varios jueces echaron a correr hacia allá y alzaron banderas para certificar los aciertos. Sus voces se oyeron altas y claras en el silencio, gritando «¡Uukhai!», por cada disparo en el centro del blanco.

Era un buen comienzo. Diez banderas. Jebe miró a sus hombres con una sonrisa de oreja a oreja y dispararon de nuevo en cuanto los jueces se hubieron alejado. Para continuar en la siguiente ronda, tenían que darle solo a treinta y tres escudos con cuarenta flechas. Hicieron que pareciera fácil, consiguiendo treinta blancos perfectos y fallando solo dos al final: una puntuación de treinta y ocho. La multitud los vitoreó y Khasar lanzó una mirada hostil a Jebe mientras pasaba entre los demás competidores para situarse al fondo. El sol era abrasador, pero se sentían vivos.

Khasar no entendía por qué Ogedai había dejado a Chagatai con vida. Esa no habría sido su elección, pero ya no era uno de los miembros del círculo más íntimo que rodeaba al khan, como lo había sido cuando Gengis vivía. Se encogió de hombros al pensarlo. Tsubodai o Kachiun sabrían el motivo, como siempre. Alguien se lo explicaría.

Khasar había visto a Chagatai justo antes de unirse a los arqueros. El joven estaba apoyado en un corral de madera, observando junto a algunos de sus vasallos la preparación de los luchadores. No había percibido ninguna tensión especial en él y solo entonces Khasar había empezado a relajarse. Ogedai parecía haber conseguido acordar algún tipo de paz, al menos por un tiempo. Con una habilidad que poseía hacía años, Khasar alejó ese tipo de pensamientos de su mente. De un modo u otro, aquel iba a ser un buen día.

Junto a las bajas y blancas murallas de Karakorum, cuarenta jinetes esperaban la señal de salida. Los días previos al festival, sus animales habían sido cepillados y sus cascos aceitados. Cada jinete alimentaba a su montura con su propia dieta secreta, preparada por su familia para dotar al caballo de la máxima resistencia en largas distancias.

Batu volvió a pasar los dedos por las crines de su poni: un hábito nervioso que repetía cada pocos instantes. Ogedai estaría observando, estaba casi seguro. Su tío había supervisado todos los aspectos de su entrenamiento con los tumanes, dando mano libre a sus oficiales para que le hicieran trabajar hasta el agotamiento y estudiar cada batalla y táctica de la historia de la nación. Tenía el cuerpo dolorido como lo había tenido casi de manera constante durante más de dos años. El entrenamiento era evidente en los nuevos músculos de sus hombros y en los negros círculos que rodeaban sus ojos. No había sido en vano. En cuanto había llegado a dominar una tarea o un puesto le habían cambiado a otro por orden de Ogedai.

Ese día, la carrera era una especie de descanso de su entrenamiento. Batu se había sujetado atrás el cabello en una coleta para evitar que le golpeará la cara y le molestara durante la carrera. Tenía una oportunidad, lo sabía. Era mayor que los otros muchachos, un hombre ya, a pesar de poseer la constitución de su padre, esbelta como un junco. El peso extra sería un factor en su contra en esa distancia, pero su poni era realmente fuerte. Había demostrado su velocidad y resistencia cuando era un potro y, con dos años de edad, estaba rebosante de energía, tan en forma y dispuesto para la carrera como su jinete.

Se volvió hacia su lugarteniente, que estaba haciendo que su pálida yegua diera una vuelta en el sitio. Sus miradas se encontraron durante un segundo y el chico asintió. El ojo blanco de Zan destelló, reflejando su estado de exaltación. Zan había sido amigo de Batu cuando solo su madre conocía la vergüenza de su nacimiento, cuando su madre todavía escondía la desgracia de su nombre. Zan también había crecido rodeado de un despiadado rechazo, sufriendo palizas y tormentos de los niños que no eran mestizos y se burlaban de su piel dorada y sus delicados rasgos Chin. Para él, Zan era casi un hermano: delgado y feroz, con suficiente odio para los dos.

Algunos de los tumanes participaban con equipos de jinetes. Batu esperaba que Zan, por sí solo, bastara para marcar la diferencia. Si había aprendido algo del destino

de su padre era que debías ganar, independientemente de cómo lo consiguieras. No importaba que alguien resultara herido o muriera: si ganabas, se te perdonaría todo. Podían sacarte de una ger maloliente e introducirte a la fuerza en las filas de guerreros hasta que mil hombres obedecían tus órdenes como si provinieran del mismo khan. Sangre y talento. La nación había sido construida sobre ambos.

Mientras el juez se dirigía a la marca, otro jinete cruzó la línea de Batu, como si tuviera problemas para controlar a su montura. Al instante, Batu hincó los talones en la suya, haciéndola avanzar y utilizando su fuerza para alejar al muchacho de un empujón. Era Settan de los uriankhai, por supuesto. La antigua tribu de Tsubodai había sido una espina en el costado de Batu desde que su valiente general regresó junto a Gengis con la cabeza de su padre metida en un saco. Batu se había topado con su mudo rechazo cientos de veces desde que Ogedai le ascendió. No es que mostraran su desdén o su evidente lealtad a los de su propia sangre... Gengis había prohibido los vínculos tribales en su nueva nación, pero Batu no podía evitar sonreír al pensar en la arrogancia de su abuelo. Como si hubiera algo más importante que la sangre. Quizá eso fuera lo que su padre, Jochi, había olvidado cuando se rebeló, arrebatándole así a Batu sus derechos de nacimiento.

Era irónico que los uriankhai siguieran insistiendo en recordar los pecados del padre en su hijo. Jochi nunca llegó a saber que su revolcón con una virgen había producido un niño. Su propia familia la había despreciado, obligándola a vivir en la marginalidad. La joven se había regocijado cuando Jochi se convirtió en un paria, el general traidor, y se ordenó que le dieran caza y lo mataran. Después había oído que el gran khan había decretado que todos los hijos bastardos fueran declarados legítimos. Batu todavía recordaba la noche en que su madre, tras darse cuenta de todo lo que había perdido, se emborrachó hasta la estupefacción para luego, casi desfallecida, abrirse un tajo en las muñecas con un cuchillo de cocina. Batu mismo le había lavado y vendado las heridas.

Nadie en el mundo odiaba la memoria de Jochi como su hijo. En comparación con ese rabioso fuego blanco, los uriankhai eran meras polillas y esa llama los abrasaría.

Batu observó por el rabillo del ojo cómo el juez empezaba a desplegar la larga bandera de seda amarilla. Los hombres de su padre habían dejado esposas y niños en el campamento de Gengis. Zan había sido uno de esos niños abandonados. Algunos habían regresado con Tsubodai, pero el padre de Zan había muerto en algún lugar lejano y su cadáver había quedado perdido en tierra extraña. Era una cosa más por la que Batu no podía perdonar a su padre. Asintió para sí. Se alegraba de tener enemigos en el grupo de jinetes. Se crecía con su aversión, que acentuó aún más mentalmente para extraer fuerza de sus pullas y provocaciones, de sus golpes disimulados y sus bromas pesadas. Volvió a pensar en los excrementos humanos que se había encontrado en su morral ese mismo amanecer y el recuerdo funcionó como un trago de airag negro en su sangre. Por eso ganaría la carrera. Cabalgaba con odio y el odio

le daba un poder que ellos solo podían imaginar.

El juez levantó la bandera. Batu sintió cómo las ancas de su poni se agrupaban cuando se echó hacia atrás, listo para salir como un rayo hacia delante. La bandera cayó restallando: una cinta de oro en el sol matutino. Batu clavó los talones y al instante estaba galopando. No se puso en primera posición, aunque estaba casi seguro de que podría haberles obligado a mirar su espalda durante todo el recorrido en torno a la ciudad. En vez de eso, adoptando un ritmo constante, se situó en la mitad del grupo. Seis veces alrededor de Karakorum eran setenta y siete kilómetros: no era una carrera de sprint, sino una prueba de resistencia. Los caballos habían sido criados para eso y aguantarían la distancia. La destreza se demostraría en las maniobras de los chicos y hombres sobre sus lomos. Batu sintió que su confianza aumentaba. Era un oficial minghaan. Tenía diecisiete años y estaba listo para cabalgar durante todo el día.

Mil veinticuatro hombres de la nación levantaron el brazo derecho ante la multitud mientras se preparaban para la primera, inmensa, ronda de lucha. El primer día serviría de criba para descartar a los lesionados y a los hombres de más edad o, simplemente, a los que tuvieran mala suerte. No había segundas oportunidades y, con diez rondas que superar, los últimos dos días dependerían en parte de los que consiguieran llegar al final del primer día con menos lesiones.

Los guerreros tenían sus favoritos y durante días había habido un flujo continuo de hombres recorriendo los campos de entrenamiento para evaluar virtudes y defectos e identificar a los luchadores por los que merecía la pena apostar y aquellos que no resistirían hasta el final de esa durísima prueba.

Ninguno de los generales se había inscrito en esa parte del festival. Su dignidad era demasiado grande para permitirse que un hombre más joven los arrojase al suelo derrotados. Aun así, el primer combate de lucha se había retrasado para que Khasar y Jebe pudieran participar en el concurso de tiro con arco. Khasar era un apasionado de la lucha y apoyaba a un hombre contra el que ningún guerrero quería tener que enfrentarse en la primera ronda. Baabgai, el Oso, era de ascendencia Chin, aunque poseía la compacta constitución de los luchadores mongoles. Dirigió una ancha sonrisa desdentada a la muchedumbre y los hombres y mujeres reunidos vitorearon su nombre. Las apuestas a su favor ascendían a manadas enteras de ponis, pero diez rondas o una lesión podían acabar con él. Hasta una piedra podía resquebrajarse si la golpeabas el número suficiente de veces.

Tanto Khasar como Jebe superaron su primera ronda y, a continuación, ellos y sus equipos atravesaron la hierba estival al trote hasta donde los luchadores aguardaban pacientemente al sol. El aire sabía a metal y olía a aceite y sudor. Los enfrentamientos y el derramamiento de sangre de la noche anterior fueron deliberadamente olvidados.

Los arqueros se arrodillaron sobre alfombrillas de fieltro blanco y, con el máximo

cuidado, apoyaron a su lado sus preciados arcos, ya desmontados y envueltos en lana y cuero.

—¡Eh, Baabgai! —gritó Khasar, sonriendo al gigantesco hombre que había descubierto y entrenado. Baabgai poseía la estólida fuerza de un buey y parecía no sentir el dolor. En ninguno de sus combates hasta la fecha había mostrado la menor molestia y era esa cualidad imperturbable lo que más intimidaba a sus oponentes. No conseguían hallar la manera de hacerle daño a ese tonto. Khasar sabía que algunos de los luchadores le llamaban «el vacío», por su escasa inteligencia, pero a Baabgai nada le ofendía. Él simplemente sonreía y los lanzaba hacia el horizonte.

Khasar esperó con paciencia a que concluyera la canción inaugural. Las ásperas voces de los luchadores se alzaron para jurar mantenerse firmes sobre la tierra y seguir siendo amigos tanto si vencían como si eran derrotados. Habría otras canciones en posteriores rondas que a Khasar le gustaban más y su mente empezó a vagar mientras su mirada recorría las vastas estepas.

Ogedai estaba en Karakorum, sin duda siendo lavado, aceitado y acicalado. La nación llevaba ya mucho tiempo bebiendo y, si no hubiera participado en las rondas de tiro con arco, Khasar se habría unido a ellos.

Observó a Baabgai ejecutar su primera llave. La velocidad del gigante no era excesiva, pero una vez que su oponente se ponía al alcance de sus manos, una vez que lo tenía sujeto, todo había terminado. Los dedos de Baabgai eran cortos y rollizos, daba la sensación de que tenía una horrible hinchazón en las manos, pero Khasar había sentido su fuerza e hizo una apuesta potente por él.

El primer combate de Baabgai terminó cuando le dislocó el hombro a su contrincante, agarrándole la muñeca para luego arrojar todo el peso de su cuerpo contra el brazo. La multitud vitoreó y golpeó apreciativamente tambores y gongs. Baabgai les sonrió, desdentado como un gigantesco bebé. Khasar no pudo evitar reírse entre dientes ante el simple placer del luchador. Aquel iba a ser un gran día.

Batu no gritó cuando un látigo le azotó la mejilla. Notó cómo se le inflamaba el alargado golpe y su piel se calentó e irritó tanto como él mismo. La carrera había comenzado bastante bien y, en la segunda vuelta a la ciudad, se había colocado entre los seis primeros. El suelo estaba más duro y seco de lo que esperaba, lo que daba ventaja a algunos caballos respecto a otros. Cuando tomaron el mismo camino para la tercera vuelta, el polvo les había cubierto de blanco la tez y había convertido su saliva en una pasta arenosa. Bajo el sol, la sed iba creciendo poco a poco, hasta que los más débiles jadeaban como pájaros.

Batu se agachó cuando el látigo, una tira de cuero aceitado, cayó de nuevo sobre él. Vio que pertenecía a uno de los uriankhai, situado a su derecha: un muchacho polvoriento, bajo y ligero, que cabalgaba un poderoso semental. Con los ojos llenos de arena, Batu vio que el animal era fuerte y que el chico, con un placer malévol,

echaba el brazo hacia atrás para golpearle una vez más. A pesar del estruendo del apretado tropel de cascos, Batu oyó reírse a uno de los otros y le invadió una oleada de furia. No comandaban a otros hombres, como él. ¿Qué le importaba la sangre que unía entre sí a los uriankhai, excepto para ver ese rojo líquido salpicando el polvo? Miró a Zan, que corría a poca distancia de él. Su amigo estaba dispuesto a ayudarlo, pero Batu negó con la cabeza, sin dejar de observar ni un instante al muchacho uriankhai.

Cuando el látigo volvió a descender, Batu simplemente levantó el brazo, haciendo que la tralla se enrollara en su muñeca y, a continuación, aferró con decisión en su mano la tira de cuero. El chico lo miró boquiabierto, pero ya era demasiado tarde. Batu dio un violento tirón, empleando todo su peso y su fuerza y separando bruscamente a su montura al mismo tiempo.

Los estribos estuvieron a punto de salvar al muchacho. Por un instante, una de sus piernas se agitó en el aire mientras trataba de recobrar el equilibrio, pero luego cayó bajo los cascos de su caballo, que relinchó y corcoveó, provocando el grito airado de otro jinete, al que el animal casi tira de la silla. Batu no se volvió. Esperaba que la caída hubiera matado a ese pequeño bastardo. Notó que delante habían dejado de reírse.

Cinco jinetes uriankhai se habían inscrito en la carrera para ponis de dos años. Aunque procedían de dos tumanes distintos, cabalgaban en grupo por instinto. De algún modo, la actitud desafiante de Batu, su desdén, los había unido. Settan de los uriankhai los lideraba. Era alto y ágil, tenía los cabellos recogidos en una coleta que caía sobre su espalda y sus ojos, ahora llorosos por el viento, podían captarlo todo. Sus amigos y él intercambiaron una mirada cuando pasaron junto a la puerta occidental de Karakorum por cuarta vez. Quedaban veintiséis kilómetros y una espuma blanca ribeteaba las bocas de los caballos, cuya piel relucía oscura, recubierta de un sudor como escarcha. Batu y Zan avanzaron para luchar por los primeros puestos.

Batu vio que los jinetes uriankhai se volvían a mirarle y se aseguró de que su rostro permaneciera impassible mientras se iba aproximando más y más. Detrás del grupo de cabeza, otros treinta ponis los seguían como una larga cola, que ya iba quedándose atrás.

Mientras regresaba al muro del tiro con arco, donde los jueces y el gentío le esperaban impacientes, Khasar todavía seguía sonriendo. Hizo caso omiso de las miradas que se clavaban en él mientras se dirigía con grandes zancadas hacia la línea y preparaba su arco. Era el hermano de Gengis y uno de los fundadores de la nación, y la verdad es que le importaba un comino si fastidiaba a los hombres importantes de su pueblo o arruinaba la perfecta organización de Temuge.

Los diez de Jebe ya habían hecho los disparos de la segunda ronda y el general

estaba relajado, dejando traslucir su confianza. Khasar frunció el ceño al mirar al general, más joven que él, aunque su actitud no hizo más que provocar la hilaridad de Jebe, que se rio para sí. Khasar se calmó, sabiendo que contagiaría su estado de ánimo a su propio grupo de arqueros. Ninguno de los contendientes de las rondas era débil o torpe. Ni uno solo de aquellos hombres dudaba de que, en el día adecuado, podía erigirse con la victoria. Siempre había un componente de suerte, si la brisa cambiaba justo cuando soltabas o te daba un calambre en un músculo, pero la prueba fundamental eran los nervios. Khasar lo había visto muchas veces. Hombres que podían enfrentarse a una línea de árabes aullantes sin ninguna aprensión descubrían que les sudaban las manos mientras se dirigían en silencio hacia la posición de tiro. De algún modo, no conseguían llenar del todo sus pulmones, como si el pecho se les hubiera hinchado y les bloqueara la garganta.

Ser consciente de ello formaba parte del secreto para superarlo. Khasar tomó lentas y largas bocanadas de aire, olvidándose de la multitud y dejando que sus propios hombres se concentraran y se calmaran. Incluso le pareció que el tamaño de los cuarenta objetivos del muro aumentaba ligeramente: una ilusión que ya había experimentado en anteriores ocasiones. Se giró para mirar a sus hombres y los encontró tensos pero firmes.

—Recordad, muchachos —murmuró—. Todos son como una virgen, dulce y deseosa.

Algunos de sus hombres se rieron y movieron la cabeza a un lado y a otro para eliminar el último resto de tensión de los hombros que pudiera hacerles fallar el tiro.

Khasar esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Cansado o no, viejo o no, iba a hacer que Jebe sudara la gota gorda si quería ganarle, lo presentía.

—Listos —informó a los jueces. Miró el estandarte que se agitaba en lo alto del muro de tiro. El viento había arceciado convirtiéndose en un empuje firme y constante que venía del noreste. Reajustó ligeramente su postura. Cien pasos. Un tiro que había realizado mil veces, cien mil veces. Una inspiración más: larga... lenta...

—Empezad —dijo el juez con sequedad.

Khasar colocó la primera flecha en la cuerda y disparó, lanzándola hacia la línea de escudos que había marcado como suyos. Esperó hasta estar seguro de haber dado en el blanco y luego se volvió y miró fugazmente a Jebe, enarcando las cejas. Jebe se rio ante el desafío y se marchó.

La fila de ponis sudorosos que corrían con enorme estrépito se había ido alargando como un cordel adornado de cuentas y ahora se extendía a lo largo de casi dos kilómetros en torno a las murallas de Karakorum. Tres de los uriankhai seguían liderando la carrera: Settan iba flanqueado por dos muchachos bajos y fornidos que parecían arrearle hasta la meta. Batu y Zan los seguían de cerca y el grupo de cinco había abierto una brecha entre ellos y el resto de jinetes. El resultado se decidiría

entre ellos y sus monturas resoplaban, esparciendo mocos y sudor espumoso a su alrededor para despejar bocas y ollares. Al pie de los muros había una línea de guerreros vigilantes y miles de trabajadores Chin. Para ellos, el día también era una celebración: dos años de duro trabajo llegaban a su fin y los abultados monederos les pesaban bajo la ropa.

Batu no tenía ojos para los espectadores, para nada que no fueran Settan y sus dos compañeros. El seco terreno desprendía una nube de polvo bajo los cascos de los caballos, así que sería difícil ver lo que estaba a punto de hacer. Se palpó los bolsillos y sacó dos piedras lisas, notando en su mano la suavidad de los guijarros de río. Zan y él habían hablado de llevar cuchillos o de ponerle púas a su látigo, pero ese tipo de heridas serían públicas. Algunos de los jueces las desaprobarían. Con todo, Zan se había ofrecido a darle un tajo al cuello de Settan. Odiaba a aquel alto uriankhai que tanto se enorgullecía de los logros de Tsubodai. Batu había rechazado la oferta, no quería perder a su amigo por una venganza. Sin embargo, siempre era posible que una piedra saltara desde los veloces cascos de los caballos. Aunque Settan llegara a ver lo que Zan y él estaban haciendo, no se atrevería a quejarse. Parecería que se quejaba como un crío y los guerreros se reirían de él.

Cuando comenzaron la última vuelta, Batu acarició los guijarros. Más allá de los caballos al galope, vio a los luchadores como pájaros de colores posados en la hierba; más allá de ellos se elevaba el muro del tiro con arco. Su pueblo estaba desperdigado por las llanuras y él estaba entre ellos, cabalgando a toda velocidad. Era una buena sensación.

Apretó las rodillas y su poni respondió, aunque estaba casi sin resuello. Batu se adelantó y Zan le siguió a pocos metros. Los uriankhai no estaban dormidos y se movieron para bloquear el camino de Batu hacia el caballo de Settan. Batu sonrió al chico que estaba más cerca y movió los labios como si estuviera gritando algo mientras se iba aproximando más y más a él con su montura.

El chico lo miró de nuevo y Batu sonrió, señalando con gesto vigoroso algo situado delante. Observó encantado cómo, finalmente, el muchacho se inclinaba hacia él para escuchar lo que fuera que Batu estuviera gritando a través del viento y, como un rayo, este levantó el brazo con la piedra para tomar impulso y le golpeó en la sien. El chico se desvaneció casi al instante bajo los cascos, convertido en una mera raya polvorienta que rodaba a sus espaldas.

Batu ocupó su lugar mientras el caballo sin jinete seguía corriendo. Settan se volvió y se le quedó mirando fijamente al verle tan cerca. Estaban totalmente cubiertos de polvo, sus cabellos y sus pieles habían adquirido un color blanco sucio, pero en los ojos de Settan relucía el miedo. Batu sostuvo su mirada, llenándose de fuerza.

El otro muchacho uriankhai se desvió bruscamente y situó a su montura entre ambos, chocando con su pierna contra Batu, que estuvo a punto de caerse de la silla. Durante unos tensos instantes, Batu tuvo que aferrarse a la crin de su poni: los pies se

le habían salido de los estribos. Una oleada de latigazos cayó sobre él y sobre su montura con salvaje frenesí. Instintivamente, Batu lanzó una patada y golpeó al chico en el pecho, lo que le dio un momento para volver a sentarse. Se le había caído una piedra, pero aún tenía otra. Cuando el muchacho uriankhai se giró hacia él, Batu la arrojó con fuerza y gritó al ver cómo se estrellaba contra su nariz, desequilibrándole y bañando con sangre roja y brillante el pálido polvo, como un río desbordándose. El chico se desplomó hacia atrás, y Batu y Zan se quedaron a solas con Settan, con tres kilómetros por delante hasta la meta.

En cuanto se dio cuenta de lo que estaba pasando, Settan decidió ir a por todas y azuzó a su montura para abrir una brecha entre él y sus perseguidores. Era su única oportunidad. Los caballos estaban al límite de su resistencia, y con un grito de rabia, Zan empezó a quedarse atrás. No había nada que pudiera hacer, aunque lanzó sus piedras con una energía llena de furia y logró golpear a la montura de Settan en las ancas con una de ellas, mientras la otra desaparecía en el polvo.

Batu maldijo entre dientes. No podía permitir que Settan le dejara atrás. Hincó los talones en su poni y le pegó con el látigo hasta colocarse a la altura de Settan y, a continuación, lo superó por medio cuerpo. Se sentía fuerte, a pesar de que tenía los pulmones llenos del polvo del camino, que expulsaría tosiendo a lo largo de los próximos días.

La última esquina estaba a la vista y Batu supo que podía ganar. No obstante, desde el principio había sido consciente de que la victoria no sería suficiente para él. Tsubodai estaría observando desde las murallas, Batu estaba seguro. Con uno de sus uriankhai tan cerca de la línea de llegada, no cabía duda de que el general estaría jaleándole para que ganara. Batu se frotó los ojos, limpiándose la arenilla. No amaba el recuerdo de su padre. Pero eso no cambiaba su odio por el general que había cortado la garganta de Jochi. Quizá Ogedai estuviera allí también, observando al joven al que había ascendido.

Batu permitió que Settan se atravesara por detrás mientras avanzaban a toda velocidad hacia la esquina. El borde del muro estaba marcado con un poste de mármol, decorado con un lobo de piedra. Midiéndolo todo con la máxima precisión, Batu dejó que Settan se situara a su lado, casi cabeza con cabeza mientras se acercaban a la meta, y notó cómo una sonrisa se dibujaba en el rostro de Settan cuando presintió la oportunidad de ponerse por delante.

Cuando llegaron a la esquina, Batu tiró de las riendas hacia la derecha y empujó a Settan con violencia contra el poste. El impacto fue colosal. Caballo y jinete frenaron casi en seco: la pierna del chico uriankhai estaba destrozada y aullaba de dolor.

Batu siguió adelante, sonriendo. No se volvió a mirar mientras el agudo sonido se iba perdiendo detrás de él.

Cuando atravesó la línea de meta, deseó que su padre hubiera estado vivo para verle, para enorgullecerse de él. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se las limpió con un gesto brusco, parpadeando furioso y diciéndose a sí mismo que aquello no era

más que el viento y el polvo del camino.

VIII

Cuando el sol se ocultó tras el horizonte, Ogedai suspiró lentamente. En ocasiones había pensado que no viviría para ver su ciudad ese día. Llevaba el cabello aceitado y recogido en la nuca. Su *deel* era sencillo, de color azul oscuro, sin ornamentos ni pretensiones. Lo llevaba ceñido con un cinturón, sobre unas calzas y unas suaves botas de pastor hechas con piel de oveja, sujetas con unas correas. Tocó la espada de su padre, que colgaba de su cintura y su tacto le reconfortó.

Al mismo tiempo, sintió un espasmo de irritación al recordar las elecciones que su padre le había dejado como legado. Si Jochi hubiera llegado a ser khan, habría establecido el linaje de los primeros nacidos. En vez de eso, el gran khan había elegido a Ogedai, el tercero de sus cuatro hijos, como heredero. A la sombra de ese hombre, el propio linaje de Ogedai podría decaer. No podía pretender que la nación simplemente aceptara a su hijo mayor Guyuk como khan después de él. Había más de treinta hombres que podían reivindicar sus derechos por vínculo de sangre con Gengis, y Chagatai era solo uno de los más peligrosos. Ogedai temía por su hijo, enredado en una maraña tal de espinas y colmillos. Sin embargo, hasta ahora Guyuk había sobrevivido y quizá esa era la prueba de que el padre cielo le daba su aprobación. Ogedai inspiró una lenta bocanada de aire.

—Estoy listo, Baras'aghur —le dijo a su criado—. Ahora retírate.

Se adentró con amplias zancadas en el agitado océano de ruido, saliendo a un balcón de roble pulido. Sus tambores tronaron anunciando su llegada y los guerreros del tumán de su guardia bramaron y se golpearon las armaduras, produciendo un sonido metálico que se oyó en toda la ciudad. Ogedai sonrió, saludando a la multitud y tomando asiento frente al vasto anfiteatro. Su esposa Torogene se sentó a su lado mientras Baras'aghur se preocupaba de colocar los pliegues de su vestido Chin. A escondidas del atento gentío, Ogedai alargó la mano hacia ella, que la tomó en la suya y la apretó. Habían sobrevivido a dos años de intriga, venenos, intentos de asesinato y, por último, una abierta insurrección. La cara y el cuerpo de Ogedai estaban rígidos y doloridos por sus esfuerzos, pero continuaba de una pieza.

Mientras la muchedumbre aguardaba con paciencia, los luchadores que habían sobrevivido a los dos primeros combates ocuparon su lugar en el centro del terreno que se extendía a los pies de Ogedai. Doscientos cincuenta y seis hombres formaron parejas, listos para la última lucha del día. En las hileras de asientos se intercambiaron las apuestas: desde instrucciones a gritos hasta vales de madera o incluso dinero impreso y monedas Chin. Era posible apostar en cualquier sección de la competición y toda la nación seguía el deporte. Los débiles y lesionados, los de mayor edad y peor suerte, habían sido ya descartados. Los que quedaban eran los más fuertes y veloces de una nación que reverenciaba las habilidades marciales por encima de todo. Era la nación y la creación de su padre, la visión de su padre de un

pueblo: caballo y guerrero, espada y arco juntos.

Ogedai se volvió en su asiento cuando Guyuk entró en el balcón. Como siempre que veía a su joven hijo, sintió que su corazón se estremecía de orgullo y tristeza. Guyuk era alto y apuesto, y estaba preparado para comandar a un millar de hombres, quizá incluso un tumán, en época de paz. Más allá de eso, no tenía ni pizca de talento táctico, ni el sutil toque con sus hombres que hubiera hecho que le siguieran hasta el corazón mismo de las llamas. Desde todos los puntos de vista, era un oficial común y corriente y todavía no se había casado ni una sola vez, como si continuar el linaje del propio khan no significará nada para él. El hecho de que sus ojos y rostro se parecieran a los de Gengis solo conseguía que a su padre le costara más tolerar sus debilidades. Había veces en que Ogedai no podía entender a su hijo en absoluto.

Guyuk hizo una elegante reverencia ante sus padres y se sentó, fijando la vista con admiración en las ingentes masas. Apenas se había enterado de la refriega de palacio. Se había atrincherado en una habitación detrás de unas barricadas con dos amigos y algunos sirvientes, pero nadie había llegado hasta aquella zona de palacio. Por lo visto, habían bebido hasta quedar sumidos en un sopor etílico. A pesar del alivio que sintió Ogedai al verle con vida, aquello representaba un resumen de su hijo: nadie había considerado que matarle mereciera la pena.

Temuge pasó a toda prisa por detrás del balcón, prácticamente oculto por el enjambre de sus corredores y escribas. Ogedai le oyó repartir órdenes con su cáustico tono y se permitió sonreír al recordar la conversación que había mantenido con su tío semanas atrás. Pese a los miedos de aquel viejo tonto, Ogedai había salido adelante. Se recordó ofrecerle las bibliotecas de Karakorum a Temuge una vez más en cuanto concluyera el festival.

En el gran óvalo, el crepúsculo inició el lento paso estival hacia el gris. Gracias a la escasa altura de los muros de la ciudad, la inmensa estructura podía verse desde el mar de hierba del exterior. No pasaría mucho tiempo antes de que miles de antorchas fueran encendidas, creando una figura resplandeciente que toda la nación podría ver desde las llanuras. Ogedai estaba deseando que llegara el momento, la señal visible de que era khan, que significaría asimismo que Karakorum estaba por fin terminada, cancelando las manchas de sangre que aguardaban la lluvia. Tal vez eso también fuera lo apropiado.

Abajo, muy lejos, Temuge hizo una señal a los jueces de la lucha. Después de una breve canción a la madre tierra, los jueces soplaron sus cuernos y los hombres se lanzaron unos contra otros, moviendo las manos y las piernas con presteza para agarrar o soltar a sus rivales. Para algunos, todo acabó en un abrir y cerrar de ojos, como en el caso del oponente de Baabgai. Para otros, el combate se convertía en una prueba de resistencia mientras ambos contendientes jadeaban y sudaban y largas marcas rojas iban apareciendo en su piel.

Ogedai observó el campo de juego destinado a los atletas. Sabía que Temuge había planeado los acontecimientos deportivos hasta el último detalle. Se preguntó

abstraídamente si su tío lograría que todo el festival discurriera sin fallos. El suyo era un pueblo formado del primero al último por guerreros y pastores, tanto hombres como mujeres. No eran corderos, nunca serían corderos. Aun así, era un espectáculo interesante.

La última pareja se desplomó agitando las piernas y la multitud respondió rugiendo y aullando. Ciento veintiocho hombres se habían hecho con la victoria y se presentaron, colorados y complacidos, ante la nación. Hicieron una reverencia ante Ogedai, que se puso en pie en su balcón y alzó la mano de la espada hacia ellos, mostrándoles su satisfacción.

Nuevamente se oyó el sonido vibrante de los cuernos, grandes tubos de bronce y latón fabricados por los Chin que desgranaron sus notas por todo el campo de juego. Los luchadores se retiraron al trote y la pesada puerta se abrió de par en par, revelando la calle principal de la ciudad que guardaba. Ogedai entornó los ojos para distinguir mejor y, como él, otros treinta mil se esforzaron para ver la escena.

A lo lejos apareció un grupo de corredores, con el torso desnudo bajo el calor estival. Habían dado tres vueltas a la ciudad, unos treinta y nueve kilómetros, antes de entrar por la puerta occidental y dirigirse al campo central. Ogedai se inclinó cuanto pudo para verlos y, por una vez, incluso Guyuk se interesó y la excitación iluminó su rostro. Ogedai le miró un instante y se preguntó si habría apostado una gran suma.

Por lo general, los mongoles no eran corredores de larga distancia. Poseían resistencia pero no la constitución apropiada, como Temuge había explicado. Algunos de ellos cojeaban visiblemente al entrar en el campo, pero se esforzaron por ocultar su debilidad cuando el griterío de su pueblo los envolvió como una ola.

Ogedai asintió para sí cuando vio que Chagatai iba en primera posición. Su hermano, una cabeza más alto que cualquiera de los otros, corría con movimientos fáciles y suaves. Era cierto que Ogedai le temía, que incluso odiaba su arrogancia, pero no pudo disimular su orgullo al ver a su propio hermano liderando la entrada en el anfiteatro, levantando con sus firmes zancadas el polvo de la pista que llevaba hacia el centro. Chagatai empezó incluso a distanciarse del resto, pero entonces un guerrero menudo y nervudo avanzó para desafiarse, aumentando la velocidad cuando apenas quedaban unos metros para la meta.

Cuando se pusieron hombro con hombro, Ogedai sintió que el corazón le palpitaba con fuerza y su respiración se aceleraba.

—Vamos, hermano —susurró.

A su lado, Torogene frunció el ceño y sus dedos aferraron con fuerza la barandilla de roble. No le interesaba en absoluto aquel hombre que había estado a punto de matar a su marido. Podría presenciar con mucho gusto cómo a Chagatai le estallaba el corazón delante de la muchedumbre. Pero había notado la emoción de su esposo y amaba a Ogedai más que a nada en el mundo.

Chagatai se precipitó hacia delante en el último momento, cruzando la línea con menos de una cabeza de ventaja respecto a su rival. Ambos hombres estaban a punto

de derrumbarse y se notaba que a Chagatai, cuyo pecho subía y bajaba agitadamente, le costaba respirar. No apoyó las manos en las rodillas y Ogedai recordó con una punzada de nostalgia las palabras de su padre al respecto: «Si un oponente ve que te apoyas sobre las rodillas, pensará que estás derrotado». Era difícil escapar de esa voz, a pesar de que los años siguieran transcurriendo, dejando a Gengis atrás.

Por un cierto sentido de la decencia, Guyuk no podía vitorear a su tío, pero tenía la piel perlada de una leve sudoración. Ogedai lo miró con una ancha sonrisa en el rostro, complacido al ver a su hijo exaltado por una vez. Deseó que hubiera ganado su apuesta, al menos.

Ogedai permaneció en pie mientras los cuernos sonaban una vez más, derramando su nota sobre las decenas de miles presentes. Cerró los ojos un instante, respirando con bocanadas largas y lentas.

La multitud guardó silencio.

Ogedai levantó la cabeza mientras la sonora voz de su heraldo pronunciaba por fin las palabras.

—Estáis aquí para confirmar a Ogedai, hijo de Temujin llamado Gengis, como khan de la nación. Se presenta ante vosotros como el heredero elegido por el gran khan. ¿Hay algún otro que desafíe su derecho a liderar la nación?

Si antes ya había reinado el silencio, lo que se percibió ahora fue la quietud de la muerte. Todos los hombres y mujeres de la nación se quedaron callados e inmóviles, sin atreverse siquiera a respirar. Guyuk, a la espalda de Ogedai, alzó la mano por un momento para tocar su hombro, pero la dejó caer sin que su padre hubiera llegado a ver su gesto.

Miles de ojos se volvieron hacia Chagatai que, cubierto de sudor, seguía respirando con dificultad en el polvoriento terreno. Él también levantó la vista para mirar a Ogedai en el balcón de roble y su rostro adoptó una expresión extrañamente orgullosa.

El momento pasó y cuando el gentío respiró por fin su aliento fue como una brisa de verano, seguida por una oleada de risas con las que el pueblo mongol se burló de su propia tensión y nerviosismo.

Ogedai dio un paso adelante para que todos pudieran verle. El anfiteatro había sido decorado con dibujos realizados por monjes cristianos de Roma que se habían desplazado a Karakorum para llevar a cabo el encargo. Como habían prometido, parecía magnificar el sonido y su voz alcanzó todos los oídos. Desenvainó la espada con cabeza de lobo y la sostuvo en alto.

—Haré mi propio juramento ante vosotros. Como khan, protegeré a mi pueblo para que crezca fuerte. Hemos tenido demasiados años de paz. Hagamos que el mundo se atemorice ante lo que está por llegar.

La multitud aclamó sus palabras y, en el recinto ovalado, el sonido retumbó con una fuerza inmensa que casi hizo tambalearse a Ogedai. Sintió sus voces en la piel como si fueran una potencia física. Levantó la espada de nuevo y, poco a poco, a

regañadientes, fueron quedándose callados. Abajo, en el campo, creyó ver que su hermano lo saludaba con una inclinación de cabeza. Realmente, la familia era algo muy extraño.

—Ahora, aceptaré vuestro juramento —gritó a su pueblo.

El heraldo inició el cántico:

—Bajo un khan somos una nación.

Las palabras retornaron como una poderosa ola hacia Ogedai y agarró con más fuerza la espada, preguntándose si la presión que sentía ciñéndole la cabeza era el espíritu de su padre. Su corazón empezó a batir más y más despacio, hasta que pensó que podía notar cada uno de sus latidos.

El heraldo repitió la frase para completar el juramento y el pueblo respondió: «Te ofrezco gers, caballos, sal y sangre, con todos los honores».

Ogedai cerró los ojos. Le palpitaba el pecho y sentía la cabeza como una excrecencia hinchada y ajena. Un agudo dolor estuvo a punto de derribarle y el brazo derecho le falló, repentinamente debilitado. Parte de él pensó que todo terminaría en aquel momento.

Cuando abrió los ojos, seguía con vida. Más que eso, era el khan de la nación, el sucesor del linaje de Gengis. Su visión se aclaró poco a poco y aspiró una honda bocanada de aire estival, notando cómo su cuerpo reaccionaba con un temblor. Sintió las treinta mil caras giradas hacia él y, recobrando la fuerza, alzó súbitamente los brazos, rebosante de gozo.

El estruendo con el que su pueblo respondió casi le ensordeció. Como un eco, llegó hasta él el grito del resto de la nación, que esperaba en las afueras de la ciudad. Oían y respondían, con la vista clavada en las antorchas que se encendían en honor del nuevo khan.

Esa noche, Ogedai atravesó los pasillos de palacio con Guyuk caminando a su lado. Después de las emociones del día, nadie conseguía conciliar el sueño. Ogedai se había encontrado a su hijo lanzando tabas con sus guardias y le había hecho llamar para que le acompañara. Era un raro gesto en el padre hacia su hijo, pero esa noche Ogedai estaba en paz con el mundo. De algún modo, la fatiga no podía tocarle, aunque apenas lograba recordar cuándo fue la última vez que había dormido. El cardenal de su cara había adquirido un color más vivo. Se lo habían tapado con unos polvos claros para la ceremonia de juramento, pero Ogedai no sabía que el maquillaje se le había corrido al rascarse.

Los corredores se convirtieron en los claustros que daban a los jardines de palacio, tranquilos y silenciosos. La luna brillaba tenue detrás de las nubes y lo único que veían eran los senderos entre la vegetación, como si recorrieran unos pálidos hilos a través de la oscuridad.

—Preferiría ir contigo, padre, a las tierras Chin —dijo Guyuk.

Ogedai negó con la cabeza.

—Ese es el mundo antiguo, Guyuk, una empresa que iniciamos antes de que tú nacieras. Saldrás con Tsubodai. Verás nuevas tierras a su lado. Harás que me enorgullezca de ti, no tengo ninguna duda.

—¿Es que ahora no estás orgulloso? —preguntó Guyuk. No había pretendido hacer esa pregunta, pero estar con su padre a solas le resultaba extraño y estaba pronunciando sus pensamientos en voz alta. Para su inquietud, Ogedai no respondió inmediatamente.

—... Por supuesto, pero ese es el orgullo de un padre, Guyuk. Si tu intención es ser khan después de mí, debes liderar guerreros en batalla. Debes hacer que vean que no eres como ellos... ¿Entiendes?

—No, no lo entiendo —contestó Guyuk—. He hecho todo lo que me has pedido. He liderado a mi tumán durante años. Has visto la piel de oso que traje. La llevé a la ciudad clavada en una lanza y los trabajadores me vitorearon.

Ogedai había oído todos los detalles de esa hazaña. Se esforzó en recordar las palabras de su padre sobre el tema.

—Escúchame. No basta con liderar a un grupo de muchachos en una cacería como si eso fuera un gran triunfo. Los he visto contigo, parecían... perros, cachorros.

—Me dijiste que escogiera a mis oficiales, para ascenderlos yo mismo —replicó Guyuk.

Había un tono de enfurruñamiento en su voz y Ogedai se dio cuenta de que estaba empezando a exasperarse. Había visto a los apuestos jóvenes que Guyuk había elegido. No podía ponerle palabras a su desasosiego, pero los compañeros de su hijo no le impresionaban.

—No liderarás la nación con canciones y juerguistas borrachos, hijo mío.

Guyuk frenó en seco y Ogedai se volvió hacia él.

—¿Tú vas a darme lecciones sobre el alcohol? —dijo Guyuk—. ¿No me dijiste una vez que un oficial debe ser capaz de ser igual a sus hombres, que debería aprender a complacerme en ello?

Ogedai hizo una mueca al recordar sus palabras.

—Entonces no sabía que celebrarías fiestas durante días, alejando a los hombres del entrenamiento. Estaba intentando convertirte en un guerrero, no en un tonto borracho.

—Bueno, entonces tienes que haber fracasado, si eso es lo que soy —soltó Guyuk. Se habría marchado, pero Ogedai lo sujetó por el brazo.

—No he fracasado, Guyuk. ¿Cuándo te he criticado? ¿Me he quejado de que no me hayas dado un heredero? No. No he dicho nada. Eres la viva imagen de mi padre. ¿Acaso te sorprende que busque un rastro de él en ti?

Guyuk se alejó de él adentrándose en la oscuridad y Ogedai oyó que su respiración se entrecortaba.

—Yo soy quien soy —dijo Guyuk por fin—. No soy ninguna rama más débil del

linaje de Gengis, o el tuyo. ¿Lo buscas a él en mí? Bien, pues deja de hacerlo. Aquí no lo vas a encontrar.

—Guyuk... —volvió a empezar Ogedai.

—Me marcharé con Tsubodai, porque él se alejará de Karakorum más que nadie —contestó su hijo—. Tal vez cuando regrese, encuentres en mí algo que te guste.

El joven se fue muy ofendido por los relucientes senderos del jardín mientras Ogedai se esforzaba por controlar su cólera. Había tratado de darle un pequeño consejo y, de algún modo, la conversación se le había ido de las manos. En una noche como esa, era un amargo trago antes de irse a la cama.

Hubo dos días más de banquetes y triunfos antes de que Ogedai convocara a sus hombres de más rango al palacio. Se sentaron frente a él con los ojos enrojecidos, la mayoría todavía sudando por haber comido demasiada carne y bebido demasiado airag y vino de arroz. Al verlos, Ogedai pensó que formaban casi un consejo del tipo que tenían los señores Chin para gobernar sus tierras. Sin embargo, entre ellos la última palabra siempre era del khan. No podía ser de otra manera.

Recorrió la mesa con la vista, pasando por Chagatai, Tsubodai y sus tíos, por Batu, que había ganado en las carreras de caballos. Batu todavía estaba radiante por la noticia de que lideraría a diez mil hombres y Ogedai sonrió y le saludó con una inclinación de cabeza. Ogedai había hecho lo que estaba en su mano para honrar el recuerdo de Jochi, para reparar los pecados de Gengis y Tsubodai. En el rostro y los gestos, el muchacho se parecía mucho a Jochi cuando era joven. Por un momento o con una ojeada fugaz, Ogedai casi estaba a punto de olvidar que su hermano había muerto años atrás. Su corazón se entristecía cada vez que eso le sucedía.

Frente a Batu estaba Guyuk, mirando fijamente al vacío. Ogedai no había logrado atravesar la fría reserva tras la cual se ocultaba su hijo desde su conversación en el jardín. Ni siquiera en aquel momento, sentados alrededor de una mesa, Ogedai pudo reprimir el deseo de que Guyuk tuviera la mitad de fuego que el chico de Jochi. Tal vez Batu sintiera que tenía que probar su valía, pero estaba allí sentado como un guerrero mongol, callado y vigilante, lleno de orgullo y confianza. Ogedai no notó en su hijo ningún signo de que se sintiera intimidado por la compañía, aun entre renombrados líderes como Chagatai, Tsubodai, Jebe y Jelme. La sangre de Gengis corría por las venas de muchos de aquellos hombres y por las de sus hijos e hijas. Era un linaje fructífero y fuerte. Su hijo aprendería a ser uno de los hombres de la gran marcha, Ogedai estaba seguro. Era un buen comienzo.

—Hemos crecido y ahora somos algo más que las tribus que mi padre conoció, algo más que un solo campamento que se desplaza a través de las llanuras. —Ogedai hizo una pausa y sonrió—. Ahora somos demasiados para pastar en un solo lugar.

Utilizó palabras que los líderes tribales habían empleado durante miles de años en los momentos en que llegaba la hora de seguir adelante. Algunos de ellos asintieron

automáticamente y Chagatai golpeó la mesa con el puño mostrando su aprobación.

—No todos los sueños de mi padre se harán realidad, aunque soñó con águilas. Él aprobaría que mi hermano Chagatai gobernara como khan en Corasmia.

Ogedai habría continuado, pero Jelme alargó el brazo y dio unas palmadas en la espalda de Chagatai, desencadenando un coro de voces aprobadoras para el hijo de Gengis. Tsubodai inclinó la cabeza en silencio, pero ni siquiera él se mantuvo aparte de aquello.

Cuando el ruido se extinguió, Ogedai volvió a hablar.

—Aprobaría que dejara la patria sagrada en manos de mi hermano Tolui.

Ahora fue Tsubodai quien alargó la mano y aferró al joven por el hombro, sacudiéndolo levemente para mostrar su complacencia.

Tolui esbozó una sonrisa radiante. Su hermano le había informado de sus planes, pero oír cómo se hacían realidad le llenó de alegría. A él le había asignado las montañas por donde su pueblo había deambulado durante milenios, las estepas cubiertas de hierba donde había nacido su abuelo Yesugei. Sorhatani y sus hijos serían felices allí, creciendo fuertes y a salvo.

—¿Y tú, hermano? —dijo Chagatai—. ¿Dónde reposarás tu cabeza?

—Aquí en Karakorum —respondió Ogedai con soltura—. Esta es mi capital, aunque todavía no me quedaré aquí. Durante dos años he enviado a hombres y mujeres a acumular conocimientos sobre el mundo. He dado la bienvenida a eruditos del islam y a sacerdotes de Cristo. Ahora sé que existen ciudades donde las esclavas caminan con los pechos desnudos y el oro es tan común como la arcilla.

Sonrió para sí ante las imágenes de su mente, pero entonces su expresión se endureció. Sus ojos buscaron a Guyuk y sostuvo su mirada mientras hablaba.

—Aquellos que no pueden conquistar, deben doblar la rodilla. Deben encontrar fuerza o servir a aquellos que la poseen. Sois mis generales. Os repartiré por el mundo: mis perros de caza, mis lobos con colmillos de hierro. Cuando una ciudad cierre sus puertas aterrorizada, la destruiréis. Cuando construyan caminos y muros, los cortaréis, derribaréis las piedras. Cuando un hombre alce una espada o un arco contra vuestros hombres, lo colgaréis de un árbol. Mantened Karakorum en vuestras mentes mientras avanzáis. Esta ciudad blanca es el corazón de la nación, pero vosotros sois su brazo derecho, su marca de hierro candente. Encontrad nuevas tierras para mí, caballeros. Abrid un nuevo camino. Haced que sus mujeres lloren un mar de lágrimas y me lo beberé entero.

SEGUNDA PARTE
AÑO MCCXXXII

«Aquel que controla el corazón de las tierras controla el mundo».

IX

Los jardines del palacio de Karakorum seguían siendo jóvenes. Los jardineros Chin se habían esforzado al máximo, pero algunas de las plantas y árboles tardarían décadas en alcanzar su crecimiento total.

A pesar de no estar completamente desarrollado, era un lugar de gran belleza. Yao Shu escuchó el torrente de agua que recorría la fértil tierra y sonrió para sí, maravillándose de nuevo ante la pura complejidad de las almas. El hecho de que un hijo de Gengis hubiera hecho plantar un jardín así era absolutamente milagroso. Era un derroche de colores sutiles y de diversidad, algo imposible, pero allí estaba. Cada vez que pensaba que entendía a un hombre, descubría en él alguna contradicción. Los hombres perezosos podían trabajar hasta la muerte; los amables podían ser crueles; los crueles podían redimir sus vidas. Cada día podía ser distinto de los anteriores; cada hombre podía ser distinto, no solo de los demás, sino de los pedazos de él mismo que habían ido quedando atrás a lo largo de los años. ¡Y las mujeres! Yao Shu se detuvo a contemplar una alondra que cantaba melodiosamente entre unas ramas. Al pensar en la complejidad de las mujeres, se echó a reír a carcajadas. El pajarillo saltó y desapareció, comunicando su pánico con exaltados trinos.

Las mujeres eran todavía peores. Yao Shu sabía que era un excelente juez del carácter humano, más que muchos otros hombres. ¿Por qué si no le habría confiado Ogedai una autoridad así durante su ausencia? No obstante, hablar con una mujer como Sorhatani era como mirar hacia el interior de un abismo. Cualquier cosa imaginable podía devolverte la mirada desde allí. A veces, era un gatito, juguetón y adorable. En otras ocasiones, era una tigresa, con las fauces y las garras ensangrentadas. La esposa de Tolui poseía la cualidad del azogue. No tenía miedo absolutamente a nada, pero si la hacías reír, sus carcajadas podían ser tan espontáneas e irreprimibles como las de una niña.

Yao Shu frunció el ceño, reflexionando. Sorhatani le había permitido enseñar a sus hijos a leer y escribir, e incluso a compartir su filosofía budista con ellos, a pesar de que ella era cristiana. Aunque su propia fe era otra, mostraba un pragmatismo total respecto a la preparación de sus hijos para el futuro.

Meneó la cabeza mientras ascendía una cuesta del parque. En aquella zona de los jardines, el arquitecto se había permitido un capricho: crear una colina lo suficientemente alta como para poder ver más allá de los muros del jardín. Karakorum se extendía a su alrededor, pero sus pensamientos no tenían relación con la ciudad. Adoptó el aire de un erudito, deambulando a través de los jardines sin interesarse en absoluto por el mundo exterior. Sin embargo, seguía percibiendo hasta el susurro de una hoja y sus atentos ojos no pasaban nada por alto.

Ya había visto a dos de los hijos de Sorhatani. Hulegu estaba subido a un joven ginkgo a su derecha, claramente ignorante del delicado temblor que su aliento imprimía a las hojas en abanico del árbol. Arik-Boke no debería haber vestido

prendas rojas en un jardín con escasas flores rojas. Yao Shu le había localizado casi de inmediato. El canciller del khan cruzó los jardines pasando entre los jóvenes cazadores, consciente en todo momento de la posición de ambos mientras se trasladaban para no perderle de vista. Habría disfrutado más del ejercicio si hubiera podido completar el triángulo con Kublai. Él era la auténtica amenaza.

Yao Shu siempre estaba en equilibrio cuando caminaba, aferrando la tierra a través de sus sandalias. Llevaba las manos libres, listas para interceptar cualquier cosa que se presentara ante él. Tal vez deleitarse en sus reflejos no fuera el comportamiento apropiado para un buen budista, pero Yao Shu sabía que también sería una lección para los chicos, un recordatorio de que todavía no lo sabían todo... Si conseguía localizar a Kublai, el único de ellos armado con un arco.

El jardín tenía menos de cinco años y había pocos árboles grandes, todos ellos sauces y álamos, de rápido crecimiento. Uno de ellos se curvaba sobre el sendero que se abría ante él y Yao Shu percibió el peligro de ese punto cuando todavía estaba lejos. No era solo que el lugar fuera ideal para una emboscada; lo envolvía un peculiar silencio, una falta de mariposas y movimiento. Yao Shu sonrió. Los niños se le habían quedado mirando con la boca abierta cuando les sugirió el juego, pero un hombre tenía que moverse para tender y disparar un arco. Para colocarse en posición de tiro, tenían que preparar una emboscada o revelar su presencia al desplazarse. No era tan difícil ser más listo que los hijos de Tolui.

Kublai salió de un salto del arbusto, echando hacia atrás el brazo derecho en el clásico gesto del arquero. Yao Shu se tiró al suelo y se alejó rodando del sendero. Algo no cuadraba, lo supo incluso cuando empezó a moverse. No oyó ninguna flecha, ni el sonido vibrante de la cuerda del arco. En vez de ponerse en pie como en principio había sido su intención, encogió el hombro y giró sobre sí mismo retornando a su posición original. Kublai seguía estando a la vista, cubierto de hojas y con una sonrisa de oreja a oreja. No había ningún arco en sus manos.

Yao Shu acababa de abrir la boca para hablar cuando oyó un suave silbido a sus espaldas. Otro hombre se habría vuelto, pero él volvió a lanzarse al suelo, saliendo del camino y alzándose al instante en una carrera atropellada hacia la fuente del sonido.

Hulegu sonreía al final de la única flecha que Yao Shu les había entregado esa calurosa tarde. El monje budista frenó con un derrape. El chico tenía manos rápidas, lo sabía. Demasiado rápidas, quizá. Con todo, habría un momento.

—Ingenioso —dijo Yao Shu.

Los ojos de Hulegu empezaron a arrugarse cuando su sonrisa se ensanchó. Moviéndose con una fluidez exenta de toda brusquedad, Yao Shu se aproximó a él y quitó la flecha de la cuerda. Hulegu soltó instintivamente y, por un instante, Yao Shu pensó que estaba totalmente a salvo, pero entonces su mano saltó como un resorte, como si le hubiera coceado un caballo, y se alejó del muchacho. La cuerda de cuero entretejido le había golpeado los nudillos y estuvo en un tris de arrancarle la flecha de

la mano. Sintió un dolor agudo en los dedos y confió en que ninguno estuviera roto. Ocultó su sufrimiento ante el muchacho mientras le tendía la flecha y Hulegu la tomó con expresión estupefacta. Todo había sucedido en un abrir y cerrar de ojos, casi demasiado deprisa para la vista humana.

—Ha sido una buena idea decirle a Kublai que te diera el arco —dijo Yao Shu.

—Fue idea suya —respondió Hulegu un poco a la defensiva—. Dijo que estarías buscando su chaqueta verde y pasarías por alto mi ropa azul.

Hulegu sostenía la flecha con cautela, como si no pudiera creer lo que acababa de ver. Kublai apareció junto a ellos y la tocó casi con reverencia.

—La cogiste de la cuerda —dijo Kublai—. Eso es imposible.

Yao Shu frunció el ceño al oírle expresar un pensamiento tan poco riguroso y cruzó las manos a la espalda. Para los chicos era la perfecta imagen de la relajación. El dolor de su mano derecha seguía creciendo. Para entonces estaba prácticamente seguro de que se había fracturado algún hueso, quizá una rotura limpia. En realidad, había sido un movimiento vanidoso. Había cientos de formas en las que podía haber eliminado la amenaza que suponía Hulegu en cuanto estuvo en posición de disparar. Un sencillo bloqueo del nervio del codo le habría hecho soltar el arco. Yao Shu contuvo un suspiro. La vanidad había sido siempre su debilidad.

—La velocidad no lo es todo —aseguró—. Practicamos con lentitud hasta que nos movemos bien, hasta que nuestro cuerpo está entrenado para reaccionar sin pensar, pero entonces, cuando te pones en movimiento, debes hacerlo tan rápido como puedas. Te da fuerza y poder. La velocidad puede derrotar al enemigo más poderoso y todos vosotros sois jóvenes y procedéis de una buena estirpe. Vuestro abuelo era veloz como una serpiente al ataque hasta el día en que murió. Tenéis esa cualidad en vosotros, si os entrenáis en serio.

Hulegu y Kublai se miraron entre sí mientras Arik-Boke se unía al grupo con la cara colorada y alegre. No había visto cómo el canciller del khan arrancaba la flecha de la cuerda de un arco ya tensado y listo.

—Volved a vuestros estudios, mis jóvenes señores —dijo Yao Shu—. Os dejaré ahora para escuchar los informes sobre el khan y vuestro padre.

—Y Mongke —dijo Hulegu—. Me ha dicho que va a aplastar a nuestros enemigos.

—Y Mongke —coincidió Yao Shu con una risita. Se sintió complacido al ver que la decepción se pintaba por un instante en sus rostros al darse cuenta de que el tiempo de la lección había concluido.

Durante un momento, Yao Shu contempló a Kublai. Gengis se habría sentido orgulloso de sus nietos. Mongke había crecido fuerte, sin sufrir los estragos de la enfermedad o las heridas. Sería un guerrero digno de confianza, un general al que los hombres seguirían. Sin embargo, era Kublai el que más impresionaba a sus tutores, porque su mente se abalanzaba sobre una idea y la hacía pedazos antes de que pudiera respirar. Por supuesto que había sido Kublai quien sugirió el cambio con el arco. Era

un truco sencillo, pero había estado a punto de funcionar.

Yao Shu se inclinó ante los muchachos y dio media vuelta para marcharse. Sonrió mientras los dejaba en los jardines, escuchando los susurros con los que Kublai y Hulegu le describían a su hermano lo que habían visto. El monje se dio cuenta de que la mano había empezado a hincharse. Tendría que sumergirla en agua y vendársela.

Cuando llegó al final de los jardines, Yao Shu reprimió un gruñido al ver a los hombres que le esperaban. Casi una docena de escribas y mensajeros estiraban el cuello tratando de ver llegar al canciller de Ogedai, sudoroso bajo el sol de la mañana. Eran sus hombres de más rango. A su vez, estos estaban al mando de muchos otros, casi otro ejército de tinta y papel. A Yao Shu le divertía pensar en ellos como sus oficiales minghaan. Entre ellos, controlaban la administración de un área vasta y en expansión, desde los impuestos hasta las licencias de importación, ocupándose incluso de obras públicas como los nuevos puentes de peaje. El tío de Ogedai, Temuge, había aspirado a ese puesto, pero el khan se lo había dado al monje budista que había acompañado a Gengis en casi todas sus victorias y entrenado a sus hermanos e hijos, con diversos grados de éxito. A Temuge le había entregado las bibliotecas de Karakorum y sus peticiones de fondos estaban incrementándose cada vez más. Yao Shu sabía que Temuge sería uno de los que intentaría hablar con él ese día. Había seis niveles de hombres entre los peticionarios y el propio canciller, pero, por lo general, el hermano de Gengis lograba hacer que le obedecieran empleando la intimidación.

Yao Shu alcanzó al grupo y empezó a sortear sus preguntas, dando respuestas secas y escuetas y tomando el tipo de decisiones rápidas por las que Ogedai le había elegido. No necesitaba notas o escribas para respaldar su memoria. Había descubierto que era capaz de retener enormes cantidades de información y darles forma tal como necesitara. Gracias a su trabajo las tierras mongolas iban asentándose, aunque utilizaba a estudiosos Chin como burócratas. Poco a poco, pero con firmeza, su civilizadora influencia estaba calando en la corte de los mongoles. Gengis habría odiado ese influjo, pero también habría detestado la idea misma de Karakorum. Yao Shu sonrió para sus adentros cuando se acabaron las preguntas y el grupo se alejó con premura para regresar a sus labores. Gengis había conquistado el mundo desde un caballo, pero un khan no podía gobernar desde un caballo. Ogedai parecía haberlo entendido mejor de lo que su padre lo entendió jamás.

Yao Shu entró solo en el palacio, dirigiéndose hacia sus oficinas. Allí le aguardaban decisiones más importantes. El tesoro estaba suministrando armaduras, armas, alimento y vestido a tres ejércitos y disminuía día tras día debido a esa sangría. Ni siquiera las inmensas sumas que Gengis había amasado durarían eternamente, aunque disponía aún de un año o dos antes de que el oro y la plata del tesoro se agotaran. Para entonces, sin embargo, seguramente los impuestos habrían pasado de ser un mero hilillo para convertirse en un río de considerable caudal.

Vio a Sorhatani, caminando junto a dos de sus sirvientas y tuvo un momento para

contemplarla antes de que ella le viera. Su porte la distinguía: una mujer que caminaba como una emperatriz y siempre lo haría. La hacía parecer mucho más alta de lo que realmente era. Había dado a luz a cuatro hijos pero seguía moviéndose con la misma agilidad y su piel aceitada relucía rebosante de salud. Mientras la observaba, las mujeres se rieron de algo y sus voces resonaron ligeras en los frescos pasillos. Su marido y su hijo mayor estaban en campaña junto al khan, a miles de kilómetros al este. A decir de todos, les estaba yendo muy bien. Yao Shu pensó en un informe que había leído por la mañana que alardeaba de enemigos apilados como leña podrida. Suspiró para sí ante la idea. Los informes mongoles tendían a carecer de todo sentido de la medida.

Sorhatani le vio y Yao Shu hizo una profunda reverencia, mientras soportaba que ella cogiera sus manos en las suyas, como insistía en hacer siempre que se encontraban. No se dio cuenta del calor que desprendía el dedo roto.

—¿Han trabajado con ahínco mis chicos, canciller? —preguntó.

Le soltó las manos y el monje esbozó una breve sonrisa. Seguía siendo suficientemente joven para sentir la fuerza de su belleza y se resistía lo mejor que podía.

—Son alumnos satisfactorios, mi señora —dijo formalmente—. Los he llevado a los jardines a ejercitarse. Veo que te dispones a abandonar la ciudad.

—Debo ver las tierras que ha recibido mi esposo. Apenas puedo recordarlas de mi infancia. —En su rostro se dibujó una sonrisa lejana—. Me gustaría ver por dónde corrían Gengis y sus hermanos cuando eran niños.

—Es una hermosa tierra —admitió Yao Shu—, aunque dura. Habrás olvidado sus inviernos.

Sorhatani se estremeció sutilmente.

—No, el frío es lo único que sí recuerdo. Reza para que haga buen tiempo, canciller. ¿Y qué sabes de mi marido? ¿Y mi hijo? ¿Tienes noticias suyas?

Yao Shu respondió con más cuidado a aquella pregunta aparentemente inocente.

—No he tenido noticia de ningún infortunio, señora. Los tumanes del khan han conquistado una extensión de tierra, situada casi en la frontera del territorio Sung en el sur. Creo que regresarán dentro de un año, quizá dos.

—Me alegra oírlo, Yao Shu. Rezo por la seguridad del khan.

Yao Shu contestó, aunque sabía que la joven se divertía incordiándole con el asunto de sus religiones.

—Su seguridad no se verá afectada por unas oraciones, Sorhatani, como estoy seguro de que sabes.

—¿Tú no rezas, canciller? —preguntó ella fingiendo asombrarse.

Yao Shu suspiró. De algún modo, Sorhatani le hacía sentirse viejo cuando estaba en esa vena.

—No pido nada, excepto mayor comprensión, Sorhatani. En la meditación, me limito a escuchar.

—Y Dios, ¿qué te dice cuando le escuchas?

—El Buda dijo: «Presas del terror, los hombres se dirigen a las sagradas montañas y a los sagrados bosques, a sagrados árboles y santuarios». Yo no temo a la muerte, señora. No necesito que ningún dios me conforte en mi temor.

—Entonces rezaré por ti también, canciller, para que encuentres la paz.

El monje levantó la vista, pero volvió a bajar la cabeza ante ella, consciente de que sus criadas estaban observando con divertido interés.

—Eres muy amable —murmuró.

Yao Shu notó que los ojos de Sorhatani centelleaban. Su día estaría lleno de un millar de detalles. Tenía que proveer a un ejército del khan situado en tierras Chin, a otro en Corasmia comandado por Chagatai y a un tercero al mando de Tsubodai, todos ellos listos para adentrarse más en el norte y el oeste de lo que la nación mongola se había aventurado jamás. Con todo, sabía que pasaría gran parte del día pensando en las diez cosas que debería haberle dicho a Sorhatani. Era exasperante.

Ogedai no había llevado la guerra a Suzhou. La ciudad se extendía al otro lado de la frontera Sung, en las orillas del río Yangtze. Aunque no hubiera estado en territorio Sung, era un lugar de extraordinaria belleza y no soportaba la idea de verlo destruido. Dos tumanes descansaban junto a las murallas de la ciudad, mientras que sólo un jagun de cien acompañaba al khan.

Al recorrer un recinto de estanques y árboles junto a dos guardias, Ogedai se sintió en paz. Se preguntó si los jardines de Karakorum igualarían algún día ese verdor tan bellamente diseñado. Intentó ocultar su soñadora envidia al administrador Sung que trotaba nervioso a su lado.

Ogedai había pensado que Karakorum sería un modelo para el nuevo mundo, pero la posición de Suzhou junto a un gran lago, sus antiguas calles y edificios hacían que su propia capital pareciera basta, sin el acabado del paso de los siglos. Sonrió al pensar en cuál habría sido la reacción de su padre ante tal desigualdad. A Gengis le habría divertido conquistar la creación de sus enemigos y, como comentario personal sobre las vanidades del hombre, abandonarla convertida en un montón de escombros humeantes.

Ogedai se preguntó si Yao Shu habría nacido en un lugar como Suzhou. Nunca le había interrogado al respecto, pero era fácil imaginar a hombres como él recorriendo las calles perfectamente limpias. Tolui y Mongke habían ido a la plaza del mercado a buscar regalos para Sorhatani. Llevaban solo una docena de guerreros con ellos, pero en la ciudad no se percibía ningún tipo de amenaza. Ogedai había informado a sus hombres de que no habría violación o destrucción. La pena por desobedecer su edicto era clara y Suzhou seguía estando aterrorizada, pero intacta.

La mañana del khan había estado repleta de maravillas, desde el almacén municipal de pólvora negra, donde todos los trabajadores vestían unas suaves

sandalias, hasta el asombro de un molino de agua y unos enormes telares. Sin embargo, esas maravillas no eran el motivo por el que se había internado con sus tumanes en territorio Sung. La pequeña ciudad contaba con almacenes de seda y todos sus guerreros llevaban una camisa de ese tejido. Era el único capaz de atrapar una flecha cuando se clavaba en la carne. A su manera, era más valiosa que la armadura. Ogedai no podía adivinar cuántas vidas había salvado. Por desgracia, sus hombres conocían su valor y pocos entre ellos se quitaban las camisas de seda para lavarlas. El olor a seda podrida era parte de la miasma que envolvía los tumanes, y cuando a la tela se le formaba una capa de sal y sudor, perdía su maleabilidad. Necesitaba toda la producción de Suzhou y de otros lugares como ese. Destruir los campos de las antiguas moreras blancas con las que se alimentaban los gusanos supondría el final definitivo de la producción. Tal vez su padre los habría quemado. Ogedai no lo haría. Había dedicado parte de la mañana a observar las cubas donde se hervían los gusanos en sus capullos antes de desenrollar el hilo de seda. Ese tipo de cosas eran auténticamente fascinantes. Los trabajadores no se habían detenido mientras pasaban y solo pararon para masticar el último gusano tras sacarlo de la pupa. Nadie pasaba hambre en las naves de la seda de Suzhou.

El khan no se había molestado en aprender el nombre del hombrecillo que hacía reverencias y sudaba a su lado, esforzándose por mantener el paso de Ogedai mientras recorrían los jardines acuáticos. Cuando le hacía alguna pregunta, el administrador Sung parloteaba como un pájaro asustado. Al menos podían comunicarse. Ogedai se lo debía a Yao Shu, y a los años dedicados a estudiar la lengua.

El tiempo que podía pasar en los jardines de agua sería breve, lo sabía. Los tumanes se sentían inquietos rodeados de tanta prosperidad. A pesar de la impecable disciplina, habría problemas si los mantenía cerca de la ciudad durante mucho tiempo. Se había percatado de que los hombres de Suzhou habían tenido la sensatez de esconder a sus mujeres, pero siempre había tentaciones.

—Mil rollos de seda al año —dijo Ogedai—. Suzhou puede producir esa cantidad, ¿verdad?

—Sí, señor. Mucho peso, buen color y buen lustre. Una seda bien teñida, sin manchas o hilos enmarañados.

El administrador asentía con aire abatido mientras hablaba. Pasara lo que pasara, sospechaba que estaba arruinado. Los ejércitos mongoles se marcharían y los soldados del emperador llegarían a preguntarle por qué había cerrado tratos comerciales con un enemigo de su amo. No había nada que deseara más que hallar un lugar apacible en los jardines, escribir su último poema y abrirse una vena.

Ogedai notó que los ojos del hombre se ponían vidriosos y asumió que estaba aterrado. Hizo un gesto con la mano y su guardia avanzó un paso y cogió al administrador por la garganta. La húmeda mirada desapareció, pero Ogedai continuó hablando como si nada hubiera pasado.

—Suéltale. ¿Me escuchas ahora? Tus amos, tu emperador no deben preocuparte. Controlo en norte y, con el tiempo, ellos también comerciarán conmigo.

Le dolía el pecho y caminaba con una copa de vino tinto en la mano, rellena constantemente. Unido al polvo de digital, aliviaba el dolor, aunque sus sentidos se volvían confusos. Apuró la copa y la volvió a tender. El segundo guardia avanzó al instante con un odre de vino medio lleno. Ogedai lanzó una maldición cuando derramó un poco del oscuro líquido en el puño de su manga.

—Enviaré a mis escribas a tu casa a mediodía —dijo. Tenía que hablar despacio y con firmeza para no arrastrar las palabras, pero el hombrecillo no parecía darse cuenta—. Ellos se encargarán de los detalles. Pagaré en buena plata, ¿comprendes? A mediodía... No a medianoche, ni dentro de unos días.

El administrador asintió. A mediodía estaría muerto; no le importaba lo que acordara con aquel hombre extraño y su fea manera de hablar. Solo el hedor de los mongoles le dejaba sin habla. No era únicamente el olor a seda putrefacta y grasa de cordero, sino el penetrante olor de hombres que, viviendo en las zonas más al norte, donde el aire era seco, nunca se habían acostumbrado a lavarse la piel. En el sur, sudaban y hedían. Al administrador no le sorprendía que su khan disfrutara de los jardines. Con los estanques y el arroyo, era uno de los lugares más frescos de Suzhou.

Algo en las maneras de aquel hombre llamó la atención de Ogedai y se detuvo en un puente de piedra sobre un arroyo. Flotando serenamente en la superficie, había nenúfares que hundían sus raíces en el agua negra.

—Llevo años comerciando con señores y mercaderes Chin —dijo Ogedai, sosteniendo su copa sobre el agua y contemplando su reflejo allí abajo. Su alma especular le devolvió la mirada, afín al alma de sombra que seguía sus pasos a la luz del día. Se dio cuenta de que tenía el rostro abotargado, pero acabó la copa de todos modos y volvió a tenderla en un gesto que se había hecho tan natural para él como respirar. El dolor de su pecho menguó de nuevo y se frotó distraídamente un punto en el esternón—. ¿Comprendes? Me mienten y se retrasan y hacen listas, pero no actúan. Se les dan muy bien los retrasos. A mí se me da muy bien conseguir lo que deseo. ¿Debo decirte qué te pasará si mis contratos no están listos hoy mismo?

—Comprendo, amo —contestó el hombre.

Allí estaba otra vez, ese brillo en los ojos que hacía que Ogedai dudara. De algún modo, el hombrecillo había entrado en un estado un paso más allá del miedo. Su mirada se estaba tornando opaca, como si nada le importara. Ogedai también había visto eso antes y empezó a levantar la mano para ordenar que le dieran una bofetada y le espabilaran. El administrador retrocedió con un respingo y Ogedai se rio, derramando más vino. Parte del líquido cayó al estanque y se diluyó en el agua como gotas de sangre.

—No puedes escapar de mí, ni siquiera con la muerte. —Sabía que estaba arrastrando las palabras, pero se sentía bien y su corazón no era más que una presión que golpeaba a lo lejos—. Si te quitas la vida antes de que cerremos los acuerdos,

ordenaré que destruyan Suzhou, que la deshagan piedra por piedra y luego la arrasen con un incendio. Todo lo que no sea agua arderá, administrador, ¿entiendes? ¿Eh? Todo lo que no sea agua arderá.

Vio cómo se apagaba la chispa de resistencia de la mirada de su interlocutor y era sustituida por el fatalismo. Ogedai asintió. Era difícil gobernar un pueblo que podía elegir tranquilamente la muerte como respuesta a la agresión. Era una de las muchas cosas que admiraba de ellos, pero ese día no tenía paciencia para apreciarla. Por experiencia, sabía que tenía que hacer que la elección de morir provocara un dolor tan hondo que su única opción fuera vivir y continuar sirviéndole.

—Corre a hacer tus preparativos, administrador. Disfrutaré un rato más de este jardín.

Se quedó mirando cómo el hombre se alejaba al trote para satisfacer sus deseos. Sus guardias detendrían a los mensajeros que llegaban sin cesar con noticias para él, al menos hasta que estuviera dispuesto a abandonar aquel lugar. La piedra sobre la que apoyaba sus desnudos antebrazos estaba muy fresca. Apuró la copa una vez más, agarrándola con dedos torpes.

Por la tarde, veinte mil guerreros montaron a las afueras de Suzhou con Ogedai y Tolui. La guardia de élite de Ogedai representaba la mitad de sus fuerzas, hombres cuyos nombres conocía, armados de arco y espada. Siete mil miembros de su tumán montaban caballos negros y llevaban una armadura negra con vistas rojas. Muchos de aquellos entrecanos soldados habían servido con Gengis y merecían la reputación de ferocidad que les precedía. Los otros tres mil eran sus guardias de la Noche y el Día, que montaban caballos pintos o de capa parda y llevaban una armadura más común. Baabgai, el luchador, se había unido a ellos, un regalo personal de Khasar a su khan. Con la única excepción del campeón de lucha, todos ellos eran hombres seleccionados por su inteligencia además de por su fuerza. Fue Gengis quien estableció la norma de que un hombre tenía que servir en la guardia del khan antes de poder ponerse al frente incluso de mil hombres en una batalla. Se decía que el menos hábil de ellos podría comandar un minghaan si quisiera. Los príncipes del linaje gobernaban los tumanes, pero los guardias del khan eran los profesionales que les hacían trabajar.

Cada vez que los miraba, la satisfacción inundaba sin falta a Ogedai. El inmenso poder que podía ejercer a través de ellos era embriagador, excitante. El tumán de Khasar estaba en el norte, con líneas de exploradores manteniéndolos en contacto. No sería difícil encontrarle de nuevo y Ogedai se sentía complacido con el trabajo de la mañana.

Además de los guerreros, había traído consigo a las tierras Chin un ejército de escribas y administradores para llevar la cuenta de todo lo que conseguía. El nuevo khan había aprendido de las conquistas de su padre. Para que un pueblo estuviera en

paz, tenía que tener un pie pisándole el cuello. Los impuestos y un montón de leyes menores los mantenían tranquilos, incluso los confortaban de algún modo, aunque a él eso le resultara incomprensible. Ya no bastaba con destruir sus ejércitos y seguir adelante. Tal vez la existencia de Karakorum fuera el acicate, pero Ogedai contaba con hombres en todas y cada una de las ciudades Chin, organizando las cosas en su nombre.

Había acabado con varios odres de vino y airag ese día, más de los que podía recordar. Mientras cabalgaban hacia el norte, Ogedai era consciente de que estaba borracho. Pero no le importaba. Había conseguido sus contratos para comprar seda, sellados por el aterrorizado señor local después de haber sido sacado a rastras de su mansión para presenciar el acuerdo. El emperador Sung o bien los cumpliría o bien le daría a Ogedai una excusa para invadir su territorio.

El roce de la silla de madera seguía dejándole las nalgas en carne viva todos los días y la ropa se le pegaba a los pálidos fluidos que supuraban las llagas de la piel. Ya no podía desvestirse sin sumergirse primero en un baño tibio, pero también eso era una penuria menor. Nunca creyó que viviría tanto tiempo y cada día era un motivo de gozo para él.

Vio las nubes de polvo alzarse ante él tras una breve cabalgada que le había levantado las costras y las había hecho supurar otra vez. Las tierras Sung estaban a quince kilómetros a sus espaldas. Ogedai sabía que no esperarían que llegara desde el sur. Sonrió al imaginarse el pánico que provocaría la aparición de sus tumanes. A lo lejos, Khasar estaba luchando contra el último ejército que los Chin habían conseguido reunir. Frente a unas huestes que les superaban en número, todo cuanto Khasar podía hacer era mantenerse, pero sabía que los tumanes de Ogedai y Tolui estaban de camino. Habría una sangrienta masacre y Ogedai empezó a canturrear para sí pensando en la diversión que le esperaba.

X

La aguda vista de Khasar vislumbró los estandartes de Ogedai Khan. El terreno distaba mucho de ser perfecto, una llanura de hierba con arbolitos y matorrales por todas partes porque durante años no había pastado en ella ningún rebaño. De pie en la silla de montar, se balanceó distraídamente mientras su montura mordisqueaba la hierba.

—Buen chico, este Ogedai —murmuró.

Khasar había tomado posiciones sobre una pequeña colina, fuera del alcance de las flechas, pero suficientemente cerca del enemigo para dirigir los ataques. El ejército del emperador estaba visiblemente maltrecho después de días de rechazar a los jinetes mongoles. Sin embargo, los regimientos Chin eran disciplinados y duros, como Khasar sabía por experiencia propia. Una y otra vez, habían mantenido una sólida línea de piqueros contra sus hombres. El terreno impedía lanzar una carga total con lanzas y tenía que limitarse a ir mermando sus efectivos con oleadas de flechas. A medida que la mañana había ido avanzando, sus arqueros habían matado a docenas de Chin en repetidas acometidas, pero en ningún momento dejaron de desplazarse con paso firme hacia el sur, arrastrando al tumán mongol con ellos. Khasar notó que varias cabezas se giraban con cansancio para mirar a la nueva amenaza y su vista se clavaba en los ondeantes estandartes naranja del khan mongol.

En algún lugar en aquellas relucientes filas Chin, un joven en particular estaría montando en cólera ante la visión de su ejército, pensó Khasar. Cuando era un emperador niño, Xuan se había arrodillado ante Gengis después de que el gran khan le prendiera fuego a su capital. El propio Khasar había logrado atrapar al joven en la ciudad de Kaifeng antes de que le llamaran para regresar al hogar. Saber que el emperador Chin estaba de nuevo ahí, que su vida estaba en sus manos, hacía que Khasar sintiera la cálida sensación de la sangre y la leche en el estómago. Era un final largamente esperado.

Con todo, el emperador estaba muy cerca de llegar al imperio del sur, donde su familia reinaba en espléndido aislamiento. Khasar estaba seguro de que, si Gengis hubiera dispuesto de unos cuantos años más, habría penetrado en aquellas tierras. No sabía nada de los entresijos políticos entre ambas naciones, excepto que, al parecer, los Sung poseían huestes de millones de hombres. Por el momento le bastaba con acabar con el emperador del norte. Le bastaba con cabalgar junto a su tumán. Solo lamentaba que Gengis no hubiera vivido para verlo.

Perdido en nostálgicos recuerdos, Khasar se volvió para dar una orden a Ho Sa y Samuka antes de darse cuenta de que ambos habían muerto, años atrás. Se estremeció ligeramente en el viento. Había habido tantos muertos desde que sus hermanos y él se ocultaran de sus enemigos en una diminuta grieta del terreno, al principio del crudo invierno. De aquellos niños asustados y hambrientos había brotado una nueva fuerza en el mundo, pero solo Kachiun, Temuge y el propio Khasar habían sobrevivido. El

coste había sido alto, aunque sabía que Gengis nunca se había arrepentido.

«El mejor de nosotros», susurró Khasar para sí mientras observaba la constante y segura aproximación de las fuerzas de Ogedai. Había visto bastante. Se volvió a sentar en la silla y emitió un agudo silbido. Dos mensajeros se presentaron ante él al galope. Ambos llevaban los brazos desnudos, ennegrecidos por el polvo, y, para ser rápidos y ligeros, su única vestimenta era una túnica de seda y unas calzas.

—Los minghaans del uno al cuatro deben ejercer presión en su flanco occidental —le dijo Khasar al primero sin preámbulos—. Hay que impedir que el enemigo se desvíe del camino del khan.

El mensajero, su joven rostro encendido por la excitación, se alejó a la carrera a través del campo de batalla. El otro aguardó pacientemente mientras Khasar contemplaba el flujo y reflujo de hombres como un viejo halcón vigilando un campo de trigo. Vio varias liebres procedentes de alguna madriguera cercana corriendo hacia él antes de que sus vasallos, encantados, las atravesaran con sus flechas y desmontaran para recogerlas. Era otro signo de que el terreno era agreste y estaba lleno de obstáculos. Cargar era más peligroso todavía cuando un caballo podía partirse una pata en un agujero y matar a su jinete con el impacto.

El rostro de Khasar se crispó al pensarlo. No sería una victoria fácil de conseguir, no ese día. El ejército Chin superaba en número al suyo en una proporción de más de seis a uno. La llegada de Ogedai y Tolui la reduciría solo a dos a uno. Khasar los había hostigado y mermado sus efectivos mientras avanzaban hacia el sur, pero había sido incapaz de obligar al emperador a detenerse y luchar. Había sido el propio Ogedai quien sugirió dibujar un enorme círculo alrededor de las tropas Chin para regresar desde el sur. Con una angustiosa lentitud habían transcurrido tres días, hasta que había empezado a pensar que el emperador alcanzaría la frontera y se pondría a salvo antes de que Ogedai regresara siquiera.

Khasar se descubrió a sí mismo deseando que fuera Gengis el que llegara desde el sur. Con solo imaginarlo sintió que se le partía el corazón y sacudió la cabeza para despejarla de esas fantasías de viejo. Tenía trabajo que hacer.

—Lleva esta orden a Yusep —le dijo al mensajero—. Debe atacar el ala este y obligarles a dirigirse hacia el khan. Que utilice todas las flechas si es necesario. Que se lleve a los minghaans del cinco al ocho. Yo me quedo con dos mil como reserva. Repite tus órdenes. —Khasar esperó con impaciencia a que el explorador acabara de repetir las y luego lo despidió, viendo cómo se alejaba al galope.

Con la mirada clavada en la llanura abierta, Khasar se preguntó en qué tipo de hombre se habría convertido el emperador Chin. Ya no sería un niño orgulloso, sino un joven en la flor de la vida, pero a quien se le había negado lo que era suyo por derecho de nacimiento. Las tierras que había conocido eran gobernadas por príncipes mongoles. Los vastos ejércitos de su padre habían sido aniquilados. Solo le quedaban aquellos que tenían ante sí. Tal vez ese fuera el motivo por el que luchaban con tanto denuedo, pensó. Eran la última esperanza de su emperador y lo sabían. La cercanía de

la frontera Sung funcionaba como un potente estímulo y seguían siendo fuertes, seguían siendo muchos, semejantes a un enjambre de avispas multicolores.

Khasar retornó con su montura hasta su contingente de reserva, cuyos miembros observaban al enemigo, sentados tranquilamente sobre sus caballos, con los codos apoyados en los pomos de la silla. Cuando Khasar se les unió se enderezaron, sabiendo que su general percibiría hasta el más mínimo detalle.

Frente a ellos, las filas Chin cambiaron su formación para responder a la nueva amenaza, convirtiéndose en un erizo armado de picas y lanzas. Como Khasar había previsto, empezaron a maniobrar para alejarse de la ruta directa hacia el sur. No le habría importado si no fuera porque era allí donde estaba Ogedai. El emperador Chin quería alcanzar la frontera Sung. Si pudiera obligarle a desplazarse por los límites de la frontera sin cruzarla, su ejército finalmente se cansaría y los tumanes mongoles le arrancarían tajos de los flancos. Todavía faltaba un poco para que cayera el sol y la infantería del emperador se debilitaría antes que los jinetes mongoles. La caballería Chin había sido el primer objetivo de Khasar: los había alejado de aquellos a quienes protegían y los había aplastado tras días de sangre y flechas. Los supervivientes se habían situado en el centro, humillados y vencidos.

Cuando Ogedai alcanzara las huestes Chin, estarían atrapadas entre dos enemigos. Khasar tarareó para sí, disfrutando de la perspectiva. Nada socavaba tanto la moral de las tropas como el miedo a ser atacados desde atrás.

Observó cómo sus primeros cuatro mil guerreros cabalgaban lentamente a través de una avalancha de proyectiles, agachados sobre sus sillas de montar y confiando en sus armaduras. Algunos cayeron, pero el resto fue abriéndose paso y acercándose más y más. Los arbolillos les golpeaban como látigos al pasar y Khasar vio que algunos animales tropezaban. Un poni cayó de rodillas cuando el terreno se hundió bajo su peso, pero el jinete, con un violento esfuerzo, consiguió que el animal se alzara y continuara avanzando. Khasar observaba la escena apretando las riendas como ellos, con los nudillos blancos.

A cincuenta pasos, el aire estaba plagado de saetas que pasaban silbando, mientras las filas más próximas de los Chin arrojaban sus lanzas, aunque la mayoría se quedaban cortas o se clavaban en la hierba. Las líneas mongolas se habían deshecho en el difícil terreno, pero sus arcos se tendían como uno solo. Los soldados del emperador retrocedieron instintivamente, a pesar de los bramidos de sus oficiales. Se habían enfrentado a la misma tormenta demasiadas veces y estaban desesperados. Desde una distancia cada vez menor, los arcos mongoles podían atravesar casi cualquier cosa. Los músculos de los hombros de los arqueros de Khasar se hinchaban y retorcían cuando tensaban las cuerdas, sujetándolas con los anillos de hueso que llevaban en los pulgares. Ningún otro arco era tan potente y ningún otro arquero era tan poderoso como los mongoles.

Dispararon otra vez con un fuerte chasquido que llegó hasta la posición desde la que Khasar, vigilante, observaba la contienda. La descarga abrió una enorme brecha

en las líneas enemigas, derribando a varios hombres cuyas picas y ballestas se elevaron como un reguero en las filas Chin. Khasar asintió con gesto firme. Ni él ni Jebe habían obtenido el oro en el festival. Ese honor había correspondido a los arqueros de Tsubodai. Con todo, la dirección de los arqueros era un arte que dominaba.

Los cuerpos caían al suelo con varias saetas clavadas y los gritos viajaban en la brisa hasta Khasar. Esbozó una ancha sonrisa. Habían logrado rasgar la piel del ejército Chin. Estaba deseando dar la orden de sacar las hachas y las lanzas y adentrarse en el corazón de sus filas. Había visto ejércitos hechos pedazos de esa manera, por muchos soldados y tambores y coloridos estandartes que poseyeran.

La disciplina mongola se mantenía firme. Era algo que los guerreros habían aprendido a lo largo de muchas batallas por todo el mundo. Sus hombres disparaban flecha tras flecha, eligiendo como blancos a aquellos que estuvieran intentando huir de la destrucción o esconderse detrás de sus escudos. Las filas más externas de los Chin se enfrentaban a sus espadas y más hombres cayeron a ambos lados antes de que los oficiales minghaan hicieran sonar una nota larga y grave para ordenar la retirada de los exultantes guerreros.

Desde atrás llegaron los vítores disonantes de algunas filas intactas de los Chin, pero en ese momento los hombres de Khasar dieron media vuelta en sus monturas y lanzaron una última flecha, justo cuando los enemigos se habían crecido de nuevo. El clamor se cortó en seco y los minghaans gritaron regocijados mientras efectuaban una conversión y se preparaban para atacar una vez más. El avance del contingente Chin se había ralentizado durante casi un kilómetro y los heridos quedaron atrás, montones humanos que gemían y se retorcían.

—Aquí llegan —murmuró Khasar—. El khan está haciendo su entrada en el campo de batalla.

Distinguió los estandartes de Ogedai en el ejército que cruzaba al trote el abrupto terreno. Las filas Chin se prepararon para enfrentarse a ellos, bajando los escudos y las picas, que podían destripar a un caballo a la carga. Cuando los guerreros mongoles estuvieron a doscientos pasos, sus flechas empezaron a llegar en negras oleadas. El chasquido de miles de arcos disparando era como el crepitar de una furiosa fogata, un sonido que Khasar conocía a la perfección. De repente lo supo: ya eran suyos. El emperador no alcanzaría la seguridad ese día.

Entonces se oyó otro sonido, mucho más potente que el temblor de la cuerda de los arcos que había escuchado desde la infancia. Bramó como un trueno y fue seguido por un sonoro suspiro que recorrió las filas de sus hombres. Khasar miró fijamente la nube de humo que se elevó en el aire cubriendo parte de las líneas donde Ogedai y los Chin se habían encontrado.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Uno de sus vasallos respondió al instante:

—Pólvora, mi señor. Tienen ollas de fuego.

—¿En el campo de batalla? —preguntó Khasar. Maldijo en voz alta. Había visto esas armas utilizadas contra los muros de una ciudad y conocía su efecto. Esos recipientes de hierro llenos de pólvora negra podían arrojar esquirlas de metal candente contra las apretadas filas de sus hombres. Tenían que ser arrojados lo suficientemente lejos para que los propios defensores no quedaran hechos pedazos. No lograba imaginar cómo estaban empleándolos los Chin sin matar a su propio pueblo.

Antes de poder poner en orden sus atónitos pensamientos, se oyó otro gran estruendo. El sonido llegó amortiguado por la distancia, pero vio a varios hombres y caballos salir volando por los aires a causa de la explosión y aterrizar destrozados en la hierba. Entonces percibió el olor, acre y amargo. Algunos de sus hombres tosieron en la brisa. Los Chin vitorearon con más energía y el rostro de Khasar adoptó una expresión feroz.

Todos sus instintos le impulsaban a partir al galope hacia el enemigo antes de que pudieran sacarle partido a la pequeña ventaja que habían obtenido. El avance de Ogedai había perdido su empuje inicial y solo los bordes de los dos ejércitos estaban en contacto, como insectos que pelearan a distancia. Khasar se obligó a sí mismo a controlarse. Aquello no era una razia contra una tribu. Los Chin poseían suficientes efectivos y sangre fría para perder a la mitad de sus hombres solo con tal de acabar con el khan de los mongoles. El padre cielo sabía que el emperador Chin albergaba ese deseo. Khasar notó las miradas de sus hombres posadas sobre él, esperando sus órdenes.

Apretó la mandíbula, rechinando los dientes.

—Quietos. Esperad —ordenó, observando la batalla. Sus dos mil guerreros podían marcar la diferencia entre la victoria y la derrota o simplemente desaparecer en la masa. La elección, la decisión, estaba en sus manos.

Ogedai nunca había oído un estruendo así. Se encontraba cerca de las últimas filas cuando los ejércitos se encontraron. Había gritado la orden de disparar las flechas, mil a la vez, una y otra vez antes de que sus guerreros desenfundaran sus espadas y arremetieran contra los Chin. A su alrededor, todos los hombres se habían lanzado hacia delante, deseosos de mostrar su coraje y hacerse con la aprobación del khan. Para ellos era una rara oportunidad estar a la vista del hombre que gobernaba la nación. Ninguno quería desperdiciarla y se dispusieron a luchar como locos, sin dejar traslucir dolor o debilidad.

Y entonces, cuando avanzaron, una ensordecedora explosión arrojó a varios hombres hacia atrás y dejó un pitido en los oídos de Ogedai. Descubrió que estaba cubierto de tierra mientras intentaba comprender, aturdido, qué había sucedido. Vio a un hombre de pie, sin caballo, con la sangre empapándole el rostro. Un pequeño grupo de guerreros yacían muertos, mientras que muchos otros se retorcían y se

arrancaban fragmentos de metal de la carne. La explosión había ensordecido y atontado a los que estaban más cerca. Mientras las filas seguían avanzando, Ogedai vio a un hombre sin montura interponerse en el camino de un jinete y perecer bajo los cascos del caballo.

Ogedai meneó la cabeza para librarse de ese sonido de aire susurrante, ese vacío. Sentía el corazón latirle en las orejas y una amplia franja de presión le rodeaba la cabeza. Pensó en un hombre que había visto siendo torturado una vez, una imagen fugaz de unas correas de cuero atadas a la cabeza que los torturadores iban apretando con la ayuda de un palo. Era un mecanismo sencillo, pero producía un dolor espantoso mientras el cráneo iba descolocándose hasta romperse. Esa era la sensación que tenía Ogedai en la cabeza, como si la franja fuera apretándose poco a poco.

Otra retumbante explosión pareció hacer que el suelo se levantara bajo sus pies. Los caballos relincharon y retrocedieron con ojos desorbitados mientras los guerreros hacían cuanto podían por controlarlos. Ogedai vio que desde las filas Chin se elevaban en el aire unas motas negras, pero no sabía qué eran ni qué hacer contra ellas. Con un súbito estupor, que redujo su borrachera, se dio cuenta de que podía morir en aquella llanura pedregosa. No era una cuestión de valor, ni siquiera de resistencia, sino de pura suerte. Volvió a sacudir la cabeza para despejarla y sus ojos brillaron. Su cuerpo era débil, al igual que su corazón, pero, por encima de todo, tenía suerte.

Otro estallido atravesó el campo de batalla, seguido por otros dos. Los hombres de Ogedai estaban empezando a vacilar, inmovilizados por la impresión. A su derecha, el tumán de Tolui había llegado más lejos, pero ellos también se habían quedado anonadados por las tremendas explosiones que mataban hombres a ambos lados.

Ogedai desenvainó la espada de su padre con un solo gesto y lanzó un grito desafiante mientras la levantaba en el aire. Sus vasallos vieron su temeridad y les encendió la sangre. Se unieron a él cuando espoleó a su montura, sonriendo de oreja a oreja al loco khan que cargaba contra el enemigo él solo. Todos ellos eran hombres jóvenes. Cabalgaban con el hijo predilecto de Gengis, marcado por el padre cielo, el khan de la nación. Sus vidas no valían tanto como la suya y se desprendían de ellas con tanta despreocupación como harían con unas riendas rotas.

Las explosiones se sucedieron a más velocidad: más bolas negras eran arrojadas chisporroteando al aire para caer entre los pies de los mongoles. Mientras galopaba, Ogedai vio que uno de los guerreros sin montura recogía una del suelo. El khan gritó, pero el hombre ya no era más que un amasijo sanguinolento. De repente, el aire se llenó de moscas silbantes. Hombres y caballos gritaron cuando unas delgadas agujas de hierro se les clavaron por todos lados.

Los vasallos de Ogedai se incorporaron a la refriega, protegiendo a su khan en el centro. Las picas bajadas detuvieron a los caballos, pero más y más de sus hombres habían perdido a sus monturas y mataron a los piqueros con cuchillos y espadas,

abriendo una brecha mientras los caballos empujaban y sudaban detrás de ellos. Ogedai vio otra bola negra desplomarse casi a sus pies y uno de sus hombres se lanzó sobre ella. El sonido quedó amortiguado, aunque un pequeño cráter rojo apareció en la espalda del guerrero y un trozo de hueso saltó por los aires, casi hasta la altura de un hombre. Los que rodeaban a Ogedai se estremecieron, pero al instante se enderezaron, avergonzados de que el khan pudiera haber sido testigo de su miedo.

Ogedai se dio cuenta de que lo que había presenciado era una especie de respuesta ante esas armas. Elevó la voz para que llegara hasta las filas más lejanas.

—Lanzaos sobre ellas cuando aterricen, por vuestro khan —gritó.

La orden fue repetida a lo largo de las líneas mientras la siguiente oleada de misiles atravesaba el cielo. Seis de esas bolas de hierro sobrevolaron a su ejército silbando, todas ellas provistas de mechas muy cortas. Ogedai observó con orgullo como los guerreros se esforzaban por llegar a ellas y sofocar la amenaza para salvar a sus amigos. Se volvió hacia el enemigo y descubrió el terror en las caras de los Chin. En la suya solo había una furia llena de ansias de venganza.

—¡Arcos! —bramó—. Abrid un camino y traed lanzas. ¡Lanzas, aquí!

Tenía lágrimas en los ojos, pero no por aquellos que habían entregado sus vidas. Cada momento de vigilia, cada vez que respiraba, experimentaba un enorme gozo. Sintió el aire frío y amargo en la garganta, cargado del extraño olor de ese ardiente polvo. Inspiró hondo, llenándose con él los pulmones, y, durante un momento, la franja de presión del rostro y las sienes pareció remitir mientras sus hombres abrían un profundo hueco en las filas Chin.

Khasar, observando las maniobras de Ogedai, golpeó su armadura con el puño en un gesto inconsciente de aprobación. Las explosiones habían echado para atrás a los dos tumanes mongoles, que se habían alejado instintivamente de los focos de esos sonidos y estallidos de luz. Khasar había visto a los propios vasallos del khan superar el terror y penetrar violentamente en las líneas Chin. Los estruendos de las explosiones se apagaron de repente y dejó de ver la lluvia de piedras y tierra que volaba por los aires cada vez que estallaba una de las bolas. Era como si tras caer dentro del ejército mongol fueran tragadas por él. Esbozó una enorme sonrisa al pensarlo.

—Creo que el khan se está comiendo esas bolas de hierro —le dijo a sus hombres—. Mirad, todavía tiene hambre. Quiere unas cuantas más para llenarse el estómago. —Ocultó su miedo ante la imprudente carga de Ogedai. Si moría ese día, Chagatai gobernaría la nación y toda su lucha habría sido en vano.

Su experimentado ojo recorrió el campo de batalla mientras trotaba con su montura hacia el sur, manteniendo a sus rivales a tiro. Al menos en eso, el emperador Chin no había flaqueado. Sus hombres avanzaban tan deprisa como podían, marchando con dificultad por encima de los muertos. No era fácil frenar un ejército

así con un contingente que era la mitad que el suyo. Era un problema táctico y Khasar no dejaba de darle vueltas. Si ordenaba una formación en líneas más delgadas que se extendieran como una red, los Chin podrían atravesarlas con una carga con lanzas. Si mantenía el número de hombres por línea, podían ser superados por los flancos en el obstinado empeño del emperador de dirigirse hacia la frontera. Debía ser una agonía para él, se dijo Khasar, estar tan cerca y, sin embargo, tener a un enemigo bullendo a su alrededor.

Sus propios minghaans estaban eliminando soldados a placer en la retaguardia del enemigo, dejando un rastro de cadáveres en la abrupta llanura. Tal era la concentración en la tarea de llegar a la frontera que los Chin no se giraban. Mientras cabalgaba hacia el sur detrás de ellos, Khasar se topó con un soldado colgando de las ramas de un arbusto espinoso. Le echó una ojeada y vio su rostro crispado y sus ojos abiertos en ciega agonía. Khasar sacó su espada y pasó la punta por su garganta. No era compasión. No había matado ese día y estaba deseando participar en la batalla.

La acción le arrebató parte del control sobre sí mismo y gritó una orden a los dos mil guerreros que estaban a su mando.

—Avanzad, conmigo. Aquí no servimos para nada y el khan está en el campo de batalla.

Se puso a medio galope hasta situarse a solo cien pasos por detrás del enemigo, buscando el mejor lugar y oportunidad para atacar. Se estiró cuanto pudo en la silla y observó a lo lejos con la esperanza de ver a los portaestandartes del emperador. Estarían en algún punto próximo al corazón de las nutridas filas, estaba seguro, formando una barrera de hombres, caballos y metal destinada a poner a salvo a un único gobernante desesperado. Khasar limpió su espada con un jirón de tela antes de enfundarla. Sus hombres eligieron sus blancos y dispararon una ráfaga de flechas hacia los soldados Chin con implacable precisión. Le costaba contenerse y su capacidad de autocontrol estaba agotándose.

La carga de Ogedai le había llevado al otro lado de las filas exteriores de piqueros. Los regimientos Chin eran disciplinados, pero, por sí sola, la disciplina no ganaría la batalla. Aunque no se hundían, sus números estaban siendo mermados por el ataque de los jinetes. Sus líneas se rompieron, o retrocedieron o quedaron reducidas a núcleos y grupos de hombres que se esforzaban en evitar ser ensartados por las flechas rivales.

Los cuernos resonaron en las filas Chin y diez mil espadas sacaron sus hojas y cargaron, gritando un desafío. Se abalanzaron hacia un aluvión de flechas, disparadas a corta distancia. Las líneas del frente fueron avasalladas y pisoteadas. Avanzaron como una masa, luego cada una de las filas se dividió en parejas, en tríos y en solitarias docenas, enfrentándose a las espadas de los jinetes. Advirtiendo la masacre que estaba teniendo lugar, los que estaban detrás titubearon al ver que los mongoles

arremetían en una línea. En apenas unos instantes, se pusieron a galope tendido y atacaron con limpieza, imparables. Las líneas Chin retrocedieron aún un poco más.

Tolui vio que su hermano se había adentrado mucho en las formaciones enemigas y que la cuña de vasallos del khan devoraba a sus rivales como si pensarán atravesar a base de golpes hasta el otro lado. Sintió una inmensa admiración ante Ogedai. No había esperado verle volviéndose loco en el campo de batalla, pero nada podía detenerle y a sus vasallos les resultaba difícil mantener su ritmo. Ogedai cabalgaba como si fuera inmortal y, a pesar de que el aire estaba cargado de muerte y humo, nada le tocaba.

Era la primera vez que Tolui veía humo en un campo de batalla. Era un elemento nuevo y sus hombres odiaban ver cómo se desplazaba lentamente hacia ellos. Se estaba acostumbrando a su extraño olor, pero la sucesión de estruendosos estallidos había creado algunos de los momentos más terroríficos que había vivido jamás. No podía quedarse atrás, no con Ogedai avanzando en la masa de enemigos. La frustración de no poder evitar el avance hacia el sur era evidente en todos ellos. La batalla estaba a punto de transformarse en una caótica reyerta, en la que las ventajas mongolas de velocidad y precisión quedarían sacrificadas ante la furia vengativa.

Tolui ordenó a sus oficiales minghaan que protegieran al khan, moviéndose con rapidez para reforzar los flancos de Ogedai y ampliar la cuña que estaba introduciendo en el ejército Chin. Sintió una oleada de orgullo cuando su hijo Mongke pasó la orden a sus mil hombres y estos le siguieron sin vacilar. Gengis había salido a la guerra con sus hijos en escasas ocasiones. Pese al miedo por la seguridad de Mongke, Tolui sonrió lleno de placer al ver la fuerza de su joven hijo. Sorhatani estaría orgullosa cuando se lo contara.

El humo volvió a despejarse y Tolui esperó la siguiente descarga de truenos. Ahora estaba más cerca y el ejército Chin estaba rodeando en espiral a sus hombres para dirigirse al sur, siempre al sur. Cuando un soldado Chin pasó casi por debajo de la cabeza de su caballo en un impulso ciego por seguir la fila de marcha, Tolui los maldijo y lo mató con una breve estocada desde arriba, eligiendo un punto en el cuello donde la armadura no le protegía.

Alzó la vista y descubrió a cientos de Chin más que marchaban a toda velocidad hacia su posición. Llevaban la misma armadura de un soldado común, pero cada uno de ellos portaba un tubo negro de hierro. Vio que el peso dificultaba su avance, pero se aproximaban a él con zancadas llenas de una extraña confianza. Sus oficiales ladraron la orden de cargar y preparar. Tolui supo por instinto que no debía darles tiempo a hacerlo.

Con la voz ya ronca, Tolui bramó sus propias órdenes. Un millar de sus hombres se volvieron para cargar contra la nueva amenaza, dejando que la cuña de Ogedai prosiguiera su avance sin ellos. Siguieron a su general sin titubeos, disparando flechas y asestando tajos con la espada a todo lo que encontraban en su camino.

Los soldados Chin fueron despedazados mientras se apuraban tratando de

preparar las mechas y los tubos de hierro. Algunos fueron aplastados por caballos y otros murieron mientras colocaban una mecha crepitante en sus armas. Muchos de los tubos cayeron al suelo y, como respuesta, los guerreros mongoles tiraron de las riendas de sus monturas, alejándolas, o incluso se arrojaron sobre ellos con los ojos fuertemente cerrados.

No lograron atraparlos a todos. Se oyó un traqueteo de estallidos menos potentes recorriendo las líneas como una ola. Tolui vio a un hombre desaparecer de su lado, arrancado de la silla antes de que pudiera siquiera gritar. Otro caballo se desplomó de rodillas con el pecho ensangrentado. El sonido era espantoso y, a continuación, los envolvió una nube de humo gris que los dejó ciegos. Empezó a dar mandobles a diestro y siniestro hasta que la espada chocó contra algo y Tolui se quedó mirando la empuñadura con incredulidad. Algo cayó sobre él, pero si era un enemigo o uno de sus hombres no lo sabía. Notó que la vida abandonaba a su montura y desmontó tambaleándose antes de que pudiera aplastarle. Sacó un largo cuchillo de la bota y lo sostuvo en el aire mientras avanzaba cojeando a través del humo. A su alrededor resonaron nuevos estallidos: algunos tubos expulsaron su carga de piedras y hierro, mientras que algunos quedaron girando inútilmente en el suelo junto a sus muertos propietarios.

Tolui no sabía cuánto tiempo llevaban luchando. Perdido en la densa humareda, sintió que un miedo insoportable amenazaba con atenuarlo. Se calmó efectuando algunos cálculos, obligando a su mente a trabajar en medio del ruido y del caos. El ejército Chin podría haber alcanzado la frontera cuando se pusiera el sol. Para entonces, se encontraba a solo unos cuantos kilómetros al sur, aunque los soldados habían sufrido y perecido por cada paso que daban. Cuando el humo desapareció, Tolui lanzó una ojeada al sol y vio que estaba más cerca del horizonte, como si se hubiera caído mientras él estaba envuelto en humo. No se lo podía creer. Cogió un caballo sin jinete y sostuvo las riendas mientras buscaba una buena espada por el suelo. Bajo sus pies, la hierba estaba resbaladiza y sangrienta. El hedor a tripas y muerte mezclado con el olor a pólvora quemada le produjo arcadas: era una amarga combinación con la que no quería volver a toparse jamás.

El derramamiento de sangre no había tocado a Xuan, el Hijo del Cielo, aunque sí percibía el olor a pólvora que flotaba en el aire vespertino. A su alrededor, los tumanes mongoles desgarraban y aullaban ante sus nobles soldados, atacándoles con fauces y hierro. El rostro de Xuan permanecía impassible y miraba fijamente al sur por encima de sus cabezas. Podía ver la frontera, pero suponía que los mongoles no se detendrían cuando pasara el simple templo de piedra que marcaba los límites entre ambas naciones. Por casualidad, la trayectoria del ejército Chin había girado hasta regresar al camino principal. El edificio de piedra blanca era una mancha lejana, un oasis de paz hacia el que convergían dos ejércitos en lucha.

Xuan empezó a sudar dentro de su armadura, se avergonzó al encontrarse pensando que podría echar a correr solo con su montura por ese camino. Su caballo era un excelente semental castrado, pero Xuan no era ningún tonto. No podía entrar en las tierras Sung como un mendigo. Su ejército protegía su cuerpo, pero también las últimas riquezas de los reinos Chin, transportadas en miles de sacas y bolsas. Sus esposas e hijos estaban allí también, escondidos por los muros de hierro y hombres leales. No podía abandonarlos a merced del khan mongol.

Con su fortuna, su primo le daría la bienvenida. Con un ejército, tendría el respeto del emperador Sung. Tendría un lugar a la mesa de los nobles mientras planeaban una campaña para recuperar sus tierras ancestrales.

Xuan hizo una mueca al pensar en ello. En la corte Sung no sentían demasiado afecto hacia su linaje. El emperador, Lizong, era un hombre de la generación de su padre que consideraba el territorio Chin como propio, alegando que el hecho de que no fuera aún suyo por derecho era un mero error histórico. Existía la posibilidad de que Xuan estuviera metiendo la mano en un nido de ratas al ponerse en manos de los Sung. Pero no tenía elección. Esos cabreros mongoles paseaban por sus tierras como si fueran suyas, entrando a espiar en todos los almacenes, calculando la riqueza de todos los pueblos para exigir el pago de unos impuestos que nunca sabrían cómo gastar. Experimentar una vergüenza así tendría que haberle resultado intolerable, pero Xuan nunca había conocido la paz. Se había acostumbrado a la humillación de perder su reino pedazo a pedazo frente a ese ejército de langostas y ver cómo ardía la capital de su padre. Confiaba en que su primo Sung no subestimara la amenaza mongola. Sin embargo, ya habían salido de conquista en el pasado, líderes tribales que reunían un ejército y luego morían. Sus imperios siempre se desmoronaban, hundidos por la arrogancia y la debilidad de hombres inferiores. Xuan sabía que el emperador Lizong estaría tentado de hacer caso omiso de ellos y simplemente esperar un siglo o dos. Se limpió el sudor de los ojos, parpadeando al sentir el picor de la sal. El tiempo curaba tantos males en el mundo... Pero no esas malditas tribus. Los mongoles habían perdido a su mayor conquistador en la cumbre de su poder y, sencillamente, habían seguido adelante, como si un solo hombre no importara. Xuan no sabía si eso los hacía más civilizados, o los convertía en una manada de lobos, en la que otro macho pasaba sin más a ser el nuevo líder.

Apretó el puño, encantado al oír la oleada de estallidos de sus artilleros. Contaban con muy pocas, pero eran armas fantásticas, temibles. También eso era algo que les entregaría a los Sung: el conocimiento vital del enemigo además de una forma de destruirlo. Un lobo nunca se levantaría contra un hombre que llevara un hierro de marcar. Xuan sabía que ese hierro podían ser los proyectiles de pólvora, si tenía el tiempo y el espacio necesarios para planificar el ataque.

El grito de sus oficiales le sacó bruscamente de sus ensoñaciones: señalaban al sur y el emperador se protegió los ojos del sol con la mano para mirar a lo lejos.

Un ejército se aproximaba a la frontera, a sólo unos tres kilómetros de distancia.

Distinguió las enormes y veloces formaciones en cuadrado derramándose por las colinas. Como avispas, los regimientos Sung estaban reaccionando ante la amenaza, se dijo. O bien estaban respondiendo a la arrogancia de un khan que había osado penetrar en sus tierras. Mientras Xuan observaba, concentrado, comprendió que no se trataba de una fuerza menor, de un gobernador regional. El propio emperador no abandonaría su capital por el sucio negocio de la guerra. Tenía que ser uno de sus hijos, quizá incluso su heredero. Ningún otro podía comandar a tantos. Los cuadrados cubrían el terreno como el dibujo de una tela, cada uno de ellos con al menos cinco mil hombres descansados, bien entrenados y equipados. Xuan trató de contarlos, pero era imposible por el polvo y la distancia. A su alrededor, los hombres mostraron su júbilo, pero él entrecerró los ojos, pensativo, contemplando las fuerzas mongolas que los rodeaban, todavía rugiendo y pisándoles los talones.

Si su primo cerraba la frontera, no sobreviviría. Con gesto irritado, Xuan se rascó un hilo de sudor que le caía por la cara, dejando la marca roja de sus uñas. No se quedarían allí parados mirando cómo le mataban, ¿verdad? No lo sabía. No podía saberlo. La tensión hizo que la bilis le subiera a la garganta desde el estómago mientras su caballo le iba acercando más y más, el calmado ojo de la girante tormenta.

Tras tomar una honda bocanada de aire, Xuan convocó a sus generales y empezó a repartir órdenes. Las instrucciones fueron pasando de hombre a hombre y los bordes de su ejército se reforzaron. Hombres con pesados escudos corrieron a adoptar posiciones, levantando una poderosa defensa que contendría a los mongoles el tiempo suficiente para alcanzar la frontera. Era un plan desesperado, concebido solo para sobrevivir, pero en aquel momento, puede que también sirviera para mantener el mayor número de soldados posible con vida. Llevaba días aplicando una estrategia defensiva en la batalla. Si la frontera estaba cerrada, estaría acorralado y tendría que dar media vuelta y atacar de frente al khan. Todavía contaba con efectivos suficientes y sus hombres estaban deseando devolver los golpes recibidos.

La idea era embriagadora y Xuan se preguntó si debería atacar aun cuando el ejército de la frontera se abriera para dejarle pasar. Todo cuanto deseaba era estar a salvo y conservar un contingente suficiente de hombres para ser una voz poderosa en los consejos que se convocarían a continuación. Pero el khan mongol seguía estando en inferioridad numérica. Ese mugriento pastor mongol se habría quedado pasmado y turbado al ver aparecer tantos y tan impecables regimientos.

Las primeras filas Sung habían alcanzado la frontera y se detuvieron, formando perfectas líneas de colorida armadura entre las que ondeaban los estandartes Sung. Mientras Xuan los contemplaba, vislumbró una bocanada de humo en la primera línea y oyó un estallido: una bola de hierro surcó los aires por encima de la hierba. No hirió a nadie, pero el mensaje no era para él. El príncipe Sung había traído cañones al campo de batalla, unos enormes tubos sobre ruedas que podían borrar una hilera de caballos y jinetes con un solo disparo. A ver cómo digería el khan ese

pequeño detalle.

El ejército de Xuan continuó marchando y, mientras se aproximaban a las oscuras líneas Sung, su corazón palpitaba como el de un pájaro.

XI

Khasar apenas podía creer el tamaño del ejército que se había desplazado a toda velocidad hasta la frontera Sung, extendiéndose por el terreno. La nación meridional no había tenido su batalla de la Boca del Tejón, como la del norte. Su emperador no había enviado ejércitos para ver cómo eran destrozados, destruidos, aplastados. Sus soldados nunca habían huido aterrorizados de los jinetes mongoles. Khasar los odiaba por su esplendor y volvió a desear que Gengis estuviera allí, aunque solo fuera para ver a su hermano enfurecerse ante esa visión.

Las líneas Sung se extendían a lo largo de kilómetros y kilómetros, haciendo que los cuadrados de sus primos Chin parecieran diminutos a su lado. Khasar notó que el ritmo de avance hacia la frontera había disminuido. Se preguntó si el emperador Chin sabía si le permitirían escapar o sería rechazado. Ese pensamiento le llenó de una cierta esperanza, el único consuelo que tenía Khasar para contrarrestar su rabia y su indignación. ¡Había ganado la batalla! Los regimientos Chin se habían esforzado en mantenerle alejado durante días, pero ni en una sola ocasión habían emprendido una maniobra contra los mongoles. Solo habían atacado cuando sus hombres penetraron en sus filas. Su tumán había empapado la tierra con su sangre, había soportado explosiones y tormentas de metal candente. Sus hombres habían sufrido quemaduras y golpes, tajos y mutilaciones. Se habían ganado la victoria y ahora se la iban a arrebatar.

Su reserva de dos mil seguía plena de fuerza. Khasar envió una señal con las banderas a los jinetes de los camellos para que mantuvieran el ritmo. Los muchachos que montaban esas bestias llevaban tambores de guerra sujetos con correas a ambos costados. A lo largo de las líneas, empezaron a tocar sus naccara, golpeando a izquierda y a derecha con ambas manos. Los caballos protegidos con corazas se pusieron en marcha ante la señal y los guerreros bajaron lentamente sus pesadas lanzas, balanceándolas en una despreocupada exhibición de fuerza y habilidad. El muro de jinetes se unió a los tambores con un rugiente alarido que brotó de sus gargantas aterrorizando a sus enemigos.

Los dos mil de Khasar alcanzaron la velocidad máxima a solo veinte pasos de los sobrecogidos Chin. El general tuvo tiempo para ver cómo algunos de ellos clavaban sus largos escudos en la tierra, pero solo un sólido muro de escudos podría haber detenido una carga así. Un grupo de buenos oficiales los habría parado, escudos y piqueros mezclados en una barrera irrompible. Los hombres del emperador tenían que marchar, despavoridos.

Los ponis mongoles llevaban una ligera malla cubriendo sus cabezas y pechos. Los propios guerreros vestían armaduras con capas de escamas y cascos, y portaban lanzas y espadas, además de alforjas llenas de provisiones. Se abalanzaron contra las líneas Chin como una montaña en movimiento.

Khasar vio cómo se desplomaban las filas más próximas y los hombres eran

destrozados por las lanzas y los cascos de los caballos. Algunos animales rehusaron y empezaron a relinchar, nerviosos y con los ojos desorbitados, mientras sus jinetes tiraban de las riendas hiriéndoles los belfos y gritaban encolerizados mientras los hacían girar de nuevo. Otros se sumergían de lleno entre los Chin, rompiendo sus lanzas en el ímpetu del ataque. Tiraron a un lado las empuñaduras rotas y siguieron atacando con sus espadas, utilizando músculos entrenados por veinte años de tiro con arco para repartir tajos a diestro y siniestro incansablemente, golpeando sin cesar los demudados rostros Chin.

Cálidas gotas de sangre salpicaron a Khasar cuando mataron a su caballo y dio un salto para no ser arrastrado con él. Notó el sabor de la sangre de otro en los labios y escupió asqueado, ignorando el brazo extendido de uno de sus vasallos que intentaba agarrarle y subirle a su silla. La furia que sentía al ver que el emperador iba a escaparse ofuscó su juicio. A pie, se dirigió con arrogancia hacia los soldados enemigos, manteniendo la espada baja hasta que atacaron. Sus contraataques fueron violentos y precisos, y cuando avanzó con amplias zancadas junto a sus hombres, los Chin prefirieron retroceder.

Percibía las sombrías miradas de los soldados del emperador observándole en silencio mientras se alejaban de él. Khasar lanzó un gruñido al notar que había atascado su espada en un escudo. La dejó allí y golpeó a un soldado de revés antes de derribar a otro. Solo entonces subió a un caballo detrás de un guerrero, para ver qué estaba sucediendo.

A lo lejos, las filas del frente del ejército Chin habían alcanzado las líneas Sung.

—Encontradme un caballo —gritó Khasar a la oreja de un vasallo.

El hombre dio media vuelta y se alejó del hueco que ellos mismos habían abierto. Se cerró tras él: los abollados escudos se levantaron de nuevo.

Khasar buscó a Ogedai y su sangre se fue enfriando mientras consideraba la amenaza. Hasta un niño habría visto que la posición era desesperada. Ante un ejército como aquel, todo cuanto los tumanes podían hacer era desaparecer. Si los regimientos Sung atacaban, obligarían a los mongoles a huir, alejándose de la frontera. La única opción era una retirada digna o echar a correr como si los persiguieran los lobos. Khasar rechinó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. No había modo de evitarlo.

Con la espalda muy recta, Xuan avanzó al trote hacia las líneas Sung, flanqueado por tres generales de ornadas armaduras y capas. Estaban cansados y cubiertos de polvo, pero Xuan cabalgaba como si no hubiera ninguna posibilidad de que los rechazaran. Sabía que tenía que ser el primero en llegar. Por supuesto, los Sung negarían el paso a su reino a los soldados rasos. Solo Xuan podría crear las normas respecto a él, como emperador reinante. Era el Hijo del Cielo. Era un título sin nación, un emperador sin ciudades, pero él mantenía la dignidad mientras alcanzaba la primera línea de

soldados.

No se movieron y Xuan bajó una mano para sacudirse una mota de polvo del otro guante. No dejó traslucir incomodidad alguna mientras miraba fijamente las cabezas del ejército Sung. A sus espaldas, podía oír a los mongoles despedazando a sus hombres, pero no se movió ni su gesto reveló que fuera consciente de ello. Era posible que su primo Lizong permitiera que su ejército fuera destruido mientras todos esperaban. A Xuan le hirvió la sangre al pensarlo, pero no había nada que pudiera hacer. Se había presentado como un suplicante en las tierras Sung. Si el emperador decidía arrebatarse la fuerza de ese modo, Xuan sabía que no podía reaccionar. Era un golpe muy osado y casi podía aplaudirlo. Permitir que el maltrecho emperador Chin entrara, pero antes hacer que viera a su ejército reducido a unos pocos hombres. Que entrara de rodillas, mendigando el favor del emperador Sung.

Todas las opciones de Xuan, todos sus planes y estratagemas, habían quedado reducidas a un único curso de acción. Había avanzado con su caballo hasta las líneas Sung. Si se abrían para dejarle entrar, estaría a salvo con los muchos o pocos hombres que quedaran vivos de su ejército. Xuan intentó no imaginar lo que podría suceder si sus malintencionados primos habían decidido eliminarle del equilibrio de poder. No era impensable en ellos que le hubieran llevado deliberadamente hasta aquella posición, para que esperara, esperara, esperara. Podía mantener a su caballo delante de ellos hasta que los mongoles hubieran acabado de aniquilar a su ejército y vinieran a por él. Era posible que Lizong no levantara una mano para salvarle ni siquiera entonces.

El rostro de Xuan se mostraba absolutamente desprovisto de emociones mientras estudiaba a los soldados Sung. Sucediera lo que sucediera era su destino y no debía negarlo. Algún recoveco escondido en su interior estaba gritando de ira, pero nada en su exterior lo revelaba. Con tanta despreocupación como pudo, se volvió a uno de sus generales y le preguntó por el cañón que habían empleado los Sung.

El general sudaba visiblemente, pero respondió como si se encontraran en una inspección militar.

—Es una pieza de campo, majestad imperial, similar a los que nosotros hemos usado en las murallas de las ciudades. Se vierte bronce en un molde que luego se lima y se pule. La pólvora negra arde con gran intensidad, haciendo que la bola salga disparada y siembre el terror entre los enemigos.

Xuan asintió como si la idea le fascinara. Por los espíritus de sus antepasados, *¿cuánto tiempo más tenía que seguir esperando?*

—Un cañón tan largo será muy pesado —dijo con fría formalidad—. Debe ser difícil hacer que avance por terrenos abruptos.

El general asintió, complacido de que su amo hubiera entablado conversación con él, aunque sabía tan bien como los demás cuánto estaba en juego.

—Está colocado sobre un carro de madera, majestad imperial. Tiene ruedas, pero sí, son necesarios muchos hombres y bueyes para arrastrarlo hasta su posición. Y

hacen falta más hombres para transportar las bolas de piedra, los sacos de pólvora, los escobillones y las mechas. Tal vez tengas la oportunidad de inspeccionar uno más de cerca cuando entremos en territorio Sung.

Xuan miró al general con gesto reprobatorio por su falta de sutileza.

—Tal vez, general. Háblame ahora de los regimientos Sung. No conozco todos esos estandartes.

El soldado, un experto en ese campo como Xuan sabía, empezó a recitar los nombres y sus historias. Ladeó la cabeza para escuchar la monótona letanía, pero ni un solo momento dejó de observar las líneas Sung. El Hijo del Cielo alzó la vista cuando un oficial con un magnífico semental apareció junto a la línea de la frontera. Trató de ocultar las palpitations de su corazón.

Era difícil permitir que su general concluyera el recitado de nombres, pero Xuan se obligó a escuchar, haciendo que el oficial Sung esperara por ellos. Su valioso ejército estaba siendo descuartizado mientras asentía ante cada tedioso detalle, pero la expresión de Xuan era de calma e interés.

Por fin, su general tuvo la sensatez de parar y Xuan le dio las gracias por sus explicaciones, fingiendo que veía al oficial Sung por primera vez. El hombre desmontó en cuanto sus ojos se encontraron. Se adelantó y se postró en el polvoriento terreno antes de tocar con la frente el estribo del general. Mientras hablaba no miró a Xuan.

—Traigo un mensaje para el Hijo del Cielo.

—Dame a mí tu mensaje, soldado. Yo se lo transmitiré —contestó el general.

El mensajero se volvió a tirar al suelo y luego se levantó.

—Su majestad imperial os da la bienvenida en sus tierras, Hijo del Cielo, y os desea una vida de más de diez mil años.

Xuan no podía rebajarse a responder a un simple soldado. El mensaje debería haber sido entregado por alguien de rango noble y se preguntó cómo entender ese sutil insulto. Apenas escuchó a su general mientras cumplía con las formalidades. Xuan no se volvió hacia atrás al avanzar con su montura. Bajo la armadura, el sudor resbalaba por su espalda y sus axilas. Sabía que la túnica que llevaba debajo estaría empapada.

Las líneas Sung se fueron retirando a su paso, una onda expansiva que se propagó casi un kilómetro entre sus filas. De esa forma lo que quedaba del ejército Chin podría avanzar entre los soldados Sung y la frontera seguiría estando defendida contra su mutuo enemigo. Xuan y sus generales atravesaron esa línea invisible sin mostrar ninguna emoción a los que los observaban. Las filas Chin comenzaron a seguirlos, como una ampolla que es reabsorbida por la piel.

Ogedai contemplaba la escena encolerizado e incrédulo. Vio que unos pabellones se alzaban entre las filas Sung, amplios cuadrados de seda color melocotón. Los

estandartes flotaban en la brisa, identificando los regimientos de arqueros, piqueros o lanceros. Fue la visión de la caballería Sung, frescos y descansados, lo que apagó su furia guerrera. Los regimientos de jinetes formaban mirando hacia la irregular llanura y su rastro de cadáveres. ¿Resistirían los Sung una carga repentina, lanzada en cuanto el emperador Chin estuviera a salvo? Solo el sol poniente los detendría y quizá ni siquiera eso. Los ponis mongoles habían cabalgado durante días. Estaban tan cansados como los propios jinetes y, por una vez, el propio khan estaba en el campo de batalla y se enfrentaba a un ejército muchas veces superior al suyo numéricamente, con todas las ventajas perdidas. Ogedai meneó la cabeza. Había visto la nube de humo que revelaba la presencia de artillería pesada. Era algo sobre lo que meditaría otro día, pero no conseguía discurrir un modo de llevar ese tipo de armas al campo de batalla. Eran demasiado lentas, demasiado pesadas para un ejército cuya principal fortaleza había sido siempre su velocidad y capacidad de maniobra. A lo lejos, vio un pequeño grupo de caballos atravesar las líneas Sung. Unos diez mil marchaban todavía detrás de ellos, pero el emperador Chin había atravesado la red.

Ogedai sintió que una ola de fatiga sustituía la estimulante energía de la lucha. Le costaba creer que hubiera peleado sin miedo. Se había enfrentado a sus enemigos y había sobrevivido indemne. Durante un instante, un latido de su corazón, se llenó de orgullo.

Y, sin embargo, había fracasado. La presión en torno a su cabeza regresó, intensificándose. Imaginó que veía burla en los rostros preocupados de su derredor. Casi podía oír los susurros de sus guerreros. Gengis no habría fallado. De algún modo, su padre hubiera extraído una victoria del desastre.

Ogedai repartió nuevas órdenes y los tres tumanes se retiraron de las filas Chin. Era la orden que los hombres habían estado esperando y los minghaans formaron cuadrados de caballos con presteza y fluidez, de frente a la frontera Sung.

El súbito silencio era como un peso sobre él y Ogedai avanzó lentamente a lo largo de sus propias filas, con el rostro enrojecido y sudoroso. Si los generales Sung deseaban acabar con él con suficiente ansia, ni siquiera esperarían a que el resto de los Chin cruzara la frontera. La mitad del ejército Sung podía lanzar un ataque en ese mismo momento. Ogedai tragó saliva y se pasó la lengua por la boca, que estaba tan seca que pensó que se iba a ahogar. Hizo un gesto a un mensajero y este le trajo un odre de vino tinto. Se humedeció los labios con él y dio un buen trago, chupando con avidez la teta de cuero. Su dolor de cabeza no dejaba de aumentar y se dio cuenta de que se le estaba nublando la vista. Al principio pensó que no era más que sudor cayéndole en los ojos, pero no consiguió que la niebla desapareciera por mucho que se los frotó.

Los tumanes mongoles se pusieron en formación, pero cientos seguían tratando de recobrar el aliento o vendando heridas. Ogedai vio a Tolui, que se dirigía hacia él cruzando el abrupto terreno al trote sobre una yegua. Ambos hermanos intercambiaron una breve mirada de resignación y Tolui giró su montura para

observar cómo el emperador Chin escapaba de ellos una vez más.

—Ese hombre tiene mucha suerte —dijo Tolui con calma—. Pero tenemos su tierra y sus ciudades. Le hemos arrebatado sus ejércitos y solo le queda esa morralla desordenada.

—Basta —espetó Ogedai, frotándose las sienes—. No tienes por qué suavizar el fracaso. Ahora debo entrar con un ejército en las tierras Sung. Han brindado refugio a mis enemigos y saben que debo reaccionar. —Hizo una mueca y volvió a darle un trago al odre de vino—. Habrá otros días para vengar a los muertos. Haz que los hombres formen para regresar al norte, que se muevan con rapidez pero sin que sea evidente, ¿entiendes?

Tolui sonrió. A ningún comandante le gustaba que le vieran batiéndose en retirada, pero los hombres lo comprenderían mucho mejor de lo que Ogedai pensaba. Podían ver el muro de soldados Sung tan bien como cualquiera. Ninguno de los guerreros mongoles estaba clamando por ser el primero en lanzarse contra esa sólida frontera.

Cuando Tolui dio media vuelta, un único estallido resonó en la distancia. Se volvió con un respingo y vio la bocanada de humo elevándose de la hilera de cañones Sung. Solo uno había disparado y ambos hermanos vieron un objeto surcar el aire para luego caer y rebotar en la hierba.

Se detuvo a unos trescientos pasos del khan y su hermano. Durante un momento, nadie se movió, luego Tolui se encogió de hombros y cabalgó hacia allí. Se mantuvo muy erguido mientras avanzaba, sabiendo que había más hombres observándole que en el festival de Karakorum.

Para cuando regresó hasta Ogedai con un bulto de tela, Khasar había atravesado los tumanes al galope para ver qué estaba sucediendo. Saludó a sus sobrinos con una inclinación de cabeza y alargó la mano hacia el fardo. Tolui negó de manera casi imperceptible antes de tenderse a Ogedai.

El khan se quedó mirándolo mientras parpadeaba, viendo doble. Tolui aguardó una orden, pero al no recibir ninguna, cortó él mismo la cuerda que rodeaba la bolsa y resopló con asco mientras sacaba por el pelo una sucia cabeza, con los ojos en blanco.

Tanto Khasar como Tolui se quedaron mirándola, desconcertados, mientras la cabeza oscilaba y empezaba a girar muy despacio. Ogedai entornó los ojos, frunciendo el ceño al reconocer al administrador que había conocido en su visita matutina. ¿Había sucedido todo ese mismo día? Parecía imposible. Entonces no había habido ningún ejército en las tierras Sung, aunque seguramente debían estar en camino casi pisándole los talones. El mensaje era tan claro como las silenciosas filas de soldados que mantenían la formación, sin moverse ni un milímetro de la frontera. No debía entrar en tierras Sung, fuera cual fuera su propósito.

Ogedai abrió la boca para hablar y un dolor repentino estalló en su cabeza, un dolor peor que nada que hubiera conocido nunca.

Emitió un sonido sordo con la garganta, impotente. Tolui percibió su angustia y

arrojó al suelo el sangriento objeto, acercándose con su caballo y tomando a su hermano del brazo.

—¿Te sientes mal? —musitó Tolui.

Su hermano se balanceó en la silla y Tolui temió que se desplomara delante de los tumanes. El khan nunca se recuperaría de ese mal augurio, no a la vista del enemigo. Tolui pegó su montura a la de su hermano y mantuvo la mano sobre el hombro de Ogedai para sujetarle. Khasar se unió por el otro lado, moviéndose con torpeza debido a la preocupación. Paso a paso, obligaron a su poni a penetrar en las líneas mongolas y desmontaron en cuanto estuvieron rodeados de sus propios guerreros, cuya mirada no se despegaba del pequeño grupo.

Ogedai había conseguido aguantar y sus manos se aferraban al pomo de la silla como si le fuera la vida en ello. De algún modo, su rostro estaba desfigurado y su ojo izquierdo no dejaba de llorar, mientras que el otro, muy abierto y claro, revelaba su agonía. Pero no se soltó hasta que Tolui empezó a tirar de sus dedos uno a uno.

Entonces se desplomó y resbaló en brazos de su hermano, con el cuerpo tan lacio como el de un niño dormido.

Horrorizado, Tolui miraba fijamente el pálido rostro de su hermano. De pronto, alzó la vista hacia Khasar, viendo en su expresión el reflejo de su propio terror.

—Tengo un buen chamán en el campamento —dijo Tolui—. Envía también al tuyo, junto con cualquier sanador Chin o musulmán, los mejores que conozcas.

Por una vez, Khasar no discutió. Su mirada volvía una y otra vez a su sobrino, que estaba consciente pero seguía totalmente desvalido. Era un destino que hizo estremecer a Khasar.

—Muy bien, general —respondió—. Pero debemos alejar a nuestro ejército del suyo antes de que decidan poner a prueba nuestra fuerza.

—Ponte al mando de los tumanes, tío. Yo me llevaré a mi hermano.

Tolui hizo un gesto y Khasar le ayudó a izar a Ogedai a lomos del poni de Tolui, que bufó al notar el doble peso. Tolui agarró a su hermano por el pecho para sostenerlo. Las piernas de Ogedai colgaban sin fuerza y su cabeza empezó a oscilar cuando Tolui puso el caballo al trote.

Cuando cayó el sol, los guerreros del khan todavía seguían avanzando lentamente a través de la llanura hacia su campamento, a más de ciento cincuenta kilómetros al norte. A sus espaldas, los soldados Sung encendieron antorchas a todo lo largo de sus líneas creando un falso horizonte que, mientras se retiraban, siguió siendo visible durante muchos kilómetros.

Chagatai frenó en lo alto de la colina y alargó la mano para darle una palmadita a su yegua y frotarle las orejas. Detrás de él, dos tumanes se detuvieron y sus hijos y esposas esperaron con paciencia junto a ellos. Había elegido aquel lugar elevado deliberadamente para disfrutar de una vista del khanato que Gengis había conquistado

y Ogedai le había cedido. Desde allí, podía divisar muchos kilómetros a la redonda y se quedó sin aliento ante la vastedad de las tierras que ahora poseía. Esa era la única riqueza auténtica.

Muchos años habían pasado desde que los ejércitos de Gengis habían irrumpido en la región. Las marcas de su violento paso tardarían varias generaciones en desaparecer. Sonrió al pensarlo. Su padre había sido un hombre concienzudo. Algunas de las ciudades seguirían en ruinas para siempre, atravesadas por nubes de polvo y habitadas únicamente por fantasmas. Sin embargo, el regalo de Ogedai no era falso. Los ciudadanos de Samarcanda y Bujará habían reconstruido sus muros y mercados. De todos los pueblos, ellos mejor que ningún otro sabían que la sombra del khan era larga y su venganza implacable. Bajo esa ala protectora, habían crecido y apostado por la paz.

Chagatai miró hacia el sol poniente entornando los ojos y vio unas líneas negras en la distancia, caravanas de carros, bueyes y camellos que se extendían al este y al oeste. Se dirigían a Samarcanda, una mancha blanca en el horizonte. A Chagatai le importaban muy poco los comerciantes, pero sabía que los caminos mantenían vivas las ciudades, las fortalecían. Ogedai le había dado un territorio con buenas tierras, ríos y excelentes rebaños. La imagen que se extendía ante él bastaba para hacer que se preguntara acerca de su propia ambición. ¿No era suficiente gobernar una tierra así, con agua y buena hierba? Sonrió. Para el hijo y heredero de Gengis no, no era suficiente.

Un viento caliente sopló a través de la colina cuando el sol empezó a ocultarse y Chagatai cerró los ojos y se volvió hacia él, disfrutando de la brisa que agitaba su largo y oscuro cabello. Construiría un palacio junto al río. Cazaría con flechas y halcones por las colinas. Crearía un hogar en sus nuevas tierras, pero no dormiría o soñaría. Tenía espías e informantes junto a Ogedai, Tsubodai, todos los hombres con poder de la nación. Llegaría un tiempo en el que dejaría a un lado el khanato de leche y miel y volvería a buscar lo que le habían prometido. Ser khan estaba en su sangre, pero ya no era un necio joven. Con un dominio así, podía esperar su momento.

Pensó en las mujeres que ese tipo de ciudades producía, de carne suave y fragante. La vida en las llanuras no eliminaba su belleza y juventud. Quizá ese era el sentido de las ciudades, mantener a las mujeres suaves y gordas en vez de nervudas y duras. Era una razón suficientemente buena para que existieran. Mientras se preparaba para avanzar, se rio al pensar en un lobo entrando en el redil. No les llevaría el fuego la destrucción. El pastor no asustaba a sus propios corderitos.

XII

La ger desprendía un olor desagradable y el aire era denso. Tolui y Khasar estaban sentados en unas camas bajas situadas en una esquina, observando incómodos cómo el chamán de Ogedai manipulaba los miembros del khan. Mohrol era un hombre de constitución fuerte, bajo y corpulento, con un poblado mechón de barba gris en la punta de la barbilla. Khasar había intentado no quedarse mirando su mano derecha, que le había marcado desde el nacimiento como alguien que nunca cazaría o pescaría: un sexto dedo, oscuro y retorcido contra los otros, había convertido a Mohrol en un chamán.

El estatus de su oficio había sufrido mucho desde que uno cuyo nombre ya nunca se pronunciaba traicionara a Gengis años atrás. Aun así, Mohrol había consultado solo de manera breve con unos sanadores vestidos con túnica y otros chamanes antes de despedirlos. El propio chamán del khan todavía poseía un cierto poder de mando, al menos entre los de su propio gremio.

Mohrol parecía ajeno a los dos hombres que le observaban. Enderezó y dobló uno a uno todos los miembros de Ogedai, dejando que cayeran sin fuerza mientras le masajeara las articulaciones con los pulgares y murmuraba para sí. Se preocupó especialmente de la cabeza y el cuello. Mientras los generales esperaban, Mohrol se sentó en la cama con las piernas cruzadas y tiró de los hombros y la cabeza de Ogedai hacia su regazo, colocándola boca arriba sobre él, con los ojos abiertos y ciegos. Con sus delgados dedos el chamán fue comprobando y presionando los huesos de su cráneo, entrelazando las manos en torno a la coronilla de Ogedai con la mirada perdida en el vacío. Mientras Mohrol asentía y chasqueaba la lengua para sí en señal de desaprobación, Khasar y Tolui le miraban sin entender nada.

El cuerpo del khan estaba resbaladizo de sudor. Ogedai no había dicho ni una palabra desde el ataque sufrido en la frontera Sung dos días atrás. No tenía ninguna herida, pero su aliento olía tan dulce como una fruta podrida y ese olor llenaba la tienda, provocándole náuseas a Khasar. Los curanderos Chin habían encendido palos de incienso relajante, diciendo que el humo le ayudaría a curarse. Mohrol había permitido ese tipo de cosas, aunque apenas ocultaba su desdén.

El chamán llevaba ya un día entero trabajando con Ogedai, sumergiendo su cuerpo en agua helada para luego aporrearlo con un trapo basto para que la sangre despertara bajo la superficie. Los ojos del khan lo miraban todo con fijeza y a veces se movían, pero no se despertó. Cuando le ponían de costado, dejaba caer largos hilos de baba, con los labios flácidos.

Abatido, Khasar se dio cuenta de que Ogedai no sobreviviría si se quedaba en ese estado. Podían introducir agua, incluso sangre y leche caliente en su estómago con un fino tubo de bambú, aunque se atragantaba y sangraba por la boca al hacerle cortes en la garganta. Atendido como un bebé indefenso, podía ser mantenido con vida casi indefinidamente. No obstante, la nación no tenía khan y había otras cosas que podían

matar a un hombre.

Khasar había denegado todos los permisos para abandonar el campamento. Cuando llegaban los mensajeros, se les despojaba del caballo y se les ponía bajo custodia. Durante un breve periodo de tiempo, era posible contener las noticias. Chagatai todavía no estaría preparando sus fuerzas para regresar triunfante a Karakorum. Con todo, había hombres ambiciosos en los tumanes que sabían perfectamente cómo serían recibidos si llevaban ese tipo de noticias. Chagatai los recompensaría con oro, ascensos y caballos, lo que quisieran. Antes o después, uno o más hombres sentirían la tentación de escabullirse durante la noche. Si nada cambiaba antes de ese momento, incluso si Ogedai todavía vivía, estaba acabado. El rostro de Khasar se crispó al pensarlo, preguntándose cuánto tiempo tendría que permanecer en la ger del khan. No hacía nada sentado ahí, moviéndose sin parar como un viejo con almorranas.

El rostro de Ogedai estaba todavía más hinchado que antes, como si se le estuvieran acumulando fluidos bajo la piel. No obstante, tenía la piel caliente: su cuerpo estaba quemando sus reservas. El tiempo pasaba muy despacio en la ger mientras en el exterior el sol ascendía y pasaba el mediodía. Tolui y Khasar observaron cómo Mohrol tomaba los brazos de Ogedai uno después del otro y los perforaba en la parte interior del codo, dejando que la sangre cayera en un cuenco de latón. El chamán estudió atentamente el color del líquido, frunciendo los labios con gesto desaprobador. Tras apartar los cuencos, entonó una salmodia mirando al khan y le golpeó de repente el pecho con la palma abierta. Nada cambió. Ogedai siguió mirando hacia delante, sin apenas parpadear. Ni siquiera sabían si les oía.

Finalmente, el chamán guardó silencio, tirándose irritado de la perilla como si quisiera arrancársela. Volvió a apoyar la cabeza de Ogedai en las ásperas mantas y se puso en pie. Su criado se acercó para vendar los cortes que había practicado su amo, guardando un silencio reverencial mientras asistía al khan de la nación.

Con la desconsiderada autoridad de su vocación, Mohrol indicó con un ademán a los dos espectadores que salieran tras él al aire limpio del exterior. Se unieron a él y respiraron hondo en la brisa para eliminar la fétida dulzura de sus pulmones. A su alrededor, los guerreros del khan los miraron con esperanza en los rostros, esperando buenas noticias. Mohrol meneó la cabeza y muchos de ellos se alejaron.

—No tengo medicinas para esto —dijo el chamán—. Su sangre fluye normalmente, aunque me parece que está oscura, como si le faltara el espíritu de la vida. No creo que sea su corazón, aunque me han dicho que lo tiene débil. Ha estado tomando jarabes Chin. —Con desagrado, levantó una botella azul vacía ante ellos—. Se ha arriesgado enormemente al confiar en sus pociones y sus porquerías. Emplean todo tipo de cosas, desde nonatos hasta el pene de un tigre. Lo he visto.

—Nada de eso me importa —saltó Khasar—. Si no puedes hacer nada por él, encontraré a otros con más imaginación.

La ira pareció invadir a Mohrol y Khasar respondió dando un paso adelante al

instante, poniéndose demasiado cerca de forma deliberada y utilizando su peso como ventaja.

—Cuidado con lo que haces, hombrecito —murmuró Khasar—. Si fuera tú, intentaría seguir siendo útil.

—No le hacéis ningún favor a Ogedai poniéndoos a discutir aquí —intervino Tolui—. No importa lo que haya pasado hasta ahora, ni qué pociones o polvos haya tomado. ¿Le puedes ayudar?

Mohrol siguió fulminando a Khasar con la mirada mientras respondía:

—Físicamente, no le pasa nada. Su espíritu se ha debilitado, o ha sido debilitado. No sé si le han echado una maldición, si algún enemigo lo ha llevado a este estado, o si se trata de algo que ha provocado él mismo. —Dejó salir una larga bocanada de aire—. A veces, los hombres mueren, sin más —dijo—. El padre cielo los llama y nos los arrebat, incluso a los khanes. No siempre hay una respuesta.

Sin previo aviso, la mano de Khasar salió disparada y agarró al chamán por la túnica, retorciendo la tela y dando un tirón para acercarlo a él. Mohrol se debatió antes de que su instinto de supervivencia le hiciera bajar las manos. Khasar era un hombre poderoso y la vida de Mohrol pendía del hilo de su buena voluntad. El chamán dominó su indignación.

—Existe algo llamado magia negra —gruñó Khasar—. La he visto. He comido el corazón de un hombre y he sentido una luz ardiendo dentro de mí. No me digas que no se puede hacer nada. Si los espíritus exigen sangre, derramaré lagos de sangre por el khan.

Mohrol empezó a contestar tartamudeando, pero enseguida su voz recobró la firmeza:

—Será como dices, general. Sacrificaré una docena de yeguas esta noche. Quizá con eso baste.

Khasar le soltó y Mohrol dio un traspié hacia atrás.

—Tu vida depende de esto, ¿entiendes? —dijo Khasar—. He oído a demasiados de tu clase propagar sus promesas y mentiras. Si muere, tendrás tu enterramiento en el cielo junto a él, atado a una estaca en las colinas a merced de los halcones y los zorros.

—Comprendo, general —respondió Mohrol con frialdad—. Ahora debo preparar a los animales para el sacrificio. Deben morir de la manera adecuada, dar su sangre por la del khan.

Desde hacía casi dos mil años siempre había habido una ciudad en el emplazamiento de Jiankang. Alimentada por el inmenso río Yangtze, que era la arteria vital de toda China, había sido la capital de antiguos estados y dinastías, enriquecida por los negocios de los tintes y la seda. El sonido de los telares, funcionando día y noche para proveer de ropa, zapatos y tapices a los nobles Sung, era omnipresente. El aire

estaba cargado del olor a la comida frita con la que los trabajadores se alimentaban habitualmente, platos dorados en la sartén con hierbas, pescado y aceites.

En comparación con la pequeña ciudad de Suzhou, al norte, o las aldeas de pescadores de las que se nutrían los trabajadores, Jiankang era un auténtico bastión de poder y riqueza: era evidente en los multicolores soldados que había en cada esquina, en los palacios y en sus ajetreadas calles, donde las vidas de un millón de trabajadores giraban en torno a la larva de una mariposa que creaba un capullo de hilo tan perfecto que podía ser desenrollado y convertido en una tela de extraordinaria belleza.

Al principio, después de dejar la frontera, situada a varios kilómetros al norte, Xuan había sido tratado razonablemente bien. Sus esposas e hijos habían sido acomodados en varios palacios, separados de él, y sus soldados habían sido desplazados más al sur, donde no pudieran suponer un peligro. No le habían informado de la ubicación de sus cuarteles. Los oficiales Sung habían mostrado ante él la cortesía mínima debida a su rango y el propio hijo del emperador se había dignado recibirle y hablarle con palabras amables y melifluas. Xuan controló el arrebatado de ira que amenazaba con invadirle cada vez que recordaba la reunión. Lo había perdido todo y los Sung le hacían saber cuál era su estatus con los más sutiles insultos. Solo un hombre habituado a la perfección podría haber detectado el leve matiz rancio en el té que le ofrecían, o el hecho de que los siervos que le enviaban fueran de rasgos toscos, incluso torpes. Xuan no sabía si el emperador pretendía humillarle o si, simplemente, su blando y perfumado hijo era un idiota. Daba igual. Ya era consciente de que no estaba entre amigos. Nunca se habría dirigido a las tierras Sung si su situación no hubiera sido desesperada.

Inicialmente, cuando los soldados Sung habían empezado a catalogar su bagaje y sus suministros, sus armas habían despertado un excitado interés. Entonces Xuan recordó sus maliciosas sonrisas y experimentó un nuevo momento de irritación. Sus posesiones más preciadas habían sido desplegadas en un vasto patio que hacía que los restos de la riqueza de su padre parecieran ridículos. Aun entonces, Xuan no estaba seguro de si a él le correspondería una parte o no. Varios cofres llenos de monedas de oro y plata habían desaparecido en alguna cámara escondida, que quizá ni siquiera estaba en la ciudad. A cambio, todo cuanto le habían entregado a Xuan había sido un fajo de papeles decorados, con el sello de una docena de oficiales. Estaba completamente a merced de hombres que, en el mejor de los casos, lo consideraban un débil aliado y, en el peor, un obstáculo para hacerse con unas tierras que reivindicaban como propias.

Mientras contemplaba Jiankang, Xuan rechinó los dientes en silencio, el único signo de su tensión. Habían despreciado sus ollas de fuego y sus cañones de mano. Los Sung poseían millares de esos artefactos, de diseños más avanzados. Era evidente que se consideraban intocables. Sus ejércitos eran poderosos y estaban bien provistos, sus ciudades eran ricas. Por resentimiento, una parte de él casi deseaba que los

mongoles demostraran lo insensata que era esa arrogancia. La forma en que los oficiales Sung lo miraban y cuchicheaban, como si le hubiera dado sin más las tierras Chin a un puñado de pastores, le revolvía el estómago. Era extraño disfrutar imaginándose al khan mongol entrando con sus jinetes en Jiankang, haciendo que las tropas Sung echaran a correr, presas del caos.

Xuan sonrió al pensarlo. El sol había salido y empezaban a oírse los telares de seda moviéndose como insectos en el interior de una viga de madera. Pasaría el día con sus principales consejeros, que hablarían sin parar y fingirían tener alguna utilidad mientras esperaban que el emperador Sung notara su existencia.

La mirada de Xuan sobrevolaba los tejados de Jiankang, cuando una campana resonó en las inmediaciones, uno de los cien tañidos diferentes que atravesaban la ciudad en diferentes horas del día. Algunos señalaban el paso de las horas o anunciaban la llegada de mensajeros y otros llamaban a los niños a la escuela. Cuando se ponía el sol, las palabras de un poema de la juventud de Xuan retornaban a su memoria y volvió a murmurar los versos, deleitándose en los lejanos recuerdos.

—El sol se apaga y se hunde en el anochecer. La gente vuelve a casa y las relucientes cumbres se oscurecen. Los gansos salvajes vuelan hacia los juncos blancos. Pienso en la puerta de una ciudad del norte y oigo una campana tañer entre el sueño y yo.

Las lágrimas brotaron de sus ojos al evocar la amabilidad de su padre con el muchacho delgadito que había sido, pero parpadeó al instante frenándolas antes de que alguien pudiera verlas e informar de su debilidad.

Los caballos que Mohrol había elegido eran jóvenes yeguas, capaces de tener potros. Las había cogido del rebaño de monturas sobrantes que seguía a los tumanes, dedicando medio día a seleccionar cada una de las yeguas por la perfección de su color o de su piel. Uno de los propietarios observó con mudo abatimiento cómo dos de sus mejores yeguas blancas, producto de generaciones de cuidadosa selección y cría, eran incluidas en el lote destinado al sacrificio. Ninguna de ellas había dado a luz y sus linajes se perderían. El nombre de Ogedai hacía que toda resistencia se evaporara, a pesar de la relación cuasi sagrada entre los pastores y sus amadas monturas.

Nunca antes se había visto algo así en las llanuras. Los tumanes se congregaron tan cerca de la ger en la que yacía Ogedai que Mohrol tuvo que pedirles que guardaran la distancia. Aun así, los guerreros se aproximaron sigilosamente con sus esposas e hijos, ávidos de magia y de un gran sacrificio. La vida de ningún otro había tenido un precio tan alto y observaron fascinados y atemorizados cómo Mohrol afilaba sus cuchillos de carnicero y los bendecía.

Bajo el sol poniente, Khasar estaba sentado al lado de donde yacía Ogedai: un camastro cubierto de seda. Habían ataviado al khan con una pulida armadura y, a

intervalos, su boca se abría y se cerraba lentamente, como si tuviera sed. Era imposible mirar su pálida piel sin pensar en Gengis moribundo. El rostro de Khasar se crispó al recordarlo, y su corazón se aceleró por aquella antigua pena. Intentó no mirar a la primera yegua blanca que dos corpulentos hombres hicieron pasar agarrándola por la cabeza. Los otros caballos estaban convenientemente alejados del lugar, para que no vieran cómo la mataban, pero Khasar sabía que olerían la sangre.

La joven yegua estaba nerviosa, presentía que algo iba a suceder. Brincaba, levantando y bajando la cabeza y relinchando con fuerza, luchando por liberarse de los dedos que aferraban con firmeza sus crines. Su pálida piel era perfecta, sin ninguna cicatriz o marcas de garrapatas. Mohrol había elegido bien y algunos de los expectantes guerreros se quedaron sin habla ante tal sacrificio.

Mohrol había preparado una hoguera más alta que él delante de la tienda del khan y luego había encendido una rama de cedro, sofocando las llamas para que la madera desprendiera un rastro de fragante humo blanco. El chamán se dirigió a Ogedai y sostuvo la rama humeante sobre su cuerpo, purificando el aire y bendiciendo al khan para el ritual. Con pasos lentos, rodeó aquel bulto en posición supina mientras murmuraba un conjuro que hizo que a Khasar se le erizara el vello de la nuca. El general se volvió a mirar a su sobrino Tolui y lo encontró absorto, fascinado por el chamán. El joven nunca comprendería que Khasar había oído una vez a Gengis hablar en una lengua antigua, con la sangre de sus enemigos fresca en los labios.

La oscuridad pareció precipitarse tras observar las llamas de la fogata de Mohrol. Miles de guerreros aguardaban sin hablar e incluso los heridos habían sido desplazados para que sus gritos de dolor no perturbaran el ritual. El silencio era tan perfecto que Khasar creyó poder oír sus lamentos a pesar de todo, débiles y distantes, como el piar de un pájaro.

Con extremo cuidado, las patas delanteras y traseras de la yegua fueron atadas en parejas. Relinchando angustiada, se debatió brevemente mientras los guerreros le empujaban las ancas, enrollándolas para que no pudiera mantenerse en pie. Incapaz de dar un paso, cayó torpemente al suelo y quedó tendida con la cabeza levantada. Uno de los guerreros sujetó su musculoso cuello con los brazos para inmovilizarla. El otro le agarró las patas traseras y ambos alzaron la vista hacia Mohrol.

El chamán no dejaba que le metieran prisa. Empezó a rezar en voz alta, alternando los cantos con los susurros. Dedicó la vida de la yegua a la madre tierra que recibiría su sangre. Pidió una y otra vez que el khan salvara la vida.

En medio del ritual, Mohrol se acercó a la yegua. Llevaba dos cuchillos y continuó cantando y rezando mientras elegía un punto debajo del cuello, donde la suave piel blanca empezaba a convertirse en el pecho del animal. Los dos guerreros se prepararon.

Con un gesto rápido, Mohrol hundió la hoja hasta la empuñadura. La sangre brotó densa y oscura, cubriéndole las manos. La yegua se sacudió y relinchó asustada, bufando y luchando por levantarse. Los guerreros se sentaron sobre sus cuartos

traseros y la sangre continuó manando con cada latido de su corazón, bañando a los guerreros mientras se esforzaban en sujetar su resbaladiza carne.

Mohrol apoyó una mano en el cuello de la yegua, sintiendo cómo se enfriaba su piel. El animal seguía debatiéndose, pero cada vez con menos fuerza. Le retiró los belfos y asintió al ver las pálidas encías. Con voz poderosa, invocó de nuevo a los espíritus de la tierra y extendió su segundo cuchillo. Era un bloque de metal con una pesada empuñadura, tan largo como su antebrazo y de bordes muy afilados. Aguardó a que el flujo de sangre manara despacio y entonces serró muy deprisa, arriba y abajo, la garganta de la yegua. La hoja desapareció en la carne. Más sangre brotó como un torrente y observó cómo las pupilas del animal crecían y se oscurecían infinitamente.

Los brazos de Mohrol estaban teñidos de rojo cuando caminó hacia el khan. Ajeno a todo lo que se estaba ejecutando en su nombre, Ogedai yacía inmóvil, pálido como la muerte. Mohrol meneó la cabeza ligeramente y, con un dedo, marcó las mejillas del khan con una raya roja.

Nadie se atrevió a hablar cuando regresó junto al cadáver de la yegua. Sabían que el sacrificio era algo mágico. Cuando Mohrol se quitó un insecto de la cara de un manotazo, muchos hicieron una señal contra el mal al pensar en los espíritus congregándose como moscas alrededor de la carroña.

Mohrol no parecía desalentado cuando indicó con un asentimiento a los hombres que se llevaran el animal muerto y trajeran el siguiente. Sabía que las yeguas se resistirían al oler la sangre, pero al menos podía evitarles la imagen de un caballo muerto.

Una vez más, inició la salmodia que acabaría en el sacrificio. Khasar alejó la vista y muchos de los guerreros se dispersaron para no presenciar cómo se arruinaba aquella riqueza con un cuchillo.

La segunda yegua parecía más tranquila que la anterior, menos briosa. Permitted que la llevaran hasta el chamán, pero después notó algo extraño. En un abrir y cerrar de ojos, fue presa del pánico y relinchaba sin cesar, luchando con todas sus fuerzas para liberar las riendas de la mano del hombre que la sujetaba. Mientras tiraban en direcciones opuestas, el ronzal se rompió y quedó libre. En la oscuridad, chocó contra Tolui, derribándole.

No llegó muy lejos. Los guerreros extendieron los brazos y la arrearon, haciendo que diera media vuelta hasta que lograron ponerle un ronzal nuevo y conducirla otra vez hasta el chamán.

Tolui solo había sufrido unas magulladuras y se puso en pie, sacudiéndose el polvo de la ropa. Vio que Mohrol lo miraba con expresión extraña y se encogió de hombros bajo la mirada del chamán. La salmodia recomenzó y la segunda yegua fue maneada con rapidez, quedando lista para los cuchillos. Sería una noche larga y el amargo olor a sangre era ya muy intenso en el aire.

XIII

La tierra que rodeaba al khan estaba empapada de rojo. La sangre de una docena de yeguas había penetrado en la tierra hasta que el suelo no podía absorber más y se formaron charcos. Moscas gordas y negras zumbaban y revoloteaban frenéticas en torno a los presentes, atraídas por el olor de la sangre. Mohrol estaba completamente teñido de oscuro, sus brazos desnudos y su túnica seguían mojados mientras las antorchas ardían con luz parpadeante y el sol empezaba a salir. Se había quedado ronco y su rostro estaba mugriento. Los mosquitos se habían reunido en nubes en el aire cálido y húmedo. El chamán se había esforzado hasta el agotamiento, pero el khan yacía inmóvil en el camastro, sus ojos como agujeros en sombra.

Los guerreros se habían tendido a dormir en la hierba, esperando noticias. No se habían llevado las yeguas para utilizar su carne como alimento y los cadáveres se amontonaban despatarrados, con sus delgadas patas estiradas mientras sus panzas empezaban a hincharse por el gas. Nadie sabía si la efectividad del sacrificio podría disminuir si consumían la carne, así que la dejarían intacta, pudriéndose, cuando el campamento siguiera adelante. Muchos de ellos se habían marchado de la escena de la matanza y habían vuelto a sus gers y a sus mujeres, incapaces de contemplar por más tiempo cómo mataban unas yeguas tan magníficas.

Al amanecer, Mohrol se arrodilló en la hierba húmeda y sus rodillas se hundieron en el terreno reblandecido. Había sacrificado doce caballos y se sentía como si fuera de plomo, cargado con el peso de la muerte. Se negó a dejar traslucir su desesperación mientras el khan siguiera allí tendido, desvalido, con la cara marcada por una caligrafía de sangre seca. Mohrol, de rodillas, sintió que se mareaba y la voz empezaba a fallarle por completo, así que susurró los antiguos hechizos y adivinaciones, cantos rítmicos que repitió una y otra vez hasta que las palabras se desdibujaron, convirtiéndose en un mero río de sonido.

—El khan está encadenado —graznó—. Perdido y solo en una jaula de carne. Mostradme cómo romper sus cadenas. Mostradme lo que tengo que hacer para traerle a casa. El khan está encadenado...

El chamán notó la débil luz del alba en sus ojos cerrados. Estaba desesperado, pero creyó percibir el susurro de los espíritus alrededor de la quieta figura de Ogedai. Por la noche, al verle tan inmóvil, Mohrol había tomado la muñeca del khan, buscándole el pulso. Pero en otros momentos, sin previo aviso, Ogedai se retorció y daba un respingo, su boca se abría y se cerraba y sus ojos brillaban por unos instantes con algo semejante a la consciencia. La respuesta estaba allí, Mohrol estaba seguro, si era capaz de encontrarla.

—Tengri del cielo azul, Erlik del averno, maestro de las sombras, mostradme cómo romper las cadenas —susurró Mohrol, con voz chirriante—. Permitidle ver su alma especular en el agua, permitidle ver su alma de sombra a la luz del día. Os he

entregado ríos de sangre, dulces yeguas cuyas vidas se han filtrado a la tierra. Les he dado sangre a los noventa y nueve dioses del blanco y el negro. Mostradme las cadenas y las romperé y le liberaré. Convertidme en un martillo. Por los noventa y nueve, por las tres almas, mostradme el camino. —Alzó la mano derecha hacia el sol, separando los seis dedos que eran su marca y su vocación—. Esta es vuestra antigua tierra, espíritus de los Chin. Si oís mi voz, mostradme cómo aplacaros. Susurrad vuestras necesidades en mis oídos. Mostradme las cadenas.

Sobre las andas, Ogedai gimió y su cabeza cayó hacia un lado. Mohrol se acercó a él al instante, todavía recitando. Después de una noche así, con el amanecer todavía teñido de gris y el rocío medio congelado sobre la hierba roja, podía *sentir* a los espíritus rodeando al khan. Podía oírlos respirar. Tenía la boca seca por la pasta amarga que había ingerido y que dejaba una costra negra en sus labios. Había ascendido con ella en la oscuridad, pero no había recibido respuestas, ningún súbito destello de luz y comprensión.

—¿Qué queréis a cambio de soltarle? ¿Qué deseáis? Esta carne es la jaula del khan de una nación. Sea lo que sea lo que queréis, podéis tomarlo. —Mohrol, a punto de desmoronarse, tomó una larga bocanada de aire—. ¿Es mi vida? La daría. Decidme cómo romper las cadenas. ¿No fueron suficientes yeguas? Puedo hacer que traigan mil más para marcar su piel. Puedo tejer una red de sangre a su alrededor, una madeja de hilos negros y magia negra. —Empezó a respirar más deprisa, obligando a su cuerpo a jadear, creando en su interior el calor que podría conducir a nuevas y poderosas visiones—. ¿Queréis que traiga vírgenes a este lugar? ¿Que traiga esclavos o enemigos? —Su voz descendió para que nadie más pudiese oír sus palabras—. ¿Queréis que traiga niños y los sacrifique por el khan? Darían su vida con gusto. Mostradme las cadenas para que pueda romperlas. Convertidme en el martillo. ¿Es un pariente lo que necesita? Su familia daría su vida por el khan.

Ogedai se movió. Parpadeó velozmente y mientras Mohrol lo observaba atónito, el khan empezó a incorporarse, cayendo de espaldas cuando el brazo derecho le falló. El chamán lo sujetó y echó la cabeza hacia atrás para lanzar un aullido triunfante como un lobo.

—¿Es su hijo? —Mohrol continuó la enumeración desesperado mientras sostenía al khan—. ¿Sus hijas? ¿Sus tíos o amigos? ¡Dame la señal, rompe las cadenas!

Ante los alaridos del chamán, los hombres habían despertado sobresaltados a su alrededor. Cientos de hombres y mujeres llegaron corriendo de todas direcciones. La noticia se fue propagando y, al conocerla, todos alzaban la cabeza y lanzaban vítores, entrechocaban ollas, cacharros o espadas, lo que cada uno tuviera. Crearon una atronadora ola de alegría y Ogedai se sentó, estremeciéndose bajo su impacto.

—Traedme agua —dijo, con voz débil—. ¿Qué pasa?

Abrió los ojos y vio el campo de sangre y el oscuro cadáver de la última yegua tendida bajo la luz del amanecer. Ogedai no lograba entender lo que estaba pasando y se frotó el rostro, que le picaba, observando confuso las escamas de sangre seca que

caían en sus palmas.

—Levantad una tienda nueva para el khan —ordenó Mohrol, cuya voz reducida a un silbido se iba fortaleciendo por el júbilo—. Que esté limpia y seca. Traed comida y agua limpia.

Levantaron la ger en torno a Ogedai, aunque ya era capaz de permanecer sentado. La debilidad de su brazo fue desapareciendo despacio, por fases. Para cuando el sol naciente había sido bloqueado por el fieltro y la madera, estaba bebiendo agua y pidiendo vino, aunque Mohrol se lo denegó rotundamente. La autoridad del chamán había aumentado con su éxito y los sirvientes del khan no podían hacer caso omiso de su severa expresión. Por un breve lapso de tiempo, el chamán podía invalidar las decisiones de su propio khan.

Mohrol se irguió con una nueva dignidad, rebosante de orgullo.

Khasar y Tolui se unieron a Ogedai en la nueva ger, junto a la mayoría de hombres de mayor rango del campamento. El khan seguía estando pálido, pero sonrió débilmente ante sus expresiones preocupadas. Tenía los ojos hundidos y ojerosos y le temblaba la mano cuando Mohrol le pasó un cuenco de té con sal y le dijo que lo apurara. El khan frunció el ceño y se relamió pensando en una copa de vino, pero no protestó. Había sentido la muerte muy cerca y le había asustado, por mucho que creyera estar preparado para enfrentarse a ella.

—Había momentos en los que podía oírlo todo, pero era incapaz de responder —dijo Ogedai, con una voz como el aliento de un viejo—. Pensé que estaba muerto, y que los espíritus me hablaban al oído. Era... —Sus ojos se oscurecieron mientras sorbía y no les siguió contando el angustioso terror que había sentido, atrapado en su propio cuerpo, saliendo y entrando del estado consciente. Su padre le había dicho que nunca debía hablar de sus miedos. Los hombres eran necios, había dicho Gengis, siempre imaginan que los demás son más fuertes, más rápidos, menos temerosos. Incluso en su debilidad, Ogedai recordaba ese consejo. El terror de aquella oscuridad le había herido, pero seguía siendo el khan.

A su alrededor, los criados extendieron mantas de basto fieltro sobre el terreno ensangrentado. Los gruesos tapetes absorbieron la sangre en un instante, volviéndose pesados y rojos. Trajeron más y las apilaron sobre las capas inferiores hasta que todo el suelo de la ger quedó cubierto. Entonces Mohrol se arrodilló junto a Ogedai y alargó la mano para examinarle los ojos y las encías.

—Tu labor ha sido buena, Mohrol —dijo Ogedai—. No esperaba regresar.

Mohrol frunció el ceño.

—No ha terminado, mi señor. El sacrificio de las yeguas no fue suficiente. —Respiró hondo y se quedó callado mientras se mordía una uña rota, notando el sabor de la sangre de sus manos—. Los espíritus de esta tierra están llenos de cólera y de odio. Soltaron tu alma cuando hablé de darles a otro en tu lugar.

Con cara adormilada, Ogedai miró al chamán, luchando para no mostrar su miedo.

—¿Qué quieres decir? Tengo la cabeza llena de avispas, Mohrol. Habla claro, como si fuera un niño. Así te entenderé.

—Hay un precio por tu regreso, señor. No sé de cuánto tiempo dispones antes de que vuelvan a arrastrarte a la oscuridad. Podría ser un día, o incluso unas cuantas bocanadas de aire, no lo sé.

Ogedai se puso rígido.

—No puedo pasar por eso de nuevo, ¿lo entiendes, chamán? No podía respirar... —Sintió que le picaban los ojos y se los restregó con rabia. Su cuerpo era una vasija frágil, siempre lo había sido—. Tráeme vino, chamán.

—Todavía no, mi señor. Tenemos poco tiempo y tienes que pensar con claridad.

—Haz lo que tengas que hacer, Mohrol. Pagaré cualquier precio. —Ogedai había visto las yeguas muertas y meneó la cabeza, fatigado, mirando a través de las paredes de la tienda hasta donde sabía que yacían todavía—. Pongo a tu disposición a mis rebaños, mis matarifes, lo que necesites.

—Los caballos no bastan, mi señor. Lo siento. Has regresado junto a nosotros...

Ogedai clavó en él la mirada.

—¡Habla! ¡Quién sabe cuánto tiempo tengo!

Por una vez, el chamán tartamudeó, odiando lo que tenía que decir.

—Otro sacrificio, señor. Debe ser alguien de tu propia sangre. Esa es la ofrenda que te sacó de la muerte. Esa es la razón por la que volviste.

Mohrol estaba tan concentrando vigilando la respuesta de Ogedai que no notó que Khasar se dirigía hacia él hasta que sintió que lo elevaban en el aire y se encontró frente al maduro general.

—Tú, pequeño... —La boca de Khasar temblaba de rabia, escupiendo a Mohrol en la cara mientras lo sujetaba y lo sacudía como un perro sacudiría a una rata—. He oído antes hablar de este tipo de juegos a hombres como tú. Al último le rompimos la espalda y le abandonamos a merced de los lobos. ¿Crees que puedes asustar a mi familia? ¿A mi familia? ¿Crees que puedes exigir una deuda de sangre para tus vulgares hechizos y encantamientos? Bueno, después de ti, chamán. Tú mueres primero y luego ya veremos.

Mientras hablaba, Khasar había sacado un cuchillo corto para desollar de su cinturón, manteniendo baja la mano. Antes de que nadie pudiera decir nada, movió bruscamente la muñeca haciéndole al chamán un corte en la ingle. Mohrol soltó un grito y Khasar lo tiró al suelo de espaldas. Limpió la sangre del cuchillo, pero lo mantuvo listo en la mano mientras el chamán se retorció, ahuecando las manos.

Ogedai se levantó poco a poco de su camastro. Estaba delgado y débil, pero sus ojos relucían con furia. Khasar lo miró con frialdad, negándose a dejarse intimidar.

—¿En mi campamento hieres a mi chamán, tío? —gruñó Ogedai—. Has olvidado dónde estás. Has olvidado quién soy.

Khasar alzó la barbilla, desafiante, pero retiró el puñal.

—Mírale con claridad, Ogedai... mi señor khan —contestó Khasar—. Quiere mi

muerte, por eso susurra que tiene que ser alguien de tu propia sangre. Todos estos están metidos hasta el cuello en juegos de poder y ya han causado a mi familia... a tu familia... suficiente dolor. No deberías escuchar ni una sola palabra de su boca. Esperemos unos días para ver cómo te recuperas. Recuperarás la fuerza, te apuesto mis propias yeguas.

Mohrol cayó de rodillas. La mano que mantenía apretada contra su ingle estaba roja y el dolor le hizo sentir mareado y tambaleante. Fulminó a Khasar con la mirada.

—Todavía no sé el nombre. No es elección mía. Ojalá lo fuera.

—Chamán —dijo Ogedai con suavidad—. No tendrás a mi hijo, aunque mi propia vida dependa de ello. Ni a mi esposa.

—Tu esposa no es tu misma sangre, señor. Déjame realizar otra adivinación y encontrar el nombre.

Ogedai asintió, volviendo a recostarse en el camastro. Incluso un esfuerzo tan pequeño como aquel le había llevado al borde del desmayo.

Mohrol se puso en pie como si fuera un viejo, encogido por el dolor. Khasar le sonrió fríamente. Gotas de sangre caían entre las piernas del chamán, desapareciendo de inmediato en el fieltro.

—Entonces hazlo rápido —dijo Khasar—. No tengo paciencia para los de tu clase, no hoy.

Mohrol retiró la vista de Khasar, temeroso de un hombre que empleaba la violencia tan fácilmente como respiraba. No podía desanudarse la túnica y examinar la herida con Khasar observándole burlón. Se sentía enfermo y el tajo palpitaba y ardía. Sacudió la cabeza para despejarse. Era el chamán del khan y la adivinación tenía que ser correcta. Mohrol se preguntó qué sucedería si los espíritus elegían el nombre de Khasar. Pensó que no viviría mucho después de eso.

Mientras Khasar le miraba con desdén, Mohrol ordenó a sus criados que trajeran enseguida unas ramitas de incienso. Pronto el aire de la ger se puso denso, y Mohrol añadió otras hierbas al humeante cuenco, inspirando y llenándose de un frío que convirtió el dolor de su entrepierna en una distante irritación. Un rato después, incluso esa molestia fue apagándose hasta desaparecer.

Al principio, cuando el áspero humo entró en sus pulmones, Ogedai sufrió un ataque de tos. Uno de sus sirvientes se atrevió por fin a desafiar la desaprobación de Mohrol y dejó un odre de vino a los pies del khan. Se lo bebió como si estuviera muriéndose de sed y el rubor retornó a sus mejillas. Miraba a Mohrol con los ojos brillantes de fascinación y terror mientras Mohrol agarraba las tabas, sosteniéndolas ante los cuatro vientos y llamando a los espíritus para que guiaran su mano.

Al mismo tiempo, el chamán cogió un recipiente de una pasta negra y arenosa y se dibujó una raya con ella en la lengua. Era peligroso volver a liberar su espíritu tan pronto, pero se armó de valor, haciendo caso omiso del agitado palpitar de su corazón en el pecho. Los ojos le lloraron por el amargor de la pasta, brillando en la oscuridad. Cuando Mohrol cerró la boca, tenía las pupilas enormes, como las de los ojos de los

caballos moribundos.

La sangre iba filtrándose por las distintas capas de fieltro y despedía un olor punzante. A medida que se mezclaba con el incienso narcótico, los agotados hombres apenas podían soportarlo, pero Mohrol parecía estar a sus anchas en ese espeso aire, como si la pasta fortaleciera su carne. Empezó a entonar un cántico mientras movía la bolsa de las tabas al norte, este, sur y oeste, una y otra vez, invocando a los espíritus para que le guiaran.

Por fin, tiró las tabas; con demasiada fuerza, haciendo que las amarillentas piezas se dispersaran por las alfombras de fieltro. ¿Era acaso un mal augurio ver cómo saltaban y se alejaban de él? Mohrol lanzó una maldición en voz alta y Khasar se rio mientras el chamán trataba de leerlas tal y como habían caído.

—Diez... Once... ¿Dónde está la última? —dijo Mohrol, sin dirigirse a nadie en particular.

Ninguno de ellos se había dado cuenta de que Tolui se había puesto casi tan pálido como el propio khan. El chamán no había visto la taba amarilla apoyada sobre la bota de Tolui, tocando la flexible piel.

Tolui había visto el resultado. Había ocultado el pavor que había sentido al oír que tenía que ser alguien de la sangre de Ogedai. Desde ese momento, una aturdida impotencia había hecho presa de él, una resignación ante un destino que no podría evitar. La yegua desbocada le había derribado a él, no a otro. Pensó que en aquel momento ya lo había sabido. Parte de él quería pisar el hueso y hundirlo profundamente en el fieltro, ocultarlo con su pie, pero, con un esfuerzo de voluntad, no lo hizo. Ogedai era el khan de la nación, el hombre que su padre había elegido para sucederle. Ninguna vida valía tanto como la suya.

—Está aquí —susurró Tolui, repitiéndolo a continuación porque nadie le había oído.

Mohrol alzó la vista hacia él y sus ojos brillaron un instante, comprendiendo.

—La yegua que te golpeó —dijo el chamán en un susurro. Su mirada era sombría, pero su rostro expresaba algo similar a la compasión.

Tolui asintió, mudo.

—¿Qué? —interrumpió Ogedai, mirándoles fijamente—. No lo pienses ni por un momento, chamán. Tolui no forma parte de esto. —Habló con firmeza, pero el terror de la tumba todavía estaba en su cuerpo y las manos le temblaron en torno a la copa de vino. Tolui lo vio.

—Eres mi hermano mayor, Ogedai —dijo Tolui—. Más que eso, eres el khan, el hombre que nuestro padre eligió. —Sonrió y, en un gesto de timidez que le hizo parecer un muchacho por un instante, se frotó la cara con la mano—. Una vez me dijo que sería la persona que te recordaría las cosas que hubieras olvidado. Que te guiaría en tu labor de khan y sería tu brazo derecho.

—Esto es una locura —dijo Khasar, con la voz llena de ira contenida—. Dejadme que derrame antes la sangre de este chamán.

—¡Muy bien, general! —espetó Mohrol de repente. Dio un paso hacia Khasar con los brazos abiertos—. Pagaré ese precio. Ya has derramado mi sangre esta mañana. Dispón del resto si lo deseas. Eso no cambiará los augurios. No cambiará lo que tiene que hacerse.

Khasar se llevó la mano al cuchillo que había guardado bajo su cinturón, metido entre los sucios pliegues de tejido, pero Mohrol no bajó los ojos. La pasta que había consumido le había despojado de todo miedo y, en vez de eso, le hacía ver el afecto de Khasar por Ogedai y Tolui, unido a su frustración. El viejo general podía enfrentarse a cualquier enemigo, pero se sentía perdido y confuso ante una decisión así. Después de unos momentos, Mohrol bajó los brazos y esperó pacientemente a que Khasar viera lo inevitable.

Al final, fue la voz de Tolui la que rompió el silencio.

—Tengo mucho que hacer, tío. Deberíais dejarme ahora. Tengo que ver a mi hijo y escribir unas cartas a mi esposa. —Khasar le miró y notó la angustiada rigidez que crispaba su rostro, pero su voz se mantuvo firme.

—Tu padre no se habría rendido —dijo Khasar con aspereza—. Créeme, créelo de alguien que lo conocía mejor que nadie.

No estaba tan seguro como parecía. En ciertos estados de ánimo, Gengis habría entregado su vida sin pensarlo siquiera, disfrutando de la grandilocuencia del gesto. En otros, habría luchado con furia hasta el último aliento, dijera lo que dijera el destino. Khasar deseó con todo su corazón que su hermano Kachiun estuviera allí. Kachiun habría encontrado una respuesta, una salida a través de los espinos. Pero la mala suerte había querido que Kachiun estuviera cabalgando hacia el norte con Tsubodai y Batu. Por una vez, Khasar estaba solo.

Sintió la presión de aquellos hombres más jóvenes, que le miraban con la esperanza de que sucediera algo que abriera una brecha en la decisión. Todo lo que se le ocurría era matar al chamán. Pero se dio cuenta de que ese también sería un acto inútil. Mohrol creía en sus palabras y, por lo que sabía Khasar, lo que decía era verdad. Cerró los ojos y se esforzó por oír la voz de Kachiun. ¿Qué diría él? Alguien tenía que morir a cambio de Ogedai. Khasar levantó la cabeza, abriendo los ojos.

—Yo seré tu sacrificio, chamán. Toma mi vida por la del khan. Lo haré, por la memoria de mi hermano, por el hijo de mi hermano.

—No —dijo Mohrol, alejándose de él—. No eres el elegido, hoy no. Los augurios son claros. La elección es tan sencilla como difícil.

Tolui sonrió con fatiga mientras el chamán hablaba. Se acercó a Khasar y, mientras Ogedai y el chamán los miraban, los dos hombres se abrazaron durante un momento.

—Al ponerse el sol, Mohrol —dijo Tolui, posando la mirada en el chamán—. Dame un día para prepararme.

—Mi señor, los augurios han hablado. No sabemos de cuánto tiempo dispone el khan antes de que le arrebaten su espíritu de nuevo.

Ogedai permaneció en silencio mientras Tolui le miraba. La mandíbula de su hermano menor se puso tensa mientras luchaba consigo mismo.

—No voy a echar a correr, hermano —susurró—. Pero no estoy listo para el cuchillo, todavía no. Dame un día y te bendeciré desde el otro lado.

Ogedai asintió débilmente, con expresión torturada. Quería hablar, ordenarle a Mohrol que se marchara y desafiar a los malévolos espíritus a que regresaran a por él. Pero no podía. Una vívida visión de su desvalimiento atravesó fugazmente su memoria. No podía sufrir algo así de nuevo.

—Al ponerse el sol, hermano —dijo Ogedai por fin.

Sin decir una sola palabra más, Tolui agachó la cabeza y salió por la pequeña puerta al aire limpio y a la luz del sol.

A su alrededor, el vasto campamento se extendía en todas direcciones, bullicioso y rebosante de vida y de ruido y de las voces de mujeres y caballos, niños y guerreros. El corazón de Tolui se encogió de dolor ante una escena tan grata y cotidiana. Con una punzada de desesperación, se dio cuenta de que aquella era su última mañana. No volvería a ver salir el sol. Durante un tiempo, se quedó quieto, contemplándolo, ahuecando una mano sobre sus ojos para protegerlos de su brillante resplandor.

XIV

Tolui llevó a un pequeño grupo de diez jinetes hasta el río que discurría junto al campamento. Su hijo Mongke cabalgaba a su lado derecho y en su pálido y joven rostro se leía la tensión que le atenazaba. Dos esclavas corrían junto a los estribos de Tolui, que desmontó al llegar a la orilla y permitió que las muchachas le quitaran la armadura y la ropa. Desnudo, se adentró en el agua fría, sintiendo cómo se le hundían los pies en el fango. Se lavó morosamente, empleando el cieno para quitarse la grasa de la piel y luego se sumergió por completo para enjuagarse.

Ambas esclavas se despojaron de sus ropas y entraron en el agua con él, tiritando de frío mientras utilizaban unos artilugios de hueso para limpiarle bajo las uñas. El agua cubría a las dos mujeres hasta la cintura y sus pechos sobresalían redondos y firmes por la piel de gallina. No había en ellas ligereza ni risas y Tolui, que cualquier otro día habría estado jugando con ellas en los bajíos y salpicándolas para hacerlas reír, no se sintió excitado por la visión de su desnudez.

Con cuidado y concentración, Tolui aceptó un bote de aceite claro y se lo extendió por el pelo. La más hermosa de sus esclavas le ató el cabello en una cola negra que quedó colgando por su espalda. La piel de Tolui era muy blanca en la nuca, donde el pelo la protegía del sol.

Mongke observó a su padre en silencio. Los otros minghaans eran hombres de edad y rango que habían visto mil y una batallas. A su lado, se sintió joven e inexperto, pero ahora eran incapaces de mirarle. Se mantenían callados por respeto a Tolui, y Mongke sabía que tenía que mantener la impassibilidad de su expresión por el honor de su padre. El general se habría sentido avergonzado si su hijo se hubiera echado a llorar, así que Mongke se mantuvo firme como una roca, con el rostro sereno. Pero no podía retirar los ojos de su padre. Tolui les había confiado su decisión y todos la habían recibido como un doloroso golpe, llenos de impotencia ante su voluntad y la necesidad del khan.

Uno de ellos emitió un silbido bajo cuando vio a Khasar salir por otra zona del campamento. El general se había ganado su respeto, pero aun así estaban dispuestos a bloquear su avance e impedir que se acercara al río. En un día como aquel, no les importaba nada que fuera el hermano de Gengis.

Mientras le peinaban, Tolui se había abstraído, la mirada perdida en el infinito. El silbido le sacó de sí mismo e indicó con un asentimiento a Mongke que dejara pasar a Khasar, observando a su tío mientras desmontaba y llegaba a la orilla.

—Necesitarás a un amigo para ayudarte con esto —dijo Khasar.

La mirada de Mongke se clavó en la nuca de Khasar, pero el general no se dio cuenta.

Tolui levantó la vista en silencio desde el río y, al final, bajó la cabeza aceptando y saliendo del agua con un par de amplias zancadas. Sus esclavas salieron con él y

Tolui aguardó pacientemente a que le secaran. El sol le calentó los miembros y parte de su tensión se desvaneció. Posó la mirada en la armadura que le estaba esperando: un montón de hierro y cuero. Había vestido algo así durante toda su vida adulta, pero, de pronto, le pareció un objeto extraño y ajeno. Su diseño Chin no era apropiado para su estado de ánimo.

—No me pondré la armadura —le dijo a Mongke, que no se despegaba de su lado, esperando órdenes—. Haz que la envuelvan bien. Puede que, pasado un tiempo, llegues a llevarla por mí.

Mongke luchó para contener su dolor mientras se agachaba y recogía las piezas una a una. Khasar lo miró con gesto aprobador, complacido al comprobar que el hijo de Tolui mantenía la dignidad. Había un brillo de orgullo paternal en sus ojos, pero Mongke se giró sin llegar a verlo.

Tolui observó a las mujeres ponerse unas prendas para cubrir su desnudez. Envió a una de ellas, descalza sobre la hierba, a buscar una túnica y unas calzas en concreto de su ger, así como un nuevo par de botas. La muchacha corría bien y más de uno de sus hombres se volvieron a admirar sus piernas reluciendo bajo el sol.

—Estoy esforzándome en creer que esto está sucediendo realmente —dijo Tolui en voz baja. Khasar lo miró y alargó la mano, aferrando su brazo desnudo en mudo gesto de silencio mientras su sobrino continuaba—. Cuando vi que venías, esperaba que algo hubiera cambiado. Creo que parte de mí seguirá esperando un grito, un indulto, hasta los últimos momentos. Es extraña la forma en que nos torturamos.

—Tu padre estaría orgulloso de ti, estoy seguro —respondió Khasar. Se sentía inútil, incapaz de hallar las palabras adecuadas.

Curiosamente, fue Tolui quien, al notar la angustia de su tío, prosiguió con amabilidad.

—Creo que estaré mejor solo por el momento, tío. Tengo a mi hijo para consolarme. Él llevará mis mensajes a casa. Te necesitaré más tarde, al ponerse el sol. —Suspiró—. Entonces necesitaré que estés a mi lado, sin duda. Ahora, sin embargo, todavía tengo que escribir algunas palabras y repartir algunas órdenes.

—Muy bien, Tolui. Regresaré a la caída de la tarde. Te digo una cosa: cuando todo haya terminado, voy a matar a ese chamán.

Tolui se rio entre dientes.

—No esperaba otra cosa, tío. Necesitaré un criado en la otra vida. Él me servirá muy bien.

La joven esclava regresó con el montón de prendas de lana limpias. Con el torso desnudo, Tolui se puso unas bastas calzas en los muslos, ocultando sus atributos viriles. La esclava le ató la correa a la cintura mientras Tolui esperaba que concluyera con los brazos abiertos y la mirada fija en la distancia. Sus mujeres habían empezado a llorar y ninguno de los hombres las reprendió. Tolui se sintió complacido al oír a las mujeres llorando por él. No se atrevía siquiera a pensar en Sorhatani y en cuál sería su reacción. Observó a Khasar, callado y abatido, que montó de nuevo, alzó el brazo

derecho y dio media vuelta para alejarse.

Tolui se sentó en la hierba y las esclavas se arrodillaron frente a él. Las botas eran nuevas, de una piel muy suave. Las mujeres le vendaron los pies con lana virgen y luego le pusieron las botas encima, atándoselas con movimientos rápidos y seguros. Por fin, se puso en pie.

El deel era el más sencillo que poseía, una tela ligeramente acolchada que no tenía más ornamentos que unos botones en forma de diminutas campanas. Era una prenda antigua que había pertenecido a Gengis y llevaba bordada la marca de la tribu de los Lobos. Tolui pasó las manos por la tosca túnica y descubrió que le confortaba. Su padre la había llevado y quizá quedara en la tela un rastro de su fuerza.

—Ven a caminar un rato conmigo, Mongke —le dijo a su hijo—. Hay cosas que quiero que recuerdes por mí.

El sol fue descendiendo por el cielo del último día, arrojando una luz fría que fue perdiendo sus colores poco a poco, tiñendo las llanuras de un suave tono de gris. Sentado en la hierba con las piernas cruzadas, Tolui contempló cómo el sol tocaba las colinas por el oeste. Había sido un buen día. Había pasado un tiempo en juegos sexuales con sus esclavas, perdiéndose en los placeres de la carne. Había nombrado líder del tumán a su lugarteniente. Lakota era un hombre bueno y leal. No mancillaría el recuerdo de Tolui y, con el tiempo, cuando Mongke tuviera más experiencia, se echaría a un lado para ceder el puesto a su hijo.

Ogedai se había presentado ante a él al principio de la tarde diciendo que nombraría a Sorhatani cabeza de familia, con todos los derechos de los que había disfrutado su marido. Conservaría la riqueza de su esposo y su autoridad sobre sus hijos. Cuando regresaran al hogar, las demás esposas y esclavas de Tolui pasarían a ser de Mongke, protegiéndolas de los que quisieran sacar ventaja de su situación. La sombra del khan mantendría a salvo a su familia. Era lo mínimo que Ogedai podía ofrecer, pero Tolui se sintió más ligero después de oírlo, con menos miedo. Si pudiera hablar con Sorhatani y sus otros hijos una última vez. Dictarles unas cartas a sus esposas no era en absoluto lo mismo y deseó poder abrazar a su esposa, una vez más, apretarla contra su pecho y aspirar el perfume de su pelo.

Suspiró para sí. Era difícil encontrar la paz mientras el sol seguía descendiendo. Intentó ser consciente de cada momento, pero su mente le traicionaba, distrayéndose y volviendo a recobrar la claridad con un sobresalto. El tiempo se le escapaba entre los dedos como aceite y no conseguía sujetar ni un solo instante.

Los tumanes habían formado en filas para presenciar su ofrenda. Frente a él, en la hierba, estaba Ogedai junto a Khasar y Mohrol. Mongke también estaba allí, un poco apartado de los otros tres. Solo él miraba directamente a su padre, con una mirada constante que era el único signo del horror y la incredulidad que le embargaban.

Tolui respiró hondo, deleitándose en el olor de los caballos y ovejas que flotaba

en la brisa vespertina. Se sintió complacido de haber elegido la simple vestimenta de un pastor. La armadura, una jaula de hierro, le habría resultado asfixiante. Con esa túnica se sentía ágil, limpio y sereno.

Caminó hacia el reducido grupo de hombres. Mongke le miraba como un ternero aturdido. Tolui alargó una mano y atrajo a su hijo hacia sí en un breve abrazo, soltándole antes de que los temblores que notó contra su cuerpo se transformaran en sollozos.

—Estoy listo —dijo.

Ogedai se agachó, sentándose con las piernas cruzadas a un lado de Tolui, mientras Khasar se colocaba al otro. Mongke vaciló antes de sentarse junto a ellos.

Reinaba en el aire una cierta animosidad compartida mientras observaban a Mohrol aproximar una astilla encendida a unas ollas de latón. Varias humaredas delgadas brotaron y atravesaron la llanura mientras el chamán empezaba a cantar.

Mohrol tenía el torso desnudo y su piel estaba marcada con rayas de rojo y de azul oscuro. Sus ojos miraban desde una máscara que apenas parecía humana. Los cuatro hombres se situaron mirando al oeste y, mientras el chamán recitaba los seis versos de la canción de la muerte, contemplaron la puesta de sol, que el horizonte fue devorando poco a poco hasta que no fue más que una gruesa línea de oro.

Mohrol pateó el suelo mientras concluía su poema a la madre tierra. Clavó un cuchillo en el aire y llamó al padre cielo. La fuerza de su voz se incrementó, un tono doble que salía de su nariz y garganta y era uno de los primeros sonidos que Tolui recordaba. Le escuchó distraído, incapaz de retirar la vista del hilo de oro que le ataba a la vida.

Cuando los versos a los cuatro vientos terminaron, Mohrol le entregó un puñal a Tolui, que lo recogió en las manos ahuecadas. Bajo la última luz del día, Tolui miró fijamente la hoja negrizul. Halló la calma que necesitaba. Miró a su alrededor: todo estaba extrañamente nítido y definido. Respiró hondo y empezó a presionar la hoja contra su piel.

Ogedai alargó la mano y aferró su hombro izquierdo. Khasar hizo lo mismo por la derecha. Tolui sintió su fuerza, su dolor, y el último rastro de su miedo se evaporó.

Miró a Mongke y vio que las lágrimas estaban aflorando imparables a los ojos del joven. Pero no había ninguna vergüenza en su llanto.

—Cuida de tu madre, chico —dijo Tolui y luego bajó la vista y tomó una larga bocanada—. Es la hora —dijo—. Soy una digna ofrenda sacrificial para el khan. Soy alto y fuerte y joven. Tomaré el lugar de mi hermano.

El sol desapareció por el oeste y Tolui se hundió el cuchillo en el pecho, buscando el corazón. Todo el aire de sus pulmones salió en un largo y bronco suspiro. Se dio cuenta de que no podía inspirar y se esforzó por controlar su pánico. Conocía los cortes que tenían que hacerse. Mohrol le había explicado todos los detalles del ritual. Su hijo estaba mirando y tenía que conservar la fuerza.

El cuerpo de Tolui se había endurecido: todos sus músculos se habían tensado

mientras sorbía un poco de aire y retorció la hoja entre sus costillas, cortando el corazón. Sentía un dolor abrasador como un hierro de marcar, pero tiró del cuchillo para sacarlo y observó con asombro el torrente de sangre que salió con él. Su fuerza estaba abandonándole y, cuando empezó a caer hacia delante, Khasar alargó la mano y tomó la suya con unos dedos de una increíble fuerza. Tolui giró los ojos hacia él con gratitud, incapaz de hablar. Khasar levantó un poco más su mano, manteniendo cerrado el puño para que no se le cayera la daga.

Sus hombros desfallecieron y su tío le ayudó a realizar el corte en el cuello. Tolui estaba terriblemente frío, era un hombre de hielo, mientras que su sangre caliente manaba sobre la hierba. No vio al chamán colocar un cuenco bajo su garganta. Su cabeza cayó hacia delante y Khasar lo sostuvo sujetándolo por la nuca. Tolui sintió el cálido contacto de su mano hasta que murió.

Mohrol presentó el cuenco rebosante ante Ogedai. El khan se arrodilló con la cabeza gacha, mirando hacia la oscuridad. No soltó el cuerpo de Tolui, que permaneció erguido a su lado, sostenido entre ambos hombres.

—Tienes que beber, mi señor, mientras termino —dijo Mohrol.

Ogedai le oyó y tomó el cuenco en la mano izquierda, inclinándolo. Se atragantó con la tibia sangre de su hermano y parte del líquido resbaló por su barbilla y cuello. Mohrol no dijo nada mientras el khan se armó de valor y contuvo las ganas de vomitar. Cuando el cuenco estuvo vacío, Ogedai lo lanzó hacia la penumbra. Mohrol empezó a cantar los seis versos una vez más desde el principio, invocando a los espíritus para que se acercaran a presenciar el sacrificio.

A mitad del recitado, Mohrol oyó a Ogedai vomitando en la hierba. Estaba ya demasiado oscuro para ver nada y el chamán hizo caso omiso de los sonidos.

Sorhatani cabalgaba deprisa, exhortando a su yegua a gritos a galopar a través de las pardas estepas. Sus hijos galopaban con ella y, con los caballos de repuesto y los animales de tiro, levantaban una larga columna de polvo a sus espaldas. Bajo el ardiente sol, Sorhatani iba con los brazos desnudos, vestida con una túnica de seda amarilla y calzas de piel de ciervo, con unas suaves botas en los pies. Estaba muy sucia, no se había bañado en mucho tiempo, pero, mientras volaba con su caballo por la antigua tierra de las tribus, se sentía rebosante de alegría.

La hierba estaba muy seca, los valles sedientos. La sequía había absorbido prácticamente todos los ríos, incluso los más anchos. Para rellenar los odres de agua, tenían que excavar en el fango hasta que el agua brotaba por el agujero, salobre y llena de cieno. La seda había vuelto a probar su valía sirviéndoles para filtrar la porquería y los insectos del precioso líquido.

Mientras cabalgaba, iba mirando los pálidos huesos de ovejas y bueyes, formas blancas hechas trizas por los lobos o los zorros. A cualquier otra, esas tierras secas no le habrían parecido una gran recompensa para su marido. Pero Sorhatani comprendía

que allí siempre había años duros, que una tierra así creaba hombres fuertes y mujeres todavía más fuertes. Sus hijos ya habían aprendido a racionar sus reservas de agua en vez de beberla como si siempre fueran a tener un arroyo cerca. Los inviernos eran gélidos y los veranos tórridos, pero había libertad en esa inmensidad... y las lluvias regresarían. Los recuerdos de su infancia eran colinas de ondulante seda verde extendiéndose hasta el horizonte en todas direcciones. Esa tierra tenía que soportar la sequía y el frío, pero volvería a renacer.

A lo lejos vislumbraba la montaña de Deli'un-Boldakh, un pico de significado casi místico en las leyendas de las tribus. Gengis había nacido en algún lugar en sus inmediaciones. Su padre Yesugei había cabalgado con sus vasallos por allí, protegiendo a sus rebaños de los asaltadores durante los meses más fríos.

Sorhatani demoró la mirada en otro risco, la roja roca que Gengis había escalado con sus hermanos cuando el mundo era más pequeño y todas las tribus estaban enfrentadas entre sí. Sus tres hijos mantenían su ritmo y la rojiza colina fue creciendo ante ellos. Allí, Gengis y Kachiun habían encontrado un nido de águila y habían descendido con dos polluelos perfectos para enseñárselos a su padre. Sorhatani podía imaginarse su excitación, e incluso ver sus caras en los rasgos de sus propios hijos.

Lo único que echaba de menos es que Mongke estuviera allí, aunque sabía que su añoranza no eran más que tonterías de madre. Mongke tenía que aprender a liderar, a emprender campañas con su padre y sus tíos. Los guerreros no respetarían a un general que no supiera nada de tácticas o de cómo elegir y aprovechar el terreno.

Se preguntó si la madre de Gengis había amado a Bekter como ella amaba a su primogénito. Las leyendas contaban que Bekter había sido de espíritu solemne, igual que Mongke. Su hijo mayor no era muy propenso a la risa, o a los relámpagos de ingenio y humor que caracterizaban a un chico como Kublai.

Observó cómo montaba Kublai, con su coleta al estilo Chin restallando al viento. Era esbelto y nervudo como su padre y su abuelo. Los chicos iban haciendo carreras entre sí a través del polvo y, orgullosa, Sorhatani se deleitó en la juventud y fuerza de sus hijos tanto como en la suya propia.

Tolui y Mongke llevaban fuera muchos meses. Había sido difícil para ella abandonar Karakorum, pero sabía que tenía que preparar un campamento para su esposo, explorar aquellas tierras. Era su tarea levantar las tiendas a la sombra de la cumbre de Deli'un-Boldakh y encontrar buenos pastos en los valles. Miles de hombres y mujeres la habían acompañado hasta la patria mongola, pero, por el momento, esperarían cuanto ella quisiera mientras galopaba hacia la roja colina.

Quizá un día Mongke comandara un ejército como Tsubodai, o llegara a ser un hombre poderoso bajo las órdenes de su tío Chagatai. Era fácil soñar en un día así, con el viento convirtiendo su cabello en un río de hilos de seda.

Sorhatani lanzó una ojeada a sus espaldas, comprobando la presencia de los vasallos de su esposo. Dos de los guerreros más feroces a su mando cabalgaban a poca distancia de la familia. Mientras los observaba, notó cómo giraban la cabeza a

derecha e izquierda para identificar el más ligero peligro. Sonrió. Antes de marcharse, Tolui les había dado órdenes claras acerca de la seguridad de su esposa e hijos. Puede que fuera cierto que en las colinas y estepas de su tierra natal prácticamente no quedaba ninguna familia nómada, pero, aun así, él se preocupaba por ellos. Era un hombre excelente, pensó. Si hubiera tenido solo una mínima parte de la ambición de su padre, habría llegado muy lejos. El ánimo de Sorhatani no se empañó ante esa idea. Nunca había considerado que fuera misión suya conformar el destino de su marido. Siempre había sido el hijo menor de Gengis y, desde sus primeros años de vida, había sabido que sus hermanos liderarían y él los seguiría.

Sus hijos eran algo muy distinto. Hasta el más pequeño, Arik-Boke, había sido entrenado como guerrero y estudioso desde que aprendió a andar. Todos ellos sabían leer y escribir el alfabeto de la corte Chin. Aunque ella rezaba a Cristo y a su madre, ellos habían sido educados en la religión de los Chin y los Sung, donde residía el auténtico poder. Fuera lo que fuera lo que les deparara el destino, sabía que los había preparado lo mejor que había podido.

El reducido grupo desmontó al pie de la roja colina y Sorhatani gritó de placer al ver las motas girantes de las águilas en lo alto. Parte de ella había creído que las águilas no eran más que un jactancioso rumor de pastores, una forma de honrar la historia de Gengis. Pero allí estaban y su nido estaría en algún lugar entre los peñascos.

Los vasallos de su marido se acercaron e hicieron una profunda reverencia ante ella, esperando pacientemente sus órdenes.

—Mis hijos van a escalar hasta el nido —dijo, excitada como una niña. No necesitaba dar más explicaciones. Entornando los ojos, ambos guerreros habían visto las aves trazando círculos en la cumbre del risco—. Explorad la zona en busca de agua, pero no os alejéis demasiado.

En pocos momentos, los hombres habían subido a las sillas de un salto y estaban alejándose al trote. Habían aprendido que Sorhatani esperaba la misma obediencia instantánea que su marido. Había crecido rodeada de hombres de poder y se había casado con un miembro de la familia del gran khan cuando era muy joven. Sabía que los hombres preferían seguir, que liderar exigía un esfuerzo de voluntad. Ella poseía esa voluntad.

Kublai y Hulegu ya estaban en la falda de la colina, protegiéndose los ojos del sol con la mano para localizar el nido. La época del año no era la ideal, la estación estaba demasiado avanzada. Si los polluelos estaban allí, ya serían fuertes, quizá incluso capaces de abandonar el nido y salir volando. Sorhatani no sabía si sus hijos se llevarían una decepción, pero no importaba. Había hecho que formaran parte de una historia de la vida de Gengis y nunca olvidarían esa subida, tanto si bajaban con un polluelo en los brazos como si no. Les había dado un recuerdo que algún día contarían a sus propios hijos.

Los muchachos se despojaron de sus armas y empezaron a trepar por la sección

más fácil mientras Sorhatani sacaba una bolsa de pedazos de queso reblandecido de debajo de su silla de montar. Ella misma había golpeado el duro queso con un martillo, rompiéndolo en pedazos suficientemente pequeños para que no irritaran la piel de la yegua mientras se ablandaban en agua. Tenía debilidad por la densa pasta amarilla, con su sabor amargo y refrescante. Se relamió mientras metía la mano y luego se chupaba los dedos para limpiárselos.

No tardó mucho en ir a por agua para los caballos de tiro y darles de beber con un cubo de cuero. Cuando terminó la tarea, Sorhatani rebuscó otra vez en sus alforjas hasta encontrar unos cuantos dátiles secos. Miró con expresión culpable hacia la colina mientras mordisqueaba uno, sabiendo que a sus hijos les encantaba aquel raro manjar. Bueno, no estaban allí. Vio que habían subido bastante, escalando con facilidad con sus delgadas y fuertes piernas. No volverían hasta la puesta de sol y, por una vez, estaba sola. Ató al poni por una de las patas con un trozo de cuerda para que no se alejara demasiado y luego extendió el sudadero en el suelo y se sentó en la hierba seca.

Sorhatani dormitó durante un par de horas, disfrutando de la apacible soledad. De vez en cuando, cogía un deel que estaba bordando con hilo de oro para Kublai. Sería muy hermoso cuando lo hubiera terminado y trabajaba con la cabeza gacha, concentrada en las puntadas, cortando el hilo con fuertes y blancos dientes. Bajo el sol, era fácil cabecear sobre la tela y se quedó dormida otro rato. Cuando despertó de nuevo, descubrió que la tarde había refrescado. Se levantó y se estiró, bostezando. Era una buena tierra y en ella se sentía como en casa. Había soñado con Gengis de joven y tenía el rostro sofocado y cubierto de sudoración. No había sido un sueño que pudiera compartir con sus hijos.

A lo lejos, sus ojos captaron el movimiento de un jinete. Era un talento innato, producto de generaciones para las que localizar a un enemigo es algo clave para la supervivencia. Frunció el ceño y se cubrió los ojos con la mano, luego ahuecó las manos formando un tubo con ellas para enfocar su vista todavía más. Aun con ese viejo truco de explorador, la oscura figura no era más que una mota.

Los vasallos de su marido no habían dormido durante la tarde y ya se dirigían al galope a interceptar al solitario jinete. Sorhatani notó que la sensación de paz se reducía y palidecía cuando alcanzaban al hombre y ese punto único se convertía en un grueso nudo.

—¿Quién eres? —murmuró para sí.

Era difícil no sentir una punzada de preocupación. Un jinete solo únicamente podía ser uno de los mensajeros del yan que recorrían miles de kilómetros en todas direcciones comunicando entre sí al khan y sus generales. Utilizando caballos de repuesto, podían cabalgar ciento cincuenta kilómetros diarios, a veces incluso más si se trataba de una cuestión de vida o muerte. Las fuerzas del khan en territorio Chin estaban a solo diez días de distancia, según los cálculos de esos hombres. Vio que los tres jinetes volvían a ponerse en marcha en dirección a la colina roja y se le encogió

el vientre con una repentina premonición.

A sus espaldas, oyó a sus hijos que regresaban de la escalada. Sus voces sonaban alegres y despreocupadas, pero no había gritos de triunfo. Las crías de águila habían abandonado el nido o se les habían escapado de las manos volando. Sorhatani empezó a recoger, volviendo a envolver sus preciosas agujas y carretes de hilo formando un rollo y atando los nudos con mecánica pericia. Prefería hacer eso que quedarse esperando llena de impotencia y se tomó su tiempo con las alforjas, guardando con cuidado los odres de agua.

Cuando se volvió, se llevó la mano a la boca al reconocer al solitario jinete que llegaba flanqueado por los vasallos. Todavía se encontraban a cierta distancia y Sorhatani estuvo a punto de gritarles que se dieran prisa. Cuando estuvieron más cerca, vio que Mongke se bamboleaba en la silla, próximo al agotamiento absoluto.

Estaba cubierto de polvo y los costados de su caballo palpitaban cubiertos de mugre donde Mongke había vaciado su vejiga sin desmontar. Sabía que los exploradores solo hacían eso cuando las noticias debían ser entregadas con la máxima urgencia y el corazón le dio un vuelco. No dijo nada mientras su hijo mayor desmontaba tambaleante ni cuando estuvo a punto de caer porque le fallaron las piernas. Se agarró al pomo de la silla y se frotó las piernas con su fuerte mano derecha para aliviar los calambres. Por fin, las miradas de madre e hijo se encontraron y no fue necesario que Mongke hablara.

Sorhatani no se echó a llorar. Aunque parte de ella sabía que su esposo había muerto, se mantuvo en pie, erguida, mientras los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Tenía tantas cosas que hacer.

—Te doy la bienvenida a mi campamento, hijo mío —dijo por fin.

Casi en estado de trance, se volvió a los vasallos y les dijo que hicieran fuego y prepararan té con sal. El resto de sus hijos, callados y confusos, miraba el pequeño grupo.

—Siéntate conmigo, Mongke —le pidió con voz suave.

Su hijo asintió, con los ojos enrojecidos por la fatiga y la pena.

Se sentó en la hierba junto a ella y saludó con la cabeza a Kublai, Hulegu y Arik-Boke mientras iban formando un estrecho círculo en torno a su madre. Cuando el té salado estuvo listo, Mongke se bebió el primer cuenco en un par de tragos para limpiarse el polvo de la garganta. Las palabras todavía debían ser pronunciadas. Sorhatani, abrumada por un torbellino de emociones, casi lanzó un grito para detenerle. Si Mongke no hablaba, no sería totalmente cierto. Una vez que las palabras hubieran salido de su boca, su vida, la vida de sus hijos cambiarían para siempre y ella habría perdido a su amado.

—Mi padre ha muerto —dijo Mongke.

Su madre cerró los ojos un momento. Su última esperanza le había sido arrebatada. Respiró hondo.

—Fue un buen marido —susurró, atragantándose—. Era un guerrero que

comandaba a mil hombres por su khan. Le amé más de lo que nunca sabréis. —Las lágrimas agrandaron sus ojos y, ronca por el dolor que atenazaba su garganta, añadió —: Dime cómo sucedió, Mongke. Cuéntamelo absolutamente todo.

XV

Tsubodai tiró de las riendas y frenó al borde de un barranco, inclinándose por encima de la silla para observar el valle que se extendía debajo. Le había llevado todo un día de viaje a través de caminos de cabras alcanzar ese lugar, pero, desde esa altura, se divisaban más de treinta kilómetros a la redonda: colinas y aldeas, ríos y ciudades. El ancho Volga discurría hacia el oeste, pero no era un obstáculo serio. Ya había enviado a unos hombres con órdenes de vadearlo por las barras de arena para explorar las islas y las orillas del otro lado. Había asaltado esas tierras años atrás. Sonrió al recordar cómo había cruzado con sus hombres los ríos helados. Los rusos habían creído que nadie resistiría su invierno. Se habían equivocado. Solo Gengis podía haberle hecho regresar en aquel momento. Cuando el gran khan le había ordenado que volviera a casa, Tsubodai había vuelto, pero eso no sucedería nunca más. Ogedai le había dado mano libre. Las fronteras Chin del este eran seguras y, si podía conquistar las tierras al oeste, la nación dominaría las llanuras centrales de mar a mar, un imperio tan vasto que desafiaba la imaginación. Tsubodai estaba ansioso por ver las tierras que se extendían al otro lado de los bosques rusos, recorrer el camino hasta los legendarios mares helados y sus gentes blancas como fantasmas, que nunca veían el sol.

Ante una vista así, era fácil imaginar los hilos de su influencia alargándose por el territorio y regresando hasta él. Tsubodai se hallaba en el centro de una red de mensajeros y espías. A lo largo y ancho de cientos de kilómetros en torno a su posición, tenía hombres y mujeres en todos los mercados, pueblos, ciudades y fortalezas. Algunos de ellos no tenían ni idea de que las monedas con las que les pagaban procedían de los ejércitos mongoles. Algunos de sus exploradores e informantes eran miembros de tribus turcas, y carecían del pliegue en los párpados que identificaba a sus guerreros. Otros eran hombres que Tsubodai y Batu ya habían reclutado con su aquiescencia o sin ella. Salían tambaleándose de las cenizas de cada ciudad, desesperados y sin hogar, dispuestos a aceptar cualquier cosa que sus conquistadores les pidieran a cambio de sus vidas. La plata del khan fluía como un río por las manos de Tsubodai y compraba información tanto como carne y sal... Y la valoraba más.

El general giró la cabeza cuando Batu apareció en la última curva y acercó su poni a la cresta del risco antes de desmontar. Batu contempló los valles con expresión de aburrido resentimiento. Tsubodai frunció el ceño para sí. No podía cambiar el pasado, como no podía cuestionar el derecho de Ogedai Khan a ascender a un hosco muchacho a comandante de un millar de hombres. Un adolescente inexperto con un ejército podía hacer mucho daño. Lo raro era que Tsubodai persistía en prepararle para ser el destructor más eficiente posible. El tiempo de soledad le daría perspectiva y sabiduría, todo aquello que, en la actualidad, a Batu le faltaba.

Permanecieron largo tiempo en silencio antes de que a Batu se le agotara la

paciencia, como Tsubodai preveía. No había calma en el interior del joven y enfadado guerrero, no había paz, sino que, al contrario, siempre parecía estar a punto de estallar de ira y todos los que le rodeaban lo percibían.

—He llegado, Tsubodai *Bahadur* —Batu pronunció el sobrenombre del general con expresión desdeñosa, haciendo que la palabra «valiente» sonara como una burla—. ¿Qué hay allí que solo tus ojos pueden ver?

Tsubodai contestó como si nada hubiera pasado, manteniendo su voz tan irritantemente relajada como fue capaz.

—Cuando avancemos, tus hombres no podrán ver el terreno, Batu. Podrían perderse o tener que detenerse ante un obstáculo. ¿Ves aquellas colinas bajas, allí?

Batu entornó los ojos para mirar hacia donde Tsubodai señalaba.

—Desde aquí, puedes ver cómo discurren casi en paralelo, dejando un espacio central libre durante... dos kilómetros, quizá tres. Cuatro o cinco *li*, como miden las distancias los Chin. Podríamos emboscar dos minghaans a cada uno de los lados. Si hacemos que los rusos entren en batalla unos kilómetros más abajo, una falsa retirada les arrastrará hasta esas colinas y ya no saldrán de allí.

—Eso no es nada nuevo —dijo Batu—. Conozco la retirada fingida. Pensé que tendrías algo más interesante que hiciera que mereciera la pena haber trepado con el caballo hasta aquí.

Tsubodai posó una fría mirada sobre el joven durante un momento, pero Batu la sostuvo con insolente confianza.

—¿Sí, Orlok Tsubodai? —preguntó—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—Es importante elegir el terreno y luego explorarlo bien para descubrir obstáculos ocultos —respondió Tsubodai.

Batu se rio entre dientes y bajó la mirada de nuevo. Pese a su bravuconería y arrogancia, Tsubodai notó que estaba absorbiendo todos los detalles del terreno, recorriéndolo con los ojos de lado a lado como si lo memorizara. Era un estudiante desagradable, pero su mente era extremadamente aguda. Era difícil no pensar en su padre a veces, y esos recuerdos aplacaban la irritación del general.

—Dime lo que ves en nuestros tumanes —continuó Tsubodai.

Batu se encogió de hombros. Abajo, vio cinco columnas avanzando despacio por el terreno. Le bastó una ojeada para interpretar sus posiciones.

—Marchamos por separado y atacamos juntos. Cinco dedos cubriendo el máximo terreno posible. Los mensajeros los mantienen en contacto para poder responder con rapidez ante cualquier demostración de fuerza. Creo que fue mi abuelo el que inició esa práctica. Ha funcionado bastante bien desde entonces.

Esbozó una ancha sonrisa sin mirar a Tsubodai. Batu sabía que el general había creado la formación que permitía que un pequeño ejército atravesara áreas enormes, despejando ciudades y pueblos frente a ellos y dejando un territorio humeante a sus espaldas. Se reunían solo cuando el enemigo se presentaba en masa, momento en el cual los raudos mensajeros hacían que los tumanes aparecieran a toda velocidad,

como un puño que aplastaba su resistencia antes de que pudieran avanzar.

—Tienes buenos ojos, Batu. Dime qué más ves.

La voz de Tsubodai sonaba exasperantemente calmada y Batu mordió el anzuelo, resuelto a demostrarle que no necesitaba que le diera lecciones. Habló con rapidez, utilizando la mano para trazar líneas en el aire.

—En cada columna hay grupos de diez exploradores situados al frente. Se adelantan hasta ciento treinta kilómetros, buscando al enemigo. El centro lo ocupan las familias, el bagaje, los bueyes, los camellos, los tambores y miles de tiendas plegadas. Hay forjas portátiles sobre carros con ruedas provistas de radios reforzados con hierro. Creo que eso es cosa tuya, general. Allí marchan guerreros a pie y muchachos jóvenes, nuestra última defensa en caso de que los guerreros fueran barridos alguna vez. A su alrededor van los rebaños de ovejas, cabras y por supuesto los caballos de repuesto, tres o más por cada hombre. —Habló deprisa, disfrutando de la oportunidad de demostrar sus conocimientos—. Además, está la caballería pesada de los tumanes en minghaans. Y también tenemos la pantalla de caballería ligera, la primera que se enfrenta a cualquier ataque con sus flechas. Por último, tenemos a los hombres de retaguardia, que avanza con paso lento y pesado y desearía estar más cerca del frente en vez de pisar la mierda de todos los demás. ¿Quieres que empiece a nombrar a los oficiales? Tú eres el orlok, al mando de todo, me han dicho. Tu linaje no es digno de mención, así que yo soy el príncipe cuyo nombre aparece en las órdenes, el nieto de Gengis Khan. Es un asunto extraño, pero ya lo discutiremos en otro momento. Yo lidero un tumán, al igual que los generales Kachiun, Jebe, Chulgetei y Guyuk. Los oficiales minghaan, en orden de rango, son...

—Es suficiente, Batu —dijo Tsubodai con suavidad.

—Ilugei, Muqali, Degei, Tolon, Onggur, Boroqul...

—¡Basta! —interrumpió Tsubodai—. Conozco sus nombres.

—Ya veo —dijo Batu, enarcando una ceja—. Entonces no entiendo qué querías que aprendiera perdiendo medio día cabalgando hasta esta roca contigo. ¿Me he equivocado, general? ¿Te he molestado de algún modo? Debes decírmelo, para poder enmendar mi error. Perforó con la mirada a Tsubodai, dejando traslucir su amargura por una vez. Tsubodai controló su cólera, sintió cómo crecía en su interior y la sujetó con firmeza para no arruinar a un joven cuyas únicas culpas eran el rencor y la arrogancia. Se parecía demasiado a Jochi para que Tsubodai no supiera que estaba en lo cierto.

—No has mencionado a los auxiliares —dijo Tsubodai por fin, con calma. Como respuesta, Batu soltó una áspera y desagradable risita.

—No, y no lo haré. Ese desordenado grupo de reclutas forzosos no vale más que para recibir los proyectiles de nuestros enemigos. Voy a regresar con mi tumán, general.

Inició la maniobra de girar su montura pero Tsubodai alargó la mano y sujetó sus riendas. Batu lo fulminó con la mirada, pero tuvo suficiente sentido común como para

no coger la espada que pendía de su cintura.

—Todavía no te he dado permiso para marcharte —dijo Tsubodai.

Su rostro continuaba impasible, pero su voz se había endurecido y sus ojos brillaban gélidos. Batu sonrió y Tsubodai notó que estaba a punto de decir algo que haría pedazos la tensa cortesía que existía entre ambos. Por ese motivo prefería tratar con hombres de más edad, que sabían calibrar las consecuencias de sus acciones y no tirarían por la borda toda su vida por un momento de ira. Tsubodai habló deprisa y con firmeza para atajarle.

—Si tengo la más mínima duda sobre tu capacidad para seguir mis órdenes, Batu, te enviaré de vuelta a Karakorum. —Batu abrió la boca para tomar aire con el rostro crispado mientras Tsubodai proseguía implacable—: Puedes presentarle tus quejas a tu tío, pero dejarás de cabalgar junto a mí. Si te encomiendo la toma de una colina, destruirás a todo tu tumán antes que fracasar. Si te digo que ocupes una posición, destrozará tus caballos para llegar allí a tiempo. ¿Entiendes? Si me fallas en *una sola cosa*, no habrá una segunda oportunidad. Esto no es un juego, general, y no me importa lo que pienses de mí, no me importa en absoluto. Ahora, si tienes algo que decirme, dímelo.

Con casi veinte años, Batu había madurado desde que ganara aquella carrera de caballos en Karakorum. Controló su ira con una rapidez que sorprendió a Tsubodai, frenando sus emociones y ocultándolas tras una mirada vacía. Su control demostraba que era más un hombre que un chico, pero lo convertía en un adversario mucho más peligroso.

—Puedes tener fe en mí, Tsubodai Bahadur —dijo Batu, esta vez sin sorna—. Con tu permiso, regresaré con mi columna.

Tsubodai inclinó la cabeza y Batu se alejó al trote por el camino de cabras que llevaba a la falda de la colina. Tsubodai se quedó mirándolo durante un tiempo y luego adoptó una mueca descontenta. Si hubiese sido cualquier otro oficial, le habría hecho azotar y le habría atado a un caballo para que le condujesen a casa con deshonor. Solo los recuerdos del padre de Batu y, sí, de su abuelo detuvieron la mano de Tsubodai. Ambos habían sido líderes natos. Quizá el hijo pudiera llegar a parecerse a ellos, a menos, por supuesto, que lo mataran antes. Necesitaba que lo pusieran a prueba para alcanzar la hondura de alma que se obtenía solo con el verdadero conocimiento de la habilidad, y no con la arrogancia vacía. Tsubodai asintió para sí mientras contemplaba las tierras que se extendían a sus pies. Habría muchas oportunidades para templar al fuego el carácter del joven príncipe.

Las tierras rusas resultaron ser la presa perfecta para el tipo de ataque que Tsubodai había perfeccionado. Incluso los nobles protegían sus hogares y ciudades con poco más que una empalizada de madera. Algunas poseían la solidez de décadas o incluso siglos, pero la máquina de guerra mongola había superado esos obstáculos

anteriormente en territorio Chin. Sus catapultas destruyeron por completo los antiguos troncos, aplastando en ocasiones al caer a los que se protegían tras ellos. Era cierto que los arqueros mongoles tenían que enfrentarse a bosques más poblados de lo que nunca habían visto, algunos de los cuales abarcaban miles de kilómetros y podían ocultar nutridas fuerzas de caballería. El pasado verano había sido caluroso y las fuertes lluvias hacían que el terreno a menudo estuviera demasiado blando para avanzar a cierta velocidad. Tsubodai detestaba profundamente las marismas, pero estaba empezando a pensar que, si no hubiera sido por ellas, Gengis habría cometido un error atacando el este. Las tierras occidentales seguían estando llenas de atractivos y, por el momento, mientras batían el terreno, Tsubodai no había visto ninguna fuerza que supusiera un reto para sus tumanes. La avalancha mongola los llevó a cientos de kilómetros al norte y el invierno les concedió un bienvenido alivio de las moscas y la lluvia y la enfermedad.

Durante el primer año, se había mantenido al este del río Volga, prefiriendo eliminar cualquier posible amenaza de la zona que se convertiría en su retaguardia y formaría parte de la ruta de suministro hasta Karakorum. Aunque las distancias eran enormes, había un constante ir y venir de jinetes. Las primeras estaciones de posta o yans estaban surgiendo detrás de sus tumanes, tan bien fortificadas como las demás construcciones en territorio ruso. A Tsubodai los edificios le daban igual, pero servían para almacenar grano, sillas de montar y los caballos más veloces de las manadas, listos para ser montados por cualquiera que necesitara correr como una flecha.

Era una mañana de primavera cuando Tsubodai reunió a sus oficiales de mayor rango en un prado junto a un lago lleno de aves salvajes. Sus exploradores habían dedicado la mañana a atrapar millares de esos pájaros por medio de redes o a hacer que echaran a volar por diversión. Las mujeres de los campamentos los estaban desplumando para asarlos por la noche, creando grandes montones de plumas que se deslizaban sobre la hierba como aceite derramado.

Batu observó con interés cuidadosamente disimulado al guerrero que Tsubodai hizo avanzar hasta la primera fila. Era uno de sus más poderosos guerreros y su rostro estaba oculto por un casco de hierro pulido. Todo cuanto tenía lo había capturado en una zona más lejana, hacia el oeste. Incluso su caballo era un monstruo, negro como la noche y el doble de alto que cualquier poni mongol. Como su jinete, estaba cubierto con una coraza de hierro, desde las escamas que rodeaban sus ojos hasta una falda de metal y cuero reforzado que protegía sus cuartos traseros de las flechas.

Algunos hombres lo miraron con codicia, pero Batu despreciaba a un animal así. Con lo grande que era y esa armadura tan pesada, sin duda sería una montura lenta, al menos en las maniobras de ataque y rechazo de la batalla.

—Esto es a lo que nos enfrentaremos a medida que avancemos hacia el oeste —dijo Tsubodai—. Hombres como este, en jaulas de hierro, constituyen la fuerza más temible en el campo de batalla. Según los monjes cristianos de Karakorum, sus cargas son imparables: un enorme peso de metal y cuero que puede aplastar cualquier cosa

que les opongamos.

Los hombres se movieron incómodos, dudando si creer una afirmación tan grandilocuente. Observaron fascinados cómo Tsubodai acercaba su poni al otro animal. Parecía pequeño junto al hombre y su caballo, pero empleó las riendas con ligereza para hacer que su poni le diera la vuelta en un estrecho círculo.

—Alza la mano cuando puedas verme, Tangut —dijo.

No tardaron mucho tiempo en comprender. La línea de visión que Tsubodai había revelado en el guerrero era solo una corta franja en el frente.

—Incluso con la visera levantada, no puede ver nada por los lados o por atrás, y será difícil girar con tanto hierro encima. —Tsubodai alargó la mano y golpeó con el puño el peto del guerrero. Resonó como una campana—. Lleva el pecho bien protegido. Debajo del peto lleva una capa de eslabones de hierro, como una cota de malla. Su propósito es similar al de nuestras túnicas de seda, pero ha sido creada para resistir hachas y cuchillos más que flechas.

Tsubodai hizo un gesto a un muchacho que sostenía una larga lanza y el chico echó a correr hacia el guerrero y se la entregó, llamando su atención con unos golpecitos en la pierna.

—Así se utilizan —dijo Tsubodai—. Como nuestra propia caballería pesada, se abalanzan de frente contra el enemigo. En una carga, su armadura no tiene ningún defecto ni agujero.

Asintió mirando a Tangut y todos observaron cómo el guerrero y su voluminoso caparazón metálico se alejaban al trote, tintineando a cada paso.

A doscientos pasos, el hombre hizo dar media vuelta a su pesada montura, que se empinó sobre las patas traseras y bajó las orejas. El guerrero le clavó los talones en la grupa y el animal echó a correr, golpeando el suelo con sus gruesas patas. Batu vio cómo al bajar la testuz del caballo, la coraza de pecho y cráneo se unían, formando un armazón impenetrable. La lanza descendió y la punta empezó a cortar el aire en círculos para centrarse en el pecho de Tsubodai.

Batu se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y lo soltó, molesto consigo mismo por haber caído bajo el hechizo de Tsubodai. Observó con frialdad cómo el guerrero iniciaba el galope tendido, convirtiendo su lanza en un arma letal. Los cascos tronaban y, de pronto, Batu tuvo una visión de una hilera de hombres así atravesando el campo de batalla. La sola idea le hizo tragar saliva.

Tsubodai se movió, apartándose como un rayo con su poni. Vieron al formidable guerrero intentar corregir la trayectoria, pero no podía girar a esa velocidad y pasó de largo.

Tsubodai levantó y tendió su arco con un movimiento fluido, apuntando sin esfuerzo. La parte frontal del caballo estaba tan bien blindada como su jinete. Había incluso una pieza de hierro recorriendo la línea de las crines, pero por debajo de ella, el grueso pescuezo estaba despejado y desnudo.

La flecha de Tsubodai se clavó en la carne y el caballo relinchó, expulsando

sangre brillante por los ollares.

—Desde los lados, para un buen arquero, están desprotegidos —gritó Tsubodai por encima del ruido. Habló sin orgullo: cualquiera de los que observaban podría haber hecho ese disparo. Sonrieron al pensar en unos enemigos tan poderosos derrotados con velocidad y flechas.

Todos oían los torturados resoplidos del caballo, que movía la cabeza adelante y atrás, angustiado por el dolor. Al final, cayó de rodillas muy despacio y el guerrero desmontó y se alejó de él. Tiró al suelo la lanza y desenvainó una larga espada, avanzando hacia Tsubodai.

—Para derrotar a hombres con este tipo de armaduras, debemos matar antes a sus caballos —prosiguió Tsubodai—. Su armadura está diseñada para desviar flechas disparadas desde una posición frontal. Todo está pensado para la carga, pero a pie, son como tortugas, lentos y pesados.

Para demostrar su argumento, seleccionó una flecha de astil grueso con una larga punta de acero. Era un artefacto de aspecto maligno, suave y pulido, sin lengüetas que redujeran su velocidad.

Al ver la acción de Tsubodai, el guerrero vaciló. No sabía hasta dónde estaba dispuesto a llegar el general para probar su tesis, pero se dijo que sería igualmente implacable con un hombre sin agallas. El momento de indecisión pasó y el guerrero siguió avanzando, esforzándose por mover sus pesados brazos y piernas con rapidez para utilizar la espada con efectividad.

Desde la silla, Tsubodai guio a su montura con las rodillas, alejándola marcha atrás del alcance de la espada. Tensó el arco de nuevo, sintiendo su inmenso poder mientras llevaba la saeta, de casi un metro de largo, hasta su oreja. Con el guerrero a solo unos pasos, Tsubodai disparó y observó atentamente cómo la flecha atravesaba las escamas del costado.

El guerrero se desplomó con un estruendo metálico. La flecha se había alojado en su armadura, de la que, mientras el cuerpo caía, las plumas asomaron claramente. Tsubodai sonrió de oreja a oreja.

—Solo tienen un punto fuerte: cuando están en línea, avanzando de frente. Si permitimos que aprovechen ese punto fuerte, nos derrotarán como la guadaña al trigo. Si nos dispersamos y les tendemos emboscadas, organizamos falsas retiradas y los atacamos por los flancos, serán como niños ante nosotros.

Batu observó cómo dos asistentes de Tsubodai, sudando y haciendo muecas de esfuerzo por la enorme carga, se llevaban al guerrero moribundo. A una cierta distancia, se detuvieron, le quitaron la armadura y dejaron a la vista la cota de malla perforada por la flecha. Tuvieron que romperla para soltar la placa de metal y llevársela a Tsubodai.

—Según esos cristianos fanfarrones que pretenden asustarnos, durante cien años esos caballeros no han tenido rival en el campo de batalla. —Sostuvo en alto la escama metálica y todos pudieron ver la luz del sol pasar a través del limpio agujero

—. No podemos dejar ningún ejército ni ciudad de importancia a nuestras espaldas o en nuestros flancos, pero si esto es lo mejor que tienen, creo que vamos a darles una buena sorpresa.

Todos a una, los hombres levantaron sus arcos y espadas, vitoreando a Tsubodai. Para no hacerse notar quedándose fuera del grupo, Batu se unió a ellos. Vio que la mirada de Tsubodai se posaba un instante sobre él. La satisfacción brilló en los ojos del general al ver que Batu gritaba con los demás. Batu sonrió al pensar que lo que estaba levantando en el aire era la cabeza de Tsubodai. Era solo una fantasía. El ejército era fuerte, pero sabía que necesitaban a Tsubodai para liderarlos hacia el oeste en su lucha contra las grandes huestes de jinetes y, en especial, contra esos hombres de hierro. Para Batu, hombres como Tsubodai eran viejos y su final estaba próximo. Sabía que su oportunidad para liderar llegaría de forma natural, no necesitaba forzar su progreso.

Chagatai había construido un palacio de verano en las orillas del río Amu Daria, el extremo occidental de su imperio, que hacia el sur llegaba hasta Kabul. Desde allí, había elegido un alto peñasco sobre el río donde siempre soplaba una fresca brisa, incluso en los meses más calurosos. El sol de su khanato había tostado su esbelta figura, como si toda la humedad se hubiera evaporado de su cuerpo, dejándolo tan duro como un viejo abedul. Gobernaba las ciudades de Bujará, Samarcanda y Kabul, con toda su riqueza. Sus habitantes habían aprendido a enfrentarse al calor estival, bebiendo bebidas frías y durmiendo durante el mediodía para luego retornar a sus labores. Chagatai había escogido casi un centenar de nuevas esposas solo de esas ciudades y muchas de ellas ya habían dado a luz a hijos e hijas. Había seguido de forma literal la orden de Ogedai de generar un nuevo ejército y disfrutaba de los berridos que salían de las habitaciones de los niños de su serrallo. Había aprendido aquella nueva palabra de su colección de hermosas mujeres, ya que no existía ninguna similar en su propia lengua.

Sin embargo, en ocasiones añoraba las gélidas estepas de su tierra natal. En sus nuevas tierras, el invierno era algo pasajero, que siempre albergaba la promesa del retorno del verdor. Aunque sus noches podían ser duras, los habitantes de su nuevo khanato no conocían el interminable y abrumador frío que había conformado al pueblo mongol, las desoladas altas estepas a las que debían enfrentarse todos los días para conseguir comida, en las que siempre era una cuestión de vida o muerte. El corazón de sus tierras poseía huertos de higos y otros árboles frutales, colinas ondulantes y ríos que se desbordaban cada tres o cuatro años y que no se habían secado desde tiempos inmemoriales.

Su palacio de verano había sido construido siguiendo las mismas especificaciones y medidas que el de Ogedai en Karakorum... y luego sus dimensiones habían sido cuidadosamente reducidas. Chagatai no era en absoluto el idiota que algunos

pensaban que era. A ningún gran khan le gustaría oír que existía un edificio que rivalizaba con el suyo y Chagatai se cuidaba de representar un apoyo y no algún tipo de amenaza.

Oyó a su criado acercándose por el pasillo de mármol que conducía a la sala de audiencias sobre el río. La única concesión de Suntai al clima eran las sandalias abiertas con tachuelas de hierro que taconeaban y resonaban mucho antes de que estuviera a la vista. Chagatai estaba en el balcón, deleitándose en contemplar a los patos que aterrizaban entre los juncas de las orillas. Sobre ellos, un águila solitaria de cola blanca flotaba suspendida en perfecta quietud, silenciosa y letal.

Cuando Suntai entró, Chagatai se giró y le indicó la botella de arak que había sobre la mesa. Ambos se habían aficionado a esa bebida anisada, tan popular entre los persas. Chagatai se volvió hacia el río mientras Suntai entrechocaba las copas y servía, añadiendo un chorrito de agua que blanqueó el licor y le dio la apariencia de leche de yegua.

Chagatai aceptó la copa sin retirar la vista del águila que sobrevolaba el río. Entornó los ojos contra el sol poniente para ver cómo se encorbaba, se lanzaba súbitamente al agua y ascendía de nuevo con un pez retorciéndose entre sus garras. Los patos echaron a volar presa del pánico y Chagatai sonrió. Cuando el aire refrescaba por las noches, descubría que había llegado a encariñarse con su nuevo hogar. Era una tierra digna para los que llegaran después de él. Ogedai había sido generoso.

—Has oído las noticias —dijo Chagatai. Era una afirmación más que una pregunta. Cualquier mensaje que llegaba a su palacio estival habría pasado por las manos de Suntai antes o después.

Suntai asintió, aguardando para escuchar lo que su amo opinaba al respecto. Para aquellos que no lo conocían, era un guerrero más, aunque uno de los que se había marcado mejillas y barbilla con un cuchillo dejando gruesas cicatrices y eliminando la necesidad del afeitado durante las campañas. Suntai siempre iba sucio y su pelo estaba empapado de aceite viejo y rancio. Desdeñaba el hábito persa del baño y tenía más forúnculos y sarpullidos que la mayoría. Con sus ojos oscuros y su enjuta constitución, parecía un tosco asesino. En realidad, la mente que se ocultaba tras aquella imagen cuidadosamente creada era más aguda que los puñales que llevaba ocultos junto a su piel.

—No esperaba perder otro hermano tan pronto —dijo Chagatai con suavidad. Vació la copa de un golpe y eructó—. Dos han muerto. Solo quedamos dos.

—Amo, no deberíamos discutir este tipo de cosas junto a una ventana. Siempre hay oídos atentos.

Chagatai se encogió de hombros e hizo un gesto con su copa vacía. Suntai caminó hasta él, cogiendo con destreza la jarra de arak al pasar junto a la mesa. Se sentaron uno frente al otro en una elaborada mesa de madera negra con incrustaciones de oro que había sido propiedad de un rey persa. No estaba situada en el mismo centro de la

habitación por una cuestión simbólica: Suntai sabía que allí ni el más fino oído pegado a los muros exteriores podría captar lo que decían. Sospechaba que Ogedai tendría espías en el nuevo palacio, del mismo modo que Suntai los había colocado entre Tsubodai y Ogedai, Khasar y Kachiun, todos los hombres poderosos. La lealtad era un juego difícil, pero le encantaba.

—Tengo informes del ataque sufrido por el khan —dijo Suntai—. No puedo decir lo cerca que estuvo de la muerte sin entrevistar al chamán que le atendió. No es uno de los míos, por desgracia.

—Aun así, tengo que estar listo para moverme en cuanto el primer mensajero entre aquí galopando. —Pese a la situación de la mesa, Chagatai no pudo evitar echar una ojeada a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírle e, inclinándose hacia delante, habló con voz muy baja—: He tardado *cuarenta y cinco* días en enterarme, Suntai. No es satisfactorio. Si voy a hacerme con el gran khanato, debo recibir las noticias más rápido y mejor. La próxima vez que Ogedai caiga, quiero estar allí antes de que se enfríe, ¿entiendes?

Suntai se tocó la frente, la boca y el corazón con las yemas de los dedos, en el gesto árabe de respeto y obediencia.

—Tus deseos son órdenes para mí, mi señor. Uno de mis criados de confianza ha resultado gravemente herido en una cacería de jabalíes. Ha llevado tiempo sustituirle en el séquito del gran khan. Sin embargo, tengo a otros dos listos para entrar a trabajar para él.

En unos pocos meses, estarán en sus consejos más privados.

—Que así sea, Suntai. Solo tendré una oportunidad para coger las riendas. No quiero que el pelele de su hijo reúna a las tribus antes de que yo tenga tiempo de actuar. Sírreme bien en esto y ascenderás conmigo. La nación de mi padre es demasiado fuerte para un hombre que no puede comandar ni siquiera a su propio cuerpo.

Suntai esbozó una pequeña sonrisa, frotándose la fea y arrugada piel de sus mejillas. El instinto de los años le impedía declararse de acuerdo con la traición, o siquiera asentir con la cabeza. Había pasado demasiado tiempo con espías e informadores y nunca hablaba sin sopesar cuidadosamente sus palabras. Chagatai estaba acostumbrado a sus silencios y rellenó las copas sin más, añadiendo las gotas de agua que eliminaban el sabor amargo del licor.

—Bebamos en honor de mi hermano Tolui —dijo Chagatai.

Suntai lo miró atentamente, pero había verdadero dolor en sus ojos. El jefe de los espías del khan levantó la copa y bajó la mirada.

—Mi padre se habría enorgullecido de él por su sacrificio —continuó Chagatai—. Una locura, pero, por el padre cielo, una locura gloriosa.

Suntai bebió, consciente de que su amo llevaba bebiendo la mayor parte del día. Se notaba en sus torpes movimientos y en que tenía los ojos inyectados en sangre. En comparación, Suntai apenas dio un sorbo de su copa. Casi se atragantó cuando

Chagatai le dio una palmada en el hombro y soltó una carcajada, derramando el blanco líquido sobre la superficie lacada.

—La familia lo es todo, Suntai, no pienses ni por un momento que me olvido de eso... —Se interrumpió, contemplando sus recuerdos durante un tiempo—. Pero yo era a quien mi padre había elegido para sucederle. Hubo un tiempo en que mi destino estaba escrito en la piedra, grabado muy hondo. Ahora tengo que forjarlo por mí mismo, pero lo único que pretendo es hacer realidad sus sueños.

—Comprendo, mi señor —dijo Suntai, rellenando la copa de Chagatai—. Es una meta encomiable.

XVI

La lluvia no podía durar, Tsubodai estaba casi seguro. Caía con una fuerza asombrosa, resonando sobre sus tumanes. El cielo era un muro de nubes negras que los relámpagos cruzaban a intervalos irregulares, revelando nítidas instantáneas del campo de batalla. Tsubodai nunca habría entablado batalla en un día así si el enemigo no hubiera adoptado una nueva posición en la oscuridad. Era una acción arriesgada, incluso para jinetes tan armados como sus propios guerreros.

El Volga estaba a sus espaldas. Les había llevado un año más lograr que las tierras al otro lado del río fueran seguras, el segundo transcurrido desde su marcha de Karakorum. Había elegido ser concienzudo, hostigar a los grandes hombres del territorio atacando sus pueblos y ciudades amurallados desde un amplio frente hasta que se vieran obligados a unirse contra él. De esa forma, sus tumanes podían destruirlos a todos en vez de pasar muchos años persiguiendo a cada duque y noble menor, se llamaran como se llamaran. Durante meses, Tsubodai había avistado a distintos desconocidos vigilando sus columnas desde las cimas de las colinas, pero se desvanecían cuando los desafiaban, volviendo a desaparecer en los húmedos bosques. Parecía que a sus amos no les unía ninguna lealtad mutua y, por un tiempo, se había visto obligado a atacarlos uno a uno. Pero eso no bastaba. Para cubrir la extensión de territorio que pretendía conquistar, no se permitía dejar intacto ningún ejército de importancia ni ninguna ciudad. Era una compleja red de terrenos e información y cada mes que pasaba era más difícil gestionarla. Su punta de lanza estaba ensanchándose más y más y sus recursos estaban al límite. Necesitaba más hombres.

Como de costumbre, sus exploradores habían salido a reconocer el terreno, relevándose constantemente. Hacía unos días, varios de ellos no habían regresado. En cuanto desaparecieron los primeros, Tsubodai se preparó para un ataque, casi dos días antes de que el enemigo estuviera a la vista.

Antes de que amaneciera, con una llovizna fría calándolos hasta los huesos, todos oyeron la advertencia de los cuernos, transmitida de hombre a hombre. Llegando desde varios kilómetros a la redonda, las columnas mongolas se habían unido, formando una única masa de caballos y guerreros. No había campamento separado para los que no podían luchar. Desde los niños hasta las ancianas subidas a los carros, Tsubodai prefería que se desplazaran protegidos por el ejército principal. Su caballería ligera tomó posiciones en las inmediaciones: todos los hombres llevaban los arcos cubiertos, temiendo el momento en que tendrían que disparar las flechas bajo la lluvia. A pesar de que llevaban cuerdas de repuesto, la lluvia las estropeaba enseguida, estirando las tiras de piel y restándole fuerza a los proyectiles.

Cuando la gris mañana se iluminó tenuemente, el terreno ya se había reblandecido. Los carros se atascarían. Tsubodai comenzó a organizar la formación de un círculo con ellos, detrás del campo de batalla. Todo el tiempo siguió recopilando información. Habían alcanzado a muchos de sus exploradores, pero otros

luchaban por llegar con noticias para él. Algunos estaban heridos y uno llevaba una flecha alojada en la espalda, cerca del omóplato. Antes de que Tsubodai pudiera siquiera ver el horizonte, ya había calculado las cifras de efectivos del enemigo. Avanzaban de prisa hacia él, arriesgando su vida y la de sus monturas para sorprender a las columnas mongolas, alcanzarlas antes de que hubieran formado.

Sonrió al pensarlo. No era ningún salvaje guerrero de una tribu que pudieran sorprender al amanecer. No era posible arrollar a sus hombres con una carga repentina. Los nobles rusos estaban reaccionando como hormigas que salen a repeler a un invasor, sin detenerse a reflexionar.

Los tumanes avanzaban con soltura en formación: cada jagun de cien seguía al siguiente en la oscuridad, llamándose desde el frente y la retaguardia para mantener las posiciones. Los cinco generales hablaron por turnos con Tsubodai, que repartió las órdenes sin titubear. Se separaron al galope para ir pasándolas a través de la línea de mando.

Tsubodai había adoptado la práctica de interrogar prisioneros si el oro no compraba lo que necesitaba. Moscú, el núcleo de poder de la región, se encontraba frente a ellos. Los prisioneros conocían su localización junto al río Moscova. Ahora Tsubodai también la conocía. Los rusos eran el culmen de la arrogancia, se consideraban a sí mismos los amos de las llanuras centrales. Tsubodai volvió a sonreír para sí.

El aguacero había comenzado después de que los jinetes enemigos se lanzaran al ataque, pero no lo habían cancelado. El blando terreno los obstaculizaría a ellos tanto como a sus propios guerreros. Sus tumanes estaban en inferioridad numérica, pero siempre lo estaban. Las fuerzas auxiliares de las que Batu se había burlado servirían para defender los flancos y evitar una maniobra envolvente. Tsubodai tenía a sus mejores hombres entre ellos, entrenándolos constantemente y estableciendo cadenas de mando. Ya habían dejado de ser una mera chusma de campesinos y no los perdería sin una buena razón. Para su experimentado ojo, sus formaciones de infantería eran irregulares comparadas con la disciplina de sus tumanes, pero seguían siendo muchos, erguidos sobre el barro con hachas, espadas y escudos.

Tsubodai había repartido las órdenes y el resto estaba en manos de los individuos que lideraba. Sus hombres sabían que los planes podían cambiar en un instante, si surgía algún factor nuevo. La ola de órdenes recomenzaría y las formaciones cambiarían más de prisa de lo que su rival podía reaccionar.

La luz que se filtraba por detrás de las nubes no aumentó. De repente, la lluvia arreció, aunque los truenos cesaron por un tiempo. Para entonces, Tsubodai ya distinguía jinetes en la masa enemiga que avanzaba como una mancha a través de las colinas. Recorrió el flanco de sus tumanes, comprobando cada detalle mientras los mensajeros corrían de un lado a otro. Si no hubiera sido por la lluvia, habría dividido al ejército y habría enviado a Batu por un lado para flanquear o cercar al enemigo. En aquellas circunstancias, había elegido parecer lento y torpe, un único grupo de

guerreros cabalgando ciegamente hacia sus rivales. Eso es lo que los rusos esperarían de unos caballeros con armadura.

La mirada de Tsubodai buscó a Batu, que cabalgaba con su tumán. La posición del joven estaba marcada en la tercera fila por una hueste de estandartes, pero Tsubodai sabía que no estaba allí. Esa era otra innovación. Las órdenes de Tsubodai habían sido revelar esas posiciones con banderas, pero que los generales se retiraran a un lado de sus tropas. Los portaestandartes iban protegidos por unos pesados escudos y, ante la perspectiva de engañar al enemigo con esa estratagema, tenían la moral muy alta.

Un terrón de barro frío salió volando del casco de un caballo y alcanzó la mejilla de Tsubodai, que se la limpió. Los rusos estaban a menos de kilómetro y medio y su mente iba haciendo cálculos a toda velocidad mientras los ejércitos se aproximaban. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Su rostro se crispó mientras pensaba. Buena parte del plan dependía de que Batu siguiera sus órdenes, pero si el joven general fallaba o desobedecía, Tsubodai estaba preparado. No le daría a Batu otra oportunidad, fueran quienes fueran su padre y su abuelo.

El chubasco cesó sin previo aviso y, súbitamente, el ruido de caballos y hombres inundó la mañana, y las órdenes, antes amortiguadas, sonaron ahora con toda claridad. El príncipe ruso había ampliado la línea de batalla al ver sus efectivos, preparándose para rodearlos con sus hombres. A uno de los flancos rusos le estaba costando mantener el ritmo del resto en el cenagoso terreno: sus caballos se hundían en el fango y resurgían solo con esfuerzo. Era una debilidad y Tsubodai envió mensajeros a sus generales para asegurarse de que la habían percibido.

Estaban a ochocientos pasos: mantuvo las columnas juntas. Estaban demasiado lejos para las flechas, y los cañones se habrían quedado atrás en el arduo avance por el blando terreno. Tsubodai notó que los guerreros rusos llevaban lanzas y arcos. No veía los enormes caballos montados por caballeros de hierro. Este noble ruso parecía preferir la armadura ligera, la velocidad a la fuerza, tanto como el propio Tsubodai. Si el enemigo comprendía verdaderamente esas cualidades, Tsubodai sabía que sería difícil inmovilizarlo, pero no había indicios de esa comprensión. Habían visto que su contingente no era muy grande, y que avanzaban pesadamente en bloque. Su líder, fuera quien fuera, había elegido una simple formación en cabeza de martillo para aplastar a los meros pastores de una tribu.

A cuatrocientos pasos, las primeras saetas subieron muy arriba, disparadas por jóvenes estúpidos de ambos bandos que deberían haber sabido esperar. Ninguna del bando ruso alcanzó a sus hombres y la mayoría de sus guerreros protegieron las cuerdas de su arco, manteniéndolas cubiertas hasta el último momento. Hombres que habían creado ellos mismos su propio arco no se arriesgarían a verlo destruido por una cuerda que se rompía. Las armas eran valiosas, en ocasiones el único objeto de valor que poseían aparte de un poni y una silla de montar.

Tsubodai identificó al príncipe ruso que lideraba el ejército. Como la falsa

posición de Batu, estaba rodeado de banderas y guardias, pero el gigantesco caballo situado en el centro del ejército era inconfundible, con su jinete cubierto por una armadura que relucía como plata bajo la lluvia. Llevaba la cabeza descubierta y, a doscientos pasos, su mirada aguda a pesar de la distancia, Tsubodai distinguió una barba rubia. Envió a otro jinete a Batu para estar seguro de que había visto a su hombre, pero era innecesario. En cuanto el emisario hubo partido como un rayo, Tsubodai vio que Batu señalaba con el dedo hacia allá y repartía órdenes a sus minghaans.

Los truenos retumbaron de nuevo por encima de sus cabezas y, por un instante, Tsubodai vio miles de rostros de tez clara alzarse hacia el cielo. Se dio cuenta de que muchos de ellos llevaban barba. En comparación con la cara mongola, casi barbilampiña, eran como enormes osos. En aquel momento su caballería ligera disparó miles de flechas, muy altas. Para los primeros disparos, un hombre de cada diez utilizaba una punta silbante, tallada y acanalada para que chillara en el aire. Hacían menos daño que las de cabeza de acero, pero el sonido era sobrenatural y terrorífico. En el pasado, los ejércitos se habían desmoronado y habían echado a correr tras esa primera descarga. Tsubodai sonrió al oír los naccara produciendo sus propios truenos, respondiendo a la tormenta que se alejaba por el este.

Las flechas se curvaron hacia arriba y cayeron con fuerza. Tsubodai notó que los rusos protegían al rubio líder con sus escudos, ignorando su propia seguridad. Algunos de sus guardias cayeron, pero luego el firme avance pareció acelerarse y la distancia entre ellos disminuyó con rapidez. La caballería ligera mongola lanzó otra lluvia de proyectiles antes de retroceder en el último momento y dejar pasar a los lanceros. Era el momento de la locura de Batu, tal como Tsubodai había ordenado. El nieto de Gengis atacaría al rubio líder personalmente. Un caballero de hierro esperaba exactamente ese tipo de desafío.

Los naccara rugieron: los chicos de los camellos golpeaban con violencia los timbales que colgaban a ambos costados creando un confuso estruendo. Los minghaans de Batu trotaban en formación de punta de flecha, adelantándose a los tumanes y, a la vez, los guerreros empezaron a gritar, un aullido ululante que hacía palidecer a sus enemigos.

Los jinetes rusos arrojaron una lluvia de flechas. Cayeron fundamentalmente sobre los portaestandartes de la tercera fila de la formación principal, rodeados por las restallantes banderas. Levantaron los escudos por encima de sus cabezas y aguantaron. Delante de ellos, Batu dirigía una carga de tres mil hombres hacia el mismo centro de la fuerza rusa.

Tsubodai observó con frialdad, satisfecho de que el valor del joven estuviera a la altura de la tarea. La punta de flecha serviría a un propósito en concreto. Tsubodai vio cómo abrían una brecha con flechas en las líneas rusas, después levantaron las lanzas, adentrándose más aún entre ellos. El líder estaba señalándolos y gritando a sus hombres mientras los minghaans de Batu arrojaban al suelo las lanzas rotas y

desenfundaban las espadas ligeramente curvadas, de buen acero. Cayeron caballos y hombres, pero siguieron atacando. Antes de perderlo de vista en la masa, Tsubodai vio a Batu en la sangrienta punta de la lanza, presionando a su montura para que corriera más y más.

Furioso, Batu le asestó un golpe brutal a un rostro rugiente y luego pasó la hoja por la boca del hombre, dejándole la mandíbula colgante, flácida. Le dolía el brazo de la espada, pero le hervía la sangre y sentía como si pudiera luchar todo el día. Sabía que Tsubodai estaría observando: el despiadado estratega, el Orlok Bahadur que se deshacía de guerreros como si no significaran nada para él. Bien, que el viejo viera cómo se hacía.

Los minghaans de Batu se estrellaron contra los rusos, dirigiéndose hacia el príncipe y sus largos estandartes. Había momentos en los que Batu veía al guerrero rubio en su resplandeciente armadura. Sabía que iban a por él, arriesgándolo todo por un único tajo en su garganta. Era el tipo de ataque que un ejército ruso podría haber emprendido.

Batu conocía el auténtico plan. Tsubodai le había confiado al menos eso antes de mandarle salir. Tenía que iniciar un intenso ataque hasta que sus hombres empezaran a verse superados por las masas enemigas. Solo entonces podía empezar a luchar para salir de allí. Sonrió con amargura para sí: llegados a ese punto, no sería difícil fingir pánico. La falsa retirada empezaría con un hundimiento simulado del núcleo de los mongoles, que enseguida daría paso a una retirada en desbandada de los tumanes. Los jinetes rusos debían ser atraídos por las alas de infantería, más y más lejos, haciendo que se alargaran y adelgazaran en el terreno y, en ese momento, las mandíbulas se cerrarían. Si alguno de ellos conseguía escapar de esa trampa, la reserva de Kachiun, escondida a unos kilómetros en lo profundo del bosque, golpearía desde ambos lados. Era un buen plan, si los auxiliares lograban mantener los flancos, si Batu sobrevivía. Al dar un golpe de revés con su espada en la mejilla de un caballo, arrancando una enorme rebanada, recordó la mirada desafiante de los ojos del general al darle la orden. Batu no le había dejado ver ni un ápice de la turbulenta ira que le inundó. Por supuesto, Tsubodai le había elegido a él. ¿Quién si no había sido una espina clavada en su costado durante tantos meses? Sus oficiales minghaan habían intercambiado miradas resignadas al oírlo, pero, aun así, se habían presentado voluntarios. Ni uno solo de ellos había dado un paso atrás, deseosos de cabalgar junto al nieto de Gengis.

Un nuevo arrebato de ira llenó a Batu al pensar en el desperdicio de su lealtad. ¿Cuánto había avanzado? ¿Doscientos pasos, trescientos, más... en las filas del enemigo? Se arremolinaban a su alrededor, agitando sus espadas y deteniendo los golpes con sus escudos. Las flechas silbaban junto a su rostro. Los rusos llevaban armadura de cuero y su hoja estaba suficientemente afilada para perforarla con una estocada, o incluso cortarla al pasar, dejándolos boqueando con las costillas

ensangrentadas. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba avanzando entre las masas de caballos, separándose más y más de la seguridad de los tumanes. Todo cuanto sabía era que tenía que elegir bien el momento. Demasiado pronto y los rusos presentirían que se trataba de una trampa y, simplemente, cerrarían filas tras él. Demasiado tarde y no quedarían suficientes guerreros para fingir la falsa retirada. Sus hombres habían elegido seguirle hasta la boca de la bestia. No por Tsubodai, sino por él.

Sintió que su carga se ralentizaba a medida que los guerreros mongoles se iban quedando atrapados entre las filas rusas. Cada paso que daban había más guerreros rusos contra sus flancos, alargando más y más el contingente mongol, como una aguja era envuelta por la carne en la que penetraba. Batu sintió el miedo subiéndole por la garganta como ácido. Agarró un escudo de cuero y madera y tiró de él hacia sí con la mano izquierda, atravesando con su espada al hombre que lo sostenía. Clavó la hoja con toda su furia y luego le golpeó con la empuñadura, haciendo que el enemigo se desplomara hacia atrás con la cara convertida en un amasijo de sangre.

Tres guerreros se mantuvieron en línea con él mientras obligaba a su montura a avanzar cuatro pasos más, matando a un hombre para hacer espacio. De pronto, uno de sus compañeros se había ido, herido por una flecha en la garganta: cayó hacia atrás de la silla, dejando sin jinete al caballo que, con pánico creciente, bufó y arremetió con los cascos contra todo lo que le rodeaba. Era el momento. Era el momento, ¿no? Batu recorrió el campo de batalla con la mirada. ¿Había hecho suficiente? La agonía de la decisión lo devoraba. No podía regresar demasiado pronto y enfrentarse a la severa expresión de Tsubodai. Mejor morir que permitir que ese hombre creyera que le había faltado valor.

Siempre había sido difícil mirar a los ojos de un hombre que había conocido a Gengis. ¿Cómo podría jamás igualar aquellos recuerdos? El abuelo que había conquistado una nación, que nunca había conocido a Batu o sabido de su existencia. El padre que había traicionado a la nación y había sido asesinado como un perro en la nieve. Era el momento.

Batu notó que una espada le golpeaba la manga de hierro y dejó que resbalara, ineficaz, mientras asestaba un tajo en el brazo que la sostenía. Estaba cubierto de sangre y se oían gritos por todas partes. Los rusos contra los que luchaba estaban pálidos de ira o miedo y levantaban pesados escudos que se iban cargando de flechas mongolas. Batu se volvió para iniciar la retirada y, durante un solo instante, miró a través de las filas de enemigos hacia donde el líder rubio le observaba con calma, con una enorme espada preparada delante del pomo de la silla.

Tsubodai nunca había esperado que la punta de lanza se aproximara tanto. Batu vio que sus hombres estaban listos para abrirse camino para salir. Aunque para no convertirle en el blanco de todos los arqueros rusos no llevaba ningún símbolo de su rango, sus guerreros se volvían a mirarle, arriesgando la vida al hacerlo. La mayoría de los rusos seguían mirando al frente, por donde los tumanes se habían abalanzado

sobre ellos. Aullarían y perseguirían a los mongoles cuando dieran media vuelta para huir, pero Batu pensó que sus hombres lograrían salir, iniciando la desbandada. Estaba tan cerca. ¿Quién habría creído que su avance llegaría hasta el príncipe ruso?

Batu respiró hondo.

—¡No nos retiramos! —bramó, advirtiendo a sus hombres.

Hincó los talones en su caballo, que se empinó, pataleando con los cascos un escudo y rompiéndole los dedos a su propietario. Batu entró a fondo por el hueco, agitando salvajemente su espada. Algo le golpeó desde un lado y sintió una oleada de dolor que se desvaneció antes de que pudiera saber si la herida era grave. Vio al líder levantar la espada y el escudo y su gigantesco caballo resopló. El príncipe ruso había decidido no esperar, su sangre encendiéndose ante el desafío. El formidable corcel saltó hacia delante, echando a un lado de un empujón a sus propios guardias.

Batu gritó lleno de excitación, una jerigonza de insultos y rabia. No sabía si podría atravesar las sólidas filas finales, pero allí estaba el propio príncipe aproximándose para acabar con los insolentes jinetes. Batu vio cómo alzaba la espada por detrás de la espalda. Ambos caballos estaban frente a frente, pero la montura de Batu estaba cansada y maltrecha, magullada por el impacto constante y los miles de cortes y heridas que se recibían al atravesar una línea de batalla.

Batu levantó en el aire su propia espada, tratando de recordar las palabras de Tsubodai sobre las debilidades de los caballeros. Cuando se acercó, el príncipe de barba dorada le pareció un gigante, envuelto en acero e imparable. No obstante, no llevaba casco y Batu era joven y veloz. Cuando la hoja rusa cayó con suficiente fuerza para partirle en dos, Batu empujó suavemente a su poni hacia la derecha y esquivó la poderosa espada. A continuación, lanzó una estocada con su propia hoja, suficientemente larga para acariciar la garganta que palpitaba bajo la barba.

Batu escupió una maldición al ver que su arma solo conseguía arañar el metal. Le había cortado un trozo de barba, pero el hombre en sí estaba intacto, aunque rugió, loco de indignación. Los caballos estaban atrapados en la melé de la batalla, incapaces de liberarse, pero ambos hombres estaban uno al lado del otro, exponiendo sus costados izquierdos, más débiles. La espada del príncipe volvió a alzarse, pero su movimiento fue lento y pesado. Antes de que pudiera asestar el golpe, Batu le había alcanzado tres veces en la cara, cortándole mejillas y dientes, cercenándole parte de la mandíbula. El príncipe ruso se tambaleó mientras Batu aporreaba su armadura, mellando la placa de metal que le protegía el pecho.

El rostro del ruso era una masa sanguinolenta, tenía los dientes rotos y la mandíbula colgando. Sin duda moriría de la terrible herida, pero sus ojos se despejaron y movió su brazo izquierdo como un martillo. Recubierto de hierro, chocó como un mazazo en el pecho de Batu. Estaba guiando a su poni con la presión de sus rodillas y no llevaba riendas. Los altos pomos de madera de la silla le salvaron y se retorció en un ángulo imposible. Había perdido la espada, aunque no podía recordar haberla soltado. Ciego de furia, extrajo un puñal de una funda que llevaba escondida

en la pantorrilla y la hundió en el rojo revoltijo de la mandíbula del príncipe, serrando la barba rubia, poblada y con reflejos pelirrojos.

El príncipe se desplomó y un grito horrorizado brotó de las gargantas de sus escuderos y vasallos. Batu levantó las manos en señal de victoria, lanzando un largo y atronador aullido para celebrar que estaba vivo y había vencido. No sabía lo que estaba haciendo Tsubodai en aquel momento o lo que el orlok pensaría de lo sucedido. Había sido decisión de Batu y el príncipe se había enfrentado a él. Había derrotado a un enemigo fuerte y poderoso y, durante un momento, no le importaba si los rusos lo mataban. Aquel era su momento y lo saboreó.

Al principio, no vio la reacción en cadena que se extendió por las filas rusas cuando el suceso se difundió. Para la mitad del ejército, se había producido a sus espaldas y la noticia de la muerte del príncipe tuvo que pasarse a gritos de unidad en unidad. Antes de que Batu bajara los brazos, algunos de los nobles más alejados habían dado ya media vuelta a sus monturas e iniciado la retirada, llevándose con ellos a miles de jinetes que aún no habían llegado siquiera a luchar. Los que intentaban continuar luchando los vieron marcharse y gritaron furiosos a través del campo de batalla, haciendo sonar los cuernos. El príncipe había muerto y sus ejércitos se estremecían por lo repentino de la desgracia. Ese no sería su día, esa no sería su victoria. Al saberlo, pasaron de ser unos contendientes decididos a convertirse en un puñado de hombres asustados, que retrocedían ante los tumanes de Tsubodai mientras esperaban que alguien les hiciera formar de nuevo, que algún otro tomara el mando.

Pero nadie lo hizo. Tsubodai envió a sus minghaans a toda velocidad por los flancos. Sus nervudos ponis levantaban pequeños terrones del suelo que volvían a caer a sus espaldas como lluvia. Las flechas caían de nuevo en avalancha sobre las filas rusas y la caballería pesada de Tsubodai se separó del frente para regresar formando puntas de lanza como la que Batu había clavado en el corazón de su ejército. Tres ataques independientes arrollaron las desordenadas tropas. Aun entonces, los defensores respondieron con desgana. Habían visto a sus nobles marcharse y a regimientos y unidades enteras iniciar la retirada. Era demasiado pedir que ellos se quedaran allí para ser masacrados. Algún otro podría sufrir la ira de los guerreros mongoles, ahora que su sangre estaba encendida. Más y más rusos abandonaban el campo de batalla, volviendo la mirada hacia el decreciente núcleo donde sus compañeros todavía luchaban y morían. Era suficiente. El príncipe había muerto y ellos habían hecho suficiente.

Tsubodai observó con calma cómo se desmoronaba el ejército ruso. Se preguntó cómo reaccionarían sus propios tumanes si él caía, pero sabía la respuesta. Seguirían luchando. Lo soportarían. En los tumanes, los guerreros casi nunca veían al orlok o incluso a sus propios generales. Conocían al líder de sus diez, un hombre que habían elegido ellos mismos. Conocían al oficial de los cien, quizá incluso al oficial

minghaan de vista. Esos eran los que hablaban con autoridad, no un distante comandante. Tsubodai sabía que si caía, la nación completaría su tarea y ascendería a otro para liderar en su lugar. Era una decisión fría, pero la alternativa era presenciar la destrucción de un ejército a partir de la muerte de un solo hombre.

Tsubodai envió mensajeros a sus generales, felicitándolos y dándoles nuevas órdenes. Se preguntó si los que se habían marchado del campo de batalla esperarían que los dejara ir sin más. No siempre lograba comprender a los soldados extranjeros contra los que luchaba, aunque aprendía todo cuanto podía. Sabía que algunos de ellos esperarían volver a sus hogares, pero eran esperanzas necias. ¿Por qué dejar con vida a hombres que algún día podrían enfrentarse a ti de nuevo? Ese era el juego de la guerra, y Tsubodai sabía que sería una larga cacería, de semanas o incluso de meses, antes de que sus hombres hubieran acabado con el último de ellos. No necesitaba persuadirles de su necedad, solo destruirlos y seguir adelante. Se frotó los ojos, notando súbitamente la fatiga. Tendría que enfrentarse a Batu, si el joven aún vivía. Había desobedecido sus órdenes. Tsubodai se preguntó si podía ordenar que un general fuera azotado después de que le hubiera otorgado una victoria así.

Tsubodai se giró al oír gritos de celebración cerca de él. Apretó los labios, irritado al ver que Batu era el centro del alborozo. La mitad del ejército ruso seguía en el campo y sus minghaans estaban repartiendo odres de vino y chillando como niños.

Tsubodai hizo girar a su caballo y trotó lentamente hacia la escena. Los hombres guardaban silencio cuando pasaba por su lado y se percataban de que el orlok estaba entre ellos. Sus portaestandartes desplegaron largas tiras de seda que ondeaban y restallaban en la brisa.

Batu intuyó u oyó su llegada. Ya estaba empezando a resentirse de la paliza recibida. Un ojo y una mejilla se le estaban hinchando, deformándole la cara. Estaba manchado de sangre y sudor y le envolvía el penetrante olor a caballo mojado. Varias placas de su armadura estaban sueltas y de una de sus orejas salía una línea de sangre seca que le recorría la piel hasta perderse en el interior de su túnica. Con todo, estaba exultante y la avinagrada expresión de Tsubodai no le arruinaría el buen humor.

—General, estás desperdiciando una mañana —dijo Tsubodai.

Los hombres que rodeaban a Batu interrumpieron sus vítores. Cuando se callaron, Tsubodai prosiguió con frialdad.

—Persigue al enemigo, general. Que no escape ni uno. Localiza su bagaje y campamento y evita que sea saqueado.

Batu posó en él la mirada, sin hablar.

—¿Bien, general? —continuó Tsubodai—. ¿Te enfrentarás a ellos mañana, cuando hayas desaprovechado esta ventaja? ¿Permitirás que lleguen sanos y salvos a Moscú o a Kiev? ¿O cazarás a los rusos ahora, con los demás tumanes bajo mi mando?

Los guerreros que rodeaban a Batu se alejaron como un resorte, como críos pillados robando. Ninguno de ellos osó mirar a Tsubodai, solo Batu sostuvo la

mirada. Tsubodai esperaba algún tipo de réplica, pero se equivocaba con él.

Otro grupo de jinetes llegó a medio galope desde las líneas. La matanza del enemigo estaba comenzando: los lanceros y arqueros seleccionaban y eliminaban sus presas casi por deporte. Tsubodai vio que el grupo era liderado por el hijo del khan, Guyuk, cuyos ojos solo miraban a Batu mientras se aproximaba. No pareció ver a Tsubodai.

—¡Batu *Bahadur*! —exclamó Guyuk, poniendo su montura a su lado—. Ha sido una hazaña estupenda, primo. Lo he visto todo. ¡Por el dios cielo, pensé que nunca lograrías volver de allí, pero cuando llegaste hasta ese noble...! —Sin palabras, palmeó a Batu en la espalda, con admiración—. Lo anotaré en los informes para mi padre. ¡Qué momento más increíble!

Batu miró un instante a Tsubodai para ver cómo estaba tomándose esas generosas alabanzas. Guyuk se dio cuenta y se giró.

—Enhorabuena por la victoria, Tsubodai —dijo Guyuk. Su ánimo era campechano y alegre, aparentemente ajeno al tenso momento que había interrumpido—. ¡Vaya golpe! ¿Lo viste? Pensé que me iba a atragantar cuando vi que el príncipe se adelantaba para aceptar su desafío.

Tsubodai inclinó la cabeza apreciativamente.

—Aun así, no debemos permitir que los rusos se reagrupen. Es hora de perseguirlos, de ir tras ellos todo el camino hacia Moscú. Tu tumán luchará también, general.

Guyuk se encogió de hombros.

—Persigámoslos, entonces. Ha sido un gran día.

Abstraído, volvió a golpear a Batu en el hombro y se alejó con sus hombres, gritando órdenes a otro grupo para que se uniera a él. Cuando se marchó, el silencio se hizo patente y Batu esbozó una ancha sonrisa mientras aguardaba. Tsubodai no dijo nada, y Batu asintió para sí, girando su caballo y uniéndose a sus oficiales minghaan. Dejó a Tsubodai con la mirada fija clavada en su espalda.

XVII

Sorhatani dio la vuelta a la esquina ataviada con ropa de gala, con sus hijos y criados caminando a su lado. ¡Era miembro de la propia familia del khan por matrimonio! Había llegado a pensar que el khan nunca regresaría de las tierras Chin. Durante muchísimo tiempo, había dado la impresión de que los Chin se habían tragado su ejército y, entonces, cuando por fin volvió a casa, Ogedai no le había mandado ningún llamado, no había recibido noticia alguna de él. No estaba dispuesta a tolerar más retrasos de esos insignificantes y pomposos funcionarios. Sus mensajeros y sirvientes habían sido rechazados y enviados de regreso sin ni siquiera una excusa. Por fin, Sorhatani se había presentado en persona en Karakorum.

En vez de permitirle sencillamente ver al khan, hablar del dolor y la pena que habían compartido, un funcionario Chin de blandos carrillos y suaves manos la había detenido. ¿En qué estaba pensando Ogedai para emplear a esos perfumados cortesanos en su palacio? ¿Qué tipo de mensaje de fuerza enviaría a los que fueran menos benignos que ella?

El cortesano la había detenido una vez, pero hoy la acompañaban sus cuatro hijos. ¡Hoy vería a Ogedai! Por mucha que fuera su pena, ella podría compartirla. El khan había perdido un hermano, pero ella había perdido a su marido, al padre de sus hijos. Si había un momento en que Ogedai podía ser persuadido de algo, era aquel. La idea era embriagadora. Un hombre con tanto poder como Gengis permanecía en sus habitaciones como un junco roto. Por todo el palacio corrían rumores de que apenas hablaba o comía. El que llegara a él sin duda podría conseguir lo que quisiera, pero había dado orden de no dejar pasar a las visitas. Bien, le diría cómo le había dolido ese insulto y empezaría las negociaciones por ahí. Quedaba una última esquina en el laberinto de los corredores de palacio. Pasó bajo unos murales sin mirarlos: su atención estaba concentrada en cosas más importantes.

El pasillo final era largo y los muros de piedra devolvían el eco de los pasos de su grupo. Aunque vio que había hombres y guardias delante de la pulida puerta de cobre, Sorhatani siguió adelante con energía, obligando a sus hijos a esforzarse para llevar su ritmo. Que ese gordo cortesano sudara al verla aparecer. El khan era su cuñado, enfermo y debilitado por la tristeza. ¿Cómo osaba un eunuco Chin prohibirle el acceso a su propia familia?

Mientras se aproximaba, buscó en vano las sedas de colores vivos que utilizaba el cortesano. Estuvo a punto de dar un traspie al descubrir que era Yao Shu quien ocupaba su lugar. No se veía por ninguna parte al hombre con quien había discutido esa misma mañana. Yao Shu se había girado hacia ella, adoptando una postura que dejaba traslucir claramente su actitud. Sorhatani revisó su plan mientras andaba, deshaciéndose a cada paso de su ira como una serpiente muda de piel.

Para cuando llegó a la reluciente puerta de metal, caminaba a paso normal y sonreía con tanta dulzura como sabía al canciller del khan. Aun así, le hervía la

sangre al ver que otro Chin la detenía en el umbral, sobre todo uno de tal autoridad. No podía lograr la sumisión de Yao Shu mediante la intimidación, ni tampoco con amenazas. No le hacía falta mirar a sus hijos pequeños para saber que se habían acobardado al ver al hombre que había sido su tutor. En un momento u otro, Yao Shu le había dado una paliza a cada uno de los cuatro chicos por alguna transgresión. Había sacudido a Kublai como una alfombra cuando el chico metió un escorpión en la bota del canciller.

Ahora ese hombre estaba frente a ella y su rostro se mantuvo tan adusto como los guardias que lo flanqueaban.

—El khan no recibe visitas hoy, Sorhatani. Siento que hayas atravesado toda la ciudad. Envié a un corredor al amanecer para avisarte de que no vinieras.

Sorhatani ocultó su irritación detrás de una sonrisa. El hecho de que le hubieran asignado una casa bien alejada de palacio era otro indicio de que había otras voces distintas de la de Ogedai opinando. El khan le habría cedido unas habitaciones en el palacio si hubiera sabido que venía, estaba segura.

Sorhatani se preparó para el reto ante la expresión impasible de Yao Shu.

—¿Qué complot es este? —siseó—. ¿Has asesinado al khan, Yao Shu? ¿Cómo puede ser que estos días solo haya Chin rondando por los pasillos de Karakorum?

Cuando Yao Shu, estupefacto, tomó aire, Sorhatani les habló a sus hijos sin dejar de mirar al canciller.

—Preparad vuestras espadas, Mongke, Kublai. Ya no confío en este hombre. Afirma que el khan no quiere ver a la esposa de su querido hermano.

Oyó un tintineo de metal a sus espaldas, pero, lo que era más importante, notó cómo la duda se dibujaba de repente en los rostros de los guardias mongoles situados a ambos lados de Yao Shu.

—El khan posee un ejército de criados, escribas, concubinas y esposas —continuó—. Pero ¿dónde está su mujer, Torogene? ¿Por qué no está junto a él para atenderle en su enfermedad? ¿Por qué hace días, incluso semanas, que no puedo encontrar a nadie que me diga que le ha visto con vida?

Le encantó ver cómo el antinatural control sobre sí mismo de Yao Shu flaqueaba ante sus acusaciones. Se había sonrojado, desconcertado, ante sus hirientes palabras.

—El khan ha estado muy enfermo, como dices —contestó—. Ha pedido tranquilidad en el palacio. Soy su canciller, Sorhatani. No me corresponde a mí decir adónde ha ido su familia ni tampoco discutirlo en un pasillo.

Sorhatani notó que realmente estaba obedeciendo órdenes muy difíciles e insistió, percibiendo el punto débil de la bondad de Yao Shu.

—¿Dices que la familia se ha ido, Yao Shu? Guyuk está con Tsubodai. No conozco a las hijas de Ogedai, o a los hijos de otras esposas. Entonces, ¿Trogene no está aquí?

Los ojos del canciller parpadearon ante la sencilla pregunta.

—Ya veo —continuó Sorhatani—. En el palacio de verano quizá, junto al río

Orkhon. Sí, allí es donde yo la habría enviado si pretendiera disminuir el poder de esta ciudad, Yao Shu. Si pretendiera asesinar al khan en su cama y sustituirle ¿con quién? ¿Su hermano Chagatai? Estaría aquí al instante. ¿Es ese tu plan? ¿Qué hay detrás de esta puerta, Yao Shu? ¿*Qué has hecho?*

Había elevado la voz, y sus últimas palabras sonaron fuertes y agudas. Yao Shu hizo una mueca al oír su estridente tono, pero no sabía cómo reaccionar. No podía ordenarles a los guardias que se la llevaran a la fuerza, no con sus hijos dispuestos a defender a su madre. El primero que le pusiera una mano encima a Sorhatani la perdería, eso era evidente. En concreto Mongke ya no era el muchacho huraño que había conocido. Yao Shu mantenía deliberadamente los ojos en Sorhatani, pero podía sentir a Mongke observándole fríamente, desafiándole a sostener su mirada.

—Tengo que obedecer las órdenes que me han dado, Sorhatani —volvió a intentar Yao Shu—. Nadie debe atravesar esta puerta. No debe concedérsele audiencia con el khan a nadie. Él no tiene una respuesta para ti y yo tampoco. Ahora, por favor, pasa el día en la ciudad, descansa y come. Tal vez te reciba mañana.

Sorhatani se puso tensa como si fuera a atacarle. Pero Yao Shu no había sido debilitado por sus nuevos deberes. Sus hijos le habían contado cómo había cogido la flecha de la cuerda de un arco en los jardines de palacio. Parecía que hacía siglos de aquello, cuando su marido aún vivía. Sintió que se le saltaban las lágrimas y parpadeó para detenerlas. Era un momento para la furia, no para el dolor. Sabía que si se permitía empezar a llorar, no atravesaría la puerta ese día.

Respiró hondo.

—¡Asesinato! —gritó—. ¡El khan está en peligro! ¡Venid rápido!

—¡No hay ningún peligro! —gritó Yao Shu por encima de ella. ¡Aquella mujer estaba loca! ¿Qué esperaba conseguir chillando como un gato escaldado en los pasillos? Oyó pasos veloces acercándose y la maldijo entre dientes. La noche anterior al juramento de Ogedai como khan seguía siendo un doloroso recuerdo entre los guardias. Reaccionaban ante cualquier indicio de amenaza con una inmensa demostración de fuerza.

En unos instantes, el pasillo estaba bloqueado por ambos extremos por guerreros que llegaban a la carrera. Iban liderados por minghaans, con su armadura lacada negra y roja, con las espadas ya desenvainadas. Yao Shu levantó ambas manos con las palmas claramente abiertas y vacías.

—Ha habido un error... —empezó a decir.

—Ningún error, Alkhun —soltó Sorhatani, volviéndose hacia el minghaan.

Yao Shu gruñó para sí. Por supuesto que conocía el nombre del oficial. Sorhatani tenía una memoria prodigiosa para ese tipo de cosas, pero probablemente aprenderse los nombres de los oficiales de guardia formaba parte de su plan. El canciller se esforzó para encontrar las palabras adecuadas para salvar la situación.

—La señora está consternada —dijo.

El oficial minghaan hizo caso omiso de él y habló con Sorhatani directamente.

—¿Cuál es el problema?

Sorhatani bajó la mirada, meneando la cabeza. Para irritación de Yao Shu, las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

—Este oficial Chin dice que el khan no puede recibir ninguna visita. Hace días que no se sabe nada. Habla de manera sospechosa, Alkhun, y no confío en su palabra.

El soldado asintió. Era un hombre rápido en el pensamiento y la acción, como se esperaba de alguien de su rango. Se volvió hacia Yao Shu.

—Tendrás que hacerte a un lado, canciller. Tengo que comprobar cómo está el khan.

—Ha dado órdenes —empezó a decir Yao Shu, pero el oficial simplemente se encogió de hombros.

—Voy a verle. Hazte a un lado, *ahora mismo*.

Ambos hombres se quedaron muy quietos, fulminándose con la mirada como si fueran las únicas personas que hubiera en el pasillo. Sorhatani había colocado a Yao Shu en una situación imposible y se dio cuenta de que, en cualquier momento, podría producirse una breve y sangrienta pelea en el corredor. Habló para romper el punto muerto.

—Tú nos acompañarás, por supuesto, Yao Shu —dijo.

Su cabeza giró bruscamente hacia ella, pero le había ofrecido una salida y la aprovechó.

—Muy bien —dijo, rebosante de ira. Se giró hacia Alkhun—. Tu preocupación te honra, minghaan. Sin embargo, no debes permitir que hombres armados entren a ver al khan. Todos deben ser registrados para comprobar que no llevan armas.

Sorhatani empezó a protestar, pero Yao Shu se mantuvo inflexible.

—Insisto —dijo, reclamando el equilibrio de poder.

—Se quedarán aquí —dijo Sorhatani, para no perder el momento. En realidad, no le importaba que sus hijos se quedaran fuera, con sus armaduras y espadas. Habían cumplido su misión apoyándola en la puerta. Después de eso no le hacía falta que lo escucharan todo.

Con una mueca, Yao Shu levantó la pequeña barra de latón que componía el candado central. Era una pieza recargada, tallada en forma de un dragón enroscado en torno al centro de la puerta. Otro signo más de la influencia Chin sobre el khan, pensó Sorhatani mientras la puerta se abría. Una ráfaga de viento frío les golpeó mientras seguía a Yao Shu y a Alkhun al interior de la estancia.

No había ninguna lámpara encendida, pero una luz mortecina entraba por una ventana abierta. Las contraventanas habían sido cerradas con tanta violencia que una de ellas colgaba torcida, con una bisagra rota. Unas largas cortinas de seda se hincharon ante sus ojos, entrando en la habitación, rozando y golpeando las paredes con cada ráfaga.

La estancia estaba helada y el aliento de todos se dibujó instantáneamente en el aire como una niebla blanca. La puerta exterior se cerró tras ellos y Sorhatani se

estremeció cuando su mirada se posó en la figura tendida en un sofá situado en el centro de la habitación. ¿Cómo podía Ogedai soportar un frío así con solo una delgada túnica de seda y unas calzas? Tenía los brazos desnudos y sus pies habían adquirido un tono azulado. Estaba tumbado de espaldas, mirando al techo.

Nada en él acusaba que los hubiera visto y Yao Shu tuvo un momento de pánico pensando que habían descubierto el cadáver del khan. Luego vio una pálida nube ascender desde la boca de la inmóvil figura y respiró de nuevo.

Por un momento, ninguno de ellos supo qué hacer a continuación. El oficial minghaan había comprobado que el khan todavía vivía. Su tarea había terminado, aunque su dignidad le impedía marcharse sin más, al menos hasta que se hubiera disculpado por invadir la intimidad del khan. Yao Shu también guardaba silencio, sintiéndose culpable de haber incumplido sus órdenes. Sorhatani los había manipulado a todos.

Por supuesto, fue la primera en hablar.

—Mi señor khan —dijo Sorhatani. Proyectó la voz para luchar contra el ruido del viento, pero Ogedai no reaccionó—. He venido a verte en mi dolor, mi señor.

Tampoco ahora hubo reacción y Yao Shu observó con interés cómo la mujer apretaba la mandíbula, controlando su irritación. El canciller hizo un gesto indicando que la llevaran fuera y el oficial levantó la mano para tomarla por el brazo.

Sorhatani se sacudió e hizo caso omiso del gesto.

—Mi marido dio su vida por ti, mi señor. ¿Cómo utilizarás su regalo? ¿Así? ¿Esperando a la muerte en una estancia helada?

—Ya es suficiente —dijo Yao Shu, horrorizado.

Agarró a Sorhatani firmemente por el brazo y le hizo dar media vuelta para llevarla hacia la puerta. Los tres se quedaron paralizados al oír un crujido a sus espaldas. El khan se había levantado del sofá. Las manos le temblaban ligeramente y tenía la piel de un enfermizo color amarillo y los ojos rojos.

Bajo su fría mirada, el minghaan de los guardias del khan se arrodilló e inclinó la cabeza hasta el suelo.

—Levántate, Alkhun —dijo Ogedai con un ronco susurro—. ¿Por qué estás aquí? ¿No dije que quería estar solo?

—Mi señor khan, lo siento. Me hicieron sospechar que podrías estar enfermo o moribundo.

Para su sorpresa, Ogedai sonrió sin alegría.

—O ambas cosas, Alkhun. Bueno, ya me has visto. Ahora márchate.

El oficial se marchó a toda velocidad. Ogedai clavó la vista en su canciller. Todavía no había mirado a Sorhatani, aunque era su voz lo que le había hecho levantar.

—Déjame, Yao Shu —dijo Ogedai.

Su canciller hizo una profunda reverencia y luego aseguró los dedos en torno al brazo de Sorhatani mientras empezaba a guiarla hacia la salida.

—¡Mi señor khan! —gritó.

—¡Ya es suficiente! —espetó Yao Shu, tirando de ella. Si la hubiera soltado, se habría caído, pero se dio la vuelta, impotente y furiosa.

—Quítame las manos de encima —siseó—. ¡Ogedai! ¿Cómo puedes ver que me están atacando y no hacer nada? ¿No estuve a tu lado en la noche de los cuchillos, en este mismo palacio? Mi esposo habría reaccionado ante este insulto. ¿Dónde está él ahora? ¡Ogedai!

Ya estaban en el umbral cuando el khan contestó.

—Puedes irte, Yao Shu. Deja que se acerque.

—Mi señor —empezó a decir—, ella...

—Deja que se acerque.

Sorhatani lanzó una mirada de puro veneno al canciller mientras se frotaba el brazo y se enderezaba. Yao Shu hizo otra reverencia y abandonó la habitación sin mirar atrás, con el rostro frío e impertérrito. La puerta se cerró con un sonido metálico detrás de él y Sorhatani tomó aire despacio, ocultando su placer. Estaba dentro. Había estado a punto de fallar y había sido peligroso, pero había conseguido llegar hasta el khan, sola.

Ogedai la observó mientras se aproximaba. Se sentía culpable, pero sostuvo su mirada. Antes de que pudiera hablar de nuevo, se oyeron unos pasos y un tintineo de cristal y metal. Sorhatani se detuvo al ver al criado de Ogedai, Baras'aghur, entrar con una bandeja en la habitación.

—Tengo una visita, Baras'aghur —murmuró Ogedai.

El sirviente miró a Sorhatani con manifiesta hostilidad.

—El khan no está bien. Deberías regresar en otra ocasión.

Habló con la seguridad de alguien de confianza, un hombre cuyo servicio para el khan era indiscutible. Sorhatani le sonrió, preguntándose si habría adoptado un papel más maternal durante la enfermedad del khan. Desde luego parecía contento atendiendo a Ogedai.

Cuando vio que no se movía, Baras'aghur apretó los labios y dejó la bandeja junto a su amo con un suave tintineo. Luego se volvió hacia ella.

—El khan no está suficientemente bien para recibir visitas —insistió, gritando un poco.

Sorhatani notó su indignación, así que habló más alto que él aún.

—Gracias por el té, Baras'aghur. Yo serviré al khan en tu lugar. Recuerdas cuál es tu lugar, ¿verdad?

El criado empezó a farfullar, mirando a Ogedai, pero cuando este no dijo nada, con un gesto de desprecio glacial, hizo una reverencia y salió. Sorhatani añadió una pizca de sal morena al dorado y humeante líquido: la sal que era tan valiosa para la vida. Por fin, sirvió un poco de leche de una diminuta jarra, notando con agrado la suavidad de su pulida superficie. Empleaba los dedos con rapidez y destreza.

—Sírreme —pidió Ogedai.

Con un grácil movimiento, se arrodilló ante él y le tendió el cuenco, inclinando la cabeza.

—Estoy a tus órdenes, mi señor khan —dijo.

Sorhatani se estremeció ligeramente al sentir el roce de sus manos al tomar el cuenco que le ofrecía. En esa habitación donde el viento soplaba incesante, estaba gélido. Sin levantar la vista, disimuladamente, observó su rostro, moteado y oscuro, como si tuviera antiguos moretones. De cerca, notó que venas similares a las del mármol atravesaban sus pies. Sus ojos amarillo pálido se posaron en ella. Ogedai sorbió el té caliente y la brisa se llevó consigo la delgada humareda.

Sorhatani se acomodó, arrodillándose a sus pies y le miró a la cara.

—Gracias por enviarme a mi hijo —le dijo—. Fue un consuelo escuchar lo peor de sus labios.

Ogedai retiró la vista y se cambió el cuenco de mano un par de veces como si su calor le quemara la piel helada. Se preguntó si Sorhatani sabía lo bella que estaba, allí arrodillada con la espalda tan recta y el viento agitándole el cabello: parecía algo vivo y lo observó en silencio, hipnotizado. Desde su regreso a Karakorum, no había hablado de la muerte de Tolui. Notaba cómo Sorhatani iba abriéndose paso hacia el tema y se encogió físicamente en el bajo sofá, sosteniendo el té contra el pecho como su única fuente de calor. No podía explicar la lasitud y debilidad que llenaban sus días. Los meses volaban sin que se diera cuenta de su paso y los desafíos del khanato iban quedando sin afrontar. No podía despertar de los mortecinos amaneceres y atardeceres. Aguardaba la muerte y la maldecía por tardar tanto en llegar.

A Sorhatani le costaba creer los cambios que se habían producido en Ogedai. Había abandonado Karakorum lleno de vida, bebiendo y riendo constantemente. Todavía ebrio del reciente triunfo de convertirse en khan, se había marchado con sus tumanes de élite para asegurar las fronteras Chin, creciéndose ante la difícil tarea que le esperaba en el campo de batalla. Recordar aquellos días era como volver la vista hacia la juventud. El hombre que había regresado había envejecido visiblemente, hondas arrugas se formaban en su frente y en torno a sus ojos y boca. Los pálidos ojos ya no le recordaban a los de Gengis. No tenían brillo alguno, no había sensación de peligro en la tranquila mirada. No, no había nada de eso.

—Mi marido gozaba de buena salud —dijo de repente—. Habría vivido muchos años, habría visto a sus hijos convertidos en hombres excelentes. Quizá habría tenido otros hijos, otras esposas. Con el tiempo, habría sido abuelo. Me gusta imaginar la alegría que le habrían proporcionado esos años.

Ogedai se encogió como si le hubiera atacado, pero Sorhatani continuó sin vacilar, con la voz firme y clara para que el khan escuchara cada una de sus palabras.

—Tenía un sentido del deber que es muy raro hoy en día, mi señor khan. Creía que la nación estaba antes que su salud, que su vida. Creía en algo más grande que él mismo, o que mi felicidad, o incluso que las vidas de sus hijos. Crecía en la visión de tu padre, mi señor, en que una nación puede brotar de un grupo de tribus de las

estepas, en que pueden hallar un lugar propio en el mundo. Que ellos *merecen* un lugar propio.

—Yo... he dicho que él... —empezó Ogedai.

Sorhatani le interrumpió y, por un instante, la ira afloró a los ojos del khan para desvanecerse después.

—Lanzó su futuro al viento, pero no solo por ti, mi señor. Te amaba, pero no era solo por amor. Era también por la voluntad y los sueños de su padre, ¿entiendes?

—Por supuesto que entiendo —dijo Ogedai con cansancio.

Sorhatani asintió, pero prosiguió.

—Te dio su vida, fue un segundo padre para ti. Pero no solo por ti. Por los que vengan después de ti, del linaje de su padre, por la nación que vendrá, por los guerreros que todavía son niños y por los niños que aún no han nacido.

Ogedai levantó la mano, tratando de protegerse de sus palabras.

—Ahora estoy cansado, Sorhatani. Quizá fuera mejor que...

—¿Y cómo has utilizado su precioso regalo? —susurró Sorhatani—. Has mandado fuera a tu esposa, dejas que tu canciller deambule por un palacio vacío. Tus guardias crean problemas en tu propia ciudad, sin control. Dos de ellos fueron colgados hoy... ¿Lo sabías? Mataron a un carnicero por una pierna de ternera. ¿Dónde está el aliento del khan en sus cuellos, la sensación de que pertenecen a la nación? ¿Está en esta habitación, en este viento gélido, donde permaneces tú solo?

—Sorhatani...

—Morirás aquí. Te encontrarán rígido y frío. Y el regalo de Tolui habrá sido desperdiciado. Dime entonces cómo podré justificar lo que hizo por ti.

El rostro de Ogedai se crispó y, atónita, Sorhatani vio que estaba luchando por no llorar. No, ese no era Gengis, que se habría levantado como un resorte, lleno de furia ante sus palabras. Ese que tenía ante ella era un hombre roto.

—No tendría que haber permitido que lo hiciera —dijo Ogedai—. ¿Cuánto tiempo tengo? ¿Meses? ¿Días? No puedo saberlo.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —contestó Sorhatani, perdiendo el control en su exasperación—. Vivirás cuarenta años y serás temido y amado en toda la nación. Un millón de niños nacerán con tu nombre, en tu honor, si sales de esta habitación y dejas atrás esta debilidad que te domina.

—No lo entiendes —dijo Ogedai. Solo otros dos hombres conocían la debilidad de su corazón. Si se lo decía a Sorhatani, se arriesgaba a que todos lo acabaran sabiendo, en los campamentos y en los tumanes, pero estaban solos y ella estaba arrodillada ante él, mirándole con grandes ojos en la penumbra. Necesitaba a alguien—. Mi corazón es débil —confesó, con un susurro—. Realmente no sé cuánto voy a vivir. No debería haber dejado que se sacrificara por mí, pero... —No fue capaz de continuar.

—Oh, mi esposo... —dijo Sorhatani para sí cuando por fin comprendió. Una repentina oleada de dolor la ahogó—. Oh, mi amor.

Alzó la vista hacia él, con los ojos relucientes de lágrimas.

—¿Lo sabía? ¿Tolui lo sabía?

—Creo que sí —respondió Ogedai, retirando la mirada.

No estaba seguro de cómo responder. Sabía que su chamán había hablado de la debilidad de su cuerpo con su hermano y su tío, pero no se lo había preguntado al propio Tolui. Tras emerger de las profundidades de un oscuro río, tras volver a la vida jadeante y tomando aire desesperadamente, Ogedai había aceptado lo que le ofrecieron sin preguntar. En aquel momento, habría hecho cualquier cosa, solo por un día en la luz. Ahora era difícil recordar ese deseo de vivir, como si hubiera pertenecido a algún otro. Esa fría habitación, donde las cortinas se hinchaban como una vela de seda, no concordaba con sus recuerdos. Miró a su alrededor, parpadeando, como el que despierta de un sueño.

—Si lo sabía, su sacrificio fue aún mayor —dijo—. Y aún mayor razón para que no desperdicies ni un solo día más. Si tu hermano puede verte ahora, Ogedai, ¿pensará que dio su vida por algo que merecía la pena? ¿O se avergonzará de ti?

Sus palabras provocaron en Ogedai una punzada de ira contra ella.

—¿Te atreves a hablarme así? —preguntó con voz autoritaria.

Había dejado de parpadear como un corderito de un día. La mirada que se posó sobre ella tenía algo del viejo khan. Sorhatani se alegró de verla, aunque todavía no se había recuperado del impacto de lo que había oído. Si Ogedai moría, ¿quién lideraría la nación? La respuesta siguió a la pregunta, sin pausa: Chagatai estaría de vuelta en Karakorum en unos días, entrando triunfante en la ciudad para aceptar la caritativa voluntad del padre cielo. Rechinó los dientes sólo de imaginar el placer que sentiría.

—Ponte en pie —dijo—. Ponte en pie, mi señor. Si no tienes demasiado tiempo, hay mucho que hacer aún. ¡No debes desaprovechar ni un solo día más, ni una sola mañana! Toma tu vida con las dos manos y exprímela para ti, mi señor. No tendrás otra en este mundo.

Ogedai empezó a hablar y ella alargó la mano y acercó su cabeza a la suya, besándole con fuerza en la boca. Su aliento y sus labios tenían el fresco aroma del té. Cuando le soltó, el khan se tambaleó hacia atrás, luego se puso de pie y la miró con expresión incrédula.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. Tengo suficientes esposas, Sorhatani.

—Eso ha sido para comprobar si sigues vivo, mi señor. Mi esposo te entregó su vida para que disfrutaras de estos preciosos días, tanto si son muchos como si no. En su nombre, ¿confiarás en mí?

Sorhatani sabía que seguía aturdido. Había logrado despertar una parte de él, pero la niebla de la desesperación, quizá de los fármacos Chin, seguía cayendo pesadamente sobre él, embotando su inteligencia. Con todo, vio una chispa de interés en los ojos que la observaban. Se esforzó en recuperar su voluntad, como si fuera un palo flotando en una turbulenta corriente, visible por un instante antes de desaparecer

de nuevo en las profundidades.

—No, Sorhatani, no confío en ti.

Ella sonrió.

—Es de esperar, mi señor. Pero con el tiempo descubrirás que estoy de tu lado.

Se levantó y cerró las ventanas, acallando por fin al gimiente viento.

—Llamaré a tus criados, señor. Te sentirás mejor cuando hayas comido algo como es debido.

Se quedó mirándola mientras gritaba llamando a Baras'aghur, dándole un torrente de instrucciones. Baras miró a Ogedai por encima del hombro, pero el khan, sin más, se encogió de hombros y accedió. Era un alivio tener a alguien que supiera lo que necesitaba. Ese pensamiento provocó otro.

—Haré que mi esposa y mis hijas vuelvan al palacio, Sorhatani. Están en mi casa de verano de Orkhon.

Sorhatani se quedó pensando un momento.

—Todavía no estás bien, mi señor. Creo que tendrías que esperar unos días antes de volver a traerte a tu familia y criados. Lo haremos poco a poco.

Por un tiempo, sería la única a quien el khan escucharía. Con su aprobación, podría hacer que su hijo Mongke se uniera a Tsubodai en la gran marcha, donde se estaba escribiendo el futuro. No estaba dispuesta a renunciar a esa influencia con tanta rapidez.

Ogedai asintió, incapaz de resistirse a ella.

XVIII

El suelo estaba cubierto de escarcha otoñal y de los ollares de los caballos brotaban nubes de niebla blanca cuando Mongke adelantó a otra de las parejas de exploradores de Tsubodai. El gran general le inspiraba ya un temor reverencial, pero nada le había preparado para conducir a diez mil guerreros a través de la estela de destrucción que iba dejando a su paso. A partir del Volga, durante cientos de kilómetros hacia el oeste, ciudades y aldeas habían sido saqueadas y destruidas. Había pasado por el escenario de tres batallas de importancia, cada uno de ellos todavía circundados por una hueste de aves y pequeños animales a quienes tanta carne pudriéndose había vuelto audaces. El hedor parecía habersele metido hasta los huesos y Mongke lo percibía en cada golpe de brisa.

Después de encontrarse con distintos exploradores galopando delante de él durante días, avistó por fin el principal ejército mongol. Los guerreros habían pasado el verano en un campamento similar al de Karakorum antes de la construcción de la ciudad del khan: una miríada de tiendas blancas, una escena apacible de fogatas matutinas y vastas manadas de caballos que se perdía en la distancia. Maravillado, Mongke meneó la cabeza en silencio y se aproximó al trote.

Por supuesto sus estandartes habían sido reconocidos, pero, de todos modos, Tsubodai envió a un minghaan a su encuentro antes de que el tumán se hallara a distancia de ataque del campamento. Mongke aceptó el silencioso escrutinio de los hombres del orlok. Reconoció a su oficial y vio que el hombre asentía para sí. Mongke supo entonces que Tsubodai había enviado a alguien que pudiera confirmar su identidad. Observó fascinado cómo el oficial hacía un gesto a un compañero que se llevó un largo tubo de latón a los labios. La nota resonó con fuerza y Mongke miró a su alrededor asombrado mientras el llamado era respondido a derecha e izquierda. Grupos de caballos y hombres aparecieron a poco más de un kilómetro a ambos lados. Tsubodai había enviado una fuerza para contenerle por los flancos, escondida con sus monturas tras unos árboles y un montículo del terreno. Esa pericia explicaba en parte cómo el general de hielo había logrado abrirse camino hasta esas tierras tan lejos del hogar.

Para cuando llegaron al campamento principal, un espacio había sido despejado para ellos, un vasto campo vacío con acceso a un riachuelo. Mongke estaba nervioso.

—No les dejes ver tus emociones —se dijo a sí mismo en un susurro.

Mientras su tumán iniciaba las rutinas del campamento y empezaba a levantar las tiendas con rápida eficiencia, Mongke desmontó. Sus diez mil y los caballos que traían necesitaban un terreno del tamaño de un pueblo grande solo para descansar. Tsubodai había hecho preparativos para su llegada.

Se volvió de repente al oír un grito de alegría y vio que su tío Kachiun caminaba hacia él a través de la hierba pisoteada. Parecía mucho mayor que la última vez que Mongke le había visto y cojeaba visiblemente. Mongke le observó con expresión

reservada, pero estrechó su mano cuando Kachiun se la tendió.

—Llevo días esperando verte —dijo Kachiun—. Tsubodai querrá oír noticias del hogar esta noche. Estás invitado a su ger. Tendrás noticias frescas. —Sonrió al joven en que su sobrino se había convertido—. Por lo visto tu madre dispone de fuentes que nuestros exploradores no pueden igualar.

Mongke intentó ocultar su confusión. Karakorum estaba a casi cinco mil kilómetros al este. Le había llevado cuatro meses de dura travesía llegar hasta el general. Había habido veces a lo largo del pasado mes en las que Tsubodai avanzaba tan deprisa que pensó que nunca lo alcanzaría. Si el general no hubiera parado durante una estación para que sus rebaños y hombres recobraran las fuerzas, Mongke todavía seguiría viajando. Pero Kachiun hablaba como si Karakorum estuviera en el siguiente valle.

—Estás bien informado, tío —dijo Mongke tras una pausa—. He traído varias cartas de casa.

—¿Algo para mí?

—Sí, tío. Tengo cartas de dos de tus esposas y también del khan.

—Excelente, pues esas me las quedo ya.

Kachiun se frotó las manos, expectante, y Mongke reprimió una sonrisa cuando se dio cuenta de que esa era la razón principal por la que su tío se había acercado a saludarle con tanta efusión. Quizá no estuvieran tan ocupados si tenían tantas ganas de saber del hogar. Se dirigió hacia su poni, que masticaba la hierba escarchada y abrió las alforjas, sacando un fajo de pergaminos grasientos y amarillos.

Kachiun miró a su alrededor mientras Mongke los revisaba.

—No habrías traído el tumán de tu padre para proteger unas cartas, Mongke. ¿Te quedas, entonces?

Mongke pensó en los esfuerzos que su madre había hecho para que Ogedai asignara a su hijo mayor a este ejército. Sorhatani creía que el futuro de la nación se encontraba en los honores marciales que podría conseguir allí, que quien regresara de la conquista del oeste, tendría las riendas del destino en sus manos. Se preguntó si estaría en lo cierto.

—Con el permiso del Orlok Tsubodai, sí —dijo, entregándole a su tío las cartas marcadas para él.

Kachiun sonrió al cogerlas y le dio unas palmadas en el hombro a su sobrino.

—Veo que estás cubierto de polvo y cansado. Descansa y come mientras montan tus tiendas. Te veré esta noche.

Mongke y Kachiun alzaron la vista cuando otro jinete llegó hasta ellos trotando a través del campamento.

Había hombres cubriendo todo el valle, el campamento y sus humeantes fogatas se extendían todo lo que alcanzaba la vista. Teniendo en cuenta la constante necesidad de agua, alimento, leña, letrinas y los numerosos detalles de la mera supervivencia, era un lugar de incesante ajetreo y movimiento. Los niños corrían de

aquí para allá, gritando y fingiendo ser guerreros. Las mujeres los observaban con indulgencia mientras se dedicaban a mil tareas diferentes. Los auténticos guerreros entrenaban o simplemente guardaban los rebaños.

A través de todos ellos, Tsubodai cabalgaba con la vista clavada en Mongke, rápido y enérgico. Llevaba una nueva armadura de placas, limpia y bien aceiteada, que se movía suavemente sobre él. Su caballo tenía un color cobrizo, casi rojo bajo la luz del sol. Los ojos del orlok no se desviaron ni a izquierda ni a derecha mientras avanzaba.

Mongke tuvo que hacer un esfuerzo para sostener su mirada. Vio que Tsubodai fruncía el ceño ligeramente y luego hincó los talones en su montura y aumentó la velocidad, alcanzándoles en un abrir y cerrar de ojos con su poni, que llegó resoplando y piafando.

—Te doy la bienvenida a mi campamento, general —dijo Tsubodai, dándole a Mongke su título oficial sin vacilar.

Mongke hizo una lenta reverencia. Era consciente de que le debía el rango solo al control que su madre parecía ejercer sobre el khan. Con todo, era perfectamente justo que el sacrificio de su padre hubiera ayudado al hijo a ascender. Había luchado contra los Chin. Lo haría aún mejor con Tsubodai, estaba seguro.

Como un eco de sus propios pensamientos, Tsubodai recorrió con la mirada el tumán venido de Karakorum.

—Lamenté mucho la muerte de tu padre —dijo Tsubodai—. Era un hombre excelente. No hay duda de que nos serás de gran ayuda aquí. —El orlok estaba claramente complacido al ver tantos guerreros extra. Incrementaba el número de sus tumanes a seis, con un número casi igual de alto de auxiliares. No cabía duda de que el padre cielo le sonreía a esta campaña—. Dispones de un mes o dos antes de que nos movamos —continuó Tsubodai—. Tenemos que esperar a que los ríos se congelen. Después, atacaremos la ciudad de Moscú.

—¿En invierno? —preguntó Mongke, antes de poder contenerse. Para su alivio, Tsubodai solo se rio entre dientes.

—El invierno es nuestro momento. Los rusos se encierran en sus ciudades durante los meses de frío. Meten a sus caballos en establos y se sientan en torno a grandes fuegos en enormes casas de piedra. Si quieres una piel de oso, ¿atacas en verano cuando el oso está fuerte y veloz o lo degüellas mientras duerme? Podemos soportar el frío, Mongke. Tomé Riazán y Kolomna en invierno. Tus hombres se unirán a las patrullas y empezarán los entrenamientos de inmediato. Los mantendrán ocupados.

Tsubodai saludó con una inclinación de cabeza a Kachiun, que le imitó mientras el orlok chasqueó la lengua y se alejó al trote con su caballo rojo.

—Es un hombre... impresionante —dijo Mongke—. Creo que estoy en el lugar adecuado.

—Claro que lo estás —contestó Kachiun—. Es increíble, Mongke. Solo tu abuelo tenía este talento para las campañas. Hay momentos en los que pienso que está

poseído por algún espíritu de la guerra. *Sabe* lo que van a hacer. El mes pasado, me ordenó esperar en medio de la nada. Llevaba allí solo dos días cuando un contingente apareció al galope encima de una colina, tres mil guerreros armados que se dirigían a liberar Nóvgorod. —Sonrió al recordarlo—. ¿Dónde estarías mejor que aquí? ¿A salvo en casa? Venir aquí ha sido un acierto. Tenemos una oportunidad de tomar el mundo por sorpresa, Mongke. Esta vez no nos detendremos hasta que lleguemos al mar. Te lo juro, si Tsubodai logra encontrar la manera de embarcar a los caballos, ¡ni siquiera nos pararemos ahí!

Chagatai flanqueó los acantilados de Bamiyan con su hijo mayor, Baidar. Situados al noroeste de Kabul, los pardos peñascos se extendían fuera de las tierras que le había entregado Ogedai, pero, al fin y al cabo, su familia nunca había reconocido realmente las fronteras. Sonrió de oreja a oreja al pensarlo, contento de estar cabalgando a la hora en que el calor disminuía, a la sombra de los oscuros picos. La ciudad de Bamiyan era un lugar antiguo, las casas habían sido construidas con la misma piedra parda que constituía su telón de fondo. Había sufrido el ataque de conquistadores y ejércitos antes, pero Chagatai no tenía nada en contra de los granjeros de la zona. Sus hombres y él patrullaban áreas más allá del río Amu Daria, pero no había motivo para convertir los pueblos y ciudades en ruinas humeantes.

Con la sombra del khan cerniéndose sobre ellos, la verdad era que estaban prosperando. Miles de familias emigrantes se habían trasladado hasta las tierras en torno a su khanato, sabiendo que nadie se atrevería a mover un ejército tan cerca de Samarcanda o Kabul. Chagatai había dejado clara su autoridad en los primeros dos años, cuando se hizo con el control de una zona poblada por un grupo de salvajes bandidos y agresivas tribus locales. La mayoría habían sido aniquilados y el resto habían sido expulsados, arreados como cabras para hacer llegar la voz a los que no escuchaban. El mensaje había sido entregado y muchos de los aldeanos creían que el propio Gengis había vuelto. Los hombres de Chagatai no se habían molestado en corregir el error.

Baidar estaba muy alto y tenía los ojos amarillo pálido que identificaban el linaje del gran khan y garantizaban la obediencia inmediata de aquellos que habían conocido a Gengis. Chagatai lo observó con atención mientras guiaba a su yegua a través del accidentado terreno. Aquel era un mundo diferente, pensó Chagatai, con cierta nostalgia. A la edad de Baidar, se había peleado con su hermano mayor, Jochi, porque ninguno de los dos deseaba renunciar a la esperanza de ser khan después de su padre. Era un recuerdo agridulce. Chagatai nunca olvidaría el día en que su padre los había negado a ambos y había elegido a Ogedai como heredero.

El sol había estado calentando el aire todo el día, pero cuando llegó el atardecer, la brisa se refrescó y Chagatai consiguió relajarse y disfrutar de las imágenes y sonidos que le rodeaban. Su kanato tenía una extensión inmensa, más grande incluso

que su tierra natal. Había sido conquistado por Gengis, pero Chagatai no despreciaría el regalo de su hermano. Los acantilados se alzaban imponentes, cada vez más cerca, y vio que Baidar se volvía para averiguar hacia dónde quería ir.

—Al pie de los acantilados —dijo—. Quiero que veas algo maravilloso.

Baidar sonrió y Chagatai sintió una ola de afecto y orgullo llenándole el pecho. ¿Había sentido su padre alguna vez una emoción similar? No lo sabía. Por un momento, casi deseó que Jochi estuviera vivo para poder decirle lo diferentes que eran las cosas ahora, cómo su mundo había crecido hasta ser mayor que la pequeña herencia por la que se pelearon. Los horizontes eran suficientemente amplios para todos, ahora lo sabía, pero la sabiduría de la edad es amarga cuando todos a los que les has fallado han desaparecido. No podía recuperar los años de su juventud y vivirlos con una mayor comprensión. ¡Qué impaciente había sido entonces, qué necio! Se había prometido una y mil veces no cometer los mismos errores con sus propios hijos, pero también ellos tenían que recorrer su propio camino. Pensó entonces en otro de sus hijos, muerto en una razia a manos de los miembros de una tribu. Había sido pura mala suerte que se hubiera topado con ellos mientras acampaban. Chagatai les había hecho sufrir por la muerte de ese chico. Su dolor brotó y creció de repente, para desaparecer con la misma rapidez. En su vida siempre había habido muerte. Sin embargo, de algún modo Chagatai sobrevivía donde otros hombres, tal vez mejores, habían caído. Pertenecía a un linaje afortunado.

Al pie de los peñascos, Chagatai vio cientos de manchas negras. Por sus anteriores viajes, sabía que eran cuevas, algunas naturales, pero la mayoría excavadas en la roca por aquellos que preferían esos frescos refugios a las casas de ladrillos construidas en las llanuras. El bandolero que buscaba tenía su centro de operaciones en esas grutas. Algunas de ellas se hundían como largos túneles en la tierra, pero Chagatai no creía que la tarea fuera a resultarle demasiado difícil. El tumán que cabalgaba a su espalda había traído suficiente madera para encender una hoguera a la entrada de cada una de las cuevas y hacerlos salir con el humo como a las abejas salvajes de su avispero.

Entre los oscuros borrones de las bocas de las cuevas, se elevaban dos dedos de sombra, huecos inmensos abiertos en la roca. La aguda vista de Baidar los distinguió a casi dos kilómetros de distancia y los señaló lleno de excitación, mirando a su padre con gesto inquisitivo. Como respuesta, Chagatai le sonrió y se encogió de hombros, aunque sabía muy bien lo que eran. Era uno de los motivos por los que había traído consigo a su hijo en aquella incursión. Las formas oscuras fueron creciendo ante ellos a medida que se acercaban, hasta que Baidar frenó a su yegua al pie de la mayor de las dos. Cuando el joven reconoció la forma que sobresalía de la roca, se quedó sin habla.

Era una estatua enorme, más grande que ninguna cosa hecha por el hombre que Baidar hubiera visto nunca. Observó los pliegues de una túnica excavados en la piedra. Una mano estaba alzada, con la palma abierta, y la otra extendida, como si

ofreciera algo. Su compañera era solo un poco más pequeña: dos figuras sonrientes mirando hacia el sol poniente.

—¿Quién las ha hecho? —preguntó Baidar, fascinado. Se habría aproximado más, pero Chagatai chasqueó la lengua para detenerle. Los habitantes de las cuevas tenían buena vista y sabían usar el arco. No estaba dispuesto a tentarles poniendo a su hijo como blanco.

—Son estatuas de Buda, una deidad de los Chin —dijo.

—¿Aquí? Los Chin están muy lejos —contestó Baidar. Sus manos se abrían y se cerraban mientras observaba las estatuas: era evidente que estaba deseando acercarse y tocar las gigantescas figuras.

—Las creencias de los hombres no conocen fronteras, hijo —explicó Chagatai—. Hay cristianos y musulmanes en Karakorum, después de todo. El propio canciller del khan es budista.

—No consigo hacerme a la idea de cómo han podido mover estas estatuas... No, las esculpieron aquí, quitaron la roca a su alrededor —dijo Baidar.

Chagatai asintió, complacido ante la inteligencia que demostraba su hijo. Las estatuas habían sido cinceladas en las propias montañas, surgiendo de un trabajo esforzado y concienzudo.

—Según la gente de la zona, llevan aquí desde tiempos inmemoriales. Quizá hasta miles de años. Hay otra en las colinas, una figura enorme de un hombre tumbado.

Chagatai sentía un extraño orgullo, como si de algún modo las estatuas fueran obra suya. El sencillo placer de su hijo le llenaba de gozo.

—¿Por qué querías que las viera? —preguntó Baidar—. Te lo agradezco, son... impresionantes... pero ¿por qué me las enseñas?

Chagatai acarició el suave morro de su yegua, poniendo en orden sus pensamientos.

—Porque mi padre no creía en la idea de construir un futuro —explicó—. Solía decir que la mejor forma que tenía un hombre de pasar la vida era dedicarla a combatir contra sus enemigos. Los botines y las tierras y el oro que has conocido provienen casi por casualidad de esas creencias. Nunca persiguió las riquezas por sí mismas. Sin embargo, aquí está la prueba, Baidar. Lo que construimos puede perdurar y ser recordado, quizá durante miles de generaciones.

—Comprendo —dijo Baidar con suavidad.

Chagatai asintió.

—Hoy ahogaremos en humo a los ladrones y bandoleros para sacarlos de sus cuevas. Podría haber derribado los peñascos con catapultas. En meses o años, podría haber reducido a escombros estas paredes de roca, pero he decidido no hacerlo a causa de estas estatuas. Me recuerdan que lo que hacemos puede sobrevivirnos.

Mientras se ponía el sol, padre e hijo contemplaron cómo las sombras avanzaban a través de los rostros de las enormes figuras de piedra. A su espalda, los oficiales

minghaan gritaban y silbaban a sus hombres hasta que la tienda del khan estuvo en pie y las fogatas estuvieron listas para la cena. Los hombres de las cuevas esperarían una noche más. Puede que algunos de ellos escaparan en la oscuridad, aunque Chagatai había ordenado a un grupo de guerreros que se escondieran al otro lado para detener a aquellos que lo intentaran.

Cuando se sentaron a comer, Chagatai observó cómo Baidar cruzaba las piernas y tomaba el té con sal en la mano derecha, mientras la izquierda cubría el codo automáticamente. Era un excelente guerrero que estaba entrando en sus mejores años.

Chagatai aceptó su té y una bandeja repleta de bolsillos de pan sin levadura rellenos de cordero, aromático y bien condimentado.

—Espero que ahora comprendas por qué tengo que enviarte lejos, hijo mío —dijo por fin.

Baidar dejó de masticar y Chagatai prosiguió.

—Esta es una hermosa tierra, propicia y rica. Un hombre podría pasarse todo el día recorriéndola a caballo. Pero no es aquí donde la nación hará historia. Aquí no hay luchas, aunque haya unos pocos rebeldes y ladrones de ganado. No, el futuro se está escribiendo en el ataque del oeste. Debes formar parte de él.

Su hijo no respondió, sus ojos oscuros en la penumbra. Chagatai asintió, aprobando que no hablara cuando no era necesario. Metió la mano en su deel y sacó un fajo de pergaminos atados.

—Le he enviado mensajes al khan, mi hermano, pidiéndole que te permita unirse a Tsubodai. Y me lo ha concedido. Te llevarás a mi primer tumán contigo y aprenderás cuanto puedas de Tsubodai. Él y yo no siempre hemos luchado en el mismo bando, pero no hay mejor maestro. En los próximos años, el hecho de que conozcas al orlok será muy valioso a los ojos de los guerreros.

Baidar tragó saliva con dificultad, inclinando la cabeza. Ese era su mayor deseo y no sabía cómo su padre lo había comprendido. La lealtad le había mantenido en el khanato, pero su corazón había estado con la gran marcha, a miles de kilómetros al oeste y al norte. Le embargaba la gratitud.

—Me honras —dijo, con un nudo en la garganta.

Chagatai se rio entre dientes y alargó la mano para despeinar a su hijo.

—Cabalga rápido, chico. Si conozco bien a Tsubodai, no disminuirá la velocidad por nadie.

—Pensé que me enviarías a Karakorum —aseguró Baidar.

Su padre meneó la cabeza y, de pronto, su rostro adoptó una expresión amarga.

—Ningún futuro se está escribiendo allí. Créeme cuando te lo digo. Es un lugar de agua estancada, donde nada se mueve y no hay vida. No, el futuro está en el oeste.

XIX

El viento gemía y susurraba como un ser vivo, mordiéndoles los pulmones cada vez que tomaban aire. La nieve caía incesante, aunque no podría cubrir el sendero que seguían. Guiando a pie a sus caballos, Tsubodai y sus hombres avanzaban a lo largo del congelado río Moscova, que fluía bajo sus pies. El hielo parecía hueso: blanco y muerto en la oscuridad. Frente a ellos, la ciudad de Moscú se extendía elevando sus catedrales e iglesias en el horizonte. Aun en la noche, había luces reluciendo tras las contraventanas de madera, miles de velas encendidas para celebrar la natividad de Cristo. Gran parte de la ciudad tenía los postigos cerrados durante el periodo más duro del invierno, cuando el terrible frío se llevaba a los ancianos y a los débiles.

Los mongoles continuaron la marcha, con la cabeza gacha, arrastrando en silencio a sus monturas, cuyos cascos y riendas habían sido silenciados con telas. El río por el que caminaban llegaba hasta el mismo centro de la ciudad. Era una debilidad natural de la ciudad: su anchura era tanta que resultaba imposible custodiarlo o bloquearlo. Muchos de los guerreros levantaron la vista al pasar bajo un puente de madera y piedra que cubría el helado río con arcos anclados en unas enormes columnas. Ningún grito de alarma brotó del puente. Los nobles de la ciudad habían considerado que ningún ejército invasor cometería la locura de caminar sobre el hielo para llegar a ellos.

Solo dos tumanes seguían el curso del río hacia el corazón de Moscú. Batu y Mongke recorrían el sur, asaltando ciudades y asegurándose de que no hubiera ejércitos de camino para interceptar a las fuerzas mongolas. Guyuk y Kachiun estaban más al norte, impidiendo que un contingente de refuerzos saliera a toda velocidad para salvar la ciudad. No era probable. Los tumanes parecían ser los únicos ejércitos dispuestos a moverse en los meses más fríos. El aire era brutalmente gélido. El frío entumecía sus rostros, manos y pies, arrebatándoles la fuerza. Pero resistían. Se habían extendido una gruesa capa de grasa de oveja en la piel descubierta y se habían envuelto en varias capas de hierro, seda y lana, pero tenían los pies helados a pesar de la lana de cordero que habían embutido en las botas. Muchos de ellos perderían algún dedo. Su boca estaba en carne viva: los labios se les quedaban pegados por la saliva congelada. Y, sin embargo, sobrevivían, y cuando las raciones se quedaban cortas, bebían sangre de sus caballos, llenándose la boca con el cálido líquido para obtener sustento. Los ponis estaban flacos, aunque sabían excavar en la nieve para mordisquear la hierba helada que crecía debajo. Ellos también habían crecido en una tierra dura.

Los exploradores de Tsubodai avanzaban más deprisa que el ejército principal, dispuestos a poner en peligro a sus monturas en el resbaladizo hielo para alertar del primer signo de cualquier defensa organizada. La ciudad parecía extrañamente silenciosa, y la nieve confería al aire una quietud tal que Tsubodai podía oír los

himnos entonados tras los muros de las casas. No conocía aquel idioma, pero las distantes voces parecían armonizar con aquel frío. Meneó la cabeza. El helado camino poseía una rara belleza entre las sombras y la luz de la luna, pero no había espacio para el sentimentalismo. Su objetivo era aplastar a cualquiera que tuviera fuerza suficiente para enfrentarse a él. Solo entonces podría seguir adelante, sabiendo que sus flancos y retaguardia estaban a salvo.

La propia ciudad no era demasiado grande. Sus catedrales habían sido construidas sobre un terreno elevado en relación al río y a su alrededor se apiñaban las casas de los clérigos y las familias adineradas. A la luz de la luna, se veían cubriendo las colinas hasta un área de edificios más pequeños, repartidos caprichosamente por el paisaje. El río los alimentaba a todos, les daba la vida como ahora les daría la muerte. Tsubodai levantó la cabeza de repente al oír una voz gritando en las inmediaciones, aguda y rota. El sonido del pánico era inconfundible. Finalmente, los habían descubierto. Lo único que le sorprendía es que hubieran tardado tanto. Sirviendo de guía a uno de los exploradores que recorría la orilla, la voz chillaba y chillaba hasta que fue súbitamente acallada. Habría una mancha de sangre roja y brillante en la nieve, la primera de la noche. Sin embargo, los gritos del vigilante habían sido oídos y no pasó mucho tiempo antes de que unas campanas empezaran a resonar en la distancia, dando la alerta a través de la quieta oscuridad.

La catedral estaba en silencio y el ambiente estaba cargado de humo: un oscilante incensario dejaba una blanca estela en el aire. El gran duque Yaroslav estaba sentado con su familia en los bancos reservados para él, con la cabeza inclinada, mientras escuchaba las palabras del canto gregoriano, una oración escrita ocho siglos atrás.

—Si Él no se había hecho carne, ¿quién yacía en el pesebre? Si Él no es Dios, ¿a quién glorificaron los ángeles que bajaron del cielo?

El duque no estaba en paz, por mucho que se esforzara en apartar a un lado las preocupaciones mundanas y obtener consuelo de su fe. ¿Quién podía saber cuándo volverían a atacar los malditos mongoles? Se movían a una velocidad increíble, convirtiendo a sus ejércitos en grupos de niños. Tres mil de sus mejores caballeros habían sido aniquilados a principios del invierno. Habían salido de la ciudad para encontrar al ejército mongol e informar de su posición, no para enfrentarse en batalla con ellos. Pero no habían regresado. Todo cuanto tenía eran los rumores de un río de sangre corriendo por las colinas, ya cubierto por la nieve.

El duque Yaroslav se retorció las manos mientras el pesado incienso le llenaba los pulmones.

—Si Él no se había hecho carne, ¿a quién bautizó San Juan? —entonó el padre Dimitri y su voz resonó poderosa en los muros de la catedral.

Los bancos estaban llenos y no sólo para celebrar el nacimiento de Cristo. Yaroslav se preguntó cuántos de ellos habían oído hablar del lobo de fauces

ensangrentadas que había salido de caza por las colinas nevadas. La catedral era un lugar de luz y seguridad, aunque estaba tan fría que era necesario llevar gruesas pieles. ¿Qué mejor lugar para refugiarse en una noche como aquella?

—Si no es un Dios, ¿a quién le dijo el Padre: este es mi amado Hijo?

Las palabras le reconfortaban, evocaban la imagen de la juventud de Jesucristo. En una noche así, Yaroslav sabía que tendría que estar concentrándose en el nacimiento y la resurrección, pero, en vez de eso, pensaba en la crucifixión, en el dolor y agonía en un huerto, hacía más de mil años.

La mano de su esposa le tocó el brazo y se dio cuenta de que había estado sentado con los ojos cerrados, balanceándose en silencio como las ancianas durante la oración. Con tantos ojos observándole, tenía que mantener una fachada de calma. Esperaban protección de él, pero se sentía impotente, perdido. El invierno no había detenido a los ejércitos mongoles. Si sus hermanos y primos hubieran confiado en él, podría haber llevado suficientes tropas al campo de batalla para destruir a los invasores, pero pensaron que estaba tramando hacerse con el poder e hicieron caso omiso de sus cartas y mensajeros. ¡Estar rodeado de idiotas así...! Era difícil encontrar la paz, incluso en una noche así.

—Si Él no se había hecho carne, ¿quién fue invitado a las bodas de Caná? Si no era Dios, ¿quién transformó el agua en vino?

El eco de la voz del sacerdote resonaba con un ritmo propio que debería resultarle reconfortante. No leerían los versos más oscuros la noche del nacimiento de Cristo. Yaroslav no sabía si las huestes mongolas atacarían las ciudades de Vladimir y Moscú. ¿Llegarían incluso a Kiev? No hacía demasiados años, habían llegado hasta allí adentrándose en los bosques y la tundra, matando a voluntad para después desaparecer. Se contaban muchas historias y leyendas de los temibles «tártaros». Era todo cuanto habían dejado después de su último ataque. Como una tormenta, habían arrasado todo y se habían evaporado.

No contaba con nada que pudiera detenerlos. Yaroslav empezó a retorcerse las manos de nuevo, rezando con todo su corazón para que su ciudad, su familia se salvaran. Dios estaba lleno de misericordia, lo sabía. Los mongoles carecían totalmente de ella.

A lo lejos, se oyeron unos débiles gritos. El duque alzó la vista. Su esposa le estaba mirando fijamente, con expresión confundida. Se volvió hacia el sonido de unos pies a la carrera. ¿No irían a llamarle a esa hora? ¿Es que sus oficiales no podían hacer frente a una sola noche sin él, mientras buscaba el solaz de la Madre Iglesia? No quería levantarse de la merecida calidez de su asiento. Mientras vacilaba, se oyeron más pasos precipitados en las escaleras que subían a la torre de la campana. A Yaroslav, súbitamente aterrorizado, se le encogió el estómago. No, aquí no, no esa noche.

La campana empezó a tañer por encima de sus cabezas. La mitad de la congregación miró hacia arriba como si pudieran atravesar con la vista las vigas de

madera. Yaroslav vio que el padre Dimitri se dirigía hacia él y rápidamente se puso de pie, luchando para dominar su miedo. Antes de que el sacerdote pudiera llegar hasta él, se inclinó y le dijo a su mujer al oído:

—Llévate a los niños ahora mismo. Id al cuartel con el carruaje, poneos a salvo. Busca a Konstantin; estará allí, con mis caballos. Salid de la ciudad. Yo me reuniré con vosotros cuando pueda.

Su esposa había empalidecido, aterrorizada, pero no titubeó mientras reunía a sus hijas e hijos y los hacía avanzar frente a ella como a gansos adormilados. El duque Yaroslav ya estaba en marcha, alejándose de su banco por el pasillo central con grandes Zancadas. Todas las miradas estaban posadas en él cuando el padre Dimitri le alcanzó y se atrevió a tomarle del brazo. La voz del sacerdote era un áspero susurro.

—¿Están atacando? ¿Los tártaros? ¿Podrás defender la ciudad?

El duque Yaroslav frenó en seco. El anciano, que se esforzaba en mantener su paso, tropezó con él. Si hubiera sido cualquier otra noche, posiblemente habría mandado azotar al sacerdote por su insolencia. Pero no mentiría en presencia de Jesucristo recién nacido.

—Si están aquí, no, no podré defenderla de ellos, padre. Cuida de tu rebaño. Yo tengo que salvar a mi propia familia.

El sacerdote se echó hacia atrás como si le hubieran golpeado, boquiabierto, horrorizado. Por encima de sus cabezas, la campana seguía tañendo, difundiendo la desesperación por toda la ciudad y sus calles nevadas.

Cuando salía de la iglesia a la carrera, resbalándose sobre los adoquines helados con sus botas de montar, el duque oyó gritos a lo lejos. El carruaje de su familia ya estaba avanzando: una forma negra que se sumergía en la oscuridad flanqueada por el eco de los latigazos del cochero a uno y otro lado. Oyó la aguda voz de su hijo perdiéndose en la distancia, inconsciente del peligro como solo un niño puede serlo.

La nieve había empezado a caer de nuevo y Yaroslav se estremeció mientras los pensamientos se agolpaban en su mente. Durante meses había recibido informes de las atrocidades de los mongoles. La ciudad de Riazán había quedado reducida a un montón de escombros humeantes donde los animales salvajes desgarraban los cadáveres por las calles. Había ido hasta allí en persona, acompañado de un reducido grupo de guardias, y dos de ellos habían vomitado en la nieve ante aquella terrible visión. Eran hombres duros, acostumbrados a la muerte, pero lo que se habían encontrado allí era la desolación absoluta, a una escala que nunca habían conocido. Aquel era un adversario sin ningún concepto del honor, que iniciaba guerras y destruía ciudades para quebrar la voluntad de su enemigo. El duque se dirigió hacia la montura de su asesor. Era un semental que no dejaba de bufar, veloz y negro como la noche.

—Desmonta —ordenó—. Vuelve al cuartel a pie.

—Sí, excelencia —dijo el hombre de inmediato, pasando una pierna por encima del caballo y cayendo de un salto sobre la nieve.

Cuando el duque lo reemplazó, sentándose sobre una silla todavía caliente, el asesor dio un paso atrás y saludó. Yaroslav no le miró, ya estaba haciendo girar al caballo y clavándole los estribos en los flancos. Mientras se alejaba al trote, los cascos repiqueteaban en la calle empedrada. No podía galopar en el hielo sin arriesgarse a sufrir una caída que podría matar a jinete y montura. Oyó unos gritos en las inmediaciones y luego un entrecuchar de acero contra acero, un único golpe de espada que le llegó flotando en el gélido aire desde solo Dios sabía qué distancia.

A su alrededor, la ciudad dormida estaba empezando a despertar. Velas y lámparas iban apareciendo en las ventanas y se balanceaban en la mano de aquellos que salían a la calle a gritarse preguntas los unos a los otros. Nadie sabía nada. Más de una vez, alguno de ellos tropezó y se cayó al retirarse bruscamente para esquivar al caballo negro y su jinete.

El cuartel no estaba lejos. Tenía cierta esperanza de ver el carruaje de su familia llegando delante de él. Con el peso del coche y sus ocupantes dándole estabilidad, el cochero podía forzar a los caballos para que fueran más deprisa. El duque Yaroslav recitó una plegaria entre dientes, pidiéndole a la inocente virgen que cuidara de sus pequeños. No podía salvar la ciudad de los lobos que habían salido de cacería bajo la nieve. Todo lo que podía hacer era escapar. Se dijo a sí mismo que esa era la decisión táctica correcta, pero la vergüenza hizo que le ardiera la cara, a pesar del frío.

Cabalgaba mirando hacia delante, haciendo caso omiso de las voces que le llamaban. Habría pocos supervivientes de un ataque lanzado en lo más crudo del invierno. Nadie podría haberlo previsto, se dijo, nervioso. Había reunido a su ejército principal cerca de Kiev, listos para luchar en primavera. Estaban aguardando en un campamento de invierno detrás de una vasta empalizada, a más de cuatrocientos kilómetros al suroeste. En Moscú solo contaba con dos mil hombres y no se trataba de sus mejores tropas. Muchos eran soldados heridos que estaban allí para pasar el invierno en la comodidad de la ciudad en vez de en los campamentos militares, donde la disentería y el cólera eran una amenaza constante. El duque endureció su corazón ante su destino. Tenían que luchar, para que él tuviera tiempo de escapar. Su única esperanza era que el ejército mongol todavía no hubiera bloqueado las salidas de la ciudad. Una de ellas tenía que seguir abierta, para su familia.

La luz de la luna iluminaba los copos de nieve que caían sobre él cuando dirigió a su caballo hacia un puente de madera que cruzaba el helado Moscova. Mientras los cascos traqueteaban en la antigua madera, su mirada resbaló hacia abajo: su cuerpo se puso rígido ante la imagen del blanco río cubierto de caballos y de hombres. Ya habían empezado a derramarse por las orillas, como una mancha de sangre, negra en la oscuridad de la noche. De nuevo oyó gritos cuando irrumpieron en las casas más próximas al río. Bajó la cabeza y siguió cabalgando, con la ornamentada espada ropera en la cadera. Aterrorizado, vio que varias figuras oscuras trepaban por la

estructura de madera del puente: dos, no, cuatro hombres. Habían oído a su caballo y, cuando le vieron, algo pasó silbando junto a su rostro, demasiado rápido incluso para que el instinto de encogerse de su cuerpo llegara a reaccionar. Confiaba en que el negro caballo fuera un blanco difícil en la oscuridad y volvió a hincar los talones, dejando a un lado su anterior precaución por el resbaladizo terreno. Al ver a un hombre surgir por su flanco derecho, Yaroslav le lanzó una patada con todas sus fuerzas y un agudo dolor le subió por la pierna. Se había torcido la rodilla con el impacto, pero el atacante cayó hacia atrás en silencio, el pecho aplastado por el golpe. Entonces el duque ya estaba al otro lado: el puente había llegado a su fin y la blanca calle se abría ante él.

Notó el impacto de la flecha cuando su montura se sacudió. El animal relinchó, dolorido, bufando más y más fuerte con cada paso. Su galope se ralentizó y Yaroslav le hincó los tacones de las botas y se echó hacia delante, intentando aprovechar el último impulso de velocidad. Sus manos llevaban sujetando riendas desde temprana edad y casi podía sentir cómo la vida escapaba del semental mientras continuaba avanzando con dificultad, movido por el pánico y el sentido del deber. Dio la vuelta a una esquina, dejando el puente atrás, pero el gran corazón del animal no podía llevarle más lejos: sin previo aviso, las patas del caballo se doblaron y se desplomó. Mientras caía, Yaroslav escondió la cabeza, intentando rodar por el suelo. A pesar de la nieve, el terreno estaba duro como el hierro y se quedó tendido, sin aliento y aturdido, sabiendo que de algún modo tenía que volver a levantarse antes de que fueran a buscarle. Atontado e impotente, se puso en pie con esfuerzo, crispando el rostro al notar el crujido de su rodilla, que se movió bajo su peso. No gritaría. Podía oír sus voces guturales a escasa distancia de donde él estaba.

Empezó a alejarse tambaleante, más movido por el instinto que por ningún propósito consciente. Le ardía la rodilla y, cuando alargó la mano y la tocó, se mordió el labio inferior para ahogar un aullido de dolor. Ya se estaba hinchando. ¿Dónde estaba el cuartel?

Caminar, trastabillando y arrastrando la pierna herida, le producía un dolor atroz. Se veía obligado a apoyar su peso en ella cada vez que daba un paso y los ojos se le llenaron de lágrimas no deseadas. El dolor empeoró tanto que pensó que podría llegar a desmayarse sobre la nieve. Intuyó que no podría soportar mucho más. Alcanzó otra esquina y a sus espaldas oyó cómo el volumen de las voces aumentaba. Habían encontrado el caballo.

El duque había visto los cadáveres carbonizados de Riazán. Se obligó a sí mismo a avanzar más deprisa unos pocos pasos, pero entonces la pierna se le dobló como si no tuviera control sobre ella. Cayó contra el duro suelo y se mordió la lengua, sintiendo el amargo sabor de la sangre llenándole la boca.

Débil y todavía aturdido, se volvió y escupió. No podía arrodillarse para tomar aire y recuperarse. La rodilla seguía doliéndole demasiado incluso para tocarla, así que lo que hizo fue alargar las manos hacia una pared y alzarse ayudándose con los

brazos. En cualquier momento oiría los pasos veloces de las bestias mongolas que llegarían hasta él, atraídas por el olor de la sangre. Yaroslav se volvió para enfrentarse a ellos, sabiendo que no podía correr más.

Desde las profundas sombras del muro de una casa, vislumbró un grupo de mongoles a pie, llevando a sus caballos por las riendas y siguiendo su rastro. Al verlos emitió un gemido. La nieve seguía cayendo, pero sus huellas serían visibles durante al menos otra hora, o más. Todavía no le habían visto, pero hasta un niño podría seguir su rastro. Miró a su alrededor desesperado, buscando algún refugio, dolorosamente consciente de que todos sus soldados estaban en el cuartel. Su familia estaría ya de camino al suroeste, en dirección a Kiev. Si conocía a Konstantin, el entrecano soldado enviaría a cien de sus mejores hombres y caballos con ellos.

Yaroslav no sabía si el resto se quedaría en la ciudad y lucharía o simplemente se perderían en la oscuridad, dejando a los moscovitas a su suerte. Ya podía oler el humo en el aire, pero no podía retirar la mirada de los hombres que le perseguían. En su delirio, pensó que había adelantado más trecho, pero estaban a menos de cincuenta o sesenta pasos. Ya estaban señalando en su dirección.

Un jinete llegó al trote desde el puente. Yaroslav vio que los hombres que observaban sus huellas se enderezaban. A los ojos del duque, parecían perros enfrentándose a un lobo, con las cabezas gachas. El hombre repartió órdenes a gritos y tres de sus cuatro perseguidores se pusieron en movimiento al instante. El último clavó la mirada en las sombras que ocultaban al duque como si pudiera verle. Yaroslav contuvo el aliento hasta que los sentidos le fallaron. Por fin, el cuarto guerrero asintió con gesto adusto y montó en su poni, haciendo que el animal girara hacia el puente.

El duque observó cómo se marchaban sin saber muy bien qué sentir. Apenas podía creer que conservaría la vida, pero, al mismo tiempo, había descubierto que los mongoles tenían disciplina, rangos y tácticas. Alguien de rango superior les había dicho que tomaran y defendieran el puente. La breve persecución los había alejado de allí, pero la estructura de algún tipo de ejército regular los había encontrado y los había hecho regresar. Había sobrevivido, pero todavía tendría que enfrentarse a ellos en el campo de batalla y la tarea se había convertido de repente en una empresa mucho más compleja.

Volvió a ponerse en marcha, tambaleándose, y el dolor le hizo jurar entre dientes. Conocía las calles de los tejedores. El cuartel no estaba demasiado lejos. Solo podía rezar para que todavía hubiera alguien esperándole allí.

Tsubodai, solo en una torre de piedra, observaba la ciudad helada. Para alcanzar la ventana, había pasado con mucha precaución junto a una enorme campana de bronce, de un color verde oscuro adquirido con la edad. Mientras contemplaba la noche, partes de la ciudad fueron iluminándose por las llamas, manchas de oro y de amarillo

parpadeante. Tamborileó con los dedos en la superficie labrada de la campana, escuchando distraído el grave sonido que quedó flotando en el aire durante largo tiempo.

El mirador le servía a la perfección. A la luz de las distantes llamas, podía ver el resultado de su súbito ataque por el camino congelado. A sus pies, los guerreros mongoles ya corrían como salvajes en todas direcciones. Los oía reírse al rasgar colgaduras de seda de los muros y arrojar copas y cálices contra los suelos de piedra, inimaginablemente antiguos. Junto a las carcajadas, se oían también gritos desesperados.

La resistencia había sido escasa. Los pocos soldados que había en Moscú fueron eliminados con rapidez mientras los mongoles se extendían por las calles. La conquista de una ciudad siempre era sangrienta. Los hombres no recibían ni oro ni plata de Tsubodai o de sus generales, sino que esperaban obtener riquezas del pillaje y hacer esclavos allá donde los llevara. Contemplar los muros de la ciudad excitaba su hambre, pero, cuando estaban dentro, sus oficiales tenían que hacerse a un lado.

Ninguno de ellos podía controlar a los minghaans a partir de entonces. Estaban en su derecho de perseguir a mujeres y hombres por las calles, borrachos de vino y de violencia. Ver a los guerreros en ese estado desagradaba a Tsubodai. Como comandante, tenía que mantener unos cuantos minghaans sobrios en caso de que se produjera un contraataque, o que por la mañana un nuevo enemigo apareciera ante sus ojos. Los tumanes habían echado a suertes quiénes serían los desafortunados que tendrían que hacer guardia y tiritar toda la noche, escuchando los gritos y el jolgorio de los demás y deseando poder unirse a ellos.

Tsubodai apretó los labios, irritado. La ciudad debía ser pasto de las llamas, no tenía ningún reparo al respecto. El destino de sus habitantes le era indiferente. Aquel no era su pueblo. Y sin embargo... el espectáculo le seguía pareciendo un derroche, una falta de decoro. Atentaba contra su sentido del orden permitir que sus tumanes se descontrolaran en cuanto caían los muros de una ciudad. Sonrió cansado al pensar en cómo responderían si les ofrecía una paga regular y sal en vez del derecho al saqueo. Gengis le había dicho una vez que nunca debía dar una orden que no fueran a obedecer. Nunca debía permitirles ver los límites de su autoridad. La verdad era que podría haberles hecho regresar de la ciudad. Formarían siguiendo sus órdenes, dejando caer lo que tuvieran en las manos, borrachos o sobrios, y subirían a sus caballos para regresar. Sin duda lo harían una vez. Pero solo una vez.

Unas ásperas carcajadas resonaron no muy lejos de donde estaba. Oyó la voz de una mujer gimoteando y suspiró fastidiado al darse cuenta de que los hombres estaban subiendo las escaleras. Al poco, dos guerreros que buscaban un lugar tranquilo aparecieron ante él arrastrando a una joven. El primero en llegar se quedó paralizado al ver al orlok, de pie junto a la campana de la torre de la catedral. El guerrero estaba como una cuba, pero la mirada de Tsubodai sabía penetrar a través de la niebla. Pillado por sorpresa, el hombre intentó hacer una reverencia en los

escalones y tropezó. Detrás de él, su compañero gritó un insulto.

—Te dejaré en paz, orlok —dijo el guerrero, arrastrando las palabras y bajando la cabeza. Su compañero le oyó y se quedó callado, pero la mujer siguió debatiéndose.

Tsubodai posó la mirada en ella y frunció el ceño. Sus ropas eran de buen género y tenían una buena hechura. Era la hija de alguna familia acomodada, que probablemente habría sido asesinada delante de ella. Su cabello castaño oscuro había estado sujeto por un broche de plata, pero la mitad se le había soltado a tirones y colgaba en largos mechones, que se balanceaban cada vez que trataba de liberarse de las férreas manos de los guerreros. Miró a Tsubodai, que vio su terror. Estuvo a punto de darse media vuelta y dejar que se marcharan. Pero los guerreros no estaban tan borrachos como para osar moverse antes de que él les permitiera retirarse. Tsubodai no tenía ningún hijo vivo, ni ninguna hija.

—Dejadla aquí —ordenó el orlok, sorprendiéndose incluso a sí mismo. Era el general de hielo, el hombre sin emociones. Comprendía las debilidades de los demás, no las compartía. Y, sin embargo, la catedral, a su manera, era hermosa, le agradaban sus grandes arcos estriados de piedra. Se dijo que era ese tipo de cosas las que conmovían su sensibilidad, no el pánico animal de la muchacha.

Los guerreros la soltaron y volvieron a desaparecer a toda prisa escaleras abajo, contentos de poder alejarse sin un castigo o deberes extra. Cuando el repiqueteo de sus botas disminuyó, Tsubodai se volvió de nuevo a contemplar la ciudad. En aquel momento el número de hogueras era mayor y varias partes de Moscú despedían un fulgor rojo. Por la mañana, muchos de aquellos barrios no serían más que cenizas y las piedras estarían tan calientes que se agrietarían y estallarían en los muros.

Oyó el jadeo de la chica y el leve roce de su cuerpo al dejarse caer resbalando contra el muro.

—¿Entiendes lo que digo? —le preguntó en la lengua Chin, volviéndose.

La joven le miró sin comprender y Tsubodai suspiró. El idioma ruso tenía poco en común con cualquiera de las lenguas que conocía. Había aprendido unas cuantas palabras, pero nada que le hiciera saber a la chica que estaba a salvo. Se quedó mirándole fijamente y el general se preguntó cómo se sentiría un padre en una posición así. Ella sabía que no podía escapar bajando las escaleras. Hombres violentos y bebidos rondaban por la iglesia y sus alrededores. No llegaría lejos. En la torre de la campana todo estaba más tranquilo y Tsubodai suspiró cuando la muchacha empezó a sollozar suavemente para sí, abrazándose las rodillas y gimiendo como una niña.

—Cállate —le dijo, repentinamente irritado con ella por arruinar su momento de paz. Se percató de que la joven había perdido los zapatos en alguna parte. Tenía los pies desnudos y llenos de arañazos. Se había quedado callado al notar su tono de voz y Tsubodai se quedó observándola un rato hasta que alzó la vista hacia él. Entonces el general levantó ambas manos, mostrándole que estaban vacías.

—*Menya zavout Tsubodai* —dijo despacio, señalándose el pecho. No sabía

preguntarle su nombre. Aguardó pacientemente y la muchacha perdió parte de su tensión.

—Anya —dijo. Siguió un torrente de sonidos que Tsubodai era incapaz de comprender. Prácticamente había agotado sus reservas de palabras rusas.

Continuó en su propia lengua:

—Quédate aquí —le indicó con un gesto—. Aquí estás a salvo. Ahora me marcharé.

Dio unos cuantos pasos hacia ella y, en un primer momento, la joven se encogió, pero cuando se dio cuenta de que estaba intentando llegar a los escalones de piedra, lanzó un grito de terror y volvió a hablar, con los ojos desorbitados.

Tsubodai suspiró para sí.

—De acuerdo. Me quedaré. Tsubodai se queda. Hasta que salga el sol, ¿entiendes? Luego me marcharé. Los soldados se marcharán. Entonces podrás encontrar a tu familia.

La muchacha notó que estaba volviendo a la ventana. Con movimientos nerviosos, se arrastró por la estancia hasta quedar sentada a sus pies.

—Gengis Khan —murmuró Tsubodai—. ¿Has oído su nombre alguna vez?

El general notó cómo se le agrandaban los ojos y asintió para sí. Su expresión reflejaba una extraña amargura.

—Hablarán de él durante mil años, Anya. O más tiempo. Sin embargo, Tsubodai es un desconocido. El hombre que ganó las batallas para él, el que obedeció sus órdenes. El nombre de Tsubodai no es más que humo que se lleva la brisa.

La joven no podía comprenderle, pero su voz la tranquilizaba, y recogió aún más las piernas contra su pecho, haciéndose un ovillo a sus pies.

—Ahora está muerto, chica. Ya no está. Y yo tengo que expiar mis pecados. Vosotros los cristianos entendéis eso, creo.

Ella seguía mirándole fijamente mientras hablaba y el hecho de que no le entendiera liberó palabras que habían estado guardadas en lo más hondo de su pecho.

—Mi vida ya no es mía —dijo Tsubodai con suavidad—. Mi palabra no vale nada. Pero el sentido del deber continúa, Anya, mientras siga respirando. Es todo lo que me queda.

El aire era gélido y Tsubodai notó que la chica estaba tiritando. Con un suspiro, se quitó la capa y la cubrió con ella. Observó cómo se envolvía en sus pliegues hasta dejar fuera solo su pequeña cara. Sin la cálida tela protegiéndole los hombros, sintió cómo el frío se intensificaba, pero agradeció sus afilados dientes. Mientras esperaba el amanecer con las manos apoyadas en el alféizar de piedra y el espíritu agitado, le embargó una enorme tristeza.

Yao Shu echaba chispas cuando se enfrentó a Sorhatani. En el aire de la habitación flotaba incluso un ligero aroma que antes no había estado allí. La nuera del khan llevaba su nuevo estatus como un pesado ropaje, deleitándose en el número de criados que la atendían. A través de Ogedai, había recibido los títulos que habían sido de su marido. De un plumazo, se había hecho con el control del corazón de las estepas mongolas, el lugar de nacimiento del propio Gengis. Yao Shu no podía evitar preguntarse si el khan habría considerado todas las implicaciones que tenía la oferta que le hizo a Tolui antes de su muerte.

Otra mujer habría gestionado tranquilamente las tierras y títulos por sus hijos hasta que pasaran a sus manos. Sin duda, eso era lo que Ogedai había pretendido otorgárselos. Pero Sorhatani había hecho más. Solo esa mañana, Yao Shu se había visto obligado a poner el sello de aprobación en una petición de fondos del tesoro del khan. Se había utilizado el sello personal de Tolui para los documentos y, como canciller, Yao Shu no había podido negarse. Bajo su mirada hostil, vastas cantidades de oro y plata habían sido introducidas en cajas de madera y entregadas a sus guardias. No llegaba a imaginarse qué pensaba hacer Sorhatani con una suma suficiente en metales preciosos para construirse un palacio o un pueblo entero, o quizá un camino hacia tierras inexploradas.

Mientras estaba en su presencia, Yao Shu se puso a repetir mentalmente un mantra budista para calmar sus pensamientos. Sorhatani le había concedido una audiencia, como su superior, perfectamente consciente de cómo irritaban sus maneras al canciller del khan. A Yao Shu no se le escapó que las solícitas figuras que corrían de aquí para allá para servirles el té eran sirvientes del propio Ogedai. Sin duda Sorhatani había elegido a criados que el canciller conocía personalmente, haciendo de ello una demostración de poder.

Yao Shu permaneció callado mientras le entregaban el chato cuenco de té. Dio un sorbo, apreciando la calidad de la hoja Chin que habían empleado para preparar la infusión. Probablemente provenía de los suministros personales del khan, traídos a un inmenso coste desde las plantaciones de Hangzhou. Yao Shu frunció el ceño para sí mientras posaba el cuenco en la mesa. En solo unos meses, Sorhatani se había convertido en una persona imprescindible para el khan. Su energía era extraordinaria, pero a Yao Shu todavía le sorprendía la habilidad con la que había adivinado las necesidades del khan. Lo que resultaba especialmente mortificante era que Yao Shu había respetado las órdenes que había recibido. Había aceptado la necesidad de Ogedai de privacidad y reclusión. El canciller no había hecho nada malo, pero, de algún modo, ella había logrado reinstaurar la actividad y el ajetreo en el palacio, esgrimiendo su repentina autoridad ante los sirvientes como si hubiera nacido mandando. En menos de un día, había amueblado y ventilado un grupo de habitaciones cerca de las de Ogedai. Los sirvientes habían dado por supuesta la

aprobación del khan y, aunque Yao Shu sospechaba que había excedido con mucho el alcance del favor con el que contaba, Sorhatani se había introducido en el palacio como una garrapata se alojaba bajo la piel. La observó con atención mientras bebía su té. Apreció la fina seda verde de su túnica, así como el broche de plata que le sujetaba los cabellos y el pálido polvo que le cubría la tez del rostro, haciendo que pareciera de porcelana, fría y perfecta. Había asumido de manera deliberada el atuendo y las maneras de una noble Chin, pero le devolvió la mirada con la calma franqueza de su propio pueblo. Por sí sola, su mirada era un desafío y Yao Shu se esforzó para no responder a la provocación.

—¿Está fresco el té, canciller? —le preguntó.

Yao Shu inclinó la cabeza.

—Está muy bueno, pero debo preguntar...

—¿Estás cómodo? ¿Quieres que les pida a los criados un cojín para tu espalda?

El canciller se frotó la oreja antes de conseguir recobrar la calma.

—No necesito cojines, Sorhatani. Lo que necesito es una explicación de las peticiones que me fueron presentadas anoche en mis habitaciones.

—¿Peticiones, canciller? Esas cosas quedan entre el khan y tú, ¿no? Desde luego, asunto mío no es.

La mirada que posó en él era directa y cándida, y Yao Shu tuvo que ocultar su irritación pidiendo un poco más de té con un gesto.

Bebió un sorbo del acre líquido antes de volver a intentarlo.

—Como seguramente sabes, Sorhatani, los guardias del khan no me permiten hablar con él.

Era una confesión humillante y se sonrojó mientras hablaba, preguntándose cómo aquella bella mujer había logrado interponerse entre Ogedai y el resto del mundo con tanta habilidad. Todos los hombres que rodeaban al khan habían respetado sus deseos. Ella los había ignorado, tratando a Ogedai como si fuera un inválido o un niño. El rumor que corría por palacio era que le mimaba como una gallina a sus polluelos, pero, en vez de sentirse molesto, Ogedai parecía encontrarse reconfortado por sus cuidados. A Yao Shu solo le quedaba esperar que se recobraría con rapidez, que arrojara a aquella loba de su palacio y volviera a recuperar su papel de gobernante real.

—Como deseas, canciller. Puedo preguntarle al khan sobre las peticiones que dices que te han pasado. Sin embargo, ni su espíritu ni su cuerpo se encuentran demasiado bien. No se le pueden exigir respuestas hasta que recupere las fuerzas.

—Soy consciente de eso, Sorhatani —dijo Yao Shu. Apretó los dientes un instante y ella notó cómo se tensaban los músculos de su mandíbula—. Aun así, se ha producido algún tipo de error. No creo que el khan quiera que me marche de Karakorum para hacer un absurdo recuento de los impuestos recaudados en las ciudades septentrionales de los Chin. Tendría que estar fuera de la ciudad varios meses.

—Sí, pero... Si esas son tus órdenes —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Tenemos que obedecer, Yao Shu, ¿no?

Sus sospechas se confirmaron, aunque no entendía cómo Sorhatani podía haber emitido la orden de alejarle de la ciudad. Eso incrementaba su determinación de quedarse y oponerse al control que ejercía sobre el khan en su debilitado estado.

—Enviaré a un colega. Soy necesario en Karakorum.

Sorhatani frunció levemente el ceño.

—Corres grandes riesgos, canciller. En el estado de salud en que se encuentra el khan, no es apropiado irritarle desobedeciéndole.

—Tengo otras tareas de las que ocuparme, como la de hacer que la mujer del khan regrese del palacio de verano donde ha estado languideciendo durante muchos meses.

Ahora le tocaba a Sorhatani sentirse incómoda.

—No ha pedido que venga Torogene —objetó.

—No es su criada —contestó él—. Se interesó mucho por cómo estás cuidando de su marido. Cuando supo que habías establecido un contacto tan íntimo, me han dicho que estaba deseando regresar para darte las gracias personalmente.

Sorhatani posó una mirada gélida en el canciller. La fachada de la calma y las buenas maneras apenas ocultaba cuánto se odiaban el uno al otro.

—¿Has hablado con ella?

—Por carta, por supuesto. Creo que dentro de unos pocos días estará aquí. —En un momento de inspiración, embelleció un poco la verdad en su beneficio, jugando su baza—. Me ha pedido que esté aquí para recibirla y ponerla al tanto de las últimas noticias de la ciudad. Ya ves que no puedo marcharme en un momento así.

Sorhatani hizo una leve inclinación de cabeza, aceptando su argumento.

—Veo que te has mostrado... muy concienzudo en el cumplimiento de tus labores —añadió—. Hay mucho que hacer si queremos que la esposa del khan tenga la bienvenida que merece. Tengo que darte las gracias por haberme avisado con tiempo.

En lo alto de su frente, había aparecido un tic, signo de tensión interna. Yao Shu lo observó complacido, consciente de que ella notaba que estaba mirando exactamente ese punto. Eligió ese momento para incrementar su incomodidad.

—Por mi parte, me habría gustado que se me hubiera consultado respecto al permiso que le dio Ogedai a su sobrino para unirse a Tsubodai.

—¿Qué? —exclamó Sorhatani, saliendo bruscamente de su ensoñación—. Mongke no será un mero observador del futuro, canciller. Contribuirá a crearlo. Es justo que mi hijo esté presente mientras Tsubodai conquista el oeste. ¿O acaso el orlok se va a llevar todo el mérito de asegurar esa frontera?

—Lo siento, no me refería a tu hijo. Me refería a Baidar, el hijo de Chagatai. También ha seguido los pasos de Tsubodai. Oh, pensé que te habrías enterado.

Intentó no sonreír mientras hablaba. Pese a los muchos contactos que tenía en la ciudad, Sorhatani no tenía acceso a su red de espías y chismosos, que se extendía

miles de kilómetros en todas direcciones, al menos todavía no. Observó cómo ocultaba su sorpresa y dominaba sus emociones. Su control sobre sí misma era impresionante y Yao Shu tuvo que recordarse que su belleza escondía una inteligencia superior a la de la mayoría.

El canciller se inclinó hacia delante para que los sirvientes que los rodeaban no pudieran oírle.

—Si realmente eres alguien con la mirada puesta en el futuro, me sorprende que no hubieras considerado la posibilidad de que Baidar se uniera a la gran marcha hacia el oeste. Después de todo, su padre es el siguiente en la línea de sucesión del khan.

—Después del hijo de Ogedai, Guyuk —espetó Sorhatani.

Yao Shu asintió.

—Si todo va bien, por supuesto, pero no hace tantos años que estos pasillos estuvieron llenos de hombres armados cuestionando eso mismo. Puede que algo así nunca vuelva a suceder. Los príncipes se están reuniendo con Tsubodai, Sorhatani. Si tus planes son que tus hijos alcancen el khanato algún día, deberías ser consciente de todos los factores en juego. Guyuk, Batu y Baidar tienen más derecho a ser nombrados khanes que tus hijos, ¿no crees?

Sorhatani le fulminó con la mirada como si le hubiera levantado la mano. El canciller sonrió y se puso en pie, poniendo fin a la reunión.

—Te dejaré con tu té y tus exquisiteces. He descubierto que esos lujos son efímeros, pero, por favor, disfrútalos mientras puedas. Mientras se alejaba, dejándola sumida en sus pensamientos, se prometió que estaría allí para presenciar el retorno de la esposa del khan a Karakorum. Era un placer que no podía negarse después de tantos meses de tensión.

Los soldados tiritaban a la sombra de la enorme puerta. Como la empalizada que los circundaba, estaba hecha de viejos troncos negros, unidos con cuerdas que el frío invernal tornaba quebradizas. Había hombres en la empalizada cuya tarea diaria era recorrer la línea exterior, caminando con precaución a lo largo de un estrecho paso y, con las manos heladas, comprobar que cada cuerda seguía resistiendo como si estuviera hecha de hierro. La labor les llevaba la mayor parte del día. El recinto conformado por la empalizada, donde se alojaban muchos miles de hombres, se parecía más a una ciudad que a un campamento.

El patio situado frente a la puerta era un buen lugar para hacer guardia, se dijo Pavel, era un lugar seguro. Estaba allí porque había sido uno de los últimos en llegar la noche anterior. Con todo, los soldados que daban patadas en el suelo y se metían las manos en las axilas buscando calor podían sentir la fuerza del portón que se alzaba imponente ante ellos. Intentaban no pensar en los momentos venideros, cuando, entre bufidos, unos bueyes la levantarán, abriéndola para que ellos salieran a enfrentarse a los lobos.

Pavel estaba algo retirado del resto de hombres situados cerca de la puerta. Nervioso, palpó su espada, deseando volver a sacarla y mirarla. Su abuelo le había explicado lo importante que era mantenerla afilada. No le había explicado qué hacer si te entregaban una espada con más años que tú, con más mellas, cortes y arañazos de lo que parecía posible. Pavel había visto a algunos de los soldados reales pasar una piedra de afilar por la hoja de sus espadas, pero no se había atrevido a pedir que le prestaran una. No parecían el tipo de hombre que fuera a prestarle algo a un chico. Todavía no había visto al gran duque, aunque Pavel había alargado el cuello y se había estirado cuan alto era para otear. Eso era algo que a su abuelo le gustaría oír cuando volviera a casa. Su dedushka recordaba Cracovia y, cuando estaba borracho, el viejo aseguraba que, de muchacho, había visto al rey, aunque puede que no fuera más que un cuento.

Pavel ansiaba echarle un vistazo a los aventureros libres, los Qasaks que el duque había comprado para la campaña con una montaña de oro. Intentó no hacerse demasiadas esperanzas de que su padre estuviera entre ellos. Parte de él veía la tristeza en los ojos de su abuelo cada vez que hablaba del valiente joven que se había marchado para unirse a aquellos jinetes. Pavel había visto a su madre llorar en casa cuando creía que no podía oírla. Sospechaba que su padre simplemente los había abandonado, como tantos hacían cuando los inviernos eran demasiado crudos. Siempre había sido un trotamundos. Se habían marchado de Cracovia buscando un terreno propio, pero se habían encontrado con que el trabajo en el campo era prácticamente sinónimo de morir de hambre y daba pocas alegrías. Si acaso, los granjeros rusos estaban peor todavía que los que habían dejado atrás.

Siempre había gente que se iba a Kiev o Moscú buscando trabajo. Prometían que enviarían dinero a sus familias, pero pocos llegaban a hacerlo y menos todavía regresaban al hogar. Pavel meneó la cabeza. No era ningún niño tratando de encontrar una pequeña verdad entre todas las mentiras. Tenía una espada y lucharía por el duque junto a aquellos feroces y toscos jinetes. Sonrió, burlándose de sí mismo. Seguiría buscando el rostro de su padre entre ellos, cansado y envejecido por el trabajo duro, con el pelo muy corto para protegerse de los piojos. Confiaba en poder ser capaz de reconocerlo después de tanto tiempo. Los Qasaks estaban en algún lugar fuera de la empalizada, montando sus caballos en la nieve.

El frío era penetrante cuando salió el sol e iluminó el terreno convertido en fango por hombres y caballos. Pavel se frotó las manos y maldijo en voz alta cuando le dieron un empujón desde atrás. Le gustaba maldecir. Los hombres que le rodeaban utilizaban términos que nunca antes había oído y le soltó una buena blasfemia a su invisible asaltante. Su irritación se apagó cuando vio que solo era un niño que corría transportando buñuelos rellenos de carne y hierba. Las manos de Pavel se movieron con rapidez y cogió dos de las humeantes bolas mientras el chico se esforzaba por alejarse de él. El muchacho le insultó al notar el robo, pero Pavel hizo caso omiso de él y se embutió una en la boca antes de que alguien le viera y se las quitara. Tenía un

sabor delicioso y los jugos le chorrearon por la barbilla y por debajo de la cota de malla que le habían dado esa misma mañana. En aquel momento se había sentido como un hombre, con un peso de hombre que transportar. Había pensado que tendría miedo, pero había miles de soldados en la empalizada y muchos más Qasaks en el exterior. No parecían tener miedo, aunque la expresión de muchas de las caras era severa y pétrea. Pavel no hablaba con los que llevaban barba o mostachos poblados. Tenía la esperanza de que a él mismo le creciera el bigote, pero todavía no había nada sobre sus labios. Se sintió culpable al pensar en la navaja de afeitar que tenía su padre en el granero. Durante aproximadamente un mes, había ido hasta allí todas las noches para pasársela una y otra vez por las mejillas. Los chicos de la aldea decían que así el pelo crecía más deprisa, pero, al menos por ahora, no había rastro de vello en su cara.

Los cuernos se oyeron en algún lugar lejano y los hombres empezaron a gritar órdenes a diestro y siniestro. No había tiempo para comerse el segundo buñuelo, así que Pavel se lo metió bajo la ropa, sintiendo la ola de calor propagándose por su piel. Deseó que su abuelo hubiera podido estar allí viéndolo. El anciano había tenido que alejarse muchos kilómetros de casa para recoger leña y asegurarse de que esas reservas, sencillas de obtener, siguieran allí cuando el invierno arreciara. Su madre había llorado, por supuesto, cuando Pavel llevó al reclutador del duque a la puerta trasera. Con aquel hombre mirándolos, su madre no había sido capaz de decirle que no, justo como había planeado. Había seguido al reclutador muy erguido y todavía recordaba la combinación de excitación y nerviosismo en los rostros de las demás personas que se encontraban por el camino. Algunos eran mayores que Pavel y uno tenía una barba que casi le llegaba hasta el pecho. Se sintió decepcionado al no ver a ninguno de los otros chicos de la aldea. Seguro que habían salido huyendo de los reclutadores. Había oído que algunos se habían escondido en los pajares e incluso se habían tumbado entre las reses para evitar el llamamiento del duque. Sus padres no eran Qasaks. Pavel no se había vuelto para mirar el pueblo, o al menos solo una vez, para ver a su madre llegar hasta las últimas casas con la mano en alto, diciéndole adiós. Esperaba que su abuelo estuviera orgulloso cuando lo supiera. Pavel no estaba seguro de cómo reaccionaría, pero por lo menos se libraría de la paliza, si se enfadaba. Sonrió al pensar en el anciano en el patio con los pollos, sin nadie a quien darle correazos.

Algo estaba sucediendo, eso era evidente. Pavel vio a su sotski adelantarse, el único oficial que conocía. Parecía cansado y aunque no vio a Pavel, el instinto de este le movió a seguirle. Si iban a salir, su lugar estaba en el grupo de cien, como le habían dicho. Pavel no conocía a ninguno de los que caminaban con él, pero ahí es donde debía estar y, al menos, su sotski parecía avanzar con determinación hacia algún sitio. Juntos, cruzaron la puerta y el oficial por fin vio a Pavel a sus espaldas.

—Eres uno de los míos —dijo y luego señaló a un grupo algo más grande sin esperar respuesta.

Pavel y otros seis más se dirigieron hacia allá, sonriéndose tímidamente entre sí.

Eran tan desgarbados y torpes como se sentían, con sus espadas y unas cotas de malla que les llegaban casi a las rodillas, frotándose las manos heladas mientras su rostro se teñía de rojo y azul por el frío. El sotski se había ido a recoger a unos cuantos más de los que estaban a su cargo.

Pavel dio un respingo cuando los cuernos resonaron de nuevo, esta vez desde los muros de la empalizada. Al verle, uno de los hombres que estaban con él soltó una desagradable risotada que dejó al descubierto una hilera de dientes marrones y mellados. Pavel notó que le ardían las mejillas. Había esperado encontrar en el ejército ese tipo de hermandad que su abuelo había descrito, pero no la veía en ese patio congelado, en el que los hombres orinaban en el fango con los rostros enjutos crispados por el frío. Desde el blanco cielo empezó a caer la nieve y muchos de los hombres la maldijeron, sabiendo que eso haría el día más difícil en todos los aspectos.

Pavel observó un grupo de bueyes que eran conducidos a la puerta y atados a ella. ¿Es que iban a salir ya? No veía al sotski por ninguna parte. Parecía haberse evaporado, justo cuando Pavel necesitaba preguntarle todo tipo de cosas. La luz del día se filtraba por los maderos de la puerta, que empezó a abrirse hacia dentro. A gritos, los oficiales obligaron a retroceder a los hombres amontonados en el recinto y la multitud se metió para dentro como aire succionado. Algunos miraban hacia la creciente apertura, pero en algún punto distante se produjo una nueva conmoción y las cabezas se giraron para ver de qué se trataba. Pavel oyó varios gritos de rabia y dolor. Alargó el cuello y el que se había reído de él meneó la cabeza.

—Han sacado los látigos, chico —dijo con aspereza—. Nos envían a la batalla como si fuéramos ganado. Esas son las maneras de los maravillosos oficiales del duque.

A Pavel no le gustaba aquel hombre, sobre todo porque parecía estar criticando al propio duque. Retiró la vista en vez de contestar y luego avanzó empujado por los que estaban más atrás. La puerta se abrió del todo, dejando entrar una luz cuya blancura resultaba cegadora después de tanto tiempo a la sombra.

El frío era tan intenso que Batu apenas podía respirar y sentía cada bocanada de aire como una dolorosa puñalada en pulmones y garganta. Las monturas de su tumán trotaban en grupo, midiendo la anchura de sus filas respecto a la caballería rusa. Las maniobras habían comenzado con la salida del sol y ya estaban sudando. Ahora todo cuando podían hacer era seguir moviéndose. Pararse significaba dejar que el sudor se congelara y empezar a morir poco a poco, inconscientes del avance incesante del entumecimiento. Poco después del alba, Tsubodai había ordenado a su ala derecha que avanzara, con Batu a la cabeza. No temían a las tropas de leva o a los reclutas que el duque había reunido en su inmensa empalizada. Podían acabar con ellos con sus flechas. El peligro era la caballería enemiga y Batu se sintió honrado de ser el

primero que se enfrentaba a ellos. Habían fingido que se dirigían hacia la izquierda al amanecer, obligando a los rusos a reforzar sus filas en ese punto. Mientras el duque trasladaba hasta allí hombres del otro ala, Batu había aguardado la señal de Tsubodai y, entonces, había puesto a sus tropas al galope. Le rodeaba una masa ingente de caballos y, mientras cabalgaba, vio que las líneas aceleraban hacia su tumán, avanzando como una ola a medida que iban recibiendo la orden. El duque había reunido un ejército gigantesco para defender Kiev, pero nadie se había imaginado que tendrían que luchar en invierno. El frío era letal.

Batu probó la cuerda de su arco, soltándola y tensándola mientras galopaba, notando cómo la acción le desentumecía los poderosos músculos de los hombros. A su espalda, en el carcaj, llevaba el apretado haz de flechas y podía oír el traqueteo de las plumas entrechocando junto a su oído.

El duque había identificado la amenaza. Batu le vio a él y sus hermosos estandartes a un lado de su ejército. Desde allí transmitía las órdenes con los cuernos, pero Tsubodai había enviado a Mongke por la izquierda y ambas alas galopaban por delante de la fuerza principal. Con Jebe y Kachiun, el orlok lideraba el centro, donde se encontraban los jinetes de la caballería pesada mongola, armados con lanzas. Los que salieran de la empalizada se topaban con una gruesa línea negra, lista para aplastarlos.

Batu le hizo una inclinación de cabeza a su portaestandartes y una enorme franja de seda naranja empezó a ondear adelante y atrás, visible a lo largo de toda la línea. Se oyó el crujido de miles de arcos tendiéndose, un gemido que quedó vibrando en el aire. Cuatro mil flechas ascendieron cuando los hombres de las primeras filas dispararon, para tomar al instante otra flecha del carcaj de su espalda y colocarla mientras trotaban como habían aprendido a hacer desde niños. Se alzaban ligeramente en la silla, adaptando la posición de las rodillas al ritmo de las embestidas del caballo. La precisión no era tan necesaria desde tan lejos. Las flechas subían mucho y luego caían sobre los jinetes Qasaks emborronando un instante el aire para dejarlo limpio y muerto a su paso.

Aquí y allá, varios caballos enemigos cayeron. Los que tenían arco respondieron, pero no podían igualar el alcance de las armas mongolas y sus disparos se quedaban cortos. Batu redujo la velocidad para no perder esa ventaja. A su señal las líneas le imitaron, pasando del galope al trote y luego al paso, mientras las flechas continuaron saliendo y surcando el aire, una cada seis latidos, como martillazos contra un yunque.

Los jinetes rusos obligaron a sus monturas a atravesar la descarga de proyectiles, y se precipitaron ciegamente hacia delante con los escudos levantados y los cuerpos encogidos al máximo en sus sillas. Las dos alas se encontrarían en torno al campamento que protegía la empalizada y Batu se deslizó hacia la primera línea del frente. Sus hombres esperaban verle allí desde que se lanzara como un loco contra el príncipe ruso, y su sangre corría más rápida y caliente cuando se enfrentaba directamente al enemigo, con su tumán rodeándole.

Las oleadas de flechas se sucedieron sin ninguna pausa, ningún respiro. Adaptándose al cambio de distancia, los mongoles fueron bajando los arcos y empezaron a seleccionar blancos. La carga rusa no llevaba coraza de acero como la guardia personal del duque. Tsubodai tendría que ocuparse de los del centro. Los Qasaks del duque seguían cayendo bajo una tormenta de flechas que parecía no dejar espacio para hombres o caballos.

Al echar la mano atrás, el rostro de Batu se crispó un segundo al encontrarse el carcaj vacío y, con un gesto automático, colgó el arco en el gancho de la silla. Desenfundó la espada y su acción fue imitada a lo largo de toda la línea. El ala rusa había quedado destrozada: tras los supervivientes había un rastro de cientos de hombres tendidos. Los que quedaban en pie seguían galopando, pero muchos estaban heridos, se tambaleaban en la silla, respirando sangre a través de los orificios de sus pulmones. Todavía conservaban su actitud desafiante, pero, cuando las fuerzas se encontraron, los mongoles los atacaron con las espadas, golpeándoles con puños y antebrazos blindados, utilizando sus aceros con la máxima precisión.

El tumán de Batu aplastó los restos del ala y llegó hasta los muros de la empalizada. Batu vislumbró las puertas abriéndose, pero luego esa imagen quedó atrás y siguió persiguiendo a un enemigo que había quedado medio colgando de su silla e intentaba huir. Desde sus caballos, los guerreros mongoles ululaban y, a gritos, se señalaban buenos blancos entre sí. Batu percibía el orgullo y el placer de sus hombres, que le saludaron con una inclinación de cabeza. Ese era el mejor momento, cuando el enemigo huía en desbandada y podían cazarlo como a un rebaño de ciervos.

Cuando las puertas se abrieron de par en par, Pavel salió al deslumbrante amanecer nevado. Parpadeó, confuso y asustado: había demasiadas voces gritando a la vez y no podía entender nada. Sacó su espada y avanzó unos pasos, pero el hombre que le precedía, el que había hablado antes, se detuvo de repente.

—¡Sigue andando! —exclamó Pavel.

Ya le estaban empujando por atrás. El hombre de los dientes rotos carraspeó y escupió mientras observaba el ejército mongol galopando hacia ellos. Sus lanzas descendieron en una línea.

—Que Dios nos proteja —murmuró el hombre y Pavel no sabía si estaba rezando o maldiciendo. Oyó que los de atrás iniciaban un grito marcial, intentando animarse unos a otros, pero las voces se perdieron en el viento y Pavel sintió que las manos se le debilitaban y se le encogía el estómago.

La línea mongola fue haciéndose más y más amplia, y, a medida que avanzaban, el suelo vibraba más y más bajo sus pies. Todos podían sentirlo y muchos de ellos se miraron entre sí. Los oficiales gritaban señalando a los mongoles, con la cara roja y escupiendo saliva en su urgencia. La columna todavía avanzaba, incapaz de parar

mientras los de atrás siguieran empujándoles hacia la nieve. Pavel trató de caminar más despacio, pero fue empujado hacia delante por hombres tan reacios a seguir como él.

—¡Por el duque! —aulló uno de los oficiales. Unos cuantos repitieron el grito, pero sus voces eran débiles y se callaron enseguida. El tumán mongol llegó, una línea de oscuridad que los barrería a todos.

Kachiun oyó las risas antes de que el grupo estuviera siquiera a la vista. Hizo una mueca al sentir una punzada en su pierna mala: una vieja herida del muslo le había empezado a supurar y tenía que drenársela dos veces al día, por indicación del curandero musulmán de Tsubodai. No parecía ayudar. La herida llevaba meses dándole problemas, mejorando y volviendo a empeorar sin previo aviso. Acercarse a los jóvenes oficiales cojeando como un lisiado le hacía sentirse viejo. Y era viejo, por supuesto. Cojo o no, le habrían hecho sentir los años que tenía.

Oyó la voz de Guyuk alzarse por encima de las otras, contando alguna historia de los triunfos de Batu. Kachiun dejó atrás la última ger y suspiró para sí. El sonido paró un momento cuando Guyuk le vio. Los otros se volvieron para mirar qué había llamado la atención del joven.

—El té acaba de hervir, general —le llamó Guyuk, con alegría—. Eres bienvenido si quieres compartir un cuenco con nosotros, o algo más fuerte si prefieres. —Los otros se rieron como si fuera una broma genial y Kachiun contuvo una mueca. Él también había sido joven, una vez. Los cuatro estaban tirados en el suelo como jóvenes leones y Kachiun se sentó en el tapete de fieltro, echando la pierna hacía delante con cuidado. Batu notó la hinchazón en el muslo, por supuesto. A ese chico no se le escapaba nada.

—¿Cómo está la pierna, general?

—Llena de pus —respondió bruscamente Kachiun.

La expresión de Batu cambió al percibir su tono, ocultando sus emociones. Kachiun maldijo entre dientes. Un poco de dolor y de sudor y ahí estaba, gritándole a los chicos como un perro viejo y malhumorado. Recorrió con la vista el reducido grupo, saludando a Baidar, al que le costaba contener la excitación que sentía por haberse unido a la campaña. El joven guerrero estaba nervioso y tenía los ojos brillantes, contento de estar en esa compañía y ser tratado como un igual. Kachiun se preguntó si alguno de ellos estaría al tanto de las traiciones de sus padres, o si les importaba algo si las conocían.

Kachiun aceptó el cuenco de té con la mano derecha y trató de relajarse mientras le daba un sorbo. La conversación no se reanudó de inmediato en su presencia. Kachiun había conocido a todos sus padres y, de hecho, al propio Gengis. Los años le pesaban cuando lo pensaba. Veía a Tolui en Mongke y el recuerdo le entristecía. La promesa de los fuertes rasgos de Chagatai asomaba en las facciones y la prominente mandíbula de Baidar. El tiempo diría si también poseía la obstinada fuerza de su padre. Kachiun notó que el chico todavía tenía algo que probar ante los que le rodeaban. No se hallaba entre los líderes del grupo, en absoluto.

Esa idea le llevó a pensar en Batu y, cuando le miró, se encontró al joven observándole con una sonrisa, como si pudiera leerle la mente. Los demás le respetaban, eso era evidente, pero Kachiun se preguntó si su recién fundada amistad

sobreviviría a los desafíos de los años. Cuando fueran rivales por el control de los khanatos, no estarían tan relajados los unos junto a los otros, se dijo, bebiendo otro sorbo.

Guyuk sonreía con facilidad, como alguien que esperaba heredar. No había tenido a Gengis como padre para endurecerse y hacerle comprender los peligros de la amistad precipitada. Quizá Ogedai había sido demasiado indulgente con él, o quizá solo era un guerrero normal, sin esa resolución implacable que distinguía a hombres como Gengis.

«Y a hombres como yo», —pensó Kachiun para sí, considerando sus propios sueños y glorias pasadas. Ver el futuro en sus tranquilos sobrinos era una experiencia agri dulce. Le mostraban su respeto, pero no creía que comprendieran lo que les debían. El té le supo amargo al pensarlo, aunque en realidad ahora todo le sabía mal porque se le estaban pudriendo las muelas.

—¿Hay algún motivo para que nos visites en esta fría mañana? —dijo Batu de repente.

—He venido a dar la bienvenida a Baidar en el campamento —contestó Kachiun—. No estaba cuando llegó con el tumán de su padre.

—Su propio tumán, general —corrigió Guyuk al instante—. Todos hemos recibido ayuda de manos de nuestros padres.

Mientras hablaba, el joven no se dio cuenta de que Batu se ponía rígido. Jochi, su padre, no había hecho nada por él, y sin embargo estaba sentado con los otros, primos y príncipes, tan fuerte y tal vez más duro que ninguno de los demás. A Kachiun no se le escapó el tropel de emociones que atravesó fugazmente el rostro del muchacho. Asintió para sí, deseándoles suerte a todos en silencio.

—Bueno, no puedo despilfarrar la mañana aquí sentado —dijo Kachiun—. Tengo que hacer que esta pierna camine, me han dicho, para que la mala sangre siga moviéndose.

Se puso en pie con esfuerzo, ignorando el brazo extendido de Guyuk. Otra vez sentía punzadas en esa inútil pierna, una con cada latido de su corazón. Volvería a ver al curandero y se sometería a otra dolorosa punción en la carne para que saliera la inmundicia marrón que tenía en el muslo. Frunció el ceño ante la perspectiva y luego inclinó la cabeza ante el grupo y se marchó cojeando.

—En su época llegó a ver muchas cosas importantes —dijo Guyuk pensativo, mirándole mientras se alejaba.

—No es más que un viejo —contestó Batu—. Nosotros veremos más. —Esbozó una enorme sonrisa mirando a Guyuk—. Como el fondo de unos cuantos odres de airag, para empezar. Saca tus reservas privadas, Guyuk. No creas que no he oído hablar de esos paquetes que te ha dado tu padre.

Al encontrarse como centro de atención, Guyuk se sonrojó mientras los demás le pedían a voces que trajera la bebida. Se marchó a toda prisa para traer los odres para sus amigos.

—Tsubodai me dijo que me presentara ante él para informar cuando se pusiera el sol —dijo Baidar, con voz preocupada.

Batu se encogió de hombros.

—Y lo haremos, aunque no dijo que tuviéramos que estar sobrios. No te preocupes, primo, haremos una buena actuación para ese viejo. Puede que haya llegado el momento de que se dé cuenta de que nosotros somos los príncipes de la nación. Él no es más que un artesano al que contratamos, como un pintor... o un albañil. Por muy bueno que sea, Baidar, eso es todo lo que es.

Baidar parecía incómodo. Se había unido al ejército después de la batalla de Kiev y sabía que todavía tenía que demostrar su valía ante sus primos. Batu había sido el primero que había ido a saludarle, pero Baidar sabía juzgar suficientemente bien a las personas como para notar el rencor que había en él. Se mostraba precavido con el grupo, por mucho que todos fueran sus primos y los príncipes de la nación. Eligió quedarse callado y Batu, relajado, se reclinó en un montón de sacos de grano. Al poco regresó Guyuk cargado con varios odres repletos de airag sobre los hombros.

Yao Shu se había esforzado mucho para estar preparado para el encuentro de Sorhatani y la mujer del khan. El palacio de verano junto al río Orkhon estaba apenas a un día a caballo para un explorador, pero la esposa del khan nunca había viajado a tanta velocidad. A pesar de su aparente urgencia, el traslado de su personal y su equipaje le había llevado casi un mes. Yao Shu había disfrutado del placer secreto de ver cómo la tensión de Sorhatani crecía día a día mientras iba de aquí para allá por el palacio y la ciudad, comprobando los recuentos del tesoro y revisando un millar de detalles que podían ser considerados dignos de reproche en su cuidado del khan.

En ese periodo, con solo unas cartas y unos mensajeros, el canciller había recuperado la libertad de su cargo. Ya no era molestado por las constantes preguntas y peticiones de Sorhatani que tanto tiempo y recursos le habían robado. Ya no le convocaba a todas horas para que le explicara alguna cuestión política, o algún aspecto de los títulos y los poderes de su marido que le habían sido concedidos. Se dijo que la aplicación de fuerza había sido perfecta: la mínima fuerza para conseguir el resultado deseado.

Durante los dos días anteriores, un ejército de sirvientes Chin habían limpiado a fondo los pasillos del palacio. Todo lo que estuviera hecho de tela había sido enviado al patio y sacudido para quitarle el polvo antes de devolverlo a su lugar con el máximo cuidado. Una selección de fruta fresca se había guardado en barriles con hielo que habían sido almacenados en las cocinas subterráneas, mientras que los adornos de flores recién cortadas eran tan abundantes que todo el edificio desprendía un fuerte aroma floral. La esposa del khan estaba en camino y no debía quedar decepcionada.

Yao Shu recorrió a grandes zancadas un ventilado corredor deleitándose en la

débil luz del sol de aquel día frío y de cielos azules. Lo bueno de su posición es que nadie cuestionaría al canciller del khan si decidía estar allí cuando Torogene volviera. Era casi su deber darle la bienvenida y no había mucho que Sorhatani pudiera hacer al respecto.

Oyó la larga nota de un cuerno proveniente de las afueras de la ciudad y sonrió para sus adentros. La hilera de carros con el equipaje de Torogene estaba por fin a la vista. Todavía tenía tiempo para ir a sus oficinas y ponerse su atuendo más formal. La túnica que llevaba estaba sucia y se sacudió la tela con la mano mientras trotaba hacia sus habitaciones de trabajo. Apenas notó al sirviente que se postraba bajo el dintel cuando pasó por su lado. Tenía ropa limpia en un arcón. Olería un poco a humedad, pero la madera de cedro debería haber mantenido a raya a las polillas. Cruzó la habitación con paso rápido y estaba inclinado sobre el arcón cuando oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas. Mientras se daba la vuelta sorprendido, se oyó un clic y luego el chirrido de una llave en la cerradura.

Yao Shu se olvidó del arcón. Atravesó la estancia y bajó el picaporte, sabiendo que la puerta no se abriría. Orden de Sorhatani, por supuesto. Casi sonrió ante la desfachatez de encerrarle en sus habitaciones. Resultaba todavía más irritante porque había sido él quien se había ocupado de que hubiera cerraduras en las puertas del palacio, al menos en aquellas que guardaran objetos de valor. Habían aprendido la lección de aquella larga noche, cuando Chagatai envió hombres al palacio a propagar el terror y la destrucción. Solo el hecho de tener buenas puertas había salvado al khan en aquella ocasión. Yao Shu pasó la mano por la madera y su piel encallecida produjo un sonido sibilante que acompañó con un siseo.

—¿Conque sí, eh, Sorhatani? —murmuró para sí.

Contuvo la inútil urgencia que sintió de sacudir el picaporte o pedir ayuda. Todo el palacio estaba ocupado aquella mañana. Tal vez hubiera criados corriendo por el pasillo exterior, pero su sentido de la dignidad le impedía llamar para ser rescatado de sus propias habitaciones.

Golpeó la puerta con la palma de la mano, probando su resistencia. Desde la infancia, había acostumbrado su cuerpo a condiciones de dureza. Durante años había comenzado cada día con mil golpes contra sus antebrazos. Su objetivo era que los huesos, que sufrían minúsculas fisuras, se llenaran y aumentaran de densidad para poder utilizar toda su fuerza sin temor a que se le rompieran las muñecas. Sin embargo, la puerta era deprimentemente sólida. Ya no era ningún jovencito y, sonriendo con tristeza, dejó a un lado el recurso de la fuerza que habría empleado un joven.

En vez de eso, tanteó las bisagras con las manos. Eran simples clavijas de hierro, dispuestas en anillos de hierro, pero la puerta había sido colocada en su lugar mientras estaba abierta. Ahora que se encontraba cerrada, el marco le impedía levantarla. Recorrió sus oficinas con la vista, pero no había ningún arma. El arcón era demasiado pesado para poder arrojarlo contra la puerta, y el resto —su tintero de

piedra, sus plumas y pergaminos— eran demasiado ligeros para ser de utilidad. Masculló una maldición entre dientes. Las ventanas de la estancia, altas y suficientemente pequeñas para que el viento invernal no le helara mientras trabajaba, tenían barrotes de hierro.

Cuando todos sus intentos racionales fallaron, sintió que su ira se encendía de nuevo. Tendría que ser por la fuerza. Se frotó los dos grandes nudillos de la mano derecha. Años de golpear en el poste habían formado una capa de callo, pero los huesos por debajo eran como el mármol: se habían ido agrietando y regenerando hasta convertirse en una densa masa de hueso.

Yao Shu se quitó las sandalias y se puso a estirar los músculos de las piernas. Estas también habían sido endurecidas por el entrenamiento. El tiempo diría si podía romper una puerta sin otra herramienta que su cuerpo.

Seleccionó el punto más débil, donde un panel había sido encajado en la estructura principal. Respiró hondo, preparándose.

Sorhatani estaba de pie junto a la entrada principal de Karakorum.

Había estado intranquila durante algún tiempo decidiendo dónde recibir a la esposa de Ogedai. ¿Parecería un desafío obligarla a recorrer toda la ciudad antes de que se encontraran? No conocía lo suficiente a Torogene como para estar segura. Su principal recuerdo de ella era el de una mujer maternal que había mantenido la calma en la larga noche en que Ogedai fue atacado en sus habitaciones. Sorhatani se dijo que no había hecho nada malo, que no se le podía reprochar haber cuidado del khan. No obstante, sabía suficientemente bien que los sentimientos de una esposa respecto a una mujer más joven no siempre eran algo racional. Fuera bien o mal, la reunión sería delicada, como mínimo. Sorhatani se había preparado lo mejor que había podido. El resto dependía del padre cielo y de la madre tierra, así como de la propia Torogene.

El séquito era impresionante, con sus escoltas y sus carros extendiéndose por el camino a lo largo de kilómetro y medio. Sorhatani había ordenado que abrieran las puertas de la ciudad con tal de evitar ofender a Torogene, pero temía que la mujer del khan pasara sin más junto a ella como si no existiera. Nerviosa, observó cómo las primeras filas de jinetes atravesaban la puerta y el carro de mayor tamaño se aproximaba rodando pesadamente. Tirado por seis bueyes, se movía con lentitud y los crujidos que emitía se oían desde la distancia. La esposa del khan estaba sentada bajo un baldaquino, con cuatro postes de abedul que sujetaban un tejadillo de seda. Estaba abierto por los lados y Sorhatani se retorció las manos al encontrarse ante la primera visión de Torogene regresando junto a su marido a Karakorum. No era una visión tranquilizadora y Sorhatani notó que los ojos de Torogene la buscaban a lo lejos para luego posarse en ella como si se hubiera quedado fascinada. Pensó que podía verlos brillar y supo que Torogene estaría viendo una esbelta y hermosa mujer en un vestido Chin de seda verde con el pelo recogido con un broche de plata tan grande como la

mano de un hombre.

Cuando el carro se detuvo a unos pocos pasos de ella, los pensamientos se agolparon en la mente de Sorhatani. La cuestión era el estatus y eso era precisamente lo único que había sido incapaz de decidir durante los anteriores días. Torogene era la esposa del khan, por supuesto. Cuando se vieron la última vez, su estatus social había sido superior al de Sorhatani. Pero en el tiempo que había transcurrido, Sorhatani había recibido todos los títulos y autoridad de su marido. No existía precedente de algo así en la breve historia de la nación. Sin duda ninguna otra mujer había tenido nunca el derecho a comandar un tumán, si es que alguna vez decidía hacerlo. El hecho de que el khan hubiera dictaminado algo así era un signo de su respeto por el sacrificio de su marido.

Sorhatani tomó una honda y lenta bocanada de aire mientras observaba cómo Torogene se desplazaba hasta el borde del carro y extendía la mano para que la ayudaran a bajar. Aquella mujer ya canosa era mayor que Sorhatani, pero la esposa del khan se habría inclinado ante Tolui si hubiera estado allí. La esposa del khan habría hablado primero. Sin saber cómo reaccionaría Torogene ante ella, Sorhatani no quería desperdiciar su única ventaja. Poseía un estatus que le permitía exigir respeto, pero no quería que aquella mujer se convirtiera en su enemiga.

El momento de tomar una decisión había llegado demasiado rápido, pero su atención se distrajo por el sonido de unos pasos que se aproximaban a la carrera. Tanto Sorhatani como Torogene alzaron la vista al mismo tiempo y vieron a Yao Shu atravesar la puerta. La rigidez de su rostro delataba su indignación y observó la escena con ojos destellantes. Sorhatani vislumbró sus nudillos ensangrentados antes de que el canciller pusiera las manos a la espalda e hiciera una reverencia formal para dar la bienvenida a la esposa del khan.

Quizá fuera su ejemplo, pero Sorhatani dejó a un lado su reciente dignidad. Cuando Torogene se volvió hacia ella, la joven también hizo una profunda reverencia.

—Tu regreso nos llena de alegría, señora —dijo Sorhatani, enderezándose—. El khan está recuperando la salud y te necesita más que nunca.

Torogene se relajó ligeramente y un dejo de tensión desapareció de su porte. Mientras Yao Shu observaba expectante, la esposa del khan sonrió. Furioso, vio que Sorhatani la imitaba.

—Estoy segura de que me contarás todo lo que necesito saber —dijo Torogene, con voz cálida—. Lamenté las noticias sobre tu marido. Era un hombre valiente, más de lo que nunca supe.

Sorhatani se sonrojó, aliviada más allá de lo que podía expresar con palabras de que la esposa del khan no la hubiera despreciado, o iniciado un intercambio de hostilidades. Volvió a hacer una reverencia, por impulso, abrumada.

—Sube conmigo al carro, querida —añadió Torogene, enlazando su brazo en el de Sorhatani—. Podemos hablar de camino al palacio. ¿Es Yao Shu a quien veo allí?

—Mi señora —murmuró Yao Shu.

—Quiero ver las cuentas, canciller. Llévamelas a las habitaciones del khan al atardecer.

—Por supuesto, mi señora —contestó.

¿Qué truco era aquel? Había confiado en que ambas se pelearan como dos gatas rabiosas por Ogedai y, en vez de eso, parecía que se habían evaluado la una a la otra con una sola mirada y un saludo y habían encontrado algo que les gustaba. Nunca comprendería a las mujeres, se dijo. Eran el gran misterio de la vida. Le dolían las manos después de haber roto a golpes los paneles de la puerta y, de repente, se sintió muy cansado. Deseaba más que nada volver a sus oficinas y ponerse cómodo junto a una bebida caliente. Contempló con petrificada frustración cómo ayudaban a Sorhatani y Torogene a subir al carro y las dos mujeres se sentaban una junto a la otra, ya charlando como pájaros. La columna partió entre los gritos de los conductores y los guerreros que hacían de escolta. Al poco, se encontró solo en el polvoriento camino. Le asaltó el pensamiento de que las cuentas no estaban listas para ser examinadas por nadie aparte de él mismo. Tenía mucho trabajo antes de la reunión, antes de poder descansar.

Mientras los jinetes y los carros avanzaban por las calles, Karakorum distó mucho de mantenerse en calma. La propia guardia del khan había recibido orden de salir del cuartel para vigilar los caminos y mantener alejadas a las multitudes que querían comunicarle sus buenos deseos a Torogene, así como a aquellos que solo querían verla. La mujer del khan había sido la madre de la nación y los guardias se veían en apuros. Torogene sonrió con indulgencia mientras recorrían las calles en dirección a la cúpula dorada y la torre del palacio del khan.

—Me había olvidado de que había tanta gente aquí —dijo Torogene, meneando la cabeza maravillada.

Hombres y mujeres sostenían a sus hijos en alto con la vana esperanza de que los bendijera tocándolos. Otros gritaban su nombre o bendiciones de su propia cosecha para el khan y su familia. Los guardias entrelazaban los brazos en las encrucijadas, esforzándose por contener esa marea humana.

Cuando volvió a hablar, Sorhatani notó un leve rubor en las mejillas de Torogene.

—Me han dicho que Ogedai está prendado contigo —empezó a decir Torogene.

Sorhatani cerró los ojos, irritada. Yao Shu.

—Cuidarle me dio algo que hacer mientras soportaba mi propio dolor —contestó. En sus ojos no había culpa alguna y Torogene la observó con interés. Nunca había estado tan hermosa, ni siquiera de joven.

—Pareces haber ofendido al canciller de mi marido, al menos. Eso habla en tu favor.

Sorhatani sonrió.

—Tiene la sensación de que los deseos del khan deberían haber sido respetados. Yo... no los respeté. Creo que irrité a Ogedai y logré que volviera a tomar las riendas de sus deberes. No está completamente recuperado, mi señora, pero creo que notarás un cambio en él.

La esposa del khan le dio unos golpecitos en la rodilla, tranquilizada tras haber oído hablar a Sorhatani. ¡Por los espíritus, aquella mujer había conseguido los títulos de su marido con solo unas cuantas ofensas! Si eso no era ya suficiente, le había devuelto la salud al khan cuando este se negaba a ver a su esposa o a su canciller. Parte de ella sabía que Ogedai había decidido morir solo en su palacio. La había enviado lejos con una especie de fría resignación en la que ella fue incapaz de penetrar. De algún modo, había creído que desafiarle habría acabado de hundirle por completo. Su marido no le había permitido entrar en su dolor. Eso todavía la hacía sufrir.

Sorhatani había hecho lo que Torogene no había podido hacer y la esposa del khan le daba las gracias en silencio, independientemente de cómo lo hubiera logrado. Incluso Yao Shu se había visto obligado a admitir que Ogedai estaba de mejor humor. De algún modo, le alegró comprobar que Sorhatani podía estar tan nerviosa como una niña. La hacía menos terrorífica.

Sorhatani contempló a la maternal señora que estaba junto a ella. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le mostrara un afecto así y se dio cuenta de que Torogene le gustaba aún más. Casi no podía expresar el alivio que sentía al ver que no había mala sangre entre ellas. Torogene no era una de esas necias que habría irrumpido en el palacio como un vendaval. Si Ogedai hubiera tenido un mínimo de sentido común, la habría mantenido a su lado desde el mismo momento de su regreso. Habría sanado en sus brazos. Por el contrario, había elegido esperar la muerte en una habitación helada. Lo había considerado una forma de resistir sin encogerse ante el rostro de la muerte, ahora lo sabía. Se había atormentado con pecados y errores del pasado hasta que ya no podía moverse ni siquiera para salvarse a sí mismo.

—Me alegro mucho de que le ayudaras, Sorhatani —dijo Torogene. El color de sus mejillas se oscureció de repente y Sorhatani se preparó para la pregunta que sabía que le iba a formular—. Ya no soy una jovencita, una virgen que se ruboriza por nada —continuó Torogene—. Mi marido ha tenido muchas esposas... y esclavas y criadas para atender cada una de sus necesidades. No me sentiré herida, pero quiero saber si le diste consuelo en *todos los aspectos*.

—No en la cama —respondió Sorhatani, sonriendo—. Estuvo a punto de agarrarme una vez que le estaba bañando, pero le di un porrazo con el cepillo para los pies.

Torogene soltó una risita.

—Esa es la manera de tratarlos, querida, cuando se calientan. Es que eres muy hermosa. Creo que me habría sentido celosa de ti si hubiera pasado algo.

Se sonrieron la una a la otra, dándose cuenta de que habían encontrado una

amiga. Ambas mujeres se preguntaron si la otra valoraba ese descubrimiento tanto como ellas mismas.

XXII

Durante la primavera y el siguiente verano, Tsubodai avanzó lentamente hacia el oeste. Dejando atrás los principados rusos, llegó a los límites de sus mapas. Sus exploradores se adelantaron a los tumanes, adentrándose en territorios desconocidos durante varios meses consecutivos, haciendo bosquejos de valles y pueblos y lagos con los que componían una imagen de las tierras que se extendían ante él. Los que sabían leer y escribir apuntaban el número de efectivos de los ejércitos que se habían encontrado, o de las columnas de refugiados que huían delante de ellos. Los que no sabían escribir ataban palos formando hatos de diez, en los que cada diez representaba un millar. Era un sistema burdo, pero Tsubodai se daba por satisfecho con avanzar durante el verano y luchar en el invierno, sacándole provecho a los puntos fuertes de su pueblo. Ese tipo de enfoque respecto a la guerra debilitaba a los señores y nobles de esas nuevas tierras. Por ahora, no le habían mostrado nada que pudiera suponer una amenaza para sus guerreros montados.

Tsubodai suponía que, antes o después, se tendría que enfrentar a ejércitos similares a los del emperador Chin. En un momento dado, los príncipes extranjeros unirían fuerzas contra la oleada mongola que estaba barriendo el oeste. Había oído rumores de ejércitos como nubes de langostas, pero no sabía si se trataba de una exageración. Si los señores extranjeros no se unían, los derrotaría uno a uno y no se detendría hasta llegar al mar.

Cabalgó hasta el frente de una columna formada por los dos tumanes más próximos, comprobando los suministros que Mongke había prometido enviar después de una incursión afortunada. Mantener a tantos guerreros en el campo de batalla les obligaba a moverse continuamente. Los caballos necesitaban vastas llanuras de hierba y el problema que constituía el elevado número de hombres sin montura empeoraba cada día. Cuando se empleaban sin piedad, los reclutas forzosos les eran útiles. Los tumanes de Tsubodai los hacían avanzar primero, obligando al enemigo a gastar todas sus flechas y saetas antes de enfrentarse con la principal fuerza mongola. De ese modo, su utilidad era considerable, pero mantenerlos hacía necesario que cualquier cosa que vivía o se movía tuviera que ser cazada para alimentar a los hombres... no solo los ganados de reses o de ovejas, sino también zorros, ciervos, lobos, liebres y aves salvajes, todo lo que encontraban. Arrasaban la tierra, sin dejar nada vivo a su paso. Pensó que la destrucción de los pueblos era algo como una bendición. Mejor una muerte rápida que morir de hambre, sin grano o carne para pasar el siguiente invierno. Una y otra vez, los tumanes de Tsubodai se habían topado con pueblos abandonados, lugares llenos de fantasmas de años pasados, cuando la peste o la hambruna habían obligado a la población a huir. No era de extrañar que se congregaran en las grandes ciudades. En ese tipo de sitios, podían pretender que estaban a salvo y consolarse con las masas y las altas murallas. Todavía no sabían lo débiles que esas murallas eran para sus tumanes. Había obligado a rendirse a

Yenking, con el emperador Chin en su interior. Nada de lo que había visto en el oeste podía igualar esa ciudad de piedra.

Tsubodai apretó la mandíbula al ver a Batu una vez más en compañía de Guyuk. Mongke y Baidar estaban a cientos de kilómetros de distancia, si no, se dijo, podría habérselos encontrado allí también. Los cuatro príncipes se habían hecho amigos, lo que habría resultado bastante útil, si no hubiera sido Batu el que los mantenía unidos. Quizá porque era el mayor, o porque Guyuk le seguía, Batu parecía ser el que marcaba la pauta a los demás. Hacía una gran exhibición de respeto cada vez que Tsubodai hablaba con él, pero siempre esbozando una media sonrisa irónica. Nunca era tan obvia como para permitirle actuar en consecuencia, pero, aun así, allí estaba. La sentía como una espina clavada en su espalda, demasiado lejos para poder alargar la mano y extraérsela.

Tsubodai frenó al llegar a la cabeza de la columna. A sus espaldas, el tumán de Batu cabalgaba junto al de Guyuk. Entre los hombres de ambos tumanes no existía la dura competencia que era habitual entre los guerreros, como si imitaran el comportamiento de los generales que los lideraban. Tsubodai gruñó al constatar las bien dibujadas líneas. No podía reprocharles nada, pero le molestaba ver a Guyuk y Batu pasarse el día charlando, como si se dirigieran a un banquete de bodas en vez de estar atravesando territorio hostil.

Tsubodai tenía calor y estaba irritable. Ese día no había comido y había cabalgado más de treinta kilómetros desde el alba, supervisando las columnas que se abrían camino por las tierras enemigas. Controló su malhumor cuando Batu le saludó desde la silla de montar con una inclinación de cabeza.

—¿Tienes nuevas órdenes, orlok? —dijo Batu.

Guyuk alzó la vista también y Tsubodai acercó su caballo, poniéndose a su paso. No se preocupó de responder esa inútil pregunta.

—¿Ha llegado ya el rebaño de reses de Mongke? —preguntó Tsubodai. Sabía que sí, pero necesitaba mencionar el tema.

Guyuk asintió al instante.

—Justo antes del amanecer. Doscientas cabezas, bien grandes. Hemos sacrificado veinte toros y el resto está con los rebaños que nos siguen.

—Enviad sesenta reses a Kachiun. No tiene ninguna —ordenó Tsubodai, seco y rígido con ellos. Ni siquiera le gustaba que pudiera parecer que les estaba pidiendo un favor.

—Tal vez sea porque Kachiun se queda sentado en un carro, en vez de montarse en un caballo y salir a buscar carne —murmuró Batu.

Guyuk casi se atraganta al intentar reprimir una carcajada. Tsubodai clavó en ellos una mirada llena de frialdad. No era suficiente ver al hijo del propio khan actuar como un idiota, sino que la insolencia de Batu era algo que tendría que afrontar y eliminar antes o después. Confiaba en que Batu se pasaría de la raya antes de que la situación exigiera la muerte. Era joven y testarudo. Cometería un error, estaba seguro.

Un explorador apareció a la carrera para informar y Tsubodai se giró automáticamente, solo para descubrir que el hombre pasaba por delante de él en dirección a Batu. Respiró hondo antes de que el explorador le viera y se sobresaltara, haciendo una profunda reverencia desde la silla.

—La ciudad junto al río está cerca, general —le dijo a Batu—. Me pediste que te avisara cuando la tuviéramos a nuestro alcance.

—¿Y el propio río? —preguntó Batu. Sabía que Tsubodai lo había mandado explorar en busca de vados y puentes hacía días. La media sonrisa estaba flotando en su boca de nuevo, sabiendo que Tsubodai estaba oyendo todas y cada una de sus palabras.

—Dos vados poco profundos en nuestro camino, general. El mejor está situado al norte.

—Muy bien. Ese es el que tomaremos. Enséñale a mis vasallos dónde está y luego llévanos a los demás hasta allí.

—Sí, mi señor —contestó el explorador. Se inclinó ante Batu, luego ante Tsubodai y luego clavó los talones en su montura y se alejó trotando junto a la línea de guerreros.

—¿Alguna otra cosa, orlok? —preguntó Batu con aire inocente—. Tengo algunas cosas entre manos en este momento.

—Acampad en cuanto hayáis cruzado el río y después vosotros dos venid a verme a la caída de la tarde.

Observó cómo ambos se miraban entre sí antes de retirar la vista para evitar echarse a reír. Tsubodai rechinó los dientes y se marchó. Había recibido noticias de la presencia de dos ciudades al otro lado de las montañas, ciudades que sus exploradores decían que habían sido inundadas por los refugiados que huían de los tumanes mongoles. Sin embargo, en vez de preparar una campaña contra Buda y Pest, tenía que ocuparse de unos generales que actuaban como niños. Se preguntó si podría hablar con Guyuk a solas y hacerle ver lo vergonzoso de su comportamiento para que actuara con algo parecido al sentido del deber o la dignidad. Asintió para sí mientras cabalgaba. Desde su venturoso ataque contra el corazón del ejército ruso, Batu había ido minando la autoridad del orlok. Si la cosa continuaba así, podría costar vidas, quizá incluso llevarlos a todos a la destrucción. Ya era hora de agarrar el problema por la garganta, o incluso al propio Batu. No había lugar en aquella marcha para cuestionamientos de su autoridad, ni siquiera por parte de hijos y nietos de khanes.

Los generales cabalaron hasta la tienda de Tsubodai a la puesta del sol. Los tumanes dormían a su alrededor, un océano de pálidas gers que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Apiñados en medio de los mongoles, había una oscura masa de combatientes extranjeros. La mayoría eran rusos, o bien los que habían sobrevivido a

la destrucción de sus propios pueblos y ciudades o bien, en un número mucho menor, hombres que habían llegado en busca de un botín, siguiendo al ejército a través de los valles para ofrecerles sus armas y su fuerza. La mayoría de estos habían sido nombrados oficiales por el resto, porque eran los que distinguían la punta de la espada de la empuñadura. Su equipo estaba compuesto por piezas que se habían ido encontrando tiradas por ahí y los mejores alimentos eran para los tumanes, así que todos ellos estaban flacos y eternamente hambrientos.

Pavel era uno de ellos, delgado como un lobo y siempre magullado o cansado del entrenamiento. No comprendía la mitad de las cosas que le obligaban a hacer, pero las hacía. Corría por las mañanas, trotando detrás de los tumanes quince kilómetros cada día. Había perdido su herrumbrosa espada en la única batalla de su vida y por un pelo no había perdido también la vida. El golpe que le había derribado le había levantado una parte del cuero cabelludo, dejándole inconsciente. Cuando por fin se despertó, se encontró con que la empalizada estaba en llamas y los tumanes habían levantado un enorme campamento. Los muertos, algunos de ellos despojados de sus ropas, yacían allí donde habían caído. Pavel tenía la cara tirante: su propia sangre congelada se le había quedado pegada y le cubría desde el pelo a la barbilla. No se había atrevido a tocarla, aunque le había cerrado el ojo derecho, formando una sólida masa sobre el párpado.

Pavel podría haber muerto si no hubiera sido por el hombre de los dientes podridos que le había dado un trago de un líquido amargo de un odre que llevaba. La bebida había hecho vomitar a Pavel, pero aquel hombre simplemente había soltado una de sus desagradables carcajadas y le había dicho que se llamaba Alexi y que tenían que mantenerse unidos. Fue Alexi quien le había ayudado a atravesar el campamento hasta donde descansaban los guerreros mongoles, despatarrados y borrachos, la mitad de ellos dormidos. Le había llevado ante un hombre con tantas cicatrices que Pavel se estremeció al verlo.

—Sangre polaca —había dicho Alexi—. Es solo un campesino, pero no echó a correr.

El hombre desfigurado había gruñido y luego le había dicho en ruso que no les vendría mal otra espada. Pavel había alzado sus manos vacías. No tenía ni idea de adónde había ido a parar su acero y el mundo seguía flotando borroso a su alrededor. Recordaba haber oído al hombre decir que probablemente tenía una fisura en el cráneo antes de desmayarse.

Su nueva vida era dura. La comida era escasa, aunque le habían dado una nueva espada sin los defectos y óxido de la última. Corría con los tumanes y aguantaba hasta que el aire ardía dentro de sus pulmones y el corazón le palpitaba como si fuera a estallar. Intentaba no pensar en la granja que había dejado con su madre y su abuelo. Estarían cuidando la pequeña parcela, observando cómo los cultivos se preparaban para la cosecha. Ese año él no estaría allí para ayudarles.

Pavel estaba todavía dormido cuando vio a tres hombres cabalgando hacia la

enorme tienda que se encontraba en el centro del campamento. Sabía que el alto de expresión cruel era Batu, uno de los nietos de Gengis. Pavel aprendía todos los nombres que podía. Era el único modo que tenía para atar cabos en el nuevo caos de su vida. No conocía a ese que sonreía como un tonto cada vez que Batu hacía un comentario. Pavel tocó la empuñadura de la espada en la oscuridad, deseando tener la fuerza de avanzar a grandes zancadas hacia el grupo y acabar con ellos. No había visto morir al duque, pero los demás hombres meneaban la cabeza y retiraban la vista cuando les preguntaba por él. Su destino no parecía importarles tanto como a él.

Oculto, Pavel se aproximó más a la ger. Conocía el nombre de su líder, aunque a su boca le costaba pronunciar esos sonidos. Tsubodai, le llamaban, el responsable de la quema de Moscú. Pavel alargó el cuello intentando verle, pero cuando los tres generales desmontaron, sus caballos bloquearon la visión del interior de la tienda. Suspiró para sí. Podía correr más de lo que hubiera creído posible hacía solo unos meses. Cuando no había luna le tentaba la idea de escapar, aunque había visto lo que les había pasado a los pocos hombres que lo habían intentado. Habían regresado despedazados, y los mongoles habían arrojado los trozos de carne humana a los demás prisioneros, como insulto. Él no se había unido a ellos, pero creía que sus hambrientos compañeros se habían comido aquellos pedazos sanguinolentos. El hambre cambiaba las prioridades de los estómagos remilgados.

Olió el aroma del té y el cordero asado en la brisa y se le llenó la boca de saliva. Había estado hambriento desde que se marchó de la granja, pero no podría comer nada hasta la mañana y entonces solo después de haber corrido y cargado carros hasta que le ardieran los brazos y los hombros. Al pensarlo se frotó un punto de la espalda, palpando el nuevo músculo que estaba apareciendo allí. No era muy grande, pero era muy duro, fruto del trabajo. En silencio, en la oscuridad, se dijo que podría salir corriendo durante la siguiente luna nueva. Si le cogían, al menos lo habría intentado, pero tendrían que cabalgar muy deprisa para atraparlo.

Batu agachó la cabeza, enderezándose mientras saludaba a los del interior. Había llevado a Guyuk y a Baidar con él y se alegró de ver que Mongke ya estaba allí. Batu le saludó con una inclinación de cabeza, pero Mongke simplemente le miró y luego volvió a llenarse los carrillos con un bocado de cordero caliente. Batu se recordó a sí mismo que Mongke también había perdido a un padre. Podría ser una forma de acercarse a él, quizá, compartir ese dolor. El hecho de que él solo sintiera odio hacia el suyo no supondría ningún obstáculo si manejaba con cuidado a su primo. Todos ellos eran príncipes de la nación y estaban unidos a Gengis con unos vínculos de sangre que Tsubodai nunca tendría. Batu se deleitó en esa idea, en la sensación de identidad que le daba saber que formaba parte de ese grupo. No... que ellos eran su grupo, del que él sería el líder. Era el mayor de todos, aunque Mongke poseía la musculosa constitución y las maneras adustas de un hombre experimentado. Batu se

dijo que sería el que más le costaría influenciar. En comparación, Guyuk y Baidar eran solo unos niños, jóvenes y llenos de entusiasmo por todo. Era fácil imaginarse gobernando un imperio con ellos.

Antes de sentarse, saludó a Kachiun, Jebe y Chulgetei con una breve reverencia. Más hombres mayores. Notó que el muslo de Kachiun estaba tremendamente hinchado, mucho peor que antes. El general estaba sentado en un camastro bajo con la pierna inflamada extendida. Con una rápida mirada a la cara de Kachiun constató que tenía los ojos cansados y la piel amarillenta de un enfermo. Batu pensó que su tío abuelo no sobreviviría al siguiente invierno, pero así eran las cosas. Los viejos morían para dar paso a los jóvenes. No dejaría que algo así le preocupara.

Tsubodai estaba observando, esperando con la mirada fría a que Batu hablara primero. Con deliberación, Batu esbozó una enorme sonrisa: sus pensamientos le habían puesto de excelente humor.

—Hace una noche estupenda, orlok —dijo—. Mis hombres dicen que son los mejores pastos que han visto desde que se marcharon de casa. Los caballos se han cubierto de una capa de grasa que no te creerías.

—Siéntate, Batu. Te doy la bienvenida a la ger —contestó Tsubodai con sequedad—. Guyuk, Baidar, hay té en la tetera. Esta noche no hay criados, así que servíos vosotros mismos.

Los dos hombres más jóvenes se pusieron manos a la obra, entrechocando los cuencos y riéndose entre dientes mientras servían el té hirviendo de una enorme urna de hierro que había en el hornillo situado en el centro de la tienda, bajo el agujero destinado a la extracción del humo. Tsubodai observó cómo Baidar le daba un cuenco del hirviente líquido salado a Batu. Era algo totalmente natural, pero ese tipo de pequeñas cosas siempre tenían que ver con el poder. Parecía que, en muy poco tiempo, Batu había conseguido hacerse con otro seguidor. Tsubodai podría haber admirado el don de Batu para el liderazgo, si no hubiera interferido con su propio control del ejército. Su padre, Jochi, había poseído el mismo talento. Tsubodai había oído el nombre que Batu le había dado al ejército. Habría sido difícil no enterarse. A lo largo de los años de campaña, la denominación de «Horda de Oro» había pasado prácticamente a ser de uso común, como sucede con ese tipo de cosas. La mitad de los hombres parecían creer que Batu estaba al mando y el joven no hacía nada para desmentir su impresión. Tsubodai apretó la mandíbula al pensarlo.

Ogedai se había preocupado de honrar al bastardo de Jochi con títulos y autoridad, a pesar de las objeciones de Tsubodai. De hecho, Batu no se había puesto en evidencia, todo lo contrario. Su tumán estaba bien organizado, sus oficiales habían sido cuidadosamente elegidos. Algunos hombres podían inspirar lealtad mientras que otros solo podían exigirla. Era extrañamente mortificante ver que Batu pertenecía a la primera clase de hombres. Ese tipo de hombres siempre eran peligrosos. Era difícil saber cómo manejarlos, dirigir sus energías, si es que no era ya demasiado tarde.

—Los magiares de Hungría son jinetes —comenzó a decir Tsubodai, con la voz

deliberadamente baja para que tuviesen que inclinarse para oírle—. Poseen rebaños enormes y utilizan las llanuras centrales tanto como nosotros. Sin embargo, no son nómadas. Han construido dos ciudades en las orillas del río Danubio. Se llaman Pest y Buda. Ninguna de ellas cuenta con buenas defensas, aunque Buda se encuentra sobre unas colinas. Pest se levanta sobre una llanura.

Se detuvo para darles ocasión de formular preguntas.

—¿Defensas? —dijo Batu de inmediato—. ¿Murallas? ¿Armas? ¿Líneas de suministro?

—Pest no tiene murallas. Los exploradores han informado de la existencia de un palacio de piedra en una de las colinas junto a Buda, quizá la residencia de su rey. Su nombre...

—No es importante —interrumpió Batu—. No parece una tarea tan complicada tomar esas ciudades. ¿Por qué esperar siquiera al invierno?

—Su nombre es Bela IV —prosiguió Tsubodai, con los ojos oscurecidos por la ira—. Esperaremos al invierno porque podremos cruzar el río cuando se hiele. Como sucedió en Moscú, el río nos proporciona un camino entre las ciudades que va directo hacia su mismo corazón.

Guyuk percibió la tensión entre ambos hombres y puso la mano en el hombro de Batu, pero este se la sacudió, irritado.

—Mi tumán está listo para salir hoy, orlok —continuó Batu—. Mis exploradores me han dicho que las montañas del oeste pueden superarse antes del invierno. Podríamos estar en esas ciudades antes de la primera nevada. Tú eres el que dice que la velocidad es importante, ¿o es la precaución lo que es importante ahora?

—Guárdate tu arrogancia, chico —soltó Jebe de repente.

La mirada de Batu se posó un instante en él. Jebe había cabalgado junto a Gengis a través de las colinas afganas. Era un hombre moreno y delgado, con el rostro marcado por los años y la experiencia. Batu resopló con aire despectivo.

—No hay necesidad de dejar los objetivos principales para el invierno, general, como sin duda sabe el orlok. A algunos de nosotros nos gustaría ver cómo acaban las conquistas antes de hacernos viejos. Para otros, por supuesto, ya es demasiado tarde.

Jebe se puso de pie de repente, pero Tsubodai levantó la mano frente a su pecho y Jebe se quedó inmóvil donde estaba. Batu se rio entre dientes.

—He obedecido todas las órdenes de Tsubodai —dijo. Miró a su alrededor mientras hablaba, incluyendo deliberadamente a los príncipes—. He conquistado ciudades y pueblos porque el gran estratega dijo: «Id aquí. Id allí». No he cuestionado ni una sola de sus órdenes. —Hizo una pausa. La ger estaba en completo silencio. Nadie hablaría si Tsubodai no hablaba y él permaneció callado. Batu se encogió de hombros como si no pasara nada y continuó—: Pero no olvido que fue el propio khan el que me crio, no el orlok. Soy un hombre del khan en primer lugar, como todos lo somos. Más que eso, soy de la misma sangre, del linaje de Gengis, como lo son Guyuk, Baidar y Mongke. No basta con seguir ciegamente a un hombre y esperar que

todo vaya bien. Nosotros somos los que lideramos, los que cuestionamos las órdenes recibidas, ¿no es así, Orlok Tsubodai?

—No —contestó Tsubodai—. No es así. Obedeces órdenes porque si no lo haces, no puedes esperar que tus hombres hagan lo mismo. Eres parte del lobo, no todo el lobo. Habría esperado que hubieras aprendido eso cuando eras un niño, pero no ha sido así. Un lobo no puede tener más de una cabeza, general, o se parte en dos.

Tsubodai respiró hondo, meditando. Se dio cuenta de que Batu había elegido el momento equivocado para reivindicar su posición.

Los hombres de más edad estaban escandalizados ante sus palabras, mientras que los príncipes no estaban ni por asomo listos para derrocar a Tsubodai Bahadur, no en esa estación. Ocultando su satisfacción, habló de nuevo.

—Me has disgustado, Batu. Déjanos. Te daré nuevas órdenes por la mañana.

Batu se volvió hacia Guyuk, buscando respaldo. Cuando el hijo del khan evitó mirarle a los ojos, sintió que el estómago se le encogía. Entonces el rostro de Batu se crispó y asintió.

—Muy bien, orlok —asintió con fría formalidad.

Nadie habló cuando se marchó. En el silencio, Tsubodai volvió a llenarse el cuenco y bebió un sorbo de té caliente.

—Las montañas que tenemos delante son más que un simple cerro o unos cuantos picos —dijo—. Mis exploradores opinan que tendremos que cruzar entre cien y ciento diez kilómetros de riscos. Ellos consiguieron pasar al otro lado, pero sin la ayuda de hombres de la zona, no podemos saber cuáles son los principales pasos. Puedo ordenar a unos pocos minghaans que la recorran para trazar un mapa de los valles, sin carros o suministros para más de un par de semanas. En cuanto al resto, las máquinas de asedio, los carros, las familias y los heridos, será un camino lento y difícil. Necesitamos conocer la localización de los pasos para sobrevivir. Puede que tengamos que construir rampas o puentes. Aun así, tendremos que avanzar a buena velocidad o muchos morirán cuando llegue el invierno. No podemos estar en las tierras altas para entonces. Allí arriba no hay ni una brizna de pasto.

Tsubodai recorrió con la vista la asamblea de generales. Había un hombre a quien necesitaba fortalecer, separar del resto, pero no era Batu.

—Guyuk. Tú saldrás el primero. Sal mañana con dos minghaans. Lleva herramientas para abrir un sendero, madera, cualquier cosa que puedas necesitar. Abre un camino por el que puedan circular los carros más pesados. Mantente en contacto a través de los exploradores y guíanos hacia el interior de las montañas.

El juego de autoridad para controlar a Batu funcionó con Guyuk. No vaciló.

—Como desees, orlok —asintió, inclinando la cabeza. Se sintió complacido de que le hubieran confiado esa responsabilidad, sabiendo que la supervivencia de los demás dependía de su capacidad para encontrar una buena ruta. Al mismo tiempo, sería una dura tarea y tendría que ocuparse de localizar y marcar todos los caminos sin salida o las falsas aberturas.

—Mis exploradores dicen que al otro lado de las montañas hay tierra abierta — dijo Tsubodai—. Su vista no alcanzaba a ver dónde terminaba. Obligaremos a los pueblos de esas zonas a enfrentarse a nosotros en el campo de batalla. Para el khan, tomaremos sus ciudades, sus mujeres y sus tierras. Esta es la gran incursión, la invasión a tierras más lejanas de la historia de la nación de Gengis. No nos detendrán.

Jebe gruñó de placer al oírle y levantó un odre de airag, lanzándoselo a Tsubodai, que se mojó la garganta con el líquido. La tienda apestaba a lana húmeda y cordero, un olor dulce que conocía desde que era un niño. Guyuk y Baidar intercambiaron una mirada al ver al orlok tan animado, tan lleno de confianza. Mongke los observó a todos, con expresión hermética.

Pavel corría más rápido de lo que nunca había corrido en su vida. Las pálidas luces de las fogatas mongolas fueron desvaneciéndose a sus espaldas. Se cayó otra vez y la tercera vez la caída fue tan violenta que se quedó sin respiración y, por un tiempo, tuvo que continuar cojeando. En la oscuridad, se había dado un fuerte golpe en la cabeza contra algo, pero ese dolor no era nada comparado con lo que le harían los mongoles si le atrapaban.

Estaba solo en la noche, sin el sonido de caballos persiguiéndole y sin ningún compañero. Muchos de los otros hombres habían perdido sus hogares en los años de guerra. Algunos apenas eran capaces de recordar otra vida, pero Pavel no había perdido la memoria. En alguna parte hacia el norte, esperaba que su abuelo y su madre siguieran atendiendo su pequeña granja. Estaría a salvo en cuanto los encontrara y se dijo que nunca volvería a marcharse de allí. Mientras corría, imaginó la envidia con la que le mirarían los otros jóvenes del lugar por las cosas que había visto. Las chicas del pueblo le verían como un soldado experimentado, diferente a los demás chicos de campo que las rondaban. Nunca les hablaría de los cadáveres apilados como pacas de paja o del cálido líquido que resbalaba por las piernas cuando el miedo aflojaba la vejiga. Esas cosas no las mencionaría. Su espada pesaba y sabía que le retrasaba, pero no conseguía decidirse a deshacerse de ella. Entraría en el patio y seguro que su madre se echaría a llorar al verle regresar de la guerra. Llegaría hasta casa. La espada le hizo tropezar y dio un traspié. La dejó caer y vaciló antes de continuar. Sin ella se sintió mucho más ligero.

XXIII

Batu soltó una maldición al notar que estaba sudando de nuevo. Sabía que, con un frío así, el sudor podía congelarse bajo la ropa y hacer que un hombre se fuera quedando apático y adormilado hasta que simplemente se tumbaba y moría en la nieve. Resopló al imaginárselo, preguntándose si su constante ira contenida le ayudaría a mantenerse con vida. Estaba muy bien saber que había que evitar el sudor, pero saberlo no ayudaba en nada cuando estabas moviendo a pulso un pesado carro con otros ocho hombres, levantándolo y balanceándolo hasta que el obstinado bulto finalmente avanzara otros pocos pasos. Había cuerdas tendidas entre el carro y un grupo de hombres que tiraban como caballos; hoscos rusos que caminaban penosamente sin mirar nunca atrás, a los que había que golpear o dar latigazos para que reaccionaran. Era una labor exasperante que debían llevar a cabo una y otra vez mientras los carros daban bandazos y sus contenidos caían al suelo. La primera vez que Batu había visto un carro soltarse y rodar a toda velocidad colina abajo, casi se había echado a reír. Luego había visto a un hombre llevarse la mano al rostro ensangrentado por el golpe de una de las cuerdas y a otro sosteniéndose una muñeca rota. Todos los días sufrían nuevas heridas y, en el frío, incluso una herida pequeña minaba las fuerzas y hacía más difícil levantarse por la mañana. Todos estaban entumecidos y doloridos, pero Tsubodai y sus generales seguían haciéndoles avanzar, ascendiendo más y más por la cordillera de los Cárpatos.

El cielo había bajado y había adquirido un tono blanco deslumbrante, amenazando nieve durante toda la mañana. Cuando empezó a caer de nuevo, muchos de los hombres gruñeron. Ya era bastante difícil mover los carros con el terreno en buenas condiciones. En esa nieve fangosa, los hombres resbalaban y caían a cada paso, jadeando y sabiendo que no iba a llegar nadie a relevarlos. Todo el mundo estaba trabajando y Batu se preguntó cómo habían llegado a acumular tanto peso entre carros y equipamiento. Estaba habituado a salir con su tumán y dejar la mayor parte de aquello atrás. Tsubodai había traído incluso madera a las montañas, una cantidad tal que eran necesarios cientos de hombres para moverla. Gracias a ella tenían fuegos por las noches, cuando no había ninguna otra cosa que quemar, pero el viento aspiraba el escaso calor, o te helaba uno de los costados mientras el otro se abrasaba. Batu estaba furioso por la forma en la que había sido tratado, en especial porque Guyuk no le hubiera defendido. Todo cuanto había hecho había sido cuestionar la autoridad absoluta de Tsubodai sobre ellos, no rechazar una orden. Se enorgullecía de lo que había hecho, pero el orlok le estaba castigando casi como si hubiera desobedecido.

Batu volvió a doblar la espalda para encajar el hombro bajo una viga junto a los demás hombres, preparándose para levantar el carro y sacarlo de un surco en el que se habían hundido las ruedas.

—Uno, dos, tres...

Gruñeron por el esfuerzo mientras Batu marcaba el ritmo. Tsubodai no había podido evitar que sus hombres desmontaran para ayudarle con la tarea. Quizá al principio se tratara solo de la lealtad de un guerrero hacia su general, pero, después de días de durísimo trabajo, tenía la sensación de que estaban tan indignados con Tsubodai Bahadur como él mismo.

—Uno, dos, tres... —volvió a bramar.

El carro se levantó y cayó de nuevo con un golpe. Batu perdió pie y se agarró a la base del carro para recuperar el equilibrio. Llevaba las manos envueltas en lana y piel de cordero, pero las tenía en carne viva y le escocían terriblemente. Dedicaba los momentos libres a balancear los brazos, haciendo que la sangre bajara a las puntas de los dedos para no perderlos por congelación. Había demasiados hombres con manchas blancas en la nariz, o en las mejillas. Eso explicaba las pálidas cicatrices de los hombres de más edad que habían pasado por todo aquello antes.

Tsubodai estaba en su derecho de imponerle cualquier tipo de trabajo, pero Batu pensaba que su autoridad era más frágil de lo que el orlok creía. Su derecho a mandar procedía del khan, pero incluso cuando marchaban, no todas las acciones del ejército eran puramente militares. Había momentos en los que era necesario tomar decisiones políticas y esa era responsabilidad de príncipes, no de guerreros. Con el apoyo de Guyuk, podían pasar por encima de la autoridad del orlok, incluso retirarle de su puesto, Batu estaba seguro. Tendría que ser en el momento apropiado, cuando la autoridad del orlok no estuviera tan netamente definida. Batu volvió a sujetar el carro cuando aquella maldita cosa se tambaleó y estuvo en un tris de volcar. Estaba dispuesto a esperar, pero se dio cuenta de que cada vez le costaba más controlar su cólera. Tsubodai no tenía la sangre del khan. Los príncipes determinarían el futuro, no un general viejo y acabado que debería haberse retirado a cuidar de sus cabras mucho tiempo atrás. Batu utilizó su ira para incrementar su fuerza, de modo que tuvo la impresión de que levantaba el carro prácticamente él solo, empujándolo hacia delante y hacia arriba.

Ogedai subió poco a poco, sintiendo cómo protestaban sus caderas. ¿Cuándo se había quedado tan anquilosado? Los músculos de las piernas y la parte baja de la espalda se le habían debilitado asombrosamente. Podía hacerlos temblar como un caballo que se sacude las moscas simplemente poniéndose de pie sobre los estribos.

Se dio cuenta de que Sorhatani evitaba mirarle deliberadamente mientras se ocupaba de sus hijos. Kublai estaba comprobando la correa de su poni, mientras Arik-Boke y Hulegu se mantenían en silencio, cohibidos por la presencia del khan. Ogedai conocía a los más pequeños solo de vista, pero Sorhatani le había llevado a Kublai a hablar con él por las tardes. Lo había hecho como si fuera un favor para ella, pero con el tiempo Ogedai había descubierto que disfrutaba mucho de las conversaciones. El chico era muy listo y parecía tener un infinito interés en las

historias de batallas pasadas, sobre todo si Gengis había participado en ellas. Ogedai se había encontrado reviviendo glorias pasadas a través de los ojos de Kublai y había pasado una parte de todos los días planeando lo que le contaría al muchacho por las tardes.

El khan volvió a probar sus piernas con disimulo, y luego bajó la vista al oír a Torogene reírse entre dientes a sus espaldas. Hizo que su caballo diera media vuelta hacia ella. Sabía que estaba delgado y pálido después de haber pasado tanto tiempo bajo techo. Le dolían las articulaciones y sintió un súbito deseo de vino que hizo que la boca se le secara solo de pensarlo. Le había prometido a Torogene que bebería menos copas cada día. Más aún, su esposa le había obligado a hacer una solemne promesa. No le había contado que los hornos estaban fabricando una remesa de copas enormes para él. Su palabra era sagrada, pero el vino era una de las pocas alegrías que le quedaban.

—No te quedes fuera si notas que te estás cansando —dijo Torogene—. Tus oficiales pueden esperar un día más si es necesario. Tienes que ir recuperando las fuerzas poco a poco.

Su tono le hizo sonreír y se preguntó si todas las esposas se convertían en las madres de sus maridos en un momento dado. No pudo evitar lanzar una mirada a Sorhatani al pensarlo, que seguía estando tan delgada y fuerte como un pastorcillo. Ahí había una mujer que no debería ser desperdiciada en un lecho frío. No podía recordar cuándo había sido la última vez que había sentido lujuria real fuera de sus sueños. Sentía su cuerpo gastado, atrofiado y viejo. Sin embargo, el sol despedía una pálida luz y el cielo otoñal brillaba azul. Cabalgaría a lo largo del canal para ver las nuevas obras. Tal vez incluso podría bañarse en el río que lo alimentaba, si podía persuadirse de entrar en sus gélidas aguas.

—No le prendas fuego a mi ciudad mientras estoy fuera —dijo con brusquedad.

Ahora fue el turno de Torogene para sonreír por el tono de su marido.

—No puedo prometerlo, pero lo intentaré —contestó Torogene. Alargó la mano y tocó el pie que apoyaba en el estribo, sujetándolo con suficiente fuerza para que su esposo sintiera la presión. Ogedai no necesitaba expresar con palabras su amor por ella: se agachó y le rozó la mejilla antes de clavar los talones en su montura y atravesar la puerta acompañado por un ruido de cascos.

Los hijos de Sorhatani salieron con él. Kublai sujetaba las riendas de tres caballos de tiro cargados hasta los topes de suministros. Ogedai observó cómo el joven dirigía a los caballos chasqueando la lengua, tan lleno de vida que casi dolía mirarlo. No le había contado a Kublai sus recuerdos de la muerte de Tolui. Todavía no estaba preparado para contar esa historia, el terrible dolor continuaba hasta ese frío día.

Tardaron la mitad de la mañana en llegar hasta el río. Su resistencia se había reducido tras tantos meses de inactividad. Cuando desmontó sintió los brazos y las piernas como si fueran de plomo y tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar por los calambres de los muslos. Ya podía oír las oleadas de estallidos atravesando el valle y,

a lo lejos, vio una nube de humo flotando como un banco de niebla matutina. Percibió un cierto amargor sulfuroso en el aire que le recordó a la frontera Sung. Para su sorpresa, le resultó casi placentero respirar ese exótico aroma.

Sorhatani y sus hijos acamparon a su alrededor, levantaron una pequeña tienda en terreno seco junto a la orilla y empezaron a preparar té sobre el hornillo. Mientras se hacía, Ogedai volvió a montar. Chasqueó la lengua para llamar la atención de Kublai y el joven se subió de un salto a su silla para unirse a él, con el rostro brillante de excitación.

Juntos, ambos atravesaron el soleado campo hacia donde Khasar preparaba a los equipos de artilleros para la inspección. Ogedai notó el orgullo que el viejo general sentía por las nuevas armas incluso desde la distancia. También él había estado en la frontera Sung y había visto su potencial de destrucción. Ogedai se dirigió allí poco a poco. No sentía ninguna urgencia o prisa. Su breve visión de la gran noche le había dado una amplia perspectiva. Le era más difícil preocuparse de las cosas pequeñas. Tener a Kublai junto a él le recordaba que no todo el mundo compartía su amplia visión. Kublai estaba casi sudando solo de ver los cañones de bronce.

Ogedai soportó las consabidas formalidades con su tío. Declinó el ofrecimiento de té y alimentos y, por fin, indicó con un gesto a los artilleros que comenzaran.

—Tal vez quieras desmontar y sujetar a tu caballo, mi señor khan —dijo Khasar.

Estaba flaco y tenía cara de cansado, pero los ojos le brillaban, llenos de entusiasmo. Ogedai no podía compartir el estado de ánimo de su tío. Sentía debilidad en las piernas y no quería desmoronarse delante de esos hombres. Se tomó un momento para recordar que la nación le observaba una vez más. Un solo fallo y su debilidad llegaría a oídos de todos.

—Mi caballo estaba en la frontera Sung —contestó—. No se desbocará. ¿Kublai? Deberías hacer lo que ha dicho Khasar.

—Muy bien, mi señor —asintió Khasar en tono formal. Se agarró las manos a la espalda después de señalar con un gesto a los equipos de artilleros. Formaban grupos de cuatro, y llevaban sacos de pólvora negra, además de diversas piezas de un equipamiento de aspecto extraño. Kublai lo absorbía todo con avidez, fascinado.

—Mostradme cómo funcionan —les dijo Ogedai.

Khasar empezó a repartir órdenes a gritos y Ogedai observó desde la silla cómo el primer equipo comprobaba que las enormes ruedas tachonadas estuvieran bloqueadas. Un guerrero metió una caña en el fogón del cañón y luego encendió una astilla con una lámpara. Cuando la astilla tocó la caña con la pólvora, hubo una chispa y luego se produjo una explosión que empujó el cañón hacia atrás. Los tacos que habían puesto en las ruedas para bloquearlo apenas lo sujetaron y el arma se levantó en el aire para volver a caer después con un fuerte golpe. Ogedai no vio la bola que salió volando por los aires, pero asintió, mostrándose deliberadamente calmado. Su caballo alzó las orejas, pero luego se agachó para mordisquear la hierba. Kublai tuvo que darle un bofetón en la cara a su caballo castrado, presa del pánico,

para que se tranquilizara. El joven riñó al animal: no permitiría que le avergonzara escapándose y echando a correr delante del khan. No obstante, se sintió más que agradecido de no haber estado en la silla cuando dispararon.

—Dispara el resto todos juntos —ordenó Ogedai.

Khasar asintió con orgullo y otros ocho equipos insertaron sus cañas en los fogones y encendieron sus respectivas astillas.

—A mi señal, artilleros. ¿Listos? ¡Fuego!

El estruendo fue extraordinario. Los equipos llevaban semanas practicando en las afueras de la ciudad y los cañones dispararon casi a la vez, con solo un ligero retraso. En esta ocasión, Ogedai vio unas manchas borrosas desapareciendo en el valle, una o dos que dieron varios saltos contra el terreno. Sonrió al imaginar que una línea de caballos o de hombres hubiera estado en el camino de esas armas.

—Excelente —dijo.

Khasar le oyó y se rio entre dientes, todavía disfrutando de su control sobre el trueno.

La mirada de Ogedai se posó en las líneas de pesadas catapultas que había más allá de los cañones. Podían lanzar barriles de pólvora a más de cien metros de distancia. Sus ingenieros habían aprendido la técnica de los Chin, pero habían mejorado la pólvora, que ahora ardía más rápido y con más violencia. Ogedai no comprendía el proceso, ni le importaba. Lo que importaba era que las armas funcionaran.

También había hombres esperando junto a las catapultas en posición de firmes. De repente, Ogedai se dio cuenta de que no estaba cansado. Las explosiones y el acre humo le habían llenado de energía. Tal vez por eso se dio cuenta de que los hombros de Khasar estaban un poco caídos. Su tío no ocultaba su agotamiento ante los demás.

—¿Estás enfermo, tío? —preguntó Ogedai.

Khasar se encogió de hombros con una mueca.

—Tengo unos bultos en el hombro que no me permiten mover bien el brazo, eso es todo.

Su tez amarillenta delataba la falsedad de sus palabras y Ogedai frunció el ceño mientras su tío proseguía.

—Los chamanes dicen que tendría que quitármelos, pero no pienso dejar que esos carniceros me pongan la mano encima, no todavía. La mitad de los hombres que operan no vuelven a andar, quizá más.

—Deberías permitirselo —dijo Ogedai con suavidad—. No quiero perderte todavía, tío.

Khasar resopló.

—Soy como las colinas, chico. Unos cuantos bultos no me detendrán.

Ogedai sonrió.

—Espero que no. Enséñame más, tío —pidió.

Cuando Ogedai y Kublai regresaron al pequeño campamento junto al río, la mañana casi había terminado y hacía mucho que el té estaba imbebible. Las prácticas de artillería continuaron a sus espaldas, utilizando enormes reservas de pólvora para entrenar a los hombres que desempeñarían un papel vital en futuras batallas. Se podía ver a Khasar recorriendo las líneas con grandes zancadas, en su elemento.

Sorhatani vio que el rostro encendido de su hijo estaba manchado de hollín. Tanto el khan como Kublai apestaban a los gases sulfurosos de los cañones y Arik-Boke y Hulegu los miraron con evidente envidia. Sorhatani dejó a sus hijos preparando otro té y se acercó a donde Ogedai estaba desmontando.

Se había quedado parado junto a la orilla del río y contemplaba el otro lado, protegiéndose los ojos del sol con la mano. El sonido de la cascada ocultó los pasos de Sorhatani que se aproximaba a él por detrás.

—Kublai está parloteando como un pájaro —dijo—. Supongo que la demostración ha ido bien.

Ogedai se encogió de hombros.

—Mejor de lo que esperaba. Khasar está convencido de que, con la nueva pólvora, nuestras armas tienen el alcance de los cañones Sung. —Apretó el puño al pensarlo, con expresión feroz—. Eso marcará la diferencia, Sorhatani. Un día los sorprenderemos. Solo desearía poder llevarle algunos cañones a Tsubodai, pero se tardarían años en arrastrar algo tan pesado hasta tan lejos.

—Te estás fortaleciendo —dijo ella, sonriendo.

—Es el vino —contestó Ogedai.

Sorhatani se rio.

—No, no es el vino, tremendo borracho, son cabalgadas matutinas como esta y entrenar con el arco todas las tardes. Ya pareces un hombre distinto del que me encontré en aquella habitación congelada. —Hizo una pausa, ladeando la cabeza—. También estás un poco más gordo. Creo que la vuelta de Torogene te ha sentado bien.

Ogedai sonrió, pero la excitación provocada por los cañones estaba desapareciendo y lo hizo sin entusiasmo. A veces pensaba en sus miedos como en una tela oscura que le envolvía, asfixiándole. Había muerto en aquella campaña y aunque el sol brillara y su corazón siguiera latiendo en el pecho, era difícil continuar con cada nuevo día. Había creído que el sacrificio de Tolui le daría impulsos renovados, pero había sentido la pérdida de su hermano como una carga más, una demasiado pesada para poder sobrellevarla. La tela oscura seguía cubriéndole, a pesar de todo lo que Sorhatani había hecho. Le resultaba imposible explicarlo y parte de él deseaba que aquella mujer le dejara en paz para buscar un camino tranquilo por el que seguir adelante.

Bajo la atenta mirada de Sorhatani, Ogedai se sentó con la familia, bebió el té y comió el almuerzo frío que habían traído. Nadie le dio vino, así que hurgó entre los fardos hasta encontrar un odre y bebió directamente de él, como si fuera airag. Hizo caso omiso de la expresión de Sorhatani cuando el rojo líquido le pintó un rubor en

las mejillas. Sus ojos parecían hechos de pedernal, así que habló para distraerla.

—Tu hijo Mongke lo está haciendo bien —le dijo—. He recibido unos informes muy elogiosos de Tsubodai.

Los hermanos de Mongke se incorporaron con repentino interés y Ogedai se limpió los labios con la mano, saboreando el vino. Ese día le pareció notar un gusto amargo en la lengua, como si no fuera bueno. Para su sorpresa, fue Kublai quien habló, en tono respetuoso.

—Mi señor khan, ¿han tomado Kiev?

—Sí. Tu hermano participó en las batallas que se entablaron alrededor de la ciudad.

Kublai parecía estar luchando por controlar su impaciencia.

—Entonces, ¿han llegado ya a la cordillera de los Cárpatos? ¿Sabes si los atravesarán este invierno?

—Vas a cansar al khan con tu cháchara —dijo Sorhatani, pero Ogedai se dio cuenta de que ella misma seguía esperando la respuesta.

—Lo último que he oído es que van a intentar cruzarlos antes de que acabe el año.

—Son unas montañas muy difíciles —murmuró Kublai para sí.

Ogedai se preguntó cómo podía un muchacho pretender saber nada de unas montañas que se elevaban a más de seis mil kilómetros de distancia. El mundo había crecido desde que él era un niño. Gracias a las cadenas de exploradores y las estaciones de posta, el conocimiento del mundo entraba a raudales en Karakorum. La biblioteca del khan contaba ya con volúmenes en griego y en latín, llenos de maravillas que le costaba dar por ciertas. Su tío Temuge se había ocupado muy seriamente de que su reputación creciera y se extendiera, pagando fortunas por los libros y pergaminos más raros. Se tardaría toda una generación en traducirlos a lenguas civilizadas, pero Temuge había puesto a una docena de monjes cristianos a trabajar en la tarea. Ogedai se obligó a regresar de su ensoñación, y consideró las palabras que le habían llevado a perderse en sus pensamientos. Se preguntó si Kublai estaría preocupado por la seguridad de su hermano.

—Con Baidar, Tsubodai tiene siete tumanes y cuarenta mil reclutas —dijo—. Las montañas no los detendrán.

—¿Y después de las montañas, señor? —Kublai tragó saliva, intentando no irritar al hombre más poderoso de la nación—. Mongke dice que cabalgarán hasta llegar al mar.

Los hermanos más pequeños le miraron, pendientes de su respuesta, y Ogedai suspiró. Se dijo que las lejanas batallas debían de resultar emocionantes en comparación con una vida de estudio y tranquilidad en Karakorum. Podía ver que los hijos de Sorhatani no permanecerían en el nido demasiado tiempo.

—Mis órdenes son asegurar el oeste, conseguir establecer una frontera en la que no haya enemigos deseando invadir nuestras tierras. La forma de conseguir eso depende de Tsubodai. Tal vez dentro de un año o dos irás a unirte a él. ¿Te gustaría?

—Sí. Mongke es mi hermano —contestó Kublai con seriedad—. Y me gustaría conocer el mundo y no solo los mapas de los libros.

Ogedai se rio entre dientes. Todavía se acordaba de cuando el mundo le parecía infinito y quería llegar a verlo entero. De algún modo, había perdido esa apasionada hambre por conocer y, por un momento, se preguntó si habría sido Karakorum la que se la había arrebatado. Quizá esa fuera la maldición de las ciudades, que hacían que las naciones echaran raíces en un lugar y las cegaban. No era un pensamiento agradable.

—Me gustaría hablar en privado con vuestra madre —dijo, dándose cuenta de que ese día no tendría ningún momento mejor para hacerlo.

Kublai fue el más rápido en moverse, dirigiendo a sus hermanos hacia los caballos y llevándolos hacia los equipos de artilleros de Khasar, que seguían practicando bajo el sol vespertino.

Sorhatani se sentó en la estera de fieltro, con expresión de curiosidad.

—Si vas a declararme tu amor, Torogene me ha dicho lo que debo responder —dijo.

Encantada, vio que Ogedai se echaba a reír a carcajadas.

—Seguro que te lo ha dicho, pero no, estás a salvo conmigo, Sorhatani. —Vaciló un instante y ella se echó hacia delante, sorprendida al ver un rubor tiñendo sus mejillas.

—Todavía eres joven, Sorhatani —comenzó a decir.

Sorhatani cerró la boca, sin responder, aunque sus ojos centellearon. Ogedai intentó hablar dos veces más, pero se detuvo antes de empezar.

—Hemos establecido mi juventud, me parece —dijo ella.

—Estás en posesión de los títulos de tu marido —continuó Ogedai.

El ánimo desenfadado de Sorhatani se evaporó. El único hombre que podía arrebatarle la extraordinaria autoridad de que disponía estaba intentando comunicarle sus pensamientos con aire nervioso.

Sorhatani volvió a hablar, con voz más dura.

—Ganados con su sacrificio y con su muerte, mi señor, sí. Ganados, no regalados como un favor.

Ogedai parpadeó, luego negó con la cabeza.

—Los títulos también están a salvo, Sorhatani —aseguró—. Nunca faltó a mi palabra y esos títulos te los di yo mismo. No te los quitaré.

—Entonces, ¿qué es lo que se te está atragantando en la garganta y no consigues decir?

Ogedai respiró hondo.

—Deberías volver a casarte —dijo.

—Mi señor khan, Torogene me dijo que te recordara...

—¡No conmigo, mujer! Te lo he dicho antes... Con mi hijo, Guyuk.

Sorhatani le miró sin hablar, atónita. Guyuk era el heredero del khanato. Conocía

a Ogedai demasiado bien para pensar que le estuviera haciendo aquella oferta de manera precipitada. Los pensamientos empezaron a acumularse en su mente mientras intentaba comprender qué deseaba el khan en realidad. Seguramente Torogene sabía que le iba a hacer aquella oferta. Ogedai nunca habría pensado en algo así él solo.

El khan miró hacia otro lado, dándole tiempo para reflexionar. Mientras Ogedai se quedaba contemplando el vacío, la parte cínica de Sorhatani se preguntó si la oferta era un modo de recuperar para el khanato las vastas propiedades de su marido. De golpe, el matrimonio con Guyuk le daría la vuelta a la impetuosa oferta que Ogedai le había hecho a Tolui. Los efectos de aquella decisión única seguían teniendo consecuencias y Sorhatani no sabía dónde acabaría aquello. Las tierras de origen de Gengis Khan eran gobernadas por una mujer y ella misma todavía no se había hecho del todo a la idea.

Pensó en sus propios hijos. Guyuk era mayor que Mongke, pero por pocos años. ¿Heredarían sus hijos, o perderían su derecho de nacimiento si se producía esa unión entre familias? Se estremeció y deseó que Ogedai no lo hubiera notado. Era el khan y podía ordenarle que se casara con su hijo, igual que le había concedido los títulos de su marido. Su poder sobre ella era casi absoluto, si decidía utilizarlo. Le miró antes de girar la cabeza, sopesando al hombre a quien había cuidado durante sus ataques y su estancia en una oscuridad tan absoluta que había pensado que nunca regresaría. La vida de Ogedai era tan frágil como la porcelana, pero seguía gobernando y nunca faltaba a su palabra.

Sorhatani percibió que al khan se le estaba acabando la paciencia. Un pequeño músculo de su cuello empezó a temblar y ella se quedó mirándolo fijamente, tratando de encontrar las palabras.

—Esa oferta es un gran honor para mí, Ogedai. Tu hijo y heredero...

—Entonces, ¿aceptas? —dijo él con brusquedad. Sabía cuál era la respuesta por su tono de voz y meneó la cabeza, irritado.

—No puedo —contestó Sorhatani con suavidad—. Mi dolor por la pérdida de Tolui es el mismo. No volveré a casarme, mi señor khan. Ahora mi vida son mis hijos y nada más que eso. No quiero nada más que eso.

Ogedai hizo una mueca y el silencio cayó entre ambos. Sorhatani temía que las próximas palabras del khan fueran una orden, haciendo caso omiso de su voluntad. Si pronunciaba las palabras, no tendría otra opción que obedecer. Resistirse sería poner en peligro el futuro de sus hijos, verles perder la autoridad y el poder antes de que hubieran aprendido siquiera a utilizarlos. Le había limpiado la piel al khan cuando se había manchado sin darse cuenta. Le había alimentado con su propia mano cuando gemía pidiendo paz y muerte. Y, sin embargo, era el hijo de su padre. El destino de una esposa, de una mujer, significaría poco para él y Sorhatani no sabía qué iba a decir. Guardando silencio, esperó con la cabeza gacha mientras la brisa soplaba entre ellos.

Tardó un siglo pero, al fin, el khan asintió para sí.

—Muy bien, Sorhatani. Te debo tu libertad, si ese es tu deseo. No te exigiré obediencia en este asunto. No he hablado con Guyuk. Solo Torogene sabe que me lo he planteado siquiera.

Sorhatani sintió un gran alivio. Instintivamente, se postró en la hierba, colocando la cabeza junto a su pie.

—Oh, levántate —dijo—. Nunca he conocido una mujer menos humilde que tú.

XXIV

Kachiun murió en las montañas, entre las nieves perpetuas, donde no había ni tiempo ni fuerzas para ocuparse debidamente de su cadáver. La carne del general estaba hinchada por el veneno de la pierna infectada y había pasado sus últimos días en una agonía delirante, con las manos y el rostro moteados por la enfermedad. Su muerte había sido dura.

El invierno había comenzado solo unos días después, y las ventiscas cruzaban aullando las montañas. Pesadas capas de nieve bloqueaban los estrechos pasos que Guyuk había recorrido hasta llegar a las llanuras que se extendían debajo. Lo único positivo de la caída en picado de las temperaturas era que evitaba que los muertos se pudrieran. Tsubodai había ordenado que el cadáver de Kachiun fuera envuelto en tela y sujeto con cuerdas a un carro. El hermano de Gengis había expresado el deseo de ser incinerado en vez de recibir el entierro en el cielo y quedar a merced de las aves y animales que vivían en las altas cumbres. El ritual Chin de cremación se estaba haciendo cada vez más popular. Aquellos miembros de la nación que se habían convertido al cristianismo eran incluso enterrados, aunque preferían que los metieran bajo tierra con el corazón de sus enemigos en las manos, como siervos para la siguiente vida. Ni Tsubodai ni Ogedai imponían la ley en ninguna de estas prácticas. Los miembros de la nación tomaban su propia decisión en un momento en que no podía hacer daño a nadie.

Los Cárpatos no estaban formados por una sola cumbre, sino por docenas de valles y riscos. Al principio, ellos eran el único rastro de vida aparte de las distantes aves, pero luego se encontraron con el primer cadáver congelado, muy arriba, donde el aire hacía daño en los pulmones. Estaba tendido solo, con las manos y la cara ennegrecidas por el viento, casi como si estuvieran calcinados por el fuego. La nieve cubría parte del cuerpo y uno de los oficiales minghaan puso a sus guerreros a cavar en montones similares de nieve. Había más cadáveres, con los rostros oscuros o pálidos, turcos o rusos, a menudo con barba. Los hombres yacían junto a las mujeres, con sus hijos congelados entre ellos. Habían sido preservados en las alturas, sus cuerpos adelgazados, su carne convertida en piedra para siempre.

En total, había cientos de muertos y los generales no podían evitar preguntarse quiénes serían, o por qué habían elegido arriesgarse a morir en las montañas. Los cadáveres no parecían demasiado antiguos, pero no había manera de comprobarlo. Podrían haber yacido allí durante siglos o podrían haber muerto de hambre sólo unos meses antes de que los mongoles llegaran trotando por la misma senda que recorrieron ellos.

El viento y la nieve del invierno se presentaron dando comienzo a un nuevo mundo. Desde los primeros copos, los senderos de animales se desvanecieron y los ventisqueros iban aumentando y aumentando, obligándoles a retirarlos a cada paso. Solo los vínculos entre los exploradores en todos los puertos y las cifras y la

disciplina de los tumanes los salvaron. Tsubodai podía permitirse relevar a los hombres del frente, que tenían que abrirse paso con manos y palas. Los de la retaguardia caminaban por un amplio sendero de nieve fangosa y marronácea, removida por decenas de miles de pesados pies y cascos. Las nieves no podían detenerlos. Ya habían llegado demasiado lejos.

A medida que el frío se recrudecía, los más débiles y los heridos tuvieron que esforzarse para mantener el paso. Los tumanes pasaron junto a más y más figuras sentadas, con las cabezas agachadas ante la muerte. Había niños nacidos en los años pasados lejos de Karakorum. Sus pequeños cuerpos se congelaban enseguida y eran abandonados en la nieve, con el pelo despeinado por el viento. Solo los caballos caídos eran despedazados para que su carne sirviera de sustento de los vivos. Los tumanes siguieron avanzando, sin parar jamás, hasta que vieron las llanuras frente a ellos y hubieron dejado las montañas y la eternidad a sus espaldas. Les llevó dos meses más de lo que Tsubodai había esperado.

Al otro lado de los Cárpatos, los tumanes se reunieron para llorar la muerte de un general y fundador de la nación. El ejército de reclutas miraba con aire hosco y perplejo cómo los chamanes mongoles cantaban y relataban la historia de su vida. Para un hombre de la historia de Kachiun, los relatos y las canciones duraron dos días enteros. Los que lo presenciaron comieron donde se encontraban y calentaron airag helado, fundiendo el gélido fango en que se había convertido hasta poder beber en honor del hermano de Gengis Khan. Cuando se puso el sol del segundo día, el propio Tsubodai encendió la pira funeraria que habían empapado en aceite, retirándose cuando el humo negro empezó a salir.

Tsubodai observó cómo se elevaba la oscura columna y no pudo evitar pensar en la señal que enviaría a sus enemigos. Para cualquiera con ojos en la cara, el humo significaba que los mongoles habían cruzado las montañas y estaban en las planicies. El orlok meneó la cabeza, recordando las tiendas blancas, rojas y negras que Gengis había levantado delante de las ciudades. La primera era un simple aviso de que debían rendirse enseguida. La tela roja aparecía si se negaban a darles paso y era una promesa de matar a todos los hombres en edad de luchar. La tienda negra significaba que nada sobreviviría una vez la ciudad hubiera caído. Prometía solo destrucción y tierras arrasadas. Quizá el hilo de chispas y humo aceitoso fuera un presagio para aquellos que lo vieran. Quizá lo vieran y supieran que Tsubodai había llegado. Sonrió ante su propia vanidad, al mando de hombres que seguían estando flacos y debilitados por el tremendo esfuerzo que habían soportado. No obstante, sus exploradores ya habían salido disparados. Encontrarían un lugar donde descansar y recuperar las fuerzas, un lugar donde aquellos que habían perdido el uso de los dedos observarían impotentes cómo se los cortaban.

El viento sopló a través de la pira y las llamas se agitaron y chisporrotearon,

empujando el humo hacia los rostros de los hombres que lo rodeaban. Habían empleado parte de la madera seca que Tsubodai había traído a través de las montañas para formar sobre el cadáver de Kachiun un montón que doblaba en altura a un hombre. En el humo flotaba el olor dulzón de la carne friéndose y a algunos jóvenes les dieron arcadas al respirarlo. Tsubodai oyó los chasquidos y crujidos de la armadura del general al dilatarse en el calor y le pareció que a veces sonaban como una voz que salía del fuego. Meneó la cabeza para expulsar de su mente esa necedad y entonces notó que Batu le estaba observando.

El príncipe de la nación estaba junto a Guyuk, Baidar y Mongke, los cuatro hombres bajo su mando, como todos los demás, pero separados de algún modo del resto. Tsubodai le devolvió la mirada hasta que Batu la retiró, con su sempiterna media sonrisa en la cara.

Con un estremecimiento, Tsubodai se dio cuenta de que la muerte de Kachiun era una pérdida personal para él. El viejo general le había apoyado en el consejo y en el campo de batalla, confiando en que Tsubodai encontraría la manera de vencer, independientemente de lo difícil de la situación. Esa fe ciega había muerto con él y Tsubodai sabía que su flanco quedaba expuesto. Se preguntó si debería ascender a Mongke a algún puesto de mayor responsabilidad. De todos los príncipes, parecía ser el que menos hechizado estaba por Batu, pero si Tsubodai se había equivocado en su juicio, podría hacer que el poder de Batu creciera todavía más. Cuando el viento sopló con más fuerza, Tsubodai maldijo entre dientes. Odiaba el laberinto político que había surgido a la muerte de Gengis. Estaba habituado a las tácticas, a las artimañas y estratagemas de la batalla. La ciudad de Karakorum había multiplicado las capas de ese laberinto y ya no podía predecir de dónde provendría el cuchillo, la traición. Ya no podía conocer el simple corazón de los hombres que le rodeaban y confiarles su vida.

Se frotó los ojos con brusquedad y descubrió en sus guantes un rastro de humedad que le hizo suspirar. Kachiun había sido su amigo. Su muerte le hacía ser consciente de que él también se estaba haciendo viejo.

—Esta es mi última campaña —murmuró a la figura de la pira. Podía ver a Kachiun en su armadura ennegrecida, solo en un horno de amarillo dorado—. Cuando acabe, llevaré tus cenizas a casa, viejo amigo.

—Era un gran hombre —dijo Batu.

Tsubodai dio un respingo. Con el crepitar del fuego, no le había oído aproximarse. La furia le invadió al ver que Batu pretendía llevar su mezquino rencor incluso al funeral de Kachiun. Empezó a responder, pero Batu alzó la palma abierta ante él.

—No me estoy burlando, orlok. No conocía la mitad de la historia hasta que la he oído de labios del chamán.

Tsubodai contuvo su respuesta y sostuvo la mirada tranquila de Batu durante unos momentos antes de girarse de nuevo hacia la pira. Batu volvió a hablar y en su voz

resonaba la admiración.

—Se escondió con Gengis y los otros niños de sus enemigos. El hambre y el miedo les endurecieron. De esa familia, de esos hermanos, hemos salido todos nosotros. Eso lo entiendo, orlok. Tú también participaste en esa historia en un momento dado. Has visto cómo nacía una nación. Me cuesta imaginar algo así. — Batu suspiró y se sujetó el puente de la nariz con los dedos, fatigado—. Espero que haya una historia que contar cuando me toque a mí estar entre las llamas.

Tsubodai le miró, pero Batu ya se había alejado a través de la nieve. El aire estaba limpio y frío, prometiendo nuevas nevadas.

TERCERA PARTE
AÑO MCCXL

Las bailarinas se detuvieron: el sudor resplandecía en sus cuerpos y los cascabeles de sus muñecas y tobillos se quedaron en silencio. Flotaba en el aire un pesado olor a incienso que salía en espirales de humo blanco de los incensarios que oscilaban a los pies de la escalera de mármol. La influencia de Grecia era omnipresente en el palacio, desde las columnas estriadas de mármol y los bustos del rey Bela y sus antepasados, hasta las breves ropas de las bailarinas, que aguardaban con la cabeza gacha. Los propios muros estaban decorados con pan de oro de Egipto y lapislázuli de las colinas afganas. El techo se extendía sobre ellos formando una grandiosa cúpula que dominaba la ciudad fluvial de Esztergom. En las imágenes incrustadas, se proclamaba la gloria de Jesucristo resucitado y, por supuesto, la gloria del rey húngaro.

Los cortesanos se postraron, tan apretados unos contra otros como abejas en un panal, cubriendo con sus cuerpos todo el suelo de baldosas. Solo los señores feudales seguían de pie, alineados alrededor de las paredes, mirándose entre sí con irritación mal disimulada. Entre ellos se hallaba Josef Landau, maestre de los Hermanos Livonios. Echó una mirada a su compañero de armas, un hombre que recientemente había sido nombrado su oficial superior. Conrad Von Thuringen era una figura poderosa en todos los sentidos, con una constitución que le permitía manejar la enorme espada que llevaba y una barba negra entreverada de gris que no reducía en nada la amenaza física que transmitía. Von Thuringen era el gran maestre de los Caballeros Teutones, una orden que se había formado en la ciudad de Acre, cerca de Galilea. Solo inclinaba la cabeza ante los sacerdotes.

La pompa y el oropel de la corte del rey Bela impresionaban poco a un hombre que había cenado con el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico e incluso con el propio papa Gregorio IX.

El canoso comandante inspiraba a Josef un respeto algo temeroso. Si los Caballeros Teutones no hubieran aceptado que se integraran en su orden, sus Hermanos Livonios habrían sido disueltos después de sus pérdidas en la guerra. El águila negra de doble cabeza que llevaba ahora en su ropa tenía su gemela en el pecho de Conrad.

Juntas, sus propiedades igualaban casi a las del rey que les hacía esperar como si fueran criados. Sin embargo, ellos servían a un poder superior y el retraso no hacía sino reforzar los nervios y el temperamento de Josef.

El senescal del rey Bela comenzó a recitar los títulos de su amo y Josef vio que Thuringen, frustrado, elevaba los ojos al techo. El emperador gobernaba cien territorios, tan distantes entre sí como Italia y Jerusalén. El rey Bela de Hungría no podía igualar esas posesiones. A Josef le complació que su comandante mostrara impaciencia ante tales vanidades. Ese tipo de cosas pertenecían al mundo y la Orden Teutónica obligaba a mirar hacia el cielo, de modo que los pecados veniales de los

hombres estaban muy por debajo de ellos. Josef tocó la cruz de negro y oro que llevaba en el pecho, orgulloso de que sus Hermanos Livonios hubieran sido absorbidos por una noble orden. Si eso no hubiera sucedido, se dijo que tal vez habría dejado a un lado la armadura y la espada y se habría convertido en un monje vagabundo, con un cuenco para mendigar y unos andrajos para servir a Cristo. En ocasiones, cuando la política era tan densa como el aire cargado de incienso, ese tipo de vida todavía le atraía.

El senescal concluyó su letanía de títulos y la multitud que abarrotaba el palacio se puso tensa anticipando la llegada de su amo. Josef sonrió al ver que Conrad, aburrido, se rascaba una costra que se le había formado sobre una llaga en la comisura de los labios. Los cuernos emitieron una nota grave que cruzó toda la ciudad anunciando la llegada del rey. Josef se preguntó si se suponía que los campesinos de los mercados se postrarían también. Al pensarlo, le tembló la boca en un amago de risa, pero se controló mientras el rey Bela entraba por fin y, subiendo con amplias zancadas los escalones de mármol, quedaba situado casi a la altura de un hombre por encima de todos ellos.

El rey llevaba una barba rubia y una melena hasta los hombros. Una corona de oro descansaba firmemente sobre su cabeza y sus pálidos ojos azules miraban desde debajo de ella. Mientras su mirada recorría a todos los presentes, tanto Josef Landau como Conrad Von Thuringen inclinaron la cabeza con un ángulo cuidadosamente elegido. El rey Bela no acusó haber notado su presencia más allá de un breve saludo y luego ocupó su lugar en el trono decorado con el mismo oro y azul de las paredes que centelleó a sus espaldas mientras le entregaban las regalías ceremoniales de su monarquía, incluyendo un gran báculo de oro. Mientras Josef observaba, el rey lo levantó y lo dejó caer tres veces, golpeando el suelo. El senescal se retiró unos pasos y otro criado vestido de forma similarmente suntuosa se adelantó para dirigirse a la muchedumbre.

—Hoy no habrá juicios, el tribunal no dará audiencia. El rey ha hablado. Que aquellos que estén aquí para ese tipo de asuntos se marchen. Las peticiones podrán ser presentadas ante el juez del tribunal a mediodía.

Josef podía ver la ira y la frustración en los rostros de los hombres y mujeres que se alzaron del suelo y se marcharon. Sabían que no les convenía dejar que el rey notara su reacción ante el edicto. Josef se imaginó los sobornos que habían pagado y cuánto habrían esperado para entrar en esa sala solo para que les dijeran que debían irse antes de que sus casos se mencionaran siquiera. Vio a una joven llorando mientras se alejaba y frunció el ceño para sí. La sala se vació con rapidez hasta que solo quedaron aproximadamente una docena de hombres, todos señores de alto rango o caballeros.

—¡Se convoca al cumano Lord Köten! —gritó el senescal.

Algunos de los señores se miraron con recelo entre sí, pero Josef se dio cuenta de que Conrad parecía relajado. Cuando sus miradas se encontraron, su superior se

encogió de hombros ligeramente, la única respuesta que podía dar con la mirada del rey sobre ellos.

Las puertas del fondo se abrieron y las atravesó un hombre menudo, en muchos aspectos el opuesto del rey que le miraba desde lo alto. A los ojos de Josef, la piel de Köten era casi tan oscura como la de los moros de Jerusalén. Tenía el tipo de rostro chupado y la constitución nervuda de un hombre que nunca había comido más de lo que necesitaba para mantenerse vivo, una rareza en esa corte. Sus ojos brillaban feroces y se inclinó solo una fracción más que Conrad y Josef antes que él.

El rey Bela se levantó de su trono y habló por primera vez aquella mañana.

—Mis señores, honrados caballeros, hombres libres. Los tártaros han atravesado las montañas.

Repitió la frase en ruso y en latín, demostrando su erudición.

Tanto Conrad como Josef se santiguaron al oír sus palabras y Conrad, además, besó un pesado anillo de oro que llevaba en la mano izquierda. Josef sabía que contenía una diminuta reliquia de la verdadera Cruz del Calvario. Deseó poseer un talismán como aquel para calmar sus propios nervios.

La reacción de Köten fue ladear la cabeza y escupir a sus pies en el suelo. El rey y sus cortesanos se quedaron helados al verle y las mejillas de Bela se tiñeron de rojo intenso. Antes de que pudiera reaccionar, quizá ordenándole que lamiera su propio escupitajo, Köten habló.

—No son tártaros, su majestad, son guerreros mongoles. Se mueven deprisa y aniquilan a cualquier ser vivo que encuentran en su camino. Si tienes amigos, mi rey, es el momento de llamarlos. Los necesitarás a todos.

La mirada que el rey posó en la sala era fría como el hielo.

—Le he dado refugio a tu pueblo aquí, Köten. A doscientos mil miembros de tu tribu, de tus familias. Has cruzado las montañas para huir de esos... guerreros mongoles, ¿no? Entonces no llevabas ropas tan espléndidas como ahora, Köten. Ibas vestido de andrajos y estabas próximo a la muerte. Sí, te dejé entrar. Con mis propias manos, te di tierras y alimentos.

—A cambio de tomar el cuerpo y la sangre, su majestad —respondió Köten—. Fui bautizado... en nuestra fe.

—Ese es el regalo del Espíritu, un favor concedido por Dios. El precio de este mundo todavía está por pagar, Köten.

Mientras esperaba, aquel hombre menudo apretó las manos que tenía agarradas a la espalda. Josef estaba fascinado. Había oído hablar del éxodo masivo de refugiados procedentes de Rusia, que habían abandonado a sus propios muertos en las montañas heladas para evitar que les dieran caza. Las historias que habían contado de esa «Horda de Oro» de mongoles habían realizado la función de un ejército por sí solas. La mitad de Hungría hablaba sobre la amenaza y la larga columna de humo negro que habían visto saliendo de las montañas. Josef se fijó en la blancura de los nudillos de Köten en contraste con su piel oscura mientras el rey Bela continuaba.

—Para considerarte mi amigo, necesitaré a todos y cada uno de los guerreros bajo tu mando. Les suministraré las armas que necesiten y les daré buena sopa para mantenerlos calientes, combustible para sus hogueras, pienso para sus caballos, sal para sus comidas. Has prestado juramento, Köten. Como tu señor feudal, mis órdenes son que resistas y te enfrentes al enemigo conmigo. No temas por tu pueblo. Esta es mi tierra. En ella los detendré.

Hizo una pausa y, por un momento, Köten dejó que el silencio se prolongara. Por fin, como si estuviera agotado, bajó los hombros.

—¿Enviarán ejércitos tus aliados? ¿El papa? ¿El emperador del Sacro Imperio Romano Germánico?

Ahora le tocaba al rey Bela ponerse rígido. El papa Gregorio IX y el emperador Federico II estaban atrapados en su propia contienda. Bela llevaba más de un año, desde que llegaron los refugiados de Rusia, rogándoles que le enviaran hombres y armas. El rey Federico había enviado a sus Caballeros Teutones: mil ciento noventa hombres elegidos en honor del año de fundación de su orden, un número que nunca se excedía. Eran soldados legendarios, pero contra una Horda de Oro de salvajes guerreros, Bela podía muy bien imaginarlos barridos como hojas en una tormenta. Aun así, en ningún momento mostraba desconfianza ante los hombres cuyo apoyo necesitaba.

—Me han prometido un ejército de parte del rey Boleslav de Cracovia, uno del duque Enrique de Silesia, otro del rey Wenceslao de Bohemia. Por supuesto que recibiremos refuerzos en la primavera. Entretanto, cuento con mis propios hombres húngaros, Lord Köten: sesenta mil soldados, todos ellos bien entrenados y deseosos de defender su patria. Y tenemos a los caballeros, Köten. Ellos resistirán sin amilanarse. Con tus jinetes, puedo llevar cien mil soldados al campo de batalla. —Sonrió al pensar en un número tan colosal—. Aguantaremos su temible ataque y luego contraatacaremos con el deshielo y acabaremos para siempre con esta amenaza a nuestra paz.

Köten suspiró visiblemente.

—Muy bien. Puedo incorporar mis cuarenta mil a la danza, mi rey. Resistiremos. —Se encogió de hombros—. De todos modos, durante el invierno no tenemos ningún lugar a donde escapar, ninguno donde no pudieran atraparnos.

Conrad Von Thuringen tosió en su mano protegida por un guante de hierro. El rey le miró a través de la sala y le indicó que le escuchaba con una gentil inclinación de cabeza. El mariscal de los caballeros de la Orden Teutónica se rascó la barba un momento, hurgando en la mata de pelo en busca de una pulga o un piojo.

—Su majestad, mi señor Köten. El emperador Federico no nos ha enviado ante vosotros. Su autoridad rige sobre la tierra, no sobre las almas de los hombres. Hemos venido para apoyar a los hermanos cristianos de Rusia, recientemente convertidos a la Verdadera Fe. Nos interpondremos entre esas familias y la tormenta. Ese es sencillamente nuestro deber.

Por toda la sala, otros nobles dieron un paso adelante para poner sus soldados y sus casas a disposición de la causa del rey. Josef aguardó hasta que hubieron terminado antes de ofrecer solemnemente sus ochocientos caballeros de Livonia para servirle. Vio que Köten no parecía demasiado impresionado y esbozó una pequeña sonrisa. Como uno de los «nuevos conversos» que Conrad había mencionado, Köten todavía no se hacía la más mínima idea de la fuerza de los hombres que luchaban por Cristo. El número de los caballeros no era elevado, pero cada uno de ellos era un maestro con las armas, tan fuerte en el campo de batalla como fuerte era su fe en Dios. Pese a su temible reputación, estaba seguro de que el ejército mongol se rompería contra los caballeros como una ola contra las rocas.

—Todo rey debería contar con hombres como vosotros —dijo Bela, visiblemente complacido por su abierto apoyo. Por una vez no tendría que romper pactos y persuadir o sobornar a sus señores para que se salvaran a sí mismos—. El enemigo ha reunido a sus huestes en las estribaciones de los Cárpatos. Están a menos de quinientos kilómetros, con los ríos Danubio y Sajó entre ellos y nosotros. Tenemos un mes, quizá dos a lo sumo, para prepararnos para su llegada. No vendrán antes de la primavera.

—Su majestad —intervino Köten en la pausa—. Los he visto avanzar. Es verdad que el campamento en su totalidad tardará eso en llegar hasta nosotros, pero los tumanes, sus ejércitos, podrían cruzar esa distancia en ocho días. Si no hubieran pasado los meses de verano descansando, majestad, podrían haber llegado aquí mucho antes. Entraron en Moscú a través del río helado. Corren como lobos en invierno, mientras los demás hombres duermen. Deberíamos estar preparados, al menos en la medida de lo posible.

El rey Bela frunció el ceño. Allí de pie por encima de todos ellos, retorció un recargado anillo de oro entre los dedos, un gesto de nerviosismo que ni a Köten ni a los señores presentes les pasó inadvertido. Hacía solo seis años que había ascendido al trono, al morir su padre. Nada de lo que había experimentado le había preparado para el tipo de guerra al que ahora se enfrentaba. Por fin, asintió.

—Muy bien. Mariscal Von Thuringen, marcharás hacia Buda y Pest para supervisar los preparativos. Estaremos listos para enfrentarnos a ellos cuando lleguen.

El rey extendió la mano y su senescal desenfundó una larga espada y se la dio. Delante de todos ellos, Bela elevó la hoja y se cortó en el antebrazo. Permaneció impassible mientras la sangre corría y embadurnó la hoja con ella utilizando la mano hasta que casi toda la plata estaba roja.

—Mis señores, estáis viendo la sangre real de Hungría. Haced lo mismo con otras doce espadas y llevadlas a las ciudades y pueblos. Sostenedlas en alto. El pueblo responderá a la llamada de sus nobles, a la llamada a las armas de su rey. Defenderemos el reino. Que este sea el signo de nuestra victoria.

Tsubodai, envuelto en pieles, alargó las manos hacia la crepitante hoguera. Siguió con la mirada el humo que ascendía en volutas hasta las antiguas vigas del granero. Hacía mucho tiempo que su dueño lo había abandonado y parte del tejado estaba hundido y roto. Olía a caballos y paja y estaba suficientemente seco para alojarlos, al menos por un lado. No era un lugar demasiado impresionante para comenzar la conquista de un país, pero no había nada más en los campos helados que se extendían hacia el horizonte. Miró hacia la puerta abierta y frunció el ceño al ver un carámbano goteando. Seguramente se debía a que el calor del fuego llegaba hasta allí... Pero aquella era una tierra nueva para él. No sabía nada de sus estaciones, de cuánto duraría el invierno.

Sus siete generales esperaban con paciencia a que hablara, masticando ruidosamente sus bolsillos de pan y carne y pasándose un hinchado odre de airag de unos a otros para mantenerse calientes.

El minghaan de más rango de Kachiun, Ilugei, estaba ahora al mando de su tumán. Con el tiempo, un nuevo general sería nombrado por orden del khan, pero en el campo de batalla, Tsubodai había ascendido a Ilugei. No era ninguna coincidencia que fuera un hombre canoso y nervudo, de casi cuarenta años, y que hubiera pertenecido a la guardia personal de Gengis. Tsubodai se había hartado de los jóvenes leones que Batu había reunido a su alrededor. Habría preferido a Khasar, si no hubiera estado a ocho mil kilómetros de distancia, en Karakorum. Necesitaba hombres en quien pudiera confiar si pretendía llevar a su ejército hasta el mar.

—Atendedme —dijo Tsubodai sin ningún preámbulo. Se detuvo solo un instante mientras los generales dejaban de comer y se acercaban para oír—. Cuanto más al oeste lleguemos, mayor será el peligro en los flancos. Si continuamos avanzando, será como introducir una punta de lanza en el centro de un ejército: cada paso implicará más riesgo.

No miró a Batu mientras hablaba, aunque el príncipe sonrió. Tsubodai hizo una pausa para tomar un trago de airag, notando cómo su calidez se extendía por su estómago.

—Voy a dividir el ejército en tres. Ilugei y Baidar atacarán por el norte. Mis exploradores me han informado de que hay un ejército cerca de una ciudad llamada Cracovia. Vuestras órdenes son eliminarlo del campo de batalla y quemar la ciudad. No podemos permitir que los reyezuelos de la zona formen y amenacen nuestro flanco.

Miró a Ilugei a los ojos.

—Tienes más años de experiencia que Baidar, para quien todo esto es nuevo. —Tsubodai notó cómo Baidar se ponía rígido al ver que su autoridad se veía amenazada. Continuó—: ¿Puedes aceptar que mande por encima de ti, Ilugei?

—Sí, orlok —contestó Ilugei con una inclinación de cabeza.

Baidar respiró. Era un detalle pequeño, pero Tsubodai se había llevado a uno de los seguidores de Batu y, deliberadamente, le había favorecido.

—Guyuk y Mongke, las tierras del sur deben quedar arrasadas. Llevaréis a vuestros tumanes al sur. Acabad con cualquiera de esas tierras que pudiera reunir una fuerza de hombres o caballos. Cuando hayáis destruido esas tierras, volved y apoyadme.

—¿Y yo qué, orlok? —dijo Batu con suavidad. Tenía el ceño fruncido tras saber que Guyuk sería enviado al sur, muy lejos de él—. ¿Dónde me vas a situar a mí?

—A mi lado, por supuesto —respondió Tsubodai con una sonrisa—. Tú y yo atacaremos el oeste con Jebe, Chulgetei y la infantería de reclutas forzosos que llevamos con nosotros. Con tres tumanes, aplastaremos a toda Hungría mientras nuestros hermanos despejan los flancos.

Cuando se alejaron del granero, lo hicieron sin ninguna ceremonia. Tsubodai notó que Batu se preocupaba de acercarse a Guyuk y darle una palmada en la espalda, pero había tensión en los rostros de ambos. Habían luchado y cabalgado bajo los ojos de Tsubodai y con otros tumanes listos para ir en su ayuda. No tenían miedo de la responsabilidad. Todos los hombres del grupo daban la bienvenida a la oportunidad de actuar por sí mismos. Ese era el motivo por el que habían buscado el poder y lo habían obtenido en las estribaciones de los Cárpatos, de mano de Tsubodai. Solo Batu, Jebe y Chulgetei se quedarían. Algo parecido a la nostalgia invadió a los tres mientras observaban cómo los otros aceleraban el paso hasta el trote para llegar enseguida junto a sus guerreros.

—Parece una carrera, ¿verdad? —dijo Jebe.

Batu posó una mirada fría sobre él.

—Para mí no. Parece que me tengo que quedar con mi nodriza y contigo.

Jebe se rio y estiró la espalda para desentumecerla.

—Piensas demasiado, Batu, ¿lo sabías? —contestó y se alejó sin dejar de sonreír.

Ogedai estaba en los jardines de Karakorum observando la puesta de sol desde un banco de piedra. Se sentía en paz allí de una forma que nunca podría haberle explicado a su padre. Soltó una risita suave, para sí. El mero pensamiento de Gengis pareció oscurecer las sombras del bosquecillo. Ogedai amaba los jardines en verano, pero en invierno poseían una belleza diferente. Los árboles estaban desnudos, con las ramas extendidas, aguardando en silencio la vida del verdor. Era una época de oscuridad y anhelo, de acogedoras gers y airag caliente, de envolverse bien en ropa de abrigo para protegerse del viento. La vida en las tiendas era algo que echaba de menos en el palacio de Karakorum. Incluso había considerado hacer que levantaran una en un patio, pero luego había rechazado la idea dándose cuenta de que era una estupidez. No podía regresar a una vida más sencilla, no ahora que la había dejado atrás. Era la nostalgia de un niño, de los días en los que su madre y su padre aún

vivían. Su abuela Hoelun había vivido suficiente tiempo para perder la cabeza y los recuerdos... Se estremeció al pensar en ellas en sus últimos días. La primera madre de la nación se había convertido en una niña balbuciente, incapaz incluso de asearse por sí sola. No era un destino que se le desearía a un enemigo, y mucho menos a alguien querido.

Estiró la espalda, soltando los músculos entumecidos tras todo un día de estar sentado y hablando. Había tanto de lo que hablar en una ciudad. Era casi como si las calles estuvieran construidas de palabras. Sonrió al pensar en la reacción que habría tenido su padre ante el elevado número de reuniones a las que asistía a diario. A Gengis los problemas del agua limpia y los conductos de aguas residuales le habrían provocado una apoplejía.

La luz del sol atravesaba Karakorum y Ogedai se protegió los ojos con la mano. La ciudad estaba bañada en un color oro cobrizo y cada línea destacaba con extraordinaria claridad. Su vista no era tan aguda como antaño y disfrutaba de la luz y de sus revelaciones. Él había construido Karakorum, él y ningún otro, su padre menos que nadie. La torre del palacio arrojaba una larga sombra que salía de la ciudad y se internaba en la zona deshabitada. Todavía era una ciudad joven, pero con el tiempo sería el auténtico corazón de la nación, la sede de los khanes. Se preguntó cómo le recordarían en los siglos venideros.

La brisa nocturna aumentó y se estremeció ligeramente. Con un rápido gesto, se ciñó la túnica sobre el pecho, pero luego dejó que se abriera otra vez. ¿Cuál habría sido su vida sin esa debilidad de la carne? Suspiró lentamente, sintiendo el errático latir de su corazón en el pecho. Se había cansado de esperar. Se había lanzado a la batalla para conquistar el terror, luchando contra el ejército enemigo como si el miedo fuera una serpiente que debiera aplastar con su sandalia. Como respuesta, le había hundido los colmillos en el tobillo y le había sumergido en la oscuridad. Había momentos en los que pensaba que todavía no había salido de ese pozo.

Meneó la cabeza al recordar, intentando no pensar en Tolui y lo que había hecho por él. Un hombre valiente podía vencer al miedo, había aprendido eso, pero quizá solo en una ocasión. Era algo que los jóvenes no comprendían, la forma en que podía ir royendo a un hombre, la forma en la que regresaba con más fuerza cada vez, hasta que uno se encontraba solo y luchando por respirar.

Se había dejado aplastar por su propia desesperación, renunciando a la lucha; rindiéndose. Sorhatani había tirado de él para reincorporarlo al mundo de los vivos y le había dado nuevas esperanzas, aunque ella nunca sabría que la esperanza era en sí una agonía. ¿Cómo podía vivir con la muerte agazapada sobre sus hombros, agarrándole desde atrás, hundiéndole bajo su peso? Se había enfrentado a ella. Había reunido todo su valor y había levantado la cabeza, pero la muerte no había retirado la vista. Ningún hombre puede ser fuerte todo el día, toda la noche. Le había gastado hasta dejarle reducido a nada.

Ogedai apoyó las manos en las rodillas, dándoles la vuelta para mirarse las

palmas. Los callos habían vuelto a empezar a formarse, aunque por primera vez en años había conocido las ampollas. Una o dos seguían supurando después del ejercicio con espada y arco de aquella tarde, hacía apenas una hora. Sentía que estaba recobrando las fuerzas, pero demasiado despacio. En su juventud, podía exigir a su cuerpo que respondiera sin pensarlo, pero su corazón había sido débil incluso entonces. Se llevó una mano al cuello y metió los dedos por debajo de la túnica hasta su pecho, percibiendo a duras penas el latido. Parecía algo frágil, como un pájaro.

Un dolor repentino le hizo dar un respingo. Era como si le hubieran golpeado y, mientras todo se volvía borroso, se volvió para ver qué había sido. Se tocó la cabeza buscando sangre y luego puso las manos frente a sus ojos. Estaban limpias. Otro espasmo le dobló en dos, haciendo que se apoyara en las rodillas como si la presión pudiera hacerlo desaparecer. Lanzó un grito ahogado, jadeando. El pulso de su corazón retumbó en sus orejas, un martillo que atravesaba todo su cuerpo.

—¡Para! —exclamó, furioso. Su cuerpo era el enemigo, su corazón el traidor. Lo dominaría. Apretó el puño y presionó su pecho con él, todavía encorvado sobre sus rodillas. Entonces notó otra punzada de dolor, peor que la anterior. Gruñó y echó la cabeza hacia atrás, mirando fijamente al cielo oscurecido. Había sobrevivido antes. Esperaría a que se le pasara.

No se dio cuenta de que se caía, resbalando de lado fuera del banco. Su mejilla quedó pegada a las piedras del sendero. Podía oír su corazón batir en grandes y lentos latidos y luego nada, solo un terrible silencio que continuaba y continuaba. Le pareció oír la voz de su padre y deseó llorar, pero no le quedaba ninguna lágrima, solo oscuridad y frío.

XXVI

El crujido del suelo arrancó a Sorhatani del sueño. Se despertó sobresaltada al ver a Kublai de pie junto a su cama, con expresión sombría. Tenía los ojos enrojecidos y de pronto temió escuchar lo que le iba a decir. Aunque habían pasado varios años, el recuerdo de la muerte de Tolui seguía estando dolorosamente vivo. Se sentó con un movimiento brusco y retiró las sábanas que la cubrían.

—¿Qué pasa? —le preguntó en tono de urgencia.

—Parece que tus hijos están condenados a ser portadores de malas noticias, madre —respondió Kublai. Retiró la vista mientras ella se levantaba y se quitaba el informe camisón para ponerse las ropas del día anterior.

—Dime —dijo, debatiéndose con los botones de la túnica.

—El khan ha muerto. Ogedai ha muerto —contestó Kublai, mirando por la ventana a la noche que se extendía fuera de la ciudad—. Sus guardias le han encontrado. Los oí hablar y fui a mirar.

—¿Quién más lo sabe? —inquirió Sorhatani, totalmente espabilada al comprender el alcance de lo que acababa de oír.

Kublai se encogió de hombros.

—Han mandado a alguien a decírselo a Torogene. El palacio sigue en calma, al menos por el momento. Lo han encontrado en los jardines, madre, sin una sola marca en el cuerpo.

—Podemos dar gracias a Dios por eso al menos. Tenía el corazón débil, Kublai. Los que lo sabíamos hemos temido durante mucho tiempo que llegara este día. ¿Has visto el cadáver? —le preguntó.

Su rostro se crispó al oír la pregunta, por el recuerdo que evocaba.

—Sí. Luego me marché y vine a contártelo.

—Has hecho bien. Ahora, escúchame. Hay cosas que tenemos que hacer ahora, Kublai, mientras la noticia empieza a propagarse. O antes del verano verás a tu tío Chagatai cruzando al galope las puertas de Karakorum para reclamar su derecho de nacimiento.

Su hijo la miró fijamente, incapaz de comprender esa súbita frialdad.

—¿Cómo podemos detenerle ahora? —preguntó—. ¿Cómo puede nadie detenerle?

Sorhatani ya estaba avanzando hacia la puerta.

—Él no es el heredero, Kublai. Guyuk está antes que él, interponiéndose en su camino. Debemos enviar un jinete rápido al ejército de Tsubodai. Guyuk está en peligro desde este momento hasta que sea declarado khan por una asamblea de la nación, igual que le sucedió a su padre.

Kublai la miró boquiabierto.

—¿Tú sabes lo lejos que están? —dijo.

Sorhatani se detuvo, con la mano en la puerta.

—Da exactamente igual si Guyuk está en el fin del mundo, hijo mío. Tiene que saberlo. Los yans, Kublai, las estaciones de posta. Hay suficientes caballos entre nosotros y Tsubodai, ¿no?

—Madre, no lo entiendes. Son casi siete mil kilómetros, o incluso ocho mil. Tardaríamos meses en darle la noticia.

—¿Y bien? Escribe lo que ha pasado en un pergamino —espetó su madre—. ¿No es así cómo se hace? Envía a un mensajero con un mensaje sellado exclusivamente para Guyuk. ¿Pueden esos emisarios llevar una carta privada a tanta distancia?

—Sí —contestó Kublai, impresionado por su intensidad—. Sí, por supuesto.

—Entonces, ¡corre, chico! Corre a las oficinas de Yao Shu y escribe la noticia. Haz que la noticia viaje hasta aquel que debe recibirla. —Se quitó con dificultad un anillo de la mano y se lo puso en la palma de la mano.

—Emplea el anillo de tu padre para sellarla con cera y pon en marcha al primer mensajero. Hazle comprender que nunca ha habido un mensaje más importante que este. Si alguna vez ha habido una razón para crear la línea de mensajeros, es esta.

Kublai salió disparado pasillo abajo. Sorhatani se mordió el labio siguiéndole con la vista antes de partir en dirección contraria, hacia las habitaciones de Torogene. Oyó voces en algún lugar próximo. Las noticias saldrían de la ciudad. Mientras el sol salía, volaría desde Karakorum en todas direcciones. Sintió cómo le invadía la tristeza al pensar en Ogedai, pero la reprimió, apretando los puños. No había tiempo para el duelo. El mundo nunca sería el mismo después de aquel día.

Sentado al escritorio de Yao Shu, Kublai tenía motivos para darle las gracias a su madre. Unos carpinteros habían sustituido la puerta que daba a los despachos del canciller, pero los agujeros para las nuevas cerraduras todavía estaban a la vista, limpios y bien lijados. La puerta se había abierto de par en par con un mero empujón y Kublai se había estremecido en el frío mientras cogía la caja de la yesca Chin y había hecho saltar unas chispas golpeando hierro y pedernal hasta que logró encender una brizna de yesca. La lámpara era pequeña y la mantuvo bien cubierta, pero ya se oían voces y movimiento por todo el palacio. Buscó agua, pero no había, así que escupió en la piedra de tinta y se tiznó los dedos preparando una pasta. Yao Shu guardaba los pinceles de pelo de tejón con mucho cuidado y Kublai trabajó deprisa con el más delgado de todos, escribiendo los caracteres Chin en el pergamino con delicada precisión.

Acababa de terminar de escribir unas breves y escuetas líneas y de secarlas con arena cuando la puerta se abrió con un crujido. Kublai alzó la vista nervioso y vio a Yao Shu de pie en el umbral, en camisón.

—No tengo tiempo para explicártelo —dijo, cortante. Dobló la vitela, piel de ternera que había sido rascada y estirada hasta dejarla tan delgada como la seda

amarilla. Las líneas que cambiarían el destino de la nación estaban ocultas y, antes de que Yao Shu pudiera hablar, Kublai derramó unas gotas de cera y apretó el anillo de su padre contra ella, dejando una honda impresión. Se enfrentó al canciller de Ogedai con una expresión tensa. Yao Shu clavó la vista en el pulcro paquete y la reluciente cera mientras Kublai lo agitaba en el aire para secarlo. No comprendía la tensión que notaba en el joven.

—He visto la luz encendida. Al parecer, la mitad del palacio está despierto —dijo Yao Shu, bloqueando deliberadamente la puerta cuando vio que Kublai se dirigía hacia ella—. ¿Sabes qué es lo que está pasando?

—No me corresponde a mí decírtelo, canciller —contestó Kublai—. Estoy ocupándome de algo para el khan. —Sostuvo la mirada de Yao Shu con firmeza, negándose a dejarse intimidar.

—Me temo que debo insistir en que me expliques esta... intrusión antes de dejarte marchar —respondió Yao Shu.

—No, no vas a insistir. Esto no es asunto tuyo, canciller. Es una cuestión de familia.

Kublai no permitió que su mano se posara en la espada que llevaba en la cadera. Sabía que no era posible intimidar al canciller con una espada. Se miraron intensamente a los ojos y Kublai se mantuvo callado, esperando.

Con una mueca, Yao Shu se hizo a un lado para dejarle pasar, posando su mirada en el escritorio con la piedra de tinta todavía húmeda y los utensilios de escritura esparcidos y desordenados. Abrió la boca para hacer otra pregunta, pero Kublai ya había desaparecido, dejando solo el eco de sus pisadas tras de sí.

La estación de posta central, el núcleo de la red que se extendía hasta las tierras Chin por el este y más allá, no estaba demasiado lejos. Kublai atravesó a la carrera las edificaciones anexas al palacio y un patio, y pasó junto a un claustro que rodeaba un jardín, donde el viento le alcanzó y le adelantó con su helado aliento. A lo lejos, vio unas antorchas encendidas en el jardín iluminando el punto donde más y más hombres se estaban reuniendo junto al cadáver del khan. Yao Shu se enteraría de la terrible noticia muy pronto.

Una vez fuera del palacio, corrió a lo largo de una calle que el amanecer teñía de gris. Derrapó en los adoquines al dar la vuelta a la esquina y vio las lámparas de la estación de posta. Allí siempre había alguien despierto, a cualquier hora del día o de la noche. Dio una voz al pasar bajo el arco de piedra y entrar a un amplio patio con establos a ambos lados. Kublai se detuvo, jadeando, escuchando a un poni bufar y golpear la puerta de su compartimento con los cascos. Quizá el animal estuviera percibiendo su estado de excitación; no lo sabía.

Pasaron solo unos instantes antes de que una figura corpulenta saliera al patio. Kublai vio que el jefe de la estación tenía una sola mano, había recibido el trabajo como compensación por haber perdido la capacidad para luchar. Intentó no mirarle el muñón mientras se aproximaba.

—Hablo con la autoridad de Sorhatani y Torogene, esposa de Ogedai Khan. Este mensaje debe llegar hasta el ejército de Tsubodai más rápido de lo que ninguna carta haya viajado jamás. Mata caballos y hombres si es necesario, pero haz que esto se le entregue a Guyuk, el heredero. A ningún otro excepto a Guyuk. Solo a él, ¿entendido?

El anciano guerrero se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué es tan urgente? —comenzó a decir. Parecía que las noticias todavía no habían llegado a aquellos que las transportaban. Kublai tomó una decisión. Necesitaba que aquel hombre saltara sobre un caballo de inmediato y no desperdiciara ni un solo momento más.

—El khan ha muerto —dijo en tono neutro—. Su heredero debe saberlo. Ahora, muévete, o renuncia a tu puesto.

El guerrero ya se había dado la vuelta y estaba llamando a quienquiera que estuviera de guardia aquella noche. Kublai permaneció allí y observó cómo sacaban al poni y se lo entregaban a un jinete joven y taciturno. El mensajero se puso rígido al oír la orden de matar caballos y hombres si era necesario, pero comprendió y asintió. Introdujo el pergamino en el fondo de una saca de cuero que llevaba sujeta con una fuerte correa a la espalda. A la carrera, unos sirvientes trajeron una silla de montar que tintineaba con cada movimiento.

El poni elegido para la tarea levantó la cabeza al oír el sonido, bufando de nuevo y moviendo las orejas. Sabía que el sonido de los cascabeles de la silla significaba que correría rápido y lejos. Kublai observó cómo el jinete hincaba los talones en su lomo y salía trotando por debajo del arco hacia la ciudad que despertaba. Se frotó el rígido cuello, sintiendo toda la tensión concentrada allí. Había cumplido con su parte.

Torogene estaba despierta y llorando cuando Sorhatani llegó a sus habitaciones. Al ver la expresión de su rostro, los guardias de la puerta la dejaron pasar sin preguntas.

—¿Te has enterado? —preguntó Torogene.

Sorhatani abrió los brazos y la esposa del khan se refugió en ellos. Era más alta que Sorhatani y sus brazos la rodearon por completo, de modo que ambas se fundieron en un estrecho abrazo.

—Estaba a punto de ir a los jardines —continuó Torogene, temblando de pena, a punto de derrumbarse—. Sus guardias están custodiando... custodiándole, esperando por mí.

—Tengo que hablar contigo antes —dijo Sorhatani.

Torogene negó con la cabeza.

—Después. No puedo dejarle solo ahí fuera.

Sorhatani sopesó sus posibilidades de detener a Torogene y renunció a intentarlo.

—Déjame que te acompañe —dijo.

Las dos mujeres avanzaron deprisa por los corredores que llevaban a los jardines

abiertos, con los guardias y los sirvientes de Torogene siguiéndolas de cerca. Mientras caminaban, Sorhatani oyó los sollozos ahogados de Torogene y el sonido derrumbó su propia barrera de control. Ella también había perdido a un esposo y la herida seguía fresca, abierta de nuevo por las noticias del fallecimiento del khan. Tuvo la desagradable sensación de que los acontecimientos se le escapaban de las manos. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Chagatai supiera que su hermano había caído por fin? ¿Cuánto tiempo antes de que llegara a Karakorum a luchar por el khanato? Si se movía con rapidez, podía presentarse allí con un ejército antes de que Guyuk pudiera regresar a casa.

Sorhatani perdió la cuenta de las esquinas y vueltas del palacio que habían recorrido hasta que Torogene y ella sintieron la brisa en sus rostros y los jardines aparecieron ante ellas a través de un claustro. Las antorchas de los guardias seguían iluminando el lugar, aunque había llegado el alba. Torogene dio un grito y echó a correr. Sorhatani la siguió, consciente de que no podía interrumpirla.

Cuando estaban llegando al banco de piedra, Sorhatani frenó en seco, dejando que Torogene recorriera sola los últimos pasos hasta su marido. Los guardias rodeaban el cadáver con muda furia, incapaces de localizar a un enemigo, pero consumidos por el fracaso de su misión.

El que hubiera encontrado a Ogedai le había dado la vuelta y estaba boca arriba, mirando al cielo. Le habían cerrado los ojos y yacía en la perfecta inmovilidad de la muerte, con la carne tan blanca como si no tuviera ni una gota de sangre. Sorhatani se limpió unas lágrimas de los ojos cuando Torogene se arrodilló junto a su marido y le acarició el pelo con la mano. No habló ni lloró, sino que se acuclilló junto a él y se quedó mirándole. La brisa los atravesó a todos y los jardines susurraron. En algún punto próximo, un pájaro cantó, pero Torogene no alzó la vista ni se movió.

Yao Shu llegó en silencio, todavía con el camisón y la cara casi tan pálida como su amo. Pareció envejecer y encogerse al ver la figura yacente del khan. No dijo nada. El silencio era demasiado hondo. Apesadumbrado, se unió a las demás sombras veladoras del jardín. El sol fue ascendiendo despacio y más de un hombre le miró casi con odio, como si la luz y la vida no fueran bienvenidas en aquel lugar.

Cuando la luz matutina tiñó la ciudad de un color dorado sangriento, Sorhatani dio un paso adelante y tomó a Torogene con gentileza del brazo.

—Vámonos ya —murmuró—. Deja que se lo lleven para amortajarlo.

Torogene negó con la cabeza y Sorhatani se inclinó aún más y le susurró al oído:

—Deja tu dolor a un lado por hoy. Debes pensar en tu hijo, Guyuk. ¿Me oyes, Torogene? Debes ser fuerte. Derrama tus lágrimas por Ogedai otro día si quieres que tu hijo sobreviva.

Torogene parpadeó despacio y empezó a sacudir la cabeza, una vez, dos veces, mientras la escuchaba. Las lágrimas brotaron de sus párpados cerrados y se agachó y besó a Ogedai en los labios. Todavía con la mano de Sorhatani en su brazo, se estremeció ante la terrible frialdad del cuerpo de su esposo. Nunca volvería a sentir su

calor, sus brazos en torno a ella. Alargó una mano para tomar las suyas, acariciando con los dedos los callos recién formados. Ya nunca se le curarían. Después se puso en pie.

—Ven conmigo —dijo Sorhatani con voz suave, como si hablara con un animal asustado—. Te prepararé un té y algo de comer. Debes conservar las fuerzas, Torogene.

Torogene asintió y Sorhatani la llevó a sus propias habitaciones a través del claustro. Se volvió casi a cada paso hasta que el jardín ocultó la imagen de Ogedai. Las criadas se adelantaron para tener el té listo cuando llegaran.

Las dos mujeres entraron en las habitaciones de Sorhatani. Sorhatani vio que los guardias tomaban posiciones junto a su puerta y se dio cuenta de que ellos también estaban desorientados. La muerte del khan había quebrado el orden establecido y parecían casi perdidos.

—Tengo órdenes para vosotros —dijo en un impulso. Los hombres se enderezaron—. Enviad a un corredor a ver a vuestro comandante, Alkhun. Decidle que venga a estas habitaciones de inmediato.

—Como desees, señora —contestó el guardia, inclinando la cabeza. Se puso en marcha y Sorhatani les dijo a los criados que se fueran. El recipiente del té ya estaba empezando a humear y necesitaba quedarse a solas con la esposa de Ogedai.

Cuando cerró las puertas, vio que Torogene estaba sentada mirando al vacío, aturdida por el dolor. Se puso a trajinar de aquí para allá, haciendo ruido a propósito con los cuencos. El té no estaba del todo caliente, pero tendría que valer así. Se odiaba a sí misma por inmiscuirse en un dolor privado, pero no podía evitarlo. Su mente echaba chispas desde el momento en que se despertó y encontró a Kublai de pie junto a su cama. Parte de ella había adivinado lo sucedido antes de que hablara.

—¿Torogene? He enviado a un corredor a avisar a Guyuk. ¿Me estás escuchando? Siento muchísimo lo que ha pasado. Ogedai... —Se interrumpió porque su propia pena amenazaba con superarla. Ella también había querido al khan, pero obligó a la tristeza a retirarse una vez más, metiéndola en una parte cerrada de su mente para poder continuar—. Era un buen hombre, Torogene. Mi hijo Kublai le ha enviado una carta a Guyuk, con los jinetes de las postas. Dice que tardará meses en llegar hasta él. No creo que Guyuk vuelva tan deprisa.

Torogene alzó la vista de repente, con una mirada terrible.

—¿Por qué no iba a volver a casa, conmigo? —dijo, con voz ronca.

—Porque para entonces sabrá que su tío Chagatai podría estar en la ciudad con sus tumanes, Torogene. Chagatai conocerá la noticia antes que él y está mucho más cerca que los ejércitos de Tsubodai. Para cuando Guyuk regrese, Chagatai podría ser el khan. No, ahora escúchame. En ese momento, no daría una moneda de cobre por la vida de tu hijo. Esa es la situación, Torogene. Deja a un lado tu pena y escucha mi consejo.

El sonido de unas botas en el suelo de piedra del exterior hizo que ambas

levantaran la vista. El minghaan jefe de los guardias del khan entró en la habitación vestido con la armadura completa. Hizo una breve reverencia ante las dos mujeres sin poder ocultar la irritación por haber sido convocado de esa forma. Sorhatani le miró con frialdad. Puede que Alkhun todavía no se hubiera dado cuenta de cómo había cambiado el equilibrio de poder en el palacio desde el amanecer, pero ella sí.

—No deseo entrometerme en vuestro dolor —dijo Alkhun—. Ambas comprenderéis que mi lugar está en el tumán de la guardia, para mantener el orden. Quién sabe cómo reaccionará la ciudad cuando la noticia se difunda. Podría haber desórdenes. Si me excusáis...

—¡Cállate! —exclamó Sorhatani. Alkhun frunció el ceño, atónito, pero Sorhatani no le dio tiempo para pensar y darse cuenta de su error—. ¿Te contentarías con llamar a la puerta antes de entrar a ver al khan? Entonces, ¿por qué nos concedes a nosotras un honor menor? ¿Cómo te atreves a interrumpir?

—He sido... llamado —balbuceó Alkhun, ruborizándose. Hacía muchos años que nadie le alzaba la voz con ira. La pura sorpresa le hacía vacilar.

Sorhatani habló despacio, con absoluta confianza.

—Yo poseo el título de las tierras ancestrales, minghaan. Solo hay una persona en la nación que tenga más estatus que yo y está sentada a mi lado. —Sorhatani vio que Torogene la miraba perpleja, pero prosiguió—: Hasta que Guyuk llegue a Karakorum, su madre es la regente. Si eso no es evidente para todos y cada uno de los hombres, yo lo decreto desde este mismo momento.

—Yo... —empezó a decir Alkhun y luego se quedó callado mientras lo consideraba. Sorhatani estaba dispuesta a esperar y sirvió más té, esperando que ninguno de ellos notara que le temblaban tanto las manos que los cuencos habían entrechocado—. Tienes razón, por supuesto —dijo Alkhun, casi aliviado—. Lamento haberte molestado. Mi señora. —Volvió a inclinarse ante Torogene, una reverencia mucho más profunda esta vez.

—Pediré tu cabeza si vuelves a disgustarme, Alkhun —continuó Sorhatani—. Por ahora, asegúrate de mantener la seguridad en la ciudad como has dicho. Te informaré de los detalles del funeral a medida que los vaya teniendo.

—Sí, señora —contestó Alkhun. El mundo había dejado de girar sin control, al menos en aquellas estancias. No sabía si la sensación de caos retornaría cuando las abandonará.

—Trae a tus nueve oficiales minghaan a la cámara principal de audiencias al atardecer. Tendré más órdenes para vosotros entonces. No tengo ninguna duda de que Chagatai Khan estará considerando asaltar Karakorum, Alkhun. No debe poner el pie en esta ciudad, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo —respondió Alkhun.

—Entonces, vete —ordenó Sorhatani agitando la mano para indicarle que se marchara.

El oficial cerró la puerta con cuidado y Sorhatani dejó escapar un enorme suspiro.

Torogene la miraba con los ojos desorbitados.

—Ojalá todas nuestras batallas vayan tan bien —dijo Sorhatani con tono sombrío.

Baidar se dirigió al norte con el corazón henchido de orgullo, dejando a Tsubodai y Batu atrás. Sospechaba que Ilugei daría noticia de todas y cada una de sus acciones, pero la idea de ser sometido a un atento escrutinio no le acobardaba. Chagatai, su padre, le había entrenado en todas las disciplinas y todas las tácticas... y su padre era uno de los hijos de Gengis Khan. Baidar no salía hacia esas tierras inexploradas sin preparación. Solo esperaba tener la oportunidad de utilizar algunas de las cosas que había empaquetado en los caballos de refresco. Tsubodai le había dado su aprobación a la idea de partir sin los carros. El vasto rebaño de ponis que viajaba con un tumán podía transportar casi todo excepto los maderos para las pesadas catapultas.

Era difícil contener su evidente alegría mientras cabalgaba con dos tumanes a través de tierras que jamás había imaginado conocer. Según sus cálculos, cubrían unos cien kilómetros diarios. La velocidad era importante, Tsubodai lo había dejado muy claro, pero Baidar no podía dejar ejércitos tras él. Por ese motivo había elegido una ruta que se dirigía prácticamente al auténtico norte de la cordillera de los Cárpatos. Una vez estuviera en posición, cabalgaría hacia el oeste conjuntamente con Tsubodai, aplastando todo lo que se interpusiera en su camino. Sus hombres habían empezado a arrasar y despejar el terreno cuando alcanzaron una posición con Cracovia al oeste y la ciudad de Lublin frente a ellos.

Baidar frenó y observó las murallas de Lublin con expresión hosca. A su alrededor se extendían tierras peladas, campos que el invierno mantenía negros y desnudos. Desmontó para comprobar cómo era el suelo, desmenuzando el lodo negro entre los dedos antes de continuar. Era buena tierra. Solo una tierra rica y buenos caballos podían provocar verdadera codicia en él. El oro y los palacios le eran indiferentes; eso lo había aprendido de su padre. Baidar nunca había oído hablar de Cracovia hasta que Tsubodai le había dado ese nombre, pero ansiaba conquistar los principados polacos para el khan. Era posible incluso que Ogedai recompensara a un general triunfante con un khanato propio. Cosas más raras habían sucedido.

Tsubodai le había entregado varios pergaminos que contenían todo cuanto sabía sobre las tierras que se abrían frente a ellos, pero todavía no había tenido oportunidad de leerlos. No importaba. Fueran quienes fueran a quienes se enfrentara, serían como trigo bajo la hoz.

Volvió a montar y se acercó más a la ciudad. No faltaba mucho para que se pusiera el sol y las puertas estaban cerradas frente a él. Mientras se aproximaba, observó que los muros estaban apuntalados, mostrando los parches y marcas de varias generaciones de reparaciones ineficientes. En algunos puntos, la muralla era poco más que una barrera de madera y piedras apiladas. Sonrió. Tsubodai esperaba velocidad y destrucción.

Se giró hacia Ilugei, que observaba desde su montura con expresión impasible.

—Esperaremos a que caiga la noche. Un jagun de cien hombres escalará las murallas por el otro lado, atrayendo hacia ellos a los guardias. Otros cien entrarán y abrirán las puertas desde dentro. Quiero que cuando salga el sol este lugar esté en llamas.

—Así se hará —contestó Ilugei, alejándose para pasar las órdenes de su joven superior.

XXVII

Baidar e Ilugei atravesaban el paisaje a la velocidad del rayo. En cuanto Lublin hubo caído, Baidar instó a los tumanes a avanzar hacia las ciudades de Sandomir y Cracovia. A ese ritmo, los tumanes se cruzaron con columnas de hombres que marchaban para servir de refuerzo en la lucha a ciudades que ya habían sido conquistadas. Una y otra vez, Baidar logró sorprender a los nobles de la zona, provocando la huida en desbandada de pequeños contingentes con sus veinte mil guerreros y luego cazándolos a todos poco a poco. Era el tipo de campaña que más le había gustado al abuelo de Baidar y que su padre, Chagatai, le había contado con detalle. Los enemigos reaccionaban con torpeza y lentitud contra un cuchillo que se hundía en sus tierras. Baidar sabía que no habría piedad si fracasaba, ni de parte de su pueblo ni de aquellos contra los que luchaba. Si tuvieran ocasión, los polacos aniquilarían a sus tumanes hasta el último hombre. Era lógico no enfrentarse a ellos en sus propios términos, ni combatir en maneras que ellos dominaban. No poseían refuerzos a los que recurrir y Baidar dosificaba las fuerzas de sus tumanes con cuidado, sabiendo que tenía que mantenerlos intactos, incluso si eso significaba no entablar batalla.

No sabía cómo se llamaba el hombre que lideraba los regimientos de brillantes caballeros y soldados de infantería que les aguardaban cerca de Cracovia. Los exploradores de Baidar informaron de la presencia de un ejército de unos cincuenta mil y Baidar maldijo entre dientes al oír las cifras. Sabía lo que Tsubodai quería que hiciera, pero nunca había considerado esa carrera hacia el norte como un suicidio. Al menos el noble polaco no se había retirado detrás de unas gruesas murallas y les había desafiado a tomar la ciudad. Cracovia estaba tan abierta como Moscú y era igualmente difícil de defender. Su fuerza residía en el masivo ejército que se reunía frente a ella, esperando en el campo de batalla a que los tumanes mongoles atacaran.

Baidar se aproximó peligrosamente a la ciudad con sus minghaans de más rango para observar las formaciones de soldados y saber qué terreno pisaban. No tenía ni idea de si los polacos representaban una amenaza para Tsubodai, pero era exactamente para esa tarea por lo que había sido enviado al norte. No podían permitir que un ejército así uniera fuerzas con los de Hungría, pero no bastaba con lograr que se quedaran quietos alrededor de Cracovia. La tarea de Baidar era abrir una brecha a través del país para asegurarse de que ninguna fuerza armada considerara dirigirse al sur para ayudar a los húngaros, no con esos lobos sueltos entre su propia gente. Aparte de todo lo demás, Tsubodai le arrancaría las orejas a Baidar si no obedecía sus órdenes.

Baidar cabalgó hacia un collado y estudió el mar de hombres y caballos que tenía ante sí. A lo lejos, vio que habían descubierto su presencia. Un grupo de exploradores polacos habían salido ya al galope hacia ellos, con las armas en ristre en gesto de clara amenaza. Más lejos, otros hombres estaban montando, listos para defender o

atacar, fuera lo que fuera lo que exigiera su presencia allí. ¿Qué haría su padre? ¿Qué habría hecho su abuelo contra tantos soldados?

—Esa ciudad debe ser rica si tiene tantos hombres guardandola —murmuró Ilugei junto a su hombro.

Baidar sonrió, tomando una rápida decisión. Sus hombres llevaban consigo un total de casi sesenta mil caballos, una manada tan vasta que nunca permanecía en un lugar durante más de un día. Los caballos arrasaban la hierba como langostas, del mismo modo que los tumanes se comían cualquier cosa que se moviera. Sin embargo, cada una de las monturas extra transportaba arcos y flechas, ollas, comida y otro centenar de artículos que los hombres necesitaban en campaña, incluido el mimbre y el fieltro para las gers. Tsubodai los había enviado bien equipados, por lo menos.

—Me parece que tienes toda la razón, Ilugei —dijo Baidar, sopesando sus posibilidades—. Quieren proteger su preciosa ciudad, así que se apiñan a su alrededor, esperándonos. —Esbozó una ancha sonrisa—. Si son tan amables de permanecer en un solo lugar, nuestras flechas hablarán por nosotros.

Hizo que su poni diera media vuelta y regresó hacia su ejército, haciendo caso omiso de la avanzada enemiga, que se había acercado mientras observaba. Cuando uno de ellos se lanzó hacia ellos a galope tendido, Baidar extrajo con suavidad una flecha del carcaj, la colocó en la cuerda del arco y disparó en un solo movimiento. Fue un disparo excelente y el explorador se desplomó al instante. «Esperemos que sea un buen augurio», pensó.

Baidar dejó atrás los gritos y las pullas de los exploradores, sabiendo que no se atreverían a seguirle. Su mente ya estaba ocupada planeando. Con las reservas que acarreaban los caballos extra, tenía casi dos millones de flechas —todas hechas con abedules rectos, con las plumas perfectamente pegadas— recogidas en aljabas de treinta o sesenta. Aun con una abundancia tal, se había preocupado de recuperar y de reparar la mayor cantidad posible de ellas de las batallas. Eran quizá su recurso más valioso, después de los propios caballos. Miró el sol y asintió. Todavía era temprano. No desperdiciaría el día.

El rey Boleslav, gran duque de Cracovia, tamborileaba con su guante contra el pomo de cuero de su silla de montar mientras contemplaba la vasta nube de polvo que levantaba la horda mongola al avanzar. Montaba un enorme corcel gris, una bestia de raza que podía hacer surcos en la negra tierra durante todo el día sin cansarse. Once mil caballeros aguardaban listos para destruir al invasor de una vez por todas. A su izquierda, los Caballeros Templarios franceses esperaban en sus libreas rojas y blancas sobre el acero. Boleslav podía oírles elevando sus voces en oración. Contaba con miles de arqueros y, lo que era más importante, tenía un contingente de piqueros que podía resistir una carga con sus lanzas. Era un ejército que inspiraba confianza, y mantenía a sus mensajeros muy cerca de él, dispuestos a partir al galope hasta su

primo en Liegnitz con noticias de la victoria. Quizá cuando los hubiera salvado a todos, su familia reconocería por fin que era el gobernante legítimo de Polonia.

La madre iglesia seguiría interponiéndose en su camino, pensó con acritud. Prefería que los príncipes de Polonia desperdiciaran su fuerza en peleas y magnicidios, dejando que la iglesia engordara y se enriqueciera. Solo un mes antes, su primo Enrique había patrocinado la construcción de un monasterio para la nueva orden de los dominicos, pagando por todo con buena plata. El rostro de Boleslav se crispó al pensar en los beneficios e indulgencias que Enrique había obtenido a cambio. Toda la familia hablaba de ello.

En sus pensamientos, en silencio, Boleslav elevó su propia oración.

—Señor, si consigo la victoria hoy, fundaré un convento en mi ciudad. Colocaré un cáliz de oro en el altar de la capilla y encontraré una reliquia que atraerá a peregrinos desde miles de kilómetros de distancia. Haré que den una misa por todos aquellos que pierdan sus vidas. Te doy mi palabra, señor, lo juro. Permíteme obtener la victoria y haré que tu nombre sea loadado en toda Cracovia.

Tragó saliva con esfuerzo y alargó la mano hacia una pequeña botella de agua que colgaba de su silla atada con una correa. Odiaba la espera y seguía temiendo que los informes de sus exploradores fueran ciertos. Sabía que tenían tendencia a exagerar, pero más de uno había vuelto con historias de una horda dos veces el tamaño de sus cincuenta mil, un enorme océano de innumerables caballos y terribles invasores, con arcos y lanzas que se elevaban en el aire como los árboles de un bosque. Su vejiga se hizo notar y Boleslav torció el gesto, irritado. Que vinieran, que vinieran esos malditos perros, se dijo a sí mismo. Dios hablaría y conocerían el poder de su mano derecha.

Boleslav observó cómo se acercaba la negra masa enemiga. Se derramaban como un oscuro líquido sobre el terreno, demasiados para poder contarlos, aunque no creía que ese fuera el gigantesco ejército que habían descrito sus exploradores. Ese pensamiento le movió a preocuparse de que hubiera más guerreros, ocultos a la vista. Solo había recibido un informe de Rusia, pero le alertaba de que eran unos fanáticos de las estrategias, que les encantaban las emboscadas y golpear por los flancos. No veía nada de eso mientras aguardaba manteniendo la posición con sus piqueros. Los guerreros mongoles cabalgaban de frente hacia sus líneas como si su intención fuera atravesar sus filas al galope. Boleslav empezó a sudar, temiendo haber pasado por alto algo en los planes de batalla. Vio que los Caballeros Templarios, desde la seguridad temporal tras las filas de los impasibles piqueros, se preparaban para responder a la carga cargando a su vez contra el enemigo. Boleslav observó cómo descendían las picas, con los extremos traseros bien asentados en la tierra. Lo detendrían todo, destriparían a cualquiera, por muy veloz o feroz que fuera.

Los mongoles avanzaban en una amplia línea, a un máximo de cincuenta en fondo. Bajo la mirada atenta de Boleslav, tendieron los arcos y dispararon. Miles de flechas se elevaron en el aire por encima de sus piqueros y, por un momento,

Boleslav fue presa del pánico. Llevaban escudos, pero los habían arrojado al suelo para sostener con firmeza las picas contra la carga.

El sonido de las saetas alcanzando a sus hombres repiqueteó por todo el campo de batalla, seguido por los gritos. Cientos de ellos cayeron y las flechas siguieron llegando. Boleslav contó doce latidos entre cada colosal descarga, aunque su corazón palpitaba desenfrenado y no conseguía calmarse. Sus arqueros respondieron con sus propias lluvias de flechas y se puso tenso, aguardando expectante el resultado, solo para ver que los proyectiles se quedaban cortos y no alcanzaban a los jinetes mongoles. ¿Cómo conseguían ellos tanto alcance con sus flechas? Sus arqueros eran buenos, estaba seguro de ello, pero si sus disparos no lograban llegar hasta el enemigo, no le servían para nada.

Los oficiales se esforzaban en responder al ataque, y arriba y debajo de las líneas se oían órdenes como ladridos. Muchos de los piqueros dejaron caer las pesadas armas. Algunos alargaron la mano hacia los escudos, mientras que otros intentaban equilibrar el escudo y la pica a la vez, de modo que ninguno de ellos servía para su propósito. Boleslav lanzó una maldición, mirando por encima de sus cabezas al comandante de los templarios: era como un perro tirando de su correa. Estaban listos para salir, pero los piqueros seguían bloqueando el camino de los templarios hacia el enemigo. Era imposible ejecutar una maniobra eficiente para retirar a un lado a los soldados de infantería y dejar que los templarios pasaran como un trueno. Por el contrario, los de a pie se amontonaron en marañas de hombres y picas como espinas, encogidos bajo sus escudos mientras las flechas volaban y caían sobre ellos.

Boleslav juró con voz quebrada. Sus mensajeros levantaron la vista, pero no les hablaba a ellos. Había visto ejércitos durante toda su vida. Debía su poder a las batallas que había luchado y ganado, pero lo que tenía ante sus ojos se burlaba de todo lo que había aprendido. Los mongoles parecían no tener ninguna estructura de mando. No existía ningún centro de calma para ordenar sus movimientos y, aunque eso era algo con lo que Boleslav podía haber contado, tampoco se comportaban como una chusma en la que cada guerrero actuara por su cuenta y riesgo. Al contrario, se movían y atacaban como si mil manos los guiaran, como si cada grupo fuera completamente independiente. Era una locura, pero cambiaban de rumbo y atacaban como avispas, respondiendo al instante a cualquier amenaza.

A un lado, mil guerreros mongoles engancharon sus arcos a las sillas de montar y levantaron sus lanzas, transformando un barrido en línea en una carga repentina que chocó contra los escudos de los piqueros. Antes de que los oficiales de Boleslav pudieran siquiera reaccionar, ya se estaban alejando y descolgando de nuevo los arcos. Los piqueros bramaron furiosos y alzaron sus armas, solo para recibir las implacables saetas que volvieron a caer sobre ellos.

Boleslav, horrorizado, observó cómo la escena se repetía en distintos puntos de las líneas. Sintió que el corazón le daba un brinco cuando los Caballeros Templarios lograron salir al campo de batalla, aullando y dando patadas para apartar del camino a

los heridos. Ellos impondrían el orden en aquel caos. Era su misión.

Boleslav no podía saber cuántos cientos de sus soldados de infantería habían perecido. El ataque se desarrollaba sin pausa alguna, sin ninguna oportunidad de volver a formar y evaluar las tácticas del enemigo. En el mismo momento en que se daba cuenta de que la lucha no se detendría, dos nuevas oleadas de flechas cayeron muy cerca, eliminando a todo aquel que eligió la pica frente al escudo. La intensidad de los gritos y gemidos de los heridos se incrementó, pero los templarios ya estaban en marcha, iniciando el lento y rítmico trote que infundía el justo temor de Dios entre sus enemigos. Boleslav apretó el puño mientras se abrían paso con sus caballos entre los últimos piqueros aturcidos y observó cómo las enormes monturas aceleraban en perfecta formación. Nada en el mundo podía resistir ante ellos.

Boleslav vio que los mongoles perdían el valor cuando los caballeros se abalanzaron directamente contra ellos. Unos cuantos de los ponis más pequeños fueron derribados, empujados por el peso superior de los caballos templarios. Los jinetes mongoles saltaron de sus monturas antes de que cayeran, pero fueron despedazados por los sables o pisoteados bajo los cascos. Cuando empezaron a retroceder, Boleslav se sintió exultante. El fluido movimiento de sus unidades pareció atascarse y avanzaban con sacudidas, perdiendo su suave eficiencia. Los mongoles lanzaron flechas a los caballeros, pero los proyectiles rebotaron o incluso se hicieron trizas al chocar contra las pesadas armaduras. Boleslav presintió que las tomas de la batalla estaban cambiando y gritó, exhortando a los caballeros a continuar.

Los templarios rugieron al chocar contra el tumán mongol. Eran hombres que habían luchado en terrenos enlodados tan distantes como Jerusalén y Chipre. Esperaban que el enemigo al que se enfrentaban cediera y clavaron los talones en sus monturas para iniciar el galope. Su fuerza era el imparable golpe de martillo, un ataque concebido para partir a un ejército por la mitad, llegar hasta el centro y matar al rey. Los mongoles se desmoronaron, cientos de ellos dieron media vuelta a la vez y echaron a correr delante de los caballeros, que tenían la grupa de sus ponis casi al alcance de sus enormes espadas y pesadas lanzas. La carga templaria avanzó retumbando un kilómetro o más, empujándolos a todos ellos frente a sí.

Baidar levantó el brazo. Los minghaans habían estado aguardando su señal, el momento elegido por él y solo por él y, al verla, comunicaron las órdenes con concisión a lo largo de la línea. Veinte hombres alzaron unos estandartes amarillos y rugieron hacia los jaguns de cien guerreros. Pasaron las instrucciones hasta los grupos de diez. Por medio de la vista o del oído, se propagaron como el fuego atraviesa un henar, en apenas unos instantes. El caos se transformó en un orden instantáneo. Los jaguns se separaron hacia los flancos, dejando que los caballeros se aproximaran sin encontrar resistencia. Algunos siguieron corriendo delante de ellos para atraerlos, pero los flancos iban engordando mientras más y más hombres preparaban sus arcos.

Los templarios se habían alejado de los soldados de infantería y de sus peligrosos piqueros. Quizá habían salido del contingente principal unos diez mil de ellos, una fuerza inmensa, muy acostumbrada a la victoria. Se habían adentrado mucho en los tumanes mongoles, arrastrados por su confianza y por su fe. Los caballeros franceses observaban el caos de la retirada mongola a través de finas ranuras en el acero de sus celadas y daban tremendos mandobles con sus espadas a todo lo que se ponía a su alcance. Vieron que las filas se separaban a ambos lados de ellos, pero siguieron avanzando, concentrados en golpear el centro mismo del enemigo y llegar hasta su líder, fuera quien fuera.

Desde ambos lados, miles de arqueros mongoles interrumpieron sus alaridos aterrorizados y colocaron una flecha en la cuerda de su arco. Con calma deliberación, eligieron sus blancos, mirando tras la punta de la flecha los gruesos pescuezos de los enormes caballos de batalla. La parte frontal de los animales estaba totalmente cubierta de acero, pero los lados del cuello estaban desnudos o cubiertos de tela.

Baidar dejó caer el brazo: todas las banderas amarillas descendieron a la vez, casi como una sola. Los arqueros dispararon, liberando la inmensa tensión de un arco desplegado al máximo y clavando flechas silbantes en la masa de caballos que pasaba ante ellos. No era difícil dar en el blanco a tan poca distancia y, en los primeros disparos, los caballos se desplomaron sorprendidos y doloridos con las gargantas perforadas. La sangre brotaba de los ollares a borbotones y los animales relinchaban desesperados. Muchos de los arqueros hicieron una mueca de disgusto, pero tomaron otra saeta del carcaj y la dispararon.

Los caballeros lanzaron un desafío con un ronco rugido. Los que solo habían recibido un impacto hincaron sus talones y trataron de dar media vuelta y salir de la tormenta que arreciaba desde ambos flancos. Sus monturas empezaron a temblar y el dolor hizo que sus patas vacilaran. Cientos de caballos se derrumbaron sin previo aviso, atrapando o aplastando bajo sus lomos a los caballeros, que se encontraron tendidos en el suelo, aturcidos y luchando por levantarse.

Durante un tiempo, la carga de los templarios continuó adelante, a pesar de las pérdidas. No era tarea fácil hacer que el peso de los caballos y la armadura giraran, pero a medida que la destrucción fue aumentando, Baidar oyó que se pasaban a gritos nuevas órdenes entre ellos. El hombre que las repartía se convirtió en el blanco instantáneo de todo arquero que lo tenía a tiro. Su caballo se desplomó, erizado de flechas, y el hombre en sí fue derribado por una flecha que le golpeó en la cáscara de hierro que le cubría la cabeza. La Visera quedó deformada de manera que le impedía ver. Baidar observó cómo el hombre, en el suelo, se debatía intentando quitársela.

Los templarios regresaron, girando hacia la izquierda o la derecha para lanzarse contra los grupos de arqueros que los flanqueaban. La carga formó una línea de la que los caballeros se iban separando: cada hombre tomando el camino contrario que el que tenía delante. Era una maniobra de desfile, una que los mongoles no habían visto jamás. Llevaba a los caballeros a un combate cuerpo a cuerpo con los hombres

que los aguijoneaban, su única oportunidad de sobrevivir a la masacre en que se había convertido la carga. Habían perdido velocidad, pero su armadura era resistente y no había en ellos ni rastro de cansancio. Utilizaban el gran alcance de las puntas de sus lanzas para aplastar las costillas de los guerreros y luego alzaban las enormes espadas y las dejaban caer como cuchillos de carnicero.

Los jinetes mongoles hacían que sus monturas danzaran alrededor de los templarios. Eran más pequeños y menos imponentes, pero al ser mucho más rápidos que los caballeros podían elegir cada disparo con el máximo cuidado. Desde una distancia tan corta que podían oír el jadeo de los templarios bajo su placa de hierro, podían hacer que sus ponis se apartaran de un salto, tender el arco y lanzar una flecha donde vislumbraran un hueco o un trozo de carne. Los caballeros agitaban sus largas espadas sobre ellos o sobre el espacio que habían ocupado momentos antes.

Baidar oyó las risotadas guturales de sus hombres, consciente de que en parte era una forma de aliviar la tensión. La gigantesca talla de aquellos soldados y sus caballos resultaba terrorífica. Verles mover los brazos como aspas de molino y cortar el vacío era como una brisa fresca en la piel. Cuando lograban asestar un tajo con limpieza, el golpe era terrible y las heridas mortales. Baidar vio a un caballero con un tabardo rojo y blanco hecho jirones propinar un golpe con su espada con tanta fuerza que cercenó completamente el muslo de un guerrero y abrió un profundo corte en su silla de montar. Aún agonizante, el guerrero agarró al caballero y lo arrastró al suelo con un estruendo metálico.

Las perfectas descargas de los flancos se habían convertido en un tumulto de caballos y hombres aullando, un caos formado por mil peleas individuales. Baidar subía y bajaba con su poni al trote, tratando de ver en qué situación se encontraban sus hombres. Vio a un caballero avanzar a pie tambaleándose y quitarse un casco abollado: apareció un rostro enmarcado por una larga melena oscura, pegada a la cabeza por el sudor. Baidar ordenó a su montura con los talones que avanzara y le asestó un golpe con la espada al pasar por su lado, sintiendo el temblor del impacto en todo el brazo.

Se mantenía a cierta distancia, tirando de las riendas con fuerza para frenar a su caballo mientras trataba de hacerse una idea del desarrollo de la batalla. No podía unirse al ataque, lo sabía. Si caía, el mando recaería en los hombros de Ilugei. Baidar se puso de pie en los estribos y contempló una escena que sabía que nunca olvidaría. A través del vasto campo de batalla, los caballeros, vestidos con su armadura plateada, luchaban con denuedo contra los tumanes. Sus escudos estaban abollados y rotos, sus espadas quedaban tiradas donde caían. Miles morían tirados en el suelo, con un guerrero sujetándole mientras otro le levantaba el casco y luego hundía su espada por el hueco. Había millares más que todavía estaban en pie, sin caballo, gritando consignas a sus compañeros. Baidar notó que no tenían miedo, pero se equivocaban. Aquel era el momento para tener miedo. No se sorprendió al ver que la cola de la carga comenzaba a girar, convirtiéndose en una masa caótica para poder

regresar a donde esperaban los soldados de infantería en torno a Cracovia. Repartió nuevas órdenes y ocho minghaans avanzaron para seguirlos, disparando flechas mientras los caballeros presionaban a sus fatigados caballos para que se pusieran a medio galope. No quedarían tantos cuando llegaran al puerto seguro que les aguardaba detrás de las picas.

Desesperado, Boleslav vio cómo los mongoles aplastaban a lo mejor de la nobleza casi delante de él. Nunca habría creído que los caballeros pudieran fracasar ante esos jinetes si no lo hubiera visto con sus propios ojos. ¡Esas flechas! La fuerza y precisión de sus disparos era asombrosa. Jamás había visto nada similar en el campo de batalla. Nadie había visto jamás algo así en Polonia.

Sus esperanzas se renovaron cuando vio que la retaguardia daba media vuelta y se dirigía hacia la ciudad. No había conseguido captar el alcance de la destrucción y la boca se le fue abriendo lentamente cuando se dio cuenta de los pocos que eran, de lo desgredados y maltrechos que se les veía en comparación con la reluciente gloria del grupo que había salido a luchar. Los mongoles los siguieron incluso entonces, disparando sus infernales flechas con movimientos fáciles, como si los caballeros fueran meras dianas que tumbar.

Boleslav ordenó la salida de un regimiento de cuatro mil piqueros para proteger su retirada, obligando a los mongoles a pararse en seco. Los destrozados restos de los Caballeros Templarios entraron al trote, prácticamente todos ellos sangrando y, cubiertos de polvo, esforzándose en respirar bajo la presión excesiva del peto sobre sus costillas. Boleslav se volvió, horrorizado, cuando vio que los mongoles tumanes se aproximaban. Comprendió que al final usarían las lanzas. Había perdido el escudo de su caballería y el enemigo penetraría a través de sus tropas hasta Cracovia. Gritó que levantaran las picas, pero no hubo carga, sino que comenzaron a lanzar flechas de nuevo, como si los caballeros nunca se hubieran lanzado contra ellos, como si los mongoles tuvieran todo el día para terminar la masacre.

Boleslav miró al sol que se estaba escondiendo tras las distantes colinas. Su caballo corcoveó: una saeta le había golpeado sin previo aviso. Otra chocó contra su escudo, hundiéndolo contra su pecho por el impacto. Sintió que le invadía un miedo enfermizo. No podía salvar Cracovia. Los caballeros habían quedado reducidos a una sombra y solo le quedaban los campesinos que componían su infantería. Se las vería en apuros para salvar su propia vida. Dio una señal y sus heraldos hicieron sonar el toque de retirada a través del campo de batalla.

La luz ya estaba bajando, pero los mongoles continuaron disparando mientras los piqueros iniciaban la retirada. Los agotados templarios formaron una delgada línea en la retaguardia, intentando absorber el máximo de flechas con sus armaduras para evitar que la retirada se transformara en una huida en desbandada.

Boleslav se puso al trote. Sus mensajeros le acompañaron, con la cabeza gacha.

La derrota pesaba sobre todos ellos, así como el miedo. En vez de enviar cartas de victoria, llegaría corriendo ante su hermano Enrique, suplicándole que fuera caritativo y piadoso. Cabalgaba como atontado, contemplando las sombras que se movían frente a él. Los mongoles habían aniquilado a los templarios franceses, hasta ese momento el ejército más magnífico que había conocido. Esos caballeros habían acabado con las hordas de herejes musulmanes en Jerusalén y sus alrededores. Ver cómo eran arrollados en un solo día sacudía las propias bases de su pensamiento.

A sus espaldas, los mongoles aullaban como lobos, abalanzándose como un rayo en grupos de cien y matando a hombres que solo querían retirarse. Las flechas siguieron volando a pesar de que apenas había luz. Algunos soldados eran arrancados de sus sillas desde atrás, cayendo en brazos de guerreros que les quitaban la vida entre carcajadas, dándose codazos y empujándose para poder tener la oportunidad de dar una patada o un puñetazo.

Por fin, cuando la oscuridad fue completa, Baidar e Ilugei ordenaron a sus hombres que regresaran. La ciudad de Cracovia se elevaba desnuda y desprotegida ante ellos y avanzaron lentamente con sus caballos hacia ella mientras salía la luna.

La luz de la luna brillaba intensa y el aire era límpido y frío mientras el jinete de las yans recorría a galope tendido la polvorienta senda. Estaba exhausto. Le resultaba difícil mantener los ojos abiertos y el dolor de riñones estaba empezando a ser insoportable. De repente, fue presa del pánico al percatarse de que no recordaba cuántas estaciones había pasado ese día. ¿Habían sido dos o tres? Karakorum había quedado muy atrás, pero sabía que tendría que entregar la bolsa con sus preciados contenidos. No sabía qué le habían dado, excepto que valía más que su vida. El hombre de Karakorum había salido de la oscuridad y se la había puesto en las manos con fuerza, dándole órdenes con voz áspera. Había iniciado el galope aun antes de que aquel hombre hubiera desmontado.

Dando un respingo, el mensajero se dio cuenta de que había estado a punto de caerse de la silla. El calor que desprendía el caballo, el ritmo de los cascos, los cascabeles tintineando, todo contribuía a arrullarle y adormecer sus sentidos. Sería su segunda noche sin dormir con un camino y un caballo como única compañía. Volvió a contar mentalmente. Había dejado atrás seis estaciones de posta, y había cambiado de caballo en todas. Tendría que entregar la bolsa en la siguiente o se arriesgaba a caerse por el camino.

A lo lejos, vislumbró unas luces. Habrían oído los cascabeles, por supuesto. Estarían esperándole con un caballo listo y un jinete extra, además de un odre de airag y dulce miel para darle la energía necesaria para continuar. Necesitarían otro jinete. Notaba cómo le invadía el agotamiento. Estaba exhausto.

Redujo la velocidad al trote al llegar al patio de piedra construido en medio de la nada, el signo visible de la influencia y el poder del khan. Mientras el personal de la

estación se apiñaba a su alrededor, pasó la pierna por encima de la silla para desmontar y llamó con una inclinación de cabeza al jinete de reserva, poco más que un niño. Había un mensaje verbal además de la bolsa. ¿Qué era? Ah, sí, lo recordaba.

—Mata caballos y hombres si es necesario —dijo—. Cabalga tan deprisa y tan lejos como puedas. Esto debe entregarse en mano a Guyuk, a ningún otro excepto a él. Repite mis palabras.

Escuchó cómo el nuevo jinete repetía el mensaje a toda velocidad, abrumado por la excitación. La bolsa pasó de unas manos a otras, una sagrada responsabilidad: nunca debía ser abierta hasta que alcanzara su destino. Vio un asiento de piedra en el patio, quizá alguna especie de bloque de piedra para montar con más facilidad, y se sentó en él agradecido mientras observaba cómo el muchacho iniciaba su carrera antes de que se permitiera cerrar los ojos. Nunca había corrido tan deprisa ni tan lejos en toda su vida y se preguntó qué podía ser tan importante.

XXVIII

La pira funeraria del khan era una estructura inmensa, la mitad de alta que la torre del palacio de la ciudad que se extendía a sus espaldas. Había sido construida deprisa, utilizando las inmensas reservas de madera de cedro que se guardaban en los sótanos del palacio. La encontraron allí después de leer las instrucciones de Ogedai. El khan se había preparado para la muerte y hasta el último detalle de la ceremonia había sido diseñado con anticipación. Había otras cartas en el paquete sellado que Yao Shu le había entregado a Torogene. La carta personal que el khan le había dejado a su esposa la había conmovido hasta las lágrimas. Había sido escrita antes de que Ogedai saliera hacia la campaña Chin y a Torogene le rompió el corazón el desenvuelto entusiasmo que transmitían sus palabras. Se había preparado para la muerte, pero ningún hombre puede entender realmente lo que significa que el mundo continúe sin él, cómo se sienten los que deben vivir sin su voz, sin su olor, sin su tacto. Todo cuanto le quedaba ahora eran las cartas y sus recuerdos. La propia Karakorum sería su panteón: sus cenizas serían depositadas en una cripta excavada bajo el palacio y descansarían allí durante toda la eternidad.

Desde la verde hierba, Temuge, vestido con una túnica de seda dorada con incrustaciones azules, vigilaba la pira. La espalda le dolía continuamente y tenía que hacer un esfuerzo para elevar la vista hasta lo alto de la hoguera. No lloró por el hijo de su hermano, sino que se agarró las manos a la espalda y se puso a reflexionar seriamente sobre el futuro mientras las primeras llamas se propagaban, quemando la madera y liberando el olor dulce del cedro, que viajaría en el humo a lo largo de muchos kilómetros.

Mientras cumplía con su deber y era observado por los miles de espectadores, su mente empezó a repasar el pasado. Su pueblo no era propenso a hacer grandes demostraciones de dolor, pero había muchos ojos enrojecidos entre la masa de trabajadores que habían salido de Karakorum. La propia ciudad se había quedado vacía, como si nunca hubieran llegado a darle vida.

Uno de los hijos de Gengis yacía entre aquellas llamas, un hijo del hermano al que había amado y temido, odiado y adorado. Temuge apenas se acordaba de los primeros días, cuando los perseguían, cuando todos ellos no eran más que unos niños. Hacía tantísimo tiempo de aquello... aunque había veces en las que seguía soñando con ese frío y esa punzante hambre. Los pensamientos de un anciano a menudo regresaban hacia su adolescencia, pero allí había poco consuelo. Sus cuatro hermanos habían estado vivos entonces. Temujin, que elegiría el jactancioso nombre de Gengis, Kachiun, Khasar y Bekter. Temuge se esforzó en recordar el rostro de Bekter y no fue capaz de hacerlo. Su hermana Temulun había estado allí, y también a ella le habían arrebatado la vida con violencia.

Temuge pensó en la carta de los yans que Yao Shu le había mostrado esa misma mañana. Su hermano Kachiun había muerto y buscó en su interior una sensación de

pena, de pérdida, como la que mostraba Torogene con sus lágrimas. No, no había nada. Se habían distanciado hacía muchos años, perdidos por las dificultades y las irritaciones de la vida, que habían enturbiado su limpia relación. De los siete que se habían escondido en una grieta en las montañas, solo quedaban Khasar y él, únicos testigos de su historia. Solo ellos podían decir que habían estado allí desde el principio de todo. Ambos eran ya ancianos y a Temuge le dolían los huesos todos los días.

Pasó la mirada por encima del creciente resplandor de la torre de leña y vio a Khasar, con la cabeza gacha. Habían cruzado juntos la nación Chin cuando eran jóvenes, y se habían encontrado con Yao Shu cuando no era más que un monje que vagaba sin rumbo, esperando a que su futuro se topara con él. Era difícil recordar haber tenido tanta fuerza y tanta vitalidad. Temuge se dio cuenta de que Khasar estaba extrañamente delgado. La carne de su rostro y cuello había desaparecido, haciendo que su cabeza pareciera desproporcionadamente grande. No tenía buen aspecto, no, en absoluto. En un impulso, Temuge se acercó a él y se saludaron con una inclinación de cabeza, dos viejos bajo la luz del sol.

—Nunca pensé que moriría antes que yo —murmuró Khasar.

Temuge le miró con intensidad y Khasar lo percibió. Se encogió de hombros.

—Soy un hombre mayor y los bultos de mi hombro son cada vez más grandes. No esperaba que el chico muriera antes de que llegara mi hora, eso es todo.

—Deberías dejar que te los quitaran, hermano —dijo Temuge.

Khasar hizo una mueca. Ya no podía llevar armadura, porque hacía presión en los dolorosos bultos. Los tumores parecían crecer cada noche, como uvas bajo la piel. No mencionó que había encontrado nuevos bultos en sus axilas. Solo con rozarlas, el dolor era suficiente para hacer que se mareara. La idea de soportar que un cuchillo las cortara era más de lo que podía aguantar. No era cobardía, se dijo a sí mismo con firmeza. Esas cosas, una de dos: o bien desaparecerían cuando tuvieran que hacerlo, o bien le matarían.

—Una noticia triste lo de Kachiun —dijo Temuge.

Khasar cerró los ojos, su cuerpo rígido por el dolor.

—Era demasiado viejo para estar en campaña, se lo había dicho —contestó—. Pero tener razón no me reporta ningún placer. Dios, le echo de menos.

Temuge lanzó una mirada burlona a su hermano.

—No te irás a convertir en uno de esos cristianos ahora, ¿verdad?

Khasar sonrió, con una cierta tristeza.

—Es demasiado tarde para mí. Solo los escucho hablar a veces. Me he dado cuenta de que maldicen continuamente. Su cielo suena un poco aburrido, por lo que he oído. Le pregunté a uno de los monjes si habría caballos y me dijo que una vez allí no los deseábamos, ¿te lo puedes creer? No voy a montarme en uno de sus ángeles, eso te lo aseguro.

Temuge notó que su hermano estaba hablando para ocultar la pena que sentía por

la muerte de Kachiun. De nuevo, volvió a buscar esa pena en su propio corazón y solo encontró el vacío. Era perturbador.

—Me he estado acordando de la grieta de las colinas, donde todos nos escondimos —dijo Temuge.

Khasar sonrió y meneó la cabeza.

—Fueron tiempos duros —contestó—. Pero sobrevivimos a ellos, como a todo lo demás. —Recorrió con la vista la ciudad que se extendía tras las llamas que ocultaban el cadáver del khan—. Este lugar no existiría si no fuera por nuestra familia. —Suspiró para sí—. Es extraño acordarse de cuando no existía la nación. Quizá eso sea suficiente para la vida de un hombre. Hemos vivido años buenos juntos, hermano, pese a nuestras diferencias.

Temuge retiró la vista para no recordar sus escauceos con las artes oscuras. Durante unos años, en su juventud, había sido el aprendiz elegido de alguien que había causado un inmenso dolor a su familia, alguien cuyo nombre ya nunca se pronunciaba en la nación. Khasar había llegado a convertirse casi en un enemigo durante aquellos años, pero todo aquello había quedado muy lejos, estaba medio olvidado.

—Deberías escribir sobre esto —dijo Khasar de repente. Señaló la pira funeraria con un brusco movimiento de cabeza—. Como hiciste por Gengis. Deberías dejar constancia de esto.

—Lo haré, hermano —respondió Temuge. Volvió a mirar a Khasar y notó con claridad cuánto se había deteriorado—. Tienes mal aspecto, Khasar. Voy a decirles que te quiten esos bultos.

—Sí, pero ¿tú qué sabes de eso? —le dijo Khasar, con expresión desdeñosa.

—Sé que pueden administrarte una dosis de pasta negra para que no sientas ningún dolor.

—No me da miedo el dolor —contestó Khasar, irritado. Aun así, le miró con interés y movió los hombros, haciendo una mueca de dolor—. Tal vez lo haga. Algunos días casi no puedo utilizar el brazo derecho.

—Lo necesitarás si Chagatai viene a Karakorum —dijo Temuge.

Khasar asintió y se frotó el hombro con la mano izquierda.

—Ese es un hombre que me gustaría ver con el cuello roto —aseguró—. Yo estaba allí cuando Tolui dio su vida, hermano. ¿Qué hemos conseguido a cambio? Unos cuantos años de nada. Creo que preferiría morir mientras duermo que tener que ver a Chagatai atravesar triunfante esas puertas con su caballo.

—Llegará antes que Guyuk y Tsubodai, eso es lo único que sabemos con certeza —dijo Temuge con amargura. Tampoco él amaba al patán que había engendrado su hermano. No habría magníficas bibliotecas bajo el gobierno de Chagatai, ni calles de estudiosos y gran sabiduría. Incluso podría llegar a quemar la ciudad, solo para dejar clara su posición. En ese sentido, Chagatai había salido a su padre. Temuge se estremeció ligeramente y se dijo que era solo el viento. Sabía que debería estar

haciendo planes para recoger los pergaminos y libros más valiosos antes de que llegara Chagatai, solo hasta que estuviera seguro de que serían tratados con el respeto que merecían y que estarían a salvo. La sola idea de un khanato de Chagatai le hacía ponerse a sudar. El mundo no necesitaba otro Gengis, en su opinión. Todavía no había acabado de recuperarse de los estragos del último.

Köten de los Cumanos atravesó el Danubio en una pequeña lancha, un bote con un hosco soldado que remaba rozando apenas las oscuras aguas del río. Se ciñó la capa para protegerse del frío del crepúsculo, perdido en sus pensamientos. No podía librarse de su destino, por lo visto. Por supuesto, el rey estaba en su derecho de pedirle a sus hombres. Hungría les había brindado refugio y, por un tiempo, Köten creyó que los había salvado a todos. Una vez que dejaron atrás las montañas, se había atrevido a esperar que los tumanes mongoles no se adentraran tan al oeste. Nunca antes lo habían hecho. Sin embargo, la Horda de Oro había salido rugiendo de los Cárpatos y ahora aquel lugar de paz y amparo no era un refugio en absoluto.

Hirviendo de cólera contra sí mismo, Köten vio que la orilla se aproximaba, una oscura línea de fango que sabía que succionaría sus botas con avidez. Cuando ya apenas cubría, sacó una pierna y pisó en el agua, haciendo una mueca al notar cómo se le hundían los pies en el maloliente barro. El remero gruñó algo ininteligible y examinó su moneda con atención, un insulto deliberado. La mano de Köten se movió hacia su cuchillo, deseosa de dejarle una cicatriz que le hiciera recordar sus modales. A regañadientes, la dejó caer. El hombre se alejó remando, mirándole fijamente con una mueca de desprecio en los labios. Cuando estuvo a una distancia segura, le gritó algo, pero Köten le ignoró.

La misma historia se había desarrollado en las ciudades de Buda y Pest. Sus cumanos habían llegado allí de buena fe, se habían dejado bautizar como ordenó su señor y habían intentado por todos los medios tratar esa nueva religión como si fuera la propia, aunque solo fuera por supervivencia. Eran un pueblo que comprendía que merecía la pena sacrificarse para conservar la vida y habían confiado en él. A ninguno de los sacerdotes cristianos pareció resultarles extraño que toda una nación sintiera la repentina urgencia de dar la bienvenida a Cristo en sus corazones.

No obstante, eso no había sido suficiente para los habitantes de las ciudades de Bela. Desde los primeros días, se habían difundido historias de robos y asesinatos perpetrados por sus hombres, rumores y cotilleos de que ellos estaban detrás de cualquier infortunio que acaeciera. Un cerdo no podía enfermar sin que alguien asegurara que una de las mujeres de tez oscura le había lanzado una maldición. Köten escupió en los guijarros de la orilla mientras avanzaba pesadamente por ella. El mes anterior, una chica húngara había acusado a dos muchachos cumanos de haberla violado. Los disturbios que se habían producido a continuación habían sido sofocados con implacable ferocidad por los soldados del rey Bela, pero el odio seguía estando

ahí, latente bajo la superficie. Pocos creían que la joven hubiera mentido. Después de todo, era el tipo de cosa que se esperaba de los mugrientos nómadas que se habían instalado entre ellos. No tenían raíces y no se podía confiar en ellos, excepto para robar y matar y ensuciar el limpio río.

A Köten le desagradaban sus anfitriones casi tanto como, al parecer, ellos le odiaban a él y la presencia de su pueblo en sus tierras. No podían ocupar menos espacio, pensó, irritado, viendo la ciudad de tiendas y chozas apiñadas a lo largo del río. El rey les había prometido que construiría una nueva ciudad, o quizá que ampliaría dos o tres de las que ya existían. Había hablado de un gueto para los cumanos, donde podrían vivir seguros entre los suyos. Tal vez Bela habría mantenido su palabra si no hubieran llegado los mongoles, aunque Köten había empezado a dudar.

De algún modo, la amenaza de los mongoles no había hecho sino incrementar la tensión entre los magiares y su tribu. Su pueblo no podía caminar por una calle sin que alguien les escupiera o le diera un empujón a alguna de las mujeres. Todas las noches había muertos que quedaban tirados junto a las alcantarillas, con la garganta cortada. Nadie era castigado jamás si el muerto era cumano, pero los jueces y soldados locales colgaban a sus hombres a pares o más si se trataba de uno de los suyos. Era una pobre recompensa por doscientos mil nuevos cristianos. Había momentos en los que Köten se maravillaba ante una fe que podía predicar la bondad y, a la vez, ser tan cruel con sus propios fieles.

Mientras avanzaba a lo largo de la orilla salpicada de excrementos, el olor le dio arcadas. Los adinerados ciudadanos de Buda contaban con un excelente alcantarillado para librarse de sus desechos. Hasta los barrios pobres de Pest tenían barriles cortados a la mitad en las esquinas que los curtidores recogían por las noches. El pueblo de tiendas de los cumanos solo tenía el río. Habían intentado mantenerlo limpio, pero, simplemente, eran demasiados hombres y mujeres amontonados en un tramo de río demasiado corto. Varias enfermedades habían atacado ya a su pueblo: había familias muriendo con marcas rojas en la piel que nunca antes había visto en casa. Todo en el lugar le transmitía la sensación de estar en un campamento enemigo, pero el rey le había pedido su ejército y Köten estaba vinculado a él por su honor, por un juramento. Era la única cosa en la que el rey Bela había sabido juzgar a su hombre, pero, dándole una patada a una piedra, Köten pensó que incluso ese honor tenía sus límites. ¿Dejaría que su pueblo fuera masacrado por una recompensa tan pobre? En toda su vida, nunca había faltado a su palabra, ni una sola vez. A veces, cuando había pasado hambre o había estado enfermo, su palabra era lo único que le quedaba para alimentar su orgullo.

Se abrió paso hacia la ciudad de Pest, notando el peso de los excrementos humanos y el lodo adheridos a sus botas. Le había prometido a su esposa que compraría algo de carne antes de regresar a casa, aunque sabía que los precios se dispararían en cuanto le reconocieran o le oyeran hablar. Dio un par de golpecitos en

la empuñadura de su espada mientras ampliaba sus Zancadas y se erguía. Pensó que ese día era un hombre al que sería peligroso insultar. Sin duda el día siguiente sería diferente, pero, durante un tiempo, dejaría que un poco de su ira entrara en su organismo. Le mantenía caliente.

Mientras Köten avanzaba con dificultad por una cuesta embarrada en dirección a una hilera de tiendas de mercaderes que conformaban una calle, oyó que algo se estrellaba contra el suelo cerca de él. El Viento soplaba en sus oídos y giró la cabeza para escuchar. Vio que había una lámpara encendida delante de la carnicería, pero las contraventanas de madera ya estaban cerrándose sobre la ventanilla a través de la cual servían a sus clientes. Köten lanzó una maldición entre dientes y echó a correr.

—¡Espera! —gritó.

No percibió la presencia de los hombres que se estaban peleando hasta que cayeron al suelo casi a sus pies. Köten reaccionó al instante desenfundando la espada, pero estaban muy concentrados dándose puñetazos y patadas el uno al otro. Uno de ellos tenía un cuchillo, pero el otro le había agarrado la mano con firmeza. Köten no conocía a ninguno de los dos. Alzó la cabeza como un perro de caza al oír más gritos en las proximidades. La cólera resonaba en las voces y sintió que su ira se reavivaba. ¿Quién sabía lo que había sucedido en su ausencia? ¿Otra violación, o solo la acusación de violación contra uno de sus hermanos? Mientras vacilaba, el carnicero finalmente consiguió bajar sus contraventanas, pasando una barra a través de ellas desde el interior. Köten golpeó la madera con los puños, pero no hubo respuesta. Furioso, dio la vuelta a la esquina.

Köten vio la fila de hombres, no, la multitud de hombres que bajaba la calle enlodada en la oscuridad. Dio un salto y retrocedió hacia la esquina con dos rápidos pasos, pero habían visto su silueta contra el sol poniente. Los alaridos subieron de intensidad instintivamente al ver a una figura asustada huyendo de ellos.

Köten se movió tan deprisa como pudo. Había vivido lo suficiente para saber que se encontraba en verdadero peligro. Fuera lo que fuera lo que había provocado que esos hombres salieran a la calle como una turba podía acabar con sus botas aplastándole la cabeza o rompiéndole las costillas. Oyó su rugido de excitación y salió disparado, dirigiéndose de nuevo hacia la oscuridad del río. Las botas de sus perseguidores resonaron en la pasarela de madera, cada vez más cerca.

Se resbaló: sus botas enfangadas patinaron en el suelo mojado. La espada se le escapó de la mano, cayendo sobre el barro con tanta suavidad que no hizo ningún ruido. Alguien chocó contra él mientras se levantaba y, de pronto, todos ellos estaban rodeándole, desfogando su rabia con el misterioso extraño que había revelado su culpa echando a correr. Se defendió, pero las patadas y las cuchilladas de sus cortos puñales le aplastaron contra el mugriento fango hasta que casi formaba parte de él y su sangre se mezclaba con esa masa negruzca.

Los hombres se alejaron del cuerpo sin vida tirado a la orilla del río. Algunos de ellos palmearon a otros en la espalda, riéndose entre dientes por haber impartido

justicia. No conocían el nombre del bulto roto que yacía en el barro. A lo lejos, oyeron los gritos de los oficiales del rey y, casi como uno solo, dieron media vuelta y empezaron a dispersarse entre las sombras del barrio de los comerciantes. Los nómadas se enterarían y se asustarían. Pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a caminar sin miedo por las ciudades de sus superiores. Muchos de aquellos hombres eran padres y volvieron a casa con sus familias, escogiendo las callejuelas traseras para evitar toparse con los soldados del rey.

El ejército que formaba delante de la ciudad de Pest era inmenso. El rey Bela había pasado días inmerso en una especie de frenesí al cobrar conciencia de lo que costaba preparar a tantos hombres para la batalla. Un soldado no podía transportar comida para más de unos pocos días sin que retrasara su paso y dificultara su capacidad para luchar. El bagaje utilizaba todos los carros y todas las bestias de carga del país y se alargaba casi tanto como las masivas filas de hombres apostadas delante del Danubio. El corazón del rey Bela latía henchido en su pecho mientras contemplaba sus huestes. Más de cien mil hombres de armas, caballeros y soldados de infantería habían respondido a las sangrientas espadas que había ordenado enviar con máxima premura a todo lo largo y ancho de Hungría. Sus cálculos estimaban que el tamaño del ejército mongol era la mitad o menos del que le habían dicho que podía esperar. El rey tragó la amarga bilis que le había subido a la garganta. Puede que se enfrentara a solo la mitad de la Horda de Oro, pero los informes que le llegaban del norte hablaban de una destrucción increíble. Ni Boleslav ni Enrique enviarían ejércitos para socorrerle. Por lo que había averiguado, ellos mismos estaban en apuros para sobrevivir al arrollador ataque de los tumanes que habían subido hasta sus tierras. Sin duda, Lublin había caído y había recibido un único informe de que Cracovia la había seguido, arrasada por las llamas, aunque Bela no comprendía cómo algo así era posible. No podía sino confiar en que los informes, redactados por hombres aterrorizados, fueran exagerados. Desde luego no era el tipo de información que pudiera compartir con sus oficiales o con sus aliados.

Al pensarlo, se volvió hacia los Caballeros Teutones situados a su derecha, dos mil hombres en el más preciso orden de batalla. La capa de sus caballos no mostraba ni rastro del barro que levantaba el ejército. Brillantes bajo la débil luz solar, piafaban inquietos mientras de sus ollares salía una pálida niebla. Bela amaba los caballos de batalla y sabía que los caballeros poseían las monturas con las mejores líneas de sangre del mundo.

Sólo el ala izquierda hizo que su orgullosa evaluación se detuviera. Los cumanos eran buenos jinetes, pero seguían hirviendo de cólera por la muerte de Köten en una sucia reyerta a la orilla del río. Como si pudiera culpársele a él de algo así. Eran un pueblo imposible, se dijo Bela. Cuando los mongoles hubieran sido enviados de vuelta al otro lado de las montañas, tendría que pararse a meditar sobre los aspectos

prácticos de asentar a tantos cumanos. Quizá pudiera persuadirles con sobornos para que encontraran otro hogar en el que fueran más bienvenidos y no supusieran una sangría tan importante para el monedero real.

El rey Bela masculló una maldición al ver a los jinetes cumanos salirse de su posición en la línea de batalla. Envió a un corredor a través del terreno que se extendía delante de la ciudad con la escueta orden de mantener la posición. Se rascó la barbilla mientras observaba el progreso del corredor. A lo lejos, vio que los jinetes cumanos se unían un momento en torno a él, pero no se detenían. Bela dejó caer la mano, atónito. Se volvió en la silla e hizo un gesto al caballero que tenía más cerca.

—Cabalga hasta los cumanos y recuérdales su juramento de obediencia conmigo. Mis instrucciones son mantenerse en posición hasta que dé la orden de avanzar.

El caballero bajó su lanza como respuesta y se alejó trotando con dignidad tras el primer mensajero. Para entonces, los cumanos, cuyos caballos se habían disgregado por el campo sin formación reconocible, habían arruinado la limpia simetría de las líneas. Bela suspiró para sí. Los nómadas apenas entendían la disciplina. Intentó acordarse del nombre del hijo de Köten, que se suponía que era quien los comandaba, pero no conseguía recordarlo.

No se detuvieron ante la llegada del caballero, aunque, para entonces, estaban lo suficientemente cerca de Bela para que este pudiera verle dirigiéndose a ellos con los brazos extendidos. Su intento de frenar la oleada de cumanos fue inútil, y estos simplemente pasaron por su lado rodeándole, trotando sin ninguna urgencia. Bela maldijo en voz alta al darse cuenta de que se dirigían a su propia posición. Sin duda querían renegociar alguna parte de su juramento, o pedirle mejores alimentos y armas. Era típico de esa raza asquerosa intentar presionarle para sacar una ventaja, como si fuera un sucio mercader. El comercio era lo único que entendían, pensó lleno de rabia. Venderían a sus propias hijas si pudieran ganar oro con ello.

El rey Bela fulminó con la mirada a los jinetes cumanos que avanzaban lentamente a través de su ejército. Sus mensajeros seguían llegando con las últimas noticias sobre los mongoles y, con gesto deliberado, se ocupó de atenderlos, mostrando así su desprecio hacia ellos. Cuando uno de sus caballeros carraspeó y Bela alzó la vista, se encontró al hijo de Köten mirándole fijamente. El rey se esforzó de nuevo por recordar su nombre, pero en vano. Los días anteriores había habido demasiados detalles y no podía acordarse de todos.

—¿Qué es tan importante que pones en peligro toda la formación? —espetó Bela, con el rostro ya rojo de irritación contenida.

El hijo de Köten hizo una inclinación de cabeza tan breve ante él que casi pareció un espasmo.

—El juramento de mi padre nos obligaba contigo, rey Bela. Yo no estoy atado por ese juramento —dijo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Bela en tono autoritario—. Sea lo que sea lo que te preocupe, este no es el lugar ni el momento. Vuelve a tu posición. Ven a

verme esta noche, cuando hayamos cruzado el Danubio. Te recibiré entonces.

El rey Bela se volvió significativamente hacia sus mensajeros y tomó otro fajo de pergaminos. Estupefacto, levantó la cabeza con un respingo al oír de nuevo la voz del joven, como si no acabara de darle una orden.

—Esta no es nuestra guerra, rey Bela. Nos lo han dejado claro. Te deseo buena suerte, pero mi tarea ahora es retirar a mi gente del camino de la Horda de Oro.

El rubor de Bela se oscureció y se le abultaron las venas en la pálida piel.

—¡Volved a las líneas! —rugió.

El hijo de Köten negó con la cabeza.

—Adiós, majestad —dijo—. Dios bendiga tus muchos empeños.

Bela tomó una honda bocanada de aire, súbitamente consciente de que todos los jinetes cumanos le estaban mirando. Hasta el último de ellos tenía la mano sobre su espada o arco y la expresión de sus rostros era de absoluta frialdad. Los pensamientos se arremolinaron en su mente, pero eran cuarenta mil. Si ordenaba que mataran al hijo de Köten, podrían muy bien atacar a sus guardias reales. Sería un desastre que solo beneficiaría a los mongoles. Sus ojos azules se calmaron.

—¿Con el enemigo a la vista? —bramó Bela—. ¡Yo os llamo rompe-juramentos! ¡Os llamo cobardes y herejes! —El rey siguió gritando al hijo de Köten mientras este se alejaba al trote. Jesús, ¿por qué no lograba recordar el nombre de ese hombre? Sus palabras habían caído sobre él como si fueran aire. Todo cuanto Bela podía hacer era echar humo y encolerizarse mientras los cumanos se separaban de su ejército y formaban una masa de jinetes que partió tras su líder. Rodeando al gran ejército de Hungría, se encaminaron de regreso al campamento donde aguardaba su pueblo.

—No necesitamos a unos cabreros en nuestras filas, su majestad —dijo Josef Landau, con desdén. Sus hermanos caballeros gruñeron aprobadores desde todas partes. Los cumanos todavía seguían alejándose de las líneas principales y el rey Bela hizo un esfuerzo para controlar su ánimo exaltado. Se obligó a sonreír.

—Tienes razón, *Sir Josef* —contestó—. Contamos con cien mil hombres, aun sin esos... cabreros. Pero cuando hayamos obtenido el triunfo, habrá una respuesta para esta traición.

—Estaré encantado de ocuparme de darles una lección, su majestad —dijo Josef Landau, con una expresión agria en la cara que la del propio Bela igualaba o superaba.

—Muy bien. Haz correr la voz de que yo he sido quien ha echado a los cumanos del campo de batalla, *Sir Josef*. No quiero que mis hombres se pongan a pensar en su traición. Hazles saber que he decidido luchar solo junto a hombres de buena sangre húngara. Eso les levantará el ánimo. En cuanto a los nómadas, te encargarás de mostrarles el precio de su traición. Lo comprenderán en esos términos, estoy seguro. —Respiró hondo para apaciguar su ira—. Bien, ya me he hartado de estar aquí escuchando las voces quejumbrosas de los cobardes. Da la orden de marchar.

XXIX

Tsubodai contempló al ejército del rey Bela empezar a atravesar el río como un enorme enjambre, tiñendo de negro los puentes con hombres y caballos. Batu y Jebe, sobre sus monturas, los observaban junto a él, juzgando la calidad de los hombres a los que se enfrentarían. Sus caballos, distraídos, emitían suaves relinchos mientras mordisqueaban la hierba. La primavera había llegado temprano a las llanuras y el verde dominaba entre los últimos retazos de nieve. El aire seguía estando frío, pero el cielo brillaba con un color azul pálido y el mundo estaba rebosante de nueva vida.

—Son bastante buenos jinetes —aseguró Jebe.

Batu se encogió de hombros, pero Tsubodai eligió responder.

—Demasiados —dijo con suavidad—. Y ese río tiene demasiados puentes. Motivo por el cual vamos a hacer que se esfuercen.

Batu levantó la mirada, consciente como siempre de que los dos hombres compartían una complicidad de la que estaba excluido. Era exasperante y claramente intencionado. Miró hacia otro lado, sabiendo que ambos eran capaces de captar la ira en su rostro sin ningún esfuerzo.

Toda su vida se había visto obligado a luchar para conseguir cuanto poseía. Después, el khan había tirado de él, ascendiéndole hasta ponerle al frente de un tumán en nombre de su padre. Batu había sido honrado públicamente y, en vez de proseguir con su habitual odio hacia el mundo, se había visto forzado a emprender una nueva lucha, casi tan dolorosa como la anterior. Tenía que demostrar que era capaz de liderar, que poseía las habilidades y la disciplina que hombres como Tsubodai daban por descontadas. En su deseo de probar su valía, nadie había trabajado más duro ni había hecho más que él. Era joven: su energía era casi infinita en comparación con la de los hombres mayores.

Al mirar al orlok, Batu sentía emociones contrapuestas. Una pequeña y débil parte de él habría dado cualquier cosa para que Tsubodai le diera una palmada en el hombro y le mostrara su aprobación, su aprobación simplemente como hombre y como líder. El resto de él odiaba esa debilidad con tanta pasión que no podía mantenerla dentro y rebosaba, convirtiéndole en un compañero siempre irritado para almas más calmadas. Sin duda su padre le había mostrado su respeto a Tsubodai en el pasado, sin duda había confiado en él.

Batu sabía muy bien que reprimir esa especie de necesidad formaba parte del proceso de crecer. Nunca obtendría la confianza de Tsubodai. Nunca obtendría su aprobación. Ahora bien, Batu ascendería en la nación, así que, cuando Tsubodai estuviera viejo y sin dientes, miraría hacia atrás y se daría cuenta de cómo se había equivocado con el joven general que había tenido a su cargo. Entonces sabría que había dejado pasar al único que podía tomar el legado de Gengis y convertirlo en oro.

Batu suspiró para sí. No era ningún tonto. Incluso la fantasía de un Tsubodai

anciano comprendiendo su gran error era un sueño de niño. Si había aprendido algo en la edad adulta, era que no importaba lo que los demás pensaban de él, ni siquiera aquellos que respetaba. Al final, construiría una vida de retazos y remiendos, con sus lamentables errores y sus triunfos, igual que ellos lo habían hecho. Intentó hacer caso omiso de la necesidad que sentía en su interior de que aquellos hombres escucharan atentamente cada una de sus palabras. Era demasiado joven para eso, aunque ellos y él hubieran sido personas diferentes.

—Esperemos a que la mitad de su ejército haya cruzado el Danubio —estaba diciéndole Tsubodai a Jebe—. Tienen... ¿Cuántos hombres? ¿Ochenta mil?

—Más, yo creo. Si se detuvieran, podría decírtelo con seguridad.

—El doble de jinetes que tenemos nosotros —añadió Tsubodai agriamente.

—¿Y qué pasa con los que se marcharon? —preguntó Batu.

Tsubodai meneó la cabeza, con expresión irritada. Él también se había preguntado por qué decenas de miles de jinetes se habrían separado del ejército del rey Bela justo antes de iniciar la marcha. Aquello olía a estratagema y Tsubodai no era de los que le gustaba que le tomaran el pelo.

—No lo sé. Puede que fueran una reserva, o parte de algún otro plan. No me gusta la idea de que vaya a haber tantos soldados ocultos a nuestra vista cuando nos retiremos. Enviaré a un par de hombres a buscarlos, les diré que atraviesen el río en un punto más bajo del curso y que exploren la zona.

—¿Crees que son una especie de reserva? —preguntó Batu, complacido de formar parte de la conversación.

Tsubodai se encogió de hombros con gesto desdeñoso.

—Si no cruzan el río, no me importa lo que sean.

Frente a ellos, el ejército del rey Bela trotaba y marchaba a través de los amplios puentes de piedra del Danubio. Avanzaban en unidades claramente diferenciadas y sus movimientos revelaban en gran parte su estructura y capacidad ofensiva, de ahí que Tsubodai los hubiera estado observando con tanto interés. Los distintos grupos se unieron inmediatamente al otro lado y aseguraron la cabeza del puente como previsión ante un posible ataque. Tsubodai meneó ligeramente la cabeza al ver las formaciones. El rey Bela poseía casi tres veces más soldados entrenados que él, sin contar el irregular contingente de reclutas forzosos que el general mongol había traído consigo. Para que tres tumanes consiguieran vencer a una hueste así haría falta mucha suerte, habilidad y años de experiencia. El orlok sonrió para sí. Tenía esas tres cosas en abundancia. Y, lo que era más importante, había pasado casi un mes explorando el terreno en torno a Buda y Pest para encontrar la mejor localización posible para hacerles entrar en batalla. Desde luego, no sería en las orillas del Danubio, una línea de batalla tan amplia y diversa que sería imposible controlarla. Había una única respuesta a una cantidad tan abrumadora de efectivos: eliminar su capacidad de maniobra. El ejército más grande del mundo se convertía de un plumazo en un grupillo si conseguías hacerlos pasar por un estrecho paso o a través de un

puente.

Los tres generales observaron con adusta concentración cómo formaba el ejército de Hungría a su lado del río. Tardaron siglos en completar la formación y Tsubodai tomó nota de todos los detalles, comprobando con placer que no eran más disciplinados que los demás ejércitos que había conocido. Los informes de Baidar e Ilugei eran positivos. No habría ningún segundo ejército llegando desde el norte. Al sur, Guyuk y Mongke habían recorrido una franja de terreno tan ancha como la propia Hungría, aplastando todo lo que parecía que podía suponer una amenaza. Sus flancos estaban seguros, como había planeado y deseado. Estaba listo para atravesar las llanuras centrales y luchar contra su rey. Tsubodai se frotó los ojos un instante. En el futuro, su pueblo cabalgaría por las verdes tierras de Hungría y no sabría que una vez él había estado allí, con su futuro pendiendo de un hilo. Confiaba en que arrojarían unas gotas de airag al aire por él cuando bebieran. Era todo lo que un hombre podía pedir, ser recordado de vez en cuando, junto con todos los demás espíritus que habían sangrado sobre la tierra.

Podían ver al rey Bela cabalgando a lo largo de las líneas, exhortando a sus hombres. Tsubodai oyó el sonido de cientos de trompetas brotar desde las apretadas filas y, tras ellas, una estela de estandartes que ondeaban sobre las cabezas sujetos a mástiles de lanzas. Era una visión impresionante, incluso para hombres que habían visto los ejércitos del emperador Chin.

Batu los observaba lleno de frustración. Suponía que Tsubodai compartiría sus planes con él en un momento dado, quizá cuando se le pidiera que arriesgara su vida para machacar aquella vasta hueste de hombres y caballos. Su orgullo le impedía preguntar, pero los días de cuidadosas maniobras e informes de los exploradores habían ido pasando uno a uno sin que Tsubodai le revelara nada. Los tumanes y los reclutas aguardaban pacientemente con Chulgetei, a solo tres kilómetros del río.

Los exploradores magiares ya habían avistado a los generales apoyados sobre los pomos de sus sillas de montar, estudiándolos. Batu distinguió sus brazos señalando hacia su posición y a varios hombres que empezaban a cabalgar hacia ellos.

—Muy bien, he visto bastante —dijo Tsubodai. Se volvió hacia Batu—. Los tumanes se retirarán. Muy lentamente. Mantén... algo más de tres kilómetros entre ellos y nosotros. Nuestra infantería tendrá que correr al lado de los caballos. Pasa la orden de que pueden colgarse de los estribos o subirse a las monturas libres si empiezan a quedarse atrás y creen que pueden mantenerse sobre la silla. El rey tiene soldados de infantería. No serán capaces de forzar la batalla.

—¿Retirarnos? —preguntó Batu. Mantuvo la expresión calmada—. ¿Vas a decirme cuáles son tus planes, Orlok Bahadur?

—¡Por supuesto! —dijo Tsubodai con una ancha sonrisa—. Pero no hoy. Hoy nos retiramos ante una fuerza superior. A los hombres les hará bien aprender un poco de humildad.

Estaba amaneciendo mientras Sorhatani, desde lo alto de los muros, observaba las obras en las murallas de Karakorum. A todo lo que alcanzaba su vista, varios equipos de peones Chin y de guerreros trabajaban para incrementar su altura, añadiendo hiladas de losas de caliza y revoque antes de recubrirlo todo con nuevas capas de cal para darle solidez. Muchos se habían mostrado dispuestos a emprender las obras y comenzaban a trabajar temprano y no lo dejaban hasta que estaba tan oscuro que no se podía ver. Todo aquel a quien le interesaba la ciudad por uno u otro motivo sabía que la llegada de Chagatai Khan era solo cuestión de tiempo. No se le permitiría la entrada y, entonces, no había duda alguna de qué sucedería. Sus tumanes emprenderían el asalto de las murallas de la capital de su propia nación.

Sorhatani suspiró para sí en la brisa matutina. Las murallas no le detendrían. Desde que Gengis se había enfrentado a su primera ciudad, los tumanes habían perfeccionado las catapultas y ahora poseían ese arenoso polvo negro capaz de provocar un nivel extraordinario de destrucción. No sabía si los artesanos de Chagatai habían seguido los mismos caminos que los de allí, pero, probablemente, conocían hasta el último detalle de los más modernos cañones y máquinas lanzadoras de barriles. A su izquierda, estaban construyendo una plataforma para un cañón de campaña, una torre achaparrada capaz de soportar el peso y la fuerza del retroceso de esa poderosa arma.

Sorhatani se había asegurado de que Chagatai se encontrara unos cuantos obstáculos cuando llegara. La ciudad escupiría fuego y tal vez una lengua de llamas justicieras acabara con la amenaza antes de que derribara los muros y entrara en la ciudad.

Casi por pura costumbre, Sorhatani contó los días transcurridos desde la muerte del khan. Doce. Había ordenado cerrar la estación de los yans en la ciudad en cuanto su propio mensaje había partido hacia Guyuk, pero el sistema tenía fallos. Otra cadena de estaciones de posta se extendía hacia el oeste desde Karakorum hasta el khanato de Chagatai, a dos mil quinientos kilómetros o más. Un jinete de la ciudad solo tenía que llegar a uno de los eslabones de la cadena y los recursos del valioso sistema de yans podían ser utilizados para informar a Chagatai de la muerte del khan. Volvió a calcular las distancias mentalmente. A máxima velocidad, la noticia todavía tardaría en llegarle seis días. Había revisado las cifras con Yao Shu cuando iniciaron la fortificación de la ciudad. Aun cuando Chagatai se pusiera en marcha de inmediato, si corría hacia su caballo y con él se dirigía a sus tumanes y declaraba el estado de alerta, no podría presentarse con ellos al menos antes de un mes, más probablemente dos. Tendría que seguir la ruta de los yans que bordeaba los límites del desierto de Takla Makan.

Según sus cálculos, Chagatai Khan aparecería a mediados de verano. Sorhatani se cubrió los ojos con la mano para observar el progreso de los peones que, con los rostros y manos teñidos de gris por la cal húmeda, trabajaban sobre el muro. Cuando llegara el verano, Karakorum estaría erizada de cañones, situados sobre unas murallas

lo suficientemente amplias para alojarlos.

Sorhatani se agachó y deshizo entre sus dedos un trozo de piedra terrosa, convirtiéndola en polvo. Luego se sacudió las manos una contra la otra. Quedaba mucho por hacer hasta entonces. Torogene y ella estaban manteniendo el imperio unido con poco más que saliva y confianza. Hasta que Guyuk trajera los tumanes a casa y asumiera los títulos de su padre, hasta que la nación se reuniera para prestar juramento ante él como khan, Karakorum sería vulnerable. Tendrían que defender las murallas durante dos meses, incluso tres. A Sorhatani le horrorizaba la idea de tener que ver una tienda roja o negra levantada delante de la ciudad.

De un modo extraño, el hecho de que la ciudad hubiera adquirido tanta importancia era un triunfo de Ogedai. Gengis tal vez hubiera convocado a la nación para que se uniera a él, en algún lugar lejos de las blancas murallas. Sorhatani se detuvo un instante mientras lo consideraba. No, Chagatai no tenía la imaginación de su padre y realmente Karakorum se había convertido en el símbolo de la preponderancia de la nación. El khan, fuera quien fuera, tendría que controlar la ciudad. Asintió para sí, poniendo en orden sus pensamientos. Chagatai vendría. Tenía que hacerlo.

Descendió con paso ágil los escalones que habían sido tallados en el propio muro, apreciando el amplio espacio que permitiría a los arqueros reunirse y disparar a cualquier ejército atacante. A intervalos, se habían construido tejadillos de madera para proteger los huecos abiertos en el muro para guardar los carcajes, el agua para los hombres o incluso ollas de fuego de hierro y barro llenas de polvo negro. Los guardias de la ciudad estaban almacenando alimentos tan rápido como podían, saliendo a cientos de kilómetros en todas direcciones para requisar la producción de las granjas. Se habían llevado los animales de los mercados y los corrales de ganado, dejando en las manos de los propietarios solo los vales de Temuge, liquidables en una fecha futura. El terror ya se respiraba en la ciudad y ninguno de ellos había osado protestar. Sorhatani sabía que había refugiados en los caminos al este, lentas caravanas de familias que confiaban en poder escapar de la destrucción que se cernía sobre ellos. En sus momentos más sombríos, compartía sus conclusiones. Yenking había resistido al gran khan durante un año, pero sus murallas eran gigantescas y enormemente sólidas, el fruto del trabajo de varias generaciones. Karakorum nunca había sido concebida con el fin de resistir un ataque. Esa no había sido la visión de Ogedai de una ciudad blanca en medio de la nada, con un río fluyendo a su vera.

Vio a Torogene junto a Yao Shu y Alkhun, todos ellos mirándola expectantes. Nada sucedía en la ciudad sin pasar antes por sus manos. Se le encogió el corazón al pensar en otra avalancha de problemas y dificultades, pero había una parte de ella que disfrutaba de su nueva autoridad. ¡Así que esa era la sensación! Eso era lo que su marido había experimentado, tener a otros que esperan que los guíes, tú y solo tú. Se rio para sus adentros ante la súbita imagen de Gengis enterándose de que su joven nación estaba siendo gobernada por dos mujeres. Recordaba sus palabras, que en el

futuro su pueblo vestiría ropas finas y comería carne especiada y se olvidaría de lo que le debían. Adoptó una expresión seria al llegar junto a Yao Shu y Torogene. Todavía no había olvidado a ese feroz viejo de ojos amarillos, pero había otras preocupaciones que atender y Karakorum estaba en peligro. Se dijo que su derecho sobre las tierras ancestrales no duraría una vez que Chagatai fuera elegido khan de khanes. El nuevo gobernante efectuaría un amplio barrido y sus hijos serían eliminados y sustituidos por su propia gente al frente de los ejércitos de la nación.

El futuro dependía de que fueran capaces de entretener a Chagatai el tiempo suficiente como para que Guyuk pudiera llegar a casa. No había ninguna otra esperanza, ningún otro plan. Sorhatani sonrió a los que la esperaban, viendo sus propias inquietudes grabadas en sus rostros. La brisa de la mañana le revolvió el cabello y se lo volvió a alisar con una mano.

—Bueno, a trabajar —dijo alegremente—. ¿Qué tenemos que hacer esta mañana?

Kisruth maldijo al padre cielo mientras galopaba, utilizando una mano para palpar el rasguño que tenía en el cuello. Nunca había visto asaltadores de caminos con tanto atrevimiento. Seguía sudando por la impresión que le había causado ver a aquel hombre aparecer de pronto desde detrás de un árbol y agarrar la bolsa que colgaba de sus hombros. Kisruth movió la cabeza adelante y atrás, comprobando la rigidez de su cuello. Habían estado a punto de atraparlo. ¡Bueno, se lo contaría al viejo Gurban y tendrían que sufrir las consecuencias! Nadie amenazaba a los jinetes de los yans.

Ya veía la tienda que marcaba los cuarenta kilómetros del recorrido y, como siempre hacía, trató de imaginarse una de las grandiosas estaciones de posta de Karakorum. Había oído historias contadas por algunos jinetes que las habían atravesado, aunque a veces pensaba que exageraban, sabiendo que él absorbía fascinado cada una de sus palabras. Tenían su propia cocina, solo para los jinetes. Lámparas encendidas a todas horas y establos de roble pulido, con filas y filas de caballos listos para salir corriendo a través de las llanuras. Se dijo que un día él también lo vería y sería honrado como ellos. Era una fantasía que solía tener mientras hacía el recorrido de ida y vuelta entre dos estaciones tan pequeñas y pobres que eran poco más que unas cuantas gers y un corral. Los jinetes de ciudad parecían traer consigo el esplendor de la propia Karakorum.

No había nada similar en el puesto de su hogar. Gurban y un par de guerreros lisiados lo gestionaban con sus esposas y parecían contentarse con tan poco. Kisruth había soñado con llevar mensajes importantes y su corazón seguía palpitando al pensar en la orden que le había pasado un jinete agotado. «Mata caballos y hombres si es necesario, pero entrégaselo a Guyuk, el heredero. A ningún otro excepto a él». Kisruth no sabía qué era lo que transportaba, pero solo podía ser algo importante. Estaba deseando entregar el mensaje formalmente a su hermano y repetir esas palabras ante él.

Cuando recorrió a toda velocidad el último trecho, descubrió irritado que no había nadie esperándole. Seguro que Gurban estaba durmiendo la mona después de haberse bebido la tanda de odres de airag que su mujer habría destilado la semana pasada. Muy típico de ese viejo borrachín que el mensaje más importante de sus vidas le encontrara durmiendo. Kistruth agitó una última vez los cascabeles con la mano mientras desmontaba, pero no se veía actividad alguna en las tiendas, excepto la columna de humo de una de ellas. Notando la rigidez de su cuerpo, atravesó el patio a grandes zancadas, llamando a gritos a su hermano o a cualquiera de ellos. No se habrían ido a pasar el día pescando, ¿verdad? Se había marchado de allí hacía solo tres días para llevar un fajo de mensajes de escasa importancia al otro lado de la línea.

Le dio una patada a la puerta de la ger y permaneció en el patio en vez de entrar. La carta que llevaba le daba confianza en sí mismo.

—¿Qué pasa? —dijo su hermano con malas maneras desde el interior—. ¿Kistruth? ¿Eres tú?

—¿Soy yo el que lleva un rato gritando tu nombre? ¡Sí! —soltó Kistruth—. Tengo una carta de Karakorum que debe salir de inmediato. ¿Y dónde te encuentro?

La puerta se abrió y su hermano salió frotándose los ojos. Tenía la cara surcada de rayas del que acaba de despertar y Kistruth hizo un esfuerzo para no montar en cólera.

—¿Y bien? Estoy aquí, ¿no? —dijo su hermano.

Kistruth meneó la cabeza.

—¿Sabes qué? La llevaré yo mismo. Dile a Gurban que hay una familia de ladrones en el camino del este. Casi me tiran del caballo.

Al oír las noticias, la mirada de su hermano se aclaró, como correspondía. Nadie atacaba a los jinetes de los yans.

—Se lo diré, no te preocupes. ¿Quieres que te releve yo con esa bolsa? —preguntó—. Saldré ahora mismo si es importante.

Kistruth ya había tomado una determinación y, en realidad, le costaba dar por terminada su parte de la emocionante tarea. No había sido difícil decidir que continuaría él mismo.

—Vuelve a dormirte. La llevaré yo al siguiente puesto. —Cuando su hermano alargó la mano hacia las riendas, se echó atrás con brusquedad, dando media vuelta con el poni en el patio antes de que el mal genio de su hermano los despertara a todos. De repente, todo cuanto Kistruth quería era marcharse de allí—. Cuéntale a Gurban lo de los ladrones —repitió por encima del hombro y espoleó a su montura para que se pusiera en marcha. Sería casi de noche cuando llegara a la siguiente sección, pero en aquella estación había buenos hombres y estarían listos cuando oyeran el tintineo de sus cascabeles.

Su hermano gritaba incoherentemente a sus espaldas, pero Kistruth ya estaba galopando de nuevo, lejos de él.

Día tras día, los tumanes de Tsubodai guardaban la distancia que los mantenía justo fuera del alcance de los jinetes húngaros. Batu había perdido la cuenta de las veces que el rey húngaro había intentado forzarlos a entrar en batalla. Los soldados de infantería de ambos lados los retrasaban, pero el primer día que el Danubio había quedado atrás, el rey Bela había enviado a veinte mil jinetes a cargar contra ellos. Tsubodai había observado con frialdad cómo se acercaban a sus líneas de retaguardia hasta que, con lo que Batu consideraba una exasperante calma, ordenó que lanzaran descargas de flechas mientras los reclutas se agarraban a los pomos de las sillas y eran arrastrados a toda velocidad a lo largo de cinco kilómetros, volviendo a ampliar la distancia entre ellos. Cuando la presión de los jinetes magiares era excesiva, respondían con enjambres de flechas negras, disparadas con terrorífica precisión. Los minghaans mongoles poseían una disciplina que sus adversarios nunca habían visto: eran capaces de tomar posición incluso durante una carga, lanzar dos lluvias de flechas y luego reincorporarse a los tumanes principales.

El primer día había sido el más duro, con repetidos ataques y embestidas que tuvieron que ser rechazados. Tsubodai había trabajado a un ritmo febril para mantener separados a ambos ejércitos mientras marchaban hasta que Buda y Pest desaparecieron de su vista. Cuando el sol se puso esa primera noche, sonrió al ver el enorme campamento vallado que construía el ejército del rey Bela, prácticamente una ciudad. Las huestes magiares colocaron sacos de arena alineados hasta la altura de un hombre, formando un vasto cuadrado en la pradera. Habían cargado con ese peso durante todo el camino desde el Danubio. A su manera, eso explicaba por qué no conseguían darles caza a los mongoles. La impresión que Tsubodai tenía sobre el rey se confirmó cuando comprobaron que solo él y sus oficiales de más rango permanecerían protegidos por los muros de sacos de arena. El resto de su ejército acamparía al raso, tan desatendidos como cualquiera de sus criados.

Posiblemente, el rey húngaro habría contado con comer y dormir bien en su tienda de mando, pero cada noche Tsubodai enviaba a hombres con cuernos y petardos Chin para mantener despierto al ejército húngaro. Quería que el rey estuviera exhausto y nervioso, mientras que el propio Tsubodai dormía y roncaba, haciendo que sus guardias personales sonrieran mientras vigilaban su ger.

Los siguientes días fueron menos frenéticos. El rey Bela parecía haber aceptado que no podía hacer que dieran media vuelta y se enfrentaran a sus huestes. Las cargas continuaron, pero era casi como si las hicieran para alardear y luego marcharse corriendo: los caballeros se acercaban insultándolos y blandiendo en alto sus espadas para luego regresar triunfantes a sus propias líneas.

Los tumanes continuaban avanzando, retirándose un kilómetro tras otro, lentamente. En el accidentado terreno, algunos de los caballos se quedaron cojos y

fueron sacrificados de inmediato, aunque nunca había tiempo para descuartizarlos y utilizar su carne. Los soldados de infantería que corrían junto a las sillas de montar se habían endurecido, pero aun así algunos de ellos sufrieron diversas heridas. Tsubodai dio orden de que cualquiera que se quedara atrás fuera abandonado con solo una espada, pero sus tumanes habían trabajado y luchado codo con codo con los reclutas forzosos durante mucho tiempo. Hizo la vista gorda cuando los guerreros los subían a la grupa de sus caballos o los ataban a una silla en alguna de las monturas extra.

En el mediodía del quinto día habían recorrido más de trescientos veinte kilómetros y Tsubodai sabía todo cuanto necesitaba saber sobre el ejército al que se enfrentaba. El río Sajó estaba frente a él y pasó la mayor parte de la mañana dando órdenes para organizar el cruce del único puente. Sus tumanes no podían arriesgarse a quedar atrapados frente al río y nadie se sorprendió cuando los jinetes magiares empezaron a presionarlos más de cerca durante toda la mañana. Conocían a la perfección el terreno local.

Tsubodai convocó a Batu, a Jebe y a Chulgetei cuando el sol alcanzó su cénit.

—Jebe, quiero que tus tumanes atraviesen el río Sajó sin demora —dijo.

El general frunció el ceño.

—Si yo fuera el rey húngaro, atacaría ahora que el río nos impide maniobrar. Debe saber que hay un solo puente.

Tsubodai se giró en la silla de montar y observó el curso del río, que se encontraba a unos pocos kilómetros de distancia. Junto a la orilla, el tumán de Chulgetei ya estaba recibiendo la presión de los que seguían llegando. No podían quedarse allí, atrapados junto al hondo río.

—Este rey lleva cinco días expulsándonos de sus tierras, triunfante. Sus oficiales estarán felicitándose entre ellos y a él. Por lo que sabe, correremos hasta las montañas y desapareceremos de nuevo detrás de ellas. Creo que nos dejará ir, pero si no lo hace, todavía tengo a otros veinte mil para mostrarle cuánto se ha equivocado. Márchate, rápido.

—Como desees, orlok —contestó Jebe. Incluyó la cabeza y se alejó al trote para dar la orden a su tumán.

Batu carraspeó, sintiéndose repentinamente incómodo en presencia de Tsubodai.

—¿Ha llegado ya el momento de revelar tus planes a los generales humildes, orlok? —preguntó. Sonrió mientras hablaba, para suavizar sus palabras.

Tsubodai le miró.

—El río es la clave. Hemos corrido y corrido. No esperan que ataquemos, no ahora. Nos presionarán cuando vean que empezamos a cruzar, pero los detendremos con flechas. Cuando caiga la noche, quiero que ellos estén en este lado y nuestros tumanes en el otro. No es más que lo que este rey esperaría de unos enemigos a los que ha expulsado con tanta facilidad. —Tsubodai sonrió para sí—. Una vez estemos al otro lado del Sajó, necesitaré que el último minghaan defienda ese puente. Es el único punto débil de mis preparativos, Batu. Si ese millar de hombres es vencido con

rapidez, caerán sobre nosotros y habremos desperdiciado el cuello de botella del puente.

Batu pensó en el puente, que había visto la primera vez que cruzaron, cuando los tumanes llegaron trotando en dirección a Buda y Pest. Era un buen camino de piedra, suficientemente amplio para cabalgar de doce en fondo. Podría defenderlo durante días contra los caballeros, pero los arqueros magiares simplemente utilizarían las orillas para lanzar decenas de miles de flechas. Incluso con escudos, cualquiera que estuviera sobre ese puente acabaría cayendo. Suspiró para sí.

—¿Esa es la tarea que me asignas, orlok? ¿Otra posición suicida de la que no saldré vivo? Solo quiero estar seguro de que entiendo tus órdenes.

Tsubodai soltó una risita, sorprendiéndole.

—No, no, tú no. Te necesito mañana antes del amanecer. Dejaré a tu elección a quién le encargas la tarea. Nuestros hombres no pueden retirarse al ser atacados, Batu. Asegúrate de entender eso. El rey húngaro debe creer que nuestra intención es huir, que no podemos enfrentarnos a sus huestes en el campo de batalla. Que defendamos ese puente le convencerá.

Batu intentó ocultar su alivio mientras asentía. A lo lejos, los hombres del tumán de Jebe ya estaban moviéndose, cabalgando tan veloces como podían a través de la estrecha estructura que atravesaba el río. Jebe era un oficial experimentado que no permitía ningún retraso y Batu vio cómo la mancha de hombres y caballos crecía en la otra orilla. Oyó el sonido de trompetas a sus espaldas y se mordió el labio al comprobar que los magiares continuaban acortando distancias.

—Será una operación sangrienta, Tsubodai —dijo en voz baja.

El orlok le miró, juzgando su valía con mirada fría.

—Los haremos pagar por nuestras pérdidas. Tienes mi palabra. Ahora ve y elige a tus hombres. Asegúrate de que tengan antorchas para iluminar el puente cuando se ponga el sol. No quiero ningún error, Batu. Nos espera una noche muy ajetreada.

Temuge recorría arriba y abajo el pasillo donde se encontraban las habitaciones del curandero. Empalideció al oír los gritos ahogados provenientes de la estancia, pero no podía volver a entrar allí. Del primer tajo en el hombro de Khasar había manado un líquido blanco tan hediondo que había tenido que hacer un esfuerzo ímprobo para no vomitar. En ese momento, Khasar no había emitido ningún sonido, pero se había estremecido cuando el cuchillo había penetrado más en su espalda, abriendo un boquete en la carne. Todavía tenía una gruesa mancha de pasta negra en la lengua y, cuando empezó a llamar a Gengis, Temuge pensó que su hermano estaba alucinando. En aquel momento Temuge se había marchado con la manga apretada contra la nariz y la boca.

Mientras caminaba por el pasillo, la luz del sol se había ido apagando, aunque ahora la ciudad no paraba nunca, ni siquiera en las habitaciones de palacio. Grupos de

criados pasaban trotando, portando todo tipo de cosas, desde comida hasta suministros para la construcción. Temuge tuvo que echarse atrás cuando apareció un grupo transportando una enorme viga de roble cuyo destino desconocía. La esposa de su sobrino, Sorhatani, había iniciado los preparativos del asedio casi el mismo día en que Ogedai había fallecido. Temuge pensó en ello con desdén, deseando por un momento que Gengis pudiera regresar para espabilarla de un bofetón. Era imposible defender la ciudad, hasta un tonto lo vería. Lo mejor que podían hacer era enviar un emisario a Chagatai para empezar a negociar. El único hijo con vida de Gengis no era tan poderoso como para hacer inútiles las palabras, se dijo Temuge. Se había ofrecido voluntario para iniciar las negociaciones, pero Sorhatani simplemente había sonreído y le había agradecido su sugerencia antes de despedirle. Temuge volvió a encolerizarse al recordarlo. En el momento en que la nación más necesitaba su experiencia, tenía que enfrentarse a una mujer incapaz de entender nada. Reanudó su inquieto paseo, haciendo una mueca al oír otro grito de Khasar, peor que los anteriores.

La ciudad necesitaba un regente fuerte, no a la viuda de Ogedai, que seguía estando tan paralizada por la pena que buscaba orientación en Sorhatani. Temuge volvió a plantearse forzar la situación. ¿Cuántas veces había estado cerca de convertirse en el gobernador de la nación? Los espíritus habían estado contra él en el pasado, pero ahora tenía la impresión de que las tabas habían sido lanzadas al aire. La ciudad estaba aterrorizada, podía sentirlo. Era el momento justo para que un hombre fuerte, un hermano del propio Gengis, se hiciera con las riendas, ¿no? Maldijo entre dientes el recuerdo del oficial superior, Alkhun. Temuge había intentado sondearle, calibrar sus sentimientos respecto a las dos mujeres que gobernaban Karakorum. Había adivinado su propósito, Temuge estaba casi seguro. Alkhun había meneado la cabeza. Temuge no había hecho más que mencionar el tema con delicadeza, cuando el oficial se había despedido con extraordinaria brusquedad, casi con rudeza. Temuge se había quedado solo en un pasillo, mirando fijamente una figura que desaparecía.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sanador, que salió limpiándose la sangre y el asqueroso líquido blanco de las manos. Temuge alzó la vista, pero el Chin negó con la cabeza.

—Lo siento. Los tumores eran demasiado profundos y había demasiados. El general no habría vivido mucho más. Ha perdido mucha sangre. No he podido mantenerlo con nosotros.

Temuge apretó los puños, súbitamente furioso.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? —preguntó en tono autoritario—. ¿Está muerto?

El curandero le miró con expresión triste.

—El general sabía que había muchos riesgos, mi señor. Lo siento.

Temuge lo apartó de un empujón y entró en la habitación. El hedor a putrefacción estuvo a punto de hacerle vomitar. Volvió a ponerse la manga contra la boca y observó a Khasar, que miraba hacia el techo con los ojos vidriosos. El pecho desnudo

era un amasijo de cicatrices, gruesas líneas blancas fruto de mil batallas que llegaban hasta sus brazos, tan plagados de ellas que casi no parecían de carne. De nuevo comprobó lo delgado que se había quedado Khasar: los huesos le sobresalían claramente bajo la estirada piel. Era un alivio que el curandero lo hubiera colocado boca arriba. Temuge no tenía ningún deseo de volver a ver esas heridas púrpura, no mientras su fetidez le llenara los pulmones. Al aproximarse al cadáver de su hermano le dieron arcadas, pero logró alargar la mano y cerrarle los ojos, apretando con fuerza para que permanecieran cerrados.

—¿Quién cuidará de mí ahora? —murmuró Temuge—. Soy el último de nosotros, hermano. ¿Qué he hecho para merecer algo así? —Para su estupefacción, se echó a llorar y notó la calidez de las lágrimas rodando por sus mejillas—. Levántate, idiota —le dijo al cadáver—. Vamos, levántate y dime que soy débil y patético por llorar. Levántate, por favor. —Percibió la presencia del curandero a sus espaldas y dio media vuelta.

—Mi señor, ¿deseas...? —empezó a decir el hombre.

—¡Márchate! —rugió Temuge—. ¡Esto no es asunto tuyo!

El curandero desapareció de la puerta, cerrándola con suavidad al salir.

Temuge se volvió hacia la figura que yacía sobre la cama. De algún modo, el olor había dejado de molestarle.

—Soy el último de nosotros, Khasar. Bekter y Temujin y Kachiun, Temulun y ahora tú. Todos os habéis ido. No me queda nadie. —Al escuchar sus propias palabras, nuevas lágrimas brotaron de sus ojos y se dejó caer en un sillón—. Estoy solo en una ciudad que aguarda a ser destruida —susurró.

Por un momento, una rabia amarga centelleó en su mirada. Él sí que tenía derecho a ser el sucesor de su hermano, no un hijo que no había causado más que dolor a su padre. Temuge sabía que, si él mismo hubiera comandado un tumán leal, Chagatai no viviría para tomar Karakorum. Chagatai quemaría todos los libros de la biblioteca de Karakorum, sin entender ni por un instante los tesoros que albergaba. Temuge se tragó su pena y empezó a pensar y a considerar sus opciones. Sorhatani no comprendía todo lo que había en juego. Tal vez pudieran defender la ciudad si contara con un hombre que comprendiera su valía, en vez de una mujer que había heredado el poder que detentaba, sin obtenerlo por méritos propios. Tsubodai sabría pronto lo que había sucedido, y él despreciaba a Chagatai. Todo el ejército llegaría al este como un huracán para defender la capital. Temuge se concentró aún más, sopesando sus decisiones y sus elecciones. Si la ciudad sobrevivía, Guyuk se sentiría agradecido.

Tenía la impresión de que la vida le había estado preparando para ese momento, para esa decisión. Su familia ya no existía y sin ellos experimentaba una extraña sensación de libertad. Con la marcha del último de los testigos, sus antiguos fracasos no eran más que cenizas, quedaban olvidados.

Habría algunos que se sentirían molestos bajo el mandato de Sorhatani. Sin duda

Yao Shu era uno de ellos y Temuge pensó que el canciller conocería a otros. Podía hacerse antes de que llegara Chagatai. En ocasiones, el poder podía cambiar de manos tan deprisa como se clavaba un cuchillo. Temuge se puso en pie y miró el cadáver de Khasar por última vez.

—Quemará los libros, hermano. ¿Por qué debería permitirlo? He estado aquí desde el principio, cuando la muerte estaba a la vuelta de cada esquina. Te prometo que ahora, con tu espíritu velando por mí, no tendré miedo. Nací para obtener el poder, hermano. Así es como debería ser el mundo, y no este desvarío en que se ha convertido. Soy el último de nosotros, Khasar. Este es mi momento.

El rey Bela contemplaba cómo el campamento iba tomando forma a su alrededor, empezando por su propia tienda. Era una construcción magnífica de puntales aceitados y resistente lienzo, preparada para soportar fuertes vientos. Ya podía oler la comida que estaban cocinando sus criados. De pie en el centro de todo aquello, se sintió lleno de orgullo. Su ejército no había necesitado a los nómadas cumanos para hacer retroceder a los mongoles, día tras día. Todo cuanto habían necesitado había sido el buen acero y el coraje magiar. Le divertía pensar que había arreado a los pastores mongoles como si fueran uno de sus rebaños. Se arrepentía de no haberlos presionado más contra las orillas del río Sajó, pero no se habían parado ni un momento en su precipitada retirada, ni siquiera al llegar al puente, donde apenas se habían detenido antes de empezar a cruzarlo en grandes grupos. Se protegió los ojos del sol poniente y observó las tiendas del enemigo, extraños artefactos circulares que salpicaban el paisaje de la otra orilla del río. Carecían del orden y de la calmada eficiencia que veía a su alrededor y se deleitó pensando en la persecución que todavía tenían por delante. Sangre de reyes corría por sus venas y sentía que sus antepasados le gritaban pidiendo que expulsara al invasor, enviándole roto y ensangrentado al otro lado de las montañas por donde había venido.

Se volvió hacia uno de los caballeros de Von Thuringen, que llegaba a caballo junto a él. El inglés era una rareza entre los suyos, aunque Henry de Braybrooke era un guerrero afamado y merecía su posición.

—*Sir Henry* —le saludó el rey Bela.

El caballero desmontó con morosidad e inclinó la cabeza ante él. Habló en francés, lengua que ambos hablaban con fluidez.

—Mi señor, están intentando defender el puente frente a nuestras huestes. Ochocientos, quizá mil mongoles han desmontado y han enviado a sus caballos a unirse a los demás.

—Preferirían que no cruzáramos, ¿eh, *Sir Henry*? —El rey Bela se rio efusivamente—. Llevan notando nuestro aliento en la nuca durante días y preferirían que les dejáramos retirarse sin más.

—Es como dices, mi señor. Pero es el único puente que hay a lo largo de ciento

cincuenta kilómetros o más. Tenemos que desalojarlos esta noche o mañana por la mañana.

Bela se quedó pensando un momento. Estaba de excelente humor.

—Cuando era pequeño, *Sir Henry*, solía recoger lapas de las rocas cerca del lago Balatón. Se agarraban con todas sus fuerzas, pero yo, con un cuchillito, ¡las iba arrancando para echarlas al puchero! ¿Me sigues, *Sir Henry*?

Bela se rio de su propio ingenio, mientras que el caballero simplemente frunció un poco el ceño, esperando órdenes. El rey suspiró al verse ante un compañero de armas tan flemático. Había muy poco humor en las filas de los caballeros, con su austera versión del cristianismo. Una ráfaga cargada del aroma a cerdo asado llegó hasta ellos y el rey Bela aplaudió imaginándose el festín. Tomó una decisión.

—Envía arqueros, *Sir Henry*. Que hagan un poco de ejercicio, que jueguen un poco al tiro al blanco antes de la puesta del sol. Golpeadles con contundencia y haced que se desplacen al otro lado del río. ¿Te ha quedado suficientemente claro?

El caballero volvió a inclinar la cabeza. *Sir Henry* de Braybrooke tenía un forúnculo en la pierna que necesitaba ser sajado y un pie herido que parecía estar pudriéndose dentro del vendaje. Su comida consistiría en una sopa aguada y pan duro, tal vez regada con un poco de vino ácido para ayudar a tragar a su seca garganta. Montó con cuidado, con el cuerpo rígido debido a sus dolencias. Perpetrar una masacre no le reportaba placer, aunque los impíos mongoles merecieran ser barridos de la faz de la tierra. Con todo, seguiría las órdenes del rey, honrando su voto de obediencia a los caballeros.

Henry de Braybrooke pasó la orden del rey a un regimiento de arqueros, cuatro mil soldados bajo el mando de un príncipe húngaro que ni le gustaba ni le inspiraba respeto. Se quedó solo el tiempo suficiente para observar cómo iniciaban la marcha hacia el puente y luego, oyendo cómo le sonaban las tripas, fue a unirse a las líneas donde se repartía la sopa y el pan.

Chagatai miró hacia el radiante sol. En su mano derecha sostenía un pergamino amarillento que había viajado más de mil quinientos kilómetros a lo largo de las estaciones del yan. Estaba manchado y pegajoso por el viaje, pero las breves líneas que contenía hacían que el corazón le palpitara con fuerza. El jinete que lo había entregado todavía mantenía la posición, rodilla en tierra: Chagatai se había olvidado de su presencia desde el mismo instante en que había empezado a leer. En caracteres Chin garabateados con prisa, el mensaje informaba de algo que había deseado y casi temido durante años. Finalmente, Ogedai había muerto.

Su muerte lo cambiaba todo. Chagatai pasaba a ser el único hijo vivo de Gengis Khan, el último en el linaje directo del creador de la nación, el khan de khanes. Chagatai casi podía oír la voz de su padre mientras reflexionaba sobre lo que sucedería a continuación. Era el momento de ser despiadado, de hacerse con el poder

que una vez le habían prometido, que era suyo por derecho propio. Las lágrimas asomaron a sus ojos, en parte en memoria de su juventud. Por fin podría ser el hombre que su padre había querido que fuera. Sin darse cuenta, arrugó el amarilleado papel.

Tsubodai se enfrentaría a él, o al menos se posicionaría a favor de Guyuk. El orlok nunca había estado en el campamento de Chagatai. Tendría que ser eliminado de forma sigilosa, no había otra salida. Chagatai asintió para sí: esa sencilla decisión abriría otros caminos en los próximos días. Chagatai había estado en el palacio de Karakorum con Ogedai y Tsubodai. Había oído a su hermano hablar de la lealtad de Tsubodai, pero sabía que él nunca podría confiar en el orlok. Sencillamente, había demasiada historia entre ellos y había visto la promesa de muerte en la dura mirada de Tsubodai.

Karakorum era la clave de todo, estaba seguro. Nunca antes se había producido la herencia directa del poder, no en las tribus de la nación mongola. El khan siempre había sido elegido entre aquellos que estaban más preparados para liderar. No importaba que Guyuk fuera el hijo mayor de Ogedai, o que fuera el favorito de Ogedai, del mismo modo que no había importado que Ogedai no fuera el mayor de sus hermanos. La nación no tenía favoritos. Aceptarían a cualquiera que tuviera el mando sobre la ciudad. Seguirían a cualquiera que tuviera la fuerza y la voluntad de tomar Karakorum. Chagatai sonrió para sí. Tenía muchos hijos para llenar esas estancias, hijos que harían que el linaje de Gengis se prolongara hasta el fin de la historia. De su imaginación brotó una visión de esplendor: un imperio que se extendería desde Koryo al este hasta las naciones occidentales, bajo una única y poderosa mano. Ni los Chin habían soñado con poseer tanto, pero la tierra era vasta y le tentaba el reto de tratar de dominarla entera.

Oyó pasos a sus espaldas y se volvió hacia su sirviente Suntai, que entró en la habitación. Por una vez, Chagatai había recibido las noticias antes que el jefe de sus espías. Sonrió al ver su feo rostro sofocado, como si hubiera venido corriendo.

—Es la hora, Suntai —dijo Chagatai, con los ojos humedecidos por las lágrimas—. El khan ha caído y debo reunir mis tumanes.

Su sirviente lanzó una breve mirada al jinete de los yans y, tras un instante de reflexión, imitó su posición con la cabeza inclinada.

—Como deseas, mi señor khan.

Guyuk se echó hacia delante en la silla de montar, sujetando en equilibrio una lanza mientras galopaba a través de un sendero del bosque. Frente a él tenía la espalda de un jinete serbio, que se estaba jugando la vida cabalgando a toda velocidad por esos caminos entre árboles. El brazo derecho de Guyuk ardía por el peso de la lanza, que le estaba destrozando los músculos. Cambió de posición mientras cabalgaba, poniéndose de pie en los estribos para soportar el peso con los muslos. Hacía días que la batalla había concluido, pero Mongke y él seguían persiguiendo con sus tumanes a las fuerzas enemigas, que habían salido huyendo, sin bajar el ritmo ni un instante y asegurándose de que quedaran tan pocos con vida que nunca pudieran servir de apoyo al rey húngaro. Guyuk volvió a pensar en las elevadas cifras de magiares que había encontrado al otro lado de las fronteras. Tsubodai había dado en el clavo enviándolos hacia el sur, donde había tantos pueblos que podrían haber respondido al llamado de Bela. Ahora ya no podrían hacerlo; sus tumanes se habían asegurado de ello.

Guyuk soltó una maldición al oír el sonido de un cuerno a lo lejos. Estaba suficientemente cerca del serbio como para ver las miradas aterrorizadas que lanzaba por encima del hombro, pero el general se tomaba en serio sus responsabilidades. Recogió las riendas del pomo de madera de la silla donde las había dejado y tiró suavemente de ellas con la mano izquierda. Al detenerse, bajo la luz del claro, vio el vapor brotando del lomo de su poni y al jinete serbio perderse entre los árboles. Guyuk hizo un irónico saludo con la lanza y luego la arrojó al aire para recogerla y volverla a guardar en la funda junto a su pierna. El cuerno sonó de nuevo y después una tercera vez. Frunció el ceño, preguntándose qué podría haber encontrado Mongke que fuera tan urgente.

Mientras regresaba por el sendero, vislumbró a varios de sus hombres que volvían con él, saliendo de la penumbra verde y llamándose entre sí para presumir de sus respectivos triunfos. Guyuk vio que uno de ellos agitaba un puñado de cadenas de oro. La expresión de su cara le hizo sonreír, contagiado por la sencilla alegría de los guerreros.

Cuando Tsubodai le había dado sus órdenes, Guyuk se había preocupado pensando que fueran una especie de castigo. Era evidente que Tsubodai estaba separando a Batu de sus amigos más íntimos. La incursión por el sur no había parecido muy prometedora en términos de gloria. Sin embargo, si la llamada era la primera señal de que debían reunirse con Tsubodai, Guyuk sabía que recordaría aquellas semanas con intenso afecto. Mongke y él habían trabajado bien juntos, cada uno había ido aprendiendo a confiar en el otro y, sin duda, su respeto hacia Mongke había aumentado mucho en muy poco tiempo. Era un hombre incansable y competente, y aunque no poseía el brillante ingenio de Batu, siempre estaba donde se le necesitaba. Guyuk recordó su alivio solo unos pocos días antes, cuando Mongke

había aplastado un contingente de serbios que le habían tendido una emboscada a dos de sus minghaans en las colinas.

Al final del bosque había dos farallones rocosos y Guyuk pasó con cuidado por el accidentado terreno hasta donde se fundía con la pradera. Vio el tumán de Mongke, que ya estaba formando, así como a sus propios hombres llegando de todas direcciones y tomando posiciones. Guyuk espoleó a su montura y atravesó la hierba a medio galope.

A pesar de la distancia, Guyuk oyó el cascabeleo que anunciaba la llegada de un jinete de los yans. Su pulso se aceleró por la excitación de recibir noticias del tipo que fuera. Era muy fácil sentirse aislado al estar separado del ejército principal, como si sus batallas y razias fueran el mundo entero. Guyuk se obligó a relajarse sobre su caballo. Sería Tsubodai, ordenándoles que regresaran para unirse a él en el empuje final hacia el oeste. Realmente el padre cielo había bendecido su empresa y ni una sola vez había lamentado haberse alejado tanto de las llanuras del hogar. Guyuk era joven, pero podía imaginarse lo que sentirían en años venideros, cuando todos los que hubieran participado en esa gran marcha estuvieran unidos por un vínculo especial. Ya lo sentía, era la sensación de haber corrido peligro juntos, un sentimiento incluso de fraternidad. Independientemente de cuáles fueran los demás objetivos de Tsubodai, la gran marcha había forjado vínculos entre los generales que habían cabalgado junto a él.

Mientras se dirigía hacia Mongke, Guyuk notó que su amigo tenía el rostro enrojecido y parecía furioso. Guyuk enarcó las cejas en un signo tácito de interrogación y Mongke se encogió de hombros.

—Dice que solo hablará contigo —explicó con rigidez.

Guyuk posó una mirada sorprendida en el joven jinete de los yans. Estaba sucio por el viaje, aunque eso era totalmente normal. Guyuk vio que no llevaba armadura y que la túnica de seda del jinete exhibía grandes manchas de sudor. Con esfuerzo, este se quitó la bolsa de cuero que llevaba a la espalda.

—Mis instrucciones son entregar este mensaje única y exclusivamente a Guyuk, mi señor, no pretendía ofender a nadie. —El último comentario estaba dirigido a Mongke, que le fulminó con la mirada.

—Sin duda el Orlok Tsubodai tenía sus razones —dijo Guyuk, aceptando la cartera y abriéndola.

El fatigado jinete parecía sentirse incómodo en presencia de hombres de tanto rango, pero negó con la cabeza.

—Mi señor, no he visto al Orlok Tsubodai. Este mensaje viene directamente de Karakorum.

Guyuk se quedó paralizado en el proceso de sacar el único pergamino doblado que contenía la cartera y todos vieron cómo empalidecía al examinar el sello. Con un gesto veloz, rompió el sello de cera y abrió el mensaje que había viajado durante casi ocho mil kilómetros.

Se mordió los labios mientras leía y sus ojos viajaron una y otra vez del principio al fin del mensaje mientras trataba de asimilarlo. Mongke no pudo soportar el tenso silencio.

—¿Qué pasa, Guyuk? —preguntó.

Guyuk meneó la cabeza.

—Mi padre ha muerto —contestó, aturdido—. El khan ha muerto.

Mongke se quedó un instante paralizado sobre su caballo, pero luego desmontó y se arrodilló en la hierba con la cabeza inclinada. Los hombres que lo rodeaban lo imitaron y la voz se fue corriendo entre los guerreros hasta que, poco después, los dos tumanes estaban arrodillados frente a él. Guyuk miró por encima de sus cabezas, confuso, todavía incapaz de asimilar lo sucedido.

—Levántate, general —dijo—. No olvidaré esto, pero ahora debo regresar a casa. Debo regresar a Karakorum.

Mongke se puso en pie sin mostrar ninguna emoción. Antes de que Guyuk pudiera detenerle, cuando Guyuk se subió al caballo, presionó su frente contra la bota que se apoyaba en el estribo.

—Déjame que te preste juramento de lealtad —pidió Mongke—. Permíteme ese honor.

Guyuk clavó la vista en el hombre que dirigía hacia él una mirada llena de intenso orgullo.

—De acuerdo, general —aceptó con suavidad.

—El khan ha muerto. Te ofrezco sal, leche, caballos, gers y sangre —dijo Mongke—. Te seguiré, mi señor khan. Te doy mi palabra y mi palabra es sagrada.

Guyuk se estremeció ligeramente cuando los hombres que se arrodillaban a su alrededor fueron repitiendo como un eco las mismas palabras, hasta que todos ellos las hubieron pronunciado. Se produjo un silencio y Guyuk alzó la vista por encima de ellos, mirando más allá del horizonte una ciudad que solo él podía ver.

—Está hecho, mi señor —dijo Mongke—. Estamos unidos a ti y sólo a ti por nuestro juramento. —Montó de un salto y empezó a repartir enérgicas órdenes a los oficiales minghaan más próximos.

Guyuk seguía sosteniendo el amarillento pergamino como si le quemara. Oyó a Mongke que ordenaba a los tumanes que se dirigieran al norte, para reunirse con Tsubodai.

—No, general, debo partir esta misma noche —respondió Guyuk. Tenía los ojos vidriosos y su piel tenía un aspecto cerúleo bajo la luz del sol. Apenas fue consciente de que Mongke se aproximaba a él con su caballo, ni notó la mano que Mongke apoyó en su hombro.

—Ahora necesitarás a los otros tumanes, amigo mío —dijo Mongke—. Los necesitarás a todos.

Acuclillado en la oscuridad, Tsubodai escuchaba el rumor del río cercano. En el aire flotaba el olor de hombres y caballos: ropa húmeda, cordero especiado y estiércol, todo mezclado en la brisa nocturna. Su estado de ánimo era lúgubre después de haber presenciado cómo un minghaan de guerreros era despedazado poco a poco mientras intentaban defender el puente, como él había ordenado. Habían cumplido su misión: la noche había caído y el principal ejército magiar no había cruzado el puente todavía. Todo cuanto el rey Bela había logrado era que un grupo de mil soldados de caballería pesada, formando una cabeza de puente, pasaran a la otra orilla y establecieran una posición para la mañana siguiente. No dormirían, con las fogatas mongolas rodeándolos por todas partes. El sacrificio había merecido la pena, se dijo Tsubodai. El rey Bela se había visto obligado a esperar la mañana antes de poder cruzar el río con todas sus huestes y continuar su contumaz persecución del ejército mongol.

Cansado, Tsubodai hizo crujir su cuello, aflojando las fatigadas articulaciones. No necesitaba motivar a sus hombres con una arenga o nuevas órdenes. Ellos también habían visto cómo el minghaan defendía valientemente la posición hasta el final. Habían oído los gritos de dolor y habían visto la espuma y las salpicaduras en el agua cuando los guerreros moribundos caían al río. El Sajó estaba muy crecido y discurría muy deprisa, por lo que los hombres, cargados con su armadura, se habían ahogado enseguida, incapaces de volver a la superficie.

La luna estaba en cuarto creciente y arrojaba su pálida luz sobre el paisaje. El río relucía como una cuerda de plata que los tumanes oscurecían con sus chapoteos mientras cruzaban por una zona de aguas poco profundas. Esa era la clave del plan de Tsubodai, el vado que había descubierto mientras exploraba el terreno la primera vez que salieron de las montañas. Todo lo que Bela había visto le inducía a creer que los mongoles estaban huyendo. La forma en que habían defendido el puente revelaba la importancia que tenía para ellos. Desde entonces, Tsubodai había utilizado las horas de oscuridad para mover a sus hombres mientras la luna ascendía por el cielo desde las praderas en torno al río. Era una apuesta, un riesgo, pero estaba tan cansado de huir como sus hombres.

Sólo sus reclutas defendían ahora las tierras que había al otro lado del río. Estaban reunidos en torno a miles de hogueras bajo la luz de la luna, moviéndose de una a otra para dar la impresión de que los mongoles habían levantado un vasto campamento mientras que, en realidad, Tsubodai había conducido a los tumanes a una posición situada unos cinco kilómetros más al norte. Llevando a sus caballos por las riendas, fueron cruzando a pie el vado, sin que el enemigo pudiera verlos u oírlos. No había dejado ni un solo tumán como reserva. Si el plan fracasaba, el rey húngaro atravesaría el río como un tornado al amanecer y su desigual ejército de reclutas sería aniquilado.

En susurros, Tsubodai ordenó que aceleraran el paso. Hacer cruzar a tantos

hombres era una tarea de horas, sobre todo por el cuidado que tenían que poner para no hacer ruido. Una y otra vez, con un movimiento brusco, alzaba la vista hacia la luna, observando su avance y calculando el tiempo que le quedaba hasta que amaneciera. El ejército del rey Bela era inmenso. Tsubodai necesitaría todo el día para vengar íntegramente sus pérdidas.

Los tumanes se reunieron al otro lado del río. Los caballos resoplaban y relinchaban llamándose entre sí, mientras las sucias manos de los guerreros les tapaban los ollares para amortiguar los sonidos. Los hombres susurraban y se reían en grupos en la oscuridad, disfrutando del impacto que recorrería todo el ejército que los perseguía cuando descubrieran el engaño. Llevaban huyendo cinco días. Por fin, había llegado el momento de detenerse y contraatacar.

En la penumbra, Tsubodai vio a Batu sonriendo de oreja a oreja mientras trotaba hacia él para recibir sus órdenes. El orlok no cambió la adusta expresión de su propio rostro al hablarle.

—Tu tumán golpeará la vanguardia de su campamento, Batu, donde está el rey. Cae sobre ellos mientras duermen y acaba con todos. Si puedes llegar a los muros de sacos de arena, destrúyelos.

Acércate a ellos tan sigilosamente como sea posible, luego haz que tus flechas y tus espadas griten por ti.

—Como deseas, orlok —respondió Batu. Por una vez, pronunció el título sin rastro de burla en la voz.

—Yo avanzaré junto con los tumanes de Jebe y Chulgetei y atacaré su retaguardia en ese mismo momento. Están convencidos de saber cuál es nuestra posición y no nos esperarán esta noche. Sus muros son peor que inútiles, porque se sienten seguros rodeados por ellos. Quiero que entren en pánico, Batu. Todo depende de que podamos aplastarlos con rapidez. No olvides que siguen superándonos en número. Si cuentan con buenos líderes, podrían reunirse y volver a formar. Tendremos que luchar hasta el último hombre y las pérdidas serán enormes. No desperdicies a los guerreros de mi ejército, Batu. ¿Lo entiendes?

—Los trataré como si fueran mis propios hijos —dijo Batu.

Tsubodai resopló.

—Entonces, sal ya. El alba está cerca y cuando salga el sol tienes que estar en posición.

Tsubodai observó cómo Batu desaparecía en silencio en la oscuridad. No habría señales con los cuernos ni los naccara, no con el enemigo tan próximo y confiado. El tumán de Batu formó sin ruido e iniciaron el trote hacia el campamento húngaro. Los carros y las tiendas y los heridos de los mongoles se habían quedado atrás, con los reclutas, abandonados a su suerte. Nada retrasaba a los tumanes, que podían cabalgar a toda velocidad y atacar con la máxima dureza, como más les gustaba.

Tsubodai asintió para sí con energía. Tenía que recorrer un trecho mayor que el tumán de Batu y no quedaba mucho tiempo. Subió con rapidez a su caballo, notando

cómo se le aceleraba el corazón en el pecho. Sentir emoción era raro en él y mientras lideraba a los dos últimos tumanes hacia el oeste, ocultó toda excitación tras una expresión impasible.

El rey Bela se despertó sobresaltado al oír un estruendo. Mientras se ponía en pie, cubierto de sudor, se restregó los ojos para espabilarse por completo. Con la mente aún confusa, oyó los sonidos metálicos y los gritos de una batalla y parpadeó, dándose cuenta de que eran reales. Asustado, asomó la cabeza por la puerta de la tienda de mando y, aunque seguía siendo de noche, vio a Conrad Von Thuringen sobre su caballo, vestido ya con la armadura completa. El mariscal de los Caballeros Teutones no vio a Bela al pasar al trote por su lado, gritando órdenes que, en el tumulto, el rey fue incapaz de descifrar. Había hombres corriendo en todas direcciones y, al otro lado de los sacos de arena, se oían las largas notas de los cuernos de batalla a lo lejos. Bela tragó con dificultad al reconocer un fragor distante que iba creciendo y aclarándose más y más a cada instante.

Lanzó una maldición y volvió a meterse en la tienda, buscando sus ropas a tientas en la oscuridad. Sus criados parecían haberse evaporado y tropezó contra una silla, levantándose con un lamento ahogado. Tiró de un par de pantalones de tela gruesa enganchados en el respaldo de la silla caída y se los puso a toda prisa. Cada gesto le robaba un instante precioso. Agarró la chaqueta bordada que indicaba su rango y se la echó por encima de los hombros mientras salía corriendo hacia el aire nocturno. Alguien le había traído su caballo y montó para poder valorar la batalla.

Las primeras luces del alba se habían tendido sigilosamente sobre ellos en aquellos momentos. En el este, el cielo estaba palideciendo y, con un estremecimiento de horror, Bela pudo comprobar que sus filas se agitaban inmersas en un caos total. La arena de los sacos terreros, desgarrados, estaba desparramada por la hierba y estos habían quedado inservibles. Sus propios hombres habían entrado por el hueco abierto por los mongoles, huyendo de los salvajes jinetes y las flechas que los estaban diezmado en el exterior. Oyó a Von Thuringen bramando órdenes a sus caballeros, que se dirigían hacia allá con él para reforzar las defensas. Una esperanza desesperada se encendió en su pecho.

El tronar de los tambores se reanudó y el rey hizo que su corcel girara sobre sí mismo. Los mongoles estaban en algún lugar detrás de él. ¿Cómo habían cruzado el río? Era imposible y, sin embargo, los tambores retumbaban cada vez con más fuerza.

Estupefacto, Bela atravesó el campamento, prefiriendo estar en movimiento a permanecer quieto, aunque tenía la mente en blanco. Los magiares habían abierto dos brechas en los límites de su propio campamento, entrando en tropel en lo que les parecía un lugar seguro. No podía ni imaginarse las pérdidas que habrían sufrido para estar replegándose de esa manera.

Ante sus ojos, los huecos se agrandaron y más y más hombres se fueron

amontonando tras los sacos de tierra. Al otro lado, los mongoles seguían atacando a sus perplejos hombres, derribándolos con flechas y con lanzas. Bajo la creciente luminosidad del día, parecían no tener fin y Bela se preguntó si, de algún modo, habían logrado esconder un ejército hasta ese momento.

Bela se esforzó en mantener la calma mientras el caos crecía a su alrededor. Sabía que necesitaba recuperar el perímetro, para restaurar el campamento y reordenar las posiciones de los hombres que estaban dentro de los muros. Desde allí, podría calcular el número de bajas e incluso, quizá, iniciar un contraataque. Ladró la orden a los mensajeros, que se perdieron entre los jinetes que revoloteaban por todas partes, repitiendo a gritos la orden a cualquiera que pudiera oírla: «Reconstruid los muros. Defended los muros». Si conseguían hacerlo, tal vez aún podrían obtener una victoria de aquel desastre. Sus oficiales impondrían el orden en el caos. Haría retroceder a los tumanes.

Los caballeros liderados por Josef Landau le oyeron. Formaron y cargaron a través del campamento como una masa compacta. Para entonces ya había mongoles en las murallas y una lluvia de flechas cruzaba silbante el campamento. En tal aglomeración, no les hacía falta apuntar. Al calcular las bajas, Bela no podía dar crédito al número de hombres caídos, pero los caballeros continuaban luchando como posesos, sabiendo como él mismo que los muros eran su única salvación. El gigantesco Von Thuringen, tan fácilmente identificable con su larga barba y su espadón, lideraba a un centenar de sus propios soldados.

Los caballeros le demostraron su valía: Landau y Von Thuringen machacaban a todo mongol que había osado entrar en el campamento y le expulsaban por los amplios agujeros de las murallas. Luchaban con una furia justa y, para empezar, no les dejaban espacio a los mongoles para golpear y pasar velozmente de largo. Bela contempló con el corazón en la boca cómo los Caballeros Teutones bloqueaban una de las brechas con sus caballos, sosteniendo escudos contra las saetas que seguían penetrando en oleadas. Landau resultó herido y Bela captó una fugaz visión de su cabeza colgando sin fuerza mientras su caballo se alejaba, desbocado. Por un momento, el caballero se debatió, agitando los brazos, pero luego se desplomó sobre el pegajoso fango casi a los pies de Bela. La sangre manaba de debajo del blindaje metálico de su cuello, aunque Bela no veía herida alguna. Atrapado y ahogándose en su armadura, Landau murió lentamente, mientras los hombres que corrían a su alrededor empujaban y pisoteaban su cuerpo.

Hombres a pie tiraban de los sacos con esfuerzo, reconstruyendo las murallas tan deprisa como podían. Los mongoles se acercaron de nuevo, empleando sus caballos para llegar hasta las mismas murallas y luego saltando por encima de ellas, de modo que aterrizaban dando vueltas por el suelo. Uno a uno, los intrusos fueron eliminados, derribados por el mismo regimiento de arqueros que había asaltado el puente la noche anterior. Bela empezó a respirar mejor al ver que la amenaza de la destrucción inminente remitía. Los muros estaban siendo reparados y sus enemigos aullaban al

otro lado de ellos. Los mongoles habían sufrido importantes pérdidas, aunque nada comparable a las que habían sufrido sus propias huestes. Gracias a Dios, había construido un campamento suficientemente grande como para refugiar a sus hombres.

El rey Bela miró fijamente las pilas de soldados y caballos muertos amontonados en los confines del campamento. Los atravesaban multitud de flechas y algunos aún se retorcían. El sol estaba alto en el cielo; le resultó increíble que el tiempo hubiera pasado tan deprisa desde que sonaran las primeras voces de alarma.

Desde lo alto de su caballo, podía ver que los mongoles seguían presionando en las proximidades de las murallas. Solo había una puerta real y envió a unos arqueros a cubrirla frente a un posible ataque. Von Thuringen estaba allí, reuniendo a los caballeros en una columna, pero lo único que Bela podía hacer era observar cómo bajaban sus viseras y preparaban sus lanzas. A un bramido de Von Thuringen, sus hombres tiraron hacia arriba de la puerta, abriéndola. Casi seiscientos espolearon a sus corceles, que salieron al galope hacia la tormenta. Bela pensó que no volvería a verlos.

Tuvo la prudencia de mandar grupos de arqueros con carcajes repletos a todos los muros. A su alrededor, los arcos comenzaron a disparar y su respiración se aceleró cuando oyó varios aullidos guturales al otro lado de las murallas de sacos. Los Caballeros Teutones estaban en su elemento, repartiendo tajos entre los jinetes mongoles, utilizando su peso y su velocidad para derribarlos cuando pasaban por su lado rugiendo y gritando. A Bela le resultaba difícil controlar su miedo. Dentro del campamento, hombres y caballos se agolpaban en una terrible confusión, pero gran parte de su ejército había sido aniquilado mientras dormían. Bela oyó cómo se interrumpían de golpe los chillidos de alegría y de burla de los mongoles cada vez que Von Thuringen caía sobre ellos. Notó una creciente sensación de frío. No escaparía de aquel lugar. Le habían atrapado y moriría con el resto.

Le pareció que pasaba un siglo hasta que Von Thuringen volvió a entrar al campamento. La esplendorosa columna de caballeros había quedado reducida a menos de ochenta, tal vez cien hombres. Los que regresaban estaban maltrechos y ensangrentados, y muchos de ellos, con flechas sobresaliendo de sus armaduras, se tambaleaban sobre las sillas. Los jinetes magiares contemplaron con admiración a los caballeros y muchos de ellos desmontaron para ayudarles a descender del caballo. La larga barba de Von Thuringen estaba manchada de sangre seca y, cuando sus furiosos ojos azules se clavaron en el rey húngaro, parecía algún dios de la oscuridad.

Bela necesitaba orientación y la mirada que le devolvió fue la de un ciervo hipnotizado e impotente bajo los ojos de un león. Conrad Von Thuringen cabalgó a través de la palpitante masa de hombres con una expresión en el rostro tan sombría como la suya.

Batu y su montura llegaron jadeantes junto a Tsubodai. El orlok estaba de pie junto a

su caballo sobre un cerro que se extendía a través del campo de batalla, observando la evolución de los combates que había ordenado iniciar. Batu había esperado encontrarse al orlok furioso por la manera en que se había desarrollado el ataque, pero, al verle, Tsubodai le sonrió. Batu se quitó un terrón de barro que se le había quedado pegado al cuello y le devolvió la sonrisa, vacilante.

—Esos caballeros son impresionantes —dijo Batu.

Tsubodai asintió. Había visto cómo el gigante barbudo había hecho retroceder a sus hombres. Los guerreros mongoles estaban demasiado cerca y no habían podido maniobrar cuando los caballeros salieron y cargaron contra ellos. Con todo, el repentino ataque había conseguido inquietarle por su disciplina y su ferocidad. Los caballeros se habían abierto paso entre sus hombres despedazándolos como unos incansables carniceros, cerrando filas cada vez que las flechas alcanzaban y derribaban a uno de ellos. Cada caballero que caía se llevaba consigo a dos o tres guerreros, sin dejar de gruñir y dar patadas hasta que lo sujetaban y lo mataban.

—Ya no quedan tantos —contestó Tsubodai, aunque el ataque le había hecho cuestionarse algunas de sus certezas. No es que no se hubiera tomado en serio la amenaza de los caballeros, pero quizá había subestimado su fuerza cuando la aplicaban en el momento y lugar adecuados. Ese loco de la barba había encontrado el momento, sorprendiendo a su tumán justo cuando estaban celebrando a gritos la victoria. Aun así, solo unos cuantos caballeros habían logrado regresar con vida al campamento. Cuando las lluvias de flechas empezaron a surgir de los muros, Tsubodai había dado la orden de retirarse fuera del alcance de los proyectiles. Sus propios guerreros habían comenzado a responder con sus flechas, pero, dado que los arqueros de Bela disparaban desde detrás de un firme muro de sacos de arena, las cifras de muertes eran desiguales. Por un instante, Tsubodai había considerado lanzar otra carga para destruir los muros, pero el coste habría sido demasiado alto. Ahora los tenía atrapados dentro de sus propios muros, más débiles que los de cualquier fortaleza Chin. Dudaba de que tuvieran suficiente agua para todos los que se hacinaban en el campamento.

El orlok recorrió las llanuras con la vista, observando los montones de cuerpos destrozados, algunos todavía arrastrándose. Los ataques habían arrollado el ejército húngaro, quebrando por fin su confianza. Se sentía complacido, pero se mordió el labio mientras meditaba sobre cómo concluir el trabajo.

—¿Cuánto más pueden aguantar? —preguntó Batu de pronto, un eco tan exacto de sus propios pensamientos que Tsubodai le miró sorprendido.

—Unos cuantos días antes de que se les acabe el agua, más no —respondió—. Pero no esperarán a que eso pase. La cuestión es cuántos hombres y caballos, cuántas flechas y lanzas les quedan. Y cuántos de esos malditos caballeros.

Era difícil hacer un cálculo acertado. Las praderas estaban cubiertas de cadáveres, pero no podía saber cuántos habían sobrevivido y se habían reunido con su rey. Cerró los ojos un momento, evocando la imagen del terreno en su mente como si lo

sobrevolara. Su desigual ejército de reclutas seguía estando al otro lado del río, seguramente observando con mirada torva el pequeño contingente que había logrado atravesar el puente y defendía la otra orilla. El campamento del rey se encontraba entre Tsubodai y el río, sus hombres atrapados y retenidos en un solo lugar.

Una vez más, los pensamientos de Batu fueron un reflejo de los suyos.

—Déjame enviar a un mensajero para traer a la infantería del otro lado del río — dijo Batu.

Tsubodai le ignoró. Todavía no sabía cuántos de sus guerreros mongoles habían resultado muertos o heridos esa mañana. Si el rey había salvado aunque fuera solo la mitad de su ejército, contaría con suficientes hombres para entablar batalla en igualdad de condiciones, una batalla que Tsubodai solo podía ganar si ordenaba a sus tumanes que lucharan hasta el último hombre. El precioso ejército que le había acompañado en la gran marcha quedaría reducido, gravemente deteriorado por un enemigo de igual fuerza y voluntad. No, no podía permitirlo. Abriendo los ojos y observando con furia la tierra que rodeaba el campamento, obligó a su mente a pensar a toda velocidad. Entonces esbozó una lenta sonrisa y esa vez Batu no se le adelantó.

—¿Qué opinas, orlok? ¿Debo enviar un mensajero a través del vado?

—Sí. Diles que acaben con los hombres del rey que aguardan al otro lado del río. Tenemos que retomar ese puente, Batu. No quiero que el rey envíe a sus hombres a buscar agua al río.

Tsubodai taconeó un par de veces con su bota en el terreno rocoso.

—Cuando eso esté hecho, retiraré todavía más a mis tumanes, otro kilómetro y medio desde este punto. La sed tomará la decisión por ellos.

Batu se le quedó mirando, confuso, mientras Tsubodai enseñaba los dientes en lo que podría ser una ancha sonrisa.

XXXII

Temuge estaba sudando a pesar de que en el patio del palacio soplaba una brisa fría. Sentía la dureza de la larga hoja del cuchillo que había escondido bajo su túnica. Nadie había cacheado a los hombres que se habían congregado allí esa mañana, aunque se había asegurado de ocultar el arma, que le irritaba la ingle y le obligaba a cambiar de posición a cada tanto.

A lo lejos, Temuge podía oír los martillos golpeando, el sonido que llenaba sus días en los últimos tiempos. El proceso de fortificación de Karakorum continuaba día y noche y continuaría hasta que los estandartes de Chagatai aparecieran en el horizonte. Si Sorhatani y Torogene defendían la ciudad el tiempo suficiente hasta que regresara Guyuk, serían alabadas por encima de todas las mujeres. Los hombres hablarían de la forma en que habían blindado Karakorum durante generaciones. El nombre de Temuge, el encargado de las bibliotecas del khan, se olvidaría.

Miró con frialdad a Sorhatani, que hablaba con la pequeña muchedumbre. Alkhun estaba allí como minghaan jefe de los guardias del khan. Temuge tuvo la impresión de que el hombre le miraba de forma extraña y le ignoró. Aspiró una honda bocanada de aire frío pensando, planeando, decidiendo. Su hermano Gengis había entrado en una ocasión en la ger de un khan y le había degollado. Nadie habría pensado que Gengis sobreviviría al ataque, pero había calmado a la tribu de aquel hombre con palabras y amenazas. Se habían detenido y le habían escuchado. Una oleada de emoción atravesó a Temuge al imaginarse que los hombres y mujeres del patio se detendrían y le escucharían.

Manoseó la empuñadura del cuchillo que ocultaba bajo la ropa. Su vida no tenía destino, nada aparte de lo que un hombre pudiera coger y mantener por sí mismo. Temuge había presenciado el sangriento nacimiento de la nación. Lo entendieran o no, le debían a él su ciudad, sus vidas, todo. Si no hubiera sido por Gengis, los hombres y mujeres reunidos en ese frío patio seguirían siendo unos mugrientos cabreros en las estepas, con todas las tribus enfrentadas entre sí. Incluso vivían más años que los hombres y mujeres que había conocido de niño. Los curanderos Chin y musulmanes habían salvado a muchos de enfermedades que antes habían sido mortales.

Pese a la ira que sentía, parte de él seguía estando aterrorizado por lo que había planeado. Una y otra vez, Temuge dejaba caer sus manos abiertas, diciéndose que el momento había pasado: su momento en la historia. Luego, el recuerdo de su hermano afloraba y sentía que los demás se estaban burlando de su indecisión. Era solo una muerte, nada más, desde luego nada para estar tan acobardado. Notó una gota de sudor resbalando por su cuello y se la limpió, atrayendo la atención de Yao Shu. Sus miradas se encontraron y Temuge recordó que no estaba solo en la conspiración. El canciller se había mostrado más que abierto con él. Yao Shu escondía un feroz odio por Sorhatani que había llevado a Temuge a revelar más de lo que había previsto en

un principio sobre sus ideas y sus sueños.

Sorhatani se despidió de los funcionarios de Karakorum, cuya jornada comenzaba, y empezó a darse la vuelta para marcharse. Torogene la acompañaba, comentando ya algún detalle.

—Un momento, mi señora —dijo Temuge.

Su boca parecía haber actuado por voluntad propia, escupiendo las palabras. Sorhatani tenía prisa y, casi sin mirarle, le indicó con un gesto que la siguiera mientras bajaba y se dirigía hacia el corredor cubierto que llevaba a las habitaciones de palacio. Fue ese gesto informal lo que, llenándole de rabia, tranquilizó sus nervios.

Que una mujer como ella le tratara como un pedigüeño era suficiente para que le ardiera la cara. Apretó el paso para alcanzar a ambas mujeres, cobrando nuevas fuerzas al ver que Yao Shu se unía a ellos. Cuando entraron en la sombra, lanzó una mirada furtiva al patio y frunció el ceño al ver que Alkhun aún estaba allí y no despegaba sus ojos de él.

Sorhatani había cometido un error al permitirle que se acercara tanto a ella en las sombras. Temuge alargó la mano y le agarró el brazo. Ella se soltó con un movimiento brusco y exclamó:

—¿Qué quieres, Temuge? Tengo un millar de cosas que hacer esta mañana.

No era el momento de hablar, pero respondió para disimular mientras buscaba el cuchillo bajo su deel.

—Mi hermano Gengis no habría querido que una mujer gobernara sus tierras —dijo.

Sorhatani se puso rígida y Temuge sacó el puñal. Torogene soltó un grito ahogado y retrocedió un paso, presa del pánico. Sorhatani, asustada y sorprendida, abrió desmesuradamente los ojos. Temuge la sujetó con la mano izquierda y echó el brazo hacia atrás para hundir el cuchillo en su pecho.

Alguien le aferró la muñeca con tanta fuerza que tropezó y chilló. Era Yao Shu quien le sujetaba, clavando en él una mirada fría y desdeñosa. Temuge tiró de su brazo, pero no consiguió liberarse.

El pánico le inundó el pecho, haciendo que su corazón se acelerara.

—No —musitó. Tenía dos manchas blancas de saliva en las comisuras de los labios. No comprendía qué estaba sucediendo.

—Después de todo tenías razón, Yao Shu —dijo Sorhatani. No miró a Temuge, como si ya no importara en absoluto—. Siento haber dudado de ti. Es que nunca creí que realmente pudiera ser tan estúpido.

Yao Shu incrementó la fuerza de su mano y la daga cayó al suelo de piedra con un estrépito metálico.

—Siempre ha sido un hombre débil —respondió el canciller. De repente sacudió a Temuge, haciéndole gritar, atónito y lleno de miedo—. ¿Qué quieres que hagamos con él?

Sorhatani vaciló y Temuge se esforzó en encontrar un argumento inteligente en su

defensa.

—Soy el último hermano de Gengis —dijo—. Y vosotros ¿qué sois? ¿Quiénes sois vosotros para juzgarme? Un monje Chin y dos mujeres. No tenéis ningún derecho a juzgarme.

—No supone ninguna amenaza —prosiguió Yao Shu, como si Temuge no hubiera hablado—. Podrías desterrarle del khanato, enviarle lejos como a cualquier vagabundo.

—Sí, envíale lejos —intervino Torogene. Temuge vio que estaba temblando.

Temuge notó la mirada de Sorhatani posarse sobre él y respiró hondo, sabiendo que su vida estaba en sus manos.

—No, Torogene —dijo por fin—. Algo así debe ser castigado. Él no habría mostrado ninguna piedad por nosotras.

Aguardó un momento mientras Temuge maldecía y se debatía, permitiendo que Torogene decidiera. Torogene meneó la cabeza y se alejó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Entrégaselo a Alkhun —ordenó Sorhatani.

Temuge gritó pidiendo ayuda, súbitamente desesperado mientras se retorció tratando de liberarse de la férrea mano que le convertía en un niño desvalido.

—¡Yo estaba allí cuando te encontramos en los bosques, monje! —escupió—. Fui yo quien te llevó ante Gengis. ¿Cómo puedes permitir que la puta de mi sobrino te dé órdenes?

—Dile a Alkhun que sea rápido —añadió Sorhatani—. Puedo concederle eso.

Yao Shu asintió y ella se alejó, dejándolos solos. Temuge se encogió al oír pasos que se aproximaban y vio a Alkhun abandonar la luz del sol para penetrar en la sombra del claustro.

—¿La has oído? —preguntó Yao Shu.

Los ojos del minghaan brillaban llenos de furia cuando agarró por los hombros a Temuge, sintiendo los delgados huesos del anciano bajo la ropa.

—La he oído —contestó. Llevaba un largo cuchillo en la mano.

—Malditos seáis los dos —dijo Temuge—. Iréis los dos al infierno por esto.

Mientras le arrastraban de vuelta hacia los rayos del sol, Temuge empezó a sollozar.

El segundo día después del ataque, los hombres del rey Bela concluyeron las reparaciones de los muros de sacos terreros, que habían reforzado con carros rotos y sillas de montar de caballos muertos. Sus arqueros permanecían en estado de alerta constante, aunque ya estaban sedientos y deshidratados. Apenas había suficiente agua para que cada hombre tomara un único trago por la mañana y otro por la noche. Los caballos estaban sufriendo y Bela se desesperaba por momentos. Apoyó la barbilla en el áspero lienzo de uno de los sacos y observó al ejército mongol, que había

acampado en las inmediaciones. Por supuesto, ellos tenían acceso al río y disponían de tanta agua como fueran capaces de beber.

Mientras contemplaba la escena que se extendía en la pradera, Bela luchaba para controlar el profundo desaliento que le embargaba. Ya no pensaba que los informes del norte fueran exagerados. El general mongol contaba con muchos menos hombres que él, pero había aplastado a una fuerza superior en una exhibición de habilidad en la maniobra y las tácticas que le avergonzaba. Durante el resto de aquel espantoso primer día, Bela había esperado un asalto total sobre el campamento, pero no se había producido. Se sentía atrapado, encerrado en un recinto tan abarrotado de hombres y caballos que casi no podían ni moverse. No comprendía por qué no habían atacado, a menos que estuvieran disfrutando del perverso placer de ver cómo un rey moría de sed. Ni siquiera estaban amenazando el campamento y se habían retirado mucho más allá de la distancia de alcance de sus flechas. Todo cuanto Bela podía distinguir eran sus movimientos a lo lejos. Verlos a tanta distancia transmitía una falsa sensación de seguridad. Sabía por los informes y por su propia, amarga, experiencia que podían desplazarse a una velocidad increíble si querían.

Von Thuringen abandonó una conversación con sus caballeros para acercarse a él. Se había despojado de su peto y debajo llevaba un roñoso jubón acolchado, que dejaba al descubierto sus brazos plagados de cicatrices. Bela percibió el olor a sudor y sangre que exhalaba. El rostro del comandante era adusto y Bela tuvo que hacer un esfuerzo para mirarle a los ojos cuando Von Thuringen, con rigidez, se inclinó ante él.

—Uno de mis hombres cree que ha encontrado una salida para nuestra situación —dijo el comandante.

El rey Bela parpadeó. Había estado rezando pidiendo la salvación, pero parecía poco probable que la respuesta a las plegarias estuviera en el enorme barbudo que tenía ante sí, todavía manchado con la sangre de sus congéneres.

—¿De qué se trata? —preguntó Bela, levantándose y enderezándose bajo el escrutinio del caballero.

—Es más fácil que te lo muestre, majestad —respondió Von Thuringen.

Sin decir nada más, dio media vuelta y se abrió paso a empujones entre la masa de caballos y hombres. A Bela, cada vez más irritado, no le quedó más remedio que seguirle.

No fue un trayecto largo, pero al rey, zarandeado entre los soldados, le costó avanzar y estuvo a punto de ser derribado por un caballo que estaba reculando. Siguió a Von Thuringen hasta otra sección del muro y miró hacia donde el comandante le señaló.

—¿Ves allí a tres de mis hombres? —preguntó en tono neutro.

El rey Bela atisbó por encima de la muralla y vio a tres caballeros que se habían quitado la armadura, pero vestían aún los tabardos amarillos y negros que identificaban la orden a la que pertenecían. Desde los muros de sacos se les veía perfectamente, pero Bela notó que la tierra se hundía antes de volver a subir en la

zona donde estaba el campamento mongol. Había una elevación del terreno que se extendía hacia el oeste. Mientras consideraba las posibilidades, la esperanza volvió a anidar en su corazón.

—No podríamos arriesgarnos a salir a caballo a plena luz del día, pero, en la oscuridad, cualquier hombre podría salir, resguardado de la vista por ese cerro. Con un poco de suerte y si mantienen la cabeza gacha, los mongoles se encontrarán un campamento vacío mañana por la mañana.

Bela se mordió el labio inferior: de pronto, la idea de abandonar la frágil seguridad del campamento le aterrorizó.

—¿No tenemos ninguna alternativa? —inquirió.

Von Thuringen arrugó la frente, uniendo sus pobladas cejas.

—No sin un suministro de agua. No sin un campamento mucho mayor y materiales para las murallas. Estamos tan amontonados aquí que si nos atacaran seríamos absolutamente inútiles. Hay que dar gracias de que aún no hayan notado todas nuestras debilidades, su majestad. Dios nos ha mostrado el camino, pero es el rey el que debe dar la orden.

—¿No podemos derrotarlos en batalla, Von Thuringen? En el campo de batalla hay espacio suficiente para formar, ¿no?

El mariscal de los Caballeros Teutones tomó aire para controlar su ira. No era él quien, supuestamente, conocía las tierras en torno al río Sajó. Sus hombres nunca podrían haber predicho la existencia de un vado unos pocos kilómetros más abajo. La culpa de las espantosas pérdidas correspondía al rey, no a sus caballeros. Von Thuringen hizo un esfuerzo sobrehumano para no perder los estribos.

—Su majestad, mis caballeros te seguirán hasta la muerte. El resto, en fin, son solo hombres asustados. Aprovecha esta oportunidad y déjanos salir de este maldito campamento. Encontraré otro lugar donde podamos vengarnos de esos cabreros. Olvida la batalla, majestad. Una campaña no está perdida por un único mal día.

El rey Bela se irguió y empezó a darle vueltas y más vueltas a uno de sus anillos. Von Thuringen aguardaba lleno de impaciencia, pero, por fin, el rey asintió.

—Muy bien. En cuanto haya oscurecido lo suficiente, saldremos.

Von Thuringen se giró y, al instante, estaba dando órdenes a los hombres que le rodeaban. Organizaría la retirada, confiando en que ningún explorador mongol deambulara demasiado cerca del cerro aquella noche.

Tan pronto se puso el sol, Von Thuringen dio la orden de abandonar el campamento. Habían pasado las últimas horas envolviendo con tela los cascos de los caballos para silenciarlos, aunque el terreno era bastante blando. Los Caballeros Teutones supervisaban a los primeros hombres que salieron con el máximo sigilo en la oscuridad y, ocultos por el cerro y llevando a sus monturas por las riendas, estos iniciaron la partida con el corazón en un puño, temiendo a cada instante oír un grito procedente del enemigo. El grito no llegó y fueron saliendo con rapidez. Los caballeros fueron los últimos en marcharse del campamento, dejándolo abandonado

bajo la luz de la luna.

Von Thuringen vislumbró las fogatas del campamento mongol en la distancia y sonrió fatigado al imaginarlos encontrándose el campamento vacío por la mañana. Le había dicho la verdad al rey. Las pérdidas habían sido terribles, pero habría otros días. Aunque no lograra nada más que encontrar un buen campo de batalla, eso les daría opciones mejores que morir de sed protegidos tras unos sacos de arena.

A medida que avanzaba la noche, Von Thuringen le fue perdiendo la pista a la masa de hombres que caminaba delante de él. Los primeros kilómetros fueron una agonía debido a la incertidumbre, pero una vez el campamento quedó lejos, las líneas se ampliaron y, a medida que los más veloces dejaban atrás a los heridos y a los lentos, fueron convirtiéndose en una larga estela de hombres que se extendía a lo largo de muchos kilómetros. Incluso sus caballeros lo sentían, el febril deseo de poner auténtica distancia entre ellos y el ejército mongol.

El mariscal de los Caballeros Teutones tenía todo el cuerpo dolorido por los numerosos golpes recibidos en batalla. Sabía que, bajo la armadura, su carne sería una colorida masa de moretones producidos por los impactos de las flechas. Ya había encontrado sangre en su orina. Mientras cabalgaba en la oscuridad, reflexionó sobre lo que había visto y no le gustaron sus conclusiones. Había una razón más para preservar el ejército magiar. Si los informes llegados del norte eran ciertos, eran el último ejército entre Hungría y Francia que tenía la oportunidad de detener la invasión mongola. La sola idea le resultaba espeluznante. Nunca había pensado que se encontraría con una amenaza así durante su vida. Se esperaba que los nobles de Rusia hicieran pedazos al enemigo, pero habían fracasado y sus ciudades habían ardido ante sus ojos.

El rey Luis IX de Francia tendría que ser puesto al corriente de la situación, se dijo Von Thuringen amargamente. Lo que era más importante, la lucha por el poder entre el papa y el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico tendría que quedar a un lado. Von Thuringen meneó la cabeza mientras instaba a su corcel a reanudar el trote. En algún lugar delante de él, el rey de Hungría cabalgaba con su guardia personal. Von Thuringen habría deseado contar con mejor líder en un momento así, pero ese era el que le había otorgado la fortuna. No fracasaría tras una única batalla perdida. Había sufrido derrotas con anterioridad y siempre regresaba para devolver al infierno las almas aullantes de sus enemigos.

La primera luz del alba estaba apuntando y Von Thuringen solo podía hacer conjeturas sobre cuánto habría avanzado durante la noche. Estaba mortalmente cansado y tenía la garganta seca: las reservas de agua se habían agotado hacía mucho. Sabía que debería buscar un río en cuanto hubiera suficiente luz para que los caballos y los hombres recuperaran parte de sus fuerzas. Alargó la mano hacia abajo y palmeó el cuello de su caballo al pensarlo, murmurando unas palabras para reconfortarle. Si Dios estaba con ellos, los mongoles no se darían cuenta de que se habían ido hasta que hubiera transcurrido una mañana o más. Sonrió al imaginarlos aguardando

pacientemente a que la sed arrojara a los magiares en sus brazos. Sería una larga espera.

Tan pronto la luz empezó a virar de gris plata a oro, las tareas que debía acometer empezaron a matraquear sin pausa en su cabeza. La prioridad era encontrar un río y beber hasta hartarse. Pensar en agua fresca le hizo mover los labios y los limpió con la lengua de una espesa capa de saliva.

El sol iba iluminando más y más el terreno y Von Thuringen descubrió una línea oscura a su derecha. Al principio pensó que se trataba de árboles, o de algún afloramiento de roca. Luego, en un instante, las borrosas formas se definieron y el comandante, estupefacto, tiró de las riendas, frenando en seco.

Una fila de guerreros mongoles a caballo flanqueaba el camino, con los arcos en ristre. Von Thuringen trató de tragar, pero su garganta estaba demasiado seca. Recorrió las líneas del rey arriba y abajo con la vista, escrutando la delgada hilera de hombres que le precedía. ¡Por Dios, no había siquiera un heraldo para dar la alerta con el cuerno! Solo unos pocos de sus caballeros estaban cerca y también ellos se detuvieron, volviendo hacia él una mirada en la que se leía su plena consciencia del horror.

El mundo se mantuvo inmóvil un largo instante y, rezando en silencio, Von Thuringen realizó su último acto de contrición y quedó en paz. Luego besó por última vez el anillo de su dedo, con su sagrada reliquia. Cuando espoleó a su corcel para que avanzara y alargó la mano hacia su espada, las primeras flechas ya estaban volando, sus silbidos semejantes al gemido de un niño que llora. Los mongoles cayeron sobre la delgada e informe hilera de soldados en fuga y dio comienzo la auténtica carnicería.

Cuando Baidar e Ilugei retornaron a Hungría, se encontraron a Tsubodai descansando con sus tumanes. El ánimo triunfal era visible en todos los rostros que veían y ellos mismos fueron recibidos con tambores y cuernos. Los tumanes que se hallaban con Tsubodai estaban al tanto del papel que había desempeñado Baidar en su victoria y, a su entrada en el campamento cerca del Danubio, le vitorearon.

Las ciudades de Buda y Pest habían sido atacadas durante días y luego cuidadosamente saqueadas hasta que los guerreros se hubieron apoderado de todo aquello que necesitaban o deseaban. Baidar atravesó al trote calles y casas semiquemadas, viendo piedras que habían alcanzado tal temperatura que habían estallado en mil pedazos, desperdigados ahora por el camino. Aunque el rey Bela había escapado, el ejército de Hungría, casi más de los que podían contar, había sido aniquilado. Aquellos a quienes Tsubodai había encargado hacer el recuento habían recopilado sacos enteros de orejas y algunos hablaban de sesenta mil muertos o más. Los exploradores ya habían partido, adentrándose aún más al oeste, pero, por una estación, los tumanes podían hacer una pausa en la gran marcha, mientras se

fortalecían y engordaban con buena carne y vino robado.

Tsubodai envió unos mensajeros a Guyuk y a Mongke para decirles que se unieran a ellos. La protección de las incursiones de los flancos ya no era necesaria y decidió congregarlos a todos en un solo lugar y prepararse para seguir avanzando hacia el mar.

Batu había visto partir a los jinetes, por lo que se sorprendió cuando uno de sus hombres le trajo la noticia de que había unos tumanes llegando desde el sur. Era demasiado pronto para que las órdenes de Tsubodai hubieran alcanzado a Guyuk, pero llamó a Baidar y salieron a caballo del campamento.

Fueron de los primeros que reconocieron los estandartes del tumán de Guyuk. Batu se echó a reír al verlos e hincó los talones en su montura, poniendo a su poni al galope a través de la abierta pradera. Había muchas historias que contar y se imaginó con alegría las veladas de borrachera que harían falta para relatarlas todas. Mientras se aproximaban, ni Baidar ni él se percataron al principio de las sombrías expresiones de los rostros de los guerreros. No había júbilo en los tumanes de Guyuk y Mongke. Guyuk, en especial, tenía la cara más lúgubre que Batu le hubiera visto jamás.

—¿Qué pasa, primo? —preguntó Batu, perdiendo la sonrisa.

Guyuk volvió la cabeza y Batu vio que tenía los ojos enrojecidos e irritados.

—El khan ha muerto —dijo Guyuk.

Batu meneó la cabeza.

—¿Tu padre? ¿Cómo? Todavía era joven.

Guyuk le miró desde debajo de su ceño fruncido, haciendo un gran esfuerzo para pronunciar las palabras.

—Su corazón. Tengo que ver a Tsubodai.

Batu y Baidar se situaron a ambos lados del joven. Baidar había palidecido y cabalgaba sumido en sus pensamientos. Conocía a su padre mejor que nadie y, de repente, temió que los hombres que le rodeaban se hubieran convertido en sus enemigos.

XXXIII

Batu permaneció junto a Guyuk, Mongke y Baidar mientras entraban en la ciudad fluvial de Buda y atravesaban sus calles en dirección al palacio que Tsubodai estaba utilizando como campamento base. Sus oficiales minghaan de mayor rango se pusieron a buscar alojamiento y comida para los hombres en la ciudad saqueada. Los cuatro príncipes cabalgaron hasta el palacio real y desmontaron en la puerta exterior. Pasaron frente a los guardias sin ser detenidos. Tras echarles una mirada, los oficiales del orlok, en vez de seguir al pie de la letra sus órdenes, optaron por la discreción.

Por una vez, era Guyuk quien lideraba el pequeño grupo, con Batu avanzando a grandes zancadas junto a su hombro. Encontraron a Tsubodai en un salón de baile vacío, ante una enorme mesa de comedor cubierta de mapas y papeles que había sido arrastrada hasta el medio de la estancia. El orlok estaba enfrascado en una conversación con Jebe, Chulgetei e Ilugei. Los tres hombres asentían mientras Tsubodai movía unas monedas que señalaban la posición de los tumanes en el terreno. Batu captó la escena de un vistazo y esbozó una sonrisa tensa para sí. Era una reunión entre los jóvenes y los mayores y, por primera vez, Batu estaba seguro de saber cuál sería el resultado.

Cuando los cuatro príncipes cruzaron la sala acompañados por el eco de sus pasos, Tsubodai alzó la vista. Frunció el ceño al notar sus expresiones graves y se enderezó, separándose de la mesa.

—No os he llamado —dijo. Tenía los ojos clavados en Batu, pero su mirada saltó a Guyuk con sorpresa cuando fue este el que respondió.

—Mi padre ha muerto, orlok.

Tsubodai cerró los ojos durante un instante, con el rostro rígido. Asintió para sí.

—Por favor, sentaos —dijo. Su autoridad estaba tan arraigada en ellos que los cuatro se dirigieron hacia las sillas que rodeaban la mesa, aunque Batu se quedó atrás, deseoso de mantener el impulso que les había llevado hasta allí. Tsubodai volvió a hablar antes que los demás—: ¿Ha sido su corazón? —preguntó.

Guyuk tomó aire.

—Entonces, ¿lo sabías? Sí, ha sido su corazón.

—Me lo contó, cuando se lo contó a su hermano Chagatai —respondió Tsubodai. Sus ojos se posaron en Baidar mientras Guyuk se volvía hacia él en la silla.

—No sabía nada —aseguró Baidar con frialdad.

Guyuk recuperó la posición normal, pero los ojos de Tsubodai permanecieron clavados en Baidar hasta que el joven empezó a removerse, incómodo.

Había cientos de cosas que Tsubodai deseaba decir, pero se controló haciendo un esfuerzo de voluntad.

—¿Qué planes tienes? —le preguntó a Guyuk. Su parte más fría estaba interesada en saber cómo reaccionaría Guyuk. Cualquier resto de juventud que le quedara había

sido súbitamente pisoteado.

Tsubodai miró al joven príncipe, comprendiendo la calmada reserva que había percibido en él. Había un peso nuevo sobre sus hombros, lo quisiera o no.

—Soy el heredero de mi padre —dijo Guyuk—. Debo regresar a Karakorum.

Una vez más, Tsubodai miró a Baidar. El orlok hizo una mueca, pero las palabras tenían que ser pronunciadas.

—¿Eres consciente de la amenaza que supone tu tío? Reclamaré sus derechos sobre el khanato.

Ninguno de ellos miró directamente a Baidar, que se sonrojó.

Guyuk ladeó la cabeza, meditando, y Tsubodai se complació al ver que sopesaba su respuesta. No había lugar para el necio jovencito que Guyuk había sido, ya no.

—El jinete de los yans llegó hasta mí hace un mes. He tenido tiempo para considerarlo —dijo el joven—. Requeriré un juramento de alianza de los tumanes que hay reunidos aquí.

—Eso tendrá que esperar —respondió Tsubodai—. Cuando acabemos, convocarás a la nación como hizo tu padre.

Baidar volvió a removerse, inquieto, pero nadie le prestó atención. Su posición era imposible, pero sus urgentes deseos de hablar crecían por momentos.

—Puedo dejar que te lleves cuatro tumanes, dejándome a mí solo tres —prosiguió Tsubodai—. Debes regresar con tantas fuerzas como sea posible para asegurar el khanato. Chagatai no puede llevar más de dos, quizá tres, al campo de batalla. —Posó una mirada fría en Baidar—. Te recomiendo que dejes que Baidar permanezca a mi lado, en vez de obligarle a elegir entre su primo y su padre. —Inclinó la cabeza ante Baidar—. Mis disculpas, general.

Baidar abrió la boca, pero fue incapaz de encontrar las palabras apropiadas. Fue Batu el que intervino ahora, por primera vez. En cuanto oyó su voz, Tsubodai parpadeó y apretó la mandíbula, revelando una tensión interna.

—Conoces a Chagatai Khan mejor que cualquiera de nosotros, exceptuando a Baidar. ¿Cómo crees que reaccionará al recibir la noticia?

Tsubodai no miró a Batu mientras contestaba, sino que mantuvo la vista clavada en Guyuk.

—Si peca de precipitación, llevará sus tumanes a Karakorum —dijo con esfuerzo, como si le estuvieran arrancando cada palabra que pronunciaba.

—Si peca de precipitación... Ya veo —contestó Batu, disfrutando de la incomodidad que percibía en el orlok—. Y ¿qué pasará cuando Guyuk Khan vuelva a casa?

—Chagatai o bien negociará, o bien luchará. Nadie puede conocer su mente. —Tsubodai entrelazó las manos encima de la mesa y se inclinó hacia Guyuk—. Créeme: Chagatai Khan no es la amenaza que crees que es.

Parecía que iba a continuar, pero entonces apretó la mandíbula y esperó. No se trataba solo de una decisión militar. Batu apenas podía controlar la mueca burlona de

sus labios al ver a Tsubodai tan confuso.

Guyuk dejó que los hombres sentados a la mesa sudaran durante un tiempo y, después, negó con la cabeza.

—Si no puedes ofrecerme nada más que eso como garantía, orlok, debo llevarme los tumanes a casa. Todos ellos. —Miró fugazmente a Jebe y Chulgetei, pero ninguno de los dos tomaría parte en la decisión. Tsubodai tenía la autoridad definitiva sobre el ejército, pero aquella no era una cuestión militar.

Tsubodai soltó un largo suspiro.

—General, tengo mapas nuevos que muestran tierras que ni siquiera están en nuestras leyendas. La ciudad de Viena está a menos de ciento cincuenta kilómetros al oeste. La patria de los Caballeros Templarios está al otro lado de ella. Italia se encuentra al sur. Ya tengo exploradores en las montañas del país, planeando la siguiente fase. Este es el logro más importante de mi vida. —Se contuvo para no empezar a suplicar, mientras Guyuk le miraba con expresión glacial.

—Necesitaré todos los tumanes, Orlok Tsubodai. Todos.

—No necesitas a los reclutas. Déjame solo a esos y dos tumanes y continuaré.

Lentamente, Guyuk alargó la mano y la apoyó en el hombro de Tsubodai. Era un gesto que no habría soñado hacer un mes antes.

—¿Cómo podría dejarte atrás, Tsubodai? ¿Al general de Gengis Khan en el momento en el que más le necesito? Ven a casa conmigo. Sabes que no puedo permitir que te quedes. Regresarás otro año, cuando reine la paz.

Tsubodai clavó la mirada en Baidar y todos pudieron percibir su dolor. Baidar retiró la vista para no verlo. Cuando la mirada del orlok se posó en Batu, sus ojos centelleaban.

—Soy un hombre mayor —dijo Tsubodai—. Y he visto el principio de todo, cuando Gengis era joven. No regresaré aquí. He hablado con los prisioneros. No hay nada entre nosotros y el océano, nada. Ya hemos visto a sus caballeros, Guyuk, ¿lo entiendes? No pueden detenernos. Si seguimos adelante, podremos conquistar sus tierras, de mar a mar, para siempre. De mar a mar, general. Serán nuestras durante diez mil años. ¿Puedes imaginar algo así?

—No es importante —respondió Guyuk con suavidad—. Nuestra patria es donde empezamos. No puedo perderlo todo por estas tierras. —Retiró la mano y prosiguió con voz firme—: Seré el nuevo khan, Orlok Tsubodai. Te necesito a mi lado.

Tsubodai se hundió lentamente en la silla y la energía de su rostro fue apagándose poco a poco. Incluso Batu pareció sentirse incómodo al notar el efecto que aquella conversación había producido en él.

—Muy bien. Haré que se preparen para el regreso a casa.

De pie, Chagatai observó el río mientras amanecía. La estancia no estaba amueblada, el propio palacio estaba vacío, más allá de unos cuantos criados que se ocupaban de

limpiar las habitaciones. No sabía si volvería allí alguna vez y, al pensarlo, sintió una punzada de nostalgia. Oyó unos pasos que se aproximaban y se volvió. Era su criado Suntain, que entró en la habitación. Su rostro desfigurado era bienvenido mientras el corazón de Chagatai se encendía imaginando visiones fabulosas.

—Es la hora, mi señor khan —anunció Suntain. Su mirada recayó en el arrugado pergamino que sostenía Chagatai en la mano, leído y releído un millar de veces desde que llegó días atrás.

—Es la hora —repitió Chagatai. Echó una última mirada al sol naciente: su luz iluminó las plumas de una bandada de gansos que alzaba el vuelo desde las tranquilas aguas del río. Enardecido por la atmósfera de la escena, miró fijamente la bola de oro que aparecía por el horizonte, desafiándola a que le quemara—. Puedo estar en Karakorum meses antes que él —dijo Chagatai—. Haré que nuestro pueblo me jure como khan, pero la guerra estallará cuando regrese. A menos que siga el ejemplo de mi amado hermano, Ogedai. ¿Qué opinas, Suntain? ¿Aceptaría Guyuk mi khanato a cambio de su vida? Vamos, aconséjame.

—Tal vez, mi señor. Después de todo, tú lo hiciste.

Chagatai sonrió, en paz con el mundo por primera vez en años.

—Puede que si lo hiciera, no estuviera más que creando problemas para el futuro, o para mi hijo, Baidar. Debo pensar en su vida ahora. ¡Por todos los espíritus, ojalá Guyuk muriera mientras duerme y me dejara el camino libre! En vez de eso, he convertido a mi hijo en un rehén de mi buena voluntad.

Suntain conocía bien a su amo y sonrió al aproximarse a su espalda.

—Puede que eso sea lo que crea Guyuk, mi señor, incluso Orlok Tsubodai, pero ¿detendría ese rehén realmente tu mano?

Chagatai se encogió de hombros.

—Tengo otros hijos. El precio es demasiado alto para apartarme sólo por uno. Baidar tendrá que conseguir librarse por sí solo. Después de todo, Suntain, le di mis mejores guerreros para su tumán. No tienen equivalente en la nación. Si cae, lloraré por él, pero su destino está en sus propias manos, como siempre.

Chagatai no había oído las suaves botas que Suntain llevaba ese día en vez de sus habituales sandalias. No oyó su último paso. Sintió un picotazo en el cuello y se atragantó, sorprendido, llevándose la mano a la garganta. Estupefacto, comprobó que algo iba terriblemente mal. Al retirar la mano, vio que estaba cubierta de sangre. Intentó hablar, pero había perdido la voz y solo alcanzó a emitir un sonido chirriante a través de la raya roja dibujada en su piel.

—Se dice que la daga kirpan está tan afilada que produce una muerte casi indolora —dijo Suntain—. Nunca he tenido la oportunidad de preguntar si era cierto. Su nombre significa «la mano piadosa», por esa razón.

El criado se inclinó sobre Chagatai al ver que movía los labios, aunque el único sonido que podía hacer era una especie de sordas gárgaras. Cuando su amo, aferrándose aún la garganta, cayó sobre una de sus rodillas, Suntain se retiró unos

pasos.

—La herida es mortal, mi señor. Intenta mantener la calma. La muerte llegará enseguida.

La cabeza de Chagatai se apoyó lentamente sobre su pecho. Alargó la mano derecha, ensangrentada, y buscó la espada que pendía de su cadera, pero no tuvo fuerza para desenfundarla más allá de la primera línea de acero reluciente.

—Me dijeron que te diera un mensaje, mi señor, si tenía oportunidad. He memorizado las palabras. ¿Puedes oírme todavía?

Suntai observó cómo Chagatai se desplomaba hacia delante con un estruendo metálico. Alguien gritó en las inmediaciones y Suntai frunció el ceño al pensar en lo que estaba por suceder.

—El mensaje es de Ogedai Khan, mi señor, y debe ser entregado en el momento de tu muerte: «No se trata de venganza, Chagatai. Lo hago por mi hijo. Ya no soy el hombre que te dejó vivir. Por mi mano que te golpeará desde lejos, tú no serás khan». —Suntai suspiró—. Nunca he sido verdaderamente tu criado, mi señor, pero has sido un excelente amo. Ve con Dios.

Las manos de Chagatai cayeron exánimes y sus guardias irrumpieron en la estancia, desenvainando sus armas al ver a Suntai arrodillado y susurrando algo al oído de su amo. Se puso en pie cuando se precipitaron sobre él, mirando con expresión tranquila las espadas que se alzaron en el aire.

Una fría y límpida mañana, Tsubodai montó su caballo y miró hacia atrás. No había nubes y el cielo estaba perfectamente azul. Siete tumanes aguardaban en formación, los mejores guerreros de la nación. Detrás de ellos, el bagaje y los carros se extendían a lo largo de kilómetros. Había traído consigo a generales, algunos de ellos casi unos niños, y les había revelado su propia fuerza y virtudes. A pesar de sus defectos, Guyuk sería mejor khan por lo que había aprendido durante la gran marcha. Baidar sería mejor hombre que su padre. Mongke haría que el espíritu de su padre se enorgulleciera.

Tsubodai suspiró. Sabía que nunca volvería a ver un ejército como ese. La vejez, con su progreso sigiloso, se le había echado encima y se sentía cansado. Durante un tiempo, había creído que podría cabalgar eternamente junto a los jóvenes, atraído por el seductor imán del mar, que le había llevado más lejos de su hogar de lo que nunca había soñado. Cuando Guyuk había ordenado un alto, había sido como el susurro de la muerte en su oído, el fin. Clavó la mirada a lo lejos, imaginando ciudades con chapiteles de oro. Conocía sus nombres, pero nunca llegaría a verlas: Viena, París, Roma. Estaba hecho. Sabía que tomaría las armas si Chagatai reivindicaba su derecho al khanato de Ogedai. Quizá viera una batalla una última vez. Junto a los príncipes, saldría rodeado de gloria al campo de batalla y le demostraría a Chagatai por qué Tsubodai Bahadur había sido el general de Gengis Khan.

La idea le reanimó por un instante, lo suficiente para hacer que alzara una mano y luego la dejara caer. A su espalda, los tumanes mongoles iniciaron el viaje de ocho mil kilómetros que los llevaría a casa por fin.

EPÍLOGO

Mientras caminaba por el largo claustro, Xuan iba mirando por las ventanas. Cada una de ellas revelaba una vista de Hangzhou, con el río llegando hasta la bahía. Le habían trasladado a menudo desde que llegó a las tierras Sung, como si no supieran qué hacer con él. En raras ocasiones, se le permitía incluso navegar por el río y veía a sus esposas e hijos dos veces al año, en reuniones llenas de tensión, con funcionarios Sung vigilando desde todos los ángulos.

El claustro se extendía a lo largo de la estructura central de otro edificio oficial. Xuan se divertía controlando sus pasos, de modo que su pie izquierdo pisara la piedra en el centro de cada círculo de luz creado por los rayos de sol. No esperaba grandes novedades de la cita a la que había sido convocado. A lo largo de los años, se había dado cuenta de que los funcionarios Sung disfrutaban haciendo ostentación del poder que ejercían sobre él. En incontables ocasiones, su presencia había sido exigida en algún despacho privado solo para encontrarse con que el burócrata no tenía ninguna relación con el tribunal. Dos veces, los hombres en cuestión habían llevado a sus amantes o hijos para que observaran mientras desplegaban una inútil y exagerada actividad para otorgarle sus permisos o asignarle su reducida renta. La reunión en sí era irrelevante. Todo cuanto deseaban era exhibir al emperador Chin, al Hijo del Sol en persona, ante los desorbitados ojos de sus allegados.

Xuan se sorprendió al ver que el pequeño grupo de funcionarios no se detenía en los pasillos habituales. Los apartamentos de los hombres más importantes se hallaban más adelante y Xuan controló la primera cosquilla de excitación mientras continuaban avanzando más y más. Había varias oficinas abiertas, desde las que dedicados eruditos y burócratas se asomaron al oír pasos en el corredor. Xuan refrenó sus esperanzas. Habían sido defraudadas demasiadas veces para esperar que sus cartas hubieran sido respondidas por fin, aunque seguía escribiéndolas a diario.

Pese su forzada calma, sintió que el corazón se le aceleraba cuando, entre reverencias, los sirvientes le llevaron ante la puerta del hombre que supervisaba los exámenes para casi todos los puestos en Hangzhou. Sung Kim había adoptado como suyo el nombre de la casa real, aunque Xuan sospechaba que había nacido plebeyo. En su calidad de administrador de los fondos que se le entregaban a Xuan para mantener su pequeño hogar, Sung Kim había recibido muchas de sus cartas a lo largo de los años. Ni una sola de ellas había obtenido respuesta.

Los criados le anunciaron y, a continuación, se retiraron con la cabeza gacha. Xuan entró en la habitación, agradablemente sorprendido al ver que se había abierto para él. El administrador vivía rodeado de lujo, entre esculturas y otras obras de arte de un gusto superior a la media. Xuan sonrió para sí al pensar en que le haría un cumplido al respecto a Sung Kim. De ese modo, podría obligar al odioso hombrecillo a regalarle algo que admirara, pero fue solo un pensamiento fruto del despecho. Su educación no le permitiría ser descortés, a pesar de las circunstancias.

Mientras otros sirvientes se alejaban al trote para avisar de su llegada, Xuan deambuló de un cuadro a otro, cuidando de demorarse lo suficiente en cada uno. El tiempo era algo que poseía en abundancia y sabía que Sung Kim le haría esperar.

Para su asombro, Sung Kim salió de las habitaciones interiores casi de inmediato. Xuan inclinó la cabeza y aceptó una reverencia igualmente breve del otro hombre. Cumplió con las normas de educación con su habitual contención, no dejando traslucir en ningún momento su creciente impaciencia.

Por fin, el administrador le guio hacia las dependencias interiores y le sirvieron té. Xuan se arrellanó cómodamente, aguardando.

—Tengo noticias extraordinarias, Hijo del Cielo —empezó a decir Sung Kim. Era un hombre muy anciano, de pelo blanco y piel arrugada, pero su propia excitación era bien visible. Xuan enarcó una ceja como si su corazón no estuviera latiendo con más y más violencia con cada instante que pasaba. Hizo un enorme esfuerzo para permanecer en silencio.

—El khan mongol ha muerto, Hijo del Cielo —continuó Sung Kim.

Xuan sonrió, luego, soltó una risita, provocando la confusión del anciano.

—¿Eso es todo? —preguntó con amargura.

—Pensé... Debo presentarte mis disculpas, Hijo del Cielo. Pensé que las noticias te llenarían de alegría. ¿No significa su muerte el final de tu exilio? —Sung Kim meneó la cabeza, perdido, y volvió a intentarlo—. Tu enemigo ha muerto, su majestad. El khan ha caído.

—No he querido ofenderte, Sung Kim. He sobrevivido a dos khanes mongoles y, desde luego, son buenas noticias.

—Entonces... No entiendo. ¿No te llena de gozo el corazón?

Xuan le dio un sorbo al té, que era excelente.

—No los conoces como yo —dijo—. No llorarán la pérdida del khan, sino que elevarán a uno de sus hijos y buscarán nuevos enemigos. Un día, Sung Kim, vendrán aquí, a esta ciudad. Quizá todavía esté aquí prisionero cuando llegue ese momento. Quizá contemple desde las ventanas de estos mismos pasillos cómo sitúan sus ejércitos ante los muros de la ciudad.

—Por favor, Hijo del Cielo. Eres un invitado del emperador, jamás has sido un prisionero. No debes decir esas cosas.

Xuan hizo una mueca y depositó su cuenco con delicadeza.

—Un invitado puede marcharse cuando lo desea. Un invitado puede salir a cabalgar sin guardias. Seamos honestos el uno con el otro, Sung Kim.

—Lo siento, su majestad. Confiaba en darte un motivo de alegría, no de tristeza.

—Tranquilízate, has hecho ambas cosas. Ahora, a menos que desees hablar sobre las cartas con mis peticiones, volveré a mis habitaciones.

El administrador inclinó la cabeza.

—No puedo concederte el deseo de ver a tus soldados, Hijo del Cielo. Ese tipo de cosas sobrepasan en mucho mi pequeño poder.

—Muy bien, pero cuando venga el nuevo khan, los necesitaréis, fuertes y en forma. Creo que necesitaréis a todos los hombres.

Ahora le llegó a Sung Kim el turno de sonreír. La ciudad de Hangzhou era antigua y poderosa. Estaba situada a mucha distancia de la frontera con las tierras que fueran de los Chin. La idea de que un ejército se aproximara siquiera lo suficiente para ser motivo de preocupación le resultó enormemente divertida.

NOTA HISTÓRICA

El tercer hijo de Gengis, Ogedai (u Ogodei), fue gran khan solo durante doce años, desde 1229 hasta 1241. En un momento en el que los mongoles estaban avanzando hacia el oeste y adentrándose en Europa, la muerte de Ogedai fue un acontecimiento crucial en la historia. La Europa occidental habría caído ante ellos. Los castillos medievales no eran más imponentes que las ciudades amuralladas de los Chin, y en el campo de batalla, el arte de la guerra mongol, con sus tácticas de ataques rápidos, habría resultado prácticamente imparable. No es ninguna exageración afirmar que el futuro de Occidente cambió cuando a Ogedai le falló el corazón.

Sabemos que Ogedai seguía siendo joven y murió solo catorce años después que su padre. No sabemos por qué construyó Karakorum siendo como era el hijo de un khan que no sólo despreciaba las ciudades, sino que había dedicado toda su vida a demostrar lo débil que era, en el fondo, la defensa que ofrecían. Sin embargo, Ogedai erigió una ciudad como el trono del imperio. Se han conservado descripciones contemporáneas de Karakorum, como por ejemplo las palabras de un fraile cristiano, Guillermo de Rubruquis. El árbol de plata es un dato histórico, como también el hecho de que la ciudad contuviera templos chamánicos, mezquitas islámicas y, al menos, una iglesia cristiana nestoriana.

Es difícil desentrañar por qué Ogedai construiría algo así. Una explicación que encaja con los hechos es que se parecía un poco a Cecil Rhodes, un hombre cuyos problemas de corazón comenzaron cuando solo tenía dieciséis años. Antes de que un infarto acabara matando a Rhodes a la edad de cuarenta y ocho años, había levantado un imperio por sí solo en África: un hombre movido por el deseo de dejar huella, siempre consciente de que contaba con poco tiempo para hacerlo. Ogedai bien podría haber experimentado esa misma urgencia.

La segunda pregunta que se plantea es por qué construiría una ciudad tan influida por las de los Chin, un tipo de urbe que había visto desaparecer muchas veces pasto de las llamas. En ese aspecto podemos reconocer el influjo de Yao Shu. Aunque Yao Shu fue un auténtico consejero de Ogedai, el personaje que he presentado es, en realidad, una mezcla de dos budistas chinos del periodo. Todavía no he concluido su historia. Preocupado por los excesos con el alcohol del khan, Yao Shu le mostró a Ogedai cómo el vino corroía una botella de hierro. También es cierto que Ogedai accedió a reducir a la mitad el número de copas de vino que bebía a diario, solo después de encargarse que fabricaran una remesa de copas el doble de grandes para él. Los consejeros budistas aplicaron una pátina de civilización china en la corte mongola, ejerciendo una sutil influencia sobre cada uno de los khanes. Como resultado, las ciudades un día abrirían sus puertas ante Kublai como nunca lo habrían hecho ante su abuelo.

Los Tres Juegos de los Hombres (Naadam) en Mongolia son la lucha, el tiro con arco y las carreras de caballos. El festival Naadam se remonta a épocas mucho más antiguas que la de Gengis, pero en siglos anteriores constituía también una oportunidad para que las tribus comerciaran con caballos, mezclaran líneas de sangre, apostaran y los adivinos les predijeran el futuro. En el moderno festival Naadam, las mujeres participan en el tiro con arco y las carreras, aunque no en la lucha, que sigue siendo territorio exclusivo de los hombres. La descripción del muro donde se celebraba la competición de tiro con arco es exacta. Los disparos se realizan desde una distancia de unos cien pasos y los arqueros compiten en grupos de diez, la unidad más pequeña del ejército de Gengis. Cada arquero cuenta con cuatro flechas y, más que juzgar los disparos individuales, obtiene la victoria aquel que consigue un cierto número de blancos. Es interesante que el tiro con arco sea, por tradición, un deporte de equipos, teniendo en cuenta la naturaleza marcial de la práctica y el vital papel que desempeñaba en los ejércitos de Gengis Khan.

Las carreras de caballos del festival, que se celebran a lo largo de tres días, son carreras de resistencia. A diferencia del caso de Occidente, la resistencia fue la cualidad que hizo que los ejércitos del khan fueran tan móviles y, de nuevo, es interesante comprobar cómo ha continuado siendo considerada una cualidad primordial de la grandeza equina, por delante del estallido de velocidad de un caballo criado y constituido como un galgo.

Me he tomado una pequeña libertad con la historia al incluir una carrera pedestre. No hay documentación alguna al respecto, pero habría sido una posibilidad. No tengo ninguna duda de que otros eventos deportivos han aparecido y desaparecido antes de que se adoptara la forma actual, igual que las modernas Olimpiadas incluyeron una competición de «lucha de la cuerda» entre 1900 y 1920, que Gran Bretaña ganó en dos ocasiones.

Hay quien cree que Gengis dejó testamento. Si un documento así existió alguna vez, no se ha conservado. Si se trataba de un testamento oral, no sabemos si lo pronunció en el momento de su muerte o mucho antes. Algunas versiones de la historia afirman que Gengis murió de forma casi instantánea, mientras que otras le presentan agonizando durante días tras una caída o una herida, lo que habría facilitado la posibilidad de disponer su legado. En cualquier caso, en general se acepta que el deseo de Gengis Khan era que Chagatai heredara un vasto khanato, mientras que Tolui recibiría las tierras de la patria mongola. Como heredero oficial, Ogedai se quedó los territorios norteños de los Chin y cualquier otra tierra que pudiera conquistar por sí mismo. He dejado esa distribución en manos de Ogedai, en parte porque la última palabra habría sido suya, independientemente de las intenciones de

su padre. Si Ogedai hubiera ejecutado a Chagatai en aquel momento, los linajes de esa parte del mundo habrían sido muy diferentes hasta el día de hoy.

Pero Chagatai Khan murió solo unos meses después de Ogedai, en 1242. Se desconoce cuál fue la forma exacta de su muerte, aunque la extraordinaria oportunidad de su fallecimiento me ha permitido escribir y, de hecho, sospechar que fue asesinado.

La primera fórmula de la pólvora que se conserva por escrito es china, y data de hacia 1044. No cabe duda de que fue utilizada en los asedios durante el periodo del khanato de Ogedai. Se han hallado cañones manuales del tipo que he descrito en el periodo de Kublai Khan. Uno de los usos más antiguos de los que se tiene noticia fue por parte de los mongoles en Oriente Próximo en 1260, pero con seguridad se remontan a una fecha muy anterior a esa.

Esos cañones, una poderosísima arma de mano que disparaba rocas o incluso una bola de metal, eran la tecnología militar de vanguardia del periodo. Meros recipientes de hierro llenos de pólvora y encendidos con mecha habrían servido como efectivas granadas de metralla. Sabemos a ciencia cierta que los mongoles se toparon con ellos por primera vez en su lucha contra los Chin y los Sung, y que no tardaron en adoptar tan terroríficas armas. De hecho, fue la amplia expansión de los ejércitos mongoles lo que provocó la proliferación de ese tipo de armas a través de la masa continental.

Dicho lo cual, la fórmula de la pólvora china tenía poco salitre, es decir, carecía de parte de la capacidad explosiva que asociamos con la mezcla. Una llamarada habría sido el resultado más común, con enormes diferencias entre los lotes dependiendo de los fabricantes, las regiones y los periodos.

El extraordinario incidente que provocó el fallecimiento de Tolui procede de *La historia secreta de los mongoles*. En su única campaña en la China septentrional, Ogedai se sintió mal y «perdió [el uso de] la boca y la lengua»: una apoplejía masiva, o quizá una crisis de epilepsia mayor.

Los chamanes mongoles y los augures hicieron sus profecías, dando por supuesto que los espíritus de los Chin estaban atacando al khan. Pidieron que se les mostrara cuál era el sacrificio correcto que debían llevar a cabo y, en respuesta, Ogedai sufrió violentos espasmos y contracciones musculares. Utilizando esa respuesta, preguntaron si era necesario sacrificar a un familiar. Entonces Ogedai se despertó y bebió agua, pidiendo que le contaran qué le había sucedido.

Sobre el tema de la matanza de los caballos, aproveché la oportunidad para hablar de los matarifes que habían sacrificado a muchos cientos de caballos ancianos a lo largo de los años. Para preparar la carne *kosher* o *halal*, el animal tiene que permanecer vivo durante el proceso para que el corazón bombee y expulse la sangre.

Empiezan cortando la garganta. El hombre con el que hablé quería que la muerte fuera mucho más rápida, así que prefería comenzar con una puñalada en el corazón y después les pasaba la hoja por la garganta. Entre un seis y un diez por ciento del peso de un caballo es sangre. Es un cálculo estimado, pero en un poni mongol eso supondrá unos veinte litros de sangre.

Como documenta *La historia secreta de los mongoles*, Tolui tomó veneno, no murió degollado, pero he cambiado su final. El sangriento sacrificio de los animales formó parte del intento de salvar a Ogedai y los dos rituales parecían encajar a la perfección. Sin duda, su hijo Mongke estaba presente, aunque no se conserva registro de ningún diálogo entre ellos.

Una breve nota sobre el tema de las distancias: en la época de Ogedai, los mongoles habían creado una red de estaciones de posta que abarcaba toda su área de influencia. Separadas unas de otras por cuarenta kilómetros en los principales caminos, estaban bien equipadas. Gracias a los cambios regulares de montura, un mensaje urgente podía recorrer ciento cincuenta kilómetros al día, si era necesario, en manos del mismo hombre. Los jinetes llevaban cinturones con cascabeles, para que el personal de las estaciones pudiera oírles llegar y preparar agua, comida y un nuevo caballo. Recorrer mil quinientos kilómetros en diez días no era un récord posible, era algo común. Ese tipo de redes de comunicaciones hacía que los ejércitos fueran modernos en un sentido que ninguna otra fuerza del siglo podía conseguir.

El chamán Mohrol es un personaje ficticio, aunque, por supuesto, no hay duda de que el khan tendría adivinadores y chamanes a su servicio. En Mongolia se sigue considerando que un dedo extra significa que un niño ha sido «elegido» para ser chamán. Los chamanes no cazan ni pescan y son mantenidos por las tribus como trabajadores de la magia y la medicina, además de como encargados de preservar la historia y la tradición. Siguen conservando un poder considerable en la sociedad mongola.

Los antiguos Budas de Bamiyan en Afganistán existieron realmente. Uno medía unos treinta y cinco metros de alto, el otro cincuenta. Ambos fueron dinamitados por los talibanes en 2001. Siguen circulando leyendas que hablan de la existencia de un tercero, un «buda dormido», en las colinas de la zona.

La campaña de Tsubodai (o Subotai) contra Occidente duró desde 1232 aproximadamente hasta 1241. A lo largo de ese tiempo, se enfrentó a rusos, búlgaros y húngaros magiares, tomó Buda y Pest, atacó Polonia y la actual Serbia y envió exploradores a territorios tan lejanos como el norte de Italia. En solo un invierno,

durante un periodo de dos meses, sus tumanes conquistaron doce ciudades amuralladas rusas. Habían aprendido a utilizar las catapultas, las ballestas e incluso una forma de trabuquete para destrozar los muros en sus guerras contra el norte de China. Rusia no poseía nada con capacidad para frenar la máquina de guerra de los mongoles.

Es cierto que Tsubodai prefería luchar en invierno y empleó los ríos helados como una red de caminos para penetrar en las ciudades. Como Gengis había hecho anteriormente, sus generales y él se mostraron despiadados con los enemigos vencidos y masacraron vastas poblaciones. La única preocupación de Tsubodai parece haber sido el encontrarse con amplios frentes de batalla, que facilitaban la posibilidad de flanquear o rodear a sus tumanes. Una y otra vez, envió a tumanes a realizar incursiones en Polonia, Hungría o Bulgaria, para despejar el camino de posibles enemigos.

Los legendarios Caballeros Templarios franceses afirmaron en la época que no había ningún ejército entre Tsubodai y Francia que pudiera detenerle. De hecho, puede que, si los príncipes de la nación no hubieran estado con él, ni siquiera la muerte de Ogedai hubiera detenido a Tsubodai. Batu, el hijo de Jochi, estaba allí, así como Guyuk, el hijo de Ogedai. El nieto de Ogedai, Kaidu, también estaba presente. Fue él quien lideró la incursión sobre Polonia con Baidar y participó en la extraordinaria batalla de Liegnitz, impidiendo que los ejércitos polacos apoyaran desde el flanco el principal ataque contra Hungría. No he empleado a Kaidu como personaje por miedo al «problema de la novela rusa», donde, en cada página, aparecen nuevos personajes haciendo que el lector acabe perdiéndose. Sí he incluido a Mongke en la campaña, en la que estuvo presente durante la mayor parte del tiempo, incluyendo en Kiev. Kublai no era uno de los príncipes presentes: se quedó en Karakorum, estudiando budismo y asentando la influencia china que dominaría su vida adulta.

Jebe tampoco participó en la campaña, aunque lo he mantenido como personaje menor. *La historia secreta*, por desgracia, no relata su final. Como sucede con Kachiun y Khasar, alguien que en un cierto momento fue un gran líder desaparece de las páginas de la historia y su rastro se pierde. La muerte temprana era común en aquella época, por supuesto, y es casi seguro que fallecieron de enfermedad o a causa de una herida, una muerte tan ordinaria como para ser ignorada por los cronistas.

Es cierto que Temuge protagonizó una tentativa final, precipitada, de convertirse en khan tras la muerte de Ogedai. Fracasó y fue ejecutado.

A Sorhatani realmente le fueron concedidos los derechos y títulos de su marido a su muerte, lo que resulta muy interesante. A partir de esa decisión, se convirtió al instante en la mujer más poderosa del khanato, así como del mundo de la época. Tres de sus hijos llegarían a ser khanes a través de su influencia e instrucción. Apoyó a

Ogedai como khan, que recurrió a ella como consejera a medida que el imperio fue creciendo y estableciéndose. La única vez que Sorhatani se negó a satisfacer sus deseos fue cuando le sugirió que contrajera matrimonio con su hijo, Guyuk. Rechazó la oferta, prefiriendo concentrar sus considerables energías en sus propios hijos. La historia confirma la sabiduría que demostró a ese respecto.

Cuando los tumanes de Tsubodai entraron en Hungría a través de la cordillera de los Cárpatos, el orlok se enfrentó a los ejércitos del rey húngaro Bela IV. Ese monarca había aceptado a doscientos mil refugiados cumanos de Rusia, un pueblo turco similar en numerosos aspectos a los mongoles. A cambio de su conversión al cristianismo, se les brindó refugio durante un breve periodo. Su líder, Köten, fue bautizado y su hija se desposó con el hijo del rey Bela para sellar el acuerdo. A cambio, el rey Bela podía añadir un ejército de jinetes nómadas a sus fuerzas en el campo de batalla. También esperaba ayuda del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Federico II, que era rey de las actuales Alemania, Italia, Sicilia, Chipre y Jerusalén, o quizá del papa Gregorio IX. No obstante, estaban inmersos en su propia lucha por el poder, que incluyó la excomuniación de Federico II por parte del papa, quien llegó a declarar que el monarca era el Anticristo. En consecuencia, el rey de Hungría tuvo que enfrentarse a la invasión mongola casi sin respaldo. En un principio contaba con las fuerzas del archiduque Federico de Austria, pero se retiraron tras la muerte de Köten en unos disturbios. Los cumanos también se marcharon.

Es cierto que el rey Bela envió espadas ensangrentadas a todo lo ancho y largo de su reino como estrategia para enardecer y movilizar al pueblo. Hay documentación de una misiva de Batu al rey exigiendo que se les entreguen los cumanos rusos y su líder Köten. El mensaje de Batu era severo y simple: «He recibido noticia de que has acogido a los cumanos, nuestros servidores, bajo tu protección. Deja de refugiarlos o te convertirás en mi enemigo por su causa. Ellos, que no poseen casas y moran en tiendas, escapan con facilidad. Pero tú, que moras en casas dentro de ciudades, ¿cómo escaparás de mí?».

Es interesante apuntar que el requerimiento fue enviado en nombre de Batu. Como príncipe de rango superior e hijo de Jochi, el primogénito de Gengis, nominalmente estaba al mando de la Horda de Oro, como se les llamaba. No obstante, era Tsubodai quien los lideraba estratégica y tácticamente. Era una relación compleja que alcanzó su punto crítico cuando la noticia de la muerte de Ogedai llegó finalmente hasta ellos.

Budapest se encuentra a más de siete mil kilómetros al oeste de Karakorum, en el mismo continente. La extraordinaria campaña de Tsubodai llevó a los tumanes mongoles a través de Kazajstán, Rusia (hasta Moscú y Kiev), Rumanía, Hungría,

Polonia, Lituania, este de Prusia y Croacia. Estaban llamando a la puerta de Austria cuando Ogedai murió. Fue, de hecho, el rey francés Luis IX quien grabó en las mentes europeas el nombre equivocado para los mongoles. Mientras preparaba a sus ejércitos para marchar, le dijo a su esposa que o bien sus soldados mandarían a los tártaros al infierno, o bien los tártaros los enviarían a ellos al cielo. Hizo un juego de palabras deliberado con la palabra en latín para infierno, «Tartarus», y, como resultado, el erróneo nombre de tártaros se mantuvo durante siglos.

He omitido una detallada descripción de la batalla de Liegnitz, que supuso el clímax del ataque de Baidar sobre Polonia. La incursión mongola en Polonia se caracterizó por el hecho de que se libraron numerosos combates, contra diversos oponentes, pero el número de batallas que se pueden incluir en una novela es limitado, incluso en una novela sobre mongoles. En la historia, la de Liegnitz es una de las pocas batallas mongolas que se conocen realmente bien (omitirla es el equivalente de escribir sobre Nelson sin mencionar el Nilo). Sin embargo, por el bien del desarrollo argumental, creo que tomé la decisión adecuada. En Liegnitz, Baidar utilizó la retirada falsa, pero añadió la innovación de unos barriles de alquitrán que llenaron de humo blanco el campo de batalla. Este sencillo dispositivo impidió a una mitad del ejército polaco ver lo que le estaba sucediendo a la otra mitad. Podría haber sido el clímax de este libro, pero la otra batalla mongola conocida es la del río Sajó, también llamada de Mohi, y en ella el triunfo fue obra de Tsubodai.

La última batalla registrada de Tsubodai combinó no sólo un ataque nocturno y una maniobra de flanqueo, no sólo el uso magistral del terreno, haciendo que el río trabajara a su favor, sino también el ahora viejo truco de dejar un camino abierto para que el enemigo pueda escapar, solo para caer sobre él cuando está huyendo. Tsubodai llevó a tres tumanes a través de un vado situado al sur del campamento de los ejércitos húngaros, enviando a Batu a atacar el flanco izquierdo al amanecer, mientras el resto seguía avanzando para golpear la retaguardia húngara. El rey Bela se vio obligado a refugiarse en su campamento, mientras los mongoles provocaban el caos con petardos, quemando alquitrán en barriles y disparando flechas arbitrariamente. De presas habían pasado a convertirse en cazadores y sacaron el máximo provecho de la nueva situación.

En medio del caos, los hombres del rey Bela vieron un cerro que se extendía hacia el oeste y podría servirles para ocultarse de la vista de los mongoles. El monarca probó la ruta de escape enviando a un reducido número de hombres hacia allí y observó cómo salían y se alejaban cabalgando sanos y salvos. A medida que avanzaba el día, el rey intentó sacar a todo su ejército del campamento. En su pánico, las tropas perdieron la formación y se desperdigaron a lo largo de varios kilómetros. Fue en ese momento cuando los hombres de Tsubodai atacaron la columna. El gran general de Gengis había explorado el terreno: conocía la existencia del cerro y había dejado la ruta de escape deliberadamente abierta para tenderles una trampa. Dependiendo de la fuente consultada, los tumanes mongoles masacraron entre

cuarenta y sesenta y cinco mil hombres del ejército húngaro, eliminándolo como tal durante al menos una generación. El rey Bela escapó de la matanza y huyó a Austria. Cuando los mongoles se marcharon, el monarca continuó reconstruyendo Hungría a partir de sus ruinas. Sigue siendo honrado como uno de los grandes reyes de Hungría, a pesar de su desastroso encuentro con Tsubodai.

Desde muchos puntos de vista, aquel fue un final apropiado para la carrera militar de Tsubodai, aunque, por supuesto, él no lo vio así. Hungría estaba en ruinas cuando la noticia de la muerte de Ogedai llegó hasta él y todo cambió.

Las brillantes maniobras tácticas de Liegnitz y de Mohi quedaron sin efecto tras la retirada mongola. Raramente se enseñan fuera de las escuelas militares, en parte porque no condujeron a la conquista. La política se interpuso entre Tsubodai y sus ambiciones. Si no lo hubiera hecho, toda la historia podría haber sido diferente. No hay muchos momentos en la historia en los que la muerte de un único hombre haya cambiado el mundo entero. La muerte de Ogedai fue uno de esos momentos. Si hubiera vivido, no habría habido época isabelina, ni Imperio británico, ni Renacimiento, quizá no habría existido la Revolución industrial. En esas circunstancias, este libro muy bien podría haber sido escrito originalmente en mongol o en chino.

CONN IGGULDEN



CONN IGGULDEN, londinense, nacido en 1971, estudió en la St. Martin's School y en la Taylor's School, para licenciarse en Filología Inglesa en la Universidad de Londres, enseñando dicha materia en la St. Gregory's Roman Catholic School de Londres durante siete años, dedicándose posteriormente a la escritura a tiempo completo.

Irrumpió con fuerza en la escena literaria con *Emperador*, una serie de gran éxito sobre Julio César. Dentro del género de no ficción, su obra *El libro peligroso para los chicos*, escrita en colaboración con su hermano, fue el *best seller* del año en Reino Unido.

La serie *Conquistador*, sobre Gengis Khan y sus descendientes, una apasionante saga épica iniciada con *El lobo de las estepas* le ha reportado un gran éxito internacional.

Vive en Hertfordshire con su esposa y sus hijos.